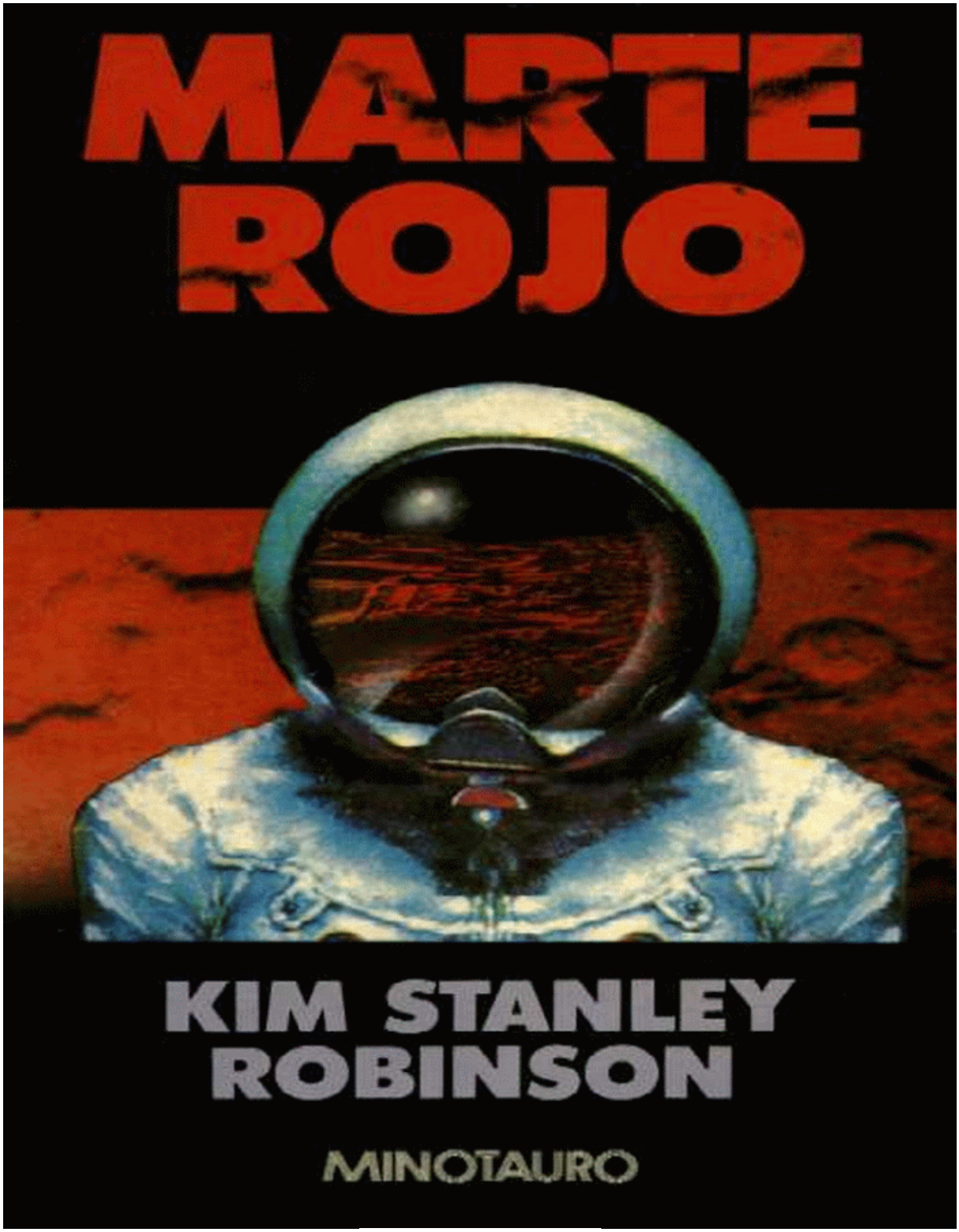
Marte Rojo
KIM STANLEY ROBINSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

para Lisa

PRIMERA PARTE
Noche de fiesta

Marte estaba vacío antes de que llegáramos. Esto no significa que nunca hubiera sucedido nada. El planeta había conocido dilataciones, fusiones, perturbaciones, y al fin se había enfriado, dejando una superficie marcada por inmensas cicatrices geológicas: cráteres, cañones, volcanes. Pero todo eso ocurrió en la inconsciencia mineral, sin que nadie lo observara. No hubo testigos, excepto nosotros, que mirábamos desde el planeta vecino, y eso sólo en el último momento de una larga historia. Marte no ha tenido nunca otra conciencia que nosotros.

Ahora todo el mundo conoce la influencia de Marte en la cultura humana: para las generaciones de la prehistoria era una de las luces principales del cielo, a causa de su color rojo y de las fluctuaciones de su luz, y por cómo retrasaba su curso errante entre las estrellas, y a veces incluso lo invertía. Parecía que con todo aquello quisiera decir algo. Así pues, no sorprende que los nombres más antiguos de Marte pesen de un modo peculiar en la lengua: Nirgal, Mángala, Auqakuh, Harmakis. *Suenan como si fueran aún más viejos que las lenguas antiguas en las que los encontramos, como si fueran palabras fósiles de la Edad de Hielo o anteriores. Sí, durante miles de años Marte tuvo un poder sagrado para los humanos; y su color lo convirtió en un poder amenazante, ya que representaba la ira, la sangre, la guerra y el corazón.*

Luego los primeros telescopios nos dieron una imagen más próxima, y vimos el pequeño disco anaranjado de polos blancos y manchas oscuras, que se expandían y se contraían junto con las largas estaciones. Ningún avance en la tecnología del telescopio nos dio mucho más: pero las imágenes captadas desde la Tierra bastaron a Lowell para inspirarle una historia, la historia que todos conocemos, la de un mundo agonizante y un pueblo heroico, que construía canales desesperadamente para contener la última y mortal invasión del desierto.

Era una gran historia. Pero luego las sondas Mariner y Viking enviaron sus fotografías, y todo cambió. Nuestro conocimiento de Marte se multiplicó, literalmente supimos millones de veces más sobre este planeta. Y ahí ante nosotros apareció un mundo nuevo, un mundo insospechado.

Sin embargo, parecía un mundo sin vida. Se buscaron señales de vida marciana pasada o presente, desde microbios hasta constructores de canales, o incluso visitantes alienígenas. Como todos saben, nunca se ha encontrado una sola prueba. Y, así, las historias han florecido de manera natural para llenar el vacío, igual que en el tiempo de Lowell, o de Homero, o como en las cuevas o en la sabana... historias de microfósiles destruidos por nuestros biorganismos, de ruinas encontradas en medio de las tormentas de polvo y luego perdidas para siempre, de un gigante y sus aventuras, de un pueblo de pequeños y esquivos seres rojos, siempre vislumbrados fugazmente de soslayo. Y todas esas historias se hilvanan en un intento por dar vida a Marte, o por traerlo a la vida. Porque todavía somos esos animales que sobrevivieron a la Edad de Hielo, y contemplaban el cielo nocturno maravillados, y contaban historias. Y Marte jamás ha dejado de ser aquello que fue para nosotros desde el principio mismo: una gran señal, un gran símbolo, un gran poder.

Y entonces llegamos aquí. Había sido un poder; ahora se convirtió en un lugar.

—...Y entonces llegamos aquí. Pero lo que no comprendieron fue que cuando llegáramos a Marte estaríamos tan cambiados por el viaje que ya nada importaría de todo lo que nos habían dicho que hiciéramos. No era lo mismo que navegar en un submarino o colonizar el Salvaje Oeste... era *una experiencia completamente nueva, y* a medida que el vuelo del *Ares* proseguía, la Tierra se convirtió al fin en algo tan distante que no fue más que una estrella azul entre otras estrellas, las voces terrestres llegaban con tanta demora que parecían venir de un siglo pasado. Estábamos solos; y así nos convertimos en *seres fundamentalmente diferentes...*

Todo mentiras, pensó con irritación Frank Chalmers. Estaba sentado en una hilera de dignatarios, observando a su viejo amigo John Boone que pronunciaba su habitual Discurso Inspirado. Chalmers estaba cansado de oírlo. La verdad era que el viaje a Marte había sido el equivalente funcional de un largo recorrido en tren. No sólo no se habían convertido en seres fundamentalmente diferentes, sino que en realidad se habían convertido más en ellos mismos que nunca, despojados de hábitos hasta que no quedó nada más que una desnuda materia prima. Pero John estaba allí arriba de pie, agitando un dedo índice hacia la multitud, diciendo «¡Vinimos aquí para hacer algo nuevo, y cuando llegamos nuestras diferencias terrestres, irrelevantes en este mundo nuevo, desaparecieron del todo!». Sí, él realmente lo creía así. Su visión de Marte era una lente que distorsionaba todo lo que veía, una especie de religión.

Chalmers dejó de escuchar y miró el panorama de la ciudad. Iban a llamarla Nicosia. Era la primera ciudad de cualquier tamaño construida sobre la superficie marciana; todos los edificios estaban dentro de lo que era en realidad una tienda inmensa y transparente, sostenida por una estructura casi invisible y levantada en las alturas de Tharsis, al oeste de Noctis Labyrinthus. Ese emplazamiento le permitía ver el horizonte occidental interrumpido por la ancha cumbre del Monte Pavonis. A los veteranos les daba vértigo: ¡estaban en la superficie, estaban fuera de los canales, mesas y cráteres, y podrían verlos siempre! ¡Hurra!

La risa del público atrajo de vuelta la atención de Frank. John Boone tenía una voz ligeramente ronca y un afable acento del Medio Oeste; se mostraba por turnos (y, de algún modo, aun a la vez) tranquilo, apasionado, sincero, modesto, seguro, serio y gracioso. En resumen, el perfecto orador público. Y la audiencia escuchaba arrobada; quien les hablaba era el *Primer Hombre en Marte, y* a juzgar por las expresiones de todos bien podrían haber estado mirando a Jesús que repartía panes y pescados. En verdad, admiraba a John por llevar a cabo un milagro similar en otra dimensión, transformando una existencia enlatada en un asombroso viaje espiritual.

—En Marte llegaremos a preocuparnos por los demás como nunca antes lo hicimos —decía John, lo que en realidad significaba, pensó Chalmers, una repetición alarmante del comportamiento de las ratas en experimentos de superpoblación—. Marte es un lugar sublime, exótico y peligroso —afirmó John, lo que quería decir que era una bola congelada de roca oxidada en la que estaban expuestos a unos quince rem al año—. Y con nuestro trabajo —continuó John—, estamos preparando un nuevo orden social y el siguiente paso en la historia humana... —es decir, la última variante sobre el tema de la dinámica del poder entre los primates.

John terminó con esa filigrana retórica y hubo, desde luego, una salva de aplausos. Entonces Maya Toitovna se encaminó al estrado para presentar a Chalmers. Frank le lanzó una mirada secreta que le indicaba que no estaba de humor para bromas; ella entendió y dijo:

—Nuestro siguiente orador ha sido el combustible de nuestra pequeña nave —

comentario que, de algún modo, fue recibido con una carcajada—. Para empezar, su decisión y energía son lo que nos ha traído a Marte, así que guarden las quejas que puedan tener para nuestro siguiente orador, mi viejo amigo Frank Chalmers.

En el estrado le sorprendió lo grande que parecía la ciudad. Abarcaba un largo triángulo, y se habían reunido en el punto más elevado, un parque que ocupaba el vértice occidental. Siete senderos partían de allí y descendían a través del parque y se convertían en amplios bulevares, bordeados de árboles y cubiertos de hierba. Entre los bulevares asomaban edificios bajos y trapezoidales, cada uno revestido de piedra pulida de diferentes colores. El tamaño y la arquitectura de los edificios daban a la escena un leve aire parisino, París vista por un fauvista ebrio en primavera, con cafés al aire libre y todo lo demás. Cuatro o cinco kilómetros más abajo, tres esbeltos rascacielos marcaban el límite de la ciudad y detrás se extendía el verdor de la granja. Los rascacielos eran parte del armazón de la tienda, que se desplegaba sobre ellos como un entramado abovedado de hilos celestes. El tejido invisible de la tienda les daba la impresión de que *estaban al aire libre.* Eso era oro. Nicosia iba a ser una ciudad popular.

Chalmers así se lo dijo al público, y éste mostró su acuerdo con entusiasmo. En apariencia dominaba a la multitud, almas inconstantes que eran, casi con la misma seguridad que John. Chalmers, corpulento y sombrío, sabía que contrastaba bastante con el seductor aspecto rubio de John; pero también sabía que tenía su propio carisma hosco, y a medida que entraba en calor recurrió a él, con una selección de sus propias frases hechas.

Entonces un rayo de luz atravesó las nubes y cayó sobre los rostros alzados de la multitud, y Chalmers sintió una punzada en el estómago.

¡Había tanta gente allí, tantos *extraños*! Una multitud aterradora: esos ojos de cerámica húmeda, encerrados en glóbulos de color rosa, todos clavados en él... casi fue demasiado. Cinco mil individuos en una sola ciudad. Después de los años pasados en la Colina Subterránea era difícil acostumbrarse.

Estúpidamente intentó decir algo de lo que sentía.

—Mirando —dijo—, mirando alrededor... la extrañeza de nuestra presencia aquí es... se ve acentuada.

Estaba perdiendo a la multitud. ¿Cómo expresarlo? ¿Cómo decir que sólo ellos en todo ese mundo rocoso, con caras que brillaban como lámparas de papel a la luz, estaban vivos? ¿Cómo decir que incluso si las criaturas no fueran más que portadoras de genes despiadados, eso todavía era, de algún modo, mejor que la nada del mineral vacío o cualquier otra cosa?

Por supuesto, jamás podría expresarlo. Al menos no en un discurso. Así que se serenó.

—En la desolación de Marte —prosiguió— la presencia humana es, bueno, algo extraordinario. —Se preocuparían por los demás como nunca antes lo habían hecho, repitió con sarcasmo una voz dentro de su cabeza—. Marte, por sí mismo, es una pesadilla gélida y muerta —por lo tanto exótica y sublime— y, abandonados a nosotros mismos, descubrimos la necesidad de... reorganizarnos —o de fundar un nuevo orden social. ¡De modo que sí, sí, sí, se encontró proclamando exactamente las mismas mentiras que acababan de oír de John!

Por tanto, al final del discurso también él recibió una salva de aplausos. Irritado, anunció que era hora de comer, privando a Maya de la oportunidad de decir algo nuevo. Aunque era probable que ella no se hubiera molestado en preparar una réplica. Sabía que a Frank Chalmers le gustaba tener la última palabra.

La gente se apiñó en la plataforma para mezclarse con las celebridades. Ya era

raro reunir a tantos de los primeros cien en un solo lugar, y las personas se arracimaban en torno a John y Maya, Samantha Hoyle, Sax Russell y Chalmers.

Frank miró por encima del gentío a John y Maya. No reconoció al grupo de terranos de alrededor, lo que despenó su curiosidad. Avanzó por la plataforma, y al acercarse vio que Maya y John intercambiaban una mirada.

—No hay ninguna razón por la que en este sitio no pueda regir la ley normal —decía uno de los terranos.

—¿De verdad el Monte Olimpo le recordó al Mauna Loa? —le preguntó Maya.

—Claro —repuso el hombre—. Todos los volcanes de cúpula son iguales.

Frank buscó la mirada de Maya por encima de la cabeza de aquel cretino. Ella no se la devolvió. John fingía no haberse enterado de la llegada de Frank. Samantha Hoyle hablaba con otro hombre en voz baja, explicándole algo; el hombre asintió y luego, casualmente, miró a Frank. Samantha siguió dándole la espalda. Pero era John quien importaba, John y Maya. Y los dos actuaban como si no ocurriera nada anormal; aunque el tema de conversación, cualquiera que hubiera sido, había cambiado.

Chalmers dejó la plataforma. Todavía había gente bajando en grupos por el parque hacia las mesas dispuestas en lo alto de los siete bulevares. Chalmers los siguió, caminando bajo los jóvenes sicómoros. Las hojas de color caqui teñían la luz de la tarde y hacían que el parque pareciera el fondo de un acuario.

A las mesas del banquete los obreros de la construcción bebían vodka y hacían ruido, pensando oscuramente que acabada la construcción terminaba la edad heroica de Nicosia. Quizá eso fuera cierto para todo Marte.

El aire se llenó de conversaciones que se superponían. Frank se hundió bajo la turbulencia, y caminó hasta el perímetro norte. Se detuvo ante un remate de hormigón que le llegaba a la cintura: el muro de la ciudad. Del encofrado de metal se elevaban cuatro capas de plástico transparente. Un suizo daba explicaciones a un grupo de visitantes, señalando con aire satisfecho:

—Una membrana exterior piezoeléctrica genera electricidad a partir del viento. Luego hay otras dos láminas: una capa aislante de airgel y una membrana antirradiación que con el tiempo enrojece y tiene que ser sustituida. Es más transparente que una ventana, ¿no?

Los visitantes asintieron. Frank alargó el brazo y empujó la membrana interior. Los dedos se le hundieron hasta los nudillos. Ligeramente fría. Había una tenue inscripción en el plástico: POLÍMEROS ISIDIS PLANITIA. A través de los sicómoros, por encima del hombro, aún podía ver la plataforma en el vértice. John y Maya y la multitud de admiradores terranos todavía seguían allí, hablando con animación. Discutiendo los asuntos del planeta. Decidiendo el destino de Marte.

Dejó de respirar. Apretó las mandíbulas. Golpeó la pared de la tienda con tanta fuerza que alcanzó la membrana exterior: parte de esta ira sería captada y almacenada como electricidad en la red ciudadana. En ese sentido, aquél era un polímero especial: los átomos de carbono se unían a átomos de hidrógeno y de flúor, de tal modo que la sustancia resultante era más piezoeléctrica que el cuarzo. Sin embargo, si se modificaba uno de los tres elementos todo era distinto; sustituyendo el flúor por el cloro, por ejemplo, se obtenía un envoltorio de resina termoplástica.

Frank se miró la mano envuelta, y luego observó un rato las dos membranas. No eran nada sin él.

Furioso, se internó en las estrechas calles de la ciudad.

Apiñados en una plaza como mejillones en una roca, un grupo de árabes bebía café. Los árabes habían llegado a Marte hacía sólo diez años, pero ya eran una auténtica comunidad. Tenían un montón de dinero, y se habían asociado a los suizos para construir un cierto número de ciudades, incluyendo esta última. Y les gustaba Marte. «Es como un día frío en el Distrito Vacío», como decían los saudíes. Las palabras árabes estaban infiltrándose rápidamente en el inglés, pues el vocabulario árabe es mucho más rico para este tipo de escenario: *akaba* para las abruptas pendientes de las faldas de los volcanes, *badia* para las grandes dunas, *nefuds* para la arena profunda, *seyl* para los lechos de ríos secos desde hacía millones de años... La gente decía que bien podían ponerse a hablar en árabe y terminar de una vez.

Frank había pasado bastante tiempo con los árabes y a los hombres de la plaza les complació verlo.

—*¡Salaam akyk!* —Lo saludaron, y él contestó:

—*¡Marhabba!*—. Dientes blancos brillaron bajo bigotes oscuros. Sólo había hombres, como de costumbre. Algunos jóvenes lo condujeron hasta una mesa central a la que se sentaban los mayores, entre ellos su amigo Zeyk.

—Vamos a llamar a esta plaza *Hajr el-kra Meshab,* la plaza de granito rojo de la ciudad —dijo Zeyk. Señaló las baldosas de color de orín.

Frank asintió y preguntó qué clase de piedra era. Habló en árabe hasta donde pudo, y algo más, provocando algunas carcajadas. Luego se sentó a la mesa central y se relajó, con la sensación de que hubiera podido encontrarse en una calle de Damasco o El Cairo, envuelto en la fragancia de un refinado perfume árabe.

Estudió las caras de los hombres mientras hablaban. Una cultura extranjera, no cabía la menor duda. No iban a cambiar sólo porque estuvieran en Marte; ellos demostraban la falsedad de la visión de John. No aceptaban, por ejemplo, la separación de Iglesia y Estado, y no estaban de acuerdo con los occidentales sobre la estructura y límites de los gobiernos. Y parecían tan patriarcales que se decía que algunas de sus mujeres eran analfabetas... ¡analfabetos en Marte! Esa era una señal. Y en verdad estos hombres tenían la expresión dura que Frank asociaba con el machismo, el aire de hombres que oprimían a las mujeres con tanta crueldad que naturalmente las mujeres devolvían el golpe cómo y dónde podían, aterrorizando a los hijos que a su vez aterrorizaban a las esposas que aterrorizaban a los hijos, y así sucesivamente, en una interminable espiral de muerte y amor y odio sexual entrelazados. De modo que, en ese sentido, todos ellos estaban locos.

Por eso le gustaban a Frank. Y ciertamente le serían útiles, pues actuarían como un nuevo centro de poder. Defiende a un vecino nuevo y débil para debilitar a los viejos vecinos poderosos, como había dicho Maquiavelo. Así que bebió café, y poco a poco, cortésmente, ellos pasaron a hablar en inglés.

—¿Qué les parecieron los discursos? —preguntó, mirando la borra en el fondo de la taza.

—John Boone es el mismo de siempre —contestó el viejo Zeyk. Los otros rieron de mala gana—. Cuando habla de una cultura indígena, lo que quiere decir es que algunas de las culturas terranas serán promovidas aquí y que otras serán rechazadas. Aquellas que parezcan regresivas serán aisladas y destruidas más tarde. Es una forma de ataturkismo.

—Él cree que todo el mundo en Marte debería *convenirse* en norteamericano —dijo un hombre llamado Nejm.

—¿Por qué no? —preguntó Zeyk, sonriendo—. Ya ha sucedido en la Tierra.

—No —dijo Frank—. No tienen que malinterpretar a Boone. La gente dice que

sólo piensa en sí mismo, pero...

—¡Tienen razón! —exclamó Nejm—. ¡Vive en una galería de espejos!

¡Cree que no hemos venido a Marte más que para establecer aquí una buena y vieja supercultura norteamericana, y que todo el mundo estará de acuerdo porque ése es el plan de John Boone!

—No entiende que otros pueblos puedan tener otras opiniones —dijo Zeyk.

—No es eso —repuso Frank—. Lo que pasa es que sabe que no son tan sensatas como la suya.

El comentario provocó algunas risas, pero entre los más jóvenes tuvieron un cierto tono de amargura. Todos creían que antes de que llegaran, Boone había abogado en secreto contra la aprobación de la UN a los asentamientos árabes. Frank fomentaba dicha creencia, que casi era verdad: a John le desagradaba cualquier ideología que pudiera cerrarle el paso. Quería que la pizarra de todos aquellos que vinieran estuviera tan en blanco como fuera posible.

Sin embargo, los árabes creían que John los detestaba. El joven Selim el-Hayil abrió la boca y Frank le echó una rápida mirada de advertencia. Selim no se movió y apretó los labios.

—Bueno, no es tan malo como parece —dijo Frank—. Aunque, a decir verdad, le oí decir que habría sido mejor que los norteamericanos y los rusos hubiesen reclamado el planeta cuando llegaron, igual que los exploradores de otro tiempo.

La risa fue breve y torva. Los hombros de Selim se encorvaron como si hubiera recibido un golpe. Frank se encogió de hombros, sonrió y extendió las manos, abriéndolas.

—¡Pero es inútil! Quiero decir, ¿qué puede hacer? El viejo Zeyk enarcó las cejas.

—Las opiniones cambian.

Chalmers se puso de pie y sostuvo durante un rato la mirada insistente de Selim. Luego se metió por una calle lateral, una de las estrechas callejuelas que conectaban los siete bulevares principales. Casi todas estaban pavimentadas con adoquines o astrocésped, pero en esa calle el suelo era de un basto hormigón claro. Se detuvo ante un portal y miró el escaparate de un taller de botas. Vio su propio y débil reflejo entre un par de pesadas botas de marcha.

Las opiniones cambian. Sí, un montón de gente había subestimado a John Boone... el mismo Chalmers, muchas veces. Recordó la imagen de John en la Casa Blanca, rebosante de convicción, los rebeldes cabellos rubios en desorden, el sol entrando a raudales por las ventanas del Despacho Oval e iluminándolo mientras él agitaba las manos y recorría la estancia y hablaba sin parar y el presidente asentía y sus ayudantes observaban, meditando sobre la mejor manera de ganarse a ese hombre de carisma electrizante. Oh, habían sido noticia en aquellos días, Chalmers y Boone; Frank con las ideas y John con la fachada y un impulso que era prácticamente irresistible. Intentar detenerlo hubiera provocado un auténtico descarrilamiento.

El reflejo de Selim el-Hayil apareció entre las botas.

—¿Es verdad? —inquirió.

—¿Es verdad qué? —preguntó Frank, malhumorado.

—¿Es Boone antiárabe?

—¿Tú qué crees?

—¿No fue uno de los que se opusieron a construir la mezquita en Pobos?

—Es un hombre poderoso.

La cara del joven saudí se descompuso.

—¡El hombre más poderoso de Marte y todavía quiere más! ¡Quiere ser rey! —Selim cerró la mano en un puño y la golpeó contra la otra. Era más delgado que los otros árabes, de barbilla débil, y el bigote le cubría una boca pequeña.

—Pronto se propondrá la renovación del tratado —dijo Frank—. Y la coalición de Boone me mantiene al margen. —Apretó los dientes—. No sé qué planes tienen, pero esta noche voy a averiguarlo. En cualquier caso, ya puedes imaginarte lo que serán. Prejuicios occidentales, sin duda. Tal vez rehusé aprobar el nuevo tratado a menos que garantice que sólo los firmantes del tratado original podrán fundar los asentamientos. —Selim se estremeció y Frank siguió presionando:— Es lo que él quiere, y es muy posible que lo consiga, porque la nueva coalición lo hace aún más poderoso. Podría significar el fin de los asentamientos para los no firmantes. Ustedes pasarían a ser científicos invitados. O los enviarían de vuelta a casa.

En la ventana, el reflejo de la cara de Selim se convirtió en una máscara de furia. *—Batial, batial—,* musitaba. Muy malo, muy malo. Las manos se le retorcieron y murmuró algo del Corán o de Camus, Persépolis o el Trono del Pavo Real, referencias diseminadas nerviosamente entre conclusiones erróneas. Balbuceos.

—Las palabras no significan nada —dijo con aspereza Chalmers—. Cuando se llega a cierto punto, lo único que cuenta son los hechos.

El joven árabe vaciló.

—No puedo estar seguro —dijo al fin.

Frank le dio un golpe en el brazo, que se sacudió de abajo arriba.

—Estamos hablando de tu gente. Estamos hablando de este planeta. La boca de Selim desapareció bajo su bigote. Después de un rato dijo:

—Es verdad.

Frank no replicó. Permanecieron en silencio, mirando el escaparate,

como si estuvieran evaluando las botas. Finalmente Frank alzó una mano.

—Hablaré con Boone otra vez —dijo con calma—. Esta noche. Se va mañana. Intentaré hablar con él, razonar con él. Dudo que sirva de nada. Nunca ha servido de nada. Pero lo intentaré. Más tarde… deberíamos encontrarnos.

—Sí.

—En el parque, entonces, en el sendero más meridional. Alrededor de las once.

Selim asintió.

Chalmers lo traspasó con una mirada.

—Las palabras nada significan —dijo con brusquedad, y se alejó deprisa.

El siguiente bulevar al que fue Chalmers estaba atestado de gente que se amontonaba en las terrazas de los bares o ante quioscos que vendían cuscús y salchichas. Árabes y suizos. Parecía una combinación extraña, pero funcionaba bien.

Esa noche algunos de los suizos distribuían máscaras desde la puerta de un apartamento. Parecía que estaban celebrando una especie de *Mardi Gras,* o *Fassnacht* como lo llamaban ellos, con máscaras y música y saltándose todas las convenciones sociales, tal como sucedía en casa en aquellas salvajes noches de febrero en Basel y Zurich y Lucerna… Obedeciendo a un impulso, Frank se unió a

la fila.

—Alrededor de todo espíritu profundo siempre crece una máscara — les dijo a dos mujeres jóvenes que tenía delante.

Éstas asintieron con educación y luego continuaron su conversación en un gutural *schwyzerdüütsch,* un dialecto jamás puesto por escrito, un código privado, incomprensible incluso para los alemanes. Era otra cultura impenetrable la suiza, en algunos aspectos aún más que la arábiga. Sí, pensó Frank; funcionaban bien juntos porque ambos estaban tan aislados que nunca tuvieron un contacto real. Se echó a reír cuando escogió la máscara, una cara negra tachonada con gemas rojas de vidrio. Se la puso.

Una fila de celebrantes enmascarados serpenteaba bulevar abajo, borrachos, excitados, casi descontrolados. En un cruce el bulevar se abría a una plaza pequeña, donde una fuente proyectaba al aire un agua del color del sol. Alrededor de la fuente una banda de percusión aporreaba un calipso. La gente se agrupó, bailando o saltando al ritmo del grave *bong* del bombo. Cien metros por encima de ellos un respiradero en la estructura de la tienda derramaba aire en la plaza, un aire gélido en el que flotaban pequeños copos de nieve, centelleando a la luz como diminutas lascas de mica. Entonces unos fuegos artificiales estallaron justo debajo del entoldado y las chispas de colores cayeron mezclándose con los copos de nieve.

El ocaso, más que cualquier otro momento del día, les recordaba que se encontraban en un planeta alienígena; algo en la inclinación y el color rojizo de la luz era fundamentalmente erróneo, y trastornaba las nociones adquiridas por el cerebro de la sabana a lo largo de millones de años. Esa noche era un ejemplo particularmente llamativo e inquietante. Frank deambuló bajo la luz, de regreso hacia el muro de la ciudad. La planicie del sur estaba cubierta de rocas, todas acompañadas por una sombra larga y negra. Se detuvo bajo el arco de hormigón de la puerta sur. No había nadie. Las puertas se cerraban durante las fiestas para evitar que los borrachos salieran y se hicieran daño. Pero la red informática del departamento de bomberos le había proporcionado esa mañana el código de emergencia, y cuando estuvo seguro de que nadie miraba introdujo el código y entró deprisa en la antecámara. Se puso un traje, botas y casco, y atravesó las puertas intermedia y exterior.

Fuera hacía un frío intenso, como siempre, y el revestimiento térmico, distribuido siguiendo la estructura del diamante, lo calentó a través de la ropa. El hormigón crujió bajo sus pies, y luego la costradura. Una pequeña nube de arena suelta voló hacia el este, empujada por el viento.

Miró con aire sombrío a su alrededor. Rocas por todas partes. Un planeta machacado billones de veces. Y los meteoritos todavía caían. Algún día una de las ciudades recibiría un impacto. Se volvió y miró hacia atrás. Parecía un acuario brillando en el crepúsculo. No habría aviso previo: de pronto todo volaría por doquier: muros, vehículos, árboles, cuerpos. Los aztecas creían que el mundo terminaría de cuatro maneras: terremoto, fuego, diluvio o jaguares cayendo desde lo alto. Aquí no habría fuego. Y, ahora que lo pensaba, ni terremoto ni diluvio. Sólo quedaban los jaguares.

El cielo crepuscular era de un rosa oscuro sobre el Monte Pavonis. Al este se extendía la granja de Kicosia, un invernadero largo y bajo que descendía en pendiente desde la ciudad; más allá se alcanzaba a ver la granja toda verde y más grande que la ciudad propiamente dicha. Frank caminó con torpeza hacia una de sus antecámaras exteriores y entró.

Dentro de la granja hacía calor, quince grados más que afuera y cuatro más que en la ciudad. No se quitó el casco, ya que el aire de la granja estaba preparado para las plantas, cargado de CO_2, y pobre en oxígeno. Se detuvo y hurgó en los

cajones de herramientas pequeñas y parches de pesticida, guantes y bolsas. Eligió tres parches diminutos y los metió en una bolsa de plástico; luego se los guardó con cuidado en el bolsillo del traje. Los parches eran pesticidas inteligentes, biosaboteadores diseñados para proporcionar a las plantas defensas sistémicas; había estado informándose y conocía una combinación que sería mortífera para un organismo animal...

Guardó unas cizallas en el otro bolsillo del traje. Unos estrechos senderos de grava lo llevaron por entre largos bancales de cebada y trigo de regreso a la ciudad. Entró en la antecámara, se soltó el casco, se quitó a tirones el traje y las botas y pasó el contenido de los bolsillos del traje a la chaqueta. Luego volvió a la parte baja de la ciudad.

Allí los árabes habían construido una medina, diciendo que un barrio así era crucial para la salud de los ciudadanos; los bulevares se estrechaban y entre ellos se extendía un laberinto de tortuosas callejuelas copiadas directamente de los mapas de Túnez o Argel, o generadas al azar. No era posible allí ver un bulevar desde otro, y arriba el cielo sólo asomaba en franjas moradas entre los edificios inclinados.

La mayoría de los callejones estaban ahora vacíos, ya que la fiesta se celebraba en la parte alta de la ciudad. Una pareja de gatos avanzaba furtivamente entre los edificios, explorando. Frank se sacó las cizallas del bolsillo y arañó en algunas ventanas de plástico, en árabe, *Judío, Judío, Judío.* Siguió caminando, silbando entre dientes. Los cafés de las esquinas eran pequeñas cuevas de luz. Las botellas tintineaban como los martillos de los prospectores de minas. Un árabe estaba sentado sobre un altavoz bajo y negro tocando una guitarra eléctrica.

Llegó al bulevar central y subió. Sentados en las ramas de los tilos y los sicómoros, los niños se gritaban unos a otros canciones en inglés o en *schwyzerdüütsch.* Una de ellas decía: *John Boone / fue a la luna, / como no había coches rápidos / se marchó a Marte.* Pequeñas y desorganizadas bandas de música se movían entre la creciente multitud. Algunos hombres con bigote, vestidos como animadoras norteamericanas, se contoneaban con habilidad en un complicado número de cancán. Los niños aporreaban pequeños tambores de plástico. Había mucho ruido; aunque las paredes de la tienda absorbían el sonido y no se oía ningún eco, como bajo la bóveda de un cráter.

Allí arriba, donde el bulevar se abría al parque de sicómoros, estaba John en persona, rodeado por una pequeña multitud. Vio acercarse a Chalmers y lo saludó con la mano, identificándolo a pesar de la máscara. Hasta ese extremo habían llegado a conocerse los primeros cien...

—Eh, Frank —dijo—. Parece que te diviertes.

—Así es —repuso Frank a través de la máscara—. Me encantan las ciudades como ésta, ¿a ti no? Un rebaño de especies mezcladas. Marte es una colección de culturas. —La sonrisa de John fue relajada. Miró a lo largo del bulevar. Bruscamente, Frank dijo:— Un lugar así es un estorbo para tus planes, ¿no?

La mirada de Boone volvió a posarse en él. La multitud se apartó,

advirtiendo la naturaleza antagónica del intercambio.

—No tengo ningún plan —respondió Boone.

—¡Oh, vamos! ¿Qué me dices de tu discurso? John se encogió de hombros.

—Lo escribió Maya.

Una mentira doble: que lo escribiera Maya, que John no creyera en él. Aun después de tanto tiempo era casi como hablar con un extraño.

Con un político en campaña.

—Vamos, John —dijo Frank—. Crees en todo eso y lo sabes bien. Pero ¿qué vas a hacer con las diferentes nacionalidades? ¿Con todos los odios étnicos, los fanatismos religiosos? Es imposible que tu coalición lo controle todo. Marte ya no es una estación científica, y no van a conseguir un tratado que cambie eso de la noche a la mañana.

—No lo pretendemos.

—¿Entonces por qué me mantienes fuera de las discusiones?

—¡No es verdad! —John pareció ofendido—. Tranquilízate, Frank. Seguiremos trabajando juntos, como siempre. Tranquilízate.

Desconcertado, Frank miró a su viejo amigo. ¿Qué creer? Nunca había sabido qué pensar de John... Se mostraba tan cordial y sin embargo un día lo había utilizado como trampolín... Pero ¿no habían comenzado como aliados, como amigos?

Se le ocurrió que John estaba buscando a Maya.

—¿Dónde está Maya?

—Por ahí —dijo Boone con brusquedad.

Hacía años que eran incapaces de hablar de Maya. Boone le echó una mirada penetrante, como si le dijera que no era asunto suyo. Como si todo lo que tuviera importancia para Boone se hubiera convertido a lo largo de los años en algo que no era asunto de Frank.

Frank lo dejó sin decir una palabra.

El cielo era ahora de un violeta intenso, rasgado por cirros amarillos. Frank pasó junto a dos figuras que llevaban máscaras de cerámica blanca, los antiguos personajes de la Comedia y la Tragedia, esposados juntos. Las calles de la ciudad se habían oscurecido y las ventanas resplandecían, revelando dentro siluetas que estaban de fiesta. Unos ojos grandes se movían inquietos en cada máscara desdibujada, buscando la fuente de la tensión que había en el aire. Bajo el chapoteo de la marea de la multitud había un sonido grave y perturbador.

No debería haberse sorprendido, no debería. Conocía a John todo lo bien que se puede conocer a otra persona, quizás. Avanzó entre los árboles del parque, bajo las hojas del tamaño de manos de los sicómoros. ¿Cuándo había sido distinto? Todo ese tiempo juntos, esos años de amistad; pero nada de todo eso importaba ahora. Otra clase de diplomacia.

Miró su reloj. Casi las once. Tenía una cita con Selim. Otra cita. Una vida de días divididos en cuartos de hora lo había acostumbrado a correr de una cita a la siguiente, cambiando de máscara, abordando crisis tras crisis, dirigiendo, manipulando, haciendo negocios con una agitación febril que no terminaba nunca; y aquí había una celebración, *Mardi Gras, Fassnacht,* y él seguía como de costumbre. No era capaz de recordar ninguna otra manera.

Llegó al emplazamiento de una obra, un armazón esquelético de magnesio rodeado de pilas de ladrillos y arena y adoquines. Un descuido haber dejado esas cosas ahí. Se llenó los bolsillos de la chaqueta con trozos de ladrillo. Al incorporarse, vio a alguien que lo observaba desde el otro lado del emplazamiento: un hombrecito de cara delgada bajo unas trenzas negras y rígidas. Algo en su expresión era desconcertante, como si el extraño viera a través de las máscaras de Chalmers y estuviera mirándolo con tanta atención porque se daba cuenta de lo que pensaba, de lo que estaba planeando.

Asustado, Chalmers se retiró rápidamente hacia el fondo del parque. Cuando

estuvo seguro de que había perdido al hombre y de que nadie más lo vigilaba, empezó a arrojar con fuerza piedras y ladrillos hacia la parte baja de la ciudad. ¡Y también una para ese extraño, en plena cara! Arriba, la estructura de la tienda no era más que una trama difusa de estrellas ocultas; parecía que estuvieran al aire libre en un frío viento nocturno. Habían puesto al máximo la circulación del aire aquella noche, por supuesto. Cristales rotos, gritos, alguien que chillaba. Ciertamente había mucho ruido, la gente se estaba desmandando. Tiró un último adoquín a una ventana grande e iluminada al otro lado de la hierba. Erró el blanco. Se escabulló entre los árboles.

Cerca del muro meridional vio a alguien bajo un sicómoro... Selim,

que daba vueltas, inquieto.

—Selim —llamó en voz baja, sudando.

Metió la mano en el bolsillo, tanteó con cautela la bolsa y palpó el trío de parches que había obtenido en la granja. La sinergia podía ser muy poderosa, para bien o para mal. Avanzó y abrazó toscamente al joven árabe. El contenido de los parches atravesó la camisa de algodón de Selim. Frank se apartó.

Ahora Selim disponía de unas seis horas.

—¿Hablaste con Boone?

—Lo intenté —dijo Chalmers—. No escuchó. Me mintió. —Era tan fácil fingir aflicción...— ¡Veinticinco años de amistad y me mintió! — Golpeó el tronco de un árbol con la palma de la mano y los parches se perdieron volando en la oscuridad. Se dominó—. La coalición va a recomendar para todos los asentamientos a los países que firmaron el primer tratado. —Era posible; y ciertamente era plausible.

—¡Nos odia! —gritó Selim.

—Odia todo lo que se le interpone en el camino. Y puede ver que el islam aún es una fuerza real en las vidas de las gentes. Les moldea la forma en que piensan y eso no lo soporta.

Selim se estremeció. Los ojos le brillaban en la oscuridad.

—Hay que detenerlo.

Frank se hizo a un lado y se apoyó en un árbol.

—Yo... no sé.

—Tú mismo lo dijiste. Las palabras no significan nada.

Frank se abrazó al árbol, sintiéndose mareado. Idiota, pensó, las palabras significan todo. ¡No somos más que un intercambio de información, las palabras son todo lo que tenemos!

De nuevo se acercó a Selim y preguntó:

—¿Cómo?

—El planeta. Es nuestra única posibilidad.

—Esta noche las puertas de la ciudad están cerradas. —Eso detuvo a Selim. Empezó a retorcerse las manos. Frank añadió:— Aunque la puerta que da a la granja aún está abierta.

—Pero las puertas exteriores estarán cerradas.

Frank se encogió de hombros, y dejó que Selim pensara en la solución.

Y casi en el acto Selim parpadeó y dijo:

—Ah. —Y de pronto ya no estaba allí.

Frank se sentó en el suelo, entre los árboles. Era una tierra arenosa, marrón y húmeda, producto de mucha ingeniería. Nada en la ciudad era natural, nada.

Después de un rato se levantó. Caminó por el parque, mirando a la gente. Si encuentro una persona buena, ciudad, salvaré a ese hombre. Pero, en un espacio abierto, unas figuras enmascaradas se estaban enzarzando en una pelea, rodeadas por espectadores que olían la sangre. Frank regresó al emplazamiento de la obra en busca de más ladrillos. Los tiró y algunas personas lo vieron, y corrió a esconderse entre los árboles, en la pequeña selva cubierta por la tienda, escapando de los predadores mientras se sentía intoxicado de adrenalina, la mejor droga de todas. Rió salvajemente.

De pronto descubrió a Maya, sola de pie junto a la plataforma provisional del vértice. Llevaba una máscara blanca, pero sin duda era ella: las proporciones, el cabello, el mismo porte, todo inequívocamente Maya Toitovna. Los primeros cien, el pequeño grupo; ya eran los únicos que para él estaban realmente vivos, los demás eran fantasmas. Frank corrió hacia ella, tropezando en el terreno irregular. Apretó con fuerza una piedra enterrada en uno de los bolsillos de la chaqueta, pensando:

«Vamos, zorra. Di algo para salvarlo. ¡Di algo que me haga recorrer toda la ciudad para salvarlo!».

Ella lo oyó acercarse y se volvió. Lucía una máscara blanca fosforescente con lentejuelas metálicas de color azul. Era difícil verle los ojos.

—Hola, Frank —dijo, como si él no llevara máscara.

Estuvo a punto de girar en redondo y huir. El reconocimiento era más que suficiente. Pero se quedó.

—Hola, Maya. Fue una bonita puesta de sol, ¿no?

—Espectacular. La naturaleza no tiene medida. Sólo era la inauguración de una ciudad, pero me pareció el Día del Juicio Final. Estaban bajo una farola, de pie sobre sus sombras.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó ella.

—Mucho. ¿Y tú?

—Se está descontrolando un poco.

—Es comprensible, ¿no crees? Hemos salido de nuestros agujeros, Maya, ¡por fin estamos en la superficie! ¡Y qué superficie! Sólo consigues estas vistas inmensas en Tharsis.

—Es un buen sitio —concedió ella.

—Será una gran ciudad —predijo Frank—. Pero ¿dónde vives últimamente, Maya?

—En la Colina Subterránea, Frank, como siempre. Tendrías que saberlo.

—Pero nunca estás allí, ¿no? Hacía un año o más que no te veía.

—¿Ha pasado tanto? Bueno, he estado en Hellas. ¿No te enteraste?

—¿Quién me lo iba a decir?

Ella sacudió la cabeza y las lentejuelas azules rutilaron.

—Frank. —Se hizo a un lado, como para alejarse de las implicaciones de la pregunta.

Enojado, Frank la rodeó y le cerró el paso.

—Aquella vez en el *Ares* —dijo. Tenía la voz tensa, y movió el cuello para aflojar la garganta—. ¿Qué pasó, Maya? ¿Qué pasó?

Ella se encogió de hombros y esquivó los ojos de Frank. Durante largo rato no

habló. Al fin lo miró.

—El impulso del momento —dijo.

Y entonces tocaron la medianoche, y entraron en el lapso marciano,

el intervalo de treinta y nueve minutos y medio entre las 00:00:00 y las 00:00:01, cuando las cifras desaparecían o las agujas dejaban de moverse. Así fue como los primeros cien habían decidido reconciliar el día un poco más largo de Marte con el reloj de veinticuatro horas, y la solución había resultado extrañamente satisfactoria. Salir cada noche durante un rato de la oscilación de los números, del despiadado barrido del segundero…

Y esa noche, mientras las campanadas daban la medianoche, toda la ciudad enloqueció. Casi cuarenta minutos fuera del tiempo: el punto culminante de la celebración, todo el mundo lo sabía de manera instintiva. Los fuegos artificiales estallaron, la gente vitoreó; las sirenas desgarraron el aire, y los vítores se redoblaron. Frank y Maya observaron los fuegos artificiales, escucharon el ruido.

Entonces se oyó un ruido que sonó diferente: gritos desesperados,

chillidos serios.

—¿Qué es eso? —preguntó Maya.

—Una pelea —replicó Frank, aguzando el oído—. Quizás algo que nació del impulso del momento. —Ella lo miró y él se apresuró a añadir:— Tal vez deberíamos ir y mirar.

Los gritos crecieron. Problemas en alguna parte. Emprendieron la marcha por el parque, con pasos cada vez más largos, hasta que alcanzaron la zancada marciana. El parque le pareció más grande a Frank, y durante un momento tuvo miedo.

El bulevar central estaba cubierto de basura. La gente se movía en la oscuridad en grupos predadores. Sonó una sirena ululante, la alarma que indicaba una rotura en la tienda. Las ventanas estallaban en añicos por todo el bulevar. Allí, sobre el astrocésped manchado de rayas negras,

había un hombre tendido boca arriba. Chalmers agarró el brazo de una mujer acuclillada.

—¿Qué ha pasado? —gritó. Ella lloraba.

—¡Se pelearon! ¡Están peleando!

—¿Quiénes? ¿Suizos, árabes?

—Extranjeros —le dijo ella—. *Auslander*. —Miró ciegamente a Frank.— ¡Consiga ayuda!

Frank se acercó a Maya, que estaba hablando con un grupo junto a otra figura caída.

—¿Qué demonios está pasando? —le preguntó cuando pusieron rumbo al hospital de la ciudad.

—Es un disturbio —dijo ella—. No sé por qué. —Su boca era un corte recto en una piel tan blanca como la máscara que aún le cubría los ojos. Frank se quitó la máscara y la tiró lejos. Había cristales rotos por toda la calle. Un hombre corrió hacia ellos, llamándolos:

—¡Frank! ¡Maya!

Era Sax Russell; Frank jamás había visto al hombrecito tan agitado.

—Se trata de John… ¡lo han atacado!

—¿Qué? —exclamaron al unísono.

—Trató de detener una pelea, y tres o cuatro hombres saltaron sobre él. ¡Lo derribaron y se lo llevaron a rastras!

—¿No los detuvieron? —gritó Maya.

—Lo intentamos... un montón de nosotros los perseguimos. Pero nos despistaron en la medina. Maya miró a Frank.

—¿Qué está *pasando*? —gritó Chalmers—. ¿Adónde lo llevarían?

—A las puertas —dijo ella.

—Pero esta noche están cerradas, ¿no?

—Quizá no para todo el mundo.

La siguieron a la medina. Las farolas estaban rotas, había cristales en la calle. Encontraron al jefe de bomberos y se encaminaron a la Puerta Turca. El jefe la abrió y un grupo de bomberos entró deprisa, poniéndose los trajes. Luego salieron a la noche helada a examinar los terrenos de alrededor, iluminados por la batisfera de la ciudad. A Frank le dolían los tobillos y pudo sentir la configuración precisa de sus pulmones, como si le hubieran insertado dos globos de hielo en el pecho para enfriarle el rápido latido del corazón.

No había nada allí fuera. De vuelta adentro. Hacia el muro norte y la Puerta Siria, y otra vez al exterior bajo las estrellas. Nada.

Tardaron bastante en pensar en la granja. Para ese entonces había treinta de ellos enfundados en trajes; atravesaron a la carrera la antecámara e inundaron los pasillos de la granja, dispersándose, corriendo entre los cultivos.

Lo encontraron entre los rábanos. La chaqueta le cubría la cabeza en la posición de emergencia atmosférica; tenía que haberlo hecho inconscientemente, pues cuando lo pusieron de lado le vieron un hematoma detrás de la oreja.

—Llevadlo dentro —dijo Maya, con un graznido amargo—. ¡Rápido, dentro!

Cuatro de ellos lo levantaron. Chalmers sostuvo la cabeza de John, y entrelazó los dedos con los de Maya. Trotaron de regreso por los escalones bajos. Se tambalearon a través de la puerta de la granja, de vuelta a la ciudad. Uno de los suizos los condujo al centro médico más próximo, ya atestado de gente desesperada. Pusieron a John sobre un banco vacío. El rostro inconsciente tenía una expresión de cansancio, de decisión. Frank se quitó el casco y fue en busca de ayuda, entrando a la fuerza en las salas de emergencia y gritándoles a los médicos y enfermeras. Lo ignoraron hasta que una doctora dijo:

—Cállese. Ya voy.

Salió al pasillo y con la ayuda de una enfermera conectó a John a un monitor, luego lo examinó con la expresión abstraída y ausente que tienen los médicos mientras trabajan: las manos en el cuello, la cara, la cabeza y el pecho, el estetoscopio...

Maya explicó lo que sabían. La doctora tomó una unidad de oxígeno de la pared sin quitar la vista del monitor. Tenía la boca fruncida en un pequeño nudo de disgusto. Maya se sentó en el extremo del banco, la cara súbitamente enajenada. Hacía rato que la máscara había desaparecido.

Frank se agachó a su lado.

—Podemos seguir insistiendo —dijo la doctora—, pero me temo que no sirva de nada. Ha estado demasiado tiempo sin oxígeno.

—Sigan insistiendo —dijo Maya.

Lo hicieron, por supuesto. Al rato llegaron otros médicos, y se lo llevaron a una

sala de emergencia. Frank, Maya, Sax, Samantha y alguna de la gente de allí esperaron sentados fuera, en el pasillo. Los médicos iban y venían; sus rostros tenían esa expresión vacía con que se enfrentaban a la muerte. Máscaras protectoras. Uno salió y sacudió la cabeza.

—Ha muerto. Estuvo demasiado tiempo ahí afuera. Frank apoyó la cabeza contra la pared.

Cuando Reinhold Messner regresó de la primera ascensión en solitario al Everest, estaba gravemente deshidratado y del todo exhausto; cayó la mayor parte del descenso, y se derrumbó en el glaciar Rongbuk, y marchaba arrastrándose sobre manos y rodillas cuando la mujer que era todo su equipo de apoyo llegó hasta él; y él, en su delirio, la miró y dijo: «¿Dónde están todos mis amigos?».

No se oía ni un ruido salvo los murmullos y silbidos bajos de los que uno jamás escapaba en Marte.

Maya apoyó una mano en el hombro de Frank, y éste casi retrocedió; la garganta se le cerró en un nudo de dolor.

—Lo siento —consiguió decir.

Ella apartó el comentario con un encogimiento de hombros. Tenía el mismo aire de los médicos.

—Bueno —dijo—, de todos modos, nunca te gustó demasiado.

—Es cierto —dijo él, pensando que sería diplomático parecer honesto con ella en ese momento. Pero entonces tuvo un escalofrío y dijo con amargura—: ¿Qué sabes tú sobre lo que me gusta y lo que no me gusta? Con un ademán apartó la mano de ella y se puso trabajosamente de pie. Ella no lo sabía; ninguno de ellos lo sabía. Avanzó hacia la sala de urgencias pero cambió de parecer. Habría suficiente tiempo para eso en el funeral. Se sentía vacío; y de repente le pareció que ya no había nada bueno en Marte.

Abandonó el centro médico. Era imposible no sentirse sentimental en momentos semejantes. Caminó por la oscuridad extrañamente silenciosa de la ciudad, adentrándose en un mundo de ensoñaciones. Las calles centelleaban como si las estrellas hubieran caído al pavimento. La gente se había juntado en grupos, silenciosa, aturdida por las noticias. Frank Chalmers se abrió pasó sintiendo sus miradas, moviéndose sin pensarlo hacia la plataforma que había en el extremo alto de la ciudad; y mientras andaba, se dijo a sí mismo: *Ahora veremos qué puedo hacer con este planeta.*

SEGUNDA PARTE

El viaje

—Ya que de todas formas van a volverse locos, ¿por qué no enviar directamente a personas locas y ahorrarles el problema? —dijo Michel Duval.

Bromeaba sólo a medias; desde el principio había pensado que los criterios para la selección de colonos eran una retahíla aberrante de contradicciones.

Sus compañeros psiquiatras lo miraron.

—¿Puedes sugerir algún cambio específico? —preguntó el presidente, Charles York.

—Quizá todos deberíamos ir a la Antártida con ellos y observarlos en este primer período que van a pasar juntos. Nos enseñaría mucho.

—Pero nuestra presencia sería inhibidora. Creo que bastaría con uno de nosotros.

Así que enviaron a Michel Duval. Se unió a los ciento cincuenta y tantos finalistas en la Estación McMurdo. La reunión inicial fue como cualquier otra conferencia científica internacional, con las que todos estaban familiarizados en sus diversas disciplinas. Pero había una diferencia: ésta era la continuación de un proceso de selección que había durado años y que aún duraría uno más. Y aquellos que fueran elegidos irían a Marte.

De modo que vivieron juntos en la Antártida durante más de un año, familiarizándose con los refugios y el equipo que ya estaban desembarcando en Marte en vehículos robot; familiarizándose con un paisaje que era casi tan frío y hostil como el mismo Marte; familiarizándose unos con otros. Vivían en un grupo de habitats situado en el Valle Wright, el más grande de los Valles Secos de la Antártida. Pusieron en marcha una granja de biosfera, y luego permanecieron en los habitats durante un oscuro invierno austral y estudiaron profesiones secundarías o terciarias, o ensayaron las diversas tareas que los ocuparían en la nave espacial Ares, *o más adelante en el propio planeta rojo; y siempre, siempre conscientes de que estaban siendo observados, evaluados, juzgados.*

En modo alguno eran todos astronautas o cosmonautas, aunque había más o menos una docena de cada categoría, y muchos más en el norte, clamando por ser incluidos. Pero la mayoría de los colonos necesitaría tener experiencia en ciertos asuntos que se presentarían después del descenso: experiencia en medicina, en informática, robótica, diseño de sistemas, arquitectura, geología, diseño de biosfera, ingeniería genética, biología, y en las diversas ramas de la ingeniería y la construcción. Aquellos que habían conseguido llegar a la Antártida eran expertos en las ciencias y profesiones más relevantes, y pasaban buena parte de su tiempo entrenándose para sobresalir en campos secundarios y aun terciarios.

Y toda esa actividad se desarrolló bajo la presión constante de la observación, la

evaluación, el juicio. Fue un proceso enervante por necesidad, aunque a Michel Duval le parecía un error, ya que tendía a afianzar la reserva y la desconfianza en los colonos, impidiendo la compatibilidad que el comité de selección supuestamente buscaba. En verdad, ésa era otra de las contradicciones del proceso. Los candidatos no comentaban esta situación, y él no los culpaba; no había estrategia mejor, ésa era otra contradicción cálida para todos: garantizaba el silencio. No podían permitirse el lujo de ofender a nadie, o de quejarse demasiado; no podían correr el riesgo de aislarse en exceso; no podían hacerse enemigos.

Así que continuaron siendo brillantes y consiguieron lo suficiente como para sobresalir, pero al mismo tiempo actuaron como gente normal y se relacionaron entre ellos. Eran suficientemente mayores como para haber aprendido mucho, pero bastante jóvenes como para resistir los rigores físicos del trabajo. Y estaban suficientemente locos como para querer dejar la Tierra para siempre, aunque bastante cuerdos para ocultar esa locura fundamental, de hecho para defenderla como pura racionalidad, curiosidad científica o algo por el estilo... lo que, en suma, parecía ser la única razón aceptable para que desearan irse, y así, con toda naturalidad, ¡declararon ser las personas científicamente más curiosas de la historia! Pero, por supuesto, tenía que haber algo más. De algún modo tenían que estar alienados, lo suficientemente alienados y solos como para que no les importara dejar para siempre a toda la gente que habían conocido... y, sin embargo, debían conservar los suficientes contactos y ser lo suficientemente sociables como para congeniar con sus nuevos conocidos en el Valle Wright, con todos los miembros de la diminuta aldea en que se convertiría la colonia. ¡Oh, las contradicciones eran interminables! Tenían que ser tanto extraordinarios como ordinarios, a la vez y al mismo tiempo. Una empresa imposible, y no obstante, una empresa que era un obstáculo para lo que más anhelaban,

y el material que provocaba ansiedad, miedo, resentimiento, cólera. Tenían que dominar todas esas emociones...

Pero eso también era parte del examen. Michel no pudo evitar observarlos con gran interés. Algunos fracasaron, se derrumbaron de un modo u otro. Un ingeniero térmico norteamericano se volvió cada vez más introvertido, luego destruyó varios de sus rovers y tuvo que ser reducido por la fuerza. Una pareja de rusos se hicieron amantes y luego rompieron con tal violencia que no soportaban estar juntos, y dos tuvieron que ser descartados. Este melodrama ilustró los peligros de los amoríos que iban mal, e hizo que los demás se volvieran muy cautos al respecto. Pero las relaciones continuaron, y cuando dejaron la Antártida, ya habían celebrado tres matrimonios, y esos seis afortunados en cierto modo podían considerarse «seguros»; pero la mayoría estaba tan concentrada en ir a Marte que dejaron todo esto de lado, o mantuvieron relaciones siempre discretas, en algunos casos a escondidas de casi todo el mundo, en otros simplemente fuera de la vista de los comités de selección.

Y Michel sabía que sólo veía la punta del iceberg. Sabía que en la Antártida se sucedían las situaciones criticas. Las relaciones se estaban iniciando; y a veces el comienzo de una relación determina cómo irá el resto. En las breves horas de luz solar tal vez alguno salía del campamento y caminaba hasta el Mirador; y otro lo seguía; y lo que pasaba ahí podía dejar una huella perdurable. Pero Michel no lo sabría jamás.

Y entonces dejaron la Antártida, y el equipo fue elegido. Había cincuenta hombres y cincuenta mujeres: treinta y cinco norteamericanos, treinta y cinco rusos, y una miscelánea de treinta afiliados internacionales, quince invitados por cada uno de los dos grandes socios. Mantener esas simetrías perfectas había sido difícil, pero el comité de selección había perseverado.

Los afortunados volaron a Cabo Cañaveral o Baikonur para ponerse en órbita. A esas alturas todos se conocían muy bien, y al mismo tiempo, no se conocían en absoluto. Eran un equipo, pensó Michel, con amistades establecidas y ciertas

ceremonias, rituales, hábitos y tendencias de grupo; y entre esas tendencias estaba el instinto de esconderse, de interpretar un papel y ocultar la verdad. Quizá, sencillamente, ésa era la definición de la vida de un pueblo, de la vida social de un pueblo. Pero a Michel le parecía que era algo peor; nadie hasta entonces había tenido que competir de forma tan tenaz para integrarse *en un pueblo, y la división radical entre vida pública y vida privada resultante era nueva, y extraña. Había ahora en ellos una cierta corriente oculta de competitividad, profundamente arraigada, el sentimiento constante y sutil de que todos estaban solos, y de que en caso de problemas estaban expuestos a ser abandonados por el resto.*

De ese modo, el comité de selección había creado parte de los mismos problemas que había esperado evitar. Algunos de sus miembros lo sabían; y naturalmente, se cuidaron de incluir entre los colonos al psiquiatra que les pareció más cualificado.

Así que enviaron a Michel Duval.

Al principio sintieron como un empujón en el pecho. Luego volvieron a hundirse en sus sillones, y durante un segundo la presión fue muy familiar: una *g,* la gravedad en la que nunca más vivirían. El *Ares* había estado en órbita alrededor de la Tierra a 28.000 kilómetros por hora. Durante varios minutos aceleraron, y el impulso de los cohetes fue tan poderoso que las córneas se les aplanaron, y se les nubló la vista, y les costaba respirar. A 40.000 kilómetros por hora los cohetes se apagaron. Libre de la atracción de la Tierra, la nave se movía ahora alrededor del Sol.

Los colonos estaban sentados en los sillones y delta parpadeando, con la piel sonrojada, los corazones latiendo con fuerza. Maya Katarina Toitovna, la líder oficial del contingente ruso, miró alrededor. La gente parecía aturdida. Cuando a los obsesivos se les da el objeto de su deseo,

¿qué sienten? Verdaderamente, era difícil saberlo. En cierto modo, sus vidas estaban llegando al fin; sin embargo, algo más, otra vida, al fin había comenzado... Embargados por tantas emociones al mismo tiempo, era imposible no sentirse confundido; era como un patrón de interferencia: algunos sentimientos se cancelaban y otros se reforzaban. Quitándose las correas de su sillón, Maya sintió que una sonrisa le deformaba la cara, y en los rostros de alrededor vio la misma sonrisa indefensa... en todos menos en Sax Russell, que estaba tan impasible como un búho, parpadeando mientras miraba las lecturas de las pantallas.

Flotaban ingrávidos alrededor de la sala. 21 de diciembre de 2026: avanzaban más de prisa que nadie en la historia. Estaban en camino. Era el comienzo de un viaje de nueve meses... o de un viaje que duraría toda la vida. Estaban solos.

Los responsables del pilotaje del *Ares* se situaron ante las consolas y encendieron los cohetes laterales. El *Ares* empezó a dar vueltas, estabilizándose en cuatro r/m. Los colonos descendieron hasta el suelo y se mantuvieron de píe en una pseudogravedad de 0,38 g, muy cercana ala que sentirían en Marte. Muchos años de pruebas habían indicado que sería una *g* bastante saludable, mucho más que la ingravidez. Valía la pena, pensaron, que la nave rotase. Y era una sensación estupenda, pensó Maya. Había suficiente atracción como para que pudieran mantener el equilibrio con relativa facilidad, pero apenas si notaban alguna sensación de peso, de resistencia. Era el equivalente perfecto del estado de ánimo común; bajaron tambaleándose por los corredores hasta el gran comedor de Toro D, mareados, alegres, animados.

En el comedor de Toro D se mezclaron en una especie de cóctel, celebrando la partida. Maya deambuló por la sala, bebiendo copiosamente de una jarra de champán, sintiéndose un poco irreal y extremadamente feliz, una combinación que le recordó su banquete de bodas muchos años atrás. Con un poco de suerte, este matrimonio iría mejor que aquél, pensó, pues era para siempre. La sala estaba inundada de charla. «Es una simetría no tanto sociológica como matemática. Una especie de equilibrio estético.» «Esperamos tener una extensión de mil millones de hectáreas para repartir, pero no será fácil.» Maya rechazó que le sirvieran más champán, sintiéndose ya bastante mareada. Además, eso era trabajo. Ella era co-alcaldesa de ese pueblo, por decirlo así, responsable de la dinámica de grupo, destinada a complicarse. Los hábitos de la Antártida se abrían paso a puntapiés incluso en ese momento de triunfo, y ella escuchó y observó como una antropóloga, o una espía.

—Los psiquiatras tienen sus motivos. Terminaremos siendo cincuenta parejas felices.

—Y ellos ya conocen los emparejamientos.

Los observó reír. Inteligentes, sanos, bien preparados... ¿era ésta por fin la sociedad racional, la comunidad científicamente diseñada que había sido el sueño del Siglo de las Luces? Pero ahí estaban Arkadi, Nadia, Vlad, Ivana. Conocía demasiado bien al contingente ruso como para hacerse ilusiones. Tenían las mismas posibilidades de terminar como un dormitorio de estudiantes en una universidad técnica, lleno de bromas excéntricas y sonados líos amorosos. Salvo que parecían un poco mayores para ese tipo de cosas; varios hombres se estaban quedando calvos, y muchos de uno y otro sexo tenían mechones grises en el pelo. Había sido un largo camino: la edad media era de cuarenta y seis años, con extremos que iban desde los treinta y tres (la japonesa Hiroko Ai, maestra en diseños de biosfera) a los cincuenta y ocho (Vlad Taneev, ganador del Premio Nobel de Medicina).

No obstante, el ardor de la juventud asomaba ahora en todas las caras. Arkadi Bogdanov era un retrato en rojo: pelo, barba, piel. En medio de todo ese rojo, los ojos de un azul eléctrico, desorbitados de felicidad mientras exclamaba:

—¡Al fin libres! ¡Al fin libres! ¡Nosotros y nuestros niños al fin libres! Habían apagado las cámaras de vídeo después de que Janet Blyleven grabara una serie de entrevistas para las cadenas de televisión de la Tierra; estaban desconectados de la Tierra, por lo menos en el comedor,

y Arkadi cantaba, y la gente de más cerca coreaba la canción. Maya se detuvo para unirse a ellos. Al fin libres; era difícil de creer... ¡ya estaban en camino a Marte! Grupos de gente hablando, muchas de ellas de primer orden mundial en sus respectivos campos de trabajo; Ivana había compartido un Premio Nobel en química, Vlad era un famoso biólogo médico, Sax era parte del panteón de los grandes pilares de la teoría subatómica, Hiroko no tenía igual en el diseño de sistemas biológicos cerrados, y así por toda la sala; ¡una brillante multitud!

Y Maya era uno de los líderes, y se sentía algo intimidada. Su experiencia en ingeniería y cosmonáutica era bastante modesta; presumiblemente había sido su habilidad diplomática lo que la había llevado a bordo. Elegida para encabezar el dispar y temperamental equipo ruso, incluidos los diversos miembros de la comunidad de estados independientes... bueno, no estaba nada mal. Era un trabajo interesante al que ella estaba habituada. Y bien pudiera ocurrir que sus habilidades fuesen las más importantes a bordo. Después de todo, tenían que llevarse bien. Y eso era una cuestión de astucia, ingenio y voluntad.

¡Inducir a otros a que cumplan tus órdenes! Miró a la multitud de caras brillantes, y se rió. Todos los que iban a bordo eran buenos especialistas, pero algunos poseían un don especial. Tenía que identificarlos, seleccionarlos, cultivarlos. Su capacidad para funcionar como líder dependía de ello, pues al final, pensó, seguramente llegarían a constituir una especie de meritocracia científica disgregada. Y en una sociedad tal, los poderosos eran siempre los muy dotados. Cuando el impulso se convirtiera en apremio, ellos serían los verdaderos líderes de la colonia... ellos, o quienes tuvieran influencia sobre ellos.

Miró alrededor y localizó a su colega, Frank Chalmers. En la Antártida no había llegado a conocerlo demasiado bien. Era un hombre alto, grande, moreno; bastante locuaz e increíblemente enérgico, pero difícil de descifrar. Lo encontraba atractivo. ¿Veía las cosas como ella? No había podido descubrirlo. Estaba hablando con un grupo en el otro extremo de la sala, escuchando de esa manera intensa e inescrutable tan suya, la cabeza ladeada, preparado para saltar con un comentario ingenioso. Tendría que averiguar algo más sobre él. Más aún, tendría que llevarse bien con él.

Atravesó la sala y se detuvo rozándolo con el brazo. Lo saludó con una inclinación de cabeza. Un gesto fugaz a sus camaradas.

—Esto va a ser divertido, ¿no crees? Chalmers la miró.

—Si va bien —dijo.

Después de la celebración y la cena, incapaz de dormir, Maya se paseó por el *Ares.* Todos ellos habían estado antes en el espacio, pero nunca en nada parecido al *Ares,* que era enorme. Había una especie de ático en el extremo frontal de la nave, un único tanque parecido a un bauprés, que rotaba en dirección contraria a la del casco, manteniéndose estable. En ese tanque estaban emplazados los instrumentos solares de vigilancia, las antenas de radio y el equipo que funcionaba mejor sin rotación; en la parte superior había un cuarto bulboso de plástico transparente: una cámara que fue pronto bautizada como la cúpula burbuja, y que proporcionaba a la tripulación un inmóvil panorama de estrellas y una vista parcial de la gran nave de detrás.

Maya flotó cerca del muro ventana de esa cúpula burbuja, volviéndose con curiosidad hacia la imagen de la nave. Se había construido recurriendo a los tanques de combustible de las lanzaderas; a finales de siglo la NASA y Glavkosmos habían añadido pequeños cohetes de propulsión a los tanques y los había puesto en órbita. Multitud de tanques fueron lanzados de ese modo y luego remolcados a los emplazamientos de trabajo: con ellos se construyeron dos grandes estaciones espaciales, una estación L5, una estación orbital lunar, el primer vehículo tripulado a Marte, y numerosos cargueros no tripulados enviados a Marte. De manera que cuando las dos agencias acordaron construir el *Ares,* el uso de los tanques se había convenido en rutina, y se disponía de unidades de acoplamiento estándar, cámaras interiores, sistemas de propulsión; la construcción de la gran nave había requerido menos de dos años.

Parecía como si la hubieran hecho con las piezas de un modelo para armar, con cilindros que se ensamblaban por los extremos... en este caso, ocho hexágonos de cilindros, que ellos llamaban *toros,* alineados y unidos en el centro por un eje central hueco, un haz de cinco ramales de cilindros ensamblados. Unos delgados radios de tracción conectaban los toros al eje central, y el objeto resultante tenía cierto parecido con un accesorio de maquinaria agrícola, como el brazo de una segadora trilladora o de una unidad aspersora móvil. O como ocho donuts llenos de bultos, pensó Maya, ensartados en un palo. Justo el tipo de cosa que apreciaría un niño.

Los ocho toros se habían construido con tanques norteamericanos, y los cinco ramales de cilindros del eje central eran rusos. Los tanques tenían unos cincuenta metros de largo y unos diez de diámetro. Maya flotó a la deriva a lo largo del eje central; le llevó un buen rato, pero no tenía prisa. Entró en el Toro G. Había cuartos de todas las formas y tamaños; los más grandes ocupaban un tanque entero. El suelo corría justo por debajo del punto medio del cilindro, de modo que el interior se parecía a una larga cabaña Quonset. Pero la mayoría de los tanques habían sido divididos en más de quinientos cuartos pequeños. En total, el espacio interior equivalía casi al de un gran hotel de ciudad.

Pero ¿seria suficiente? Quizá sí.

Después de la Antártida, la vida en el *Ares* parecía una experiencia expansiva, laberíntica, fresca. Cada mañana, alrededor de las seis, la oscuridad en los toros residenciales empezaba a aclararse poco a poco hasta convertirse en un amanecer gris, y a eso de las seis y treinta una súbita claridad marcaba la «salida del sol». Maya despertaba con ella como lo había hecho toda la vida. Después de ducharse se encaminaba a la cocina del Toro D, se calentaba una comida y se la llevaba al gran comedor. Allí se sentaba a una mesa flanqueada por limoneros plantados en macetas. Colibríes, pinzones, tanagras, gorriones y loros picoteaban a sus pies y volaban rápidamente sobre ella para esconderse entre las parras trepadoras que colgaban de la larga bóveda del techo gris azulado, que le recordaba el cielo invernal

de San Petersburgo. Comía despacio, observaba a los pájaros, se estiraba en la silla, escuchaba la charla de alrededor. ¡Un desayuno tranquilo!

Después de toda una vida de penoso trabajo, al principio se sintió algo incómoda, incluso alarmada, como si fuera un lujo robado. Como si todos los días fueran domingo por la mañana, como decía Nadia. Pero las mañanas de los domingos de Maya no habían sido nunca particularmente tranquilas. Durante su infancia aquél había sido el momento de limpiar el cuarto que compartía con su madre. Su madre era una doctora, y como la mayoría de las mujeres de su generación, tuvo que trabajar con ferocidad para salir adelante, conseguir comida, criar a una hija, mantener una casa, hacer una carrera; era demasiado para una sola persona, y se había unido a las muchas mujeres que exigían un trato mejor que el que habían recibido en los años del Soviet, que les daba la mitad de un sueldo y además les encomendaba todas las tareas del hogar. Basta de esperar, basta de resistencia muda; tenían que aprovechar mientras durara la inestabilidad. «¡Todo está en la mesa», exclamaba la madre de Maya mientras preparaba una cena escasa, «todo menos la comida!».

Y tal vez se habían aprovechado. En la era del Soviet, las mujeres habían aprendido a ayudarse entre ellas, había aparecido un mundo casi autónomo de madres, hermanas, hijas, *babushkas,* amigas, colegas, incluso desconocidas. En la comunidad de estados independientes, ese mundo se había consolidado y se había introducido aún más en las estructuras de poder, en las cerradas oligarquías masculinas del gobierno ruso.

Uno de los campos más afectados había sido el programa espacial. La madre de Maya, ligeramente involucrada en la investigación médica, siempre juró que la cosmonáutica necesitaría de la entrada de mujeres, aunque no fuera más que para proporcionar datos femeninos a la experimentación. «¡No pueden salirnos siempre con Valentina Tereshkova!», exclamaba. Y, al parecer, tenía razón, porque después de estudiar ingeniería aeronáutica en la Universidad de Moscú, Maya fue aceptada en un programa en Baikonur, y luego la destinaron a la *Novy Mir.* Mientras estuvo allá arriba rediseñó los interiores para mejorar la eficiencia ergonómica, y más tarde pasó un año al mando; un par de reparaciones de emergencia reforzaron su buena reputación. Luego siguieron puestos administrativos en Baikonur y Moscú, y con el tiempo se las arregló para introducirse en el pequeño politburó de Glavkosmos, consiguiendo sutilmente que los hombres se enfrentaran entre sí, casándose con uno de ellos, divorciándose, elevándose después como agente libre de Glavkosmos, convirtiéndose en parte del máximo círculo interior, el doble triunvirato.

Y allí estaba, tomando un tranquilo desayuno. «Tan civilizado», se burlaba Nadia. Era la mejor amiga de Maya en el *Ares,* una mujer baja y redonda como una piedra, de cara cuadrada y pelo corto y entrecano. Más fea imposible. Maya, que se sabía atractiva y que eso la había ayudado muchas veces, amaba la fealdad de Nadia, que de algún modo acentuaba su competencia. Nadia era ingeniera y muy pragmática, una experta en construcción en climas fríos. Se habían conocido en Baikonur hacía veinte años, y una vez vivieron juntas en la *Novy Mir* durante varios meses; con los años habían llegado a ser como hermanas, que no se parecían mucho y que a menudo no se llevaban bien.

En ese momento Nadia miró alrededor y dijo:

—Instalar los alojamientos rusos y los norteamericanos en toros distintos fue una idea horrible. Trabajamos juntos durante el día, pero pasamos la mayor parte del tiempo aquí entre las mismas caras de siempre. Esto sólo acrecienta las otras divisiones que hay entre nosotros.

—Quizá deberíamos proponer que intercambiemos la mitad de las cabinas.

Arkadi, que estaba devorando bollos de café, se inclinó desde la mesa vecina.

—Eso no basta —dijo, como si hubiera participado todo el tiempo en la

conversación. Tenía la barba roja, cada día más salvaje, salpicada de migas—. Los domingos tendrían que ser día de mudanza y ese día todos cambiarían de alojamiento al azar. La gente llegaría a conocerse y habría menos camarillas. Y se reduciría la idea de propiedad sobre los cuartos.

—Pero a mí me gusta ser dueña de una cabina —dijo Nadia.

Arkadi engulló otro bollo y le sonrió mientras masticaba. Era un milagro que hubiera pasado el comité de selección.

Pero Maya planteó el tema a los norteamericanos, y aunque nadie aprobó el plan de Arkadi, les pareció una buena idea intercambiar la mitad de las cabinas. Después de ciertas consultas y discusiones, se dispuso la mudanza. La llevaron a cabo en la mañana de un domingo, y en adelante el desayuno fue un poco más cosmopolita. Las mañanas en el comedor D ahora incluían a Frank Chalmers y a John Boone, y también a Sax Russell, Mary Dunkel, Janet Blyleven, Rya Jiménez, Michel Duval y Úrsula Kohl.

John Boone resultó ser un madrugador, llegando al comedor incluso antes que Maya.

—Esta sala es tan espaciosa y aireada que se tiene la sensación de estar fuera —dijo desde su mesa cuando entró Maya—. Mucho mejor que la sala B.

—El truco está en quitar todo el cromado y el plástico blanco — repuso Maya. Hablaba un inglés bastante bueno, que mejoraba rápidamente—. Y luego pintar el techo como un cielo de verdad.

—¿Quieres decir no sólo de azul y punto?

—Sí.

Era, pensó, un norteamericano típico: sencillo, abierto, directo, tranquilo, y a la vez un héroe famoso. Esto parecía un hecho inevitable, de peso, pero Boone lo esquivaba. Concentrado en el sabor de un bollo, o en algunas noticias que aparecían en la pantalla de la mesa, nunca se refería a su expedición anterior, y si alguien sacaba el tema hablaba de ella como si no fuera distinta de cualquier otro vuelo. Pero no era así, y sólo su naturalidad mantenía esa ilusión: a la misma mesa cada mañana, riéndose de los malos chistes de ingeniería de Nadia, tomando parte en las conversaciones. Al cabo de un rato, no era fácil ver el aura que lo rodeaba.

Frank Chalmers parecía más interesante. Siempre llegaba tarde y se sentaba solo, atento únicamente a su café y a la pantalla de la mesa. Después de un par de tazas empezaba a hablar con la gente que tenía cerca en un ruso horroroso pero práctico. En la sala D ahora se conversaba casi siempre en inglés para incluir a los norteamericanos. La situación lingüística era como un juego de muñecas chinas: el inglés los contenía a todos, dentro de él estaba el ruso, y dentro de éste los idiomas de la comunidad de estados independientes, y luego los internacionales. Ocho de los tripulantes eran idiolingüistas, una triste especie de orfandad, en opinión de Maya; tenía la impresión de que estaban más atados a la Tierra que el resto, y en frecuente comunicación con la gente de allá. Era un poco extraño que el psiquiatra estuviera dentro de esa categoría.

En cualquier caso, el inglés era la lengua franca de la nave, y al principio Maya pensó que eso les daba ventaja a los norteamericanos. Pero luego se dio cuenta de que cuando hablaban siempre estaban en escena ante todo el mundo, mientras que el resto tenía idiomas más privados a los que podían recurrir en cualquier momento.

Sin embargo, Frank Chalmers era la excepción. Hablaba cinco idiomas, más que ningún otro a bordo. Y no temía usar su ruso, a pesar de que era muy malo; se dedicaba a soltar preguntas y luego a escuchar las respuestas, con auténtico interés y una risa asombrosa y rápida. En muchos sentidos era un norteamericano inusual, pensó Maya. Al principio parecía tener las habituales características:

grande, ruidoso, de maniática energía, seguro de sí mismo, inquieto; bastante locuaz y amistoso después del primer café. Llevaba un tiempo notar cómo encendía y apagaba esa cordialidad y lo poco que revelaba su charla. Por ejemplo, Maya no pudo descubrir nada sobre su pasado, a pesar de que intentó hacerle hablar. Era un hombre raro. Tenía pelo negro, cara morena, ojos claros de color avellana —atractivo al estilo tipo duro—, sonrisa fugaz, risa profunda, como la madre de ella. Tenía una mirada demasiado penetrante, en especial cuando observaba a Maya; ella supuso que se trataba de evaluar a otro líder. Actuaba con ella como si hubiesen tenido en la Antártida una larga relación; la presunción la incomodaba, dado lo poco que habían hablado allí. Estaba acostumbrada a pensar en las mujeres como sus aliadas y en los hombres como atractivos pero peligrosos problemas. De modo que un hombre que presumía de ser un aliado sólo era algo mucho más problemático. Y peligroso. Y... algo más.

Recordó sólo un momento en que le había visto algo más que la piel. Había ocurrido en la Antártida. Después de que el ingeniero térmico se viniera abajo y lo enviaran al norte, habían llegado noticias sobre el reemplazo, y todo el mundo se sintió enormemente sorprendido y entusiasmado al oír que iba a ser John Boone en persona, a pesar de que había recibido bastante más de la dosis máxima de radiación en la expedición anterior. La sala era un hervidero cuando Maya vio entrar a Chalmers y a alguien que le daba las noticias, y él había movido bruscamente la cabeza para mirar a su informante; entonces, durante una fracción de segundo, ella había visto un destello de furia, un destello tan breve que casi fue algo subliminal.

Pero hizo que desde entonces lo observara con atención. Y no cabía duda de que él y John Boone tenían una relación extraña. Para Chalmers resultaba difícil, por supuesto; era el líder oficial de los norteamericanos, e incluso tenía el título de «Capitán», pero Boone, con su atractivo pelo rubio y su extraña aureola de héroe, parecía ciertamente la autoridad natural... *parecía* el verdadero líder, y Frank Chalmers una especie de oficial demasiado activo, que cumplía las órdenes tácitas de Boone. Eso no podía ser cómodo.

Eran viejos amigos, le contaron a Maya cuando lo preguntó. Pero vio pocas señales de esa amistad, aun observándolos de cerca. Rara vez se hablaban en público, y no parecía que se visitaran en privado. Así pues, cuando estaban juntos ella los observaba, sin preguntarse conscientemente por qué... la lógica natural de la situación parecía exigirlo. Si hubieran estado en Glavkosmos, habría tenido sentido, quizá, meter una cuña entre ellos, pero no aquí. Había un montón de cosas en las que Maya no pensaba de manera consciente.

No obstante, los vigiló. Y una mañana Janet Blyleven entró a desayunar en la sala D con sus gafas de vídeo. Era una reportera importante de la televisión norteamericana, y a menudo iba por la nave con las videogafas puestas, mirando alrededor y haciendo comentarios, recogiendo historias y transmitiéndolas a casa, donde serían, según lo definió Arkadi, «predigeridas y vomitadas para el consenso de los imbéciles».

No era nada nuevo, desde luego. La atención de los medios era una parte familiar de la vida de todos los astronautas, y durante el proceso de selección habían sido escrutados más que nunca. No obstante, ahora eran la materia prima de programas miles de veces más populares que cualquier otro programa espacial anterior. Millones los observaban como el culebrón definitivo, y eso molestaba a algunos. De modo que cuando Janet se sentó al extremo de la mesa con esas gafas estilizadas de fibras ópticas en la montura, hubo algunos gruñidos. Y en el otro extremo de la mesa Ann Clayborne y Sax Russell estaban discutiendo, ajenos a todos los demás.

—Llevará años averiguar qué tenemos allá, Sax. Décadas. En Marte hay tanto suelo como en la Tierra, con una geología y química únicas. Hay que estudiarlo

exhaustivamente antes de que podamos empezar a cambiarlo.

—Lo cambiaremos con nuestro primer paseo. —Russell hizo a un lado las objeciones de Ann como si fueran telarañas.— Haber decidido ir a Marte es como la primera frase de una oración, y la oración completa dice…

—*Veni, vidi, vid.*

Russell se encogió de hombros.

—Si lo prefieres así…

—Tú eres el chiquillo, Sax —dijo Ann con una mueca de irritación y desprecio. Era una mujer de hombros anchos y pelo castaño alborotado, una geóloga de fuertes convicciones, un rival difícil en la discusión—. Mira, Marte es *lo que es.* Puedes hacer tus juegos de cambio de clima en la Tierra si quieres, lo necesitan. O inténtalo en Venus. Pero no puedes borrar una superficie planetaria de tres mil millones de años.

Russell apartó más telarañas.

—Está muerta —dijo simplemente—. Además, en realidad no es una decisión que nos corresponda. Nos la quitarán de las manos.

—No nos quitarán de las manos ninguna de esas decisiones —

intervino Arkadi vivamente.

Janet miraba a los oradores cuando hablaban, escuchando. Ann empezaba a ponerse nerviosa, a levantar la voz. Maya miró alrededor y vio que Frank estaba incómodo. Pero si interrumpía, confesaría a millones de televidentes que no quería que los colonos discutieran delante de ellos. Alzó la vista por encima de la mesa y encontró la mirada de Boone. Entre los dos hubo un intercambio de expresiones tan rápido que Maya parpadeó.

—Cuando yo estuve allí —dijo Boone—, tuve la impresión de que ya era parecido a la Tierra.

—Con la excepción de doscientos grados Kelvin —le indicó Russell.

—Claro, pero se *parecía* al Mojave o a los Valles Secos. La primera vez que le eché un vistazo al paisaje de Marte, me descubrí buscando una de esas focas momificadas que vimos en los Valles Secos.

Y continuó así. Janet se volvió hacia él, y Ann, que parecía asqueada,

recogió su café y se marchó.

Más tarde, Maya trató de recordar las expresiones que habían intercambiado Boone y Chalmers. Había sido como parte de un código o de esos idiomas privados que los hermanos gemelos se inventan.

Transcurrieron las semanas, y todos los días comenzaban con un desayuno tranquilo. Las primeras horas de la mañana eran mucho más ajetreadas. Todo el mundo tenía un programa, aunque algunos eran más apretados que otros. El de Frank estaba siempre atestado, tal como a él le gustaba, una ráfaga maníaca de actividad. Pero el trabajo realmente necesario no era tanto: tenían que conservarse vivos y en forma, y mantener la nave en funcionamiento, y seguir preparándose para Marte.

El mantenimiento de la nave abarcaba desde la complejidad de la programación o las reparaciones a la sencillez de sacar suministros del almacén o reciclar basura. El equipo de biosfera pasaba la mayor parte del día en la granja, que ocupaba grandes áreas de los toros C, E y F; y todo el mundo a bordo tenía trabajos de granja. Casi todos disfrutaban de él, y algunos incluso regresaban en sus horas

libres.

La tripulación tenía órdenes médicas de pasar tres horas al día en las cintas móviles, en las escaleras mecánicas, en las bicicletas o en las máquinas de pesas. Esas horas se disfrutaban, o se soportaban o se despreciaban, dependiendo de los temperamentos, pero aun quienes las despreciaban terminaban sus ejercicios con un perceptible (incluso mensurable) mejor humor.

—Las betaendorfinas son la mejor droga —decía Michel Duval.

—Lo cual es una suerte, ya que no tenemos ninguna otra —replicaba John Boone.

—Oh, está la cafeína...

—Me hace dormir.

—El alcohol...

—Me da dolor de cabeza.

—La procaína, el Darvon, la morfina...

—¿Morfina?

—En los suministros médicos. No para uso común. Arkadi sonrió.

—Quizá sea mejor que me ponga enfermo.

Los ingenieros, incluyendo a Maya, pasaban muchas mañanas en simulaciones de entrenamiento. Tenían lugar en el puente de popa, en el Toro B, que guardaba lo último en sintetizadores de imagen: las simulaciones eran tan sofisticadas que había muy poca diferencia visible entre ellas y el hecho en sí. Eso no las hacía necesariamente interesantes: la aproximación de inserción orbital estándar, simulada una vez por semana, fue apodada «El Vuelo Mantra», y se convirtió en un aburrimiento para todos los tripulantes.

Pero a veces hasta el aburrimiento era preferible a las alternativas. Arkadi era el especialista de entrenamiento, y tenía una habilidad perversa para diseñar problemas de vuelo tan duros que a menudo «mataban» a todo el mundo. Esos vuelos eran experiencias extrañamente desagradables, y no hicieron popular a Arkadi. Mezclaba problemas de vuelo con Vuelos Mantra al azar, pero más y más a menudo eran sólo problemas de vuelo; se «aproximaban a Marte» y las luces rojas empezaban a centellear, acompañadas de sirenas a veces, y de nuevo tenían problemas. En una ocasión golpearon un objeto planetesimal de unos quince gramos de peso que abrió una gran brecha en el escudo de calor. Sax Russell había calculado que sus posibilidades de impactar con algo mayor que un garbanzo eran de una en cada siete mil años de viaje, pero, no obstante, ahí estaban, *¡emergencia!,* con la adrenalina corriéndoles por el cuerpo al mismo tiempo que descartaban la idea misma de que tal cosa sucediese, subiendo a la carrera hasta el eje y metiéndose en los trajes de emergencia, saliendo para cerrar el agujero antes de entrar en la atmósfera marciana y quedar achicharrados; y a medio camino la voz de Arkadi surgió de los intercomunicadores:

—¡No ha sido bástame rápido! Todos estamos muertos.

Pero ése era un problema simple. Otros... La nave, por ejemplo, seguía un curso programado. Esto quería decir que los pilotos introducían datos en las computadoras de vuelo y que éstas los convertían en fuerza propulsora. Así es como tenía que ser, pero cuando uno se aproximaba velozmente a una masa gravitatoria como la de Marte, sencillamente no se podía saber o intuir qué impulso conseguiría los efectos deseados. Por lo tanto, ninguno de ellos era un aviador en el sentido de un piloto que maneja un avión. No obstante, con frecuencia Arkadi desactivaba todo el sistema justo en el momento en que estaban alcanzando un momento crítico (avería, decía Russell, de una posibilidad entre diez mil millones) y era necesario

tomar la dirección y manejar los cohetes con medios mecánicos, observando los monitores y una imagen visual naranja en fondo negro —Marte— que se les venía encima; y las alternativas eran o excederse y saltar al espacio profundo y sufrir una muerte lenta, o quedarse cortos y estrellarse contra el planeta y morir al instante, y si sucedía esto último, tenían que verlo cayendo a ciento veinte kilómetros por segundo hasta el impacto final simulado.

O podía tratarse de un fallo mecánico: los cohetes principales, los cohetes estabilizadores, el hardware o el software de las computadoras, o el despliegue del escudo de calor; todo eso tenía que funcionar correctamente durante toda la aproximación. Y los fallos de esos sistemas eran los más probables... en la escala, decía Sax (aunque otros ponían en tela de juicio sus métodos de evaluación de riesgos), de una de cada diez mil aproximaciones. De modo que volvían a hacerlo y las luces rojas destellaban, y ellos se quejaban y suplicaban un Vuelo Mantra, a pesar de que en parte daban la bienvenida al nuevo desafío. Cuando conseguían sobrevivir a un fallo mecánico, se sentían enormemente satisfechos; podía ser el punto culminante de una semana. En una ocasión John Boone aerofrenó con éxito a mano, con un solo cohete principal en funcionamiento, acertando en un milisegundo de arco la única velocidad posible. Nadie podía creérselo.

—Fue pura suerte —dijo Boone con una amplia sonrisa mientas se hablaba de la hazaña en la cena.

Sin embargo, la mayoría de los problemas de vuelo de Arkadi terminaban en fracaso, lo que significaba la muerte de todos. Simulados o no, era difícil no ponerse serios con esas experiencias, y después no irritarse con Arkadi por haberlas inventado. Una vez repararon todos los monitores del puente justo a tiempo para ver que las pantallas registraban el impacto de un asteroide pequeño, que atravesó el eje y los mató a todos. En otra ocasión Arkadi, como parte del equipo de navegación, cometió un «error» y dio instrucciones a las computadoras para que aumentaran la rotación de la nave en vez de disminuirla.

—¡Sujetos al suelo por seis g! —gritó con terror simulado, y se vieron obligados a arrastrarse por el suelo durante media hora, fingiendo rectificar el error mientras cada uno pesaba media tonelada.

Cuando concluyeron, Arkadi se levantó de un salto y los empujó apartándolos del monitor de control.

—¿Qué demonios estás haciendo? —aulló Maya.

—Se ha vuelto loco —dijo Janet.

—Ha *simulado* volverse loco —corrigió Nadia—. Tenemos que resolver... —añadió, intentando rodear a Arkadi— ...¡cómo tratar con alguien que se ha vuelto loco en el puente!

Lo que sin duda era cierto. Pero podían ver todo el blanco de los ojos de Arkadi, y no había ni rastro de reconocimiento en él mientras los atacaba en silencio. Para reducirlo hicieron falta los cinco. Los puntiagudos codos de Arkadi lastimaron a Janet y Phyllis Boyle.

—¿Y bien? —comentó más tarde en la cena con una sonrisa ladeada, ya que se le empezaba a hinchar un labio—. ¿Qué pasa si sucede? Aquí arriba estamos sometidos a presión, y la aproximación será el peor momento de todos. ¿Y si alguien se viene abajo? —Se volvió hacia Russell y la sonrisa se hizo más amplia.— ¿Cuáles son las posibilidades de que eso suceda, eh? —Comenzó a cantar una canción jamaicana con un acento eslavo-caribeño.— ¡Caída de presión, oh caída de presión, oh-o, la presión te va a caer encima oo-oo!

Y así siguieron intentándolo, manejando los problemas de vuelo con toda la seriedad de que eran capaces, incluso el ataque de nativos marcianos o el desacoplamiento del Toro H causado por «pernos explosivos instalados

erróneamente cuando se construyó la nave», o la necesidad de esquivar a Fobos en el último minuto. Todo esto parecía a veces una especie de humor negro surrealista, y Arkadi volvía a pasar algunas de sus cintas de vídeo como entretenimiento de sobremesa, lo que a veces lanzaba a la gente al aire muerta de risa.

Pero los verdaderos problemas de vuelo... no dejaban de aparecer, una mañana tras otra. Y a pesar de las soluciones, a pesar de los protocolos para encontrar soluciones, ahí estaba esa visión, una y otra vez: el planeta rojo cargando contra ellos a unos inimaginables 40.000 kilómetros por hora, hasta que llenaba la pantalla y la pantalla se ponía blanca, y en ella aparecían de pronto unas letras pequeñas y negras: *Colisión.*

Viajaban a Marte en una elipse Hohmann tipo II, un curso lento pero eficiente, elegido entre las demás alternativas porque los dos planetas estaban en una posición adecuada cuando por fin estuvo lista la nave, con Marte unos cuarenta y cinco grados delante de la Tierra en el plano de la eclíptica. Poco más de la mitad del viaje lo harían alrededor del Sol, estableciendo el punto de encuentro con Marte unos trescientos días después. El tiempo en el útero, como lo llamaba Hiroko.

Los psicólogos de la Tierra habían considerado que valía la pena alterar las cosas de vez en cuando, sugerir el paso de las estaciones en el *Ares.* Por tanto se varió la duración de los días y las noches, el clima y los colores ambientales. Algunos habían mantenido que el descenso debería ser una cosecha, otros que debería ser una nueva primavera; después de un breve debate, se había decidido por el voto de los mismos viajeros empezar con el comienzo de la primavera, de modo que viajaran durante un verano en vez de un invierno; y a medida que se aproximaran a Marte, los colores de la nave adquirirían los tonos otoñales del planeta en vez de los verdes claros y los tonos pastel de la floración que habían dejado tan atrás.

Así que durante esos primeros meses, al acabar las tareas de la mañana, saliendo de la granja o del puente, o tambaleándose fuera de las sádicas simulaciones de Arkadi, entraban en la primavera. De las paredes colgaban paneles de un verde pálido, o murales fotográficos de azaleas y jacarandaes y cerezos ornamentales. La cebada y la mostaza de las grandes salas de la granja lucían un vivo amarillo con las flores nuevas, y el bosque bioma y los siete parques de la nave habían sido poblados con árboles y arbustos. A Maya le encantaban esos coloridos brotes primaverales, y después del trabajo matinal cumplía parte de su régimen de ejercicios paseando por el bosque bioma, que tenía un suelo accidentado y tal densidad de árboles que no se podía ver desde un extremo de la cámara al otro. De entre toda la gente posible, a menudo encontraba allí a Frank Chalmers disfrutando de uno de sus cortos descansos. Decía que le gustaba el follaje primaveral, aunque nunca parecía mirarlo. Caminaban juntos, y hablaban o no, según el día. Si hablaban, nunca era sobre algo importante; a Frank no le interesaba discutir el trabajo de ambos como líderes de la expedición. A Maya eso le parecía curioso, aunque nunca se lo dijo. Pero no tenían los mismos trabajos, lo que podía explicar la renuencia de Frank. La posición de Maya era bastante informal y no jerárquica: los cosmonautas siempre habían sido relativamente iguales entre ellos, tradición que se remontaba a la época de Koroliov. El programa norteamericano tenía una tradición más militar, indicada incluso en los títulos: mientras que Maya era sólo la Coordinadora del Contingente Ruso, Frank era el Capitán Chalmers.

Si esa autoridad le hacía la vida más o menos difícil, no lo decía. A veces hablaba del bionia o de pequeños problemas técnicos, o de las noticias de casa; más a menudo, parecía que simplemente quería caminar con ella. Paseos silenciosos, subiendo y bajando por senderos estrechos, a través de densas arboledas de pinos, álamos y abedules. Y siempre esa presunción de intimidad, como si fueran viejos amigos, o como si él estuviera, tímidamente (o sutilmente),

cortejándola.

Pensando en esto un día, a Maya se le ocurrió que haber empezado el viaje en la primavera podía haber creado un problema en el *Ares.* Ahí estaban en su mesocosmos, navegando por la primavera, y todo era fértil y florecía, exuberante y verde, el aire perfumado por las flores, la brisa fresca, los días haciéndose más largos y cálidos, y todo el mundo en camiseta y pantalón corto, cien animales sanos, comiendo, haciendo ejercicio, duchándose, durmiendo cerca unos de otros. Por supuesto que tenía que haber sexo.

Bueno, no era nada nuevo. La misma Maya lo había disfrutado en el espacio, más significativamente durante su segunda estancia en la *Novy Mir,* cuando ella y Georgi y Yeli e Irina habían probado todas las variantes imaginables en la ingravidez, que eran muchas. Pero ahora era distinto. Eran mayores, estaban ligados los unos a los otros para siempre: «*Todo* es distinto en un sistema cerrado», como decía a menudo Hiroko en otros contextos. La idea de que se mantendrían en los límites de una relación intima estaba bastante aceptada en la NASA: de las 1.348 páginas del tomo que la NASA había compilado y llamado *Relaciones humanas en tránsito a Marte,* sólo había una dedicada al tema del sexo; y esa página aconsejaba que no se practicara. El tomo sugería que eran una especie de tribu, con un tabú sensato contra el aparcamiento intertribal. Los rusos se rieron a carcajadas de todo eso. Realmente los norteamericanos eran muy mojigatos.

—No somos una *tribu* —dijo Arkadi—. Somos *el mundo.*

Y era primavera. Y a bordo estaban las parejas casadas, algunas de las cuales eran bastante expansivas; y estaba la piscina del Toro E, y la sauna y el baño de hidromasaje. Los trajes de baño se usaban en compañía mixta, y esto de nuevo debido a los norteamericanos, pero los trajes de baño no eran nada. Naturalmente, empezó a suceder. Se enteró por Nadia e Ivana de que la cúpula burbuja era un lugar de citas en las horas tranquilas de la noche; bastantes cosmonautas y astronautas resultaron ser aficionados a la ingravidez. Y los muchos rincones en los parques y el bosque bioma servían como escondrijos para aquellos con menos experiencia; los parques habían sido diseñados para dar a la gente la sensación de que podía evadirse. Y todos tenían un cuarto privado insonorizado. Con todo eso, si una pareja quería iniciar una relación sin convertirse en material de chismes, era posible ser muy discreto. Maya estaba segura de que había más asuntos en marcha de los que ella podía saber.

Lo sentía. Sin duda a otros les pasaba lo mismo. Conversaciones en voz baja entre parejas, cambios de compañeros en el comedor, miradas rápidas, sonrisas fugaces, manos que rozaban hombros o codos al pasar... oh, sí, estaban sucediendo cosas. Contribuía a crear una cierta tensión, una tensión que sólo en parte era agradable. Los miedos de la Antártida volvieron a entrar en juego; y además sólo había un número pequeño de participantes potenciales, lo que tendía a darles la sensación de que jugaban al juego de las sillas vacías.

Y para Maya hubo problemas adicionales. Era aún más cautelosa que de costumbre con los hombres rusos, pues en este caso significaría dormir con el jefe. Se mostraba muy suspicaz al respecto, ya que sabía cómo se había sentido ella en circunstancias parecidas. Además, ninguno de ellos... bueno, Arkadi la atraía, pero él no parecía interesado. A Yeli lo conocía de antes, sólo era un amigo; Dmitri no le gustaba; Vlad era más viejo, Yuri no era su tipo; Alex era un seguidor de Arkadi... y así con todos.

En cuanto a los norteamericanos, o los internacionales... bien, eran una especie distinta de problema. Choque de culturas, ¿quién lo sabía? Así que se mantuvo al margen. Pero en ocasiones, al despertar por la mañana o al acabar un ejercicio, se sentía flotar en una ola de deseo que la dejaba encallada y sola en la playa de la cama o de la ducha.

Fue así que a última hora de una mañana, después de un problema de vuelo particularmente angustioso, pues fracasaron a último momento, se topó con Frank Chalmers en el bosque bioma y le devolvió el saludo; caminaron unos diez metros entre los árboles y se detuvieron. Ella llevaba pantalones cortos y la parte de arriba de un traje de baño, estaba descalza, sudorosa y acalorada por la disparatada simulación. Él iba en bermudas y camiseta, descalzo, sudoroso y manchado por el polvo de la granja. De pronto emitió su risa profunda, alargó el brazo, y rozó la parte superior del brazo de ella con las yemas de dos dedos.

—Hoy pareces feliz —dijo, esbozando una rápida sonrisa.

Los líderes de las dos mitades de la expedición. Iguales. Ella alzó la mano para tocar la de él, y eso fue todo lo que hizo falta.

Dejaron el sendero y se metieron en una espesa arboleda de pinos. Se detuvieron para besarse; ella ya no lo sentía como un extraño. Frank tropezó con una raíz y rió en voz baja, esa risa breve y reservada que a Maya le daba escalofríos, casi de miedo. Se sentaron sobre agujas de pino, rodaron juntos como estudiantes besuqueándose en los bosques. Ella rió; siempre le había gustado el abordaje rápido, el modo en que podía desarmar a un hombre cuando ella quería.

Y así hicieron el amor, y durante un tiempo la pasión la transportó. Al fin se tendió en el suelo, disfrutando del resplandor crepuscular. Pero luego, de algún modo, la situación se volvió un poco incómoda; no sabía qué decir. Aún había algo oculto en él, como si se escondiera incluso al hacer el amor. Peor todavía, lo que alcanzaba a ver detrás de su reserva era una especie de triunfo, como si él hubiera ganado algo y ella hubiera perdido. Esa vena puritana de los norteamericanos, esa sensación de que el sexo estaba mal y que los hombres tenían que engañar a las mujeres para que aceptaran. Ella misma se cerró un poco, irritada por esa sonrisa de afectación oculta. Ganar y perder, qué infantil.

Y sin embargo eran co-alcaldes, por decirlo así. De modo que si partían de una base cero...

Hablaron un rato en un tono bastante jovial, e incluso hicieron el amor otra vez antes de marcharse. Pero no fue lo mismo que la primera vez, ella estaba distraída. Había tanto en el sexo que escapaba a cualquier análisis racional... Maya siempre veía cosas en los hombres que no era capaz de analizar, ni siquiera de expresar; pero en todos los casos le gustaba lo que veía o no le gustaba, no había término medio. Y, al mirar ahora la cara de Frank Chalmers, había tenido la certeza de que algo no andaba bien. Se sintió incómoda.

Pero estuvo amable, afectuosa. No serviría de nada despacharlo en un momento así, nadie lo perdonaría. Se levantaron, se vistieron y regresaron al Toro D, y cenaron en la misma mesa con algunos otros, y fue aquél el momento adecuado para mostrarse más distante. Pero después, en los días siguientes, ella se sintió sorprendida y disgustada al descubrir que estaba poniendo cierta distancia entre ellos y que inventaba excusas para no encontrarse a solas con él. Era embarazoso, de ningún modo lo que había querido. Habría preferido no sentirse como se sentía, y una o dos veces después habían salido solos de nuevo, y cuando él tomó la iniciativa volvieron a hacer el amor, ella deseando que funcionara, creyendo que, de algún modo, había cometido un error o quizá no estaba de buen ánimo. Pero siempre pasaba lo mismo, siempre aparecía esa sonrisita afectada de triunfo, ese «te-pillé» que ella detestaba tanto, esa mezquina doble moral puritana.

De modo que en adelante lo evitó todavía más, y él no tardó en darse cuenta. Una tarde le preguntó si quería ir a dar un paseo por el bioma, y cuando ella se negó, aduciendo cansancio, vio una súbita expresión de sorpresa en la cara de él, que al instante volvió a cerrarse como una máscara. Ella se sintió mal, porque ni siquiera era capaz de explicárselo a sí misma.

Para tratar de compensar una separación tan irracional, se mostró desde

entonces afable y franca con él, siempre que fuera una situación segura. Y una o dos veces sugirió, de manera indirecta, que para ella aquellos encuentros sólo habían sido una manera de sellar una amistad, algo que también había hecho con otros. No obstante, tuvo que darlo a entender entre líneas, y es posible que él lo malinterpretara. Después de aquel primer arrebato de comprensión, él sólo pareció desconcertado. En una ocasión, cuando ella abandonó un grupo justo antes de que la reunión se disolviera, vio que él le echaba una mirada penetrante. Desde entonces, sólo distancia y reserva. Pero en realidad Frank nunca se había enfadado, y nunca insistió en el tema o se acercó a ella para hablar del asunto. Pero eso era parte del problema, ¿no? Parecía que él no *quería* que hablaran de ese tipo de cosas.

Bueno, quizá tenía relaciones con otras mujeres, con algunas de las norteamericanas, era difícil saberlo. Él no le dijo nada. Pero era… embarazoso.

Maya decidió abandonar la seducción arrolladora; el placer que perdía no le importaba mucho. Hiroko tenía razón: todo era distinto en un sistema cerrado. Era una pena por Frank (si es que le importaba), ya que le había servido de maestro en ese tema. Finalmente, resolvió compensárselo siendo una buena amiga. En una ocasión, un mes más tarde, se esforzó tanto que calculó mal y fue demasiado lejos, hasta el punto de que él creyó que estaba seduciéndolo otra vez. Habían estado con un grupo, charlando hasta tarde, y ella se había sentado a su lado, y después fue muy evidente que él había recibido una impresión equivocada, y caminó con ella por el Toro D hacia los baños, hablando de ese modo encantador y afable que tenía en esa fase del proceso. Maya estaba enfadada consigo misma; no quería parecer completamente veleidosa, aunque hiciera lo que hiciese en ese momento era muy probable que lo pareciera. Entonces fue con él, sólo porque era lo más fácil, y porque había una parte de ella que quería hacer el amor. Y lo hizo, irritada consigo misma y decidida a que aquélla fuera la última vez, una especie de regalo final que con un poco de suerte haría que todo el incidente quedara como un buen recuerdo para él. Se mostró más apasionada que nunca, realmente quería complacerlo. Y entonces, justo antes del orgasmo, alzó la vista hacia su cara, y fue como mirar las ventanas de una casa vacía.

Ésa fue la última vez.

Av, v para velocidad, delta para cambio. En el espacio, ésa es la medida del cambio de velocidad que se requiere para ir de un lugar a otro... es decir, la medida de energía útil.

Todo está en movimiento. Pero poner algo en órbita alrededor de la Tierra desde la superficie (en movimiento), requiere una mínima Av de 10 kilómetros por segundo; abandonar la órbita de la Tierra y volar hacia Marte requiere una mínima Av de 3,6 kilómetros por segundo; y orbitar alrededor de Marte y posarse en él requiere una Av de aproximadamente un kilómetro por segundo. La parte mas difícil es dejar la Tierra atrás, la atracción gravitatoria más elevada. Para subir a esa increíble curva de espacio-tiempo hace falta mucha fuerza, cambiar la dirección de una inercia enorme.

La historia también tiene una inercia. En las cuatro dimensiones del espacio-tiempo, las partículas (o los sucesos) tienen dirección; los matemáticos, tratando de demostrarlo, trazan lo que ellos llaman «líneas mundiales» en los gráficos.. En los asuntos humanos, las líneas mundiales individuales forman una maraña gruesa, surgiendo de la oscuridad de la prehistoria y extendiéndose a través del tiempo: un cable del tamaño de la misma Tierra, que gira alrededor del Sol en un curso largo y curvo. Ese cable de líneas mundiales enmarañadas es la historia. Viendo dónde ha estado, es evidente hacia dónde va; basta una mera extrapolación. ¿Qué clase de Av hará falta para escapar de la historia, escapar de una inercia tan poderosa, y trazar un nuevo curso?

La parte más difícil es dejar la Tierra atrás.

La forma del *Ares* daba una estructura a la realidad; el vacío entre la Tierra y Marte empezó a parecerle a Maya una larga sucesión de cilindros ensamblados en ángulos de cuarenta y cinco grados. Había una pista para correr, una especie de carrera de obstáculos, alrededor del Toro C, y en cada juntura aminoraba el paso preparada para afrontar el incremento de presión que generaban los dos codos de 22,5 grados, y de pronto podía ver arriba la extensión del siguiente cilindro. Comenzaba a parecerle un mundo más bien estrecho.

Quizá como compensación la gente empezó a parecer más grande. Las máscaras que habían llevado en la Antártida continuaban cayendo, y aquellos que descubrían alguna característica nueva en éste o en aquél se sentían mucho más libres, lo que provocaba la aparición de otros rasgos ocultos. Un domingo por la mañana los cristianos que había a bordo, una docena o algo así, celebraron la Pascua en la cúpula burbuja. En casa era abril, aunque en el *Ares* estaban en pleno verano. Después del oficio bajaron a desayunar a la sala del comedor D. Maya, Frank, John, Arkadi y Sax estaban sentados a una mesa, bebiendo tazas de café y té. Las conversaciones entre ellos se habían mezclado con las de otras mesas, y al principio sólo Maya y Frank oyeron lo que le decía John a Phyllis Boyle, la geóloga que había dirigido el oficio de Pascua.

—Entiendo la idea del universo como un superser, y que las fuerzas cósmicas sean los pensamientos de ese ser. Es un concepto amable. Pero la historia de Cristo... —John sacudió la cabeza.

—¿La conoces de verdad? —preguntó Phyllis.

—Me eduqué en el luteranismo en Minnesota —fue la respuesta escueta de John—. Fui a las clases de confirmación, y me la introdujeron a la fuerza en el cráneo.

Razón por la que, probablemente, se molestaba en meterse en una discusión como aquélla, pensó Maya. Tenía una expresión de disgusto que nunca antes le había visto y ella se adelantó un poco, concentrándose de pronto. Miró a Frank; éste observaba el interior de su taza de café como si estuviera perdido en alguna ensoñación, pero ella estaba segura de que él también estaba escuchando.

—Debes saber que los Evangelios fueron escritos décadas después de la muerte de Cristo por gente que jamás lo conoció —dijo John—. Y que hay otros evangelios que muestran a un Cristo distinto, evangelios que fueron excluidos de la Biblia por un proceso político en el siglo tercero. De modo que, en realidad, Cristo es una especie de figura literaria, una invención política. No sabemos nada sobre el hombre real.

Phyllis sacudió la cabeza.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es —replicó John. Eso hizo que Sax y Arkadi alzaran la cabeza en la mesa de al lado—. Mira, todo tiene una explicación. El monoteísmo es un sistema de creencias que aparece en las primitivas sociedades ganaderas. Cuanto más dependan de los rebaños de ovejas, más posible es que crean en un dios pastor. Es una correlación exacta, puedes trazar un gráfico y comprobarlo. Y el dios siempre es varón, porque esas sociedades eran patriarcales. Hay una especie de arqueología, una antropología... una sociología de la religión, que aclara todo esto: cómo surgió, qué necesidades satisfizo.

Phyllis lo observó con una sonrisa ligeramente desdeñosa.

—No sé qué decirte, John. Al fin y al cabo no es una cuestión de historia. Es una cuestión de fe.

—¿Crees en los milagros de Cristo?

—Los milagros no son lo importante. No es la Iglesia o el dogma lo que importa. Es el mismo Jesús quien importa.

—Pero es sólo una invención literaria —repitió John con obstinación—

. Como Sherlock Holmes o El Llanero Solitario. Y no contestaste a mi pregunta.

Phyllis se encogió de hombros.

—Considero la presencia del universo como un milagro. El universo y todo lo que hay en él. ¿Puedes negarlo?

—Desde luego —dijo John—. El universo simplemente es. Yo defino un milagro como un acto que viola claramente una ley física conocida.

¿Cómo viajar a otros planetas?

—No. Como resucitar a los muertos.

—Los médicos lo hacen todos los días.

—Los médicos jamás lo han hecho. Phyllis se mostró confundida.

—No sé qué decirte, John. Estoy sorprendida. No lo conocemos todo, y pretender que sí es arrogancia. La creación es misteriosa. Darle a algo un nombre como «el Big Bang» y luego creer que tienes una explicación... eso es lógica mediocre, pensamiento mediocre. Fuera de tu pensamiento racional y científico hay toda una zona de la conciencia que el pensamiento científico no puede explicar. La fe en Dios es una parte. Y supongo que o la tienes o no la tienes. —Se levantó—. Espero que te llegue algún día. —Y salió de la sala.

Después de un silencio, John suspiró.

—Lo siento, amigos. Aún me afecta a veces.

—Siempre que un científico dice que es cristiano —comentó Sax—,

lo tomo como una declaración estética.

—La iglesia de no-sería-bonito-creerlo-así —dijo Frank sin alzar la vista de la taza.

—Creen que nos falta una dimensión espiritual que las generaciones anteriores tenían —dijo Sax—, y tratan de recuperarla utilizando los mismos medios. —Parpadeó con su seriedad de búho, como si el problema quedara despachado una vez definido.

—¡Pero eso introduce tantos absurdos! —exclamó John.

—Lo que pasa es que tú no tienes fe —dijo Frank, incitándolo. John no le prestó atención.

—Gente que en el laboratorio es realista como nadie... ¡Hay que ver a Phyllis poniendo en tela de juicio las conclusiones de sus colegas! Y entonces, de repente, empiezan a usar trucos, evasivas, ambigüedades. Como si cada uno fuera dos personas diferentes.

—Lo que pasa es que tú no tienes fe —repitió Frank.

—¡Bueno, espero no tenerla jamás! ¡Es como si te dieran un martillazo en la cabeza!

John se puso de pie y llevó su bandeja a la cocina. Los demás se miraron en silencio. Tenía que haber sido una educación religiosa realmente mala, pensó Maya. Era evidente que los otros no conocían esa faceta de aquel plácido héroe. ¿Quién sabía lo que averiguarían la próxima vez, de él o de cualquiera de ellos?

La noticia de la discusión entre John y Phyllis se propagó entre la tripulación. Maya no sabía con seguridad quién la estaba difundiendo; ni John ni Phyllis parecían muy inclinados a hablar del tema. Entonces vio a Frank con Hiroko; ella

se reía de algo que él le estaba contando. Al pasar junto a ellos oyó que Hiroko decía:

—Debes reconocer que Phyllis tiene razón en eso, no entendemos en absoluto el porqué de las cosas.

Era Frank, entonces. Sembrando la discordia entre Phyllis y John. Y el cristianismo (detalle importante) era aún una fuerza poderosa en Norteamérica, y en todo el mundo. Si la noticia de que John Boone era anticristiano llegaba a casa, podría tener problemas. Y eso no le vendría nada mal a Frank. Los medios de comunicación en la Tierra hablaban de todos ellos, pero si uno examinaba las noticias y artículos era evidente que se hablaba más de unos que de otros, y eso hacía parecer que tenían más poder, y al fin, y por asociación, realmente lo tenían. Entre los de ese grupo se encontraban Vlad y Úrsula (de quienes sospechaba que ahora eran más que amigos), Frank, Sax —toda la gente que ya era conocida antes de que la seleccionaran—; pero nadie recibía tanta atención como John. De modo que cualquier disminución en la estima de la Tierra por uno de ellos podía tener un efecto correspondiente en la posición del mismo dentro del *Ares.* En cualquier caso, ése parecía ser el principio que gobernaba a Frank.

Se sentían como si estuvieran confinados en el interior de un hotel sin salidas, sin siquiera un balcón. La opresión de la vida de hotel crecía; ya llevaban dentro cuatro largos meses, pero aún estaban a medio camino. Y ningún entorno físico o rutina diaria cuidadosamente diseñados podían acelerar el viaje.

Entonces, una mañana, el segundo equipo de vuelo estaba resolviendo otro de los problemas de Arkadi cuando, de pronto, unas luces rojas se encendieron en varias pantallas.

—El equipo de monitorización solar ha detectado una llamarada solar — informó Rya.

Arkadi se puso de pie en el acto.

—¡No es invento mío! —exclamó, y se inclinó hacia adelante para leer la pantalla más próxima. Alzó la vista, se encontró con las miradas escépticas de los otros y sonrió—. Lo siento, amigos. Este es el lobo de verdad.

Un mensaje de emergencia de Houston confirmó la noticia. Arkadi la podía haber falsificado, pero él ya iba hacia el radio más próximo y no había nada que pudieran hacer: falso o no, tenían que seguirlo.

De hecho, una gran llamarada solar era una situación que habían simulado muchas veces. Cada uno tenía una tarea que desempeñar, muchos de ellos en muy poco tiempo, de modo que corrieron por los toros, maldiciendo su suerte y tratando de no interponerse en el camino de los demás. Había un montón de cosas que hacer; asegurar la nave era una tarea compleja y que no estaba muy automatizada.

—¿Es otra de las pruebas de Arkadi? —gritó Janet mientras arrastraba cajones de cultivos al refugio de plantas.

—¡Él dice que no!

—Mierda.

Habían salido de la Tierra durante el punto bajo del ciclo de once años, específicamente para reducir el riesgo de encontrarse con una deflagración solar. Y de todos modos aquí la tenían. Disponían apenas de una media hora antes de que llegara la primera andanada, y de una hora para protegerse de la radiación más peligrosa.

Las emergencias en el espacio pueden ser tan obvias como una explosión o tan intangibles como una ecuación, pero el riesgo no tenía ninguna relación en este

caso con la evidencia o la intangibilidad. Los sentidos de los tripulantes jamás percibirían el viento subatómico que se les acercaba, y sin embargo era una de las peores cosas que podrían haber ocurrido. Y todo el mundo lo sabía. Corrieron por los toros para cubrir las plantas o trasladarlas a zonas protegidas, y agrupar los pollos y los cerdos, las vacas pigmeas y el resto de los animales y pájaros en sus propios refugios; tenían que recoger y llevar consigo las semillas y los embriones congelados, había que guardar en cajas los componentes electrónicos delicados y a veces desmontarlos. Cuando acabaron esas tareas, se impulsaron por los radios hasta el eje central tan deprisa como pudieron, y luego bajaron volando por el tubo del eje hasta el refugio para las tormentas, exactamente detrás de la popa del tubo.

Hiroko y su equipo de biosfera fueron los últimos en entrar,

precipitándose por la compuerta veintisiete minutos después de la alarma. Se lanzaron al espacio ingrávido acalorados y sin aliento.

—¿Ha empezado ya?

—Todavía no.

Arrancaron dosímetros de un estante de velero y se los prendieron a la ropa. El resto de la tripulación ya flotaba en la cámara cilíndrica, respirando con dificultad y atendiéndose magulladuras y torceduras. Maya les ordenó que se separaran a medida que iban contándose y se sintió aliviada al oír que se llegaba a cien sin ningún hueco.

La sala parecía atestada. Los cien no se habían reunido en un solo lugar desde hacía muchas semanas, e incluso la sala más grande no habría sido suficiente. El refugio ocupaba medio tanque en el ramal del eje, y la otra mitad era un depósito de metales pesados. Los cuatro tanques de alrededor estaban llenos de agua. El lado plano de este semicilindro era el «suelo» del refugio, y estaba encajado dentro del tanque sobre carriles circulares, que giraban para contrarrestar la rotación de la nave y mantener la barrera de metales entre la tripulación y el sol.

Así que flotaban en un espacio estable, mientras el techo curvo del tanque giraba sobre ellos a las habituales cuatro r/m. Era una vista peculiar, que junto con la ingravidez hizo que algunos parecieran inquietos, a punto de marearse. Esos desafortunados se congregaron en el extremo del refugio donde estaban los lavabos, y para ayudarlos visualmente todo el mundo apoyó los pies en el suelo. Por lo tanto, la radiación subía a través de sus pies, en su mayoría rayos gamma que se propagaban a través de los metales pesados. Maya sintió el impulso de mantener las rodillas juntas. La gente notaba; algunos se ponían zapatillas de velero para andar por el suelo. Hablaban en voz baja, encontrando de manera instintiva a sus vecinos, sus compañeros de trabajo, sus amigos. Las conversaciones eran apagadas, como si en medio de una fiesta alguien hubiera dicho que los canapés estaban en mal estado.

John Boone se abrió camino a toda prisa hasta los terminales de la computadora en el extremo de proa de la sala, donde Arkadi y Alex controlaban la nave. Tecleó un comando y los datos de radiación exterior aparecieron de pronto en la pantalla grande.

—Veamos cuánta radiación está golpeando la nave —dijo alegremente. Gemidos.

—¿Es necesario? —preguntó Úrsula.

—Más nos valdría saberlo —dijo John—. Y quiero ver cómo funciona este refugio. El del *Águila Roja* no era más resistente que un babero de dentista.

Maya sonrió. Era un recordatorio, raro en John, de que él había estado expuesto a mucha más radiación que cualquiera de ellos: unos 160 rem, tal como en ese momento explicaba a alguien. En la Tierra uno recibía una quinta parte de un *roentgen equivalent man* por año, y orbitando alrededor de la Tierra, aun con la

protección de la magnetosfera, se absorbían alrededor de treinta y cinco por año. Por lo tanto, John había recibido un montón de calor, y de algún modo eso le daba derecho a examinar los datos exteriores si así lo quería.

Aquellos que estuvieron interesados —unas sesenta personas— se amontonaron detrás para observar la pantalla. El resto se distribuyó en el otro extremo del tanque junto con la gente mareada, un grupo que definitivamente no quería saber cuánta radiación estaba recibiendo. Sólo pensarlo bastaba para que algunos corrieran al retrete.

De pronto la fuerza de la deflagración golpeó la nave. El contador de radiación exterior saltó muy por encima del nivel habitual del viento solar, y luego subió vertiginosamente. Varios observadores soltaron un silbido de asombro, y hubo algunas exclamaciones de sobresalto.

—Pero miren cuánta está frenando el refugio —dijo John, comprobando el dosímetro prendido a su camisa—. ¡Yo sigo sólo en punto tres rem!

Eso era varias vidas bajo los rayos X del dentista, desde luego, pero la radiación fuera del refugio ya había alcanzado los 70 rem, y pronto alcanzaría una dosis letal. Pensaron en la cantidad que debía de estar golpeando el resto de la nave. Miles de millones de partículas atravesaban las paredes y colisionaban con los átomos de agua y de metal; cientos de millones volaban entre esos átomos y luego a través de los átomos de los cuerpos humanos, sin tocar nada, como si no fueran más que fantasmas. Sin embargo, miles golpeaban átomos de carne y de hueso. La mayoría de esas colisiones eran inofensivas... pero, en todos esos miles, con toda probabilidad había una o dos (¿o tres?) en las que una cadena de cromosomas recibía un impacto, y se enroscaba del modo erróneo: y ahí estaba. Inicio de tumor, que comenzaba sólo con ese error tipográfico en el libro de uno mismo. Y años más tarde, a menos que el ADN de la víctima hubiera tenido la suerte de repararse, el crecimiento del tumor, que era una parte más o menos inevitable de la vida, tendría su efecto, y aparecería dentro el florecimiento de otra cosa: cáncer, leucemia, quizá, y muerte, tarde o temprano.

De modo que era difícil no observar las cifras con desconsuelo.

1,4658 rem, 1,7861, 1,9004.

—Es como un odómetro —dijo Boone con calma mientras miraba su dosímetro. Estaba agarrado a una barandilla y se impulsaba hacia adelante y hacia atrás, como si estuviera haciendo ejercicios isométricos.

Frank lo vio y preguntó:

—John, *¿qué* demonios haces?

—Esquivando —repuso John. Sonrió ante el ceño fruncido de Frank—

. Ya sabes... ¡un blanco móvil!

La gente se rió. Con el alcance del peligro proyectado con precisión en pantallas y gráficos, empezaban a sentirse menos desvalidos. Era ilógico, pero ponerle un nombre a las cosas era el poder que convertía a todo humano en una especie de científico. Y éstos eran científicos de profesión, y había también muchos astronautas entre ellos, entrenados para aceptar la posibilidad de semejante tormenta. Todos esos hábitos mentales empezaron a canalizarse en pensamientos, y el impacto del accidente disminuyó. Estaban llegando a un acuerdo con él.

Arkadi fue hasta un terminal y solicitó la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven, poniéndola en el tercer movimiento, cuando el baile aldeano es interrumpido por la tormenta. Subió el volumen, y todos flotaron juntos en el largo semicilindro, escuchando la feroz tormenta de Beethoven, que de pronto pareció enunciar a la perfección los latigazos del viento silencioso que caía sobre ellos. ¡Sonaba igual que la sinfonía! Instrumentos de cuerda y de viento aullando en ráfagas salvajes, fuera

de control y sin embargo hermosamente melódicos al mismo tiempo... un escalofrío recorrió la espina dorsal de Maya. Nunca antes la había escuchado con tanta atención, y observó admirada (y con un poco de miedo) a Arkadi, que sonreía extasiado bajo los efectos de su inspirada elección, y bailaba como si fuera una especie de nudo de lana rojo al viento. Cuando la tormenta de la sinfonía alcanzó su punto máximo, fue difícil creer que el contador de radiación no siguiera subiendo; y cuando la tormenta musical amainó, pareció que el viento de partículas también había cesado. El trueno murmuró, las últimas ráfagas sisearon. El como francés entonó la serena señal de que había pasado el peligro.

La gente empezó a hablar de otras cosas, discutiendo los diversos asuntos del día que con tanta brusquedad se habían visto interrumpidos, o aprovechó la oportunidad para hablar de otras cosas. Después de media hora o más, una de esas conversaciones se hizo más estridente. Maya no oyó cómo empezó, pero de pronto Arkadi dijo, muy alto y en inglés:

—¡No hay por qué tener en cuenta esos planes terranos!

Las otras conversaciones murieron, y la gente se volvió hacia Arkadi. Se había elevado de un salto y flotaba bajo el techo rotatorio de la cámara, desde donde podía contemplarlos a todos y hablar como un espíritu volador y loco.

—Creo que deberíamos hacer nuevos planes —dijo—. Creo que ya deberíamos estar haciéndolos. Habría que rediseñarlo todo desde el principio. Debería extenderse a todas partes, incluso a los primeros refugios.

—¿Por qué molestarse? —preguntó Maya, molesta por una actuación que parecía destinada a impresionarlos—. Son buenos diseños. Era irritante; Arkadi a menudo se ponía en la palestra, y la gente siempre la culpaba a ella, como si debiera evitar que los importunara.

—Los edificios son el modelo de una sociedad —dijo Arkadi.

—Son alojamientos —indicó Sax Russell.

—Pero los alojamientos reflejan la organización social. —Arkadi miró en torno, atrayendo a la gente a la discusión—. La distribución de un edificio muestra lo que el diseñador considera que debería suceder dentro. Lo vimos al principio del viaje, cuando los rusos y los norteamericanos fuimos segregados a los Toros D y B. Se suponía que teníamos que seguir siendo dos entidades distintas. Ocurrirá lo mismo en Marte. Los edificios expresan valores, tienen una especie de gramática, y las habitaciones son las oraciones. No quiero que gente en Washington y en Moscú me diga cómo tengo que vivir mi vida, ya estoy harto.

—¿Qué es lo que no te gusta del diseño de esos refugios? —preguntó John, con interés.

—Son rectangulares —repuso Arkadi. Eso provocó una carcajada general, pero él insistió—: ¡Rectangulares, la forma convencional! Con el espacio de trabajo separado de las residencias, como si el trabajo no fuera parte de la vida. Y las residencias están ocupadas en su mayor parte por las habitaciones privadas, con jerarquías manifiestas. Así los líderes tienen asignados espacios más grandes.

—¿No es sólo para facilitar el trabajo? —preguntó Sax.

—No. En realidad no es necesario. Es una cuestión de prestigio. Un ejemplo muy típico de la mentalidad capitalista norteamericana, si se me permite decirlo.

Se oyó un gruñido, y Phyllis dijo:

—¿Tenemos que entrar en política, Arkadi?

Bastó esta palabra para que la nube de oyentes se disipase.

Mary Dunkel y un par más se abrieron paso a empujones y se encaminaron al otro extremo de la sala.

—Todo es política —dijo Arkadi detrás de ellas—. Y nada lo es más que este viaje. Estamos fundando una nueva sociedad, ¿cómo podría evitar ser política?

—Somos una estación científica —dijo Sax—. No necesariamente tiene que haber política.

—Ciertamente no la tenía la última vez que estuve allí —dijo John,

mirando pensativo a Arkadi.

—Sí que la tenía —afirmó Arkadi—, pero parecía algo más sencillo Toda la tripulación era norteamericana, en misión temporal, haciendo lo que los superiores habían ordenado. Pero ahora somos una tripulación internacional que va a establecer una colonia permanente. Es del todo distinto.

La gente empezó a deslizarse por el aire hacia la conversación para oír mejor lo que se decía. Rya Jiménez comentó:

—No me interesa la política —y Mary Dunkel estuvo de acuerdo desde el otro extremo de la sala:

—¡Una de las razones por las que estoy aquí es para alejarme de eso!

Varios rusos replicaron al unísono:

—¡Eso en sí mismo es una posición política! —y cosas semejantes. Alex exclamó:

—¡A vosotros, los norteamericanos, os gustaría acabar con la política y la historia para así poder dominar el mundo! —Un par de norteamericanos trataron de protestar, pero Alex continuó: —¡Es verdad! El mundo entero ha cambiado en los últimos treinta años, todos los países han reconsiderado el papel que desempeñan y han hecho cambios enormes para resolver los problemas... todos menos Estados Unidos. Se ha convertido en el país más reaccionario del mundo.

—Los países que cambiaron no tenían otra salida, porque antes eran rígidos, y casi se hicieron pedazos —dijo Sax—. Estados Unidos ya tenía un sistema fluido, y no necesitó cambiar de manera tan drástica. Afirmo que el modelo norteamericano es superior porque es más flexible. Está mejor construido.

Esa analogía hizo vacilar a Alex, y mientras, John Boone, que había estado observando a Arkadi con gran interés, dijo:

—Volviendo a los refugios, ¿qué cambiarías?

—No estoy seguro —contestó Arkadi—. Necesitamos ver los emplazamientos donde vamos a construir, caminar por esos lugares, discutirlo. Pero, en general, creo que el espacio de trabajo y el espacio de vivienda deberían mezclarse hasta donde sea práctico, nuestro trabajo no será sólo ganarse un jornal... será nuestro arte, nuestra vida. Nos lo daremos a nosotros mismos, no lo compraremos. Tampoco debería haber símbolos de jerarquía. Ni siquiera creo en el sistema de líderes que tenemos ahora. —Saludó educadamente a Maya con una inclinación de cabeza.— Ahora todos somos responsables por igual, y nuestros edificios deberían mostrarlo así. Un círculo es lo mejor... difícil de construir, pero apropiado para la conservación de calor. Una cúpula geodésica sería un buen compromiso, e indicaría nuestra igualdad. En cuanto a los inferiores, quizá sobre todo espacios abiertos. Todo el mundo debería tener un cuarto propio, claro, pero pequeño. Tal vez ubicados en el borde y dando a espacios comunales más amplios... —Sacó el ratón de un terminal y comenzó a dibujar en la pantalla.— Esto: una gramática arquitectónica que diría «Todos iguales». ¿Sí?

—Ya hay allí un montón de unidades prefabricadas —dijo John—. No estoy seguro de que se puedan adaptar.

—Se podría si lo quisiéramos.

—Pero ¿es realmente necesario? Quiero decir, es obvio que ya somos un equipo de iguales.

—¿Es obvio? —preguntó Arkadi incisivamente, mirando alrededor—. Si Frank y Maya o Houston o Baikonur nos dicen que hagamos algo,

¿tenemos libertad para no hacerles caso?

—Creo que sí —replicó John con suavidad.

Esa declaración hizo que Frank le lanzara una mirada penetrante. La conversación empezó a disgregarse en varias discusiones, ya que mucha gente tenía cosas que decir, pero Arkadi volvió a imponerse.

—Nos han enviado aquí nuestros gobiernos, y *todos* nuestros gobiernos son imperfectos, la mayoría desastrosos. Por eso mismo la historia es un revoltijo tan sangriento. Ahora estamos solos, y por lo menos yo no tengo intención de repetir todos los errores de la Tierra sólo por pensar de manera convencional. ¡Somos los primeros colonos marcianos! ¡Somos *científicos*! ¡Nuestro *trabajo* es pensar las cosas de nuevo, hacerlas nuevas!

Las discusiones brotaron otra vez, más ruidosas que nunca. Maya dio media vuelta y maldijo a Arkadi en voz baja, consternada por la cólera creciente del grupo. Vio que John Boone sonreía. Se impulsó desde el suelo hasta la posición de Arkadi, se detuvo chocando con él, y luego le estrechó la mano, y los dos giraron en el aire en una especie de baile torpe. Ese gesto de apoyo hizo que de inmediato la gente empezara a pensar de nuevo, Maya pudo verlo en las caras sorprendidas; además de fama, John tenía la reputación de ser moderado, y si él aprobaba las ideas de Arkadi, entonces todo era distinto.

—Maldita sea, Ark —dijo John—. Primero esos disparatados problemas de vuelo, y ahora... ¡estás loco, de verdad que lo estás! ¿Cómo demonios conseguiste que te metieran a bordo?

Justo mi pregunta, pensó Maya.

—Mentí —dijo Arkadi. Todo el mundo se rió. Hasta Frank, que parecía sorprendido—. ¡Claro que mentí! —gritó Arkadi, con una enorme y extraña sonrisa que le hendía la barba roja—. ¿De qué otro modo podía entrar aquí? Quiero ir a Marte para hacer lo que yo quiera, y el comité de selección quería que fuera gente para hacer lo que se le ordenara. —Los señaló con un dedo y gritó:— ¡Todos mintieron y saben que es así!

Frank se reía todavía más. Sax exhibía su habitual expresión a lo Buster Keaton, pero levantó un dedo y dijo:

—El Cuestionario Revisado de Personalidad Multifásica de Minnesota. Se levantó un sonoro abucheo. Todos habían tenido que pasar ese examen; era el test psicológico más usado en el mundo, y bien considerado por los expertos. Los examinados estaban de acuerdo o no lo estaban con 556 afirmaciones, y con las respuestas se elaboraba un perfil; pero la interpretación del significado de las respuestas se basaba en las respuestas dadas por un grupo tipo integrado por 2.600 granjeros blancos, casados, de clase media de Minnesota en la tercera década del siglo anterior. A pesar de todas las revisiones posteriores, los profundos prejuicios creados por la naturaleza de aquel primer grupo de prueba aún estaban profundamente arraigados en el test... o por lo menos eso es lo que pensaban algunos.

—¡Minnesota! —gritó Arkadi, poniendo los ojos en blanco—.

¡Granjeros! ¡Granjeros de Minnesota! ¡Lo confieso, mentí en todas y cada una de las preguntas! ¡Contesté exactamente lo *opuesto* a lo que realmente creía, y *eso* es lo que me permitió puntuar como normal!

Unos vítores salvajes saludaron ese anuncio.

—Demonios —dijo John—, yo soy de Minnesota y tuve que mentir.

Más vítores. Maya notó que Frank estaba rojo de risa, sin poder hablar, las manos agarrándose el estómago, sacudiendo la cabeza, riendo, incapaz de detenerse. Nunca lo había visto reír de ese modo.

—El test te obligó a mentir —dijo Sax.

—¿Qué, tú no lo hiciste? —preguntó Arkadi—. ¿Es que acaso tú no mentiste también?

—Bueno, no —repuso Sax, parpadeando, como si nunca antes se le hubiera ocurrido pensarlo—. Dije la verdad en cada una de las preguntas.

Se rieron aún más estrepitosamente. Sax se mostró sorprendido,

pero eso hizo que pareciera más divertido aún. Alguien gritó:

—¿Qué dices tú, Michel? ¿Cómo respondiste? Michel Duval alargó las manos.

—Puede que estéis subestimando la sofisticación del CRPMM. Hay preguntas que comprueban si estás siendo sincero.

Esa declaración lanzó una lluvia de interrogantes, una inquisición metodológica. ¿Qué controles había? ¿Cómo se falsificaba una hipótesis?

¿Cómo se eliminaban las explicaciones alternativas? ¿Cómo podían afirmar ser científicos *en cualquier* acepción de la palabra? Por supuesto, muchos de ellos consideraban la psicología como una pseudociencia, y muchos estaban bastante resentidos por los aros que habían tenido que atravesar para subir a bordo. Los años de competencia se habían cobrado su precio. Y el descubrimiento de ese sentimiento compartido encendió una veintena de animadas conversaciones. La tensión levantada por la cháchara política de Arkadi desapareció.

Tal vez, pensó Maya, Arkadi había cambiado de sitio la carga explosiva. Si así era, lo había hecho con mucha inteligencia, pero Arkadi era un hombre inteligente. Repasó la escena. En realidad, había sido John Boone quien había cambiado el tema. En verdad había volado hasta el techo al rescate de Arkadi, y éste había aprovechado la oportunidad. Los dos eran inteligentes. Y parecía posible que estuvieran en una especie de connivencia, quizá construyendo mandos alternativos, uno norteamericano y el otro ruso. Habría que examinar el caso más de cerca.

—¿Crees que es una mala señal que todos nos consideremos tan mentirosos? —le preguntó a Michel. Éste se encogió de hombros.

—Ha sido saludable discutirlo. Ahora nos damos cuenta de que somos más parecidos de lo que creíamos. Nadie debe sentir que fue excepcionalmente deshonesto para subir a bordo.

—¿Y tú? —preguntó Arkadi—. ¿Te presentaste a ti mismo como un psicólogo perfectamente racional y equilibrado, ocultando la mente extraña que hemos llegado a conocer y querer?

Michel esbozó una ligera sonrisa.

—Tú eres el experto en mentes extrañas, Arkadi.

En ese momento, los pocos que aún observaban las pantallas les llamaron la atención. El recuento de radiación había empezado a descender. Después de un rato fue bajando hasta un poco por encima del nivel normal.

Alguien volvió a poner la *Pastoral* en el momento en que sonaba el corno. El último movimiento de la sinfonía, «Sentimientos de alegría y agradecimiento después de la tormenta», se derramó por el sistema de altavoces, y mientras abandonaban el refugio y se dispersaban por la nave como semillas de diente de león en la brisa, la hermosa y vieja melodía se difundió por todo el *Ares.* Mientras, descubrieron que los reforzados sistemas de la nave habían sobrevivido intactos.

Las gruesas paredes de la granja y del bosque bioma habían proporcionado a las plantas una cierta protección, y aunque algunas morirían y se perdería toda una cosecha, las reservas de semillas no estaban dañadas. Tampoco podrían comerse a los animales, pero probablemente éstos darían a luz una nueva generación. Las únicas bajas fueron algunos pájaros cantores que no lograron capturar en el comedor del Toro D; encontraron un puñado de ellos muertos en el suelo.

En cuanto a la tripulación, la protección del refugio los había resguardado de todo menos de unos 6 rem. Eso era grave para sólo tres horas, pero podría haber sido peor. El exterior de la nave había recibido más de 140 rem, una dosis letal.

Seis meses dentro de un hotel, y nunca podían pasear por el exterior. Dentro estaban a finales del verano, y los días eran largos. El verde dominaba las paredes y los techos, y la gente caminaba descalza. Las conversaciones en voz baja eran casi inaudibles entre el zumbido de la maquinaria y la respiración sibilante de los ventiladores. De algún modo, la nave parecía vacía, secciones enteras fueron abandonadas mientras la tripulación se preparaba para la espera. Pequeños grupos de gente se sentaban en las salas de los toros B y D y charlaban. Algunos interrumpían sus conversaciones cuando pasaba Maya, algo que la irritaba profundamente. Estaba teniendo problemas para dormir, problemas para despertar. El trabajo la desasosegaba; después de todo, los ingenieros sólo estaban esperando, y las simulaciones se habían vuelto casi intolerables. Tenía problemas para medir el paso del tiempo. Tropezaba más de lo acostumbrado. Había ido a ver a Vlad, y él le recomendó una sobrehidratación, más carreras, más natación. Hiroko le dijo que dedicara más tiempo a la granja. Lo intentó, y pasó horas escardando, cosechando, podando, fertilizando, regando, hablando, sentada en un banco, mirando las hojas. Evadiéndose. Las cámaras de la granja eran muy grandes y unos relucientes flejes dorados revestían las bóvedas. Los diferentes niveles estaban atestados de plantas, muchas de ellas nuevas a causa de la tormenta. No había suficiente espacio para alimentar a la tripulación con productos de la granja, pero Hiroko luchaba contra eso, conviniendo salas de almacenaje a medida que iban vaciándose. Cepas enanas de trigo, arroz, soja y cebada crecían en bandejas apiladas; por encima de las bandejas colgaban hileras de verduras hidropónicas, y enormes tinajas transparentes con algas verdes y amarillas, que ayudaban a regular el intercambio gaseoso.

Algunos días Maya no hacía nada salvo observar al equipo que trabajaba en la granja, Hiroko y su asistente Iwao siempre enredados en el proyecto sin fin de maximizar el cierre del sistema biológico, y tenían allí toda una dotación trabajando: Raúl, Rya, Gene, Eugenia, Andrea, Roger, Ellen, Bob y Tasha. El éxito en el intento se medía en valores *K,* representando *K* el cierre mismo. Así pues, para cada sustancia que reciclaban,

$$K = I - {}^{e}/_{E}$$

donde *E* era la proporción de consumo del sistema, *e* el porcentaje (incompleto) de cierre, era una constante para la que Hiroko, al principio de su carrera, había establecido un valor exacto. El objetivo, K - I - 1, era inalcanzable, pero abordarlo asintóticamente era el juego favorito de los biólogos de la granja, y más que eso, era crítico para una eventual existencia en Marte. De modo que las discusiones podían durar días enteros, complicándose hasta llegar a complejidades que nadie entendía. En esencia, el equipo de la granja ya estaba dedicado a su trabajo real, algo que Maya envidiaba. ¡Estaba tan harta de las simulaciones!

Hiroko era un enigma para Maya. Reservada y seria, parecía absorta en el trabajo, y su equipo siempre estaba alrededor, como si ella fuera la reina de un

dominio que no tenía relación con el resto de la nave. A Maya eso no le gustaba, pero no podía intervenir. Y algo en la actitud de Hiroko conseguía que no fuera tan amenazador; sólo era un hecho, la granja era un lugar aparte, su equipo una sociedad aparte. Y era posible que Maya, de algún modo, pudiera usarlos para contrarrestar la influencia de Arkadi y John; así que no se preocupó por ese reino separado. En realidad veía a Hiroko más que antes. A veces subía con ellos hasta el eje central al final de una sesión de trabajo, a practicar un juego que se habían inventado, llamado salto por el túnel. Había un tubo que bajaba por el eje central donde todas las junturas entre los cilindros habían sido ensanchadas, convirtiéndolo en un tubo liso y único. Había barandillas para facilitar un movimiento rápido en ambas direcciones, pero en el juego los saltadores se paraban en la compuerta del refugio para tormentas y trataban de saltar tubo arriba hasta la compuerta de la cúpula burbuja, a quinientos metros de distancia, sin chocar contra las paredes o las barandillas. Las fuerzas cinéticas de Coriolis hacían que esto fuera efectivamente imposible, y por lo general quien volaba hasta la mitad ganaba el juego. Pero un día Hiroko pasó por allí de camino a examinar un cultivo experimental en la cúpula burbuja, y después de saludarlos se agachó en la compuerta del refugio y saltó, recorrió flotando lentamente toda la extensión del túnel, rotando mientras volaba, y al fin se posó en la compuerta de la cúpula burbuja extendiendo una mano.

Los jugadores miraron túnel arriba en medio de un silencio estupefacto.

—¡Eh! —le gritó Rya a Hiroko—. ¿Cómo lo has hecho?

—¿Hacer qué?

Le explicaron el juego. Ella sonrió, y Maya de pronto tuvo la certeza de que ya conocía las reglas.

—Así que, ¿cómo lo has hecho? —repitió Rya.

—¡Saltas en línea recta! —explicó Hiroko, y desapareció en la cúpula burbuja.

Aquella noche, en la cena, la historia se divulgó. Frank le dijo a Hiroko:

—Quizá sólo tuviste suerte. Hiroko sonrió.

—Quizá tú y yo deberíamos sumar veinte saltos y ver quién gana.

—Me parece bien.

—¿Qué apostamos?

—Dinero, por supuesto. Hiroko sacudió la cabeza.

—¿De verdad crees que el dinero sigue importando?

Unos días después, Maya flotaba bajo la curva de la cúpula burbuja con Frank y John, mirando a Marte, que ahora era una estera convexa del tamaño de una moneda de diez centavos.

—Hay muchas discusiones últimamente —dijo John como sin darle importancia—. Oí que Alex y Mary hasta llegaron a las manos. Michel dice que era de esperar, pero aun así...

—Quizá trajimos demasiados líderes —dijo Maya.

—Quizá tú debiste ser la única —se mofó Frank.

—¿Demasiados jefes? —aventuró John. Frank sacudió la cabeza.

—No es eso.

—¿No? Hay un montón de estrellas a bordo.

—El impulso por sobresalir y el impulso de liderar no son lo mismo. A veces

creo que quizá sean opuestos.

—Es usted quien dictamina, capitán. —John respondió con una sonrisa a la expresión ceñuda de Frank.

Era la única persona relajada que había en la nave, pensó Maya.

—Los psiquiatras previeron el problema —continuó Frank—. Era bastante obvio incluso para ellos. Emplearon la solución Harvard.

—La solución Harvard —repitió John, saboreando la frase.

—Hace mucho, los administradores de Harvard se dieron cuenta de que si aceptaban a estudiantes de bachillerato sobresalientes, y luego divulgaban esas notas entre los estudiantes de primer año, un alarmante número de ellos se sentían desdichados y deficientes y ensuciaban el patio volándose los sesos.

—Eso les parecía intolerable —comentó John. Maya puso los ojos en blanco.

—Los dos estudiaron en una escuela de artes y oficios, ¿no?

—Descubrieron que el truco para evitar esa situación engorrosa era aceptar a un cierto porcentaje de estudiantes que estuvieran acostumbrados a recibir notas mediocres, pero que se hubieran distinguido de algún otro modo...

—Como tener la insolencia de solicitar el ingreso en Harvard con notas mediocres...

—...acostumbrados a estar en la parte baja de la curva de notas y contentos sólo con haber entrado en Harvard.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó Maya.

Frank sonrió.

—Yo fui uno de ellos.

—No tenemos mediocridades en esta nave —dijo John. Frank parecía dudarlo.

—Tenemos un montón de científicos inteligentes que no tienen ningún interés en dirigir las cosas. Muchos de ellos lo consideran aburrido. Ya sabes, burocracia. Les encanta delegarlo en personas como nosotros.

—Machos beta —dijo John, burlándose de Frank y de su interés por la sociobiología—. Ovejas brillantes.

El modo en que se burlaban el uno del otro...

—Estás equivocado —le dijo Maya a Frank.

—Tal vez sí. En cualquier caso, son el órgano político. Por lo menos tienen el poder de seguir a alguien. —Lo dijo como si la idea lo deprimiera.

John, que debía presentarse a un relevo en el puente, se despidió y se fue.

Frank se acercó flotando a Maya, y ella se movió nerviosa. Nunca habían tenido la oportunidad de hablar de su breve relación, ni siquiera de forma indirecta. Había pensado en lo que diría si alguna vez la oportunidad se presentaba: diría que esporádicamente se lo pasaba bien con hombres agradables. Que lo había hecho siempre en el impulso del momento.

Pero él se limitó a señalar el punto rojo en el cielo.

—Me pregunto por qué vamos.

Maya se encogió de hombros. Con toda probabilidad no quería decir *vamos,* sino *voy.*

—Todo el mundo tiene sus motivos —dijo. Él la miró.

—Eso es muy cierto.

Ella no tuvo en cuenta el tono de su voz.

—Quizá son nuestros genes —dijo—. Quizá se dieron cuenta de que las cosas iban mal en la Tierra. Sintieron un incremento en la velocidad de mutación, o algo por el estilo.

—Así que se pusieron en camino hacia un nuevo comienzo.

—Sí.

—La teoría del gen egoísta. La inteligencia sólo es una herramienta para ayudar a la reproducción.

—Supongo.

—Pero este viaje pone en peligro la reproducción —dijo Frank—. No es seguro ahí afuera.

—Pero tampoco es seguro en la Tierra. Residuos tóxicos, radiación,

otras gentes...

Frank sacudió la cabeza.

—No. No creo que el egoísmo esté en los genes. Creo que está en otro lugar. —Adelantó el dedo índice y la tocó entre los pechos, un golpe firme en el esternón, que lo hizo descender de vuelta al suelo. Sin dejar de mirarla, él se tocó en el mismo sitio.— Buenas noches, Maya.

Una o dos semanas más tarde, Maya estaba en la granja recogiendo repollos, caminando por un pasillo entre largas bandejas. Tenía la sala para ella sola. Los repollos parecían hileras de cerebros, con pensamientos que palpitaban a la brillante luz de la tarde.

Entonces advirtió un movimiento y miró a un lado. En el otro extremo de la sala, a través de una tinaja de algas, asomó un rostro. El vidrio de la tinaja distorsionaba la imagen: era la cara de un hombre de piel cobriza. El hombre miraba a un costado y no la vio. Parecía que estaba hablando con alguien que ella no podía ver. Cambió de posición, y la imagen aclaró, ampliada en el centro de la tinaja. Maya comprendió por qué observaba con tanta atención, por qué tenía encogido el estómago: nunca antes lo había visto.

El hombre se volvió y la miró. Los ojos de ambos se encontraron a través de dos curvas de vidrio. Era un desconocido de rostro delgado y ojos grandes.

Desapareció como una rápida mancha marrón. Durante un segundo Maya titubeó; luego se obligó a atravesar a la carrera toda la sala y a subir los dos codos de la juntura hasta el cilindro próximo. Estaba vacío. Atravesó tres cilindros más antes de detenerse. Entonces se quedó quieta, mirando las tomateras, con la respiración irritándole la garganta. Sudaba pero tenía frío. Un desconocido. Era imposible. ¡Pero lo había visto! Se concentró en el recuerdo, trató de ver de nuevo la cara. Quizá había sido... pero no. No era ninguno de los cien, estaba segura. El reconocimiento facial era una de las mayores capacidades de la mente, de una asombrosa precisión. Y él había huido al verla.

Un polizón. ¡Pero eso también era imposible! ¿Dónde se escondería,

como viviría? ¿Qué habría hecho en la tormenta solar?

¿Estaba empezando a alucinar, entonces? ¿Había llegado a ese extremo?

Volvió a su cabina, con el estómago revuelto. Los corredores del Toro D le parecieron más oscuros a pesar de la brillante iluminación; se le erizaron los pelos de la nuca. Cuando apareció la puerta se zambulló en el refugio de la habitación. Pero ésta sólo era una cama y una mesita de noche, una silla y un armario, algunas

estanterías con cosas. Permaneció allí sentada durante una hora, luego dos. Pero allí no había nada que ella pudiera hacer, ninguna respuesta, ninguna distracción. Ninguna escapatoria.

Maya se sintió incapaz de mencionar lo que había visto, y en cierto sentido eso era aún más aterrador que el incidente, como si acentuara su imposibilidad. La gente pensaría que se había vuelto loca. ¿Qué otra conclusión había? ¿Cómo se alimentaba el hombre, dónde podía esconderse? No. Tendrían que saberlo demasiadas personas, realmente no era posible. ¡Pero esa cara!

Una noche volvió a verla en un sueño, y se despertó sudando. Las alucinaciones eran uno de los síntomas del colapso espacial, como ella bien sabía. Sucedía con bastante frecuencia durante las estancias largas en la órbita de la Tierra; se habían registrado un par de docenas de casos. Por lo general la gente empezaba a oír voces en el omnipresente ruido de fondo de la ventilación y la maquinaria, pero una variante muy corriente era ver a un compañero de trabajo que no estaba allí, o peor aún, a un doble fantasmal de uno mismo, como si el espacio vacío hubiera comenzado a llenarse de espejos. Se creía que la causa de estos fenómenos era la falta de estímulos sensoriales, y el *Ares,* con un largo viaje por delante y sin ninguna Tierra a la que mirar y una brillante (y algunos dirían loca) tripulación, había sido considerado un peligro potencial. Ésa era una de las razones por las que habían dado a las salas de la nave tanta variedad de colores y texturas, además del cambio diario y estacional del tiempo. Y, sin embargo, ella había visto algo que no podía estar ahí.

Y ahora, cuando iba por la nave, le parecía que la tripulación empezaba a disgregarse en grupos pequeños y privados, grupos que se mezclaban rara vez. El equipo de la granja pasaba casi todo su tiempo en las granjas, hasta comía allí, sentados en el suelo, y dormían (juntos, según los rumores) entre las hileras de plantas.

El equipo médico tenía su propio grupo de habitaciones, oficinas y laboratorios en el Toro B, y allí pasaba las horas, absortos en experimentos, observaciones y consultas con la Tierra. El equipo de vuelo se estaba preparando para la inserción en la órbita de Marte, la MOI, y llevaban a cabo varias simulaciones al día. Y los demás estaban... dispersos. Difíciles de encontrar. Cuando caminaba por los toros, las salas parecían más vacías que nunca. El comedor D ya no se llenaba. Y además en los grupos separados que había allí, notó que las discusiones estallaban con bastante frecuencia y eran silenciadas con peculiar rapidez. Riñas privadas, pero ¿sobre qué?

La misma Maya hablaba menos en la mesa, y escuchaba más. Se podía descubrir mucho acerca de una sociedad por los temas de conversación. En este grupo la charla era casi siempre científica, profesional: biología, ingeniería, geología, medicina, cualquier cosa. Se podía hablar sin descanso sobre esos temas.

Pero se dio cuenta de que cuando el número de personas en una conversación caía por debajo de cuatro, los lemas tendían a cambiar. En las horas de trabajo, la conversación crecía (o era sustituida por completo) con los chismes; y los temas de los chismes eran siempre esas dos grandes formas de la dinámica social: el sexo y la política. Las voces bajaban, las cabezas se juntaban, y se corría la voz. Los rumores sobre relaciones sexuales se estaban volviendo más corrientes y más disimulados, más cáusticos y más complejos. En unos pocos casos, como en el desafortunado triángulo de Janet Blyleven, Mary Dunkel y Alex Zhalin, se hicieron públicos y se convirtieron en la comidilla de la nave; en otros se mantenían tan ocultos que la conversación era un mero susurro, acompañado de miradas penetrantes e inquisitivas. Janet Blyleven entraba en el comedor con Roger Calkins, y Frank le comentaba a John, en un murmullo destinado a los oídos de Maya,

«Janet cree que somos una panmixia». Maya no lo tuvo en cuenta, como hacía siempre que él hablaba con ese tono despectivo, pero más tarde buscó la palabra en un diccionario de sociobiología, y se enteró de que una panmixia era un grupo donde todos los hombres copulaban con todas las mujeres.

Al día siguiente miró a Janet con curiosidad; no había tenido ni idea. Janet era amistosa, se inclinaba hacia ti cuando hablabas, y te prestaba atención. Y tenía una sonrisa fácil. Pero... bueno, la nave había sido construida para garantizar un montón de intimidad. No había duda de que estaban ocurriendo muchas más cosas de las que nadie podía saber.

Y entre todas esas vidas secretas, ¿no podía haber otra vida llevada en soledad, o en un equipo de trabajo con algunos de ellos, una pequeña camarilla o quizá una facción de conspiradores?

—¿Has notado algo raro últimamente? —le preguntó a Nadia un día al finalizar la acostumbrada charla del desayuno. Nadia se encogió de hombros.

—La gente se aburre. Creo que ya es hora de que lleguemos. Quizás eso lo explica todo. Nadia dijo:

—¿Te has enterado de lo de Hiroko y Arkadi?

Los rumores remolineaban constantemente alrededor de Hiroko. A Maya le parecía desagradable y molesto que la única mujer asiática que había entre ellos fuera el centro de ese tipo de cosas: la dama dragón, el Oriente misterioso... Bajo las racionales superficies científicas de sus mentes, había tantas supersticiones profundas y poderosas... Cualquier cosa podía pasar, cualquier cosa era posible.

Como una cara vista a través de un cristal.

Y así escuchó con una sensación asfixiante en el estómago cuando Sasha Yefremov se inclinó hacia ellas desde la otra mesa y respondió a la pregunta de Nadia sobre si Hiroko no estaría formando un harén masculino. Eso era una tontería; aunque una alianza de cualquier tipo entre Hiroko y Arkadi tenía una cierta lógica inquietante para Maya, ella no estaba segura de por qué. Arkadi defendía la necesidad de independizarse del Control de Misión, Hiroko jamás hablaba de eso, pero en sus actos, ¿no había guiado ya a todo el equipo de la granja a un toro mental en que los demás nunca entrarían?

Entonces, cuando Sasha afirmó en voz baja que Hiroko tenía planeado fertilizar varios de sus óvulos con esperma de todos los hombres del *Ares,* y almacenarlos criónicamente para que luego se desarrollaran en Marte, Maya sólo fue capaz de recoger su bandeja y dirigirse a los lavavajillas, sintiendo una especie de vértigo. Se estaban volviendo extraños.

La media luna roja creció hasta alcanzar el tamaño de una moneda de cuarto de dólar, y la sensación de tensión también creció, como en el momento que precede a una tormenta, y el aire está cargado de polvo, creosota y electricidad estática. Como si el dios de la guerra estuviera de verdad ahí arriba, en ese punto de sangre, esperándolos. Los paneles verdes de las paredes del *Ares* se veían ahora salpicados de amarillos y marrones, y en la luz de la tarde flotaba el pálido bronce del vapor de sodio.

La gente pasaba horas en la cúpula burbuja, observando lo que ninguno de ellos salvo John había visto antes. Los aparatos de ejercicio no se detenían, las simulaciones se llevaban a cabo con un entusiasmo renovado. Janet se paseó por los toros, retransmitiendo imágenes de vídeo de todos los cambios acaecidos en su pequeño mundo. Luego tiró sus gafas sobre una mesa y dimitió de su puesto como reportera.

—Mirad, estoy cansada de ser una intrusa —dijo—. Cada vez que entro en una

sala todo el mundo se calla o empieza a preparar su comentario oficial. ¡Es como si fuera la espía de un enemigo!

—Lo eras —dijo Arkadi, y le dio un fuerte abrazo.

Al principio nadie se ofreció como voluntario para hacer el trabajo de Janet. Houston envió mensajes de preocupación, luego reprimendas, luego amenazas veladas. Ahora que estaban a punto de llegar a Marte, la televisión dedicaba mucho más tiempo a los expedicionarios y la situación estaba a punto de «volverse nova», como lo expresó el Control de Misión. Les recordaron a los colonos que ese estallido de publicidad haría que con el tiempo el programa espacial cosechara beneficios de todo tipo; los colonos tenían que filmar y transmitir lo que estaban haciendo, para estimular el apoyo público a las misiones posteriores a Marte, de las que ellos dependerían. ¡Tenían él deber de transmitir sus historias!

Frank se puso en pantalla y opinó que Control de Misión podría armar sus informes de vídeo con los metrajes obtenidos por las cámaras robot. Hastings, jefe del Control de Misión en Houston, se enfureció visiblemente ante esa respuesta. Pero como dijo Arkadi con una sonrisa que extendía la esfera de la pregunta a todo:

—¿Qué pueden hacer?

Maya sacudió la cabeza. Estaban enviando una mala señal, y revelando lo que los informes de vídeo habían ocultado hasta ese momento, que el grupo empezaba a escindirse en camarillas rivales. Lo que indicaba la falta de control de la propia Maya sobre la mitad rusa de la expedición. Estaba a punto de pedirle a Nadia que se encargara del trabajo de información como un favor personal cuando Phyllis y algunos de sus amigos del Toro B se presentaron voluntarios para la tarea. Maya, riéndose ante la expresión de la cara de Arkadi, le concedió ese favor. Arkadi fingió que no le importaba. Irritada, Maya exclamó en ruso:

—¡Sabes que has perdido una buena ocasión! ¡Una ocasión que daría forma a nuestra realidad!

—No nuestra realidad, Maya. La realidad de ellos. Y no me importa lo que piensen.

Maya y Frank comenzaron a hablar sobre las asignaciones de trabajo después del descenso. Hasta cierto punto estaban predeterminadas por las áreas de competencia de los miembros de la tripulación, pero debido a todas las redundancias de conocimientos, aún quedaban por hacer algunas elecciones. Y las provocaciones de Arkadi por lo menos habían tenido este efecto: los planes del Control de Misión anteriores al vuelo ahora se consideraban sólo provisionales. En verdad, nadie parecía muy inclinado a reconocer la autoridad de Maya o de Frank, lo que hizo que las cosas se pusieran tensas cuando se supo en qué estaban trabajando.

El plan del Control de Misión anterior al vuelo exigía el establecimiento de una colonia en las planicies al norte de Ophir Chasma, el enorme brazo septentrional del Valle Marineris. Todo el equipo de la granja fue asignado a la base, y la mayoría de los ingenieros y los médicos... en total unos sesenta de los cien. El resto se repartiría entre las misiones secundarias, regresando al campamento base de vez en cuando. La misión secundaria más grande era la de acoplar una parte del desmontado *Ares* en Fobos, y comenzar a transformar esa luna en una estación espacial. Otra misión más pequeña partiría del campamento base y viajaría al norte hacia el casquete polar para establecer allí una red de minería que transportaría bloques de hielo a la base. Una tercera misión llevaría a cabo una serie de estudios geológicos, recorriendo todo el planeta... sin duda una misión fascinante. Todos los grupos pequeños serían semiautónomos durante períodos que podían llegar a durar un año, de modo que elegirlos no era un asunto trivial; ahora todos sabían ya lo largo que podía hacerse un año.

Arkadi y un grupo de sus amigos —Alex, Roger, Samantha, Edvard, Janet, Tatiana, Elena— solicitaron trabajar en Fobos. Cuando Phyllis y Mary se enteraron, fueron a ver a Maya y a Frank para protestar.

—¡Es evidente que tratan de apoderarse de Fobos, y quién sabe lo que harán con él!

Maya asintió, y pudo ver que a Frank tampoco le gustaba. El problema radicaba en que nadie más quería quedarse en Fobos. Ni siquiera Phyllis y Mary clamaban por sustituir al equipo de Arkadi, de modo que nada estaba muy claro.

Hubo discusiones más fuertes cuando Ann Clayborne entregó la lista del equipo de geólogos. Un montón de gente quería participar, y varios de los que no entraban en la lista dijeron que harían las investigaciones sin importarles si Ann los quería o no.

Las discusiones se hicieron frecuentes y vehementes. Casi todo el mundo a bordo se designó a sí mismo para una misión u otra, autorizándose a tomar las decisiones finales. Maya sintió que estaba perdiendo el control del contingente ruso; empezaba a enfadarse con Arkadi. En una reunión general sugirió con sarcasmo que dejaran que la computadora hiciera las asignaciones. La idea se rechazó sin ninguna consideración a la autoridad de Maya. Alzó las manos.

—Entonces, ¿qué hacemos? Nadie lo sabía.

Ella y Frank conferenciaron en privado.

—Tratemos de darles la ilusión de que ellos deciden —dijo él, con una sonrisa fugaz; ella se dio cuenta de que no le desagradaba haberla visto fracasar en la reunión.

La relación con Frank volvía a acosarla, y se maldijo por estúpida. Los pequeños politburós eran peligrosos…

Frank sondeó la opinión de todos, y luego expuso los resultados en el puente, enumerando la primera, segunda y tercera elección de cada uno. Los estudios geológicos eran populares, mientras que quedarse en Fobos no. Todos lo sabían ya, y las listas expuestas demostraron que había menos conflictos de lo que parecía.

—Hay quejas respecto a que Arkadi se haga cargo de Fobos —dijo Frank en la siguiente reunión pública—. Pero nadie salvo él y sus compañeros quiere el trabajo. Los demás desean bajar a la superficie.

—Pienso que tendríamos que recibir una indemnización, por las dificultades— dijo Arkadi.

—No es propio de ti hablar de indemnizaciones, Arkadi —dijo Frank con aire conciliador.

Arkadi sonrió y volvió a sentarse.

A Phyllis no le hizo ninguna gracia.

—Fobos será un enlace entre la Tierra y Marte, como las estaciones espaciales en la órbita terrestre. No puedes ir de un planeta a otro sin ellas, son lo que los estrategas navales llaman puntos de estrangulación.

—Prometo mantener mis manos lejos de tu cuello —le dijo Arkadi.

—¡Todos seremos parte del mismo pueblo! —exclamó Frank—.

¡Cualquier cosa que hagamos nos afecta a todos! Y a juzgar por el modo en que estamos comportándonos, separarnos de vez en cuando será bueno para nosotros. A mí, por ejemplo, no me importaría perder de vista a Arkadi durante unos meses.

Arkadi hizo una reverencia.

—¡Fobos, allá vamos!

Pero Phyllis y Mary y su grupo seguían descontentos. Pasaron un montón de tiempo conferenciando con Houston, y cada vez que Maya iba al Toro B las conversaciones parecían interrumpirse, los ojos la seguían con suspicacia... ¡como si ser rusa la colocara automáticamente en el bando de Arkadi! Los maldijo por estúpidos, y maldijo a Arkadi todavía más. Él había iniciado todo aquello.

Pero al final resultó difícil saber qué estaba pasando, con cien personas diseminadas en lo que de repente parecía una nave tan grande. Grupos de interés, micropolítica... ciertamente se estaban fragmentando.

¡Sólo cien personas, y aun así eran una comunidad demasiado grande para cohesionarse! Y no había nada que ella o Frank pudieran hacer.

Una noche volvió a soñar con la cara de la granja. Se despertó temblando y fue incapaz de dormirse de nuevo; y de pronto le pareció que todo estaba fuera de control. ¡Volaban a través del vacío dentro de una pequeña maraña de latas unidas y se suponía que ella estaba al mando de todo aquel carguero de locos! ¡Era absurdo!

Salió de la cabina, subió por el radio del túnel D hasta el eje central. Se empujó hasta la cúpula burbuja, olvidándose del juego del salto del túnel.

Eran las cuatro de la madrugada. El interior de la cúpula burbuja parecía un planetario después de que el público se hubiera ido: silencioso, vacío, con miles de estrellas apiñadas en el oscuro hemisferio de la bóveda. Marte colgaba justo encima, convexo y nítidamente esférico, como si hubieran arrojado una naranja de Piedra entre los astros. Los cuatro volcanes grandes eran visibles marcas de viruela, y era posible divisar las largas fisuras de Marineris. Flotó bajo el planeta, con los miembros extendidos y girando muy ligeramente, tratando de comprenderlo, tratando de sentir algo específico en el confuso patrón de interferencia de sus emociones. Al parpadear, pequeñas lágrimas esféricas flotaron y se perdieron entre las estrellas.

La puerta de la antecámara se abrió. John Boone entró flotando, la vio y se agarró al picaporte de la puerta.

—Oh, lo siento. ¿Te importa si me uno a ti?

—No. —Maya se sorbió la nariz y se frotó los ojos.— ¿Qué hace que te levantes a estas horas?

—Suelo madrugar. ¿Y tú?

—Pesadillas.

—¿Sobre qué?

—No lo recuerdo —contestó, viendo la cara mentalmente. Él pasó flotando a su lado hacía la cúpula.

—Yo nunca puedo recordar mis sueños.

—¿Nunca?

—Bueno, casi nunca. Si algo me despierta en medio de uno, y dispongo de tiempo para pensar en él, entonces quizá lo recuerde, por lo menos durante un rato.

—Eso es normal. Pero es una mala señal si nunca eres capaz de recordar tus sueños.

—¿De verdad? ¿De qué es síntoma?

—Me parece recordar que de una represión extrema. —Ella había ido a la deriva hasta un costado de la cúpula; se impulsó en el aire y se detuvo cerca de él.— Pero

eso tal vez sea freudianismo.

—En otras palabras, algo como la teoría de la flogosis. Ella rió.

—Exactamente.

Miraron a Marte, se señalaron lugares el uno al otro. Charlaron. Maya lo miró mientras hablaba. Tenía un aspecto tan afable y alegre...; en realidad no era el tipo de ella. Al principio su alegría le había parecido una especie de estupidez. Pero a lo largo del viaje había comprobado que no era estúpido.

—¿Qué piensas de todas las discusiones sobre lo que deberíamos hacer ahí arriba? —preguntó ella, señalando la piedra roja que tenían delante.

—No lo sé.

—Creo que Phyllis tiene razón en bastantes cosas. Él se encogió de hombros.

—No creo que eso importe.

—¿Qué quieres decir?

—La única parte de una discusión que de verdad importa es lo que pensamos de las personas que discuten. X afirma *a,* Y afirma *b.* Exponen argumentos para apoyar sus afirmaciones, con un cierto número de puntos razonables. Pero cuando sus oyentes recuerdan la discusión, lo que importa sólo es que X cree *a* mientras que Y cree *b.* La gente entonces forma un juicio sobre lo que piensa de X y de Y.

—¡Pero nosotros somos científicos! Estamos entrenados para sopesar las evidencias. John asintió.

—Cierto. Y como me caes bien, te concedo el punto.

Ella se rió y lo empujó, y cayeron dando vueltas por los costados de la cúpula, alejándose el uno del otro.

Maya, sorprendida de sí misma, frenó el movimiento contra el suelo. Se volvió y vio a John que descendía y se detenía en el extremo más lejano. La miró con una sonrisa en la cara, se agarró a una barandilla y se impulsó al aire, a través del espacio abovedado, en una trayectoria que lo llevaba hacia ella.

Maya lo comprendió al instante, y olvidando por completo la resolución de evitar ese tipo de cosas, se impulsó para interceptarlo. Volaron directamente el uno hacia el otro, y para evitar una colisión dolorosa tuvieron que agarrarse y girar en medio del aire, como si bailaran. Rotaron, las manos aferradas, subiendo despacio en espiral hacia la cúpula. Era un baile, con una finalidad clara y evidente, que estaba ahí a su alcance para cuando ellos lo quisieran: ¡Guau! El pulso de Maya se aceleró, y la respiración se hizo entrecortada. Al fin se juntaron mientras giraban; se unieron tan lentamente como en el acoplamiento de una nave espacial, y se besaron.

Con una sonrisa John se separó de ella empujándola, enviándola hacia la cúpula mientras él descendía al suelo, donde se agarró y arrastró hasta la compuerta de la antecámara. La cerró.

Maya se soltó el pelo y lo agitó para que te flotara alrededor de la cabeza, sobre la cara. Lo agitó con violencia y se rió. No era como si se sintiera al borde de algún amor grande o subyugador; simplemente iba a ser divertido, y esa sensación de sencillez era... Experimentó una gran oleada de deseo, y se empujó desde la cúpula hacia John. Se dobló en un lento salto mortal, bajándose la cremallera del mono mientras giraba, con el corazón latiéndole como timbales, toda la sangre afluyéndole a la piel, que le hormigueaba como si estuviera descongelándose mientras se desvestía; chocó con John, se alejó volando de el después de un brusco tirón a una manga; rebotaron alrededor de la cámara a medida que se Quitaban las ropas, calculando mal los ángulos y los impulsos hasta que, apoyándose apenas en los dedos de los pies, volaron hasta encontrarse en un abrazo giratorio y flotaron

besándose entre las ropas flotantes.

En los días que siguieron volvieron a encontrarse. No hicieron ningún esfuerzo por esconder la relación, por lo que en poco tiempo se convirtieron en noticia, una pareja pública. Muchos a bordo parecieron desconcertados por el acontecimiento, y una mañana Maya entró en el comedor, captó una rápida mirada de Frank, sentado en un rincón de la sala, y se estremeció; le recordó algún otro momento, algún incidente, alguna expresión que no fue del todo capaz de evocar.

Pero la mayoría de los que estaban a bordo parecieron complacidos. Después de todo, era una especie de pareja real, una alianza de los dos poderes que había detrás de la colonia, lo que significaba armonía. En efecto, la unión pareció catalizar otras, que o bien salieron del escondite, o cobraron vida en el medio de nuevo supersaturado. Vlad y Úrsula, Dmitri y Elena, Raúl y Marina... por doquier había parejas nuevas, hasta el punto de que los que estaban solos comenzaron a hacer chistes nerviosos sobre ellos. Pero Maya creyó notar menos tensión en las voces, menos discusiones, más risas.

Una noche, tumbada en la cama pensando (pensando en ir a la cabina de John), se preguntó si ésa era la causa por la que se habían unido: no por amor, ella todavía no lo amaba, no era mas que una amiga, espoleada por un deseo fuerte pero impersonal... En realidad era una unión muy *útil.* Útil para ella... pero apartó ese pensamiento, se concentró en la utilidad de la unión para el conjunto de la expedición. Sí, era política. Como la política feudal, o los antiguos ritos de primavera y regeneración. Y tenía que reconocer que se sentía así, como si estuviera actuando en respuesta a imperativos más poderosos que sus propios deseos, actuando en representación de los deseos de alguna fuerza más grande. Tal vez del mismo Marte.

En cuanto a la idea de que podría haber ganado influencia sobre Arkadi, o Frank, o Hiroko... Bueno, no lo pensó más. Era una de las habilidades de Maya.

Flores amarillas, rojas y anaranjadas se extendieron por las paredes. Marte ahora era del tamaño de la Luna en el ciclo de la Tierra. Era el momento de recoger el fruto de tanto esfuerzo; sólo una semana más y habrían llegado.

Aún había tensión por los problemas no resueltos de las asignaciones para después del descenso. Ahora a Maya le resultaba más difícil que nunca trabajar con Frank; no era nada evidente, pero se le ocurrió que a él no le desagradaba en absoluto la incapacidad que tenían para controlar la situación, porque las divisiones eran causadas más por Arkadi que por ningún otro, y así daba la impresión de que era más culpa de ella que de él. En varias ocasiones abandonó una reunión con Frank y fue a ver a John, con la esperanza de obtener alguna ayuda. Pero John se mantenía al margen de los debates, y apoyaba todo lo que proponía Frank. Los consejos que le daba a Maya en privado eran muy acertados, pero había otro problema: a él le caía bien Arkadi y le desagradaba Phyllis; por lo que a menudo le recomendaba que apoyara a Arkadi, al parecer ajeno al modo en que eso socavaría su autoridad entre los otros rusos. Sin embargo, ella jamás se lo mencionó. Amantes o no, todavía había cosas que no quería discutir, ni con él ni con ningún otro.

Pero una noche que estaba en la cabina de él, Maya, con los nervios de punta y echada en la cama sin poder dormir, preocupada primero por esto y luego por aquello, dijo:

—¿Crees que sería posible ocultar un polizón en la nave?

—Bueno, no lo sé —repuso él sorprendido—. ¿Por qué lo preguntas? Con un nudo en la garganta le contó lo de la cara a través de la tinaja de algas.

John se incorporó en la cama y se quedó mirándola fijamente.

—¿Estás segura de que no era...?

—Ninguno de nosotros. El se frotó la mandíbula.

—Bueno... Supongo que si alguien de la tripulación lo estuviera ayudando...

—Hiroko —sugirió Maya—. Vaya, no sólo porque sea Hiroko, sino por la granja y todo eso. Solucionaría la cuestión de la alimentación y hay un montón de sitios para ocultarse allí. Y podría haberse refugiado con los animales durante la tormenta.

—¡Recibieron un montón de rem!

—Pero él podría haberse escondido detrás del suministro de agua. No sería difícil montar un pequeño refugio para un solo hombre.

John no podía meterse la idea en la cabeza.

—¡Nueve meses escondiéndose!

—Es una nave grande. Se podría hacer, ¿no?

—Bueno, supongo que sí. Sí, creo que se podría. Pero ¿por qué? — Maya se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Quizá alguien que quería venir y no consiguió pasar la selección. Alguien que tuviera un amigo dentro, o amigos...

—¡Aun así! Quiero decir que muchos de nosotros tenemos amigos que querían venir. Eso no significa que...

—Lo sé, lo sé.

Hablaron durante casi una hora, discutiendo los posibles motivos, los métodos que se podrían haber empleado para colar un pasajero a bordo, para ocultarlo, y así sucesivamente. Y entonces Maya se dio cuenta de pronto de que se sentía mucho mejor, de que en verdad se hallaba de un humor inmejorable. ¡John la creía! ¡No pensaba que se había vuelto loca! Sintió un torrente de alivio y felicidad y lo abrazó.

—¡Es tan maravilloso poder hablar contigo! Él sonrió.

—Somos amigos, Maya. Deberías haberlo mencionado antes.

—Sí.

La cúpula burbuja habría sido un lugar estupendo para ver la aproximación final a Marte, pero iban a estar aerofrenando con el fin de reducir velocidad, y la cúpula se encontraría detrás del escudo de calor que ya habían desplegado. No habría vista alguna.

Aerofrenar les ahorraba la necesidad de llevar una enorme cantidad de combustible, aunque se trataba de una operación extremadamente precisa, y por tanto peligrosa. Tenían un ángulo de deriva de menos de un milisegundo de arco y así, varios días antes de la MOI, el equipo de navegación comenzó a modificar poco a poco su curso con pequeños impulsos de los cohetes y una frecuencia casi horaria, sintonizando minuciosamente la aproximación. Luego, a medida que se acercaban, detuvieron la rotación de la nave. El regreso a la ingravidez, aun en los toros, fue una conmoción. De pronto Maya se dio cuenta de que no se trataba de otra simulación. Se elevó a través del aire tempestuoso de los corredores, viéndolo todo desde una nueva y extraña perspectiva elevada, y de repente lo sintió real.

Durmió a ratos, una hora aquí, tres horas allá. Cada vez que despertaba, flotando en el saco de dormir, tenía un momento de desorientación y creía que se encontraba de nuevo en la *Novy Mir*. Entonces recordaba, y la adrenalina la

despertaba de golpe.

Se impulsaba a través de las salas de los toros, empujando los paneles marrones, dorados y broncíneos de la pared. En el puente consultaba con Mary, o Raúl, o Marina, o cualquiera de los que hubiera en navegación. Todo tranquilo en la trayectoria. Se estaban aproximando a Marte tan rápidamente que daba la impresión de que podían ver cómo se expandía en las pantallas.

Tenían que evitar por treinta kilómetros a Marte, o alrededor de una diez millonésima parte de la distancia que habían recorrido. No era difícil, dijo Mary, lanzándole una rápida mirada a Arkadi. Hasta ahora estaban en el Vuelo Mantra, y con suerte no los enfrentaría con ningún problema delirante.

Los miembros de la tripulación que no estaban comprometidos en la navegación trabajaron para asegurar la nave, preparándolo todo para los virajes y sacudidas que seguramente provocarían dos gravedades y media. Algunos tuvieron que salir en los vehículos de emergencia para desplegar escudos de calor auxiliares y así por el estilo. Había mucho que hacer, y sin embargo los días aún parecían largos.

Iba a ocurrir en plena noche, y por eso dejaron encendidas todas las luces, y nadie se fue a dormir. Todo el mundo tenía un puesto: algunos de guardia, la mayoría sencillamente esperando que terminase. Maya se sentó en su sillón en el puente y observó las pantallas y los monitores, pensando que mostraban el aspecto de una simulación en Baikonur. ¿De verdad iban a entrar en órbita alrededor de Marte?

Desde luego que sí. El *Ares* golpeó la tenue atmósfera superior de Marte a 40.000 kilómetros por hora, y al instante la nave empezó a vibrar intensamente, el sillón de Maya se sacudió con violencia y se oyó un fragor lejano y profundo, como si volaran a través de un alto horno... y lo parecía, ya que las pantallas ardían con un intenso resplandor rosa anaranjado. El aire comprimido rebotaba en los escudos de calor y crepitaba mientras pasaba ante las cámaras exteriores, de modo que todo el puente estaba teñido del color de Marte. Entonces la gravedad regresó como una venganza; las costillas de Maya fueron estrujadas con tanta fuerza que tuvo problemas para respirar y la visión se le nubló.

¡Dolía!

Surcaban el delgado aire a una velocidad y altitud calculadas. Para situarlos en lo que los aerodinamistas llaman recorrido de transición, un estado intermedio entre el recorrido libre molecular y el recorrido continuo. El recorrido libre molecular habría sido el modo de viaje preferido, porque en él, el aire que golpea los escudos de calor es desviado hacia los costados, y el vacío resultante rellenado casi en su totalidad por difusión molecular; pero avanzaban a demasiada velocidad para eso, y apenas habrían podido evitar el tremendo calor del recorrido continuo, en el que el aire habría pasado por encima del escudo y de la nave como parte de la acción de la oleada. Lo mejor que podían hacer era elegir la trayectoria más alta posible que los frenara lo suficiente, y esto los situaba en un recorrido de transición, que fluctuaba entre el recorrido molecular libre y el recorrido continuo, contribuyendo a que fuera un viaje agitado. Y ahí radicaba el peligro. Si llegaban a impactar con una bolsa de altas presiones en la atmósfera marciana, donde el calor, la vibración o las fuerzas de la *g* hicieran que algún mecanismo sensible se averiase, entonces se verían arrojados a una de las pesadillas de Arkadi en el mismo instante en que quedarían aplastados en los sillones, «pesando» doscientos kilos cada uno, lo cual era algo que Arkadi nunca había sido capaz de simular muy bien. En el mundo real, pensó lúgubremente Maya, en el momento en que más vulnerables eran al peligro, tanto más impotentes se veían para enfrentarlo.

Pero tal como lo quiso el destino, el clima estratosférico marciano era estable, y

permanecieron en Vuelo Mantra: que en realidad resultó ser una experiencia de ocho minutos estruendosos y estremecedores que cortaban la respiración. Ninguna hora que Maya pudiera recordar se había hecho tan larga. Los sensores mostraron que la temperatura en el escudo de calor principal se había elevado a 600 grados Kelvin…

Y entonces la vibración cesó. El estruendo calló. Habían escapado de la atmósfera después de deslizarse alrededor de una cuarta parte del planeta. Habían desacelerado unos 20.000 kilómetros por hora, y la temperatura del escudo de calor había subido hasta los 710 grados Kelvin, muy cerca del límite. Pero el método había funcionado. Todo estaba en calma. Flotaban, ingrávidos de nuevo, sujetos por las correas de los sillones. Parecía como si hubieran dejado de moverse por completo, como si flotaran en un silencio absoluto.

Inseguros, se desabrocharon las correas y flotaron como fantasmas en el aire frío de las salas, un rumor débil etéreo que sonaba en sus oídos, acentuando el silencio. Hablaban en un tono demasiado alto, estrechándose las manos. Maya se sentía atontada, y no podía entender lo que le decía la gente, no porque no fuera capaz de oírla, sino porque no prestaba atención.

Doce horas de ingravidez más tarde, la nueva trayectoria los llevó una periapsis a 35.000 kilómetros de Marte. Allí encendieron los cohetes principales para conseguir una breve impulsión, aumentando la velocidad alrededor de cien kilómetros por hora; después de eso, de nuevo se vieron atraídos hacia Marte, describiendo una elipse que los llevaría a quinientos kilómetros de la superficie. Se encontraban en órbita marciana.

Cada órbita elíptica alrededor del planeta tomaba casi un día. Durante los próximos dos meses, las computadoras controlarían los impulsos de los cohetes que gradualmente darían forma circular al curso, justo dentro de la órbita de Fobos. Pero los grupos de descenso iban a bajar a la superficie mucho antes, mientras el perigeo se hallara tan cercano.

Trasladaron los escudos de calor de vuelta a sus posiciones de almacenamiento, y entraron en la cúpula burbuja para echar una ojeada. Durante el perigeo Marte llenaba la mayor parte del cielo, como si volaran sobre él en un avión de reacción. La profundidad del Valle Marineris era perceptible; las anchas cimas de los cuatro grandes volcanes aparecieron en el horizonte mucho antes de que vieran las tierras circundantes. Había cráteres por doquier en la superficie. El redondo interior era de un intenso naranja arenoso, un color un poco más claro que el de las planicies que los rodeaban. Polvo, probablemente. Las cordilleras montañosas bajas, escarpadas y curvas eran más oscuras que el entorno, de un color rojizo quebrado por sombras negras. Pero tanto los colores claros como los oscuros apenas se distinguían del omnipresente rojo anaranjado herrumbroso de todas las cumbres, cráteres, cañones y dunas, e incluso del halo curvo de la atmósfera llena de polvo, visible por encima de la brillante curvatura del planeta. ¡Marte rojo! Era paralizante, hipnotizante. Todo el mundo lo sintió.

Pasaron largas horas trabajando, y al fin era trabajo de verdad. Había que desmontar parcialmente la nave. Con el tiempo el cuerpo principal se pondría en órbita cerca de Fobos y se utilizaba como vehículo de regreso de emergencia. Pero veinte tanques en los tramos exteriores del eje central sólo tenían que ser desconectados del *Ares* y preparados para convertirse en vehículos de aterrizaje planetario, que bajarían a los colonos en grupos de cinco. Estaba previsto soltar el primer transbordador tan pronto como fuera desacoplado y aprestado, de modo que trabajaron en turnos las veinticuatro horas, pasando un montón de tiempo en los vehículos de emergencia. Llegaban a los comedores cansados y hambrientos, y las conversaciones eran ruidosas; el aburrimiento del viaje parecía olvidado. Una noche

Maya entró flotando en el baño preparándose para ir a dormir, sintiendo una rigidez en los músculos que no había notado durante meses. A su alrededor Nadia,

Sasha y Yeli Zudov charlaban, y en aquel cálido aluvión de ruso fluido de pronto se le ocurrió que todo el mundo se sentía feliz... se encontraban en el último momento de su esperanza, una esperanza que había anidado en sus corazones durante la mitad de sus vidas, o desde la niñez... y ahora, de repente, había florecido bajo ellos como el dibujo de Marte hecho por un niño con lápices de cera, creciendo y luego haciéndose pequeño, creciendo y haciéndose pequeño, y a medida que subía y bajaba se aparecía ante ellos en todo su inmenso potencial: tabla rasa, pizarra vacía. Una pizarra vacía roja. Todo era posible, todo podía suceder... en ese sentido eran, sólo en esos últimos días, perfectamente libres. Libres del pasado, libres del futuro, ingrávidos en su propio aliento, flotando como espíritus a punto de encarnar un mundo material... En el espejo Maya vio una sonrisa distorsionada por el cepillo de dientes, y se aferró a una barandilla para mantenerse en equilibrio. Se le ocurrió que quizá nunca volviera a ser tan feliz. La belleza era la promesa de felicidad, no la felicidad en sí misma; y el mundo anticipado era a menudo más magnifico que el mundo real. Pero ahora, ¿quién podía saberlo? Tal vez ésta fuera por fin la ocasión dorada.

Soltó la barandilla y escupió la pasta dentífrica en una bolsa de desperdicios líquidos; luego flotó hacia el corredor. Viniera lo que viniese, habían llegado a la meta. Por lo menos se habían ganado la oportunidad de intentarlo.

Desmontar el *Ares* hizo que muchos de ellos se sintieran un poco extraños. Era, como John dijo, como desmantelar un pueblo y arrojar las casas en distintas direcciones. Y era el único pueblo que tenían. Bajo el gigantesco ojo de Marte, todas sus diferencias se acentuaron; estaba claro que ése era el punto crítico, quedaba poco tiempo. La gente discutió, de forma abierta o soterrada. Había tantos pequeños grupos que ahora celebraban sus propios consejos... ¿Qué había ocurrido con ese breve momento de felicidad? Maya echaba casi toda la culpa a Arkadi. Él había abierto la caja de Pandora; si no hubiera sido por él y sus palabras, ¿se habría apiñado tanto el grupo de la granja en torno a Hiroko?, ¿habría mantenido consultas tan secretas el equipo médico? No lo creía.

Frank y ella trabajaron duro para reconciliar las diferencias y alcanzar un consenso, para darles la sensación de que aún formaban un solo equipo. Esto requirió largas conferencias con Phyllis y Arkadi, Ann y Sax, Houston y Baikonur. En el proceso se desarrolló entre los dos líderes una relación que todavía era más compleja que sus primeros encuentros en el parque, aunque éstos eran parte de esa misma relación; Maya ahora comprendía, por los esporádicos destellos de sarcasmo y de resentimiento de Frank, que el incidente lo había perturbado más de lo que ella había creído entonces. Pero ahora ya no se podía hacer nada.

Finalmente, se encomendó a Arkadi y sus amigos la misión de Fobos, principalmente porque nadie más la quiso. A todo el mundo se le prometió una plaza en un estudio geológico si la deseaba, y Phyllis, Mary y el resto del «grupo de Houston» recibieron garantías de que la construcción del campamento base se haría de acuerdo con los planes concebidos en Houston. Tenían la intención de trabajar en la base para verificarlo.

—De acuerdo, de acuerdo —gruñó Frank al final de una de esas reuniones—. Todos vamos a estar *en Marte,* ¿es *realmente* necesario, — pregunto—, que nos peleemos de esta manera por lo que vamos a *hacer* allí?

—Así es la vida —dijo Arkadi alegremente—. Estemos o no en Marte,

la vida continúa.

Frank apretó las mandíbulas.

—¡Vine aquí para alejarme de ese tipo de cosas! Arkadi sacudió la cabeza.

—¡Pero no, desde luego que no! Ésta es tu vida, Frank. ¿Qué harías sin ella?

Una noche, poco antes del descenso, todos los cien se reunieron y celebraron una cena formal. La mayor parte de la comida había crecido en la granja: pasta, ensalada y pan, y vino tinto del almacén, reservado para una ocasión especial.

Mientras comían un postre de fresas, Arkadi se levantó flotando para proponer un brindis.

—¡Por el nuevo mundo que ahora creamos!

Un coro de gruñidos y vítores; para entonces todos sabían ya lo que quería dar a entender. Phyllis tomó una fresa y dijo:

—Mira, Arkadi, este asentamiento es una estación científica. Tus ideas son irrelevantes ahora. Quizá todo cambie dentro de cincuenta o cien años. Pero por el momento va a ser como las estaciones de la Antártida.

—Eso es verdad —dijo Arkadi—. Pero, en realidad, las estaciones de la Antártida son muy políticas. La mayoría se construyeron para que los países que las levantaron tuvieran la última palabra en la revisión del tratado de la Antártida. Y ahora las estaciones se rigen por las leyes fijadas en ese tratado, ¡que se firmó por medio de negociaciones muy políticas! Por lo tanto, no puedes enterrar la cabeza en la arena gritando «¡Soy un científico, soy un científico!». —Apoyó una mano en la frente, en el gesto universal de burla a la prima *donna.*— No. Cuando dices eso, sólo estás diciendo: «¡No quiero pensar en sistemas complejos!». Lo cual no es muy digno de los verdaderos científicos, ¿no es así?

—La Antártida está gobernada por un tratado porque nadie vive allá salvo en las estaciones científicas —dijo Maya con irritación. ¡Que su última cena, su último momento de libertad, se viera estropeado de aquella manera!

—Cierto —concedió Arkadi—. Pero piensa en el resultado. En la Antártida nadie puede ser propietario de tierras. Ningún país u organización puede explotar los recursos naturales del continente sin el consentimiento del resto de los países. Nadie puede proclamarse dueño de esos recursos, o llevárselos y vendérselos a terceros para obtener algún beneficio mientras otros pagan por usarlos. ¿No ves lo radicalmente distinto que es eso de lo que pasa en el resto del mundo? Y ésa es la última zona de la Tierra que ha sido organizada, que ha recibido una jurisprudencia. Representa lo que todos los gobiernos que trabajan juntos sienten de forma instintiva que es justo, manifestado en una tierra libre de reivindicaciones de soberanía o, en realidad, del peso de la historia. ¡Es, para decirlo llanamente, el mejor intento de la Tierra por crear leyes de propiedad justas! ¿Lo ves? ¡Así es como debería organizarse todo el planeta si fuéramos capaces de liberarlo de la camisa de fuerza de la historia!

Sax Russell parpadeó con suavidad y dijo:

—Pero Arkadi, ya que Marte va a ser gobernado por un tratado basado en el viejo de la Antártida, ¿qué es lo que desapruebas? El Tratado del Espacio Exterior declara que ningún país puede reclamar tierra en Marte, que no se permitirán actividades militares, y que todas las bases están abiertas a la inspección de cualquier país. Ningún recurso marciano puede convertirse en propiedad de una única nación. Se supone que la UN va a establecer un régimen internacional para supervisar cualquier explotación minera o de otra clase. Si se llegara a hacer algo así, lo que me parece dudoso, entonces será compartido entre todas las naciones del mundo. —Volvió la palma de la mano hacia arriba.— ¿No es eso lo que pretendes y que ya se ha conseguido?

—Es un comienzo —dijo Arkadi—. Pero hay ciertos aspectos que no has

mencionado. Por ejemplo, las bases construidas en Marte pertenecerán a los países que las construyan. Nosotros estaremos levantando bases norteamericanas y rusas, de acuerdo con lo que dispone la ley. Y eso nos devuelve a las pesadillas de la legislación y la historia terranas. Las empresas norteamericanas y rusas tendrán el derecho de explotar Marte, mientras los beneficios se compartan con todas las naciones que son del tratado. Puede que esto sólo implique una especie de porcentaje pagado a la UN, aunque en realidad no será otra cosa que un soborno. ¡No creo que debamos aceptarlo ni siquiera por un momento!

Siguió un paréntesis de silencio y Ann Clayborne dijo:

—El tratado nos obliga también a que evitemos la destrucción del medio ambiente. Así decía, creo. Está en el Artículo Siete. Me parece que eso prohíbe de manera expresa la terraformación de la que tanto se habla.

—Yo diría que deberíamos desatender también esa disposición —se apresuró a intervenir Arkadi—. Nuestro propio bienestar depende de eso. Ese punto de vista era más popular que otros del mismo Arkadi, y así se lo dijeron.

—Pero si están dispuestos a pasar por alto un artículo —señaló Arkadi—, deberían estar dispuestos a hacerlo con el resto. ¿Correcto?

Hubo una pausa incómoda.

—La evolución será inevitable —dijo Sax Russell, encogiéndose de hombros—. Estar en Marte nos cambiará.

Arkadi sacudió la cabeza de costado, lo que hizo que girara un poco en el aire por encima de la mesa.

—¡No, no, no, no! ¡La historia no es evolución! ¡La analogía es falsa! La evolución es una cuestión de entorno y suerte, que actúa a lo largo de millones de años. ¡Pero la historia es una cuestión de entorno y elección, que actúa en el tiempo de una vida, y a veces durante años, meses, horas! ¡La historia es moldeable! ¡De modo que si elegimos establecer ciertas instituciones en Marte, estarán ahí! ¡Y si elegimos otras, entonces ésas *estarán* ahí! —con un movimiento de la mano los abarcó a todos, a la gente sentada a las mesas y a la gente que flotaba entre las parras.— Decidamos nosotros mismos en vez de dejar que decida por nosotros esa gente de la Tierra. En realidad, gentes muertas desde hace tiempo.

—Tú quieres una especie de utopía comunal, y eso no es posible — dijo con acritud Phyllis—. Pensé que la historia rusa te había enseñado algo.

—Y así ha sido —dijo Arkadi—. Y ahora llevo a la práctica lo que me ha enseñado.

—¿Defendiendo una revolución mal definida? ¿Fomentando una situación de crisis? ¿Irritando y enemistando a todos?

Muchos asintieron, pero Arkadi los desechó con un ademán.

—Me niego a aceptar la responsabilidad de los problemas de todo el mundo en este punto del viaje. Sólo he dicho lo que pensaba, a lo cual tengo derecho. Si alguno de vosotros se siente incómodo, no es mi problema. Las implicaciones de lo que digo no gustan a nadie, pero no son capaces de rebatirlas.

—Algunos de nosotros no somos capaces de entenderte —exclamó Mary.

—¡Lo único que digo es que hemos venido a Marte para siempre! — exclamó Arkadi, mirándola con ojos desorbitados—. Vamos a hacer no sólo nuestros hogares y nuestra comida, sino también nuestra agua y el aire mismo que respiramos... todo en un planeta donde fallan esas cosas. Podemos hacerlo; tenemos una tecnología que manipula la materia hasta el nivel molecular. ¡Una capacidad en verdad extraordinaria! Y, sin embargo, algunos de los que están aquí pueden aceptar transformar la total realidad física de este planeta sin intentar cambiarnos

a nosotros mismos o nuestra manera de vivir. Somos científicos del siglo veintiuno en Marte pero, al mismo tiempo, vivimos dentro de un sistema social del siglo diecinueve, basado en las ideologías del siglo diecisiete. Es absurdo, es disparatado, es... es... —Se agarró la cabeza con las manos, rugió:—

¡No es *científico*! Y digo que entre todas las cosas que transformaremos en Marte, tendríamos que estar nosotros y nuestra realidad social. No sólo hemos de terraformar Marte: tenemos que terraformarnos nosotros mismos.

Nadie se aventuró a rebatirlo; en estas ocasiones Arkadi prácticamente no tenía oposición, y muchos se sentían genuinamente estimulados y sólo necesitaban tiempo para pensar. Otros estaban contrariados, pero no querían alborotar demasiado en esta cena en particular, que se suponía era una celebración. Parecía más fácil poner los ojos en blanco y beber acompañando el brindis.

—¡Por Marte! ¡Por Marte!

Pero mientras flotaban después del postre, Phyllis se mostró desdeñosa.

—Primero tenemos que sobrevivir —dijo—. Con tantas disensiones,

¿qué posibilidades podemos tener? Michel Duval trató de tranquilizarla.

—Muchos de estos desacuerdos son síntomas del vuelo. Una vez en Marte, trabajaremos juntos. Y tenemos más de lo que hemos traído a bordo del Ares... dispondremos de lo que los transbordadores no tripulados ya han traído: cargamentos de equipo y comida por toda la superficie y en las lunas. Todo está ahí para nosotros. El único límite será nuestra propia resistencia. Y este viaje es parte de lo mismo... una especie de preparación, de prueba anticipada. Si fallamos aquí, ni siquiera podremos intentarlo en Marte.

—¡Exactamente lo que yo quería decir! —dijo Phyllis—. Estamos fallando aquí.

Sax se levantó con expresión de aburrimiento, y se impulsó hacia la cocina. En la sala había un rumor de caracolas: muchas discusiones pequeñas, algunas de tono cáustico. Era evidente que muchos estaban furiosos con Arkadi; y otros estaban furiosos con ellos por haberse enfadado.

Maya siguió a Sax a la cocina. Mientras limpiaba la bandeja él suspiró.

—La gente es tan emocional... A veces tengo la sensación de que estoy atrapado en una representación interminable de la Puerta Cerrada.

—¿Es esa obra en la que los personajes no pueden salir de un cuarto pequeño?

Sax asintió.

—Esa en la que el infierno son los otros. Espero que no demostremos esa hipótesis.

Unos días más tarde las naves de descenso estuvieron preparadas. Estarían descendiendo durante un período de cinco días; sólo el equipo de Fobos permanecería en lo que quedaba del Ares, guiándolo hasta acoplarlo casi con la pequeña luna. Arkadi, Alex, Dmitri, Roger, Samantha, Edvard, Janet, Raúl, Marina, Tatiana y Elena se despidieron, absortos ya en la tarea inminente, prometiendo descender tan pronto como construyeran la estación de Fobos.

La noche anterior al descenso Maya no pudo dormir. Al fin, dejó de intentarlo y se impulsó por las salas y los corredores hasta el eje central. Los objetos parecían más nítidos por el insomnio y la adrenalina, y las familiaridades de la nave estaban deformadas o aplastadas por alguna alteración: un montón de cajas atadas o un tubo sin salida. Era como si ya hubieran abandonado el *Ares*. Lo inspeccionó por última vez, vacía de emoción. Luego se impulsó a través de las antecámaras

herméticas hacia el vehículo de desembarco al que había sido asignada. Bien podía esperar ahí. Se metió dentro del traje espacial, sintiendo, como tan a menudo le sucedía cuando llegaba el momento de la verdad, que sólo iba a pasar por otra simulación. Se preguntó si alguna vez escaparía a eso, si estar en Marte bastaría para eliminarlo. Merecería la pena: ¡sentirse *real* por una vez! Se acomodó en el sillón.

Algunas horas más tarde sin dormir, se le unieron Sax, Vlad, Nadia y Ann. Se sujetaron con las correas y juntos lo verificaron todo. Soltaron los interruptores y se inició la cuenta atrás. Se encendieron los cohetes. El transbordador se alejó del *Ares.* De nuevo encendieron los cohetes. Cayeron hacia el planeta. Golpearon la atmósfera exterior y la ventana trapezoidal se convirtió en una llamarada de aire del color de Marte. Maya, vibrando con el vehículo, alzó los ojos para mirarla. Se sentía tensa y desgraciada, preocupada por el pasado más que por el futuro, pensando en todos los que aún quedaban en el *Ares,* y le pareció que habían fracasado, que los cinco que iban en el transbordador dejaban atrás a un grupo en desbandada. La mejor oportunidad que habían tenido para crear algún tipo de concordia había pasado, y no lo habían conseguido; el momentáneo destello de felicidad que había sentido mientras se cepillaba los dientes sólo había sido eso, un destello. Ella había fracasado. Todos seguían sus propios caminos, divididos por sus creencias, y aun después de dos años de aislamiento y obligada promiscuidad, lo mismo que cualquier otro grupo de hombres y mujeres, no eran más que una colección de extraños. La suerte estaba echada.

TERCERA PARTE

El crisol

Se formó con el resto del sistema solar, hace unos cinco mil millones de años. Eso significa quince millones de generaciones humanas. Las rocas chocaron violentamente en el espacio, para luego volver y juntarse, todo debido a esa fuerza misteriosa que llamamos gravedad. Esa misma urdimbre hizo que el montón de rocas, cuando fue lo suficientemente grande, se comprimiera, hasta que el calor las fundió. Marte es pequeño pero pesado, y tiene un núcleo de níquel y hierro. Es bastante pequeño como para que se haya enfriado más rápidamente que la Tierra; el núcleo ya no gira dentro de la corteza a una velocidad distinta, y por eso Marte casi no tiene campo magnético. Pero uno de los últimos flujos internos del núcleo y del manto en fusión trajo como consecuencia una enorme y anómala promisión hacia un lado, un empujón contra la pared de la corteza que originó una protuberancia del tamaño de un continente y de once kilómetros de altitud, tres veces más alta que el altiplano tibetano, por encima de las tierras que lo circundan. Esa protuberancia hizo que aparecieran muchos otros accidentes: un sistema de hendiduras radiales que ocupaba todo un hemisferio, incluyendo las grietas más grandes, el Valle Marineris, una cadena de cañones que cubriría Estados Unidos de costa a costa. Ese abultamiento también originó una serie de volcanes, incluyendo los tres que tenía a horcajadas sobre el lomo, los Montes Ascraeus, Pavonis y Arsia; y a lo lejos, en las crestas noroccidentales, el Monte Olimpo, la Montaña más alta del sistema solar, tres veces la altura del Everest y cien veces la masa del Mauna Loa, el volcán más grande de la Tierra. De modo que la Protuberancia Tharsis fue el factor más importante en la modelación de la superficie marciana. Otro factor fue la caída de meteoritos. En la antigüedad, hace unos tres mil o cuatro mil millones de años, los meteoritos caían sobre Marte en una proporción enorme, millones de ellos, y miles eran planetesimales, rocas tan grandes, *como Vega o Fabos. Uno de los impactos abrió la Cuenca de Hellas, 2.000 kilómetros de diámetro, el cráter visible más grande del sistema solar, aunque Daedalia parece ser lo que queda de una cuenca de impacto de 4.500 kilómetros. Estos cráteres son grandes;*

pero algunos areólogos opinan que todo el hemisferio norte es una antigua cuenca de impacto.

Esos enormes impactos fueron tan cataclismicos que es difícil imaginarlos; algunas de sus deyecciones terminaron en la Tierra y la Luna, y como asteroides en órbitas troyanas. Algunos areólogos creen que la Protuberancia Tharsis nació de un impacto en Hellas; otros creen que Fobos y Deimos son deyecciones. Y éstos sólo fueron los impactos más grandes. Rocas más pequeñas caían a diario, de modo que las superficies más viejas de Marte están saturadas de cráteres, siendo el paisaje un palimpsesto de anillos más recientes que ocultan otros anteriores, sin que haya quedado intacto ningún trozo de tierra. Y cada uno de esos impactos liberó

explosiones de calor que fundieron la roca; los elementos escaparon y fueron proyectados como gases calientes, líquidos y minerales nuevos. Esto y la liberación de los gases del núcleo produjeron una atmósfera y muchísima agua; hubo nubes, tormentas, lluvia y nieve, glaciares, corrientes, ríos, lagos, todos erosionando la superficie, dejando inequívocas huellas: canales de inundación, lechos de ríos, líneas de costa, jeroglíficos hidrológicos.

Pero todo eso pasó. El planeta era demasiado pequeño, estaba demasiado lejos del Sol. La atmósfera se congeló y cayó. El dióxido de carbono se sublimó y formó una atmósfera nueva y tenue, mientras que el oxigeno se unió a la roca y la enrojeció. El agua se congeló, y a lo largo de las edades se filtró a través de los kilómetros de roca quebrada por los meteoritos. Con el tiempo, ese estrato de regolito se impregnó de hielo, y las capas calientes mas profundas alcanzaron a derretirlo; de modo que hubo mares subterráneos en Marte. El agua siempre fluye cuesta abajo, así que esos acuíferos migraron descendiendo, filtrándose despacio, hasta que se estancaron en algún obstáculo: una nervadura de roca o una barrera de tierra congelada. Algunas veces había fuertes presiones artesianas en esos diques; y algunas veces impactaba un meteorito, o aparecía un volcán, y el dique estallaba con violencia y vomitaba sobre el paisaje todo un mar subterráneo en torrentes enormes, torrentes diez mil veces superiores al caudal del Mississippi. Sin embargo, con el tiempo el agua en la superficie se congelaba y se sublimaba, alejándose en los vientos incesantes y secos, y caía sobre los polos en un manto de niebla invernal. Los casquetes polares se engrosaron, y el peso empujó el hielo bajo tierra, hasta que el hielo visible sólo fue la punta de dos lentes de permafrost subterráneo que cubrían el mundo, lentes primero diez y luego cien veces el volumen visible de los etes. Mientras en el ecuador se llenaban nuevos acuíferos debido a la condensación de los gases del núcleo. Y algunos de los viejos acuíferos se estaban llenando otra vez.

Y así, el más lento de los ciclos se aproximó a su segunda vuelta, pero a medida que el planeta se iba enfriando, todo fue sucediendo más y mas lentamente, en un prolongado ritardando, como un reloj que se va quedando sin cuerda. Pero el cambio nunca se detiene: los vientos incesantes tallaron el suelo, con un polvo cada vez más fino; y las excentricidades de la órbita de Marte hicieron que el hemisferio norte y el hemisferio sur intercambiaran los inviernos fríos y cálidos en un ciclo de 51.000 años, de modo que el casquete de hielo seco y el de hielo de agua, cambiaban de polo. Cada oscilación de ese péndulo echaba los cimientos de otro estrato de arena, y las depresiones de las nuevas dunas atravesaron los viejos estratos hasta que la arena que rodeaba los polos quedó dispuesta en líneas punteadas que se entrecruzaban, en diseños geométricos, como las pinturas de arena de los navajos, que envolvían toda la superficie del mundo.

Las arenas de colores formando dibujos, los muros estriados y festoneados de los cañones, los volcanes elevándose hasta el cielo, los cascotes de roca del terreno caótico, la infinidad de cráteres, emblemas anulares de los orígenes del planeta... Hermosos, o más que eso: parcos, austeros, desnudos, silenciosos, estoicos, rocosos, inmutables. Sublimes. El lenguaje visible de la existencia mineral de la naturaleza.

Mineral; no animal, ni vegetal, ni viral. Podría haber ocurrido, pero no. Nunca apareció una generación espontánea en el baño o en los calientes manantiales sulfúricos; ninguna espora cayó del espacio, no hubo ningún toque divino; sea lo que sea lo que inicia la vida (pues no sabemos qué es), no tuvo lugar en Marte. Marte giró, prueba de la variedad del mundo, de su vitalidad rocosa.

Y entonces, un dia...

Pisó el suelo con pie firme, sin dificultad, bajo una g casi familiar después de nueve meses en el *Ares;* y el peso del traje hacía que no fuera muy diferente a caminar en la Tierra, por lo que podía recordar. El cielo era de color rosa, surcado de tonalidades de tostado arenoso, un color más rico y más sutil que cualquiera de los que había visto en las fotografías.

—Miren el cielo —decía Ann—, miren el cielo.

Maya charlaba a cierta distancia, mientras Sax y Vlad giraban como estatuas rotatorias. Nadejda Francine Cherneshevski dio unos pasos más y sintió como la superficie crujía bajo sus pies. Era una capa de arena endurecida por la sal, de un par de centímetros de espesor, que se resquebrajaba cuando se caminaba sobre ella; los geólogos la llamaban costradura o caliche. Unos pequeños sistemas de hendiduras radiales rodearon las huellas de las botas.

Se había apartado del vehículo de descenso. El suelo era de un naranja herrumbroso oscuro y estaba cubierto por un mantillo regular de rocas del mismo color, aunque en algunas había matices de rojo, negro o amarillo. Hacia el este advirtió numerosos vehículos de desembarque, todos de diferentes formas y tamaños, los más lejanos recortándose en el horizonte oriental. Todos estaban recubiertos de una costra del mismo rojo anaranjado del suelo: era una escena extraña, estremecedora, como si hubieran encontrado por casualidad un puerto espacial alienígena largo tiempo abandonado. Dentro de un millón de años, algunas zonas de Baikonur tendrían este aspecto.

Se encaminó hacia uno de los vehículos de desembarco más cercanos, un contenedor de carga del tamaño de una casa pequeña posado sobre la estructura esquelética de los cohetes de cuatro patas. Daba la impresión de que llevaba allí décadas. El sol estaba alto, demasiado brillante para mirarlo incluso a través del visor del casco. Era difícil saberlo a causa de la polarización y de los otros filtros, pero le pareció que la luz del día se parecía a la de la Tierra, hasta donde era capaz de recordar. Un luminoso día de invierno.

Miró de nuevo alrededor. Se encontraban en una planicie ligeramente irregular, cubierta de pequeñas piedras de bordes afilados, todas medio enterradas en el polvo. Detrás, hacia el oeste, una pequeña colina de cumbre plana se recortaba en el horizonte. Quizá fuera el borde de un cráter, era difícil decirlo. Ann ya había recorrido la mitad del camino y sin embargo la figura aún parecía bastante grande; el horizonte estaba demasiado cerca, y Nadia se detuvo a anotarlo, sospechando quizá que pronto se acostumbraría y nunca más le llamaría la atención. Pero en ese momento vio con claridad que ese horizonte extrañamente próximo no era terrestre. Se encontraban en un planeta más pequeño.

Trató de recordar la gravedad de la Tierra. Había caminado por el bosque, por la tundra, sobre el hielo del río en invierno... y ahora: un paso, otro paso. El terreno era llano, pero había que abrirse camino entre los montones de rocas; no había ningún sitio en la Tierra que ella conociera donde las piedras estuvieran distribuidas con tanta abundancia y regularidad. ¡Da un salto!, se dijo. Lo hizo, y rió; aun con el traje puesto se notaba más ligera. ¡Era tan fuerte como siempre, pero sólo pesaba treinta kilos! Y los cuarenta kilos del traje... bueno, la desequilibraban un poco, eso era cierto. Hacía que se sintiese como si se hubiese quedado hueca. Eso era, su centro de gravedad había desaparecido, el peso se le había desplazado a la piel, hacia el exterior de los músculos más que al interior. Ése era el efecto del traje, por supuesto. Dentro de los habitats sería lo mismo que en el *Ares.* Pero ahí en el exterior, con un traje, era la mujer hueca. Con la ayuda de esa imagen de pronto pudo moverse con más facilidad, brincar por encima de una roca, bajar y dar una voltereta, ¡bailar! Simplemente, salta en el aire, baila, apóyate

en esa roca plana... cuidado...

Trastabilló y cayó sobre una rodilla y las dos manos. Los guantes se le hundieron en la costradura. Parecía una capa de arena de playa aterronada, sólo que más dura y quebradiza. Como barro endurecido. ¡Y frío! Los guantes no recibían tanto calor como las suelas de las botas, y el aislamiento no era suficiente cuando tocaba el suelo. ¡Uau, era como tocar hielo con los dedos desnudos! Recordó que estaban a unos 215 grados Kelvin, o 90 grados centígrados bajo cero; más frío que en la Antártida o que en los peores inviernos de Siberia. Tenía las puntas de los dedos entumecidas. Necesitarían guantes mejores para poder trabajar, guantes equipados con calefacción, como las suelas de las botas. Eso los haría más gruesos y menos flexibles. Tendría que volver a ejercitar los músculos de los dedos.

Había estado riéndose. Se levantó y caminó hacia otro de los cargamentos, tarareando *Royal Carden Blues.* Trepó por la pata del vehículo más próximo y quitó la costra de polvo; el distintivo apareció en el costado del gran embalaje de metal. Un bulldozer John Deere/Volvo Marciano, alimentado con hidrazina, térmicamente aislado, semiautónomo, completamente programable. Accesorios y repuestos incluidos.

Sintió que la cara se le distendía en una amplia sonrisa.

Retroexcavadoras, cargadoras frontales, bulldozers, tractores, niveladoras, camiones basculantes, materiales de construcción y de todo tipo; extractores de aire para filtrar y recoger productos químicos de la atmósfera; pequeñas factorías para convertir esos productos en otros; más factorías para combinarlos; un economato entero, todo lo que iban a necesitar, todo a mano en la multitud de embalajes diseminados por la planicie. Empezó a brincar de un vehículo de transporte al siguiente, haciendo inventario. Era indudable que algunos habían chocado violentamente contra el suelo; otros tenían las patas de araña hundidas, o los cascos agrietados, uno incluso se había aplastado contra una pila de cajas también aplastadas, medio enterradas en el polvo; pero esto implicaba otro tipo de oportunidades, el juego de recuperar y reparar,

¡uno de sus favoritos! Se rió en voz alta, un poco mareada, y advirtió entonces un parpadeo en la luz del comunicador de muñeca; cambió a la frecuencia común y se sobresaltó al oír que Maya, Vlad y Sax hablaban al mismo tiempo: «¿Dónde está Ann? ¡Que las mujeres regresen aquí! ¡Eh, Nadia, ven a ayudarnos con este maldito habitat, ni siquiera podemos abrir la puerta!».

Se rió.

Los habitats estaban diseminados como todo lo demás, pero ellos habían descendido cerca de uno que habían activado desde la órbita unos días antes, después de un chequeo completo. Desgraciadamente, la puerta de la antecámara exterior no se pudo incluir en la comprobación, y estaba atascada. Nadia se puso a trabajar en ella, sonriendo; era curioso ver lo que parecía ser una casa remolque abandonada luciendo la puerta de antecámara de una estación espacial. Sólo le llevó un minuto abrirla; metió el código de apertura al tiempo que tiraba de la puerta. Atascada por el frío, contracción diferencial, quizás. Iban a tener un montón de pequeños problemas de ese tipo.

Luego Vlad y ella entraron en la antecámara, y después en el habitat. Todavía parecía una casa-remolque, pero con accesorios de cocina más modernos. Todas las luces estaban encendidas. La circulación del aire era buena y la temperatura, cálida. El panel de control parecía el de una central nuclear.

Mientras los demás entraban, Nadia recorrió una hilera de pequeñas habitaciones, puerta tras puerta, y de pronto tuvo una sensación extraña: todo parecía fuera de lugar. Las luces estaban encendidas, algunas parpadeaban; y en el

otro extremo del pasillo una puerta oscilaba levemente hacia adelante y atrás sobre sus goznes.

La causa era sin duda la ventilación. Y el impacto del habitat contra el suelo probablemente había desordenado las cosas. Se libró de esa sensación y regresó para recibir a los otros.

En el tiempo en que todos descendieron y atravesaron la planicie pedregosa (deteniéndose, trastabillando, corriendo, mirando el horizonte, girando despacio, volviendo a caminar), y cuando entraron en los tres habitats operativos y se quitaron los trajes de emergencia y los guardaron e inspeccionaron las cámaras y comieron un poco, hablando de la experiencia todo el tiempo, ya había caído la noche. Siguieron trabajando y hablando, demasiado excitados para dormir; luego durmieron a ratos hasta el amanecer, momento en que se despabilaron, se pusieron los trajes y salieron de nuevo, mirando alrededor, verificando las placas de identificación, probando las máquinas. Por fin se dieron cuenta de que estaban hambrientos y regresaron para tomar una rápida comida... ¡y ya era de noche otra vez!

Y así fue como transcurrió todo durante varios días: un remolino frenético de tiempo que pasaba. Nadia se despertaba con el *bip* de la consola de muñeca y tomaba un desayuno rápido girando por el ventanuco este del habitat. El amanecer teñía el cielo de ricos colores cereza durante unos pocos minutos, antes de cambiar rápidamente, a través de una serie de tonalidades rosadas, al intenso rosa anaranjado del día. Todos dormían en el suelo del habitat, en colchones que durante el día se plegaban contra la pared. Las paredes eran de color beige, teñidas de naranja en el alba. La cocina y el salón eran diminutos, los cuatro lavabos no más grandes que armarios. Ann despertaba a medida que el cuarto se iluminaba e iba a uno de los lavabos. John ya estaba en la cocina, moviéndose en silencio. La vida cotidiana era ahora mucho más pública que en el *Ares,* tanto que algunos no conseguían adaptarse; cada noche Maya se quejaba de que no podía dormir con semejante multitud, pero ahí estaba, con la boca abierta como una niña. En realidad era la última en levantarse, dormitando en medio del ruido y las idas y venidas de las rutinas matinales de los otros.

Entonces el sol rompía en el horizonte y Nadia ya había acabado los cereales con leche (leche en polvo mezclada con agua extraída de la atmósfera, y que sabía realmente a leche), y era hora de meterse en el traje y salir a trabajar.

Los trajes habían sido diseñados para la superficie de Marte y no estaban presurizados como los trajes espaciales; un tejido elástico mantenía el cuerpo más o menos a la presión de la atmósfera terrestre. Esto evitaba la extensión peligrosa de los moretones que aparecerían en la piel si estuviese expuesta a la tenue atmósfera de Marte, pero daba al portador una libertad de movimiento que no hubiera sido posible con un traje espacial presurizado. Esos trajes también tenían la muy importante ventaja de ser operativos durante los fallos; sólo el casco duro era hermético, de modo que sí uno se hacía un agujero en la rodilla o en un codo tendría un trozo de piel severamente amoratado y congelado, pero no se asfixiaría y moriría en cuestión de minutos.

Sin embargo, meterse en uno de esos trajes era todo un ejercicio. Nadia se contoneó para subirse los pantalones por encima de la ropa interior, se enfundó la chaqueta, y cerró la cremallera de las dos secciones del traje. Después se calzó unas grandes botas térmicas y unió las anillas superiores a las de los tobillos; se puso los guantes y unió las anillas a las de las muñecas; se puso un casco duro corriente y lo sujetó a la anilla del cuello del traje; luego se acomodó un tanque de aire a la espalda y conectó los tubos de respiración al casco. Respiró hondo varias veces, sintiendo el frío oxígeno-nitrógeno en el rostro. La consola de la muñeca le indicó que todos los sellos eran correctos, y siguió a John y a Samantha a la

antecámara. Cerraron la puerta interior; el aire fue succionado de vuelta a los contenedores, y John abrió la puerta de fuera. Salieron.

Cada mañana era emocionante salir a la planicie rocosa; el primer sol proyectaba largas sombras negras hacia el oeste, revelando con nitidez las lomas y hondonadas. Por lo habitual soplaba viento del sur, y el polvo suelto se deslizaba por el suelo en una corriente sinuosa, de modo que a veces las rocas parecían reptar lentamente. Incluso los más fuertes de esos vientos eran apenas perceptibles contra la mano extendida, aunque aún no habían conocido ninguna tormenta de viento; a quinientos kilómetros por hora tenían la certeza de que sentirían algo. A veinte, casi nada.

Nadia y Samantha se alejaron y treparon a uno de los pequeños rovers ya desembalados. Nadia lo condujo por la planicie hasta un tractor que habían encontrado el día anterior a casi un kilómetro en dirección oeste. El frío de la mañana penetraba en su traje siguiendo la estructura del diamante, como resultado de la disposición en X de los filamentos térmicos. Una sensación extraña, pero a menudo había pasado más frío en Siberia.

Llegaron junto al gran transbordador y se apearon. Nadia recogió un taladro con una broca destornilladora y se puso a desmantelar el embalaje superior del vehículo. El tractor que había dentro era un Mercedes Benz. Metió la broca en la cabeza de un tornillo, apretó el gatillo del taladro, y observó cómo el tornillo giraba y salía. Lo sacó y se ocupó del siguiente, sonriendo. En su juventud había trabajado muchas veces con un frío semejante, las manos blancas entumecidas y cortadas, y había librado batallas titánicas para sacar tornillos congelados... pero aquí bastaba un *ziiip,* y otro que salía. Y en realidad con el traje estaba más caliente que en Siberia, y con más libertad que en el espacio, ya que no era más apretado que un traje de submarinista delgado y rígido. Había rocas rojas diseminadas por doquier con aquella misteriosa regularidad; las voces parloteaban en la frecuencia común: "¡Eh, encontré esos paneles solares!» «¿Crees que eso importa? Yo acabo de encontrar el maldito *reactor nuclear.»* Sí, era una mañana estupenda en Marte.

Las tablas del embalaje sirvieron de rampa para sacar el tractor. No parecían demasiado sólidas, pero la cuestión era de nuevo la gravedad. Nadia había encendido el sistema de calefacción del tractor, y metiéndose en la cabina, tecleó una orden en el piloto automático, pensando que sería mejor dejar que el aparato descendiera la rampa por sí solo. Mientras, Samantha y ella observaban a un lado, por si la rampa no resistía el frío, o por si era inestable. Aún le resultaba difícil pensar en términos de *g* marciana, confiar en los diseños que la tomaban en cuenta. ¡La rampa parecía demasiado endeble!

Pero el tractor descendió sin incidentes, y se detuvo en el suelo, ocho metros de largo, azul añil, con altas ruedas de tela metálica. Para llegar a la cabina tuvieron que subir por una escalerilla corta. El brazo de la grúa ya estaba fijado a la montura de la parte delantera, y esto los ayudó a cargar el montacargas en el tractor y luego el apilador de bolsas de arena, las cajas de repuestos y por último las tablas del embalaje. Cuando acabaron, el tractor parecía sobrecargado, y demasiado pesado en la parte de arriba como un órgano de vapor; pero la gravedad hizo que sólo se tratara de una cuestión de equilibrio. El tractor en sí mismo era un bruto de metal, con seiscientos caballos de potencia, una amplia distancia entre los ejes y ruedas grandes como orugas. El motor de hidrazina no aceleraba tan bien como un diesel, pero la primera marcha era como definitiva, del todo inexorable. Partieron y rodaron despacio hacia el parque de remolques... ¡y allí estaba ella, Nadejda Cherneshevski, conduciendo un Mercedes Benz por Marte! Siguió a Samantha sintiéndose como una reina.

Y ésa fue la mañana. De regreso al habitat, se quitaron los cascos y los tanques de aire, y tomaron una comida rápida con el traje y las botas puestas... Con todo ese ir y venir de un lado a otro estaban hambrientas.

Después del almuerzo volvieron a salir con el Mercedes Benz y lo usaron para transportar un extractor de aire Boeing a una zona al este de los hábitats, donde iban a concentrar todas las factorías. Los extractores de aire eran cilindros grandes de metal, que se parecían un poco al fuselaje del 737 excepto que tenían ocho imponentes baterías de aterrizaje, cohetes de descenso sujetos verticalmente a los lados, y dos motores de reacción montados por encima del fuselaje a proa y popa. Cinco de esos extractores habían sido soltados en la zona hacía unos dos años. Desde ese momento, los motores de reacción habían estado succionando el aire tenue y pasándolo a la fuerza por una secuencia de mecanismos de separación, dividiéndolo en los gases que lo componían. Éstos habían sido comprimidos y almacenados en tanques grandes. Así que cada uno de los Boeing contenía 5.000 litros de hielo de agua, 3.000 litros de oxígeno líquido, 3.000 litros de nitrógeno líquido, 500 litros de argón y 400 litros de dióxido de carbono.

No era tarea fácil remolcar esos gigantes a través de las piedras hasta los grandes tanques contenedores próximos a los hábitats, pero tenían que hacerlo, ya que después de vaciarlos en los contenedores podían volver a activarse. Justo esa tarde otro grupo había vaciado uno y habían vuelto a activarlo, y el zumbido bajo de los motores de reacción podía oírse por doquier, aun con el casco o dentro de un habitat.

El extractor de Nadia y Samantha fue más terco. En toda la tarde sólo consiguieron moverlo cien metros, y tuvieron que recurrir al accesorio del bulldozer para que les arañara un camino. Poco antes de la puesta de sol atravesaron la antecámara y entraron en el habitat, sintiendo las manos frías y doloridas. Se desnudaron, y vestidas sólo con la ropa interior apelmazada por el polvo, fueron directamente a la cocina,

una vez más famélicas; Vlad estimaba que cada uno estaba quemando unas 6.000 calorías diarias. Cocinaron y engulleron pasta rehidratada, casi escaldándose los dedos parcialmente descongelados al tocar las bandejas. Terminaron de comer, fueron al vestuario de las mujeres y sólo entonces empezaron a tratar de limpiarse, lavándose con una esponja y agua caliente y enfundándose en monos limpios. «Va a resultar difícil mantener la ropa limpia, este polvo se mete hasta por los cierres de las muñecas, y las cremalleras de la cintura son como agujeros abiertos.»

«¡Sí, ese polvo está micronizado! Nos va a dar más problemas que la ropa sucia, te lo aseguro. Va a meterse en *todo,* en nuestros pulmones, en nuestra sangre, en nuestros cerebros...»

«Así es la vida en Marte.» Éste era ya un refrán popular que se decía cada vez que se presentaba un problema, en especial cuando era insoluble.

Algunos días aún quedaban después de la cena un par de horas de luz solar, y Nadia, inquieta, a veces salía al exterior. A menudo pasaba ese rato vagando alrededor de los embalajes que habían sido trasladados a la base ese día, y con el tiempo reunió un juego de herramientas, sintiéndose como una niña en una tienda de caramelos. Años en la industria eléctrica de Siberia habían hecho que reverenciase las buenas herramientas; no tenerlas era una pesadilla. Todo en Yakut norte había sido construido sobre permafrost, y las plataformas se hundían desigualmente en verano, y quedaban enterradas en hielo en invierno; y las piezas para la construcción habían venido de todo el mundo, la maquinaria pesada de Suiza y Suecia, las perforadoras de Estados Unidos, los reactores de Ucrania, más un montón de viejo material soviético recogido de la basura, alguno bueno, otro de una indescriptible mala calidad, pero desde luego un conjunto desigual de partes fabricadas incluso *en pulgadas,* de modo que habían tenido que improvisar de continuo, levantando pozos de petróleo con hielo y cuerdas, construyendo deprisa y activando reactores nucleares que hacían que Chernobil pareciera un reloj suizo. Y el desesperado trabajo de cada día se conseguía con una colección de herramientas que habría hecho llorar a un chapucero.

Ahora podía vagar bajo la menguante luz rubí del crepúsculo, escuchando sus viejos discos de jazz, transmitidos desde el estéreo del habitat a los auriculares del casco, mientras hurgaba en las cajas de suministros y tomaba todas las herramientas que quería. Se las llevaba hasta un cuarto pequeño que había encontrado en uno de los depósitos de almacenaje, silbando todo el tiempo como acompañamiento de la King Oliver's Creóle Jazz Band. Estaba ampliando una colección que incluía, entre otros artículos, un juego de llaves Allen, algunos alicates, un taladro mecánico, varias abrazaderas, algunas sierras para cortar metal, una brazada de cuerdas de salto resistentes al frío, un surtido de limas, escofinas y cepillos de carpintero, un juego de llaves inglesas, un plegador, cinco martillos, algunos hemostáticos, tres gatos hidráulicos, un fuelle, varios juegos de destornilladores, taladros y brocas, un cilindro portátil de gas comprimido, una caja de explosivos plásticos y sus detonadores, una cinta métrica, un cuchillo gigante del ejército suizo, tijeras de hojalata, tenazas, pinzas, tres tornos de banco, un pelacables, cuchillos, un pico, un puñado de mazos, un juego de aprietatuercas, unas abrazaderas para mangueras, un juego de fresadoras de espiga, un juego de destornilladores de joyero, una lupa, todo tipo de cintas, un escariador y una plomada de albañil, un equipo de costura, tijeras, cedazos, un torno, niveles de todos los tamaños, alicates largos, alicates de torno, un juego de matrices y terrajas, tres palas, un compresor, un generador, un equipo de soldar y cortar, una carretilla...

...y así sucesivamente. Y eso sólo era el equipo mecánico, sus herramientas de carpintero. En otros sectores del depósito estaban almacenando equipos de investigación y laboratorio, herramientas de exploración geológica, y un montón de computadoras, radios, telescopios y cámaras de vídeo; y el equipo de biosfera tenía depósitos abarrotados de material para la granja, los recicladores de desperdicios, el mecanismo de intercambio gaseoso, en resumen, toda la infraestructura; y el equipo médico tenía almacenado el material destinado a la clínica, y los laboratorios de investigación e ingeniería genética.

—¿Sabes lo que es esto? —le dijo Nadia a Sax Russell una noche mientras visitaban juntos su almacén—. Es *una ciudad entera,* desmantelada y distribuida en piezas.

—Y una ciudad próspera, además.

—Sí, una ciudad universitaria. Con departamentos de primer orden en diversas disciplinas.

—Pero aún sólo en piezas sueltas.

—Sí. Aunque me gusta bastante así.

La puesta de sol era el momento obligatorio de volver al habitat, y en el crepúsculo ella entraba trastabillando en la antecámara, y tomaba otra cena frugal y fría sentada en la cama, escuchando la charla a su alrededor. En su mayor parte se refería al trabajo del día y la distribución de las tareas para el día siguiente. Se suponía que eran Frank y Maya quienes la preparaban, pero de hecho sucedía de un modo espontáneo, en una especie de sistema de cambalache. Hiroko era particularmente buena en esa actividad, lo cual resultaba sorprendente dado lo reservada que había sido durante todo el viaje; pero ahora que necesitaba ayuda, se pasaba la mayor parte de las noches yendo de persona en persona, tan perseverante y persuasiva que por lo general tenía a su disposición un equipo considerable trabajando en la granja todas las mañanas. Nadia no era capaz de comprenderlo; tenían a mano cinco años de comida deshidratada y enlatada, un alimento que a ella le parecía perfecto, porque casi siempre había comido peor y ya no prestaba atención a la comida; bien podía haber estado comiendo heno o repostando como uno de los tractores. Pero necesitaban la granja para cultivar bambú, que Nadia quería usar como material de construcción en el habitat permanente que esperaba edificar muy pronto. Todo se interrelacionaba; todas las

tareas se entremezclaban, eran complementarias. De modo que cuando Hiroko se dejó caer a su lado, dijo:

—Sí, sí, estaré allí a las ocho. Pero no puedes construir la granja permanente hasta que no se haya construido el habitat base. Por tanto, mañana tendrías que ayudarme tú a mí.

—No, no —dijo Hiroko riéndose—. Esperaremos a pasado mañana,

¿de acuerdo?

La principal competencia de Hiroko en busca de mano de obra venía de Sax Russell y su gente, que trabajaban para poner en funcionamiento todas las factorías. Vlad y Úrsula y el grupo de biomedicina también estaban ansiosos por instalar sus laboratorios. Esos tres equipos parecían dispuestos a vivir en el parque de remolques por un tiempo indefinido, siempre y cuando sus propios proyectos progresaran; por suerte había un montón de gente que no estaba tan obsesionada con su trabajo, gente como Maya y John y el resto de los cosmonautas, que tenían interés en mudarse a una residencia más grande y mejor protegida tan pronto como fuera posible. Así que ellos ayudarían en el proyecto de Nadia.

Cuando terminó de comer, llevó la bandeja a la cocina y la limpió con un pequeño estropajo; luego fue a sentarse junto a Ann Clayborne y Simón Frazier y el resto de los geólogos. Ann parecía casi dormida; pasaba las mañanas haciendo largos viajes en rover y a pie, y después trabajaba duramente en la base toda la tarde, tratando de compensar sus excursiones. A Nadia le parecía extrañamente tensa, menos feliz de estar en Marte de lo que se habría podido esperar. Parecía reacia a trabajar en las factorías, o para Hiroko; en verdad casi siempre iba a trabajar para Nadia. Como Nadia sólo intentaba construir viviendas, podía decirse que tenía un impacto menor en el planeta que los equipos más ambiciosos. Quizá fuera por eso, quizá no; Ann no lo decía. Era una mujer difícil, taciturna... no al estilo estrafalario y ruso de Maya, sino de un modo más sutil, y de un registro más sombrío, pensó Nadia. Tenía un algo de Bessie Smith.

Alrededor de ellos la gente recogía los restos de la cena y hablaba, repasaba instrucciones y hablaba, se arracimaba en torno a terminales de ordenador y hablaba, lavaba la ropa y hablaba, hasta que todos se acostaban, hablando en un tono cada vez más bajo, y se quedaban dormidos.

—Es como el primer segundo del universo —observó Sax Russell, frotándose la cara con gesto cansado—. Todos amontonados juntos y sin ninguna forma. Sólo un puñado de partículas calientes que corren de un lado para otro.

Y eso sólo era un día; y así es como transcurrían todos los días, día tras día tras día. Ningún cambio de tiempo que pudiera mencionarse, excepto un ocasional jirón de nube, o una tarde un poco más ventosa. Los días se sucedían siempre iguales. Todo tomaba demasiado tiempo. Sólo meterse en los trajes y salir de los habitats era una proeza, y luego había que calentar todo el equipo; y aunque se había construido según unos estándares uniformes, procedían de distintos países, y las desigualdades de tamaño y función eran inevitables. Y el polvo («¡No lo llames polvo!», se quejaba Ann. «¡Es como llamar grava al polvo! ¡Llámalo arena, es arena menuda!») se metía en todas partes y el trabajo físico bajo el frío penetrante era agotador, de modo que iban más despacio de lo que habían pensado, y comenzaron a coleccionar un buen número de heridas menores. Y, por último, había una cantidad asombrosa de cosas por hacer, algunas de las cuales nunca se les habían ocurrido. Por ejemplo, tardaron casi un mes (habían previsto diez días) en abrir todos los embalajes, verificar el contenido, trasladarlo a los depósitos apropiados... y llegar al punto en el que de verdad podían empezar a trabajar.

Después de eso, empezaron a construir con seriedad. Y ahí es donde Nadia entraba en terreno propio. No había tenido nada que hacer en el *Ares,* para ella había sido una especie de hibernación. Pero tenía la habilidad de saber construir cosas, un talento entrenado en la amarga escuela de Siberia. En poco tiempo se convirtió en la principal reparadora de la colonia, el solvente universal, como la llamaba John. Había ayudado en casi todos los trabajos que tenían entre manos, y el andar todo el día por ahí contestando preguntas y dando consejos, floreció en una especie de paraíso intemporal de tareas. ¡Había tanto que hacer! ¡Tanto! Cada noche en las sesiones de planificación la astucia de Hiroko se ponía en marcha, y la granja creció: tres filas paralelas de invernaderos, que se parecían a los invernaderos comerciales terranos, salvo que eran más pequeños y de muros muy gruesos, para evitar que explotaran como globos de fiesta. Incluso con presiones interiores de sólo 300 milibares, que apenas eran aptas para el cultivo, la diferencia con el exterior era drástica; un sello mal hecho o un punto débil, y todo volaría en pedazos. Pero Nadia era particularmente buena para sellar en climas fríos, y por ello una aterrorizada Hiroko la llamaba cada dos por tres.

Luego estaban los materiales reclamados por los científicos para las factorías, y el equipo que montaba el reactor quería que ella supervisase cada paso que daban; temían cometer algún error, y los mensajes por radio de Arkadi desde Fobos, insistiendo en que no necesitaban una tecnología tan peligrosa y en que podrían obtener toda la energía que les hiciera falta por generación eólica, no alcanzaban a tranquilizarlos. Phyllis y él tuvieron discusiones amargas sobre este asunto. Fue Hiroko quien acabó con la polémica de Arkadi, citando un refrán popular japonés: *Shikata ga nai,* que significaba *no hay elección.* Los molinos de viento podrían haber generado suficiente energía, tal como mantenía Arkadi, pero no tenían molinos de viento. En cambio les habían suministrado un reactor nuclear Rickover, construido por la Marina de Estados Unidos y que era una obra de arte; y nadie quería esforzarse en crear un sistema de energía eólica, tenían demasiada prisa. *Shikata ga nai.* Pronto se convirtió en una máxima muy repetida.

Y así cada mañana el equipo de construcción de Chernobil (nombre dado por Arkadi, naturalmente) le suplicaba a Nadia que fuera con ellos para supervisarlos. Los habían exiliado lejos, al este del asentamiento,

por lo que tenía sentido quedarse con ellos todo un día. Pero entonces el equipo médico la llamó para que ayudase en la construcción de una clínica con algunos laboratorios, usando algunos embalajes de carga desechados que estaban convirtiendo en refugios. Y en vez de quedarse en Chernobil, regresaba al mediodía para comer y después ayudaba al equipo médico. Todas las noches se dormía exhausta.

Algunas noches antes de desplomarse, mantenía largas conversaciones con Arkadi, arriba en Fobos. El equipo de Arkadi estaba teniendo problemas con la microgravedad de la Luna, y también él quería que ella lo aconsejara.

—¡Si pudiéramos conseguir un poco de *g* sólo para vivir, para dormir! —dijo Arkadi.

—Construye una vía férrea circular alrededor de la superficie — sugirió Nadia, adormilada—. Transforma un tanque del *Ares* en un tren y que recorra la vía. Sube a bordo y hazlo correr. Obtendrás un poco de *g* junto al techo.

Estática; luego, el cloqueo salvaje de la risa de Arkadi:

—¡Nadejda Francine, te amo, te amo!

—Amas la gravedad.

Con todas esas continuas consultas, la construcción del habitat permanente iba muy despacio. Una vez a la semana se subía a la cabina abierta del Mercedes y avanzaba con estrépito por el terreno desgarrado hasta el final de la zanja que había comenzado a cavar. En ese punto tenía diez metros de ancho, cincuenta de

largo y cuatro de profundidad, que era toda la profundidad que ella deseaba. El fondo de la zanja era igual que la superficie: arcilla, arena, rocas de todos los tamaños. regolito. Mientras trabajaba con el bulldozer, los geólogos entraban de un salto en el agujero y salían con muestras y mirando alrededor, incluso a Ann, a quien no le gustaba el modo en que estaban destrozando el suelo, pero el geólogo que fuera capaz de mantenerse lejos de una tierra abierta no había nacido aún. Nadia trabajaba y escuchaba en la radio las conversaciones. Era probable que el regolito continuara hasta el mismo lecho rocoso, lo cual era una pena; el regolito no era la idea que tenía Nadia de un buen terreno. Por lo menos su contenido de agua era bajo, menos de un diez por ciento, lo que significaba que el suelo no se hundiría, una de las pesadillas constantes de la construcción siberiana.

Cuando hubiera abierto el regolito, iba a poner unos cimientos de cemento Portland, el mejor material de que disponían. Si la capa no alcanzaba los dos metros de espesor, se resquebrajaría, pero *shikata ga nai.* Los dos metros bastarían como aislamiento. Pero tendría que calentar la pasta y encofrarla para que fraguara; no lo haría por debajo de los 13 grados centígrados, de modo que necesitaría algo que proporcionara calor... Despacio, despacio, todo iba despacio.

Avanzó con el bulldozer a lo largo de la zanja, y la pala mordió el terreno y se sacudió. Luego el peso del aparato se impuso, y la pala atravesó el regolito y siguió excavando.

—Qué bestia —le dijo Nadia con cariño al vehículo.

—Nadia está enamorada de un bulldozer —dijo Maya por la frecuencia común.

Por lo menos yo sé de quién estoy enamorada, articuló Nadia en silencio. Había pasado muchas de las noches de la semana anterior en el almacén de herramientas, escuchando a Maya parlotear sobre sus problemas con John, que si en la mayoría de los casos en realidad se llevaba mejor con Frank, que si era incapaz de decidir qué sentía, y ahora estaba segura de que Frank la odiaba, etc, etc, etc. Mientras limpiaba herramientas, Nadia no había dejado de repetir *Da, da, da,* tratando de ocultar su falta de interés. La verdad era que estaba cansada de los problemas de Maya, y habría preferido hablar de materiales de construcción o de casi cualquier otra cosa.

Una llamada del equipo de Chernobil interrumpió el trabajo de excavación.

—Nadia, ¿cómo podemos conseguir que un cemento de este espesor se fragüe con este frío?

—Calentándolo.

—¡Ya lo hacemos!

—Calentándolo más.

—¡Oh!

Casi habían acabado allí, juzgó Nadia; el Rickover había sido preensamblado en su mayor parte, era cuestión de soldar las piezas, empotrar el tanque, llenar las tuberías de agua (lo que redujo el suministro casi a cero), tender los cables eléctricos, rodearlo con pilas de sacos de arena e introducir las varillas de control. Entonces, dispondrían de 300 kilovatios, lo que pondría fin a las discusiones nocturnas sobre quién recibiría la mayor parte de la energía al día siguiente.

Recibió una llamada de Sax. Uno de los procesadores Sabatier se había atascado y no podían quitarle la carcasa. Así que Nadia les dejó la excavación a John y a Maya y tomó un rover para ir al complejo de las factorías y echar un vistazo.

—Voy a ver a los alquimistas —dijo.

—¿Te has dado cuenta de cómo esta maquinaria refleja el carácter de la

industria constructora? —le comentó Sax cuando llegó y se puso a trabajar en el Sabatier—. Si la construyeron compañías automovilísticas, es de baja potencia pero segura. Si la construyó la industria aeroespacial, tiene demasiada potencia pero se estropea dos veces al día.

—Y los productos hechos entre compañías asociadas tienen un diseño horroroso —dijo Nadia.

—Correcto.

—Y el equipo químico es poco activo —añadió Spencer Jackson.— Vaya si lo es. En especial con este polvo.

Los extractores de aire Boeing habían sido sólo el comienzo del complejo industrial; los gases se introducían en remolques grandes y cuadrados y luego eran comprimidos, dilatados, transformados y recombinados, mediante operaciones de ingeniería química como la deshumidificación, la licuefacción, la destilación fraccional, la electrólisis,

la electrosíntesis, el proceso Sabatier, el proceso Raschig, el proceso Oswald... Poco a poco elaboraron productos químicos más y más complejos, que pasaban de una factoría a la siguiente a través de un laberinto de estructuras que parecían casas ambulantes atrapadas en una red de depósitos, tuberías, tubos y cables con códigos de colores.

En ese momento el producto favorito de Spencer era el magnesio, que abundaba; dijo que estaban extrayendo veinticinco kilos de cada metro cúbico de regolito, y era tan ligero en la *g* marciana que una barra grande de magnesio no pesaba más que una pieza de plástico.

—Es demasiado quebradizo cuando es puro —dijo Spencer—, pero si lo aleásemos tendríamos un metal *muy* ligero y resistente.

—Acero marciano —dijo Nadia.

—Mejor que eso.

Así pues, alquimia; pero con máquinas melindrosas. Nadia descubrió el problema en el Sabatier y se puso a trabajar en la reparación de una bomba neumática estropeada. Asombraba ver la cantidad de bombas que había, a veces no parecía otra cosa que una colección de bombas combinadas sin orden ni concierto, y por naturaleza tendían a atascarse con la arena y a estropearse.

Dos horas después el Sabatier estaba arreglado. Mientras regresaba al parque de remolques, Nadia echó una ojeada al interior del primer invernadero. Las plantas ya estaban floreciendo, las nuevas cosechas asomaban en los bancales de tierra negra. El verde brillaba con intensidad entre los rojos; era un placer mirarlo. Le habían dicho que el bambú crecía varios centímetros al día, y la cosecha ya tenía casi cinco metros de altura. Era fácil ver que iban a necesitar más tierra. Los alquimistas estaban utilizando el nitrógeno de los Boeing para sintetizar fertilizantes de amoníaco; Hiroko los necesitaba porque el regolito era una pesadilla agrícola, increíblemente salado, fulminante por su contenido de Peróxidos, extremadamente árido y totalmente desprovisto de biomasa. Iban a tener que fabricar tierra tal como habían fabricado las barras de magnesio.

Nadia entró en el habitat del parque de remolques y almorzó de pie. Luego volvió al emplazamiento del habitat permanente. Ya casi habían nivelado el suelo de la zanja durante su ausencia. Se plantó en el borde del agujero y lo miró. Iban a construir sobre un diseño que le gustaba mucho, con el que ella había trabajado en la Antártida y en el *Ares:* una hilera sencilla de cámaras abovedadas que compartían paredes adyacentes. Al meterlas en el surco, al principio las cámaras estarían medio enterradas; luego, una vez que se terminasen, quedarían cubiertas por una capa de diez metros de sacos de regolito que detendrían la radiación; planeaban presurizar a 450 milibares y evitar así que los edificios explotaran. Lo

único que necesitaban para los exteriores eran materiales disponibles, básicamente cemento Portland y ladrillos, con un revestimiento de plástico en algunos sitios para garantizar el sellado.

Desgraciadamente, los hombres de los ladrillos tenían algunos problemas, por lo que llamaron a Nadia. La paciencia de ésta se estaba agotando, y gruñó:

—¿Hicimos todo el viaje a Marte y no pueden fabricar ladrillos?

—No es que no podamos fabricarlos —dijo Gene—. Lo que pasa es que no me gustan. —La factoría de ladrillos mezclaba arcillas y sulfuro extraídos del regolito. y ese preparado se vertía en moldes de ladrillos y se cocían hasta que el sulfuro comenzaba a polimerizarse, y luego, mientras los ladrillos se enfriaban, se los comprimía ligeramente en otra sección de la maquina. Los ladrillos rojo negruzcos resultantes tenían una fuerza tensora que técnicamente era adecuada para las bóvedas de los cañones, pero Gene no estaba satisfecho.— No podemos correr el riesgo de tener techos demasiado pesados sobre nuestras cabezas. No podemos conformarnos con valores mínimos. ¿Qué pasa si apilamos demasiados sacos de arena, o si se produce un pequeño aremoto? No me gusta.

Después de pensarlo un rato, Nadia dijo:

—Añadan nailon.

—¿Qué?

—Busquen los paracaídas con que soltaron los cargamentos, y córtenlos en tiras muy finas, luego añadan la arcilla. Eso reforzará la fuerza tensora.

—Muy cierto —dijo Gene después de una pausa—. ¡Buena idea!

¿Crees que podremos localizarlos?

—Tienen que estar en alguna parte al este de aquí.

Así que por fin habían encontrado un trabajo para los geólogos que ayudaba a los constructores. Ann y Simón, Phyllis, Sasha e Igor fueron en unos rovers de larga distancia hasta el otro lado del horizonte al este de la base, buscando y reconociendo el terreno mucho más allá de Chernobil; durante la siguiente semana dieron casi con cuarenta paracaídas. En cada uno había cientos de kilos de nailon útil.

Un día regresaron entusiasmados después de haber llegado hasta Ganges Caleña, un grupo de pozos en la planicie a cien kilómetros al sudeste.

—Fue algo extraño —dijo Igor—, porque no puedes verlos hasta último momento, y entonces son como embudos enormes, de unos diez kilómetros de ancho y unos dos de profundidad, ocho o nueve en fila, cada uno más pequeño y menos profundo. Fantástico. Probablemente sean termokarsts, aunque tan grandes que cuesta creerlo.

—Es agradable ver a semejante distancia —dijo Sasha—, después de vivir con un horizonte tan próximo.

—Son termokarsts —afirmó Ann.

Pero habían perforado sin encontrar agua. Ya empezaba a ser una preocupación; no habían localizado ni una gota de agua, por mucho que hubieran buscado. Eso los obligaba a depender de los extractores de aire. Nadia se encogió de hombros. Los extractores de aire eran bastante fuertes. Ella tenía que pensar ante todo en las cámaras subterráneas. Los nuevos ladrillos mejorados empezaban a salir, y habían puesto en marcha a los robots para que construyeran las paredes y los techos. La factoría de ladrillos llenaba pequeños vagones robot, que avanzaban como rovers de juguete a través de la planicie hasta las grúas en el emplazamiento; éstas sacaban los ladrillos uno a uno y los ponían sobre el mortero frío extendido por otro equipo de robots. El sistema funcionaba tan bien que pronto se convirtió

en producción de ladrillos. Nadia se habría sentido complacida si hubiera tenido más fe en los robots. Parecían ir bien, pero sus experiencias en los años en la *Novy Mir* la habían vuelto precavida. Eran fantásticos si todo marchaba a la perfección, pero nunca nada salía a la perfección, y resultaba difícil programarlos; los algoritmos de decisión los hacían titubear, hasta el punto de que se detenían a cada momento, y a veces eran tan independientes que llegaban a actuar con una increíble estupidez, repitiendo un error mil veces y aumentando una pequeña equivocación hasta convertirla en una pifia gigantesca, como sucedía en la vida emocional de Maya. Obtenías lo que introducías en los robots, pero hasta los mejores eran idiotas absolutos.

Una noche Maya la importunó en el almacén de herramientas y le pidió que pasara a una frecuencia privada.

—Michel es un inútil —se quejó—. Me siento realmente mal y él sólo me mira como si quisiera lamerme la piel. Tú eres la única persona en que confío, Nadia. Ayer le dije a Frank que creía que John intentaba quitarle autoridad en Houston, pero que no le contara a nadie que yo así lo creía, y justo al día siguiente John me pregunta por qué creía que él estaba amenazando a Frank. ¡No hay nadie que escuche y tenga la boca cerrada!

Nadia asintió, poniendo los ojos en blanco. Por último dijo:

—Lo siento, Maya, tengo que ir a hablar con Hiroko sobre una filtración que no pueden localizar.

Golpeó ligeramente el visor del casco contra el de Maya —a modo de beso en la mejilla—, pasó a la frecuencia común y se retiró. Ya estaba harta. Era mucho más interesante hablar con Hiroko: conversaciones reales sobre problemas reales en el mundo real. Hiroko solicitaba ayuda casi todos los días, y a Nadia eso le gustaba, porque Hiroko era brillante, y desde el descenso parecía evidente que estimaba cada día más las habilidades de Nadia. Un respeto profesional mutuo, gran hacedor de amigos. Y era muy agradable hablar sólo de trabajo. Sellos herméticos, mecanismos de cierre, ingeniería térmica, polarización del vidrio, interfases granja-humanos (la charla de Hiroko siempre estaba unos pasos por delante del juego). Esos temas eran un gran alivio después de todas las conferencias emocionales de Maya, sesiones interminables acerca de quién le gustaba a Maya y quién no le gustaba a Maya, acerca de lo que Maya sentía por esto o aquello, y quién había herido sus sentimientos ese día... ¡Bah! Hiroko nunca parecía una extraña, excepto cuando decía algo que Nadia no sabía cómo interpretar: «Marte nos dirá qué quiere y luego nosotros tendremos que hacerlo». ¿Qué podías responder a algo así? Pero entonces Hiroko esbozaba una amplia sonrisa y se reía ante el encogimiento de hombros de Nadia.

Por la noche abundaban las charlas, vehementes, absorbentes, abiertas. Dmitri y Samantha estaban seguros de que pronto podrían introducir en el regolito microorganismos genéticamente diseñados, que sobrevivirían, pero primero tendrían que obtener la autorización de la UN. A la misma Nadia la idea le parecía alarmante; hacía que la ingeniería química de las factorías pareciera relativamente honesta. Más valía fabricar ladrillos que esos actos de creación peligrosos que proponía Samantha. Aunque los alquimistas también estaban haciendo algunas cosas bastante creativas. Casi a diario regresaban al parque de remolques con muestras de nuevos materiales: ácido sulfúrico, cementos de sorel para el mortero de las cámaras subterráneas, explosivos de nitrato de amonio, combustible de cianamida de calcio para los rovers, caucho de polisulfuro, hiperácidos basados en siliconas, agentes emulsionantes, una selección de probetas que contenían microelementos extraídos de las sales, y lo más nuevo: vidrio transparente. Esto último era un golpe maestro, ya que los intentos anteriores de fabricar vidrio sólo habían producido vidrio negro. Pero el truco había sido quitar el contenido de hierro

a los extractos de silicato, y así una noche se sentaron en el remolque pasando de mano en mano pequeñas láminas ondulantes de vidrio, un vidrio de burbujas e irregularidades, como algo salido del siglo XVII.

Cuando la primera cámara estuvo enterrada y presurizada, Nadia la recorrió por dentro sin el casco, oliendo el aire. Se había presurizado a 450 milibares, igual que los cascos y el parque de remolques, con una mezcla de oxígeno-nitrógeno-argón, y con una temperatura de unos 15 grados centígrados. Era estupendo.

La cámara había sido dividida en dos pisos con un suelo de troncos de bambú empotrados en la pared de ladrillos, a dos metros y medio de altura. Los cilindros segmentados formaban un agradable techo verde, iluminado por unos tubos de neón que colgaban debajo. Junto a una de las paredes había una escalera de magnesio y bambú que conducía a través de un agujero a la planta de arriba. Subió para echar una ojeada. El bambú partido sobre los troncos formaba un suelo verde bastante liso. El techo era de ladrillos, abovedado y bajo. Aquí arriba colocarían los dormitorios y el cuarto de baño; en la planta baja estarían el salón y la cocina. Maya y Simón ya habían puesto unas cortinas de pared, fabricadas con el nailon de los paracaídas recuperados. No había ventanas; la iluminación sólo procedía de las luces de neón. A Nadia le disgustaba esto, y en el habitat más grande que ya estaba planificando habría ventanas en casi todos los cuartos. Pero lo primero era lo primero. De momento, esas cámaras sin ventanas eran lo mejor que podían hacer. Y al fin y al cabo un gran adelanto después del parque de remolques.

Al bajar por la escalera pasó los dedos por los ladrillos y el mortero. Eran ásperos, pero tibios al tacto, calentados por elementos instalados detrás. También había elementos de calefacción bajo el suelo. Se quitó los zapatos y los calcetines, deleitándose con el tacto de los ladrillos tibios y ásperos bajo los pies. Un cuarto maravilloso; y era también agradable pensar que habían venido a Marte y que allí habían construido hogares de ladrillos y bambú. Recordó las ruinas abovedadas que había visto años atrás en Creta, en un emplazamiento romano llamado Áptera: cisternas subterráneas de ladrillo, con bóvedas de cañón, enterradas en la ladera de una colina. Tenían casi el mismo tamaño que estas cámaras. Se desconocía su propósito exacto... almacenar aceite de oliva, decían algunos, pero habría sido una cantidad enorme de aceite. Aquellas cámaras subterráneas estaban intactas después de dos mil años, y en un país de terremotos. Mientras se calzaba de nuevo las botas, Nadia sonrió al pensarlo. Dentro de dos mil años, sus descendientes podrían caminar por esa cámara, sin duda un museo entonces, si es que aún existía... ¡la primera morada humana levantada en Marte! Y ella la había concebido. De pronto sintió los ojos de ese futuro sobre ella, y se estremeció. Eran como cromañones en una cueva y llevaban una vida que sin duda sería estudiada por los arqueólogos de generaciones venideras; gente como ella, que se haría preguntas y más preguntas y nunca llegaría a entenderlo del todo.

Transcurrió más tiempo y hubo más trabajo. Para Nadia fue como una ráfaga borrosa, siempre estaba ocupada. La construcción del interior de las bóvedas era difícil, y los robots no podían ayudar mucho con las cañerías, la calefacción, el intercambio gaseoso, las cocinas y las antecámaras. El equipo de Nadia disponía de todos los accesorios y herramientas, y podía trabajar en camiseta y pantalones cortos, pero aún así consumía una asombrosa cantidad de tiempo. ¡Trabajo, trabajo, trabajo, día tras día!

Una noche, justo antes de la puesta de sol, Nadia caminaba pesadamente por la tierra levantada hacia el parque de remolques, hambrienta, exhausta y totalmente relajada y tranquila. Aunque no podía descuidarse. La noche anterior se había hecho un desgarrón de un centímetro en el dorso de un guante; el frío en realidad no había sido demasiado intenso, unos 50 grados centígrados bajo cero,

nada comparado con algunos días de invierno en Siberia... pero la baja presión del aire le había provocado un moretón en la piel, que luego había empezado a congelarse, lo que sin duda hizo que el moretón fuera más pequeño, pero también que curase más lentamente. En cualquier caso, había que cuidarse, pero era tan agradable tener los músculos cansados al final de un día de trabajo de construcción, con la luz rojiza del sol baja, cayendo oblicuamente sobre la planicie rocosa... y de pronto se dio cuenta de que era feliz. Justo en ese momento Arkadi llamó desde Fobos,

y ella lo saludó con alegría.

—Me siento como un solo de Louis Armstrong de mil novecientos cuarenta y siete.

—¿Por qué mil novecientos cuarenta y siete? —preguntó él.

—Bueno, ése fue el año en que sonó más feliz. La mayor parte de su vida tuvo un tono de bordes ásperos, realmente hermoso, pero en mil novecientos cuarenta y siete fue aún más hermoso porque había en él esa alegría relajada y fluida que nunca antes se le había oído y nunca más se le oyó después.

—¿He de entender que ése fue para él un buen año?

—¡Oh, sí! ¡Un año increíble! Verás, después de veinte años de horribles grandes bandas, regresó a un pequeño grupo como los Hot Five, el grupo que dirigía de joven, y ahí estaban, las viejas canciones, incluso algunas de las viejas caras... y todo mejor que la primera vez, ya sabes, la tecnología de grabación, el dinero, el público, la banda, él mismo... Tuvo que ser como una fuente de la juventud, te lo aseguro.

—Tendrás que enviarme algunas grabaciones —dijo Arkadi. Trató de cantar—: *I can't give you anything but love, baby!* —Fobos estaba subiendo en el horizonte, y él sólo había llamado para decir hola.— Así que éste es tu mil novecientos cuarenta y siete —comentó antes de cortar.

Nadia dejó a un lado las herramientas, cantando correctamente la canción. Y comprendió que Arkadi había dicho la verdad; le había pasado algo parecido a lo que le había pasado a Armstrong en 1947... porque a pesar de las condiciones de vida miserables, sus años de juventud en Siberia habían sido los más felices, de verdad. Y luego había soportado veinte años de cosmonáutica, burocracia, simulaciones y vida bajo el techo de unas grandes bandas... todo para llegar aquí. Y ahora, de pronto, de nuevo estaba al aire libre, construyendo cosas con las manos, operando maquinaria pesada, resolviendo problemas cien veces al día, igual que en Siberia pero mejor. ¡Era como el regreso de Satchmo!

Así que, cuando Hiroko vino y dijo: —Nadia, esta llave inglesa está absolutamente congelada en esta posición—. Nadia le cantó: *That's the only thing I'm thinking of... baby!,* y agarró la llave inglesa, la golpeó contra la mesa como si fuera un martillo, hizo girar el tambor de regulación para mostrar que estaba desbloqueado, y se rió de la expresión de Hiroko.

—Es la solución del ingeniero —explicó, y se fue tarareando hasta la antecámara, pensando en lo graciosa que era Hiroko, una mujer que mantenía en la cabeza todo el ecosistema del grupo pero era incapaz de clavar un clavo.

Y aquella noche habló con Sax del trabajo del día, y habló con Spencer del vidrio, y en medio de esa conversación se desplomó en la litera y acomodó la cabeza sobre la almohada, sintiéndose totalmente voluptuosa, con el glorioso coro final de *Ain't Misbehavin*, persiguiéndola hasta que se quedó dormida.

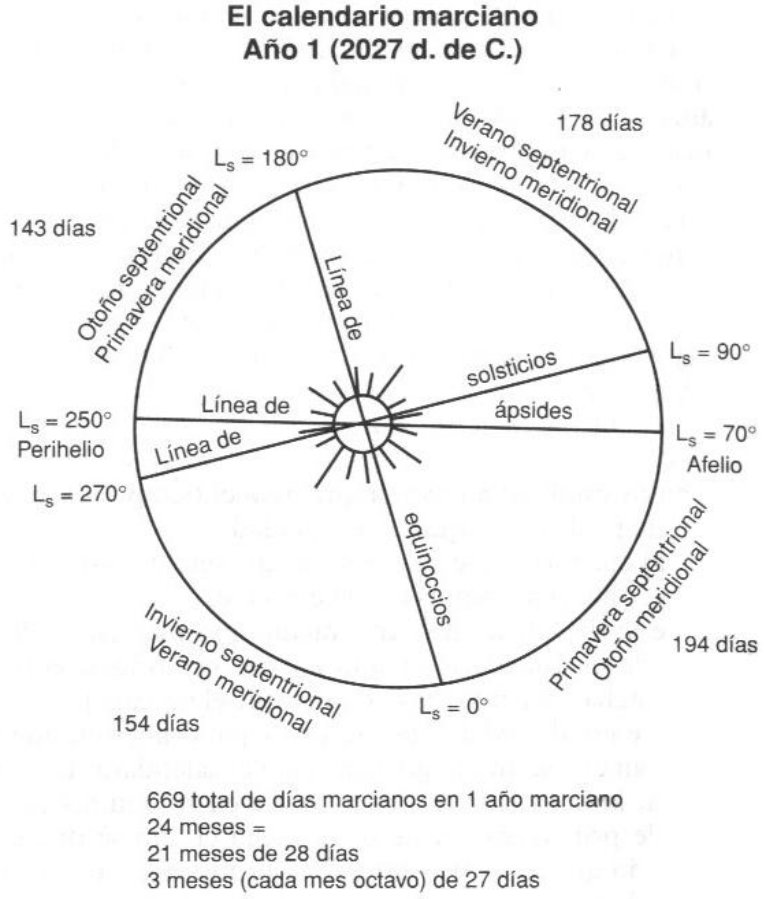
Pero las cosas cambian a medida que pasa el tiempo; nada dura, ni siquiera la

piedra, ni siquiera la felicidad.

—¿Te das cuenta de que ya es ele ese uno setenta? —dijo Phyllis una noche—. ¿No aterrizamos en ele ese siete?

Así que ya llevaban en Marte medio año marciano. Phyllis estaba usando el calendario creado por los científicos; entre los colonos se estaba haciendo más popular que el sistema terrano. El año de Marte era de 668,6 días locales, y para saber en qué momento estaban en ese año largo hacía falta el calendario L_S. Según este sistema, la línea entre el Sol y Marte en su equinoccio septentrional de primavera era de 0°, y luego el año se dividía en 360°, de modo que L_S = 0°-90° era la primavera septentrional, 90-180° el verano septentrional, 180°-270° el otoño, y 270°-360° (o 0° de nuevo) el invierno.

Esta situación tan sencilla se complicaba por la excentricidad de la órbita marciana, que es extrema según los estándares terranos, pues en el perihelio Marte se encuentra unos cuarenta y tres millones de kilómetros más cerca del Sol que en el afelio, y recibe entonces alrededor de cuarenta y cinco por ciento más de luz solar. Esta fluctuación hace que las estaciones meridionales y septentrionales sean bastante diferentes. El perihelio llega cada año en L_S=250°, a finales de la primavera meridional; de modo que las primaveras y veranos meridionales son mucho más calurosos que los septentrionales, con unas temperaturas máximas treinta grados más altas. Sin embargo, los otoños e inviernos meridionales son más fríos, ya que tienen lugar cerca del afelio... tanto más fríos porque el casquete polar meridional está compuesto en su mayor parte de dióxido de carbono, mientras que el septentrional es principalmente hielo de agua.



De modo que el sur era el hemisferio de los extremos, el norte el de la moderación. Y la excentricidad orbital provocaba otra particularidad notable: los planetas se mueven más rápido cuanto más cerca están del Sol, por lo que las estaciones en la proximidad del perihelio son más cortas que las próximas al afelio. Por ejemplo, el otoño septentrional de Marte dura 143 días, mientras que la primavera septentrional dura 194. ¡La primavera 51 días más larga que el otoño! Algunos afirmaron que sólo por eso valía la pena asentarse en el norte.

De cualquier manera, estaban en el norte, y había llegado el verano. Los días estaban alargándose y el trabajo progresaba. Alrededor de la base, las rodadas de los vehículos eran una red enmarañada. Habían pavimentado una carretera de cemento que iba a Chernobil, y la base misma era ya tan grande que se extendía desde el parque de remolques hacia el horizonte en todas direcciones: el cuartel de los alquimistas y la carretera a Chernobil hacia el este, el habitat permanente hacía el norte, la zona de almacenamiento y la granja al oeste y el centro biomédico hacia el sur.

Con el tiempo todo el mundo se mudó a las cámaras acabadas del habitat permanente. Las conferencias nocturnas allí se hicieron más breves y más rutinarias que en el parque de remolques, y hubo días en los que Nadia no recibió ningún pedido de ayuda. Había algunas personas a las que sólo veía de vez en cuando: el equipo de biomedicina en sus laboratorios, la unidad de prospección de Phyllis, incluso Ann. Una noche Ann se dejó caer en su cama, junto a la de Nadia, y la invitó a acompañarla en una expedición a Helles Chasma, a unos ciento treinta kilómetros al sudoeste. Era obvio que Ann quería mostrarle algo fuera del área de la base, pero Nadia declinó la invitación.

—Tengo mucho trabajo, ya sabes. —Al ver la decepción de Ann,

añadió:— Quizá en el siguiente viaje.

Y entonces hubo que volver al trabajo en el interior de las cámaras, y en los exteriores de un ala nueva. Arkadi había sugerido que la línea de cámaras fuera la primera de cuatro más, distribuidas en un cuadrado, y Nadia iba a hacerlo; tal como señaló Arkadi, luego sería posible techar el espacio delimitado por el cuadrado.

—Ahí es donde serán realmente útiles las vigas de magnesio —dijo Nadia—. Si pudiéramos fabricar láminas de vidrio todavía más fuertes...

Habían acabado dos lados del cuadrado, doce cámaras totalmente terminadas, cuando Ann y su equipo regresaron de Helles. Todos pasaron aquella noche viendo las cintas de vídeo que mostraban a los rovers de la expedición avanzando por planicies rocosas; después, delante, apareció una abertura que ocupaba toda la pantalla, como si se estuvieran acercando al borde del mundo. Por último, unos pequeños riscos extraños de un metro de altura cerraron el paso a los rovers, y las imágenes empezaron a saltar cuando un explorador bajó del vehículo y caminó con la cámara del casco encendida.

Entonces, bruscamente, pasaron a una imagen tomada desde el borde, una toma panorámica de ciento ochenta grados de un cañón; parecía mucho más grande que los hoyos de Ganges Catena, lo que era difícil de creer. Los muros del extremo más alejado del abismo apenas se divisaban en el lejano horizonte. De hecho, podían ver muros todo alrededor, pues Helles era un abismo casi cerrado, una elipse hundida de unos doscientos kilómetros de largo y cien de ancho. El grupo de Ann había llegado al borde norte a última hora de la tarde, y la curva oriental de la pared era claramente visible, inundada por la luz crepuscular; lejos, hacia el oeste, el muro se extendía como una marca oscura y baja. El fondo del

abismo era casi todo llano, con una depresión en el centro.

—Si pudiéramos hacer flotar una cúpula sobre la sima —dijo Ann—,

tendríamos un hermoso y gran recinto cerrado.

—Estás hablando de cúpulas milagrosas, Ann —comentó Sax—. Eso tiene unos diez mil kilómetros cuadrados.

—Bueno, sería un recinto cerrado bien grande. Y entonces podrías dejar en paz el resto del planeta.

—El peso de una cúpula haría que los muros del cañón se desplomaran.

—Por eso dije que tendríamos que hacerla flotar. Sax sacudió la cabeza.

—No es más exótico que ese ascensor espacial del que hablas.

—Quiero vivir en una casa justo donde grabaron este vídeo —

interrumpió Nadia—. ¡Qué vista!

—Espera a que subas a uno de los volcanes de Tharsis —dijo Ann,

irritada—. Entonces sí que tendrás una buena vista.

Últimamente menudeaban las pequeñas disputas de este género. A Nadia le recordaban los últimos meses en el *Ares.* Otro ejemplo: Arkadi y su equipo enviaron vídeos de Fobos, con el comentario de Arkadi. «El impacto Stickney casi desintegró esta roca, y es condrítica, casi veinte por ciento agua, así que un montón de agua se sublimó en el momento del impacto y llenó el sistema de grietas y se congeló en todo un sistema de venas de hielo.» Un material fascinante, pero lo único que consiguió fue que Ann y Phyllis, sus dos brillantes geólogas, discutieran sobre si eso explicaba realmente la presencia de hielo en Fobos. Phyllis incluso sugirió que bajaran agua desde Fobos, lo que era una tontería, aun cuando los suministros escasearan y la demanda aumentase. Chernobil consumía un montón de agua, y los granjeros querían instalar un pequeño pantano bioesférico, y Nadia quería construir un complejo de natación en una de las bóvedas, incluyendo una piscina con olas artificiales, tres baños de hidromasaje y una sauna. Cada noche la gente le preguntaba cómo marchaba el proyecto, ya que todo el mundo estaba harto de lavarse con esponjas y de no poder librarse del polvo, y de no llegar nunca a entrar en calor. Querían un baño... en sus viejos y acuáticos intelectos de delfines, por debajo de sus cerebros, allí donde los deseos eran primarios y feroces, querían volver al agua.

Así que necesitaban más agua, pero las exploraciones sísmicas no habían encontrado ninguna señal de acuíferos subterráneos, y Ann creía que no había ninguno en aquella región. Tenían que seguir dependiendo de los extractores de aire, o arañar regolito y cargarlo en las destilerías de tierra-agua. Pero a Nadia no le gustaba hacer trabajar en exceso a las destilerías, ya que habían sido fabricadas por un consorcio francés- húngaro—chino, y era seguro que se agotarían si se las empleaba para el trabajo pesado.

Pero así transcurría la vida en Marte; era un lugar seco. *Shikata ga nai.*

—Siempre hay opciones —replicó Phyllis.

Había sugerido que llenaran vehículos de descenso con hielo de Fobos y los bajaran a Marte. Pero Ann consideraba que era un despilfarro ridículo de energía, y la discusión empezó de nuevo.

Resultaba especialmente irritante para Nadia porque ella misma estaba de tan buen humor. No veía ninguna razón para pelearse, y le preocupaba que los otros no sintieran lo mismo. ¿Por qué la dinámica de un grupo fluctuaba tanto? Allí estaba, en Marte, donde las estaciones eran el doble de largas que las de la Tierra y cada

día cuarenta minutos más largo: ¿por qué la gente no podía relajarse? Nadia tenía la sensación de que había tiempo de sobra para hacer las cosas, aunque ella siempre estuviera ocupada, y los treinta y nueve minutos y medio adicionales eran con toda probabilidad el componente más importante de esa sensación; los biorritmos circadianos humanos habían sido establecidos a lo largo de millones de años, y ahora, de pronto, disponer de minutos extra de día y de noche, día tras día, noche tras noche... no cabía duda de que tenía sus efectos. Nadia estaba segura, porque a pesar del ritmo febril del trabajo cotidiano y que por las noches estaba tan fatigada que perdía el conocimiento, siempre se despertaba descansada. Esa extraña pausa en los relojes digitales, cuando a medianoche los números llegaban a las 00:00:00 y de repente se detenían, y el tiempo no marcado pasaba, pasaba, pasaba, a veces en verdad parecía que durante un tiempo muy largo; y entonces saltaban a las 00:00:01, y comenzaban el habitual e inexorable parpadeo... bueno, el lapso marciano era algo especial. A menudo Nadia lo experimentaba durmiendo, como la mayoría. Pero Hiroko cantaba un salmo durante ese intervalo cuando estaba despierta, y ella y el equipo de granja, y muchos de los demás, y en las fiestas nocturnas de los sábados lo cantaban durante el lapso... algo en japonés, Nadia nunca averiguó qué era, aunque a veces también ella lo tarareaba, sentada mientras disfrutaba de la cámara subterránea y de sus amigos.

Pero una noche de sábado mientras estaba sentada allí, casi comatosa, se le acercó Maya y se sentó muy cerca de ella para charlar. Maya con su hermoso rostro, siempre bien acicalado, siempre a la última moda en *chicamost,* incluso con sus monos de trabajo de cada día; y ahora parecía angustiada.

—Nadia, por favor, por favor, tienes que ayudarme.

—¿Qué?

—Necesito que le digas algo a Frank.

—¿Por qué no se lo dices tú?

—¡No puedo dejar que John nos vea hablando! He de hacerle llegar un mensaje, y por favor, Nadejda Francine, tú eres mi único medio. — Nadia emitió un sonido de disgusto.— *Por favor.*

Era sorprendente lo mucho que Nadia habría preferido estar charlando con Ann, o Samantha, o Arkadi. ¡Ojalá Arkadi bajara de Fobos! Pero Maya era su amiga. Y tenía una expresión desesperada en la cara. Nadia no podía soportarlo.

—¿Qué mensaje?

—Dile que me encontraré con él esta noche en la zona de almacenaje —dijo Maya imperiosamente—. A medianoche. Para hablar. Nadia suspiró. Pero luego se acercó a Frank y le transmitió el mensaje. Él asintió sin mirarla a los ojos, avergonzado, desdichado,

sombrío.

Unos días más tarde, Nadia y Maya estaban limpiando el suelo de ladrillo de la cámara que aún no habían presurizado, y la curiosidad dominó a Nadia; rompió el silencio habitual y le preguntó a Maya qué estaba pasando.

—Bueno, se trata de John y de Frank —contestó Maya con tono quejumbroso—. Son muy competitivos. Son como hermanos, y hay celos entre ellos. John vino antes a Marte, y después le permitieron volver, y Frank no cree que fuera justo. Frank trabajó mucho en Washington buscando fondos para la colonia, y piensa que John siempre se ha aprovechado, y ahora... bueno. John y yo estamos bien juntos, me gusta. Con él es fácil. Fácil, pero quizá un poco... no lo sé. No aburrido. Pero no excitante. Le gusta pasear, estar con el equipo de la granja. ¡No le gusta hablar! Pero con Frank podríamos hablar toda una eternidad. Discutir una eternidad, tal vez, ¡pero por lo menos estaríamos hablando! Ya sabes, tuvimos una breve relación en el *Ares,* al principio, y no funcionó, aunque él aún piensa que podría salir bien.

¿Por qué iba a pensarlo?, articuló Nadia en silencio.

—Así que sigue intentando convencerme de que deje a John y me quede con él, y John sospecha que es eso lo que hace, y los dos están muy celosos. Yo sólo intento evitar que se agarren por el cuello, nada más.

Nadia había decidido no volver a preguntar sobre el tema. Pero ahora a pesar de sí misma se encontraba involucrada. Maya se le acercaba continuamente y le pedía que le transmitiera mensajes a Frank.

«¡No soy una mensajera!», protestaba Nadia, pero no dejaba de hacerlo, y en una o dos ocasiones mantuvo largas conversaciones con Frank, sobre Maya, por supuesto; quién era, cómo era, por qué actuaba cómo lo hacía.

—Mira —le dijo—, no puedo hablar por Maya. No sé por qué hace lo que hace, tendrás que preguntárselo tú mismo. Pero puedo decirte que viene de la vieja cultura del Soviet de Moscú, universidad y Partido Comunista tanto por su madre como por su abuela. Y los hombres eran los enemigos para la *babushka* de Maya, y también para su madre, que era una *matrioshka.* La madre de Maya solía decirle: «Las mujeres son las raíces, los hombres sólo son las hojas». Hubo toda una cultura de desconfianza, manipulación, miedo. De ahí es de donde viene Maya. Y al mismo tiempo tenemos esa tradición de *amicochonstuo,* una especie de amistad profunda en la que te enteras de los detalles más insignificantes de la vida de tu amigo, en cierto modo cada uno invade la vida del otro, y desde luego eso es insostenible y tiene que terminar, casi siempre mal.

—Frank asentía ante esa descripción, reconociendo algunas verdades. Nadia suspiró y continuó:— Ésas son las amistades que conducen al amor, y luego el amor tiene el mismo problema, sólo que aumentado, en especial con todo ese miedo que yace en el fondo.

Y Frank, alto, oscuro, y de algún modo atractivo, cargado de poder, girando movido por su propia dinamo, el político norteamericano, colgado ahora del dedo de una neurótica beldad rusa. Frank asintió con humildad y le dio las gracias, con expresión de desaliento. Y bien que podía tenerla.

Nadia hizo lo posible para dejar de lado esas cosas. Pero parecía que también todo lo demás se había vuelto problemático. Vlad nunca había aprobado el tiempo que pasaban en la superficie, y un día dijo:

—Tenemos que pasar la mayor parte del tiempo bajo la colina, y también enterrar la mayoría de los laboratorios. Él trabajo en el exterior tendría que restringirse a una hora temprano por la mañana y otra a la caída de la tarde, cuando el sol está bajo.

—Que me cuelguen si voy a quedarme encerrada todo el día —dijo Ann, y muchos estuvieron de acuerdo.

—Tenemos mucho trabajo pendiente —señaló Frank.

—Pero la mayor parte puede hacerse por teleoperación —repuso Vlad—. Y así debería ser. Lo que estamos haciendo equivale a quedarse a diez kilómetros de una explosión atómica...

—¿Y? —preguntó Ann—. Los soldados lo hacían...

—...cada seis meses —Vlad terminó la frase por ella, y la miró fijamente.— ¿Lo harías tú?

Hasta Ann se mostró apaciguada. No había capa de ozono, ningún campo magnético del que valiera la pena hablar; la radiación los freía casi con tanta severidad como si estuvieran en el espacio interplanetario, a un ritmo anual de 10 rem.

Y así Frank y Maya les ordenaron que racionaran el tiempo que pasaban fuera. Había un montón de trabajo interior que hacer bajo la colina para acabar la última hilera de cámaras; y era posible excavar algunos sótanos debajo, lo que les proporcionaría un poco más de espacio protegido de la radiación. Muchos de los tractores estaban equipados para ser teleoperados desde puestos interiores; los algoritmos de decisión se ocupaban de los detalles mientras los operadores humanos observaban abajo las pantallas. Así que podía hacerse; pero nadie quería esa vida. Hasta Sax Russell, a quien le gustaba trabajar en el interior, se mostró un poco perplejo. Por las noches algunos empezaron a argumentar a favor de una terraformación inmediata y plantearon la cuestión con renovada intensidad.

—Ésa no es una decisión que podamos tomar nosotros —dijo Frank con aspereza—. Depende de la UN. Además, se trata de una solución a largo plazo, en el mejor de los casos en un margen de siglos. ¡No perdamos el tiempo!

—Es verdad —dijo Ann—, pero yo tampoco quiero perder mi tiempo aquí abajo en estas cuevas. Tendríamos que llevar nuestras vidas como quisiéramos. Somos demasiado viejos para preocuparnos por la radiación.

Otra vez discusiones, discusiones que hicieron que Nadia se sintiera como si hubiera salido flotando de una buena y sólida roca terrestre y hubiera vuelto a la tensa realidad ingrávida del *Ares.* Críticas, quejas, disputas... hasta que la gente se aburría, o se cansaba, y se iba a dormir. Siempre que se iniciaba una discusión, Nadia se iba de la sala en busca de Hiroko y la oportunidad de debatir algo concreto. Pero era difícil eludir esas cuestiones, dejar de pensar en ellas.

Una noche Maya fue a verla llorando. Había espacio en el habitat permanente para tener una conversación privada, y Nadia la acompañó a la esquina nordeste, donde aún trabajaban en las cámaras subterráneas, y se sentó junto a ella, temblando de frío y escuchándola, y en ocasiones pasándole un brazo por los hombros.

—Mira —dijo Nadia en cierto momento—, ¿por qué no decides de una vez? ¿Por qué permites que se enfrenten entre ellos?

—¡Pero si lo he decidido! Es a John a quien amo, siempre ha sido John. Pero él me ha visto hablar con Frank y cree que lo he traicionado.

¡Realmente una reacción muy mezquina! Son como hermanos, compiten en todo, ¡y esta vez se trata de un error!

Y entonces John se plantó delante de ellas. Nadia se levantó para irse, pero él no pareció notarlo.

—Mira —le dijo a Maya—, lo siento, pero es inevitable. Hemos terminado.

—No hemos terminado —dijo Maya, recobrando al instante la serenidad—. Te quiero.

La sonrisa de John fue triste.

—Sí. Y yo te quiero a ti. Pero me gustan las cosas sencillas.

—¡Son sencillas!

—No, no lo son. Quiero decir, puedes estar enamorada de más de una persona al mismo tiempo. Cualquiera puede, así es la vida. Pero sólo puedes ser leal a una. Y yo quiero... quiero ser leal. A alguien que me sea leal. Es sencillo, pero...

Sacudió la cabeza; no fue capaz de terminar la frase. Regresó a la fila oriental de cámaras y desapareció por una puerta.

—Norteamericanos —dijo Maya con rabia—. ¡Jodidos niños! Atravesó la puerta detrás de él.

Pero volvió pronto. Él se había refugiado con un grupo en una de las salas, y no

salió.

—Estoy cansada —intentó decir Nadia, pero Maya hizo oídos sordos:

se sentía cada vez más perturbada.

Hablaron durante más de una hora, una y otra vez. Por fin Nadia aceptó ir a ver a John y pedirle que viniera a ver a Maya para discutirlo. Atravesó lúgubremente las cámaras, sin prestar atención a los ladrillos ni a las coloridas cortinas de nailon. La mensajera en la que nadie reparaba.

¿No podían conseguir robots para todo esto? Localizó a John, que se disculpó por no haberla atendido antes.

—Estaba muy alterado, lo siento. Imaginé que de todos modos te enterarías de todo más tarde. Nadia se encogió de hombros.

—No importa. Pero, mira, tienes que hablarle. Así es como funcionan las cosas con Maya. Hablamos, hablamos, hablamos; si haces un trato para iniciar una relación, entras en ella hablando y sales de ella hablando. Si no, a la larga será peor para ti, créeme.

Eso lo convenció. Tranquilizado, fue en busca de Maya. Nadia se fue a dormir.

Al día siguiente estaba fuera, trabajando tarde en una zanjadora. Era el tercer trabajo del día, y el segundo había sido problemático; Samantha había intentado cargar la pala de una excavadora mientras giraba, y el aparato había caído hacia adelante, doblando las bielas de los elevadores de la pala, sacándolas de las cajas y derramando fluido hidráulico por el suelo, donde se congeló aun antes de haberse extendido. Se habían visto obligados a meter unos gatos bajo la parte trasera del tractor, y luego a desacoplar todo el accesorio de la pala y bajar el vehículo sobre los gatos, y cada paso de la operación había sido trabajoso.

Luego, tan pronto como terminaron, habían llamado a Nadia para que ayudara con una máquina perforadora Sandvik Tubex, que usaban para abrir agujeros revestidos a través de unas piedras grandes; se habían topado con el problema mientras tendían una tubería de agua desde el habitat de los alquimistas al permanente. Al parecer el martillo neumático de perforación se había congelado, de una punta a otra, y estaba tan atascado como una flecha clavada profundamente en el tronco de un árbol. Nadia se quedó mirando el brazo del martillo.

—¿Tienes alguna sugerencia para liberar el martillo sin romperlo? —

preguntó Spencer.

—Romped la piedra —dijo Nadia fatigada, y fue a subirse a un tractor acoplado a una retroexcavadora.

Se acercó, excavó hasta llegar a la parte superior de la piedra y se agachó para fijar a la retroexcavadora un martillo hidráulico Allied. Acababa de ponerlo justo encima de la piedra cuando, de pronto, el martillo de perforación echó hacia atrás el taladro con un movimiento brusco, arrastrando consigo la piedra y atrapándole el costado de la mano izquierda contra la parte baja del Allied Hy-Ram.

Instintivamente ella tiró hacia atrás, y el dolor lacerante le subió por el brazo y le entró en el pecho. El fuego le corrió por el costado y lo vio todo blanco. Oyó unos gritos.

—¿Qué va mal? ¿Qué ha sucedido? Quizá había gritado.

—Socorro —rechinó.

Estaba sentada, la mano aplastada aún sujeta entre la roca y el martillo. Empujó la rueda frontal del tractor con el pie, empujó con todas sus fuerzas y sintió que el martillo le raspaba los huesos sobre la roca. Luego cayó de espaldas, la mano

libre. El dolor la cegaba, sintió el estómago revuelto y pensó que se desmayaría. Ayudándose con la mano sana, se puso de rodillas y vio la mano aplastada cubierta de sangre; el guante estaba desgarrado, el dedo meñique en apariencia perdido. Gimió y se encorvó sobre la mano, la apretó contra ella, y después la apoyó con fuerza en el suelo, sin hacer caso del relámpago de dolor. A pesar de lo que sangraba, la mano se congelaría en... ¿cuánto tiempo?

—Congélate, maldita sea, congélate —gritó.

Se sacudió las lágrimas de los ojos y se obligó a mirar. La sangre cubría la herida, humeando. Empujó la mano contra el suelo todo lo que fue capaz de soportar. Ya dolía menos. Pronto se entumecería, ¡tendría que cuidar que no se le congelara toda! Asustada, recogió la mano; en ese momento todos la rodearon, alzándola, y ella se desmayó.

Después de ese incidente quedó mutilada, Nadia Nuevededos, la llamó Arkadi por teléfono. Le envió versos de Yevtushenko, escritos para llorar la muerte de Louis Armstrong: «Haz como hiciste en el pasado, y toca».

—¿Cómo los encontraste? —le preguntó Nadia—. No te imagino leyendo a Yevtushenko.

—¡Por supuesto que lo leo, es mejor que McGonagall! No, estos versos aparecían en un libro sobre Armstrong. He seguido tu consejo y lo he estado escuchando mientras trabajaba, y últimamente he leído algunos libros sobre él por la noche.

—Me gustaría que bajaras aquí —dijo Nadia.

Vlad la había operado. Le dijo que se pondría bien.

—Fue un corte limpio. El dedo anular está un poco dañado, y es probable que se comporte un poco como antes el meñique. Pero, en cualquier caso, los dedos anulares nunca hacen gran cosa. Los dos dedos mayores seguirán tan fuertes como siempre.

Todos fueron a visitarla. No obstante, habló con Arkadi más que con nadie, en las horas nocturnas cuando estaba sola, en las cuatro horas y media entre la salida de Fobos por el oeste y su puesta por el este. Al principio, él llamaba casi todas las noches, y después lo hizo a menudo.

Muy pronto ella estuvo de nuevo en pie, la mano en una escayola sospechosamente ligera. Salía a localizar averías y a dar consejos, con la esperanza de mantener la mente ocupada. Michel Duvat nunca fue a verla, lo que le pareció extraño. ¿No era para eso para lo que estaban los psicólogos? No podía evitar sentirse deprimida; necesitaba las manos para su trabajo, era una trabajadora manual. La escayola le estorbaba y cortó la parte alrededor de la muñeca con unas cizallas. Pero cuando salía tenía que mantener en una caja la mano y la escayola, y no había mucho que pudiera hacer. Era en verdad deprimente.

Llegó la noche del sábado y se sentó en el recién preparado baño de hidromasaje, bebiendo una copa de mal vino y mirando a sus compañeros de alrededor, que chapoteaban y se remojaban en trajes de baño. Ella no era la única que había resultado herida, en absoluto; ahora todos estaban un poco estropeados, después de tantos meses de trabajo físico. Casi todo el mundo tenía marcas de quemaduras por congelación, trozos de piel negra que con el tiempo se caían y dejaban al descubierto una piel nueva y rosada, chillona y fea por el calor de las piscinas. Y varios llevaban escayolas: en las manos, las muñecas, los brazos, incluso en las piernas; todos por roturas o luxaciones. En realidad tenían suerte de que aún no se hubiera matado nadie.

Todos esos cuerpos, y ninguno para ella. Se conocían como si fueran una

familia, pensó; todos eran médicos de todos, dormían en los mismos cuartos, se vestían en las mismas antecámaras, se bañaban juntos; un grupo corriente de animales humanos, que llamaba la atención en el mundo inerte que ocupaban, aunque eran más reconfortantes que excitantes, por lo menos la mayor parte del tiempo. Cuerpos de mediana edad. La misma Nadia era tan redonda como una calabaza, una mujer rolliza y baja. Y sola. No tenía ahora otro amigo íntimo que esa voz que le hablaba al oído, una cara en la pantalla. Cuando bajara desde Fobos... bueno, era difícil de decir. Él había tenido un montón de amantes en el *Ares,* y Janet Blyleven había ido a Fobos para estar con él...

La gente estaba discutiendo de nuevo, allí en el agua poco profunda de la piscina de olas artificiales. Ann, alta y angulosa, se agachaba para espetarle algo a Sax Russell, bajo y fofo. Como de costumbre, él no parecía estar escuchando. Si no se andaba con cuidado, algún día ella le daría una bofetada. Era extraño cómo el grupo volvía a cambiar, cómo cambiaba la sensación que transmitía. Ella nunca podría comprenderlo; la naturaleza real del grupo era una cosa aparte, con una vida propia, de algún modo diferenciada de las personalidades de los individuos. El trabajo de Michel como psiquiatra era por lo tanto casi imposible. No es que uno pudiera deducirlo por Michel mismo; era el psiquiatra más silencioso y discreto que había conocido nunca. Sin duda una ventaja entre esa multitud de ateos de la psiquiatría. Pero ella todavía consideraba extraño que no hubiera ido a verla después del accidente.

Una noche abandonó la sala del comedor y caminó hasta el túnel que uniría las cámaras subterráneas con el complejo de la granja, y allí al final del túnel estaban Maya y Frank, discutiendo en un tono bajo y feroz; no se oía lo que decían, pero los sentimientos de ambos eran claros: la cara de Frank estaba contraída de furia, y la de Maya, que se volvía en ese momento, estaba angustiada, lloraba; se volvió hacia él de nuevo y le gritó: «*Nunca* fue así», y luego corrió ciegamente hacia Nadia, la boca torcida en una mueca de ira, el rostro de Frank una máscara de dolor.

Maya la vio allí de pie y pasó corriendo a su lado.

Sobresaltada, Nadia dio media vuelta y regresó a las salas de residencia. Subió por las escaleras de magnesio al salón de la cámara dos y encendió el televisor para ver un programa de veinticuatro horas de noticias terranas, algo que rara vez hacía. Después de un rato cortó el sonido y se quedó mirando la disposición de los ladrillos en el techo abovedado. Maya entró y empezó a explicarle cosas: no había nada entre ella y Frank, sólo eran imaginaciones de él, ni siquiera reconocía que desde el principio no había sido nada; ella sólo quería a John, y no era culpa suya que John y Frank ahora se llevaran tan mal; todo era obra del deseo irracional de Frank, pero ella se sentía muy culpable porque en una ocasión los dos habían sido íntimos amigos, como hermanos.

Y Nadia escuchó con una cuidada exhibición de paciencia, diciendo: *Da, da, da,* y «Comprendo», y cosas por el estilo de vez en cuando, hasta que Maya se encontró de espaldas en el suelo, llorando, y Nadia se quedó sentada en el borde de una silla, mirándola fijamente, preguntándose cuánto de aquello era verdad. Y sobre qué había tratado en realidad la discusión. Y si era una mala amiga por desconfiar hasta ese punto de la historia de su vieja compañera. Pero, de algún modo, sintió que toda la escena no era más que Maya cubriendo su propio rastro, manipulando de nuevo. Sólo era eso: aquellas dos caras angustiadas que había visto al final del túnel habían sido la prueba más clara posible de una pelea entre enamorados. Así que la explicación de Maya no era otra cosa que una mentira. Nadia le dijo algo tranquilizador y se fue a la cama, pensando: ya me has quitado demasiado de mi tiempo, energía y concentración con estos juegos, tus juegos me han costado un dedo, ¡zorra!

Era un año nuevo, que se acercaba al final de la larga primavera septentrional, y aún no habían conseguido un buen suministro de agua, así que Ann propuso ir en expedición hasta el casquete e instalar una destilería robot, al tiempo que establecían una ruta que los rovers pudieran seguir en piloto automático.

—Ven con nosotros —le dijo a Nadia—. Aún no has visto nada del planeta, sólo la extensión que va de aquí a Ganges, y ahora no haces nada nuevo. De verdad, Nadia, no puedo creerme lo esclavizada que has estado. Quiero decir, después de todo ¿por qué viniste a Marte?

—¿Por qué?

—Sí, *¿por qué?* Aquí hay dos clases de actividad: la exploración de Marte y el soporte vital para esa exploración. ¡Y tú has estado completamente inmersa en el soporte vital, sin prestar la menor atención al principal motivo que nos trajo aquí!

—Bueno, es lo que me gusta hacer —repuso Nadia, incómoda.

—Perfecto, ¡pero trata de mantener cierta perspectiva! ¡Qué demonios, podrías haberte quedado en la Tierra! ¡No tenías que recorrer esta distancia para manejar un maldito *bulldozer*! ¿Cuánto tiempo vas a seguir afanándote aquí, instalando *cuartos de baño,* programando *tractores?*

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Nadia, pensando en Maya y en todos los demás. Al fin y al cabo, el cuadrado de cámaras subterráneas estaba casi concluido—. Me vendrían muy bien unas vacaciones.

Partieron en tres grandes rovers de larga distancia: Nadia y cinco de los geólogos, Ann, Simón Frazier, George Berkovic, Phyllis Boyle y Edvard Perrin. George y Edvard habían sido amigos de Phyllis en la época en la NASA, y apoyaban los «estudios geológicos aplicados» que ella defendía, lo que significaba prospección de metales raros. Simón en cambio era un silencioso aliado de Ann, entregado a la investigación pura y a la política de no intervención. Nadia lo sabía a pesar de que no había pasado con ellos mucho tiempo a solas. Pero los chismes eran los chismes: si hubiera tenido que hacerlo, podría haber nombrado todas las alianzas de cada uno en la base.

Los rovers de la expedición estaban compuestos de dos módulos de cuatro ruedas, acoplados por una estructura flexible; se parecían un poco a hormigas gigantes. Los había construido Rolls-Royce y un consorcio aeroespacial multinacional, y tenían un hermoso acabado de color verde. Los módulos delanteros albergaban los alojamientos y tenían ventanillas entintadas en los cuatro lados; los de popa albergaban los depósitos de combustible y varios paneles solares negros rotatorios. Las ocho ruedas de tela metálica tenían dos metros y medio de altura y eran muy anchas.

Mientras avanzaban hacia el norte a través de Lunae Planum marcaron la ruta con pequeños radiofaros verdes, dejando caer uno cada pocos kilómetros. También despejaron el sendero de rocas que pudieran estorbar a un rover robotizado, usando el quitanieves o la pequeña grúa que el primer rover llevaba delante. De modo que, en realidad, estaban construyendo una carretera. Pero en Lunae apenas tuvieron que emplear el equipo; viajaron hacia el nordeste casi a la velocidad máxima, que eran treinta kilómetros por hora, durante varios días seguidos. Se dirigían al nordeste para evitar el sistema de cañones de Tempe y Mareotis, y esa ruta los llevó cuesta abajo por Lunae hasta la larga pendiente de Chryse Planitia. Ambas regiones se parecían mucho al terreno que rodeaba el campamento base, plagadas de baches y salpicadas de rocas pequeñas; pero como iban pendiente abajo a menudo disfrutaban de un panorama mucho más extenso que el de la colonia. Era un placer nuevo para Nadia, marchar y marchar y ver nuevos paisajes

apareciendo inesperadamente sobre el horizonte: montes, declives, piedras enormes y aisladas, la ocasional mesa redonda y baja que era el exterior de un cráter.

Cuando hubieron descendido a las tierras bajas del hemisferio septentrional, dieron media vuelta y fueron hacia el norte a través de la inmensa Acidalia Planitia, y de nuevo marcharon durante varios días seguidos. Las marcas de las ruedas se extendían tras ellos como las huellas de una cortadora de césped, y los radiofaros centelleaban brillantes e incongruentes entre las rocas. Phyllis, Edvard y George hablaron de hacer algunos otros viajes para investigar lo que se había visto en unas fotografías de satélite: indicios de inusuales afloramientos minerales cerca del Cráter Perepelkin. Ann les recordó con irritación la misión que se les había encomendado. Entristeció a Nadia ver que Ann estaba casi tan distante y tensa allí fuera como en la base; siempre que los rovers se detenían ella se apeaba y caminaba sola por los alrededores, y se mostraba taciturna cuando se sentaban a cenar juntos en el Rover Uno. En ocasiones Nadia intentaba sacarla de su estado.

—Ann, ¿cómo llegaron a diseminarse de ese modo todas esas rocas?

—Meteoritos.

—Pero ¿dónde están los cráteres?

—La mayoría en el sur.

—Entonces, ¿cómo llegaron las rocas hasta aquí?

—Volaron. Ésa es la razón por la que son tan pequeñas. Sólo las rocas pequeñas podrían ser arrojadas tan lejos.

—Pero me habías dicho que estas planicies septentrionales eran relativamente nuevas, mientras que la formación de cráteres era relativamente antigua.

—Así es. Las rocas que ves aquí proceden de meteoritos tardíos. La acumulación total de rocas sueltas procedentes de impactos de meteoritos es mucho mayor de lo que aquí vemos, y eso es lo que constituye el regolito corriente. Y el regolito alcanza un kilómetro de profundidad.

—Es difícil de creer —dijo Nadia—. Quiero decir, significa muchísimos meteoritos.

Ann asintió.

—Son miles de millones de años. Ésa es la diferencia entre aquí y la Tierra, la edad del suelo va de millones de años a miles de millones. Es una diferencia que es difícil de imaginar. Pero ver cosas como ésta ayuda.

A mitad de camino del cruce de Acidalia empezaron a encontrarse con cañones largos, rectos, de muros verticales y fondos llanos. Parecían, tal como apuntó George en más de una ocasión, los lechos secos de los legendarios canales. El nombre geológico *trafossae,* y aparecían en grupos. Hasta los más pequeños eran infranqueables para los rovers, y cuando llegaban a uno tenían que desviarse y marchar a lo largo del borde, hasta que el suelo se elevaba o los muros se unían y de nuevo podían continuar hacia el norte por la planicie llana.

El horizonte que se extendía delante se encontraba a veces a veinte kilómetros, a veces a tres. Los cráteres empezaron a ser raros, y aquellos por los que pasaban estaban rodeados de montículos bajos que descendían desde los bordes: cráteres líquidos, donde los meteoritos habían caído sobre el permafrost, convirtiéndolo en barro caliente. Los compañeros de Nadia se quedaron un día vagando afanosamente por los montículos desperdigados alrededor de uno de los cráteres. Las laderas redondeadas, dijo Phyllis, indicaban agua antigua con tanta claridad como las fibras de la madera petrificada indicaban el árbol original. Por el modo en que hablaba,

Nadia comprendió que ésta era otra de sus discrepancias con Ann; Phyllis creía

en el modelo del pasado remoto húmedo, Ann en el pasado reciente húmedo. O algo semejante. La ciencia era muchas cosas, pensó Nadia, incluyendo un arma con la que golpear a otros científicos.

Más al norte, alrededor de la latitud 54º, entraron en la extraña zona de los termokarsts, un terreno de montes salpicado por abismos ovales y escarpados llamados *dolinas.* Estos dolinas eran cien veces más grandes que sus análogos terranos, la mayoría de dos o tres kilómetros de ancho y de unos sesenta de profundidad. Un claro vestigio de permafrost, acordaron todos los geólogos; la congelación y descongelación estacional del suelo hizo que se hundiera según este patrón. Unos abismos tan grandes indicaban que el contenido de agua debía de haber sido alto, dijo Phyllis. A menos que fuera otra manifestación de las escalas de tiempo marcianas, repuso Ann. Un suelo ligeramente helado que se iba hundiendo muy poco a poco, durante eones.

Irritada, Phyllis sugirió que intentaran recoger agua del suelo, e irritada Ann aceptó. Encontraron una pendiente suave entre unas depresiones y se detuvieron para instalar un colector de agua. Nadia se encargó de la operación con una sensación de alivio; la falta de trabajo en el viaje había empezado a afectarla. Trabajó un día entero: excavó una zanja de diez metros de largo con la pequeña retroexcavadora del rover de cabeza; tendió la galería recolectora lateral, una tubería de acero inoxidable perforada y rellenada con grava; comprobó los elementos eléctricos de calor que corrían en franjas a lo largo de la tubería y los filtros; luego rellenó la zanja con la arcilla y las rocas que habían extraído antes.

En el extremo inferior de la galería había un colector y una bomba de agua; una cañería de transporte conducía a un tanque pequeño. Las baterías darían energía a los elementos térmicos, y los paneles solares cargarían las baterías. Cuando el tanque estuviera lleno, si había suficiente agua para llenarlo, la bomba se cerraría, y se abriría una válvula solenoide, permitiendo que el agua de la cañería de transporte volviera a la galería; después se desconectarían los termoelementos.

—Casi listo —declaró Nadia a última hora del día, mientras fijaba la cañería en el último poste de magnesio. Tenía las manos peligrosamente frías, y la mano mutilada le palpitaba—. Quizá alguien podría preparar la cena —concluyó.

La cañería de transporte tenía que ser metida en un cilindro grueso de espuma de poliuretano y luego empotrada en una tubería protectora mayor. Era asombroso cómo el aislamiento complicaba la simple operación de instalar unos tubos.

Tuerca hexagonal, arandela, pasador de chaveta, un firme tirón de la llave. Nadia recorrió la tubería, comprobando las abrazaderas de unión de los empalmes. Todo seguro. Llevó sus herramientas al Rover Uno, miró atrás el resultado del trabajo del día: un tanque, una cañería corta apoyada sobre postes, una caja en el suelo, un montículo largo y bajo de tierra removida que subía colina arriba, un suelo accidentado, aunque por lo demás nada inusual en este mundo de montones de rocas.

—Beberemos un poco de agua fresca cuando volvamos —dijo.

Habían conducido hacia el norte más de dos mil kilómetros, y por fin llegaron a Vastitas Borealis, una antigua planicie de lava cubierta de cráteres que rodeaba el hemisferio septentrional entre los 60º y 70º de latitud. Por la mañana, Ann y los otros se pasaban fuera un par de horas, en la roca desnuda y oscura de la planicie, recogiendo muestras, y después viajaban con rumbo norte el resto del día, discutiendo sobre la que habían encontrado. Ann parecía más absorta en el trabajo, más feliz. Una noche Simón indicó que Fobos estaba pasando justo por encima de las colinas del sur; la marcha del día siguiente lo colocaría bajo el horizonte. Era una notable demostración de lo baja que era la órbita de la pequeña luna: ¡sólo se encontraban en la latitud 69º! Pero Fobos estaba a sólo unos cinco mil kilómetros

sobre el ecuador del planeta. Nadia lo despidió con un movimiento de la mano y una sonrisa, sabiendo que todavía podría hablar con Arkadi utilizando los recién llegados radiosatélites areosincrónicos.

Tres días más tarde la roca desnuda desapareció, cubierta ahora por olas de arena negra. Fue como llegar a una playa de mar. Habían alcanzado las grandes dunas septentrionales, que envolvían el mundo en una franja entre el casquete polar y Vastitas. En el sitio en que ellos la cruzarían, la franja tenía unos ochocientos kilómetros de ancho. La arena de color carbón, teñida de púrpura y rosa, era un gran alivio para la vista después de todos los escombros rojos del sur. Las dunas se alargaban hacia el sur y el norte, en crestas paralelas que en ocasiones se quebraban o se fundían. Conducir sobre ellas era fácil; la arena era muy prieta, y sólo tenían que elegir una duna grande y avanzar por la joroba del lado occidental.

Sin embargo, después de unos días así, las dunas se hicieron más grandes y se convirtieron en lo que Ann llamó barjanes. Parecían olas enormes y congeladas, con paredes de cien metros de altura y lomos de un kilómetro de ancho, separadas por largos semicírculos. Como muchos otros accidentes del paisaje de Marte, eran cien veces más grandes que sus análogos terranos en el Sahara y el Gobi. La expedición mantuvo un curso recto sobre los lomos de aquellas grandes olas, pasando del lomo de una ola al siguiente; los rovers eran como barcos diminutos que avanzaban con ruedas de paletas por un mar ondulado y negro, congelado en el punto culminante de una tormenta titánica.

Un día el Rover Dos se paró en ese mar petrificado. Una luz en el panel indicó que había un problema en la estructura flexible entre los módulos; y en verdad el módulo posterior se había torcido hacia la izquierda y hundía en la arena las ruedas de ese lado. Nadia se metió en un traje y fue a la parte de atrás. Quitó la cubierta contra el polvo de la juntura del módulo con el chasis, y descubrió que los pernos que los mantenían juntos estaban todos rotos.

—Esto va a llevar un rato —dijo—. Si quieren, echen una mirada por los alrededores.

Al rato emergieron las figuras de Phyllis y George enfundadas en trajes, seguidas de Simón, Ann y Edvard. Phyllis y George tomaron un radiofaro del Rover Tres y lo instalaron tres metros a la derecha de la «carretera». Nadia se puso a trabajar en la estructura rota, tocando las cosas lo menos posible; era una tarde fría, quizá de setenta bajo cero; podía sentir en los huesos el frío de diamante.

Los extremos de los pernos no saldrían del costado del módulo, así que sacó un taladro y abrió otros agujeros. Empezó a cantar *The Sheik of Araby*. Ann, Edvard y Simón estaban discutiendo acerca de la arena. Era tan agradable, pensó Nadia, ver un terreno que no era rojo... Oír a Ann absorta en su trabajo. Tener algo de trabajo que hacer.

Casi habían llegado al círculo ártico, y era L_S=84, con el solsticio del verano septentrional a sólo dos semanas; los días se hacían más largos. Nadia y George trabajaron durante el atardecer mientras Phyllis calentaba la cena, y después de comer Nadia salió para acabar la reparación. El sol estaba rojo en medio de una neblina marrón, pequeño y redondo aun a punto de ponerse; no había suficiente atmósfera para que pareciera más achatado y grande. Terminó, guardó las herramientas y había abierto la antecámara exterior del Rover Uno cuando la voz de Ann le sonó en el oído.

—Oh, Nadia, ¿ya vas a entrar?

Alzó los ojos. Ann estaba de pie sobre la cresta de la duna al oeste, haciéndole señas con las manos, una silueta negra contra un cielo color sangre.

—Ésa era la idea —dijo.

—Ven aquí arriba un segundo. Quiero que veas esta puesta de sol, va a ser buena. Ven, sólo llevará un minuto, y te alegrará. Hay nubes en el oeste.

Nadia suspiró y cerró la puerta de la antecámara.

La cara este de la duna era escarpada. Caminó con cautela sobre las huellas que había dejado Ann. La arena allí era muy compacta y firme casi todo el tiempo. Cerca de la cima, la cresta se hizo más empinada, y ella tuvo que inclinarse hacia adelante y ayudarse con los dedos. Luego trepó a la cima ancha y redonda y pudo erguirse y mirar alrededor.

La luz del sol sólo alumbraba las crestas de las dunas más altas; el mundo era una superficie negra, herida por pequeñas curvas, como cimitarras de un gris acerado. El horizonte se alzaba a unos cinco kilómetros. Ann estaba acuclillada, con un puñado de arena en la palma de la mano.

—¿De qué está hecha? —preguntó Nadia.

—Partículas oscuras de minerales sólidos. Nadia bufó.

—Eso podría habértelo dicho yo.

—No, antes de que llegáramos aquí no habrías podido. Podía haber sido arena agregada a sales. Pero, en cambio, son ápices de roca.

—¿Por qué tan oscuras?

—Volcánicas. Verás, en la Tierra, la arena es casi toda cuarzo, porque allá hay mucho granito. Pero no en Marte. Probablemente estos granos son silicatos volcánicos. Obsidiana, pedernal, un poco de granate. Hermosa, ¿verdad?

Extendió la mano para que Nadia la inspeccionara. Muy seria, por supuesto. Nadia escudriñó las partículas negras a través del visor del casco.

—Hermosa —dijo.

Se incorporaron y contemplaron la puesta de sol. Sus sombras se extendían hasta el mismo horizonte oriental. El cielo era de un rojo oscuro, lóbrego y opaco, sólo un poco más claro en el oeste. Las nubes que había mencionado Ann eran vetas de un amarillo brillante, muy altas en el cielo. Algo en la arena capturaba la luz, y las dunas tenían un nítido color púrpura. El sol era un pequeño botón dorado, y encima de él brillaban dos astros vespertinos: Venus y la Tierra.

—Últimamente se han estado acercando más cada noche —dijo Ann en voz baja—. La conjunción será de verdad brillante.

El sol tocó el horizonte, y las crestas de las dunas se desvanecieron en la sombra. El pequeño botón del sol se hundió bajo la línea negra en el oeste. Ahora el cielo era una cúpula de color castaño, las nubes altas parecían un musgo amarillento. Las estrellas empezaron a salir de repente por doquier, y el cielo castaño cambió a un intenso violeta oscuro, un color eléctrico que se contagió a las crestas de las dunas, de modo que parecía que por la planicie se extendían medialunas de luz crepuscular líquida. Nadia sintió que una brisa le remolineaba en el sistema nervioso, le subía por la columna y le salía por la piel; las mejillas le hormigueaban y podía sentir un temblor en la médula espinal. ¡La belleza podía hacerte temblar! Era una conmoción sentir semejante respuesta física a la belleza, una excitación parecida en cierta manera al sexo. Y esa belleza era tan extraña, tan *alienígena...* En ese momento se dio cuenta de que nunca la había visto antes de la forma adecuada, o que nunca la había sentido de verdad; había estado disfrutando de la vida como si fuera una Siberia bien hecha, de modo que en realidad había estado viviendo en una vasta analogía, comprendiéndolo todo en términos de pasado. Pero ahora estaba bajo un cielo alto y violeta en la superficie de un océano negro petrificado, todo nuevo, todo extraño; era imposible compararlo con nada que hubiera visto antes; y de repente el pasado se le fue de la cabeza y ella dio vueltas en círculo como una niña pequeña que intentara marearse, sin un solo

pensamiento. Un peso le penetró en la carne desde la piel y ya no se sintió hueca; por el contrario, se sintió extremadamente sólida, compacta, equilibrada. Una pequeña roca pensante, girando como una peonza.

Bajaron deslizándose por la escarpada cara de la duna sobre los talones de las botas. Al llegar abajo Nadia le dio un impulsivo abrazo a Ann.

—Oh, Ann, no sé cómo agradecértelo.

Aun a través de los visores entintados del casco pudo ver que Ann sonreía. Una visión rara.

Desde entonces las cosas le parecieron diferentes a Nadia. Oh, sabía que dependía de ella, que se trataba de prestar atención de un modo nuevo, de *mirar.* Pero el paisaje la ayudaba a alimentar esa nueva atención. Al día siguiente dejaron las dunas negras y prosiguieron la marcha hacia lo que llamaban terreno estratificado o laminado. Ésa era la región de arena llana que en el invierno quedaría bajo la falda de CO_2 del casquete polar. Ahora, en pleno verano, era un paisaje conformado en su totalidad por arenosos diseños curvilíneos. Subieron por anchas estelas llanas de arena amarilla, confinadas entre extensas y sinuosas mesas. Las vertientes de las mesas se escalonaban, laminadas exquisita y burdamente a la vez, como madera que hubiera sido cortada y pulida para que mostrara una hermosa fibra. Ninguno de ellos había visto jamás una tierra como aquélla; se pasaban las mañanas recogiendo muestras y perforando, y paseando por los alrededores en un ballet a la zancada marciana, hablando hasta por los codos, Nadia tan excitada como cualquiera de ellos. Ann le explicó que la helada de cada invierno atrapaba una lámina en la superficie. Luego, el viento había cortado los cauces secos y había erosionado los bordes, y cada estrato era más desnudo que el de abajo, de modo que las paredes de los cauces secos se alzaban en cientos de terrazas estrechas.

—Es como si el suelo fuera un plano topográfico de sí mismo —dijo Simón.

Conducían durante el día y salían al anochecer, en crepúsculos purpúreos que duraban hasta justo antes de la medianoche. Perforaban y alcanzaron núcleos arenosos que tenían hielo, laminados hasta donde fueron capaces de bajar. Una noche Nadia estaba subiendo con Ann por una serie de terrazas paralelas, escuchando a medias la explicación de la precesión del afelio y el perihelio, cuando miró hacia atrás al cauce seco y vio que brillaba como limones y albaricoques bajo la luz vespertina y que encima había nubes lenticulares de color verde pálido, imitando a la perfección las curvas del terreno.

—¡Mira! —exclamó.

Ann se volvió y lo vio y se quedó quieta. Observaron las franjas de nubes bajas que flotaban en el cielo.

Al fin la llamada para cenar desde uno de los rovers las trajo de vuelta. Y bajando por las terrazas de arena escalonadas Nadia *supo* que había cambiado... eso, o el planeta se volvía cada vez más extraño y hermoso a medida que viajaban hacia el norte. O las dos cosas.

Avanzaban sobre terrazas llanas de arena amarilla, arena tan fina y dura y limpia de rocas que podían marchar a velocidad máxima, aminorando sólo para subir o bajar de un escalón a otro. De vez en cuando las pendientes curvas entre las terrazas les creaban algunos problemas, y en una o dos ocasiones tuvieron que volverse atrás y buscar otro camino. Pero, por lo general, encontraban una ruta hacia el norte sin dificultad.

En el cuarto día de terreno laminado, las paredes de la meseta que flanqueaban el lecho plano por el que iban se curvaron y se unieron. Los rovers subieron por la hendidura hacia un llano más alto; y allí, ante ellos, en el nuevo horizonte, había una colina blanca, una gran elevación redondeada, como un Ayers Rock blanco. Una colina blanca... ¡era hielo! Una colina de hielo, de cien metros de altura y un kilómetro de ancho... y cuando la rodearon vieron que se prolongaba hacia el norte. Era la punta de un glaciar, quizá una lengua del casquete del polo. En los otros vehículos todos gritaban, y en medio del ruido y la confusión Nadia sólo pudo oír a Phyllis gritando:

—¡Agua! ¡Agua!

Agua, desde luego. Aunque siempre supieron que la encontrarían, todavía era muy sorprendente toparse con toda una colina grande y blanca de agua, la más alta que habían visto en los 5.000 kilómetros de viaje. Les llevó todo aquel primer día acostumbrarse a ella: detuvieron los rovers, la señalaron, charlaron, salieron a mirarla, tomaron muestras de la superficie y perforaron; la tocaron, treparon unos metros. Igual que la arena de alrededor, la colina de hielo estaba horizontalmente laminada, con líneas de polvo separadas por líneas de hielo. El hielo entre las líneas parecía picado y granulado; en aquella presión atmosférica se sublimaba casi a cualquier temperatura, dejando las paredes laterales picadas y carcomidas hasta una profundidad de unos pocos centímetros; debajo era sólido y duro.

—Esto es un *montón* de agua —dijeron todos en algún momento. Agua, en la superficie de Marte...

A la mañana siguiente, la colina glaciar ocultó el horizonte: un muro que los acompañó todo el día. Entonces sí que empezó a parecer un montón de agua, en especial cuando se elevó hasta una altura de unos trescientos metros. En realidad, era una especie de cordillera montañosa que dividía el valle de la cara este. Y luego, en el horizonte del noroeste, apareció otra colina blanca, la cima de otra cordillera que asomaba encima del horizonte, con una base oculta por debajo de el. Otra colina glaciar, una muralla que los obligaba a ir hacia el oeste, se alzaba a unos treinta kilómetros de distancia.

De modo que se encontraban en Chasma Borealis, un valle excavado por el viento que penetraba hacia el norte en el casquete de hielo a lo largo de unos quinientos kilómetros, más de la mitad de la distancia hasta el polo mismo. El suelo era una planicie de arena, dura como cemento, y a menudo con una crujiente capa de escarcha de CO_2. Las paredes de hielo de la grieta eran altas, pero no verticales; se inclinaban hacia atrás en un ángulo de menos de 45°, y como las laderas del terreno laminado, se escalonaban en terrazas, terrazas gastadas por la erosión del viento y la sublimación, las dos fuerzas que a lo largo de decenas de miles de años habían abierto todo ese abismo.

En vez de subir hasta la cabecera del valle, los exploradores se acercaron a la pared occidental, buscando un radiofaro que habían soltado en paracaídas junto con un equipo de minería de hielo. Las dunas de arena en medio de la grieta eran bajas y regulares, y los rovers marcharon por la tierra ondulada, arriba y abajo, arriba y abajo. Entonces, al alcanzar la cresta de una ola de arena, divisaron el cargamento, a no más de dos kilómetros de la pared de hielo noroeste: voluminosos contenedores verde lima sobre esqueléticos módulos de descenso, una visión extraña en aquel mundo blanco, tostado y rosa.

—¡Qué ofensa para la vista! —exclamó Ann, pero Phyllis y George aplaudieron.

Durante la larga tarde, el umbrío lado occidental del hielo pasó por una variada gama de colores pálidos: el hielo de agua más pura era claro y azul, pero la mayor parte de la ladera tenía color de marfil translúcido, teñido de polvo rosa y amarillo. Algunas manchas irregulares de hielo de CO_2, eran de un blanco puro y brillante; había mucho contraste entre el hielo seco y el hielo de agua y delimitar los perfiles reales de la ladera parecía imposible. Y el perfil en escorzo hacía difícil calcular a

ciencia cierta la altura real de la colina; parecía subir eternamente, y era probable que se encontrara entre los trescientos y quinientos metros por encima del suelo de Borealis.

—¡Esto es un *montón* de agua! —exclamó Nadia.

—Y hay más bajo tierra —dijo Phyllis—. Nuestras perforaciones muestran que el casquete en realidad se extiende muchos grados de latitud más hacia el sur de lo que vemos, enterrado bajo el terreno estratificado.

—¡Así que tenemos aquí más agua de la que nunca vamos a necesitar!

Ann frunció los labios con tristeza.

El descenso del equipo de minería había determinado el sitio que ocuparía el campamento para la minería de hielo: la pared oeste de Chasma Borealis, en los 41° de longitud y 83º de latitud norte. Deimos acababa de seguir a Fobos bajo el horizonte; no volverían a verlo hasta que regresaran al sur del grado 82. Las noches de verano eran una hora de crepúsculo púrpura; el resto del tiempo el Sol daba vueltas, nunca más de veinte grados sobre el horizonte. Los seis pasaron largas horas en el exterior, trasladando el extractor de hielo al muro y luego montándolo. El componente principal era una perforadora de túneles robótica, más o menos del tamaño de uno de los rovers. La perforadora entraba en el hielo y enviaba de vuelta tambores cilíndricos de un metro y medio de diámetro. Cuando la pusieron en marcha, emitió un zumbido sonoro y grave, que aún era más alto si apoyaban los cascos contra el hielo o incluso si lo tocaban con las manos. Después de un rato, unos tambores blancos de hielo cayeron pesadamente en un vagón y luego una pequeña carretilla elevadora robot se los llevó a la destilería, que lo derretiría y le quitaría el considerable contenido de polvo, para después volver a congelar el agua en cubos de un metro, más adecuados para las cabinas de carga de los rovers. Más tarde los rovers de transporte serían perfectamente capaces de venir al emplazamiento, cargar y regresar solos a la base, y la base dispondría entonces de un suministro regular de agua. Había alrededor de cuatro o cinco millones de kilómetros cúbicos en el casquete polar visible, estimó Edvard, aunque el cálculo era bastante conjetural.

Pasaron varios días probando el extractor y desplegando una serie de paneles solares. En los largos atardeceres, después de cenar, Ann escalaba la pared de hielo, decía que para tomar más muestras, pero Nadia sabía que sólo quería alejarse de Phyllis, Edvard y George. Y naturalmente quería subir hasta la cima para encontrarse sobre el casquete polar y mirar alrededor, y tomar muestras de los estratos más recientes del hielo. Así que un día, cuando el extractor hubo pasado todas las pruebas de rutina, Nadia, Simón y ella se levantaron al amanecer, justo después de las 2, salieron al aire superfrío de la mañana y treparon, con sombras como de grandes arañas que subían delante. La inclinación del hielo era de unos treinta grados, escarpándose de vez en cuando, a medida que ascendían los toscos escalones del costado estratificado de la colina.

Eran las 7 cuando la pendiente se inclinó hacia atrás y caminaron sobre la superficie del casquete. Al norte había una planicie de hielo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista: un horizonte elevado a unos treinta kilómetros. Mirando hacia el sur pudieron ver muy a lo lejos los remolinos geométricos del terreno estratificado; era el panorama más extenso que Nadia hubiera visto nunca en Marte.

El hielo de la meseta se extendía en capas, como la arena laminada de debajo de ellos, con anchas franjas de sucio polvo rosado. La otra pared de Chasma Borealis se extendía hacia el este, y desde donde ella estaba parecía casi vertical, larga, alta, maciza.

—¡Tanta *agua*! —repitió Nadia—. Es más de la que jamás necesitaremos.

—Depende —dijo Ann con voz ausente, atornillando en el hielo la estructura de la pequeña perforadora. El visor oscurecido se alzó hacia Nadia—. Si los terraformadores se salen con la suya, todo esto se evaporará como rocío en una mañana calurosa. Subirá al aire para formar bonitas nubes.

—¿Sería eso tan malo? —preguntó Nadia.

Ann le clavó la mirada. A través del visor entintado sus ojos parecían cojinetes de bolas.

Aquella noche durante la cena dijo:

—Realmente tendríamos que hacer una escapada hasta el polo. Phyllis sacudió la cabeza.

—No tenemos ni la comida ni el aire.

—Pide que nos dejen caer un cargamento. Esta vez fue Edvard quien negó con la cabeza.

—¡El casquete polar está atravesado por valles casi tan profundos como Borealis!

—No tanto —dijo Ann—. Podrías ir en línea recta. Los valles de remolinos parecen tremendos desde el espacio, pero sólo por la diferencia de albedo entre el agua y el CO_2. Las pendientes reales nunca están a más de seis grados de la horizontal. En realidad sólo es más terreno estratificado.

—Pero, para empezar, ¿qué me dices de la subida al casquete?

—Nos desviaríamos hacia una de las lenguas de hielo que bajan a la arena. Son como rampas que suben hasta el macizo central, y una vez allí, ¡derecho hasta el polo!

—No hay motivo para ir —dijo Phyllis—. Simplemente será un poco más de lo mismo. Y significa más exposición a las radiaciones.

—Y —añadió George—, podríamos usar la comida y el aire que tenemos para examinar los lugares por los que pasamos. Así que eso era lo que pretendían. Ann frunció el ceño.

—Yo soy la directora de estudios geológicos —replicó con brusquedad.

Lo cual bien podía ser cierto, pero como política dejaba mucho que desear, en especial si la comparábamos con Phyllis, que tenía muchos amigos en Houston y Washington.

—Pero no hay ningún motivo geológico para ir al polo —dijo entonces Phyllis con una sonrisa—. Será el mismo hielo. Tú sólo quieres ir.

—¿Y qué? —preguntó Ann—. Todavía hay preguntas científicas que están por contestar allá arriba. ¿Tiene el hielo la misma composición, cuánto polvo...? En cualquier sitio al que vamos por aquí recogemos datos importantes.

—Pero estamos aquí para conseguir agua. No para perder tiempo en tonterías.

—¡No es perder tiempo en tonterías! —dijo Ann—. ¡Obtenemos agua para poder explorar, no exploramos sólo para obtener agua! ¡Lo has entendido al revés! ¡No me cabe en la cabeza a cuántos en esta colonia les pasa lo mismo!

—Veamos qué dice la base —dijo Nadia—. Quizá necesiten nuestra ayuda allí, o tal vez no puedan enviarnos un cargamento, nunca se sabe.

—Apuesto a que terminaremos pidiendo permiso a la UN. —gruñó Ann.

Tenía razón. Frank y Maya no aprobaban la idea, John se mostró interesado pero sin comprometerse. Cuando Arkadi se enteró, la apoyó y declaró que si era necesario enviaría un cargamento de suministros desde Fobos, lo cual, dada la

órbita del satélite, era por lo menos poco práctico. Pero entonces Maya se comunicó con Control de Misión en Houston y Baikonur, y la discusión se extendió. Hastings se opuso al plan, pero en cambio les gustó a Baikonur y a muchos de la comunidad científica.

Por último Ann se puso al teléfono, y habló con una voz seca y arrogante, aunque parecía asustada.

—Soy la directora geológica, y digo que es necesario. No habrá oportunidad mejor para conseguir datos *in situ* sobre el estado original del casquete. Es un sistema delicado, sensible a cualquier cambio en la atmósfera. Y hay planes para llevarlo a cabo, ¿no es verdad? Sax, ¿sigues trabajando en esos molinos de viento?

Sax no había tomado parte en la discusión y tuvieron que llamarlo para que se pusiera al teléfono.

—Sí —dijo cuando se le repitió la pregunta. A Hiroko y a él se les había ocurrido la idea de manufacturar pequeños molinos de viento, que se soltarían desde dirigibles por todo el planeta. Los constantes vientos del oeste los harían girar, y la rotación se convertiría en calor en unas bobinas de la base de los molinos, y ese calor sencillamente se liberaría a la atmósfera. Sax ya había diseñado una factoría automatizada para que los fabricase; confiaba en hacerlos a miles. Vlad señaló que el calor obtenido sería al precio de la disminución de los vientos... no se podía conseguir algo a cambio de nada. En el acto Sax afirmó que ése sería un beneficio secundario, dada la severidad de las tormentas de polvo que a veces provocaba el viento. Un poco de calor por un poco de viento era un gran negocio.

—Por lo tanto, un millón de molinos de viento —dijo en ese momento Ann—. Y es sólo el comienzo. Hablaste de diseminar polvo negro sobre los casquetes polares, ¿no es así, Sax?

—Espesaría la atmósfera más rápidamente que cualquier otra cosa.

—De modo que si te sales con la tuya —dijo Ann—, los casquetes están condenados. Se evaporarán y luego diremos: «Me pregunto cómo eran». Y nunca lo sabremos.

—¿Disponen de suficientes provisiones, de suficiente tiempo? —

preguntó John.

—Nosotros les lanzaremos suministros —repitió Arkadi.

—Quedan cuatro meses de verano —dijo Ann.

—¡Tú lo único que quieres es ir al polo! —exclamó Frank, como un eco de Phyllis.

—¿Y qué? —repuso Ann—. Puede que tú hayas venido aquí a jugar a política de despachos, pero yo pretendo ver un poco el lugar.

Nadia hizo una mueca. Eso acabó con aquella línea de conversación,

y Frank estaría furioso. Lo que nunca era una buena idea. Ann, Ann...

Al día siguiente las oficinas terranas nivelaron la balanza con la opinión de que deberían sacarse muestras del casquete polar en su estado primigenio. No hubo ninguna objeción desde la base, aunque Frank no volvió a intervenir. Simón y Nadia vitorearon:

—¡Al norte hacia el polo! Phyllis sólo sacudió la cabeza.

—No veo la necesidad. George, Edvard y yo nos quedaremos aquí como equipo de apoyo, y nos aseguraremos de que el extractor de hielo funcione bien.

De modo que Ann, Nadia y Simón tomaron el Rover Tres y retrocedieron por Chasma Borealis, dando un rodeo para poner rumbo al oeste, donde uno de los glaciares que se alejaba serpenteando del casquete era una rampa perfecta. La malla de las grandes ruedas mordía el suelo, y el rover rodaba sobre las diversas superficies del casquete, sobre manchas de polvo granulado al descubierto, colinas bajas de hielo duro, campos de cegadora escarcha blanca de CO_2, y el habitual cordón de hielo de agua sublimada. Desde el polo, partían hacia el exterior unos valles poco profundos que parecían remolinos y seguían el sentido de las agujas del reloj; algunos de ellos eran muy anchos. Al atravesarlos bajaron por una cuesta irregular que se perdía en una curva a derecha e izquierda en ambos horizontes, toda ella cubierta por un hielo seco brillante; eso podía durar veinte kilómetros, hasta que todo el mundo visible era blanco. Luego, aparecía ante ellos una cuesta ascendente del hielo más familiar, sucio, de agua roja, estriado por líneas de nivel. Mientras cruzaban el fondo de la hondonada el mundo parecía dividido en dos, blanco detrás, rosa sucio delante. Subiendo por las pendientes que daban al sur encontraron el hielo de agua más carcomido que en ningún otro sitio, pero, tal como señaló Ann, un metro de hielo seco se aposentaba en los inviernos sobre el casquete permanente, destruyendo la frágil filigrana del verano anterior, por lo que los pozos se llenaban todos los años; las grandes ruedas del rover aplastaron limpiamente el hielo.

Más allá de los valles remolino se encontraron en una planicie que se extendía hasta el horizonte en todas direcciones. Detrás del vidrio polarizado y entintado de las ventanillas del rover, el llano era de una blancura inmaculada. En una ocasión pasaron jumo a una colina baja y circular, la marca de algún impacto bastante reciente y cubierta de hielo. Se detuvieron a perforar y tomar muestras. Nadia tuvo que limitar a Ann y a Simón a cuatro perforaciones al día, con el fin de ahorrar tiempo y evitar que los tanques del rover se sobrecargaran. Y no sólo se trataba de las perforaciones: a menudo pasaban junto a rocas negras aisladas, que descansaban en el hielo como esculturas de Magritte... meteoritos. Recogieron los más pequeños y tomaron muestras de los grandes, y una vez encontraron uno tan grande como el rover. Estaban compuestos de níquel y hierro, o eran condritos rocosos. Mientras sacaba astillas de uno de los condritos con un cincel, Ann le dijo a Nadia:

—¿Sabes que en la Tierra han encontrado meteoritos procedentes de Marte? También sucede al revés, aunque es menos frecuente. Haría falta un impacto realmente grande para arrancar rocas del campo gravitatorio de la Tierra con la velocidad suficiente para que lleguen aquí. Una delta y de quince kilómetros por segundo, como mínimo. He oído decir que alrededor del dos por ciento del material proyectado fuera del campo de la Tierra terminaría en Marte. Pero sólo los más grandes, como el impacto límite C/T. Resultaría extraño encontrar aquí un pedazo del Yucatán, ¿no?

—Pero eso ocurrió hace sesenta millones de años —dijo Nadia—. Estaría enterrado bajo el hielo.

Más tarde, caminando de regreso al rover, Ann dijo:

—Bueno, si derriten el hielo encontraremos algunos. Tendremos un museo entero de meteoritos, posados alrededor en la arena.

Cruzaron más valles remolino, volviendo de nuevo a la rutina del arriba-y-abajo, como barcos sobre las olas, aunque esta vez eran las olas más grandes con que habían topado, cuarenta kilómetros de cresta a cresta. Desde las veintidós horas hasta las cinco de la madrugada se detenían en montes o en bordes de cráteres sepultados y disfrutaban de un buen panorama; y oscurecieron las ventanas con una doble polarización para dormir algo por la noche.

Entonces, una mañana, mientras avanzaban haciendo crujir el terreno, Ann

encendió la radio y se puso a trabajar con los satélites areosincrónicos.

—No es fácil encontrar el polo —dijo—. Los primeros exploradores terranos pasaron un infierno en el norte, estuvieron todo el tiempo allí arriba en pleno verano y no podían ver las estrellas y no había satélites que los orientasen.

—¿Y cómo lo hicieron? —preguntó Nadia, con repentina curiosidad. Ann lo pensó y sonrió.

—No lo sé. Sospecho que no muy bien. Probablemente navegación a ojo.

Nadia se sintió intrigada por el problema y comenzó a trabajar sobre él en un cuaderno de notas. La geometría nunca había sido su fuerte, pero probablemente, en el polo norte, en un día de pleno verano, el sol describiría un círculo perfecto alrededor del horizonte, siempre a la misma altura. Entonces, si estuvieras cerca del polo y se acercara el solsticio de verano, podrías utilizar un sextante para verificar una y otra vez la altura del sol sobre el horizonte... ¿Era correcto eso?

—Ya lo tengo —dijo Ann.

—¿Qué?

Detuvieron el rover, miraron en derredor. La planicie blanca ondulaba hasta el horizonte próximo, monótona salvo por un par de anchas líneas de nivel de color rojo. Las líneas no se ondulaban en círculos alrededor de ellos y no parecía que se encontraran en la cima de nada.

—¿Dónde exactamente? —preguntó Nadia.

—Bueno, en alguna parte un poco más al norte. —Ann volvió a sonreír.— Algo así como un kilómetro. Quizá por ahí. —Señaló hacia la derecha.— Tendremos que acercarnos un poco y verificarlo de nuevo con el satélite. Un poco de triangulación y seremos capaces de dar con el lugar exacto. Bueno, con un margen aproximado de cien metros.

—¡Si nos empeñásemos, podríamos conseguirlo con un margen de un metro! —dijo Simón entusiasmado—. ¡Precisemos la posición!

De modo que condujeron durante un minuto, consultaron la radio, giraron en ángulo recto, partieron de nuevo e hicieron otra consulta. Por último Ann declaró que ya estaban allí, o bastante cerca. Simón dio instrucciones a la computadora para que siguiera trabajando; se pusieron los trajes, salieron fuera y vagaron un poco por los alrededores, como para cerciorarse de que habían llegado. Ann y Simón hicieron una perforación. Nadia siguió caminando, en una espiral que se expandía y se alejaba del coche. Una planicie blanca rojiza, el horizonte a unos cuatro kilómetros de distancia; demasiado cerca; se le ocurrió de pronto, igual que durante la puesta de sol en la duna negra, que aquello era alienígena: una aguda conciencia del horizonte estrecho, la gravedad vaga, un mundo tan grande y sin embargo no mayor... y ahora se hallaba de pie justo en el polo norte. Era L_s=92, tan cerca del solsticio de verano como se podía pedir, de modo que si se ponía de cara al sol y dejaba de moverse, el sol permanecería horizontal y giraría alrededor de ella el resto del día, ¡o el resto de la semana! Era extraño. Estaba dando vueltas como una peonza. Si se quedaba quieta el tiempo suficiente, ¿lo sentiría?

El visor polarizado reducía el resplandor del sol sobre el hielo a un arco iris de puntos cristalinos. No hacía mucho frío. Podía sentir una brisa ligera contra la palma levantada de la mano. Una bonita veta roja de laminas sedimentarias cruzaba el horizonte como una línea de longitud. Se rió de la idea. Había un anillo de hielo muy débil alrededor del Sol, lo suficientemente grande como para que el arco bajo rozara el horizonte. El hielo estaba sublimándose en el casquete polar y centelleaba arriba en los cristales del anillo. Sonriendo, estampó las huellas de sus botas en el polo norte de Marte.

Aquella noche alinearon los polarizadores de modo que en las ventanas del módulo apareció una imagen muy difuminada del desierto blanco. Nadia se reclinó con una bandeja de comida vacía en el regazo, sorbiendo una taza de café. El reloj digital saltó de las 23:59:59 a las 00:00:00, y se detuvo. Su inmovilidad acentuó la quietud en el coche. Simón estaba dormido; Ann se encontraba en el asiento del conductor, contemplando el paisaje, la cena a medio comer. Ningún sonido excepto la respiración del ventilador.

—Me alegro de que nos trajeras hasta aquí —dijo Nadia—. Ha sido maravilloso.

—Alguien tenía que disfrutarlo —dijo Ann. Cuando estaba enfadada o resentida la voz se le volvía apagada y distante, casi neutra—. No durará mucho aquí.

—¿Estás segura, Ann? Aquí tiene cinco kilómetros de profundidad,

¿no es lo que tú dijiste? ¿De verdad crees que desaparecerá sólo porque lo cubra el polvo negro?

Ann se encogió de hombros.

—Dependerá de hasta qué punto lo calentemos. Y de la cantidad de agua que haya en el planeta, y de la que salga del regolito a la superficie cuando calentemos la atmósfera. No sabremos nada hasta que ocurra. Pero sospecho que este casquete es el principal cuerpo de agua expuesto al aire, y será el más sensible. Podría sublimarse casi por completo antes de que una parte importante del permafrost se acerque a los cincuenta grados del punto de fusión.

—¿Por completo?

—Oh, se depositará un poco cada invierno, seguro. Pero en una perspectiva global, no hay *tanta* agua. Éste es un mundo seco, la atmósfera es superárida, hace que la Antártida parezca una jungla, ¿y recuerdas cómo nos resecaba aquel lugar? De modo que si la temperatura subiera lo suficiente, el hielo se sublimaría a un ritmo increíblemente rápido. Todo este casquete pasaría a la atmósfera y se desplazaría hacia el sur, donde se helaría por las noches. Así que, en realidad, sería redistribuido de una forma más o menos regular sobre todo el planeta, como escarcha de un centímetro de espesor. —Esbozó una sonrisa torva.— Más delgada, por supuesto, pues la mayor parte permanecería en el aire.

—Pero, entonces, si hace aún más calor, la escarcha se derretirá, y lloverá. De ese modo tendremos ríos y lagos, ¿no?

—Si la presión atmosférica es lo bastante alta. El agua líquida en superficie depende tanto de la presión del aire como de la temperatura. Si las dos suben, en cuestión de décadas podríamos estar caminando sobre arena aquí mismo.

—Menuda colección de meteoritos tendríamos entonces —dijo Nadia,

tratando de aligerar el ánimo de Ann.

No funcionó. Ann frunció los labios, miró por la ventana, y sacudió la cabeza. Podía llegar a sentirse muy intranquila; era imposible explicarlo sólo por Marte, tenía que haber algo más, algo que explicara ese intenso torbellino interno, esa cólera. La tierra de Bessie Smith. Era duro verlo. Cuando Maya se sentía triste se parecía a Ella Fitzgerald cantando un blues, sabías que se trataba de un espectáculo, la emoción simplemente se derramaba a través de la puesta en escena. Pero cuando Ann se sentía desdichada, dolía verlo.

En ese momento levantó el plato de lasaña y se echó hacia atrás para meterlo en el microondas. Detrás de ella, el yermo blanco centelleaba bajo un cielo negro, como si el mundo exterior fuera el negativo de una fotografía. De pronto, la pantalla del reloj marcó las 00:00:01.

Cuatro días más tarde estaban lejos del hielo. Mientras desandaban la ruta de

vuelta adonde esperaban Phyllis, George y Edvard, los tres viajeros subieron por una pendiente y se detuvieron. Había una estructura en el horizonte. En el sedimento llano del fondo de la sima se levantaba un templo griego clásico, seis columnas dóricas de mármol blanco, coronadas por un tejado circular y plano.

—¿Qué demonios es eso?

Cuando se acercaron vieron que las columnas estaban hechas de tambores de hielo sacados del extractor, apilados uno sobre otro. El disco que servía como techo estaba toscamente tallado.

—Fue idea de George —dijo Phyllis por radio.

—Me di cuenta de que los cilindros de hielo eran del mismo diámetro que las columnas de los griegos —dijo George, todavía satisfecho consigo mismo—. Después todo resultó obvio. Y el extractor funciona a la perfección, así que dispusimos de algún tiempo libre.

—Queda muy bien —dijo Simón. Y era verdad: monumento alienígena, visita de los sueños, brillaba como carne en el largo crepúsculo, como si la sangre corriera bajo el hielo—. Un templo a Ares.

—A Neptuno —corrigió George—. No creo que deseemos invocar muy a menudo a Ares.

—En especial con el grupo que hay en el campamento —dijo Ann.

Mientras conducían hacia el sur, la carretera de huellas y radiofaros corría delante de ellos, tan nítida como cualquier autopista asfaltada. No fue necesario que Ann les hiciera notar hasta qué punto esto cambiaba las sensaciones del viaje; ya no estaban explorando tierra virgen, y la naturaleza del paisaje era distinta, hendida a izquierda y derecha por las líneas paralelas de rodadas entrecruzadas y por las latas verdes, ligeramente oscurecidas con polvo escarchado, que marcaban «el camino». Ya no era un yermo... después de todo, ése era el propósito: abrir carreteras. Podían encomendar la conducción al piloto automático del Rover Tres, y a menudo lo hacían.

Rodaban a treinta km/h, mirando el paisaje dividido en dos, o hablando, lo que era poco frecuente, excepto la mañana en que se enzarzaron en una discusión sobre Frank Chalmers: Ann mantenía que era completamente maquiavélico, Phyllis insistía en que no era peor que cualquier otro en el poder, y Nadia, que recordó las charlas con él acerca de Maya, sabía que era un hombre muy complicado. Pero la falta de discreción de Ann la consternó, y mientras Phyllis se embarcaba en la historia de cómo Frank los había mantenido unidos en los últimos meses del viaje, Nadia le echó una mirada feroz a Ann, tratando de darle a entender que estaba hablando en el grupo equivocado. Más adelante, Phyllis usaría esas indiscreciones contra ella, evidente. Pero Ann era muy mala interpretando miradas.

Entonces, de pronto, el rover frenó y aminoró la velocidad hasta detenerse. Nadie había estado mirando afuera, y de un salto todos se plantaron ante la ventana.

Allí, delante de ellos, había una lámina blanca y plana de unos cien metros que cubría el camino.

—¿Qué es eso? —gritó George.

—Nuestra bomba de permafrost —dijo Nadia, señalando—. Tiene que haberse roto.

—¡O ha funcionado demasiado bien! —exclamó Simón—. ¡Es hielo de agua!

Pasaron el rover a manual y se acercaron. El vertido cubría el camino como un flujo de lava blanca. Lucharon para ponerse los trajes, salieron del módulo, y

caminaron hasta el borde del líquido congelado.

—Nuestra propia pista de hielo —dijo Nadia, y fue hacia la bomba. Abrió el almohadillado aislante y miró—. Aja... un agujero en el aislamiento... el agua se congeló justo aquí, y atascó la llave de paso, que estaba abierta. Bastante presión, yo diría. Al fin el agua se congeló.

Un martillazo y quizá tengamos nuestro propio geiser en miniatura.

Fue hasta el armario de herramientas, en la parte inferior del módulo, y sacó un pico.

—¡Cuidado!

Le dio un único golpe a la masa blanca de hielo, en el punto donde la bomba se unía con el tubo de alimentación. Un chorro grueso de agua subió un metro en el aire, y todos gritaron. El agua cayó salpicando la lámina blanca de hielo. Humeaba aún cuando se congeló a los pocos segundos, formando una hoja blanca lobulada sobre el hielo ya existente.

—¡Miren!

También el agujero se congeló, el chorro de agua se interrumpió y el vapor se dispersó.

—¡Miren a qué velocidad se ha congelado!

—Parece como uno de esos cráteres líquidos —comentó Nadia con una sonrisa.

Había sido un espectáculo hermoso, con el agua derramándose y soltando vapor frenéticamente mientras se congelaba.

Nadia picó el hielo alrededor de la válvula de cierre mientras Ann y Phyllis discutían sobre la migración del permafrost y las cantidades de agua en aquella latitud, etc. Uno pensaría que ya estarían hartas. Pero se caían realmente mal y eran incapaces de dominarse. No harían juntas otro viaje, no cabía duda. La misma Nadia se resistiría a viajar de nuevo con Phyllis, George y Edvard, eran demasiado pagados de sí mismos, un grupo en exceso cerrado. Pero Ann también estaba demasiado alejada de los demás; si no se andaba con cuidado se quedaría sin nadie que la acompañara en sus expediciones. Por ejemplo, Frank... ese comentario la otra noche, y luego elegir a Phyllis para decirle lo horrible que era él... increíble.

Y si apartaba a todo el mundo menos a Simón, se moriría por tener una charla, pues Simón Frazier era el más silencioso de los cien. Apenas si había dicho veinte frases en todo el viaje: era extraño, como ir con un sordomudo. Salvo, quizá, que hablara con Ann cuando estaban solos,

¿quién podía saberlo?

Nadia cerró la válvula y luego cubrió toda la bomba.

—Tan al norte necesitaremos un aislamiento todavía más grueso —

dijo para nadie en particular mientras llevaba las herramientas al rover. Estaba cansada de tanto tiroteo verbal, ansiosa por regresar al campamento y a su trabajo. Tenía ganas de hablar con Arkadi; ella haría reír. Y sin intentarlo, sin siquiera saber exactamente cómo, también ella lo haría reír.

Guardaron algunos trozos del vertido de hielo con el resto de las muestras, y dispusieron cuatro radiofaros para guiar a los pilotos robot.

—Aunque quizá se sublime, ¿no? —dijo Nadia. Ann, ensimismada, no oyó la pregunta.

—Hay un montón de agua aquí arriba —musitó para sí misma, como preocupada.

—Tienes toda la maldita razón —exclamó Phyllis—. ¿Y ahora por qué no

echamos un vistazo a esos depósitos que vimos en el extremo norte de Mareotis?

A medida que se acercaban a la base, Ann se volvió más solitaria y lacónica, la cara tensa como una máscara.

—¿Qué sucede? —le preguntó Nadia una noche, cuando estaban fuera juntas arreglando un radiofaro defectuoso.

—No quiero volver —repuso Ann. Estaba arrodillada junto a una roca, astillando una lasca—. No quiero que este viaje termine. Me gustaría seguir viajando todo el tiempo, bajar a los cañones, subir al borde de los volcanes, entrar en el caos y las montañas que rodean Hellas. No quiero parar nunca. —Suspiró.— Pero... soy parte del equipo. Así que tengo que bajar de nuevo al cuchitril con todos los demás.

—¿De verdad es tan malo? —preguntó Nadia, pensando en las hermosas cámaras abovedadas, en el humeante baño de hidromasaje, en un vaso de vodka helado.

—¡Tú sabes que sí! Veinticuatro horas y media al día, bajo tierra en esos cuartos pequeños, con Maya y Frank y sus intrigas políticas, Arkadi y Phyllis discutiéndolo todo, ahora entiendo por qué, créeme... y George quejándose y John flotando en una nube e Hiroko obsesionada con su pequeño imperio... también Vlad, también Sax... quiero decir, ¡vaya grupo!

—No es peor que cualquier otro. Ni peor ni mejor. Tienes que aceptarlo. No podrías estar aquí sola.

—No. Pero, en cualquier caso, cuando estoy es como si no estuviera.

¡Es como estar de vuelta en la nave!

—No, no —dijo Nadia—. Has olvidado cómo era. —Le dio un puntapié a la roca en la que trabajaba Ann, y ésta alzó la vista, sorprendida.— Puedes patear las piedras, ¿ves? Estamos aquí, Ann. Aquí en Marte, de pie en su superficie. Y todos los días puedes salir e ir de aquí para allá. Y con el puesto que ocupas, harás más viajes que nadie.

Ann apartó la vista.

—Lo que pasa es que a veces no parece suficiente. Nadia la miró.

—Oye, Ann, lo que nos mantiene bajo tierra es la radiación más que cualquier otra cosa. Lo que estás diciendo en realidad es que quieres que la radiación desaparezca. Lo que significa espesar la atmósfera, lo que significa terraformar.

—Lo sé. —Habló con una voz tensa, tan tensa que de pronto el cuidado tono neutro se perdió y se olvidó.— ¿Es que crees que no lo sé?

—Se levantó y sacudió el martillo.— ¡Pero no es justo! Quiero decir, miro esta tierra y... y la *amo.* Quiero estar fuera y recorrerla siempre, estudiarla, vivir en ella, conocerla. Pero cuando lo hago, la altero... destruyo lo que es, lo que amo. Esta carretera que hemos hecho, ¡me duele verla! Y el campamento base es como el pozo abierto de una mina, en medio de un desierto que no ha sido tocado nunca desde el comienzo del tiempo. Es tan feo, tan... No quiero hacerle eso a todo Marte, Nadia, no quiero. Preferiría morir. Dejemos el planeta en paz, dejemos su soledad y que la radiación haga lo que quiera. Es sólo una cuestión de estadística, de todas maneras, quiero decir que si eleva mi probabilidad de desarrollar cáncer a una de diez, ¡entonces nueve veces de cada diez estoy bien!

—Perfecto para ti —dijo Nadia—. O para cualquier individuo. Pero para el grupo, para todas las cosas vivas que hay aquí... ya sabes, el daño genético. Con el tiempo nos dañará. No puedes pensar sólo en ti.

—Parte de un equipo —dijo Ann con voz apagada.

—Bueno, lo eres.

—Lo sé. —Suspiró.— Todos lo diremos. Todos seguiremos adelante y haremos que el lugar sea seguro. Carreteras, ciudades. Cielo nuevo, tierra nueva. Hasta que sea una especie de Siberia o de Territorios del Noroeste, y Marte ya no exista, y nosotros estaremos aquí, y nos preguntaremos por qué nos sentimos tan vacíos. Por qué cuando miramos este mundo no somos capaces de ver nada más que nuestras propias caras.

En el sexagésimo segundo día de la expedición vieron penachos de humo sobre el horizonte meridional, hebras marrones, grises, blancas y negras que se elevaban y se mezclaban y se hinchaban hasta convertirse en una nube, un hongo chato, cuyas volutas se alejaron hacia el este.

—De nuevo en casa, de nuevo en casa —dijo Phyllis con alegría.

Las rodadas dejadas en el viaje de ida, cubiertas a medias por el polvo, los guiaron de vuelta al humo: a través de la zona de carga, a través de un terreno surcado por marcas de ruedas, a través de tierra pisoteada hasta convertirse en arena rojiza, más allá de zanjas y montículos, pozos y cosas apiladas, y finalmente hasta la gran loma desnuda del habitat permanente, un reducto cuadrado de tierra, ahora coronado por una red plateada de vigas de magnesio. Ese cuadro despertó el interés de Nadia pero, a medida que avanzaban hacia el interior, no pudo evitar ver el desorden de estructuras, embalajes, tractores, grúas, depósitos de repuestos, depósitos de basura, molinos de viento, paneles solares, depósitos elevados de agua, carreteras de hormigón que iban hacia el este, el oeste y el sur, extractores de aire, los edificios bajos del cuartel de los alquimistas, sus chimeneas emitiendo los penachos de humo que habían visto; las pilas de vidrio, los conos redondeados de grava gris, los grandes montículos de regolito en bruto junto a la factoría de cemento, los pequeños montículos de regolito diseminados por todas partes. Tenía el aspecto desordenado, funcional, feo, de Vanino, o Usman o de cualquiera de las ciudades estalinistas de industria pesada en los Urales, o de los campos petrolíferos de Yakut. Atravesaron cinco kilómetros de esa devastación, y Nadia no se atrevió a mirar a Ann, sentada en silencio junto a ella, irradiando disgusto y repugnancia. También Nadia estaba aturdida, y sorprendida por el cambio en su propia actitud; todo esto le había parecido muy normal antes del viaje, de hecho la había complacido enormemente. Ahora se sentía un poco asqueada, y temerosa de que Ann pudiera hacer algo violento, en especial si Phyllis decía algo más. Pero Phyllis mantuvo la boca cerrada y entraron en el solar de los tractores fuera del garaje norte y se detuvieron. La expedición había terminado.

Uno a uno acoplaron los rovers a la pared del garaje y salieron a gatas por las puertas. Rostros familiares se apiñaron alrededor, Maya, Frank, Michel, Sax, John, Úrsula, Spencer, Hiroko y el resto, como hermanos y hermanas de verdad, pero tantos que Nadia se sintió abrumada, se encogió como una anémona, y le fue difícil hablar. Quiso retener algo que sintió que se le escapaba, y miró alrededor en busca de Ann y de Simón, pero estaban atrapados por otro grupo y parecían aturdidos, Ann estoica, una máscara de sí misma.

Phyllis contó la historia por ellos.

—Fue hermoso, realmente espectacular, el sol brillaba todo el tiempo, y el hielo está allí de verdad, tenemos acceso a un montón de agua, cuando estás en ese casquete polar es como si estuvieras en el Ártico...

—¿Encontraron algo de fósforo? —preguntó Hiroko.

Era increíble ver la cara de Hiroko, preocupada por sus plantas y la escasez de

fósforo. Ann le contó que había encontrado montones de sulfatos en los cráteres de Acidalia, así que se fueron juntas a examinar las muestras. Nadia siguió a los otros por el corredor subterráneo de paredes de hormigón hacia el habitat permanente, pensando en una ducha de verdad y en verduras frescas, escuchando a medias a Maya que le daba las últimas noticias. Estaba en casa.

De vuelta al trabajo; y, como antes, era implacable y de múltiples facetas, una lista interminable de cosas por hacer, y siempre sin disponer de suficiente tiempo, porque aunque algunas tareas ocupaban poco tiempo humano, no como Nadia había temido, siendo adecuadas para los robots, todo lo demás requería en verdad una larga dedicación. Y ninguna de esas tareas le dio la alegría que había tenido construyendo las cámaras abovedadas, aunque fueran interesantes como problema técnico.

Si querían que la plaza central bajo la cúpula tuviese alguna utilidad, había que poner unos cimientos que desde el fondo hasta la superficie estuvieran compuestos de grava, hormigón, grava, fibra de vidrio, regolito y, por último, tierra tratada. La misma cúpula se haría de láminas dobles de vidrio grueso tratado, para mantener la presión, reducir los rayos ultravioletas y un cierto porcentaje de radiación cósmica. Cuando todo esto estuviera hecho, tendrían un atrio central ajardinado de 10.000 metros cuadrados, un plan en verdad elegante y satisfactorio. Pero a medida que Nadia trabajaba en los diversos aspectos de la estructura, descubrió que se distraía, que tenía el estómago tenso. Maya y Frank ya no se hablaban en sus papeles oficiales, lo que indicaba que su relación privada marchaba muy mal; y Frank tampoco parecía querer hablar con John, lo que era una pena. La relación rota entre Sasha y Yeli se había convertido en una especie de guerra civil entre sus amigos, y el grupo de Hiroko, Iwao, Paul, Ellen, Rya, Gene y Evgenia y los demás, quizá como reacción a todo eso, pasaba los días en el patio interior o en los invernaderos, viviendo juntos allí, más reservados que nunca. Vlad y Úrsula y los demás del equipo médico estaban absortos en la investigación, casi hasta el punto de excluir el trabajo clínico con los colonos, lo que enfurecía a Frank; y los ingenieros genéticos se pasaban todo el tiempo en el parque de remolques reconvertido, en los laboratorios.

Y, sin embargo, Michel Duval se comportaba como si nada fuera anormal, como si él no fuera el psicólogo de la colonia. Pasaba un montón de tiempo viendo la televisión francesa. Cuando Nadia le preguntó por Frank y John, le respondió con una mirada vacía.

Llevaban en Marte 420 días, y los primeros segundos del nuevo universo habían desaparecido. Ya no se reunían para planificar el trabajo del día siguiente o hablar de lo que hacían. «Estamos demasiado ocupados», contestaban todos a Nadia. «Bueno, es muy complicado explicarlo, ya sabes, te dormirías de aburrimiento. Me sucede a mí.» Y así sucesivamente.

Y entonces, en sus ratos de ocio, veía mentalmente las dunas negras, el hielo blanco, las figuras recortadas contra un cielo crepuscular. Se estremecía y volvía a la realidad con un suspiro. Ann ya había preparado otra expedición y se había marchado, en esta ocasión al sur, a los brazos más septentrionales del gran Valle Marineris, para ver otras maravillas inimaginables. Pero a Nadia la necesitaban en el campamento, sin importar si quería o no estar con Ann en los cañones. Maya se quejó del tiempo que Ann pasaba fuera. «Es evidente que ella y Simón han iniciado algo y disfrutan de una luna de miel mientras nosotros trabajamos aquí como esclavos.» Así era como Maya veía las cosas. Pero Ann estaba en los cañones, y eso era todo lo que hacía falta para que fuera feliz. Si ella y Simón habían comenzado algo personal, sería una extensión natural de todo aquello, y Nadia esperó que fuera verdad, sabía que Simón amaba a Ann, y ella había sentido la presencia de una soledad inmensa en Ann, algo que necesitaba un contacto humano. ¡Ojalá pudiera

unirse a ellos otra vez!

Pero tenía que trabajar. Y trabajó, supervisó a la gente en los emplazamientos de construcción, se paseó por las obras y se irritó por el trabajo chapucero de sus amigos. La mano dañada había recuperado parte de su fuerza durante el viaje, de modo que otra vez podía conducir tractores y bulldozers; pasó largos días haciéndolo, pero ya no era lo mismo.

En L_s=208° Arkadi bajó a Marte por primera vez. Nadia fue al nuevo espaciopuerto y esperó de pie al borde de la ancha extensión de cemento y polvo, saltando de un pie a otro para calentarse. El cemento de tierra de siena quemado ya estaba marcado por las manchas amarillas y negras de descensos anteriores. La burbuja de Arkadi apareció en el cielo rosa, un punto blanco y luego una llama amarillenta, como el escape de gases de una chimenea invertida. Por último se transformó en una semiesfera geodésica con cohetes y patas en la parte inferior, que bajaba a la deriva sobre una columna de fuego, y aterrizó con asombrosa delicadeza justo en el punto central. Arkadi había estado trabajando en el programa de descenso, al parecer con buenos resultados.

Salió por la compuerta del transbordador unos veinte minutos después, y se irguió en el escalón, mirando en torno. Bajó con seguridad por la escalera, y ya en el suelo dio unos saltos experimentales sobre las puntas de los pies, avanzó unos pasos, luego dio unas vueltas, con los brazos abiertos. Nadia tuvo un súbito y punzante recuerdo de cómo había sido, de aquella sensación de estar hueca. En ese momento él se cayó. Ella corrió hacia Arkadi, él la vio, se levantó y avanzó directamente hacia ella y volvió a tropezar y caer sobre el áspero cemento Portland. Lo ayudó a ponerse de pie y se fundieron en un abrazo y se tambalearon, él con su enorme traje presurizado, ella con el traje elástico. La cara peluda de él parecía escandalosamente real a través de los visores; el vídeo le había hecho olvidar la tercera dimensión y esas otras cosas que hacían que la realidad fuera tan vivida, tan real. Arkadi golpeó despacio el visor del casco contra el de ella, esbozando una sonrisa de loco. Ella sintió que la cara se le distendía en una sonrisa parecida.

Él señaló su consola de muñeca y pasó a la frecuencia privada, 4224;

ella hizo lo mismo.

—Bienvenido a Marte.

Alex, Janet y Roger habían acompañado a Arkadi, y cuando todos salieron del transbordador subieron al modelo Ts abierto y Nadia los llevó de vuelta a la base. Fueron primero por el camino pavimentado, luego dieron un rodeo y pasaron por el Cuartel de los Alquimistas. Les habló de cada edificio, y de pronto se sintió nerviosa, recordando la impresión que había tenido después del viaje al polo. Se detuvieron delante de la antecámara del garaje y ella los condujo dentro. Allí hubo otra reunión de familia.

Más tarde aquel mismo día Nadia guió a Arkadi por el cuadrado de cámaras subterráneas, una puerta tras otra, un cuarto amueblado tras otro, por todos y cada uno de los veinticuatro que había, y después al atrio. El cielo tenía un color rubí a través de los paneles de vidrio, y los puntales de magnesio brillaban como plata pulida.

—¿Y bien? —dijo al fin Nadia, incapaz de contenerse más—. ¿Qué te parece?

Arkadi rió y le dio un abrazo. Aún seguía enfundado en el traje espacial, y la cabeza le asomaba sobre el hueco abierto del cuello; lo sintió acolchado y voluminoso en el traje, y deseó que no lo tuviera puesto.

—Bueno, hay cosas que están bien y otras que están mal. Pero ¿por qué es tan feo? ¿Por qué tan triste?

Nadia se encogió de hombros, irritada.

—Hemos estado ocupados.

—También nosotros en Fobos, ¡pero tendrías que verlo! Hemos recubierto las paredes de todas las galerías con paneles de níquel y bandas de platino, y hemos decorado las superficies de los paneles con diseños iterados que los robots activan por la noche, reproducciones de Escher, espejos desviados que dan imágenes infinitas, paisajes de la Tierra, ¡tendrías que verlo! Puedes poner una vela encendida en algunas de las cámaras y parece las estrellas en el cielo, o un cuarto en llamas. Cada cuarto es una obra de arte, ¡espera a verlo!

—Estoy ansiosa. —Nadia sacudió la cabeza y le sonrió.

Aquella noche celebraron una gran cena comunal en las cuatro cámaras conectadas que formaban la estancia más grande del complejo. Comieron pollo, hamburguesas de soja y enormes ensaladas, y todo el mundo hablaba al mismo tiempo, por lo que parecía una reminiscencia de los mejores meses en el *Ares,* o incluso en la Antártida. Arkadi se levantó para hablarles del trabajo en Fobos.

—Me alegro de estar por fin en la Colina Subterránea. —Les dijo que ya casi habían acabado de cerrar la cúpula de Stickney, y debajo de ella habían excavado largas galerías en la roca fracturada, siguiendo las vetas de hielo hasta el mismo interior de la luna.— Si no fuera por la falta de gravedad, sería un lugar maravilloso —concluyó—. Pero eso es algo que no podemos solucionar. Pasamos la mayor parte del tiempo libre en el tren de gravedad de Nadia, pero es muy estrecho, y mientras tanto todo el trabajo se desarrolla en Stickney, o debajo. Así que pasamos mucho tiempo en la ingravidez o haciendo ejercicio, y aun así hemos perdido fuerza. Hasta la *g* marciana me agota, ahora mismo estoy mareado.

—¡Tú siempre estás mareado!

—Así que debemos turnar los equipos allá arriba, o dirigir la estación por robot. Estamos pensando en bajar todos para siempre. Ya hemos hecho nuestro trabajo allá, y ahora hay una estación espacial terminada para aquellos que nos sigan. ¡Ahora queremos nuestra recompensa aquí abajo! —Levantó su copa.

Frank y Maya fruncieron el ceño. Nadie desearía subir a Fobos, pero Houston y Baikonur querían que estuviera siempre tripulada. Maya exhibía aquella expresión que todos le habían visto en el *Ares,* la que indicaba que todo era culpa de Arkadi; cuando él la vio estalló en una carcajada.

Al día siguiente, Nadia y varios otros lo guiaron en un recorrido más detallado por la Colina Subterránea y las instalaciones circundantes, y él se pasó todo el tiempo sacudiendo la cabeza con esa mirada suya de ojos saltones que hacía que uno deseara sacudir también la cabeza mientras él decía: «sí pero, sí, pero», y se lanzaba a una crítica pormenorizada tras otra; incluso Nadia empezó a irritarse con él. Aunque era difícil negar que la zona de la Colina Subterránea estaba destrozada, machacada hasta el horizonte en todas direcciones, dando la impresión de que continuaba así por todo el planeta.

—Es fácil dar color a los ladrillos —dijo Arkadi—. Añadan óxido de manganeso de la fundición del magnesio y tendrán ladrillos de un blanco puro. Para el negro empleen el carbono sobrante del proceso Bosch. Puede conseguirse cualquier tonalidad de rojo variando la cantidad de óxidos férricos, incluyendo algunos escarlatas extraordinarios. Azufre para los amarillos. Y debe de haber algo para los verdes y azules, no sé qué, pero quizá lo sepa Spencer, tal vez algún polímero obtenido a partir del azufre, no lo sé. Pero un verde brillante quedaría maravilloso en un lugar tan rojo. El cielo le dará una tonalidad negruzca, pero aun así seguirá siendo verde y el ojo se siente atraído por el verde.

»Y luego, con esos ladrillos de colores, se levantan paredes como mosaicos. Es hermoso. Cada uno puede tener su propia pared o edificio, lo que quiera. Todas las

factorías del Cuartel de los Alquimistas parecen retretes o latas de sardinas desechadas. Los ladrillos ayudarán a aislarlas, así que hay una buena razón científica, pero, sinceramente, es aún más importante que tengan buen aspecto, que esto parezca nuestro hogar. Ya he vivido demasiado tiempo en un país que sólo pensaba en lo que es útil. Hemos de demostrar que aquí valoramos algo más, ¿sí?

—No importa lo que hagamos con los edificios —señaló Maya bruscamente—, la superficie de alrededor seguirá estropeada como ahora.

—¡No necesariamente! Mira, cuando se acabe la construcción, será posible nivelar el terreno y devolverlo a su configuración original, y luego soltar unas rocas sobre la superficie para que imite la planicie aborigen. Las tormentas depositarán la arena necesaria en poco tiempo, y luego, si la gente camina por senderos, y los vehículos marchan por carreteras o caminos, pronto tendrá el aspecto del terreno original, ocupado aquí y allá por coloridos edificios con mosaicos, y cúpulas de vidrio llenas de verde, y caminos de ladrillo amarillo o qué sé yo. ¡Por supuesto que tenemos que hacerlo! ¡Es una cuestión de espíritu! Y con eso no quiero decir que se podía haber hecho antes, había que instalar la infraestructura y eso siempre trae complicaciones, pero ahora estamos preparados para el arte de la arquitectura. — Agitó las manos, se detuvo de repente y abrió mucho los ojos ante las expresiones dubitativas enmarcadas en los visores que lo rodeaban.— Bueno, es sólo una idea,

¿no?

Sí, pensó Nadia, mirando alrededor con interés, tratando de imaginarlo. Quizá ella pudiera volver a trabajar con el gusto de antes. Quizá entonces le parecería distinto a Ann...

—Arkadi y sus ideas —comentó Maya en la piscina aquella noche en tono agrio—. Justo lo que nos hace falta.

—Pero son buenas ideas —dijo Nadia. Salió del agua, tomó una ducha y se puso un mono.

Algo más tarde aquella noche volvió a encontrarse con Arkadi y lo condujo a ver las cámaras del noroeste en la Colina Subterránea; las había dejado sin paredes para mostrarle los detalles estructurales.

—Es muy elegante —dijo él, pasando una mano sobre los ladrillos—. En serio, Nadia, la Colina Subterránea es magnífica. Puedo ver tu mano en todo.

Complacida, Nadia se acercó a una pantalla y pidió los planos para un habitat más grande que ella había proyectado. Tres filas de cámaras abovedadas subterráneas, una encima de la otra, en una de las paredes de una zanja muy profunda; espejos en la pared opuesta para orientar la luz solar hacia los cuartos... Arkadi asintió, sonrió y señaló la pantalla, haciendo preguntas y proponiendo sugerencias.

—Una arcada entre los cuartos y la pared de la zanja para tener más espacio. Y cada planta de arriba un poco más atrás, de modo que todas tengan un balcón que de a la arcada...

—Sí, sería posible...

Introdujeron unos cambios en la pantalla de la computadora,

alterando el plano arquitectónico a medida que hablaban.

Luego pasearon por el jardín abovedado, silencioso y oscuro. Se detuvieron bajo los altos bambúes, con hojas negras que se arracimaban en las alturas, las plantas aún en maceteros mientras se preparaba la tierra.

—Quizá podríamos bajar esta zona —dijo Arkadi—. Abrir ventanas y puertas en las cámaras y darles un poco de luz. Nadia asintió.

—Ya lo habíamos pensado, y vamos a hacerlo, pero es muy lento sacar tanta

tierra por las antecámaras. —Lo miró—. Pero ¿qué hay de nosotros, Arkadi? Hasta ahora sólo has hablado de la infraestructura. Yo habría creído que embellecer los edificios estaría muy abajo en tu lista de cosas pendientes.

Arkadi sonrió.

—Bueno, tal vez las cosas que están más arriba en la lista ya están todas hechas.

—¿Qué? ¿He oído a Arkadi Nikeliovich?

—Bueno, ya sabes... no me quejo sólo por quejarme, señorita Nuevededos. Y el modo en que han ido las cosas aquí abajo se parece mucho a lo que yo pedí durante el viaje en el *Ares.* Tan parecido que sería estúpido si me quejara.

—Debo reconocer que me sorprendes.

—¿Sí? Pero piensa cómo han trabajado todos juntos aquí este último año.

—Medio año. Él se rió.

—Medio año. Y durante todo ese tiempo en realidad no hemos tenido líderes. Esas reuniones nocturnas en las que todos dicen lo que piensan y el grupo decide lo que es necesario hacer; así tendría que ser siempre. Y nadie pierde el tiempo comprando o vendiendo, porque no hay mercado. Todo aquí pertenece a todos por igual. Y, sin embargo, ninguno puede explotar nada que le pertenezca, pues no hay nadie fuera a quien vendérselo. Ha sido una sociedad comunal, un grupo democrático. Todos para uno y uno para todos. Nadia suspiró.

—Las cosas han cambiado, Arkadi. Ya no es así. Y cada vez cambian más. De modo que no durará.

—¿Por qué lo dices? —gritó él—. Durará si nosotros decidirnos que dure.

Ella lo miró, escéptica.

—Sabes que no es tan sencillo.

—Bueno, no. No es sencillo. ¡Pero está a nuestro alcance!

—Quizá. —Suspiró de nuevo, pensando en Maya y Frank, en Phyllis, Sax y Ann.— Hay un montón de enfrentamientos aquí.

—Eso está bien, mientras nos pongamos de acuerdo en ciertas cosas esenciales.

Ella sacudió la cabeza mientras se frotaba la cicatriz con los dedos de la otra mano. Le picaba el dedo ausente, y de pronto se sintió deprimida. Arriba, las largas hojas de bambú asomaban definidas por estrellas ocultas; parecían redes de bacilos gigantes. Caminaron por el sendero entre bandejas de cultivos. Arkadi tomó la mano mutilada de ella y la escrutó un rato; al fin Nadia se sintió incómoda e intentó retirarla. Él la retuvo y le besó el nudillo recientemente expuesto en la base del dedo anular.

—Tienes manos fuertes, señorita Nuevededos.

—Las tenía antes —dijo ella, cerrando la mano en un puño y levantándolo.

—Algún día Vlad te hará crecer un dedo nuevo —dijo él, y tomó el puño y lo abrió; luego, le tomó la mano y siguieron andando—. Esto me recuerda al jardín botánico de Sebastopol —comentó.

—Mmm —musitó Nadia, sin escuchar en realidad, concentrada en el peso cálido de la mano de él en la suya, los dedos entrelazados con fuerza.

También las manos de él eran fuertes. Ella tenía cincuenta y un años, una rusa pequeña y redonda de pelo cano, una trabajadora de la construcción a la que le faltaba un dedo. Era tan agradable sentir el calor de otro cuerpo; habían pasado

muchos años, y su mano absorbió la sensación como una esponja, colmada y cálida, hasta que sintió un hormigueo. Tiene que parecerle extraño, pensó Nadia, y se abandonó a lo que sentía.

—Me alegro de que estés aquí —dijo.

Tener a Arkadi en la Colina Subterránea hizo que la atmósfera se pareciera a la hora que precede a una tormenta. Consiguió que la gente pensara en lo que estaba haciendo; los hábitos en los que habían caído sin darse cuenta fueron sometidos a análisis, y bajo esa nueva presión algunos se defendieron, otros se volvieron agresivos. Las discusiones de siempre se hicieron un poco más intensas. Naturalmente, eso incluyó el debate sobre la terraformación.

Ahora bien, este debate no era un acontecimiento aislado, sino más bien un proceso en curso, un tema que no dejaba de asomar, una cuestión de intercambios casuales entre individuos en el trabajo, las comidas, los momentos antes de irse a dormir. Cualquier cosa podía hacer que apareciera: la visión del penacho de escarcha blanca sobre Chernobil, la llegada de un rover robot cargado con hielo de la estación polar, nubes en el cielo del crepúsculo. Al ver esos u otros muchos fenómenos alguien decía: «Eso añadirá algunas unidades británicas al sistema de calor», o «¿No es ese hexafluoretano un buen gas de invernadero?», y quizá se iniciaba una discusión sobre los aspectos técnicos del problema. A veces el tema surgía de nuevo por la noche, de regreso en la Colina Subterránea, y se pasaba de lo técnico a lo filosófico, y en ocasiones esto conducía a discusiones largas y acaloradas.

Evidentemente, el debate no se limitaba a Marte. Innumerables artículos sobre las distintas posiciones eran redactados y discutidos en los centros de estrategia de Houston, Baikonur, Moscú, Washington y la Oficina de la UN para Asuntos Marcianos en Nueva York, al igual que en los despachos gubernamentales, las oficinas de los periódicos, las salas de reunión de las juntas directivas de las corporaciones, los campus universitarios, los bares y los hogares de todo el mundo. Mucha gente de la Tierra empezó a emplear los nombres de los colonos como una especie de taquigrafía para las diferentes posiciones, de modo que al mirar las noticias terranas los mismos colonos veían a algunos diciendo que apoyaban la posición Clayborne o estaban a favor del programa Russell. Este recordatorio de la enorme fama que tenían en la Tierra, como personajes de dramas televisivos, siempre era extraño y perturbador. Después del torbellino de especiales de televisión y de las entrevistas que siguieron al descenso, habían tendido a olvidar las constantes videotransmisiones, absortos en la realidad cotidiana. Pero las cámaras de vídeo aún seguían grabando metraje para enviarlo a casa, y había un montón de gente en la Tierra aficionada a ese espectáculo.

De modo que casi todo el mundo tenía una opinión. Las encuestas revelaban que la mayoría apoyaba el programa Russell, un nombre no oficial para los planes de Sax de terraformar el planeta por todos los medios y tan rápidamente como fuera posible. Pero la minoría que respaldaba la postura de Ann de no intervención tenía convicciones más vehementes, insistiendo en las graves repercusiones inmediatas, en la política sobre la Antártida y en verdad en toda la política medioambiental terrana. Mientras tanto, distintas encuestas dejaron claro que muchas personas estaban fascinadas con Hiroko y su proyecto agrícola, mientras que otras se llamaban a sí mismas bogdanovistas; Arkadi había estado transmitiendo montones de vídeos desde Fobos, y la Luna era buen material, un auténtico espectáculo de arquitectura e ingeniería. Nuevos hoteles terranos y complejos comerciales ya imitaban algunos de estos edificios. Había un movimiento arquitectónico llamado bogdanovismo, y otros movimientos interesados en él, pero más preocupados por las reformas sociales y económicas del orden mundial.

Pero la terraformación estaba muy cerca del centro de todos esos debates, y las

discrepancias de los colonos se exhibían en el escenario público más grande posible. Algunos reaccionaron evitando las cámaras y las peticiones de entrevistas; «Es justo de lo que quería escapar al venir aquí», dijo el ayudante de Hiroko, Iwao, y unos cuantos estuvieron de acuerdo. A casi todos los demás les era indiferente; unos pocos parecían disfrutar de la situación. Por ejemplo, el programa semanal de Phyllis era emitido tanto en las televisiones cristianas por cable como en los programas de análisis comercial de todo el mundo. Pero, sin importar cómo lo enfocaran, era evidente que la mayoría de las personas en la Tierra y en Marte daban por hecho que la terraformación tendría lugar. No se trataba de una cuestión de *si* sino de *cuándo,* y de *cuánto* costaría. Entre los mismos colonos éste era casi el punto de vista común. Muy pocos se alinearon con Ann: Simón, desde luego; quizá Úrsula y Sasha; tal vez Hiroko; a su manera, John; y ahora, a su manera, Nadia. Había más de esos «rojos» en la Tierra, pero por necesidad defendían su postura como una teoría, un juicio estético. El argumento más poderoso en favor de esta posición, y por lo mismo el que Ann señalaba más a menudo en sus comunicados a la Tierra, era la posibilidad de que hubiera vida indígena.

—Si hay vida en Marte —decía Ann—, la alteración radical del clima podría exterminarla. No podemos inmiscuirnos mientras el estatus de la vida marciana siga siendo desconocido; no es científico, y peor aún, es inmoral.

Muchos estaban de acuerdo, incluyendo gentes de la comunidad científica terrana; esto influyó en el comité de la UNOMA encargado de supervisar la colonia. Pero cada vez que Sax oía ese argumento, empezaba a parpadear.

—No hay rastro de vida en la superficie, pasado o presente —decía—

. Si existe ha de estar bajo tierra, supongo que cerca de las chimeneas volcánicas. Pero aunque haya vida ahí abajo, podríamos buscar durante diez mil años y no encontrarla nunca, ni eliminar la posibilidad de que exista en algún otro lugar, en algún sitio en donde no hemos mirado. De modo que esperar hasta que sepamos con seguridad que no hay vida... una postura bastante corriente entre los moderados... en realidad significa esperar para siempre. Y esto por una posibilidad remota que la terraformación, en cualquier caso, no amenazaría de forma inmediata.

—Por supuesto que sí —replicaba Ann—. Quizá no de inmediato, pero con el tiempo el permafrost se derretiría, habría movimientos en toda la hidrosfera, que sería contaminada por el agua más caliente y las formas de vida terranas: bacterias, virus, algas. Puede que tarde un poco, pero sucederá con absoluta seguridad. Y no podemos correr ese riesgo.

Sax se encogía de hombros.

—En primer lugar, se trata de una suposición de vida, una probabilidad muy baja. En segundo lugar, no estaría en peligro durante siglos. En todo ese tiempo sería posible encontrarla y protegerla.

—Pero tal vez no la encontremos.

—¿Así que nos detenemos por la remota posibilidad de que haya una vida que nunca podremos encontrar? Ann se encogió de hombros.

—Tenemos que hacerlo, a menos que digas que está bien destruir vida en otros planetas mientras no podamos dar con ella. Y no olvides que la vida indígena en Marte sería la historia más grande de todos los tiempos. Tendría unas repercusiones en la cuestión de la frecuencia de vida galáctica de incalculables consecuencias. ¡La búsqueda de vida es uno de los principales motivos por los que estamos aquí!

—Bueno —decía Sax—, mientras tanto, la vida que ciertamente existe está expuesta a una cantidad muy alta de radiación. Si no la reducimos, tal vez no podamos quedarnos. Necesitamos una atmósfera más densa.

Ésa no era una respuesta a la posición de Ann, sino una alternativa, un argumento de gran influencia. Millones de personas en la Tierra querían venir a Marte, a la «nueva frontera», donde la vida de nuevo era una aventura; las listas de espera para la emigración, tanto reales como falsas, estaban desbordadas. Pero nadie quería vivir en un baño de radiación mutágeno, y el deseo práctico de hacer que el planeta fuera seguro para los humanos era más fuerte en la mayoría de la gente que el deseo de preservar el paisaje sin vida que ya estaba allí, o el de proteger una supuesta vida indígena que para muchos científicos no existía.

De modo que se tenía la impresión, incluso entre aquellos que instaban a la prudencia, de que la terraformación iba a ocurrir. Un subcomité de la UNOMA se había reunido para estudiar el asunto, y en la Tierra lo habían convertido en una etapa determinada e inevitable del progreso humano, una parte natural del orden de las cosas. Un destino manifiesto.

Sin embargo, en Marte el tema era al mismo tiempo más abierto y más apremiante, no tanto una cuestión filosófica como un problema cotidiano: el aire gélido y venenoso, y la radiación; y entre aquellos a favor de la terraformación un grupo importante apoyaba a Sax, un grupo que no sólo quería hacerlo, sino hacerlo lo más rápidamente posible. Nadie estaba muy seguro de lo que eso significaba en la práctica; las estimaciones del tiempo que requeriría obtener una «superficie viable para los humanos» iban desde un siglo a 10.000 años, con opiniones extremas en ambas posiciones, desde los treinta años (Phyllis) hasta los 100.000 años (Iwao). Phyllis decía: «Dios nos dio este planeta para hacerlo a nuestra imagen, para crear un nuevo Edén». Simón decía: «Si el permafrost se derritiera, estaríamos viviendo en un paisaje colapsado, y muchos de nosotros moriríamos». Las discusiones abarcaban un amplio espectro de temas: niveles salinos, niveles de peróxido, niveles de radiación, el aspecto de la tierra, mutaciones posiblemente letales de microorganismos creados por la ingeniería genética, y así sucesivamente.

—Podemos intentar modelarlo —dijo Sax—, aunque la verdad es que nunca lo haremos bien. Es muy grande y hay demasiados factores, muchos de ellos desconocidos. Pero lo que aprendamos será útil para controlar el clima terrestre, para evitar el calentamiento global o una edad de hielo futura. Es un experimento de gran magnitud, y siempre será un experimento en curso, sin nada garantizado o conocido con certeza. Pero eso es la ciencia.

La gente estaba de acuerdo.

Como siempre, Arkadi pensaba en el enfoque político.

—Jamás podremos ser autosuficientes sin la terraformación —señaló—. Necesitamos terraformar para que este planeta sea realmente nuestro; sólo así dispondremos de una base material para la independencia.

La gente escuchaba y ponía los ojos en blanco. Pero esto significaba que Sax y Arkadi eran aliados en cierto modo, lo que constituía una combinación poderosa. Y así las discusiones continuaban, una y otra y otra vez, interminablemente.

La Colina Subterránea estaba casi acabada, un pueblo en funcionamiento y en muchos aspectos autosuficiente. Ya era posible seguir adelante; ahora tenían que decidir qué harían a continuación. Y la mayoría de ellos quería terraformar. Se habían propuesto muchos proyectos, todos defendidos por alguien, por lo general aquellos que serían responsables de ejecutarlos. Ésa era una parte importante del atractivo de la terraformación; cada disciplina podía contribuir a la empresa de un modo u otro, por lo que disponía de un amplio apoyo. Los alquimistas proponían medios físicos y mecánicos para añadir calor al sistema; los climatólogos consideraban influir sobre el clima; el equipo de biosfera hablaba de verificar distintas teorías sobre sistemas ecológicos. Los bioingenieros ya estaban trabajando en nuevos microorganismos: cambiando, cortando y recombinando genes de algas, metanogenes, cianobacterias y líquenes, tratando de conseguir organismos que sobrevivieran en la actual superficie marciana, o debajo de ella. Un día invitaron a

Arkadi a echar un vistazo a lo que estaban haciendo, y Nadia lo acompañó.

Tenían algunos prototipos GEM en tinajas de Marte: la más grande era uno de los viejos habitats del parque de remolques. Lo habían abierto, habían recubierto el suelo de regolito y lo habían vuelto a sellar. Trabajaban en el interior por teleoperación, y comprobaban los resultados desde el remolque próximo, observando los instrumentos de medición y las pantallas de vídeo que mostraban los productos de las diversas cubetas. Arkadi miró las pantallas con mucha atención, pero no había gran cosa que ver: los viejos cuarteles, cubiertos de cubículos de plástico llenos de tierra roja y brazos robot que se extendían desde las bases instaladas en los muros. Había cultivos visibles en parte de la tierra, una plaga azulada.

—Hasta ahora ése es nuestro campeón —dijo Vlad—. Pero aún es poco areofílico. —Estaban seleccionando unas ciertas características extremas, incluyendo la resistencia al frío, a la deshidratación y a la radiación ultravioleta, tolerancia a las sales, baja necesidad de oxígeno, un habitat rocoso. Ningún organismo terrano tenía todas esas virtudes, y aquellos que las tenían crecían por lo general muy lentamente; pero los ingenieros habían comenzado lo que Vlad llamaba un programa de mezclar y casar, y recientemente habían dado con una variante del cianofíceo que a veces llamaban alga azul.— No es que esté lo que se llama lozano precisamente, pero no muere tan deprisa, digámoslo así. — Lo habían bautizado *Aeophyte primares,* y el nombre corriente pasó a ser alga de la Colina Subterránea. Querían hacer una prueba de campo con él, y habían preparado una propuesta para enviarla a la UNOMA.

Nadia pudo ver que Arkadi abandonó el parque de remolques excitado por la visita, y aquella noche le dijo al grupo en la cena:

—Tendríamos que decidirlo nosotros mismos, y si nos pronunciamos a favor, actuar.

Maya y Frank se sintieron ultrajados; casi todos los demás parecieron incómodos. Maya insistió en que dejaran el tema, y con algunas dificultades la conversación cambió. A la mañana siguiente Maya y Frank fueron a ver a Nadia para hablar de Arkadi. Los dos líderes habían intentado verlo ya bien avanzada la noche anterior.

—¡Se ríe en nuestra propia cara! —exclamó Maya—. ¡Es imposible razonar con él!

—Lo que propone podría ser muy peligroso —dijo Frank—. Si hacemos caso omiso de una directiva de la UN, es muy factible que vengan aquí y nos manden de vuelta a casa, y nos sustituyan con gente que cumplirá la ley. Quiero decir, la contaminación biológica de este entorno en este momento es ilegal y no podemos no tenerlo en cuenta. Es un tratado internacional lo que se ha firmado. La humanidad en general desea tratar así al planeta en este momento.

—¿No puedes *hablar* tú con él? —preguntó Maya.

—Puedo hacerlo —repuso Nadia—. Pero no puedo asegurar que sirva de algo.

—Por favor, Nadia. Sólo inténtalo. Ya tenemos suficientes problemas tal como están las cosas.

—Lo intentaré, claro.

De modo que aquella tarde habló con Arkadi. Estaban fuera, en la Carretera de Chernobil, paseando de regreso a la Colina Subterránea. Ella sacó el tema, e insinuó que hacía falta mucha paciencia.

—Además, sólo es cuestión de tiempo. Al fin la UN. te dará la razón. Él se detuvo y alzó la mano mutilada de ella.

—¿De cuánto tiempo crees que disponemos? —preguntó. Señaló el sol

poniente.— ¿Cuánto tiempo esperaríamos? ¿Hasta nuestros nietos?

¿Hasta nuestros biznietos? ¿Hasta nuestros tataranietos, que estarán ciegos como peces de las cavernas?

—Vamos, hombre —dijo Nadia, retirando la mano—. Peces de las cavernas. Arkadi rió.

—No obstante, el problema es serio. No disponemos de toda la eternidad, y sería agradable ver que las cosas cambian.

—Aun así, ¿por qué no esperas un año?

—¿Un año terrano o un año marciano?

—Un año marciano. Toma lecturas de todas las estaciones, dale tiempo a la UN para que ceda.

—No necesitamos lecturas, ya llevan años tomándolas.

—¿Has hablado con Ann?

—No. Bueno, algo. Pero no está de acuerdo.

—Mucha gente no está de acuerdo. Quiero decir, quizá con el tiempo lo estarán, pero hay que *convencerlos* antes. No puedes desconocer las opiniones de los demás; serías tan indecente como esas gentes de la Tierra que tanto criticas.

Arkadi suspiró.

—Sí, sí.

—Bueno, ¿y no lo estás haciendo?

—Malditos liberales.

—No sé qué quieres decir.

—Quiero decir que vuestro corazón es demasiado blando para llegar a hacer algo alguna vez.

Ya tenían a la vista el montículo bajo de la Colina Subterránea, que parecía un cráter cuadrado reciente, con deyecciones diseminadas alrededor. Nadia lo señaló.

—Yo hice eso. Malditos radicales... —dio un fuerte codazo a Arkadi en las costillas— ...odian el liberalismo porque funciona. —Él soltó un bufido.— ¡Funciona! Lo hice poco a poco, después de muchos esfuerzos, sin fuegos de artificio ni dramatismos baratos ni gente lastimada. Sin provocativas revoluciones y todo el dolor y el odio que traen. *Sólo funciona.*

—Ah, Nadia. —Le rodeó los hombros con un brazo, y reanudaron la marcha hacia la base.— La Tierra es un mundo perfectamente liberal. Pero la mitad de la población se muere de hambre, y siempre ha sido así, y siempre lo será. Muy liberalmente.

No obstante, Nadia parecía haber cambiado algo. Arkadi dejó de exigir a gritos una decisión unilateral para soltar los nuevos GEM en la superficie, y limitó la propaganda subversiva a un programa de embellecimiento, pasando la mayor parte del día en el Cuartel, tratando de fabricar ladrillos y vidrio de colores. Casi todos los días Nadia se reunía con él para nadar antes de desayunar, y en compañía de John y Maya se apoderaban de una calle de la piscina poco profunda que llenaba la totalidad de una cámara subterránea, y hacían un enérgico ejercicio de mil o dos mil metros. John encabezaba los de velocidad, Maya los de distancia, Nadia se apuntaba a todos, entorpecida por la mano mala, y avanzaban agitando el agua como una fila de delfines, mirando a través de las gafas el hormigón azul cielo del fondo de la piscina.

—El estilo mariposa está hecho para esta *g* —decía John, sonriendo;

prácticamente volaban fuera del agua.

El desayuno posterior era agradable aunque breve, y el resto del día estaba ocupado por la habitual ronda de trabajo; Nadia rara vez volvía a ver a Arkadi hasta la cena, o después.

Entonces Sax, Spencer y Rya terminaron de montar la factoría robot que fabricaría los molinos de viento de Sax y pidieron permiso a la UNOMA para distribuir unos mil en las regiones ecuatoriales y probar cómo calentaban el aire. Se esperaba que entre todos juntos no añadirían a la atmósfera ni el doble del calor que aportaba Chernobil, e incluso se cuestionaba si serían capaces de distinguir ese calor añadido de las fluctuaciones estacionales medioambientales... pero, como dijo Sax, no lo sabrían hasta que lo probaran.

Y así las discusiones sobre la terraformación volvieron a inflamarse. Y de pronto Ann se lanzó a la acción violenta, grabando largos mensajes que envió a los miembros del comité ejecutivo de la UNOMA, a las delegaciones nacionales para asuntos marcianos de todos los países que en ese momento eran parte del comité, y por último a la Asamblea General de la UN. Esos mensajes recibieron una enorme atención, desde los niveles políticos más serios hasta la televisión y la prensa sensacionalista, que lo presentaron como el episodio más reciente del culebrón rojo. Ann había grabado y enviado los mensajes en privado, de modo que los colonos supieron de ellos cuando se pasaron resúmenes en la televisión terrana. Las reacciones en los días que siguieron incluyeron debates en el gobierno, una manifestación en Washington que reunió a 20.000 personas, interminables espacios editoriales y comentarios en las cadenas científicas. Fue un poco chocante ver la fuerza de esas respuestas, y algunos colonos consideraron que Ann había actuado a espaldas de ellos. Phyllis estaba indignada.

—Además, no tiene sentido —dijo Sax, parpadeando rápidamente—. Chernobil ya está liberando casi tanto calor como esos molinos de viento, y Ann nunca se ha quejado.

—Sí que lo hizo —dijo Nadia—. Lo que pasa es que perdió la votación. En la UNOMA se celebraron audiencias consultivas, y mientras, un grupo de los científicos de materiales se enfrentó a Ann después de la cena. Muchos de los otros estaban allí para ser testigos de la confrontación; el comedor principal de la Colina Subterránea abarcaba cuatro cámaras; habían quitado las paredes divisorias y habían puesto unas columnas de soporte de carga; era una sala grande, llena de sillas, plantas en macetas, y los descendientes de los pájaros del Ares; unas ventanas recientes, en toda la parte alta de la pared norte, permitían ver los cultivos del jardín cerrado. Un espacio grande; y por lo menos la mitad de los colonos estaba comiendo allí cuando empezó la reunión.

—¿Por qué no lo discutiste con nosotros? —preguntó Spencer. La mirada airada de Ann lo obligó a apartar los ojos.

—¿Por qué debería discutirlo? —dijo, volviéndose a mirar a Sax—. Está claro lo que todos piensan, lo hemos discutido muchas veces, y nada de lo que yo he dicho ha importado mucho. Aquí estamos, sentados en pequeños agujeros haciendo pequeños experimentos, haciendo cosas de niños con un equipo de química en un sótano, mientras todo el tiempo hay un mundo entero del otro lado de la puerta. Un mundo donde los accidentes son cien veces más grandes que sus equivalentes terranos, y mil veces más antiguos, con muestras del comienzo del sistema solar diseminadas por todo el planeta, y registros de la historia del planeta, apenas alterado en los últimos mil millones de años. Y van a destruirlo todo. Y sin siquiera admitir honestamente lo que están haciendo. Porque podríamos vivir aquí y estudiar el planeta sin cambiarlo... podríamos hacerlo causando muy poco daño e incluso sin inconvenientes para nosotros. Toda esa charla sobre la radiación es una mierda y todos lo saben. Sencillamente, no hay un nivel bastante alto para

justificar esta alteración masiva del entorno. Quieren *hacerlo* porque piensan que pueden. Quieren probarlo y ver… como si éste fuera el enorme cuadrado de arena de un patio de juego donde nos divertimos construyendo castillos. ¡Una gran tinaja de Marte! Cualquier cosa justifica cualquier cosa, pero eso es mala fe, y *no es ciencia.*

Durante la diatriba se le había enrojecido la cara. Nadia jamás la había visto tan enfadada como entonces. La habitual fachada neutra con que ocultaba su amarga ira se había hecho añicos; estaba casi muda de furia, temblaba. En la sala había un silencio mortal.

—¡Repito, no es ciencia! Es puro juego. Y por ese juego van a destrozar el registro histórico, los casquetes polares y los canales de inundación, y los fondos de los cañones… van a destruir un paisaje puro y hermoso, y todo *por nada.*

La sala estaba tan inmóvil como un cuadro; todos eran como estatuas de piedra de sí mismos. Los ventiladores zumbaban. La gente empezó a observarse con cautela. Simón dio un paso hacia Ann, la mano extendida; ella lo paró en seco con una mirada: era como si hubiera salido al exterior en ropa interior y se hubiera congelado. Enrojeció, se estremeció y volvió a sentarse.

Sax Russell se puso de pie. Parecía el mismo de siempre, quizá un poco más sonrojado, pero manso, pequeño, parpadeando como un búho, la voz tranquila y aburrida, como si disertara sobre termodinámica o enumerara la tabla periódica.

—La belleza de Marte existe en el espíritu humano —dijo con un tono de voz monótono y objetivo, y todo el mundo lo miró con asombro—. Sin la presencia humana es sólo una acumulación de átomos, en nada distinta a cualquier otra partícula fortuita de materia. Somos nosotros quienes lo entendemos, y nosotros quienes le damos sentido. Todos nuestros siglos de mirar el cielo nocturno y observarlo vagar entre las estrellas. Todas esas noches de observarlo por los telescopios, mirando un disco diminuto tratando de ver canales en los cambios de albedo. Todas esas estúpidas novelas de ciencia ficción con sus monstruos, doncellas y civilizaciones agonizantes. Y todos los científicos que estudiaron los datos o que nos hicieron llegar aquí. Eso es lo que hace que Marte sea hermoso. No el basalto y los óxidos.

Hizo una pausa y miró alrededor. Nadia tragó saliva; era demasiado extraño oír esas palabras saliendo de la boca de Sax Russell, con el mismo tono de voz que emplearía para analizar un gráfico. ¡Demasiado extraño!

—Ahora que estamos aquí —continuó—, no basta con ocultarnos bajo diez metros de tierra y estudiar la roca. Eso es ciencia, sí, y ciencia necesaria. Pero la ciencia es algo más. Es parte de una empresa humana más grande, y esa empresa incluye viajar a las estrellas, adaptarse a otros mundos, adaptarlos a nosotros. La ciencia es creación. La ausencia de vida aquí, y la ausencia de un solo hallazgo en cincuenta años del programa SETI indican que la vida es excepcional, y la vida inteligente aún más excepcional. Y, sin embargo, el significado completo del universo, su belleza, están contenidos en la conciencia de la vida inteligente. Nosotros somos la conciencia del universo, y nuestra tarea es extenderla, ir a mirar las cosas, vivir allá donde podamos. Es demasiado peligroso mantener la conciencia del universo en un solo planeta, podría ser aniquilada. Y ahora nos encontramos en dos, tres, si incluimos la Luna. Y podemos cambiar este planeta y transformarlo en un lugar más seguro. Cambiarlo no lo destruirá. Leer su pasado quizá resulte más difícil, pero su belleza no desaparecerá. Si hay lagos, o bosques, o glaciares, ¿cómo disminuye eso la belleza de Marte? Al contrario, pienso que la acrecienta. Añade vida, el sistema más hermoso de todos. Pero nada que haga la vida podrá echar abajo Tharsis o llenar Marineris. Marte siempre seguirá siendo Marte, distinto de la Tierra, más frío y agreste. Pero puede ser Marte y nuestro al mismo tiempo. Y lo será. Hay algo que caracteriza al espíritu humano: si puede hacerse, se hará. Podemos transformar Marte y construirlo como si levantáramos una catedral, un

monumento tanto a la humanidad como al universo. Podemos hacerlo, así que lo haremos. De modo que... —alzó la palma de una mano, como si estuviera satisfecho de que el análisis hubiera sido apoyado por los datos del gráfico... como si hubiera examinado la tabla periódica y viera que continuaba siendo válida— ...bien podemos empezar.

Miró a Ann, y todos los ojos la siguieron. Tenía la boca tensa, los hombros encorvados. Sabía que estaba derrotada.

Se encogió de hombros, como si se acomodara una capa con capucha sobre la cabeza y el cuerpo, un caparazón pesado que la abrumaba y la ocultaba. Con ese tono de voz apagado que empleaba por lo general cuando estaba alterada dijo al fin:

—Creo que valoras demasiado la conciencia y muy poco la roca. No somos los señores del universo. Sólo somos una pequeña parte. Quizá seamos su conciencia, pero ser la conciencia del universo no significa transformarlo en una imagen exacta de nosotros. Significa sobre todo aceptarlo tal como es, y adorarlo con nuestra atención. —Sostuvo la apacible mirada de Sax, y de pronto estalló en una última llamarada de ira.— Ni siquiera has visto Marte una vez.

Y abandonó la sala.

Janet había tenido las videogafas encendidas y grabó el intercambio. Phyllis envío una copia a la Tierra. Una semana más tarde, el comité de la UNOMA para alteraciones medioambientales aprobó la diseminación de los molinos de viento calefactores.

El plan era soltarlos desde dirigibles. De inmediato Arkadi reclamó el derecho a pilotar uno, como una especie de recompensa por su trabajo en Fobos. Maya y Frank no se entristecieron ante la idea de que Arkadi desapareciera de la Colina Subterránea durante uno o dos meses, de modo que le asignaron en seguida una de las naves. Flotaría a la deriva hacia el este, descendiendo para poner los molinos en los lechos de los canales y en los flancos exteriores de los cráteres, donde soplaba el viento. Nadia supo de la expedición cuando Arkadi atravesó las cámaras a saltos para ir a verla y contárselo.

—Suena bien —dijo ella.

—¿Quieres venir? —preguntó él.

—Vaya, pues sí —repuso ella. Sintió un hormigueo en el dedo fantasma.

El dirigible era el más grande que se hubiera construido nunca, un modelo planetario fabricado en Alemania por Friedrichshafen Nach Einmal, y enviado a Marte en el 2029, de modo que acababa de llegar. Se llamaba *Punta de Flecha* y medía ciento veinte metros de un ala a la otra, cien metros de proa a popa y cuarenta de alto. Tenía un armazón interno ultraligero y turbopropulsores en los extremos de ambas alas y bajo la góndola; éstos eran impulsados por pequeños motores de plástico, con baterías alimentadas por células solares en la superficie superior de la cubierta. La góndola con forma de lápiz se extendía casi todo a lo largo de la parte inferior, pero el interior era más pequeño de lo que Nadia había imaginado, porque la mayor parte estaba llena ahora con el cargamento de molinos de viento; el espacio libre comprendía la cabina del piloto, dos camas estrechas, una cocina diminuta, un lavabo aún más pequeño y el espacio angosto necesario para moverse entre todas esas cosas. Estaban bastante apretados, pero por fortuna los dos lados de la góndola tenían ventanas como paredes, y aunque los molinos de viento las bloqueaban en parte, todavía proporcionaban mucha luz y buena

visibilidad.

El despegue fue lento. Arkadi soltó los cabos que se extendían desde las tres torres de amarre con un golpe de palanca; los turbopropulsores giraron con fuerza, pero el aire sólo tenía una densidad de doce milibares. La cabina brincó arriba y abajo a cámara lenta, doblándose junto con el armazón; y cada salto hacia arriba la elevaba un poco más. Para alguien acostumbrado a los lanzamientos de cohetes era bastante cómico.

—Hagamos un tres-sesenta y veamos la Colina Subterránea antes de irnos — dijo Arkadi cuando estaban a cincuenta metros de altura.

Inclinó la nave y giraron en un círculo lento y amplio, mirando por la ventana de Nadia. Rodadas, hoyos, montículos de regolito, todo rojo oscuro contra la polvorienta superficie anaranjada de la planicie: parecía como si un dragón hubiera alargado una gran garra y hubiera hendido el suelo hasta hacerlo sangrar. La Colina Subterránea estaba situada en el centro de las heridas y era en sí misma una vista hermosa, un engaste cuadrado de color rojo oscuro para una resplandeciente joya de cristal y plata, con algo de verde apenas visible bajo la cúpula. De allí salían los caminos que llevaban al este a Chernobil y al norte a las plataformas espaciales. Y allá se veían los largos bulbos de los invernaderos, y el parque de remolques…

—El Cuartel de los Alquimistas aún parece un engendro salido de los Urales — dijo Arkadi—. Tendríamos que hacer algo, de verdad. — Enderezó el dirigible y puso rumbo al este, avanzando con el viento.—

¿Nos situamos sobre Chernobil para aprovechar la corriente ascendente?

—¿Por qué no vemos qué hace este cacharro sin ayuda? —contestó Nadia. Se sentía ligera, como sí hubiese respirado el hidrógeno de los globos estabilizadores. El panorama era extraordinario, el horizonte nebuloso se alzaba a unos cien kilómetros, los contornos del terreno eran claramente visibles: las leves protuberancias y cavidades de Lunae, las colinas más prominentes, y al este el terreno de cañones—. ¡Oh, esto va a ser maravilloso!

—Sí.

En verdad, era curioso que no hubieran hecho antes algo parecido. Pero volar en la atmósfera tenue de Marte no era nada fácil. Iban en la mejor de las soluciones: un dirigible grande y liviano lleno de hidrógeno, que en el aire marciano no sólo no era inflamable, sino que además y en relación con el entorno era más ligero de lo que habría sido en la Tierra. El hidrógeno y lo último en materiales superligeros les proporcionaban lo necesario para elevarse llevando una carga de molinos de viento, aunque con semejante peso a bordo viajaban a una velocidad ridícula.

Y así fueron a la deriva. A lo largo de aquel día cruzaron la planicie ondulante de Lunae Planum, empujados hacia el sudeste por el viento. Durante una o dos horas pudieron ver Juventa Chasm en el horizonte meridional, un cañón largo que parecía el pozo gigantesco de una mina. Más al este, la tierra se volvía amarillenta; había menos piedras en la superficie y el lecho rocoso subyacente tenía más pliegues. También había muchos más cráteres, grandes y pequeños, de bordes bien definidos o casi enterrados. Se trataba de Xanthe Terra, una región alta topográficamente similar a las tierras elevadas del sur, aquí clavándose en el norte entre las llanuras bajas de Chryse e Isidis. Estarían sobre Xanthe durante algunos días si los vientos seguían soplando del oeste.

Progresaban a unos tranquilos diez kilómetros por hora. Casi siempre volaban a una altitud de unos cien metros, lo que situaba los horizontes a unos cincuenta kilómetros de distancia. Tenían tiempo para mirar detenidamente cualquier cosa, aunque Xanthe parecía poco más que una sucesión regular de cráteres.

A última hora de aquella tarde Nadia inclinó el morro del dirigible, viró de cara al viento, descendió hasta que se encontraron a diez metros de altura, y soltó el ancla. La nave se elevó, se sacudió bruscamente y quedó anclada en el viento, tirando como si fuera una cometa gorda. Nadia y Arkadi serpentearon hasta lo que Arkadi llamaba el compartimiento de las bombas. Nadia enganchó un molino de viento en el montacargas. El molino era pequeño, una caja de magnesio con cuatro aspas verticales sobre un mástil que sobresalía de la parte superior. Pesaba unos cinco kilos. Cerraron la puerta del compartimiento, aislándolo, aspiraron el aire y abrieron las puertas de descarga. Arkadi operó el montacargas mirando a través de una ventana baja. El molino de viento cayó como un plomo y chocó contra la arena endurecida, en el flanco meridional de un pequeño cráter sin nombre. Arkadi desprendió el gancho del montacargas, lo enrolló de vuelta al interior del compartimiento y cerró las puertas.

Regresaron a la cabina y de nuevo miraron para ver si el molino de viento funcionaba. Ahí estaba, una caja pequeña en la ladera exterior de un cráter, algo ladeada, las cuatro aspas anchas verticales dando vueltas alegremente. Parecía el anemómetro de una caja de meteorología para niños. El termoelemento, una bobina de metal expuesta que irradiaría como el hornillo de una cocina, estaba en un costado de la base. Con un buen viento, el calor de la bobina podría subir hasta los 200 grados centígrados, lo que era bastante, en especial con aquella temperatura ambiente. Sin embargo...

—Van a hacer falta muchos molinos para que se note —señaló Nadia.

—Claro, pero cada cosita ayuda, y en cierto sentido es calor gratis. No sólo el viento dándole energía a los calefactores, sino el sol dando energía a las factorías que fabrican los molinos. Creo que son una buena idea.

Aquella tarde se detuvieron una vez más para emplazar otro molino y luego echaron el ancla y pasaron la noche al abrigo de un cráter. Prepararon la cena en el microondas de la cocina diminuta y luego se retiraron a las estrechas literas. Era extraño mecerse en el viento, como un barco amarrado a un muelle: tirando y flotando, tirando y flotando. Nadia pronto se quedó dormida.

A la mañana siguiente despertaron antes del amanecer, soltaron amarras y con la ayuda de los motores subieron hacia la luz del sol. Desde una altura de cien metros pudieron contemplar cómo el oscurecido paisaje de abajo cambiaba de color, bronce primero y luego claro a la luz del día, mostrando una fantástica mescolanza de rocas brillantes y sombras alargadas. El viento de la mañana soplaba de derecha a izquierda por la proa, de modo que se vieron empujados hacía el nordeste en dirección a Chryse, zumbando con los propulsores a plena potencia. Luego la tierra descendió y se encontraron encima del primero de los canales de inundación por el que pasarían, un valle sinuoso y sin nombre al oeste de Shalbatana Vallis. La forma de S del pequeño cauce había sido inequívocamente tallada por el agua. Más avanzado el día se elevaron sobre el cañón más profundo y ancho de Shalbatana, y las señales fueron aun más evidentes: islas con forma de lágrima, canales que describían curvas, llanuras aluviales, tierras resecas; había signos por doquier de una corriente masiva que había excavado un cañón tan inmenso que el *Puma de Flecha* de repente pareció una mariposa.

Los cañones y la tierra alta que había entre ellos le recordaron a Nadia el paisaje de las películas de vaqueros, con erosiones, mesas y rocas aisladas, igual que en el Valle de la Muerte... excepto que aquí les llevó cuatro días pasar por encima del canal sin nombre, Shalbatana, Simud, Tiu y luego Ares. Y todos ellos habían sido creados por inundaciones gigantescas que habían aflorado con violencia a la superficie y habían manado durante meses en un caudal 10.000 veces superior al del Mississippi. Nadia y Arkadi lo comentaron mientras miraban los cañones, pero era difícil imaginar inundaciones tan inmensas. Ahora los cañones grandes y vacíos no encauzaban nada excepto el viento. Sin embargo, eso lo hacían

muy bien, por lo que descendieron varias veces al día para soltar más molinos.

Luego, al este de Ares Vallis, flotaron de vuelta al terreno de cráteres de Xanthes. Había cráteres en todas partes, que desfiguraban la tierra: grandes, pequeños, viejos, con bordes destruidos por otros más recientes, con suelos agujereados por tres o cinco cráteres más pequeños; otros tan nuevos como si se hubieran abierto el día anterior, algunos que sólo se veían al amanecer y en el crepúsculo, como arcos enterrados en la antigua meseta. Pasaron sobre Schiaparelli, un antiguo cráter gigante de cien kilómetros de ancho. Cuando flotaron por encima de la enhiesta loma central, las paredes del cráter se alzaron como un horizonte, un anillo perfecto de colinas alrededor del borde del mundo.

Después los vientos soplaron desde el sur durante varios días. Vislumbraron fugazmente Cassini, otro gran cráter antiguo, y volaron sobre cientos de otros más pequeños. Soltaron varios molinos de viento al día, pero el vuelo estaba dándoles una idea más acertada del tamaño del planeta, y el proyecto empezó a parecer una broma, como si volaran sobre la Antártida y trataran de derretir el hielo instalando hornillos de picnic.

—Habría que lanzar millones para que sirviera de algo —dijo Nadia mientras subían después de soltar otro molino.

—Cierto —dijo Arkadi—. Pero a Sax le gustaría lanzar millones. Tiene una cadena de montaje que no parará de producirlos; la distribución es el único problema. Además, sólo es una parte de la campaña que tiene en mente. —Señaló con el brazo hacia atrás, en dirección al último arco de Cassini, abarcando todo el noroeste.— A Sax le gustaría abrir unos pocos agujeros más. Capturar algunos pequeños satélites helados de Saturno, o del cinturón de asteroides si puede dar con ellos, arrastrarlos hasta aquí y estrellarlos contra Marte. Crear cráteres calientes, derretir el permafrost... serían como oasis.

—¿No serían oasis secos? Perderías la mayor parte del hielo en el momento de entrar en la atmósfera y el resto desaparecería al tocar la superficie.

—Sí, pero nos convendría más vapor de agua en el aire.

—No sólo se vaporizaría, sino que se descompondría.

—En parte. Pero el hidrógeno y el oxígeno... nos convendría tener un poco más.

—¿Así que vas a traer hidrógeno y oxígeno de Saturno? ¡Vamos,

hombre, ya hay muchísimo aquí! Podrías descomponer parte del hielo.

—Bueno, sólo es una idea.

—Estoy impaciente por oír lo que opina Ann. —Suspiró, y pensó en el problema.— Supongo que bastaría que un asteroide de hielo rozase contra la atmósfera, como si intentaras aerofrenarlo. Eso lo consumiría sin destrozar las moléculas. Conseguirías vapor de agua en la atmósfera, lo cual ayudaría, pero no bombardearías la superficie con explosiones tan brutales como cien bombas de hidrógeno estallando al mismo tiempo.

Arkadi asintió.

—¡Buena idea! Deberías contársela a Sax.

—Hazlo tú.

Al este de Cassini el terreno se volvió más accidentado que nunca; era parte de la superficie más vieja del planeta, saturada de cráteres durante los primeros años del bombardeo torrencial. La antigüedad tenía que haber sido un auténtico infierno, se podía ver en el paisaje. La tierra de nadie de una titánica guerra de trincheras. Al rato de mirarlo uno se sentía aturdido, invadido por una neurosis de guerra cosmológica.

Siguieron flotando: al este, nordeste, sudeste, sur, nordeste, oeste, este, este. Por último llegaron al final de Xanthe y descendieron la larga cuesta de Syrtis Major Plañida. Era una planicie de lava, con menos cráteres que Xanthe. La tierra bajó y bajó, de forma gradual, hasta que al fin avanzaron a la deriva por encima de una cuenca de suelo liso: Isidis Plañida, uno de los puntos más bajos de Marte. Era la esencia del hemisferio norte, y después de las tierras altas meridionales parecía regular y llana. Y también era una región muy extensa. Ciertamente había un montón de tierra en Marte.

Entonces, una mañana, cuando volaban a altitud de crucero, un trío de cumbres se alzó sobre el horizonte oriental. Habían llegado a Elysium, el otro «continente» tipo Tharsis que había en el planeta. Elysium era una protuberancia mucho más pequeña que Tharsis, pero seguía siendo grande, un continente elevado, 1.000 kilómetros de largo y diez kilómetros más alto que el terreno circundante. Al igual que Tharsis, estaba rodeado por tierra fracturada, sistemas de grietas causados por el levantamiento. Volaron sobre el más occidental de esos sistemas, Hephaestus Fossae, y encontraron un paisaje extraño: cinco profundos cañones paralelos, como marcas de garras en el lecho rocoso. Elysium asomaba a lo lejos como un tejado a dos aguas, el Elysium Mons y Hecates Tholus elevándose en cada extremo de una larga cordillera,

5.000 metros más alta que la protuberancia que flanqueaban: una vista imponente. A medida que el dirigible flotaba hacia la cordillera, todo en Elysium se hacía mucho más grande que cualquier cosa que Nadia y Arkadi hubieran visto hasta entonces; en ocasiones los dos se quedaban mudos durante minutos, y observaban cómo todo flotaba lentamente hacia ellos. Cuando hablaban, simplemente estaban pensando en voz alta.

—Se parece al Karakorum —dijo Arkadi—. Un Himalaya desértico. Salvo que éstos son tan sencillos... Aquellos volcanes se parecen al Fuji. Quizás algún día la gente suba a ellos en peregrinaje.

—Son muy grandes —dijo Nadia—, resulta difícil imaginar qué aspecto tendrán los volcanes de Tharsis. ¿No son dos veces más grandes que éstos?

—Como mínimo. Se parece al Fuji, ¿no crees?

—No, es mucho menos escarpado. ¿Has visto alguna vez el Fuji?

—No. —Después de un rato:— Bueno, será mejor que tratemos de rodear toda la maldita cosa. No estoy seguro de que podamos elevarnos por encima de esas montañas.

Invirtieron los propulsores y se impulsaron hacia el sur a toda potencia, y naturalmente los vientos cooperaron, ya que también viraban alrededor del continente. Así que el *Punta de Flecha* flotó con rumbo sudoeste y se adentró en una abrupta región montañosa llamada Cerberus, y todo el día siguiente bordearon Elysium, que pasaba lentamente a la izquierda. Transcurrieron horas, el macizo se desplazaba en las ventanas laterales; la lentitud del cambio mostró lo grande que era aquel mundo. *Marte tiene tanta superficie no sumergida como la Tierra...* todo el mundo lo decía siempre, pero hasta ahora sólo había sido una frase. Ese lento viaje alrededor de Elysium fue la prueba experimental.

Pasaron los días: arriba en el aire gélido de la mañana, sobre el revuelto suelo rojo, abajo con la puesta de sol, descansando en algún fondeadero ventoso. Un anochecer, cuando el suministro de molinos de viento había disminuido, redistribuyeron los que quedaban y pusieron las dos literas juntas bajo las ventanas de estribor. Lo hicieron sin discutirlo, como si ya hubieran acordado hacerlo mucho antes. Y mientras se movían por la góndola atestada redistribuyendo las cosas, iban chocando entre ellos tal como había sucedido durante todo el viaje, pero ahora intencionadamente, y con una fricción sensual que acentuó lo que se

habían propuesto todo el tiempo, los accidentes se trocaron en un juego erótico; y al fin, Arkadi estalló en una carcajada y la alzó en un fuerte abrazo de oso, y Nadia lo empujó con los hombros hacia atrás, a su nueva cama doble, y se besaron como adolescentes, e hicieron el amor toda la noche. Y después de eso durmieron juntos, y con frecuencia hicieron el amor bajo el resplandor rojizo del amanecer y el oscuro cielo estrellado, con la nave sacudiéndose ligeramente en sus amarras. Y permanecían echados hablando, y la sensación de flotar mientras se abrazaban era tangible, más romántica que en un tren o en un barco.

—Primero nos hicimos amigos —dijo Arkadi una vez—, eso es lo que hace que esto sea diferente, ¿no crees? —La tocó con la punta de un dedo.— Te amo.

Era como si estuviera probando las palabras. A Nadia le resultó evidente que no las había dicho con frecuencia; estaba claro que para él significaban mucho, una especie de compromiso. ¡Las ideas le parecían tan importantes!

—Y yo te amo —dijo ella.

Y por las mañanas, Arkadi se paseaba de un lado a otro por la góndola, desnudo, el pelo rojo y broncíneo como todo lo demás a la luz horizontal de la mañana, y Nadia lo miraba desde las literas, sintiéndose tan serena y feliz que tenía que recordarse que la sensación de flotar quizá sólo se debía a la *g* marciana. Pero era algo jubiloso.

Una noche, cuando se estaban quedando dormidos, Nadia preguntó con curiosidad:

—¿Por qué yo?

—¿Mmm? —Él casi estaba dormido.

—He dicho: ¿por qué yo? Quiero decir, Arkadi Nikeliovkh, podrías haber amado a cualquiera de las mujeres que hay aquí, y ellas también te habrían amado. Si hubieras querido podrías haber tenido a Maya.

Él soltó un bufido.

—¡Podría haber tenido a Maya! ¡Santo cielo! ¡Podría haberme deleitado con Maya Katarina! ¡Igual que Frank y John! —Bufó, y los dos se rieron a carcajadas.— ¡Cómo pude perderme esa felicidad! ¡Tonto de mí! —Siguió riéndose entre dientes hasta que ella lo golpeó.

—De acuerdo, de acuerdo. Entonces una de las otras, las hermosas, Janet, o Úrsula, o Samantha.

—Por favor —dijo Arkadi. Se incorporó y se apoyó sobre un codo para mirarla— . Realmente no entiendes lo que es la belleza, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —repuso Nadia, enfurruñada.

—La belleza es poder y elegancia, acción correcta —continuó Arkadi—, la forma en armonía con la función, inteligencia y sensatez. Y muy a menudo... —sonrió y le apretó el vientre— ...expresado en curvas.

—Curvas sí que tengo —dijo Nadia, apartándole la mano.

Él se inclinó hacia adelante y trató de morderle el pecho, pero ella lo esquivó.

—La belleza es lo que tú eres, Nadejda Francine. De acuerdo con estos criterios eres la reina de Marte.

—La princesa de Marte —corrigió ella distraída, pensando en lo que él había dicho.

—Sí, correcto. Nadejda Francine Cherneshevski, la princesa nuevededos de Marte.

—Tú no eres un hombre convencional.

—¡No! —Silbó.— ¡Nunca afirmé serlo! Excepto ante cierto comité de selección, por supuesto. ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja! Los hombres convencionales consiguen a Maya. Esa es su recompensa. —Y se rió como un salvaje.

Una mañana cruzaron las últimas colinas rotas de Cerberus y flotaron sobre los llanos polvorientos de Amazonis Plañida. Arkadi bajó el dirigible para poner un molino de viento entre las dos últimas lomas del viejo Cerberus. Sin embargo, algo falló en el cierre del gancho del montacargas y se abrió de golpe cuando el molino estaba sólo a medio camino. Cayó de pie golpeando contra el suelo. Desde la nave parecía intacto, pero cuando Nadia se enfundó el traje y descendió por el cable, descubrió que la placa de calor se había resquebrajado y estaba suelta.

Y ahí, detrás de la placa, había una masa de algo. Un *algo* de un verde apagado con un toque de azul oscuro, dentro de la caja. Metió un destornillador y lo tocó con cautela.

—Mierda —dijo.

—¿Qué? —dijo Arkadi desde arriba.

Ella no le hizo caso, sacó con el destornillador un poco de la sustancia y la guardó en la bolsa de los tornillos y tuercas. Se enganchó al cable.

—Súbeme —ordenó.

—¿Qué pasa? —preguntó Arkadi.

—Tú súbeme.

Arkadi cerró las puertas del compartimiento de bombas detrás de Nadia y se le acercó mientras ella se desenganchaba del cable.

—¿Qué sucede?

Nadia se quitó el casco.

—¡Sabes lo que sucede, bastardo! —Le atizó un puñetazo y él voló hacia atrás, chocando contra un muro de molinos de viento.

—¡Ay! —gritó él; un aspa le había lastimado la espalda—. ¡Eh! ¿Cuál es el problema? ¡Nadia!

Ella sacó la bolsa del bolsillo del traje y la agitó ante él.

—¡Éste es el problema! ¿Como pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste mentirme? Bastardo, ¿tienes alguna idea de la clase de dificultades en que vamos a meternos? ¡Vendrán hasta aquí y nos enviarán a todos de vuelta a la Tierra!

Con los ojos muy abiertos, Arkadi se frotó la mandíbula.

—Yo no te mentiría, Nadia —dijo con seriedad—. No le miento a mis amigos. Déjame ver eso.

Ella lo miró y él le devolvió la mirada, la mano extendida esperando la bolsa, el blanco de los ojos visible alrededor de los iris. Se encogió de hombros y ella frunció el ceño.

—¿De verdad que no lo sabes? —preguntó.

—¿Saber *qué?*

No podía creer que él fingiera ignorancia; sencillamente, no era su estilo. Lo cual hizo que, de pronto, todo pareciera muy extraño.

—Por lo menos algunos de nuestros molinos de viento son pequeñas granjas de algas.

—¿Qué?

—Los jodidos molinos de viento que hemos estado soltando por todas partes —dijo ella—. Están llenos de las algas nuevas, o los líquenes de Vlad, o lo que sea. Mira.

Depositó la bolsita en la diminuta mesa de cocina, la abrió y sacó algo con la punta del destornillador. Fragmentos nudosos de un liquen azulado. Igual que las formas de vida marcianas de las viejas novelas.

Se quedaron mirándolo.

—Caramba —dijo Arkadi.

Se inclinó hasta acercar los ojos a un centímetro de la sustancia sobre la mesa.

—¿Me juras que no lo sabías? —insistió Nadia.

—Te lo juro. No te haría eso, Nadia. Tú lo sabes. Ella soltó un largo suspiro.

—Bueno… por lo visto, nuestros amigos nos lo harían a nosotros. Él se irguió y asintió.

—Así es. —Estaba distraído, preocupado. Se acercó a uno de los molinos de viento y lo separó del resto.— ¿Dónde estaba la cosa?

—Detrás de la placa térmica. —Se pusieron a trabajar con las herramientas de Nadia y abrieron el molino. Detrás de la placa había otra colonia de algas de la Colina Subterránea. Nadia tanteó alrededor de los bordes de la placa y descubrió un par de goznes pequeños donde la parte superior se unía con el interior del contenedor.— Mira, está hecho para que se abra.

—Pero ¿quién la abre? —dijo Arkadi.

—¿Por radio?

—Maldición. —Arkadi se levantó y paseó de arriba abajo por el estrecho corredor.— Quiero decir…

—¿Cuántos viajes en dirigible se han hecho ya? ¿Diez, veinte? ¿Y todos soltaron estas cosas?

Arkadi empezó a reír. Echó la cabeza hacia atrás y su enorme sonrisa de loco le hendió en dos la barba roja, y siguió riéndose hasta que tuvo que agarrarse los costados.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ¡a, ja!

Nadia, que no lo consideraba nada gracioso, sintió no obstante que ver la cara de Arkadi la hacía sonreír.

—¡No es gracioso! —protestó—. ¡Estamos metidos en un problema muy serio!

—Quizá —dijo él.

—¡Pero sí, de veras! ¡Y todo por tu culpa! ¡Algunos de esos estúpidos biólogos se tomaron en serio tus desvaríos anarquistas!

—Bueno —dijo él—, por lo menos es un punto a favor de esos bastardos. Quiero decir… —Regresó a la cocina para observar la masa de sustancia azul—. En cualquier caso, ¿de quién crees que estamos hablando exactamente? ¿Cuántos de nuestros amigos están metidos en esto? ¿Y por qué demonios no *me* lo contaron?

Nadia se dio cuenta de que era eso lo que más le dolía. En realidad, cuanto más lo pensaba, más se preocupaba; era evidente que había un subgrupo dentro del grupo que actuaba fuera de la supervisión de la UNOMA, *pero que no incluía a Arkadi,* a pesar de que había sido el primer y más clamoroso defensor de esa subversión. ¿Qué significaba? ¿Había gente que lo apoyaba pero no confiaba en él? ¿Había disidentes que llevaban a cabo otros programas?

No tenían forma de saberlo. Pasado un rato levaron anclas y continuaron la marcha sobre Amazonis. Sobrevolaron un cráter de tamaño medio llamado Pettit, y Arkadi comentó que sería un buen sitio para un molino de viento, pero Nadia respondió con un gruñido. Siguieron volando y discutieron la situación. No había duda de que alguien de los laboratorios de bioingeniería tenía que estar metido en el asunto; probablemente la mayoría; quizá todos. Y luego Sax, el diseñador de los molinos de viento, seguro que estaba complicado. E Hiroko había sido una defensora de los molinos, aunque ninguno sabía con certeza por qué... y no podían asegurar que ella aprobaría algo así o no, ya que era demasiado reservada. Pero no parecía imposible.

Mientras lo discutían, desmontaron por completo el molino de viento roto. La placa térmica cerraba como una puerta el compartimiento que contenía las algas; cuando la placa se abriera, las algas serían liberadas en una zona que estaría un poco más caliente a causa de la misma placa térmica. Así pues, cada molino de viento funcionaba como un microoasis, y si las algas conseguían sobrevivir y luego crecer más allá de la pequeña zona calentada por la placa, perfecto. Si no, estaba claro que no les iría demasiado bien en Marte. La placa de calor les daría un buen empujón, nada más. O eso es lo que sus creadores debieron de haber pensado.

—Nos han convertido en Johnny Appleseed —dijo Arkadi.

—¿Johnny qué?

—Un cuento popular norteamericano. —Le explicó de qué trataba.

—Sí, cierto. Y ahora Paul Bunyan va a venir a darnos una patada en el culo.

—Ja. Nunca. El Gran Hombre es mucho más grande que Paul Bunyan, créeme.

—¿El Gran Hombre?

—Ya sabes, todos esos nombres para los accidentes del paisaje. Las Huellas del Gran Hombre, la Bañera del Gran Hombre, el Curso de Golf del Gran Hombre, cosas así.

—Ah, ya sé.

—En cualquier caso, no veo cómo nos vamos a meter en problemas. No sabíamos nada.

—¿Y quién va a creérselo?

—Es verdad. Esos *bastardos,* con esto sí que me han fastidiado.

Era evidente que eso era lo que más molestaba a Arkadi. No que hubieran contaminado Marte con flora y fauna alienígenas, sino que no se lo hubieran dicho. Y Arkadi tenía su propio grupo, quizás más que eso: gente que estaba de acuerdo con él, una especie de seguidores. Todo el grupo de Fobos, un montón de los programadores de la Colina Subterránea. Y si algunos de los suyos le ocultaban cosas, eso era malo; pero si otro grupo tenía planes secretos propios, al parecer eso era peor, pues como mínimo representaba una interferencia, y quizá una competencia.

O es lo que él parecía pensar. No lo dijo de manera muy explícita, pero sus rezongos y sus súbitos juramentos mordaces eran obviamente genuinos aunque se alternaran con estallidos de hilaridad. Daba la impresión de que no era capaz de decidir si se sentía complacido o molesto, y Nadia llegó por último a la conclusión de que ambas cosas a la vez. Así era Arkadi; sentía todo sin reservas y sin medida, y no le preocupaba mucho la coherencia. Pero Nadia no estaba muy segura de que en esta ocasión le gustaran los motivos de Arkadi, tanto los de su cólera como los de su risa, y así se lo dijo con considerable irritación.

—¡Vamos! —exclamó él—. ¿Por qué ocultármelo cuando desde el principio había sido mi idea?

—Porque sabían que tal vez yo te acompañaría. Si te lo contaban, tó te verías obligado a contármelo. Y entonces, ¡yo lo habría impedido! Arkadi soltó una gran carcajada.

—¡De modo que después de todo fueron muy considerados!

—A la mierda.

Los bioingenieros, Sax, la gente del Cuartel que en realidad había construido los aparatos. Probablemente alguien en comunicaciones... había unos cuantos que tenían que saberlo.

—¿Qué me dices de Hiroko? —preguntó Arkadi.

No fueron capaces de decidirse. No sabían lo suficiente sobre ella como para poder adivinar qué pensaba. Nadia tenía la convicción de que estaba metida en el asunto, pero no supo explicar por qué.

—Supongo —dijo, pensándolo—, supongo que hay un grupo en torno a Hiroko, todo el equipo de la granja y unos cuantos *de* los otros, que la respetan y... y la siguen. En cierto modo, incluso Ann. ¡Aunque Ann la detestará cuando se entere! ¡Vaya! De todos modos, me da la impresión de que Hiroko estaría siempre al corriente de cualquier posible secreto. En especial de algo relacionado con los sistemas ecológicos. Después de todo, el grupo de bioingeniería trabaja con ella la mayor parte del tiempo, y para algunos es una especie de gurú, casi la adoran. ¡Es probable que ella los aconsejase cuando estaban poniendo esas algas!

—Hummm...

—Es probable que ella aprobara la idea, o aun que llegara a autorizarla.

Arkadi asintió.

—Comprendo lo que quieres decir.

Siguieron hablando, desmenuzando cada detalle. La tierra que sobrevolaban, llana e inmóvil, ahora le parecía distinta a Nadia. Había sido sembrada, fertilizada; iba a cambiar, de forma inevitable. Charlaron del resto de los planes de terraformación de Sax: los espejos gigantes en órbita, reflejando la luz del sol en los crepúsculos, carbono distribuido sobre los casquetes polares, calor areotermal, los asteroides de hielo. Parecía que todo iba a suceder de verdad. El debate había sido evitado; iban a cambiar la faz de Marte.

La segunda noche después del sorprendente descubrimiento, mientras preparaban la cena anclados al abrigo de un cráter, recibieron una llamada de la Colina Subterránea, transmitida a través de los satélites de comunicación.

—¡Eh, vosotros dos! —dijo John Boone a modo de saludo—.

¡Tenemos un problema!

—*Vosotros* tenéis un problema —replicó Nadia.

—Vaya. ¿Sucede algo ahí?

—No, no.

—Bueno, estupendo, porque en realidad sois vosotros los que tenéis el problema, ¡y no me gustaría que tuvierais más de uno! Se ha desencadenado una tormenta de polvo en la región de Garitas Fossae, y está creciendo y yendo hacia el norte a gran velocidad. Creemos que os alcanzará en un par de días.

—¿No es pronto para las tormentas de polvo? —preguntó Arkadi,

—Bueno, no, estamos en L_s=240, que es una estación de tormentas. La primavera septentrional. En cualquier caso, ahí está, y va hacia vosotros.

Les envió una fotografía de satélite y ellos la estudiaron con atención en la pantalla. Una nube amarilla y amorfa cubría la región al sur de Tharsis.

—Será mejor que regresemos ahora mismo —dijo Nadia después de examinar la fotografía.

—¿De noche?

—Podemos activar los propulsores con baterías esta noche, y recargarlas mañana a primera hora. Luego quizá no tengamos mucha luz solar, a menos que seamos capaces de elevarnos por encima del polvo.

Después de discutir el asunto un poco más con John, y luego con Ann, dejaron que el viento los empujara en dirección este-nordeste; con ese rumbo pasarían justo al sur del Monte Olimpo. Luego esperaban poder rodear el lado norte de Tharsis, que los protegería de la tormenta de polvo al menos durante un cierto tiempo.

Parecía más ruidoso volar de noche. La embestida del viento sobre el material de la cubierta era un gemido vacilante, el sonido de los motores un zumbido grave y lastimero. Se sentaron en la cabina, iluminada sólo por las débiles luces verdes de los instrumentos, y conversaron en voz baja mientras sobrevolaban la tierra negra. Les quedaban unos 3.000 kilómetros por recorrer antes de llegar a la Colina Subterránea; eran unas trescientas horas de vuelo; si cubrían el trayecto sin paradas, tardarían doce días. Pero la tormenta, si crecía como era habitual, los alcanzaría mucho antes. Después... era difícil saberlo. Sin la luz del sol, los propulsores agotarían las baterías, y entonces...

—¿No podemos dejarnos llevar por el viento? —preguntó Nadia—.

¿Utilizar los propulsores sólo para impulsos esporádicos?

—Tal vez. Pero en estos aparatos los propulsores ayudan a que nos elevemos, ya sabes.

—Sí. —Nadia preparó café y llevó las tazas hasta la cabina. Se sentaron y bebieron, y observaron el paisaje negro o la curva verde de la pequeña pantalla de radar.— Es probable que tengamos que tirar todo lo innecesario. En especial esos malditos molinos de viento.

—Todo es lastre, así que guardémoslo para cuando nos haga falta subir.

Las horas de la noche fueron transcurriendo. Se turnaron al timón, y Nadia dormitó intranquila una hora. Cuando regresó a la cabina, vio que la masa negra de Tharsis se había desplazado hacía el horizonte: los dos volcanes más occidentales de los tres príncipes, el Monte Ascraeus y el Monte Pavonis, eran visibles como jorobas de estrellas ocultas allá lejos, en el borde del mundo. A la izquierda, el Monte Olimpo todavía era una masa imponente sobre el horizonte, y junto con los otros dos volcanes daba la impresión de que volaran a baja altura en algún cañón realmente gigantesco. La pantalla del radar reproducía la escena en líneas verdes sobre la cuadrícula de la pantalla.

Luego, en la hora que precede al amanecer, pareció como si otro volcán inmenso estuviera elevándose detrás de ellos. Todo el horizonte meridional subía, y las estrellas bajas desaparecían mientras ellos miraban. Orión se hundió en la oscuridad. La tormenta estaba cerca.

Cayó sobre ellos justo al amanecer, sofocando el rojo en el cielo oriental, pasando sobre ellos, devolviendo el mundo a una oscuridad rojiza. El viento aumentó hasta que barrió las ventanas de la góndola con un rugido mudo y después con un sonoro aullido. El polvo los dejaba atrás a una velocidad aterradora, superreal. Entonces el viento sopló todavía más y la góndola salió arriba y abajo mientras el armazón del dirigible se contorsionaba.

En cierto momento Arkadi dijo:

—Con un poco de suerte el viento girará por el saliente norte de Tharsis.

Nadia asintió en silencio. No habían podido recargar las baterías después del vuelo nocturno, y sin luz solar los motores no funcionarían muchas horas más.

—Hiroko me contó que durante una tormenta la luz del sol es un quince por ciento de la normal —dijo ella—. A más altura debería haber más luz. Así que podríamos recargarlas, aunque será lento. Los propulsores los utilizaríamos de noche.

Tecleó en una computadora. Algo en la expresión de la cara de Arkadi —no miedo, ni siquiera ansiedad, sino una curiosa y leve *sonrisa*— la hizo consciente del gran peligro en que estaban. Si no podían utilizar los propulsores, no podrían gobernar la nave y quizá ni siquiera permanecer en vuelo. Es cierto que podrían descender y tratar de asegurarse con las anclas, pero sólo disponían de comida para unas pocas semanas, y estas tormentas duraban a menudo dos meses, a veces tres.

—Ahí está el Monte Ascraeus —dijo Arkadi, señalando la pantalla del radar—. Una buena imagen. —Se rió.— Me temo que es la mejor vista que conseguiremos por ahora. Es una pena, realmente deseaba verlo.

¿Recuerdas Elysium?

—Sí, sí —dijo Nadia, ocupada en llevar a cabo simulaciones sobre la eficacia de las baterías.

La luz diaria del sol se encontraba cerca del máximo del perihelio,

circunstancia que había iniciado la tormenta; y los instrumentos indicaban que alrededor del veinte por ciento de la luz solar total penetraba hasta ese nivel (a los ojos de Nadia parecía más un treinta o un cuarenta); por tanto quizá fuera posible mantener los propulsores encendidos la mitad del tiempo, algo que los ayudaría mucho. Sin ellos avanzaban a unos doce kilómetros por hora, y también perdían altitud, aunque quizá sólo fuese que el suelo se elevaba. Los propulsores les permitirían mantener una altitud regular e influir en el curso en uno o dos grados.

—¿Tienes idea de lo espeso que es este polvo?

—¿Lo espeso que es?

—Ya sabes, gramos por metro cúbico. Intenta ponerte en contacto con Ann o Hiroko y averígualo, ¿quieres?

Ella se fue a ver qué llevaban a bordo que pudiera alimentar a los propulsores. Hidrazina, para las bombas de vacío del compartimiento de descarga; probablemente se podrían conectar los motores de las bombas a los propulsores... Estaba apartando con el pie uno de los malditos molinos de viento cuando se quedó mirándolo con fijeza. Las placas térmicas se calentaban mediante una descarga eléctrica generada por la rotación de los molinos. De modo que si conseguía llevar esa descarga a las baterías de propulsión e instalar los molinos en el exterior de la góndola, el viento los haría girar como peonzas y la electricidad ayudaría a alimentar a los propulsores. Mientras hurgaba en el armario del equipo en busca de cables, transformadores y herramientas, le contó la idea a Arkadi y él soltó su risa de loco.

—¡Buena idea, Nadia! ¡Gran idea!

—Si funciona.

Revolvió en el equipo de herramientas, desgraciadamente más pequeño que el suyo. La luz en la góndola era espectral, un débil resplandor amarillo que titilaba con cada ráfaga de viento. En las ventanas laterales se alternaban momentos de luz con densas nubes amarillas parecidas a cúmulos que pasaban velozmente junto a ellos, y otros de una total oscuridad. Un torrente de polvo que volaba a más de 300

kilómetros por hora barría las superficies de las ventanas. Incluso a doce milibares las ráfagas del viento sacudían el dirigible de un lado a otro; arriba en la cabina, Arkadi maldecía la insuficiencia del piloto automático.

—Reprográmalo —gritó Nadia, y entonces recordó todas aquellas sádicas simulaciones a bordo del *Ares y* se rió en voz alta—. ¡Problema de vuelo! ¡Problema de vuelo!

Volvió a reírse de los juramentos de Arkadi y regresó al trabajo. Por lo menos el viento los haría avanzar más deprisa. Arkadi le gritó la información que Ann acababa de transmitirle. El polvo era extremadamente fino, la partícula media de unos 2,5 micrones; la masa total de la columna de unos 10^{-3} gramos por cm^2, distribuida con bastante regularidad desde la parte superior a la inferior de la columna. No estaba tan mal; déjalo caer a tierra y será una capa bien fina, todo concordaba con lo que habían visto en los cargamentos que habían soltado tiempo atrás en el emplazamiento de la Colina Subterránea.

Cuando instaló los cables para unos cuantos molinos, se precipitó por el corredor hasta la cabina.

—Ann dice que los vientos serán más flojos cerca del suelo —informó Arkadi.

—Bien. Necesitamos descender para sacar fuera esos molinos.

De modo que aquella tarde bajaron a ciegas, y dejaron que el ancla se arrastrara hasta que al fin se enganchó. El viento allí era más flojo, pero aun así el descenso por el cable le pareció horrible a Nadia. Abajo y abajo, entre las embestidas de nubes de polvo amarillo, oscilando de un lado a otro... ¡y por fin alcanzó a pisar el suelo! Se arrastró hasta detenerse. Una vez que se soltó del cable, inclinó el cuerpo contra el viento; las ráfagas parecían golpes y volvió a sentirse hueca, más que otras veces. La visibilidad iba y venía en oleadas, y el polvo pasaba volando a una velocidad inquietante. En la Tierra un viento tan rápido sencillamente lo levantaría a uno y se lo llevaría como un tornado se lleva una escoba.

Pero aquí uno podía mantenerse en el suelo, aunque a duras penas. Arkadi había estado haciendo bajar el dirigible por el cable del ancla, y en ese momento se cernió sobre ella como un techo verde. Bajo la nave la oscuridad era fantasmagórica. Nadia desenrolló los cables hasta los turbopropulsores de los extremos de las alas, y los empalmó a los contactos interiores, trabajando a toda marcha para tratar de reducir la exposición al viento y salir de debajo del corcoveante *Punta de Flecha.* Taladró con dificultad unos agujeros en la base del fuselaje y atornilló diez molinos. Mientras conectaba los cables al fuselaje de plástico, el dirigible entero se desplomó tan rápidamente que tuvo que echarse de bruces, el cuerpo extendido sobre el suelo frío, el taladro un bulto duro bajo el estómago.

—¡Mierda! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Arkadi por el intercomunicador.

—Nada —dijo ella, poniéndose en pie de un salto y conectando los cables todavía más deprisa—. Jodida situación... es como trabajar en un trampolín... —Entonces, justo al acabar, el viento volvió a soplar con fuerza y ella tuvo que regresar a gatas al compartimiento de bombas.—

¡El maldito cacharro casi me aplasta! —le gritó a Arkadi roncamente cuando se quitó el casco.

Mientras él trabajaba para soltar el ancla, Nadia fue trastabillando por el interior, recogiendo cosas que no necesitarían y llevándolas al compartimiento de bombas: una lámpara, uno de los colchones, la mayoría de los utensilios de cocina y el servicio de mesa, algunos libros, todas las muestras de rocas. Una vez dentro, las expulsó con felicidad. Si alguna vez algún viajero se encontraba con ese montón

de cosas, pensó, seguramente se preguntaría qué demonios habría sucedido.

Tuvieron que acelerar los dos propulsores al máximo para desenganchar el ancla, y empezaron a volar como una hoja en noviembre. Mantuvieron los propulsores al máximo y ganaron altura lo más rápidamente posible; había unos volcanes pequeños entre Olimpo y Tharsis, y Arkadi quería pasar a varios cientos de metros por encima. La pantalla del radar les mostró que el Monte Ascraeus iba quedando atrás. Cuando estuvieran bien al norte, podrían virar hacia el este y bordear el flanco septentrional de Tharsis, y luego descender hasta la Colina Subterránea.

Pero, a medida que transcurrían las largas horas, se dieron cuenta de que el viento bajaba por la vertiente norte de Tharsis y soplaba de proa, de modo que incluso yendo a máxima potencia hacia el sudeste, sólo avanzaban hacia el nordeste. Intentando avanzar con el viento de través, el pobre *Punta de Flecha* se balanceaba como un columpio, lanzándolos arriba y abajo.

La oscuridad cayó de nuevo. Fueron impulsados más al nordeste. Con ese rumbo, iban a pasar a varios cientos de kilómetros de la Colina Subterránea. Después, nada; ningún emplazamiento, ningún refugio. Serían empujados sobre Acidalia, hacia Vastitas Borealis, hacia el mar petrificado y vacío de las dunas negras. Y no tenían ni comida ni agua suficientes para circunnavegar el planeta otra vez y volver a intentarlo.

Sintiendo el polvo en la boca y los ojos, Nadia regresó a la cocina y calentó una comida para los dos. Estaba exhausta, y cuando el olor de la comida llenó el aire, se dio cuenta de que también tenía mucha hambre. Sed también, y el reciclador de agua funcionaba con hidrazina.

Al pensar en el agua, le vino a la mente una imagen del viaje al polo norte: aquella galería rota de permafrost, con un vertido blanco de hielo de agua. ¿Por qué lo recordaba ahora?

Volvió trabajosamente a la cabina, agarrándose a la pared. Tomó una comida polvorienta con Arkadi, intentando resolver el enigma. Arkadi miraba la pantalla del radar, en silencio, aunque parecía preocupado.

—Mira —dijo ella—, si llegáramos a captar las señales de los radiofaros en nuestro camino hacia Chasma Borealis, nos ayudarían a descender. Un rover robot vendría luego a recogernos. La tormenta no los afectará, ya que no dependen de lo que ven. Podríamos dejar el *Punta de Flecha* bien amarrado y volver a casa en un vehículo terrestre.

Arkadi la miró y terminó de tragar un bocado.

—Buena idea —dijo.

Pero sólo si eran capaces de captar las señales de los radiofaros. Arkadi encendió la radio y llamó a la Colina Subterránea. La conexión crepitó en una tormenta de estática casi tan densa como el polvo, pero aun así pudieron entenderse. Toda aquella noche conferenciaron con la gente de la base, discutiendo frecuencias, amplitudes de banda, el polvo y las señales bastante débiles de los radiofaros. Como habían sido diseñados sólo para comunicarse con los rovers próximos, iba a ser difícil oírlos. La Colina Subterránea quizá pudiera precisar la posición en que estaban e indicarles un punto adecuado de descenso, y el radar también los ayudaría a localizar el camino; pero ninguno de esos métodos sería muy exacto; nunca encontrarían el camino en la tormenta sí no descendían justo encima de él. Diez kilómetros a un lado u otro y el camino pasaría más allá del horizonte y ellos estarían en un aprieto. Sería mucho más seguro si pudieran sintonizar un radiofaro y bajar siguiendo la señal.

En cualquier caso, la Colina Subterránea despachó un rover robot por el

camino del norte. Llegaría en unos cinco días a la zona que se esperaba que ellos cruzaran; a la velocidad actual, ahora de casi treinta kilómetros por hora, la atravesarían en unos cuatro días.

Cuando todo estuvo dispuesto, se turnaron las guardias el resto de la noche. Nadia durmió inquieta en sus momentos libres y pasó la mayor parte del tiempo tumbada en la cama, sintiendo las sacudidas del viento. Las ventanas estaban tan oscuras como si hubieran corrido unas cortinas. El aullido del viento era como un horno de gas, y en ocasiones como el gemido de los *banshees;* una vez soñó que se encontraban dentro de un gran horno lleno de demonios ígneos: despertó transpirando y fue a relevar a Arkadi. Toda la góndola olía a sudor, a polvo y a hidrazina quemada. A pesar del microsellado de las junturas, había una capa blancuzca visible en el interior de la góndola. Se limpió las manos sobre un tabique de plástico de color azul claro y se quedó mirando las marcas de los dedos. Increíble.

Avanzaron dando sacudidas entre la penumbra de los días, entre la oscuridad sin estrellas de las noches. El radar mostró lo que les pareció el Cráter Fesenkov extendiéndose debajo de ellos; aún eran empujados hacia el nordeste y no había ninguna posibilidad de que pudieran oponerse a la tormenta y dirigirse al sur hacia la Colina Subterránea. No tenían otra esperanza que el camino polar. Nadia ocupó su tiempo fuera de las guardias buscando cosas que tirar por la borda y quitando las partes de la góndola que no consideró esenciales; hasta los mismos ingenieros de Friedrichshafen se hubieran estremecido. Pero los alemanes siempre se exceden en el diseño de las cosas, y además nadie en la Tierra llegaría a entender alguna vez lo que era la *g* marciana. Así que aserró y martilleó hasta que todo en el interior de la góndola quedó reducido a lo mínimo. Cada vez que usaba el compartimiento de bombas, se introducía otra pequeña nube de polvo, aunque consideró que valía la pena; necesitaban la elevación, el remiendo con los molinos no estaba dando suficiente energía a las baterías y hacía tiempo que había tirado el resto por la borda. Aunque los hubiera tenido, no habría vuelto a instalarlos debajo del dirigible; el recuerdo del incidente aún le daba escalofríos. En cambio, seguía sacando cosas. Si hubiera podido meterse en los globos compensadores, habría tirado también algunas piezas del armazón del dirigible.

Mientras ella trabajaba, Arkadi daba vueltas alrededor de la góndola animándola a seguir, desnudo y rebozado con una capa de polvo, el hombre rojo en persona, entonando canciones y mirando la pantalla del radar, engullendo comidas rápidas, planificando el curso. Era difícil no contagiarse de un poco de su alegría, no maravillarse con él ante los embates más fuertes del viento, no sentir el polvo salvaje que ahora le volaba en la sangre.

Y así pasaron tres días largos e intensos, en la frenética garra del viento anaranjado oscuro. Y al cuarto, poco después del mediodía, subieron al máximo el volumen del receptor y escucharon el crepitante rugido de la estática en la frecuencia de los radiofaros. Nadia se concentró en el ruido y se adormeció, pues había descansado muy poco; casi estaba inconsciente cuando Arkadi dijo algo; se incorporó bruscamente en la silla.

—¿Lo oyes? —preguntó él de nuevo. Ella escuchó, y negó con la cabeza—. Ahí, es una especie de pim... Ella oyó un pequeño *bip.*

—¿Es eso?

—Me parece que sí. Voy a bajar tan rápidamente como pueda;

tendré que vaciar algunos de los globos.

Escribió en el teclado del tablero; el dirigible se inclinó hacia adelante y empezaron a descender a velocidad de emergencia. Los números del altímetro bajaron titilando. La pantalla del radar mostró que el terreno era básicamente una planicie. El *pim* se hizo más claro... Sin receptor direccional, no tenían otra manera

de saber si aún seguían aproximándose o alejándose. *Pim... pim... pim...* Nadia se sentía agotada y no podía decir sí el ruido se volvía más fuerte o más débil; le parecía que cada señal tenía un volumen distinto, dependiendo de la atención que pudiera prestarle.

—Se está debilitando —dijo de pronto Arkadi—. ¿No crees?

—No lo sé.

—Sí.

Encendió los propulsores y el zumbido debilitó definitivamente la señal. Viró contra el viento y el dirigible se sacudió con violencia; luchó por estabilizar el descenso, pero pasaban unos segundos entre cada cambio de los alerones y las sacudidas del dirigible; en realidad estaban en poco más que en caída controlada. Los intervalos entre los *pim* parecían alargarse.

Cuando el altímetro indicó que habían bajado lo suficiente, echaron el ancla. Después de un momento de ansiedad en que flotaron a la deriva, se enganchó y resistió. Soltaron todas las otras anclas e hicieron descender la nave tirando de los cabos. Luego Nadia se enfundó un traje, se sujetó al cable del montacargas y bajó. Una vez en la superficie comenzó a deambular en un amanecer color chocolate, encorvándose para resistir la corriente irregular del viento. Se dio cuenta de que en la Tierra nunca se había sentido físicamente más exhausta, y que en verdad le era imposible avanzar contra el viento, tenía que cambiar de dirección. La aguda señal del radiofaro sonó en el intercomunicador, y el suelo pareció sacudirse debajo de ella; era difícil mantener el equilibrio. El *pim* sonaba con bastante nitidez.

—Teníamos que haber escuchado todo el tiempo por los intercomunicadores de los cascos —le dijo a Arkadi—. Se oye mejor.

Una ráfaga la derribó. Se levantó y siguió arrastrando los pies,

despacio, soltando un cabo de nailon detrás de ella, cambiando de dirección mientras seguía el volumen de los *pims.* El suelo ondulaba bajo sus pies, siempre que podía verlo; la visibilidad en realidad era de un metro, menos cuando soplaban las ráfagas más densas. Luego se aclararon un poco y unos chorros marrones de polvo pasaron como un relámpago, cortina tras cortina, a una velocidad pasmosa. El viento la golpeaba con tanta fuerza como cualquier golpe que hubiera recibido alguna vez en la Tierra, o más duramente; era un trabajo doloroso mantener el equilibrio, un esfuerzo físico constante.

Mientras avanzaba dentro de una nube espesa y cegadora, casi se dio de bruces con uno de los radiofaros, que se erguía allí como el poste gordo de una valla.

—¡Eh! —gritó.

—¿Qué sucede?

—¡Nada! Me he dado un susto al toparme con la señal del camino.

—¡Lo has encontrado!

—Sí.

Sintió que el agotamiento le bajaba a las manos y pies. Se sentó en el suelo un minuto, luego volvió a levantarse; estaba demasiado frío para quedarse sentada. El dedo fantasma le dolía.

Aferró el cabo de nailon y regresó a ciegas al dirigible, sintiendo que había entrado en el mito milenario y que seguía el único hilo que la sacaría del laberinto.

Durante su viaje en rover hacia el sur, ciegos en el polvo volador, crepitó por la radio la noticia de que la UNOMA acababa de aprobar y conceder los fondos para el

establecimiento de tres nuevas colonias. En cada una habría unos quinientos colonos, todos procedentes de países que no estaban representados en los primeros cien.

Y el subcomité de terraformación había recomendado, y la Asamblea General aprobado, todo un paquete de trabajos de terraformación en Marte, entre ellos la distribución en la superficie del planeta de microorganismos creados por ingeniería genética y fabricados de una materia prima sacada de algas, bacterias o líquenes.

Arkadi se rió durante medio minuto.

—¡Esos bastardos, esos bastardos con suerte! Les perdonarán lo que hicieron.

CUARTA PARTE

Nostalgia

Una mañana de invierno el sol brilla sobre el Valle Marineris, iluminando los muros de la zona norte de esa gran concatenación de cañones. Y bajo esa luz intensa se puede ver que aquí y allá un filón o afloramiento está tocado de una verrugosa mota de liquen negro.

Y es que la vida se adapta. No tiene sino unas pocas necesidades: un poco de combustible, un poco de energía, y es fantásticamente ingeniosa en extraer lo que necesita de un amplio abanico de entornos. Algunos organismos viven siempre por debajo del punto de congelación del agua, otros por encima del punto de ebullición; algunos viven en zonas radiactivas, otros en regiones altamente salobres, o dentro de roca sólida, o en la oscuridad total, o en deshidratación extrema, o sin oxígeno. Se acomodan a toda suerte de entornos gracias a medidas de adaptación extrañas y maravillosas, inimaginables; y así desde el lecho rocoso hasta la atmósfera, la vida ha impregnado la Tierra con el tejido completo de una gran biosfera.

Todas estas capacidades de adaptación están codificadas y se transmiten genéticamente. Si hay una mutación en los genes, los organismos cambian. Si los genes son alterados, los organismos cambian. Los bioingenieros emplean esos dos métodos de modificación, no sólo la recombinación génica, sino también el arte más antiguo de la reproducción selectiva. Los microorganismos son puestos en cultivo, y los que crecen más deprisa (o aquellos que presentan las características deseadas) son seleccionados y vueltos a poner en cultivo; se añaden mutágenos que aceleran el ritmo de mutación; y con la rápida sucesión de generaciones microbianas (digamos diez al día), se puede repetir ese proceso hasta obtener algo satisfactorio. La reproducción selectiva es una de las más poderosas técnicas de bioingeniería clásica.

Pero son las técnicas más modernas las que atraen la atención. Los microorganismos creados por la ingeniería genética, o GEM, llevaban en escena sólo alrededor de medio siglo desde que los primeros cien llegaron a Marte. Pero medio siglo en la ciencia moderna es mucho tiempo. La conjugación de plátmidos se había convertido en una herramienta muy sofisticada en esos años. El repertorio de enzimas inhibidoras para las divisiones y de enzimas ligasas para las uniones, era amplio y versátil; la capacidad para trazar con precisión largas cadenas de ADN estaba ahí; el conocimiento acumulado sobre los genomas era inmenso, y aumentaba de forma exponencial: y usada en conjunto, esta nueva biotecnología estaba permitiendo todo tipo de modificación de características, promoción, replicación, suicidio provocado (para frenar el exceso de éxito), y así sucesivamente. Era posible aislar las secuencias de ADN de un cierto organismos luego sintetizar esos mensajes de ADN, separarlos y unirlos a cadenas de plásmidos; después se lavaban las células y se las ponía en una suspensión de glicerol con los nuevos plasmidos, y el

glicerol era suspendido entre dos electrodos y recibía una breve e intensa descarga de unos 2.000 voltios, y los plásmidos en el glicerol eran proyectados al interior de las células, y ¡voilá! *Ahí, arrojado a la vida como el monstruo de Frankenstein, había un organismo nuevo. Con nuevas capacidades.*

Y así: líquenes de crecimiento rápido. Algas resistentes a la radiación. Hongos resistentes al frío extremo. Bacterias halófilas Archae, que ingerían sal y excretaban oxígeno. Moho suránico. Una taxonomía completa de nuevas formas de vida, todas parcialmente adaptadas a la superficie de Marte, todas ahí fuera intentándolo. Algunas especies se extinguieron: selección natural. Algunas prosperaron: supervivencia del más adaptado. Algunas prosperaron violentamente, a expensas de otros organismos, y luego excretaron ciertos productos químicos que activaron unos genes suicidas, y fueron muriendo hasta que los niveles de esos productos químicos volvieron a bajar.

Así que la vida se adapta a las condiciones. Y al mismo tiempo, las condiciones son modificadas por la vida. Ésa es una de las definiciones de la vida: el organismo y el entorno se transforman juntos según un acuerdo recíproco, ya que son dos manifestaciones de una misma ecología, dos partes de un todo.

Y por tanto: más oxígeno y nitrógeno en el aire. Pelusa negra sobre los suelos de los polos. Pelusa negra sobre las ásperas superficies de las rocas. Manchas de un verde pálido cubriendo el suelo. Granos más grandes de escarcha en el aire. Animáculos que se abren paso en las profundidades del regolito, como billones de topos diminutos, convirtiendo los nitritos en nitrógeno, los óxidos en oxígeno.

Al principio el proceso era casi invisible, y muy lento. Un golpe de frío o una tormenta solar y especies enteras se extinguían en una noche. Pero los restos alimentaban a las otras criaturas, y de ese modo éstas tenían una vida más fácil y el proceso se reanudaba. Las bacterias se reproducen rápidamente, duplicando su volumen muchas veces al día en condiciones favorables; las posibilidades matemáticas de su velocidad de crecimiento son asombrosas, y aunque los imperativos medio ambientales —en especial en Marte— mantienen todo crecimiento real lejos de sus límites matemáticos, no obstante, los nuevos organismos, los areofitos, se reprodujeron con rapidez, a veces mutaron, murieron, y la vida nueva se alimentó con el abono de sus antepasados, y volvió a reproducirse. Vivían y morían; y la tierra y el aire que dejaron atrás fueron diferentes a lo que habían sido antes de la aparición de esos millones de breves generaciones,

Y así una mañana sale el sol, y sus largos rayos atraviesan la cubierta de jirones de nubes que se extiende sobre el Valle Marineris. Sobre los muros del norte hay diminutos trozos de negro, amarillo, verde oliva, gris y verde. Motas de liquen salpican las caras verticales de la piedra, que se yerguen como siempre, frías, agrietadas y rojas; pero moteadas ahora, como enmohecidas.

Michel Duval soñaba que estaba otra vez en casa. Nadaba en el oleaje del cabo de Villefranche-sur-Mer, mecido por las cálidas aguas de agosto. Soplaba el viento y se acercaba la puesta de sol y el agua tenía un turbio color blanco broncíneo; los rayos del sol rebotaban en la superficie. Las olas eran grandes para el

Mediterráneo, rápidas rompientes que se alzaban hendidas por el viento y batían en rápidas e irregulares líneas, permitiéndole cabalgar un momento sobre ellas. Luego se sumergía, en un revoltijo de burbujas y arena, y volvía a emerger a un estallido de luz dorada, con el sabor de la sal en la boca, los ojos escociéndole voluptuosamente. Grandes pelícanos negros se dejaban llevar sobre cojines de aire justo por encima del oleaje, remontaban vuelo con torpes movimientos, planeaban y se dejaban caer alrededor. Replegaban a medias las alas cuando se zambullían, ajustándolas hasta el momento del brusco choque con las aguas. A menudo emergían engullendo algún pez pequeño. A sólo unos metros de él chapoteaba uno de esos pelícanos, recortándose contra el sol como un Stuka o un pterodáctilo. Fresco y cálido a la vez, inmerso en sal, se agitó con el oleaje y parpadeó, cegado por la luz salina. Una ola de diamantes batió contra la orilla y se transformó en espuma.

Sonó el teléfono.

Sonó el teléfono. Eran Úrsula y Phyllis, que lo llamaban para decirle que Maya tenía otro de sus ataques y estaba desconsolada. Se levantó, se puso unos calzoncillos y fue al cuarto de baño. Las olas saltaron sobre una línea de resaca. Maya, deprimida otra vez. La última vez que la había visto estaba de buen humor, casi eufórica, y eso fue hacía... ¿una semana? Pero así era Maya. Estaba loca. Aunque loca al estilo ruso, lo que significaba que era un poder a tener en cuenta. ¡Madre Rusia! Tanto la Iglesia como los comunistas habían intentado erradicar el matriarcado, y lo único que consiguieron fue un torrente de amargo desdén castrador, toda una nación de despectivas *russalkas y babayagas* y que actuaban como supermujeres las veinticuatro horas del día, que vivían en una cultura casi partenogénica de madres, hijas, *babushkas* y nietas. Y, sin embargo, aún enfrascadas por necesidad en sus relaciones con los hombres, tratando desesperadamente de encontrar al padre perdido, a la pareja perfecta. O simplemente a un hombre que aceptara soportar una parte de la carga. Encontrar el amor perfecto, para luego acabar destruyéndolo casi siempre. Locas.

Bien, era peligroso generalizar. Pero Maya parecía un caso típico. Melancólica, airada, coqueta, brillante, encantadora, manipuladora, exaltada... y ahora ocupando la oficina como una enorme losa de abatimiento, los ojos enrojecidos e inyectados en sangre, la boca entreabierta. Úrsula y Phyllis agradecieron en susurros a Michel que se hubiera levantado tan temprano, y se fueron. Michel se acercó a las ventanas venecianas y las abrió, y la luz de la cúpula central inundó el cuarto. Volvió a reconocer que Maya era una mujer hermosa, con ese pelo reluciente y exuberante y esa mirada oscura y carismática, inmediata y directa. Nunca se acostumbraría, era desolador verla así de trastornada, tan alejada de su habitual vivacidad, del modo en que le apoyaba a uno un dedo en el brazo mientras parloteaba con tono confiado sobre esta o aquella cosa fascinante...

Todo eso extrañamente imitado por esta criatura desesperada, que se inclinaba sobre el escritorio y empezaba a contarle con voz ronca la última escena del eterno drama que interpretaban ella y John, y por supuesto Frank. Al parecer se había enfadado con John por negarse a conseguir que unas multinacionales radicadas en Rusia apoyaran el desarrollo de asentamientos en la Cuenca de Hellas; siendo el punto más bajo de Marte sería el primero en beneficiarse de los nuevos cambios atmosféricos. La presión del aire en Punto Bajo, cuatro kilómetros por debajo del plano de referencia, sería siempre diez veces mayor que en la cumbre de los grandes volcanes, y tres veces mayor que en el plano de referencia. Iba a ser el primer lugar adecuado para los humanos, perfecto para el desarrollo de las colonias.

Pero, al parecer, John prefería trabajar a través de la UNOMA y los gobiernos. Y ése era uno de los muchos desacuerdos políticos que estaban trastornándolos,

hasta el punto de que peleaban con bastante frecuencia por otras cosas, de poca importancia, cosas sobre las que no habían peleado nunca.

Observándola, Michel casi dijo: John quiere que estés irritada con él. No estaba seguro de lo que contestaría John a eso. Maya se frotó los ojos y apoyó la frente en la mesa, dejando al descubierto la nuca y los hombros anchos y esbeltos. Ella jamás se mostraría tan angustiada delante de cualquiera de la Colina; era una intimidad que había entre ellos, algo que sólo hacía con él. Era como sí ella se hubiera quitado la ropa. La gente no comprendía que la verdadera intimidad no tenía por qué ser necesariamente una relación sexual, que se podía tener con desconocidos y en un estado de absoluta alienación; la intimidad consistía en hablar durante horas sobre lo más importante en la vida de uno. Aunque era verdad que desnuda ella estaría hermosa. La recordó en la piscina, nadando estilo espalda con un bañador azul abierto muy por encima de las caderas. Una imagen mediterránea: él flotaba en el agua en Villefranche, todo inundado con la luz ambarina del crepúsculo, y miraba hacia la playa, donde hombres y mujeres paseaban desnudos, salvo por los triángulos de neón de los bañadores *cache-sexe* —mujeres con los pechos desnudos y la piel tostada, caminando en parejas como bailarinas a la luz del sol— y entonces los delfines aparecían entre las olas, surcando la superficie entre él y la playa, con lustrosos cuerpos negros redondeados como los cuerpos de las mujeres…

Pero ahora Maya hablaba de Frank. Frank, quien parecía tener un sexto sentido para entender los problemas entre John y Maya, y que acudía raudo al lado de Maya cada vez que captaba las señales, para pasear con ella y hablar de una visión de Marte progresista, estimulante, ambiciosa, todo lo que no era la de John.

—Frank es mucho más dinámico que John estos días, no sé por qué.

—Porque está de acuerdo contigo —dijo Michel. Maya se encogió de hombros.

—Sí, supongo que es eso lo que quiero decir. Pero tenemos la oportunidad de desarrollar aquí toda una civilización, la tenemos. Y John es tan… —Un suspiro hondo.— Y sin embargo lo amo, de verdad. Pero…

Habló durante un rato del pasado, de cómo la relación que habían tenido en el viaje la salvó de la anarquía (o por lo menos del tedio), de lo bueno que había sido para ella el carácter estable y tranquilo de John. De que se podía contar con él. De cuánto la había impresionado la fama de John, hasta el punto de que había creído que con esa relación ella sería parte de la historia del mundo. Pero ahora comprendía que de todas maneras sería parte de la historia del mundo, los cien primeros lo serían. Habló con una voz más rápida y vehemente:

—Ahora no necesito a John en ese aspecto, sólo por los sentimientos que despierta en mí, pero ya no estamos de acuerdo en nada y no tenemos mucho en común, y con Frank, que ha tenido la cautela de contenerse siempre en cualquier ocasión, coincidimos en casi todo, y yo mostré tanto entusiasmo que de nuevo le he transmitido la señal equivocada, así que volvió a hacerlo, ayer en la piscina él… él me abrazó, ya sabes, me tomó por los brazos… —cruzó los brazos sobre el pecho— … y me pidió que dejara a John para irme con él, algo que yo nunca haría, y él estaba *temblando, y* le dije que no podía, pero yo también temblaba.

—Y por eso luego estaba muy nerviosa, y había provocado una pelea con John, la había provocado de una forma tan descarada que él se había puesto furioso y se había marchado en rover a la galería de Nadia y había pasado la noche allí con el equipo de construcción; y Frank había bajado para hablar de nuevo con ella, y cuando ella (apenas) consiguió rechazarlo, Frank declaró que se iba a vivir al asentamiento europeo del otro lado del planeta, ¡él, que era la fuerza motriz de la colonia!— Y lo va a hacer de verdad, no es de los que hablan porque sí. Ha aprendido alemán con esa facilidad que tiene, los idiomas no son un problema para Frank.

Michel trató de concentrarse en lo que decía Maya. No era fácil, porque sabía bien que dentro de una semana todo cambiaría, toda la dinámica de ese pequeño trío se alteraría hasta parecer irreconocible. Por lo que le era difícil sentirse implicado. ¿Qué había de sus propios problemas? Eran más, mucho más graves, pero a él nadie lo escuchaba. Se paseó ante la ventana, arriba y abajo, tranquilizándola con las preguntas y comentarios de costumbre. El verdor del jardín interior era refrescante, hubiera podido ser un patio en Arles o Villefranche; recordó de pronto la estrecha plaza con la arcada de cipreses, cerca del palacio del Papa, en Aviñón, la plaza y los cafés terraza en el verano, justo después de la puesta de sol, tenían el color de Marte. Sabor a aceite de oliva y a vino tinto...

—Vayamos a dar un paseo —dijo de pronto. Era parte de la sesión de terapia.

Cruzaron el jardín y fueron a las cocinas, de modo que Michel pudo tomar un desayuno que en seguida olvidó; comidas, olvido, se dijo mientras iban a las antecámaras. Se enfundaron unos trajes, los probaron, pasaron a la antecámara, la despresurizaron, y abrieron la gran puerta exterior y salieron.

El frío de diamantes. Durante un rato se quedaron en las aceras que circundaban la Colina Subterránea, paseando por el depósito y las grandes pirámides de sal.

—¿Crees que alguna vez servirá de algo toda esta sal? —preguntó él.

—Sax aún está trabajando en el problema.

De vez en cuando Maya volvía a hablar de John y Frank. Michel hizo las preguntas que un programa psiquiatra habría hecho, Maya contestó como habría contestado un programa Maya. Las voces les sonaban justo en los oídos, la intimidad del intercomunicador.

Llegaron a la granja de líquenes, y Michel se detuvo a mirar las bandejas, a empaparse con su color intenso y vivo. Algas negras de nieve, y luego gruesas alfombras de liquen, en las que el alga simbiótica era una cepa verde azulada que Vlad había conseguido cultivar en solitario; liquen rojo, al que no parecía irle muy bien. Superfluo, en cualquier caso. Liquen amarillo, liquen verde oliva, uno que reproducía con exactitud la pintura de un acorazado. Un liquen escamoso blanco y verde lima... ¡verde viviente! Palpitaba en el ojo, una improbable y exuberante flor del desierto. Había oído que Hiroko decía, observando el cultivo: «Esto es *viridilas»,* que era el latín para «capacidad de volver verde». La palabra había sido acuñada por una mística cristiana de la Edad Media, una mujer llamada Hildegarda. *Vinditas,* que ahora se adaptaba a las condiciones ambientales de Marte y se extendía lentamente sobre las tierras bajas del hemisferio septentrional. En los veranos meridionales lo hizo aún mejor; un día había llegado a soportar los 285 grados Kelvin, superando el récord anterior en doce grados. El mundo estaba cambiando, comentó Maya mientras caminaban por la planicie.

—Sí —dijo Michel, y no pudo evitar añadir—: Dentro de trescientos años tendremos temperaturas soportables.

Maya se rió. Se sentía mejor. Pronto volvería a estar serena, o por lo menos en camino hacia la euforia. Maya era lábil. La estabilidad-labilidad era la característica que Michel había estado estudiando últimamente entre los primeros cien; Maya representaba la labilidad extrema.

—Vayamos a ver la galería —dijo.

Michel aceptó, preguntándose qué podría suceder si tropezaban con John. Salieron en un todoterreno. Michel conducía el pequeño jeep y escuchaba a Maya. ¿Cambiaba la conversación cuando las voces estaban separadas de los cuerpos, plantadas justo en el oído de los oyentes a través de los micrófonos de los cascos? Era como si uno estuviera siempre al teléfono, incluso cuando estabas sentado junto a tu interlocutor, como si todo el tiempo estuvieras enviando un mensaje

telepático.

El camino de cemento era llano, y Michel condujo el todoterreno a velocidad máxima, sesenta k/h. El aire tenue embestía contra el visor del casco. Todo ese CO_2 que Sax quería sacar de la atmósfera. Necesitaría depuradoras potentes, más eficaces que los líquenes; necesitaría selvas, enormes selvas tropicales multihalofílicas, que capturaran inmensas cargas de carbono en los troncos, las hojas, la materia orgánica, la turba. Necesitaría ciénagas de turba de cien metros de profundidad, selvas tropicales de cien metros de altura. Eso es lo que había dicho. Bastaba que él abriese la boca para que la cara de Ann se crispara.

Quince minutos de viaje y llegaron a la galería de Nadia. El lugar aún estaba en construcción y tenía un aspecto tosco y desordenado, igual que la Colina Subterránea al principio, salvo que en mayor escala. Un largo montículo de tierra de color borgoña había sido extraída de la zanja que corría de este a oeste como la tumba del Gran Hombre.

Se quedaron en un extremo de la enorme zanja. Treinta metros de profundidad, treinta de ancho, un kilómetro de largo. La cara sur era ahora una pared de vidrio, y la cara norte estaba cubierta por un conjunto de espejos filtrantes, que se alternaban con mesocosmos de pared, tinajas de Marte o terrarios, todos unidos en una mezcla llamativa, como un tapiz del pasado y del futuro. La mayoría de los terrarios estaban poblados de abetos y alguna otra flora, y se parecían al gran bosque terrano de la decimosexta latitud. En otras palabras, al viejo hogar de Nadia Cherneshevski en Siberia. Michel se preguntó si ésta era quizá una señal de que ella tenía la misma enfermedad. ¿Se atrevería a pedirle que le construyera un Mediterráneo?

Nadia estaba trabajando en un bulldozer. Era una mujer con su propia clase de viriditas. Se detuvo y se acercó a hablar brevemente con ellos. El proyecto progresaba, les informó. Era sorprendente lo que se podía hacer con los vehículos robot que la Tierra todavía enviaba. El bulevar ya estaba terminado y habían plantado una gran variedad de árboles, incluyendo una cepa de secoya enana que ya tenía treinta metros de altura, casi tanto como la galería. Ya habían construido y aislado los tres niveles de cámaras abovedadas al estilo de la Colina Subterránea. Hacía muy poco que habían sellado el asentamiento y lo habían calentado y presurizado, de modo que era posible trabajar dentro sin trajes. Los tres pisos estaban construidos uno encima de otro sobre arcadas cada vez más pequeñas, que le recordaban a Michel el Pont du Gard; por supuesto, aquí toda la arquitectura era de inspiración romana, por lo que no tendría que sorprenderse. Sin embargo, los arcos eran más amplios y ligeros. Más delicados gracias a la *g* marciana.

Nadia volvió al trabajo. Una persona muy sosegada. Estable, todo lo opuesto a lábil. Moderada, reservada, introvertida. No podría parecerse menos a su vieja amiga Maya, y era bueno para Maya estar cerca de ella. El extremo opuesto de la escala le impedía salir volando. Le servia como ejemplo. Y en este encuentro Maya copiaba el tono de voz tranquilo de Nadia. Y cuando Nadia regresó al trabajo, Maya conservó algo de esa serenidad.

—Echaré de menos la Colina Subterránea cuando nos mudemos aquí —dijo ella—. ¿Tú no?

—No creo —repuso Michel—. Este lugar será mucho más soleado. — Los tres niveles del nuevo habitat se abrirían sobre el alto bulevar y tendrían balcones amplios y escalonados en el lado por donde entraría el sol, de modo que aunque toda la estructura daría al norte y sería más profunda que la Colina Subterránea, los espejos heliotrópicos filtrantes del otro lado de la zanja derramarían luz sobre ellos desde el amanecer hasta el crepúsculo.— Me alegrará mudarme, de veras. Hemos necesitado este espacio desde el principio.

—Pero no lo tendremos todo para nosotros. Habrá gente nueva aquí.

—Sí. Pero eso nos dará un espacio de otra clase. Ella dijo con aire pensativo:

—Igual que la marcha de John y Frank.

—Sí. Pero ni siquiera eso tiene que ser malo. —En una sociedad mayor, le dijo, la atmósfera claustrofóbica y aldeana de la Colina comenzaría a disiparse; esto daría una mejor perspectiva de ciertas cosas. Michel titubeó antes de continuar, no sabiendo muy bien cómo decirlo. La sutileza era peligrosa cuando los dos se expresaban en un segundo idioma y tenían lenguas nativas diferentes; las posibilidades para el malentendido eran demasiado reales.— Tienes que aceptar la idea de que quizá no quieres elegir entre John y Frank. De que en realidad los quieres a los dos. En el contexto de esta sociedad de los primeros cien eso parece escandaloso. Pero en un mundo más grande, con el tiempo...

—¡Hiroko mantiene a diez hombres! —exclamó Maya con furia.

—Sí, y tú también. Tú también. Y en un mundo más grande, nadie lo sabrá ni a nadie le importará.

Siguió dándole ánimo, diciéndole que era poderosa, que (empleando los términos de Frank) era la mujer alfa del equipo. Ella rechazó sus argumentos y lo obligó a continuar con las alabanzas hasta que al fin pareció satisfecha, y él pudo sugerir que volvieran a casa.

—¿No crees que será una verdadera conmoción tener gente nueva por aquí? Gente distinta. —Conducía ella, y cuando se volvió a preguntárselo, casi se salió de la carretera.

—Supongo. —Ya había grupos en Borealis y Acidalia, y las cintas de vídeo en que aparecían habían conmocionado la Colina, podías verlo en la cara de la gente. Como si hubieran descendido alienígenas del espacio. Pero hasta ahora sólo Ann y Simón habían conocido a algunos; se habían encontrado con una expedición de rovers al norte de Noctis Labyrinthus.— Ann dijo que era como si alguien hubiera salido del televisor.

—Mi vida es algo así —comentó Maya con tristeza.

Michel enarcó las cejas, sorprendido. El programa Maya no habría dicho eso.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, ya sabes. La mitad del tiempo todo esto parece una gran simulación, ¿no crees?

—No. —Michel reflexionó un instante.— No lo creo.

En verdad, era demasiado real: el frío subiendo a través del asiento del rover hasta penetrar en lo más hondo de la carne, ineludiblemente real, ineludiblemente frío. Quizá ella como rusa no lo apreciara. Pero siempre, siempre hacía frío. Incluso en pleno día en el solsticio de verano, con el sol en lo alto como la puerta abierta de un horno llameando en el cielo color arena, la temperatura no pasaba de los 260 grados Kelvin, 15 grados centígrados bajo cero, lo suficientemente frío como para atravesar el tejido de un traje y convertir cada movimiento en pequeñas punzadas de dolor. Al acercarse a la Colina Subterránea, Michel sintió que el frío atravesaba la tela y le entraba en el cuerpo, y sintió el aire oxigenado demasiado frío que salía de la boquilla y le penetraba en los pulmones; alzó la vista al horizonte de arena y al cielo de arena y dijo para sus adentros: *Soy una serpiente de cascabel de lomo de diamantes arrastrándome por un desierto rojo de piedrafría y polvo seco. Algún día mudaré mi piel como un Ave Fénix en llamas para convertirme en una nueva criatura solar, para andar desnudo por la playa y chapotear en el agua salada y tibia...*

De vuelta en la Colina Subterránea, activó el programa psiquiatra y le preguntó a Maya si se sentía mejor, y ella pegó su visor al de él, echándole una mirada que era como un beso.

—Sabes que sí —le dijo la voz de ella en el oído. Él asintió.

—Entonces creo que iré a dar otro paseo —dijo él, pero no preguntó:

¿Y qué hay de mí? ¿Qué hará que me sienta mejor?

Ordenó a sus piernas que se movieran y se fue. La desolada planicie que rodeaba la base parecía una visión salida de alguna devastación postholocausto, un mundo de pesadilla; no obstante, no quería regresar a su pequeña madriguera de luz artificial y aire calentado y colores cuidadosamente desplegados, colores que en su mayor parte había elegido él mismo, de acuerdo con los últimos avances en la teoría del estado de ánimo y el color, teoría que, ahora comprendía, estaba basada en ciertos supuestos elementales que de hecho no se aplicaban aquí. Los colores estaban todos mal o, peor, eran irrelevantes. Empapelado para las paredes del infierno.

La frase se abrió paso hasta sus labios. Empapelado para las paredes del infierno. Empapelado para las paredes del infierno. Como de todos modos iban a volverse locos... Sin duda había sido un error enviar a un solo psiquiatra. Los terapeutas de la Tierra también seguían una terapia, era parte necesaria del trabajo. Pero su terapeuta estaba en Niza, a una distancia de no más de quince minutos, y Michel hablaba con él, y él no podía ayudarlo. Él no comprendía, no podía; vivía donde todo era cálido y azul, tenía libertad de salir al exterior, y (suponía Michel) una salud mental razonable. Mientras que Michel era el médico del hospicio en una prisión infernal, y el médico estaba enfermo.

No había podido adaptarse. La gente difería en ese sentido, era una cuestión de temperamento. Maya, que caminaba hacia la puerta de la antecámara, tenía un temperamento muy distinto, lo que de algún modo la ayudaba a que allí se sintiera realmente en casa. No creía que ella reparara mucho en su entorno. Y, sin embargo, en otros aspectos, él y ella eran parecidos, como podía verse en el índice de labilidad-estabilidad y la emotividad de cada uno; los dos eran lábiles, pero no obstante, tenían personalidades básicas muy diferentes; el índice de labilidad-estabilidad tenía que ser estudiado junto con una serie muy distinta de características: las agrupadas bajo las etiquetas *extraversión* e *introversión,* una estructura que ahora tenía siempre en cuenta.

Mientras caminaba hacia el Cuartel de los Alquimistas, acomodó los acontecimientos de la mañana en la cuadrícula de este nuevo sistema carácter lógico. La extraversión-introversión era una de las cuestiones psicológicas más estudiadas, con abundante cantidad de testimonios, de distintas culturas que confirmaban la realidad objetiva del concepto. No como una dualidad simple, claro está; uno no etiquetaba a una persona simplemente como esto o aquello; la situaba en una escala, clasificándola según ciertas características, como sociabilidad, impulsividad, inconstancia, locuacidad, expansividad, actividad, vivacidad, excitabilidad, optimismo, y así sucesivamente. Las investigaciones fisiológicas habían revelado que la extraversión estaba vinculada a estados de reposo de baja excitación cortical; al principio a Michel le había sonado como una conclusión reaccionaria, pero luego recordó que el córtex inhibe los centros inferiores del cerebro, de modo que la baja excitación cortical permite el comportamiento más desinhibido del extravertido, mientras que la alta excitación cortical es inhibidora y conduce a la introversión. Esto explicaba por qué beber alcohol, un sedante que reduce la excitación cortical, puede llevar a un comportamiento más exaltado y desinhibido.

De modo que el origen de todas las características del extravertido- introvertido, y de todo lo que se llama carácter, se encontraba en un grupo de células del tronco cerebral llamado sistema reticular ascendente de activación, la zona que en última instancia determinaba los niveles de excitación cortical. Así pues, éramos llevados a rastras por la biología. *No tendría que haber una cosa como el destino:* Ralph Waldo Emerson, un año después de que muriera su hijo de seis años. Pero biología era

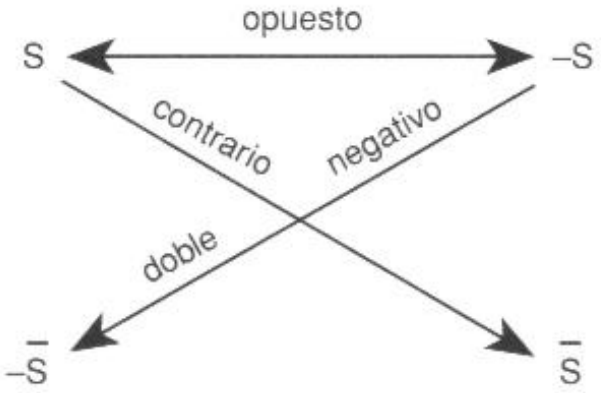
destino.

Y en el sistema de Michel había más; el destino, después de todo, no era un simple esto o aquello. Recientemente había empezado a considerar el índice Wenger de equilibrio autónomo, que empleaba siete variables distintas para determinar si un individuo estaba dominado por las ramas simpática o parasimpática del sistema nervioso autónomo. La rama simpática responde a los estímulos exteriores y alerta al organismo para que entre en acción, de modo que los individuos dominados por esta rama eran excitables; la parasimpática, por otra parte, habitúa el organismo alertado a los estímulos, y lo restituye a su equilibrio homeostático; los individuos dominados por esta rama eran tranquilos. Duffy había sugerido llamar a esas dos clases de individuos lábiles y estables, y esa clasificación, aunque no tan famosa como la de extraversión e introversión, tenía el mismo respaldo sólido de la evidencia empírica, y era igualmente útil para comprender la diversidad de temperamentos.

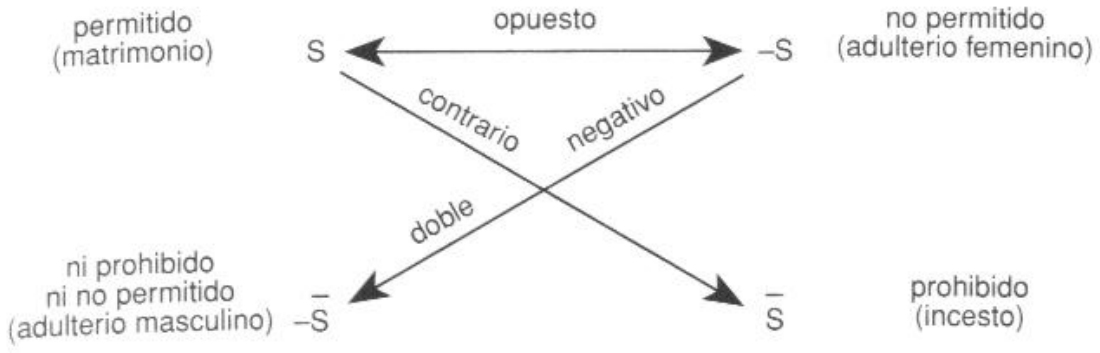
Pues bien, ningún sistema de clasificación revelaba al investigador la naturaleza de la personalidad estudiada. Los términos, tan generales, recopilaciones de tantas características, no parecían muy útiles para el diagnóstico, en especial si se tenía en cuenta que ambos eran curvas gaussianas de la población actual.

Pero si se combinaban los dos sistemas, la cosa empezaba en verdad a ser interesante.

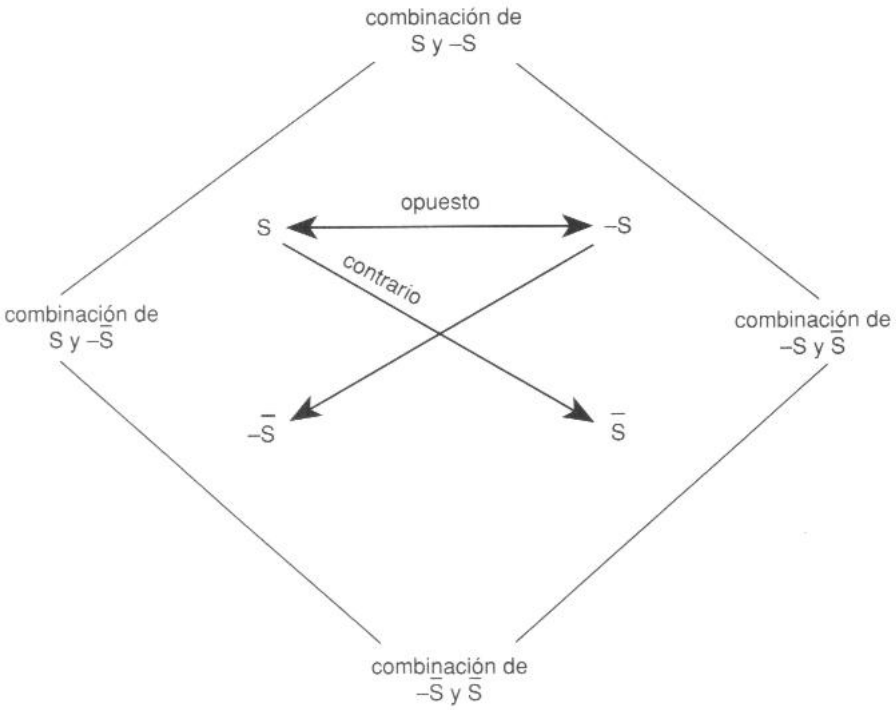
No era un problema fácil, y Michel había pasado una buena cantidad de tiempo ante la pantalla de su computadora bosquejando una combinación tras otra, usando los dos sistemas distintos como los ejes *x* e *y* de diversos gráficos, que no le habían revelado mucho. Pero luego comenzó a mover los cuatro términos alrededor de los puntos iniciales de un rectángulo semántico de Greimas, un esquema estructuralista de linaje alquímico que proponía que la mera dialéctica no bastaba para descubrir la verdadera complejidad de cualquier grupo de conceptos relacionados; el concepto «no-X» no era en absoluto igual que «anti-X», tal como se veía en seguida. Así que la primera fase se indicaba por lo habitual con los cuatro términos, S, -S, S y -S., en un sencillo rectángulo:



Así pues -S era una simple no-S, y S era la más fuerte anti-S; mientras que -S era para Michel la enloquecida negación de una negación, o bien la neutralización de una oposición inicial o la unión de las dos negaciones; en la práctica, esto seguía siendo misterioso, pero a veces se volvía diáfano, como una idea que completaba a la perfección la unidad conceptual, como en uno de los ejemplos de Greimas:

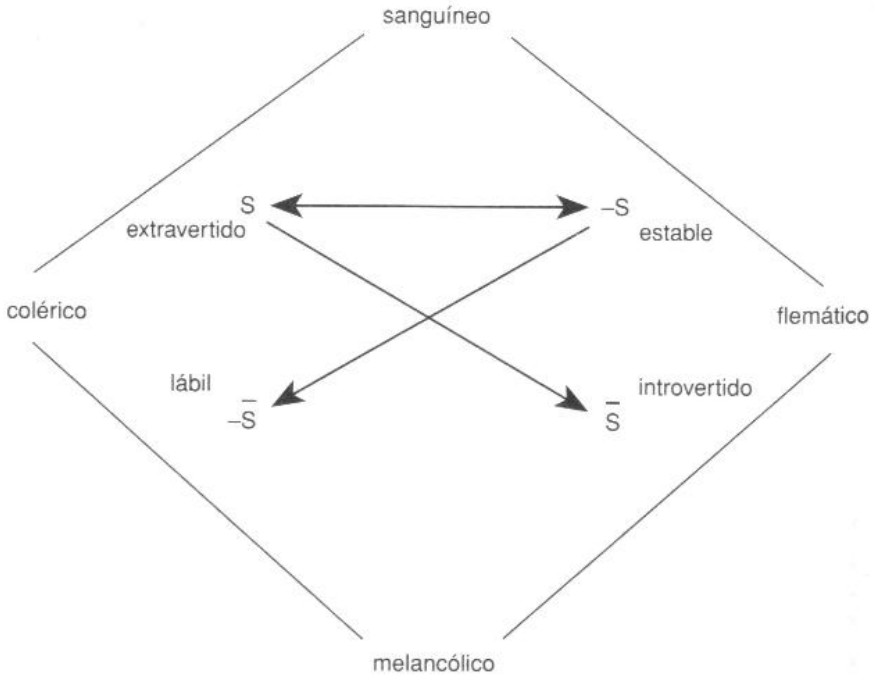


El siguiente paso en la complicación del diseño, el paso en el que a menudo combinaciones nuevas revelaban relaciones estructurales nada obvias a primera vista, era trazar otro rectángulo que encerrara al primero en ángulos rectos, así:



Y Michel había mirado con asombro ese esquema, poniendo extraversión, introversión, labilidad y estabilidad en las cuatro primeras esquinas, y estudiando las posibles combinaciones. De pronto todo se aclaró, como si un caleidoscopio hubiera mostrado por accidente la representación de una rosa. Porque tenía perfecto sentido: había extravertidos que eran excitables y extravertidos que eran equilibrados; había introvertidos que eran muy emocionales, y otros que no lo eran. De inmediato fue capaz de pensar en ejemplos de los cuatro tipos entre los colonos.

Al pensar en los nombres que daría a esas categorías combinadas, tuvo que reírse. ¡Increíble! En el mejor de los casos, era irónico descubrir que había usado los resultados del pensamiento psicológico de un siglo y algunas de las más recientes investigaciones de laboratorio en psicofisiología, por no mencionar un conjunto complicado del aparato de la alquimia estructuralista, todo para acabar reinventando el antiguo sistema de los humores. Pero ahí estaba; a eso se reducía. Era evidente que a la combinación del norte, extravertida y estable, Hipócrates, Galeno, Aristóteles, Trismegisto, Wundt y Jung la habrían llamado sanguínea; el punto oeste, extravertido y lábil, era colérico; el del este, introvertido y estable, era flemático; y en el sur, introvertido y lábil, ¡por supuesto, la definición misma del melancólico! ¡Sí, todos encajaban a la perfección! La explicación fisiológica de Galeno para los cuatro temperamentos era errónea, desde luego, y la bilis, la cólera, la sangre y la flema ahora habían sido sustituidas como agentes causales por el sistema reticular ascendente de activación y el sistema nervioso autónomo; ¡pero las verdades de la naturaleza humana se habían mantenido firmes! Y los poderes de la perspicacia psicológica y de la lógica analítica de los primeros médicos griegos habían sido igual de fuertes, o más bien, mucho más fuertes que aquellos de cualquiera de las generaciones que vinieron después, cegadas por una acumulación a menudo inútil de conocimientos; y así las categorías habían perdurado y eran reafirmadas, época tras época.



Michel se encontró en el Cuartel de los Alquimistas. Se esforzó en prestarle atención. Aquí los hombres usaban del conocimiento arcano para hacer diamantes del carbono, y lo hacían con tanta facilidad y precisión que todos los vidrios de sus ventanas estaban revestidos con una capa molecular de diamante que los protegía del polvo corrosivo. Las grandes pirámides blancas de sal (la pirámide, una de las grandes formas del conocimiento antiguo) estaban cubiertas de capas de diamante puro. Y el proceso de revestimiento monomolecular de diamante era sólo una de los miles de operaciones alquímicas que se llevaban a cabo en aquellos edificios bajos.

En años recientes los edificios habían adquirido un cierto aire musulmán, las paredes de ladrillos blancos exhibiendo ecuación tras ecuación, todas representadas en una fluida caligrafía negra de mosaicos. Michel se encontró con Sax, que estaba cerca de la ecuación de velocidad exhibida en la pared de la factoría de ladrillos, y pasó a la frecuencia común.

—¿Puedes convertir el plomo en oro?

El casco de Sax se ladeó con curiosidad.

—Vaya, pues no —dijo—. Son elementos. Sería difícil. Deja que lo piense.

Saxifrage Russell. El flemático perfecto.

La ubicación de los cuatro temperamentos en el rectángulo semántico mostraba de inmediato algunas de las relaciones estructurales básicas, lo que luego ayudaba a Michel a ver atracciones y antagonismos bajo una nueva luz. Maya era lábil y extravertida, claramente colérica, y también Frank; y ambos eran líderes, y ambos sentían una mutua atracción. Sin embargo, al ser los dos coléricos, la relación también tenía una vertiente volátil, y esencialmente de repulsión, como si reconocieran en el otro exactamente lo que no les gustaba de sí mismos.

Y de ahí el amor de Maya por John, quien claramente era sanguíneo, con una extraversión similar a la de Maya, pero mucho más estable emocionalmente, hasta el punto de la placidez. De modo que la mayor parte del tiempo él le daba a ella una gran paz, como un ancla en la realidad... que en ocasiones hacía que se sintiera rencorosa. ¿Y la atracción de John por Maya? Tal vez la atracción de lo impredecible; la pimienta en una felicidad cordial y suave. Claro, ¿por qué no? No puedes hacer el amor con tu fama. Aunque algunas personas lo intentan.

Sí, había un montón de sanguíneos entre los primeros cien. Probablemente los

criterios psicológicos para la selección de la colonia apuntaban a este tipo. Arkadi, Úrsula, Phyllis, Spencer, Yeli... Sí. Y siendo la estabilidad la cualidad más apreciada, era natural que también hubiera un montón de flemáticos entre ellos: Nadia, Sax, Simón Frazier, quizá Hiroko —el hecho de que con ella uno nunca pudiera estar seguro, apoyaba esa conjetura—, Vlad, George, Alex.

Era obvio que los flemáticos y los melancólicos no congeniarían, siendo los dos introvertidos y amigos de la soledad, y el lábil impredecible desconcertaría al estable, de modo que se apartarían, como Sax y Ann.

No había muchos melancólicos entre ellos. Ann, sí; y tal vez por su misma estructura cerebral, aunque no había que olvidar que la habían maltratado de niña. Se había enamorado de Marte por la misma razón por la que Michel lo odiaba: porque estaba muerto. Y Ann estaba enamorada de la muerte.

Algunos de los alquimistas también eran melancólicos. Y por desgracia, el mismo Michel. Tal vez cinco en total. Y a pesar de la posición que ocupaban en cualquiera de los dos ejes, habían sido seleccionados contra todo pronóstico, ya que el comité de selección no consideraba deseables ni la labilidad ni la introversión. Sólo gente inteligente, capaz de ocultar al comité su naturaleza real, podría haber pasado esas pruebas, gente con un gran control sobre su persona, esas máscaras más grandes que la vida que ocultan todas las feroces contradicciones internas. Tal vez sólo un cierto tipo había sido seleccionado para la colonia, con una amplia variedad de personajes detrás. ¿Era cierto? Los comités de selección habían exigido imposibles, era importante recordarlo. Habían querido gente estable y que al mismo tiempo desearan ir a Marte con tanta pasión y monomanía que estaban dispuestos a esforzarse durante años para alcanzar esa meta. ¿Era eso coherente? Querían extravertidos y científicos brillantes que habían tenido que dedicarse a los estudios solitarios durante años y años. ¿Era eso coherente? ¡No! Jamás. Y la lista era larga. Habían creado una contradicción tras otra, ¡y no era de extrañar que los primeros cien se hubieran escondido de ellos, los hubieran odiado! Recordó con un escalofrío aquel momento de la gran tormenta solar en el *Ares,* cuando todos se habían dado cuenta de las mentiras y ocultaciones a las que habían recurrido, cuando todos se habían vuelto y lo habían mirado con una furia contenida, como si todo fuera culpa suya, como si él representara a toda la psicología y hubiera maquinado los criterios y supervisado las pruebas. ¡Cómo se había encogido en ese momento, qué solo se había sentido! Se había sobresaltado, se había asustado tanto que no había sido capaz de pensar con suficiente rapidez y confesar que también él había mentido, ¡por supuesto que sí, más que cualquiera!

Pero ¿por qué había mentido?, ¿por qué?

No conseguía recordarlo. La melancolía como un fallo de la memoria, una aguda percepción de la irrealidad de un pasado inexistente... Era un melancólico: retraído, incapaz de dominar sus sentimientos, con tendencia a la depresión. No tendrían que haberlo elegido, y ahora *no podía recordar* por qué había luchado tanto para que lo eligieran. El recuerdo había desaparecido, abrumado quizá por las imágenes intensas, dolorosas, fragmentadas de la vida que había llevado mientras esperaba poder ir a Marte. Tan minúsculas y tan preciosas; los atardeceres en los parques, los días de verano en las playas, las noches en las camas de las mujeres. Los olivos de Aviñón. La llama verde del ciprés.

Se dio cuenta de que había salido del Cuartel de los Alquimistas y estaba ahora al pie de la Gran Pirámide de Sal. Subió despacio los cuatrocientos escalones, apoyando con cuidado los pies en las almohadillas azules antideslizantes. Cada escalón le daba una vista más amplia de la Planicie de la Colina, que era siempre el mismo montón de rocas agostadas y áridas. Desde el blanco pabellón de la plaza en la cima de la pirámide sólo se podía ver Chernobil, y el espaciopuerto. Aparte de eso, nada. ¿Por qué había venido aquí? ¿Por qué había trabajado con tanto ahínco para llegar a Marte, sacrificando tantos placeres de la vida, la familia, el hogar, el

ocio, el juego...? Sacudió la cabeza. Hasta donde podía recordar, eso era sencillamente lo que había querido hacer, la definición de su vida. Una compulsión, una vida con un objetivo, ¿cómo podía distinguirse la diferencia? Noches iluminadas por la luna en la aromática arboleda de olivos, la tierra salpicada de pequeños círculos negros y el roce electrizante y cálido del mistral agitando las hojas en veloces y suaves ráfagas, echado de espaldas, con los brazos en cruz, las hojas titilando en plata y gris bajo el negro cuenco de estrellas; y una de esas estrellas siempre estaba presente, débil, roja, y él la buscaba y la contemplaba, allí entre las hojas de los olivos barridas por el viento; ¡y sólo tenía ocho años! Dios mío, *¿quiénes eran? ¿Qué eran?* ¡*Nada* lo explicaba, *nada* explicaba por qué habían venido! Habría sido como intentar explicar por qué habían pintado en Lascaux, por qué habían levantado catedrales de piedra. Por qué los pólipos coralinos construían arrecifes.

Había tenido una juventud corriente, se mudaba a menudo, perdió los amigos que hizo, fue a la Universidad de París a estudiar psicología, se doctoró con un trabajo sobre la depresión en las estaciones espaciales y se puso a trabajar para Ariane, y luego para Glavkosmos. Por el camino se casó y se divorció: Francoise había dicho que él «no estaba allí». Todas aquellas noches con ella en Aviñón, todos aquellos días en Villefranche-

sur-Mer, viviendo en el lugar más hermoso de la Tierra, ¡y él deambulando siempre en una neblina de deseo por estar en Marte! ¡Era absurdo! Peor aún, era estúpido. Un fallo de la imaginación, del recuerdo, en última instancia de la misma inteligencia: no había sido capaz de ver lo que tenía, o de imaginar lo que iba a recibir. Y ahora estaba pagándolo, atrapado en un campo de hielo en la noche ártica con noventa y nueve extranjeros, ninguno de los cuales hablaba un mediano francés. Había sólo tres que podían intentarlo, y el francés de Frank era peor que no saber ninguno, como escuchar a alguien que atacara la lengua con un hacha.

La ausencia de la lengua propia de su pensamiento lo había empujado a ver programas de la televisión francesa, lo que sólo exacerbaba su dolor. Todavía grababa monólogos en vídeo y se los enviaba a su madre y a su hermana para que ellas contestaran de la misma manera; los veía a menudo, más atento al telón de fondo que a sus parientes. Incluso mantuvo algunas conversaciones en vivo con periodistas, aguardando con impaciencia entre los intercambios. Esas entrevistas dejaban bien claro que era una celebridad en Francia, un nombre conocido, y que se empeñaba en dar siempre respuestas convencionales, interpretando el personaje de Michel Duval, ejecutando el programa Michel Duval. A veces cancelaba consultas con los colonos cuando su estado de ánimo era el de escuchar francés; ¡que coman inglés! Pero esos incidentes le acarrearon una reprimenda severa de Frank, y una conferencia de Maya. ¿Tenía exceso de trabajo? Por supuesto que no; sólo noventa y nueve personas a las que mantener cuerdas, mientras al mismo tiempo se paseaba por una Provenza mental, por escarpadas laderas de colinas cubiertas de árboles, con viñedos, granjas, torres y monasterios en ruinas, en un paisaje vivo, un paisaje mucho más hermoso y humano que el yermo pedregoso de esta realidad...

Estaba en la sala de televisión. Al parecer, había regresado al interior de la Colina, aún perdido en sus pensamientos. Pero no podía recordarlo; se imaginaba aún en la cima de la Gran Pirámide; y de pronto había parpadeado y estaba en la sala de televisión (todos los asilos las tienen), observando la imagen de vídeo de una pared del cañón Marineris, cubierto de líquenes.

Tuvo un escalofrío. Había vuelto a ocurrir. Había perdido contacto con el mundo, se había ido, y había vuelto más tarde. Ya le había pasado una docena de veces. Y no se trataba sólo de que estuviese perdido en sus pensamientos; estaba enterrado en ellos, muerto para el mundo. Miró alrededor del cuarto, temblando

convulsivamente. Ya estaban en L_S=5, el comienzo de la primavera septentrional, y el sol bañaba las paredes occidentales de los grandes cañones. Como al fin y al cabo todos iban a volverse locos...

Luego ya estaban en L_S=157, y 152 grados habían pasado en un borrón de tele-existencia. Disfrutaba del sol en el patio de la villa junto al mar que tenía Francoise en Villefranche-sur-Mer, mirando los techos de tejas y las columnas de terracota y una pequeña piscina turquesa, todo sobre el fondo de cobalto del Mediterráneo. Un ciprés se erguía como una llama verde al borde de la piscina, oscilando bajo la brisa y envolviéndolo en su perfume. A lo lejos, el promontorio verde de una península...

Salvo que en realidad estaba en la Primera Colina, por lo general llamada la trinchera, o la galería de Nadia, sentado en un balcón. Detrás de él la pared de vidrio y los espejos refractarios guiaban hasta el vestíbulo la luz que venía de la Cote D'Or. Tatiana Durova había muerto en un accidente en el que un robot volcó una grúa, y Nadia estaba desconsolada. Pero el dolor resbala sobre nosotros, pensó Michel sentado junto a ella, como la lluvia sobre las alas de un pato. Con el tiempo Nadia mejoraría. Mientras tanto, no había nada que hacer. ¿Es que creían que era un hechicero? ¿Un sacerdote? Si eso fuera verdad, ya se habría curado a sí mismo, habría curado a todo ese mundo, o mejor aún, habría atravesado el espacio volando a casa. ¿No sería todo un acontecimiento, presentarse en la playa de Antibes y decir: «*Bon-jour,* soy Michel, he vuelto a casa»?

Ahora estaban en L_S=190, y él era un lagarto en la cima del Pont du Gard, echado sobre las láminas de roca estrecha y rectangular del acueducto, que corría en línea recta muy por encima del desfiladero. Había mudado la piel de diamante del lomo, que le había resbalado por la cola, y el sol caliente le quemaba la piel nueva en franjas entrecruzadas. Pero en realidad estaba en la Colina Subterránea, en el jardín interior, y Frank se había marchado a vivir con los japoneses que habían aterrizado en Argvre, y Maya y John se peleaban por sus cuartos y por el lugar que albergaría el cuartel general de la UNOMA; y Maya, más hermosa que nunca, lo perseguía por el jardín, implorándole ayuda. Él y Marina Tokareva habían dejado de vivir juntos hacía casi un año marciano —ella había dicho que él no estaba allí—, y mirando a Maya, Michel se descubrió imaginándola como amante, pero por supuesto eso era una locura, ella era una *russalka,* había dormido con jefes y cosmonautas de Glavkosmos para abrirse camino en el sistema y se había vuelto amargada e impredecible; ahora usaba el sexo para hacer daño; para ella el sexo sólo era otro tipo de diplomacia, sería una locura complicarse con ella en ese aspecto, verse arrastrado al vórtice de su sistema límbico.

¿Por qué no enviar directamente a gente loca...?

Pero ahora estaban en L_s=241. Paseaba por el parapeto de piedra caliza de Les Baux, inspeccionando las cámaras ruinosas de la ermita medieval. Caía el crepúsculo y la luz tenía un curioso tono anaranjado marciano; la piedra caliza brillaba y todo el pueblo y la brumosa planicie que concluía en la franja de acero y bronce del Mediterráneo parecían tan inverosímiles como un sueño... Salvo que era un sueño, y despertó, y se encontró de regreso en la Colina Subterránea. Phyllis y Edvard acababan de volver de una expedición, y Phyllis se reía y les mostraba un terrón amarillento.

—Estaban diseminadas por todo el cañón —dijo riéndose—, pepitas de oro del tamaño de un puño.

Luego se encontró caminando por los túneles hacia el garaje. El psiquiatra de la colonia, teniendo visiones, cayendo en lagunas de conciencia, lagunas de memoria. ¡Médico, cúrate a ti mismo! Pero no podía. Se había vuelto loco de nostalgia. Nostalgia: tenía que haber un término más apropiado, una etiqueta científica que lo legitimase, que lo hiciera real para otros. Pero él ya sabía que era real. Extrañaba tanto la Provenza que a veces sentía que le faltaba el aire. Era en verdad como el dedo de Nadia, una parte de ella que habían arrancado, los nervios fantasmas aún

palpitando de dolor.

¿...Y así ahorrarles el problema? Él tiempo pasaba. El programa Michel iba de un lado a otro, una persona hueca, vacía por dentro, sólo una especie de homúnculo diminuto que desde el cerebelo teleoperaba la cosa.

La noche del segundo día de L_S=266 se fue a la cama. Estaba muerto de cansancio aunque no había hecho nada, completamente exhausto y consumido; acostado en la oscuridad de su cuarto, no fue capaz de dormir. La cabeza le daba vueltas; era muy consciente de lo enfermo que estaba. Deseó poder dejar de fingir y reconocer que había perdido, encerrarse en una institución mental. Volver a casa. No podía recordar casi nada de las semanas previas más recientes... ¿o quizá se trataba de mucho más tiempo? No estaba seguro. Se echó a llorar.

La puerta se abrió con un leve ruido metálico y desde el corredor entró un haz de luz, sin nada que la bloqueara. No había nadie allí.

—¿Hola? —dijo, tratando de que las lágrimas no se le notaran en la voz—. ¿Quién es?

La respuesta le sonó justo en el oído, como si procediera del intercomunicador de un casco:

—Ven conmigo —dijo la voz de un hombre.

Michel se echó bruscamente hacia atrás y chocó con la pared. Alzó los ojos y distinguió entonces una silueta negra.

—Necesitamos que nos ayudes —le susurró la figura. Una mano le agarró el brazo mientras él se pegaba más a la pared.— Y tú necesitas que nosotros te ayudemos. —Una sonrisa se insinuó en aquella voz, que Michel *no reconocía.*

El miedo lo lanzó a un mundo nuevo. De pronto veía mucho mejor; se le ocurrió que el visitante le había abierto de golpe las pupilas como el diafragma de una cámara. Era un hombre delgado y de piel oscura. Un desconocido. El asombro superó al miedo, y se levantó y se movió entre las sombras con una rara precisión, se puso unas zapatillas y luego, ante la insistencia del hombre, lo siguió al pasillo, sintiendo la ligereza de la *g* marciana por primera vez en años. El pasillo rebosaba de luz gris, aunque sólo estaban encendidas las líneas nocturnas del suelo. El hombre lucía unas trenzas cortas, negras y tiesas, que le daban un aire de erizo. Era bajo, delgado, de cara estrecha. Un desconocido, no cabía duda. Un intruso de una de las nuevas colonias del hemisferio meridional, pensó. Pero el hombre lo conducía por la Colina Subterránea como si fuera un lugar conocido, moviéndose en completo silencio. En verdad no había un solo sonido en toda la Colina Subterránea, como si fuera una película muda. Miró su pantalla de muñeca; estaba en blanco. El lapso marciano. Quiso decir: «¿Quién eres?», pero el silencio era demasiado profundo. Articuló las palabras en silencio y el hombre se volvió y lo miró con ojos de un blanco luminoso; las fosas de la nariz eran como anchos y negros agujeros. «Soy el polizón», articuló en silencio, y sonrió. Michel vio entonces que tenía unos colmillos descoloridos; eran de piedra. Dientes de piedra marciana. Agarró a Michel por el brazo. Iban hacia la antecámara de la granja.

—Necesitamos cascos ahí afuera —susurró Michel de pronto,

deteniéndose.

—Esta noche no.

El hombre abrió la puerta de la antecámara, pero Michel no sintió ni una brizna de aire a pesar de que el otro lado también estaba abierto. Pasaron y caminaron entre las hileras de follaje oscuras y densas, y el aire era cálido. Hiroko se pondrá furiosa, pensó Michel.

El guía había desaparecido. Michel vislumbró cierto movimiento delante y oyó una risa cristalina, como la de un niño. De pronto se le ocurrió que la ausencia de

niños explicaba la sensación de esterilidad que pesaba sobre la colonia; eran capaces de construir edificios, de cultivar plantas pero, no obstante, sin niños esa sensación estéril lo impregnaba todo. Muy asustado, siguió caminando hacia el centro de la granja. El aire era cálido y húmedo y olía a tierra mojada, fertilizantes y follaje. La luz centelleaba sobre miles de superficies de hojas, como si las estrellas hubieran atravesado el techo y se amontonaran alrededor. Hileras de maíz crepitaban, y el aire se le subía a la cabeza como si fuera brandy. Pies pequeños corrían detrás de los estrechos arrozales: aun en la oscuridad el arroz era de un intenso verde negruzco, y ahí entre los arrozales había caras menudas, sonrientes, que desaparecían cuando se volvía a mirarlas. La sangre le afluyó a la cara y las manos, se le convirtió en fuego. Retrocedió tres pasos, y se volvió. Dos niñas pequeñas y desnudas bajaban por el sendero hacia él: cabellos negros, piel oscura, de unos tres años. Los ojos orientales brillaban en la penumbra; lo miraron con caras solemnes. Lo tomaron de las manos y él dejó que lo llevaran por el sendero, bajando la cabeza y mirando primero a una y luego a la otra. Alguien había decidido actuar contra la esterilidad. Mientras marchaban, otros niños desnudos salieron de entre los arbustos y se apiñaron en torno, niños de uno y otro sexo, algunos un poco más oscuros o claros que las primeras dos, la mayoría del mismo color, todos de la misma edad. Nueve o diez escoltaron a Michel hasta el centro de la granja, corriendo a su alrededor con un rápido trote. Y allá en el centro del laberinto había un claro pequeño, en ese momento ocupado por cerca de una docena de adultos, todos desnudos, sentados en un círculo desigual. Los niños corrieron hacia los adultos, los abrazaron y se sentaron en sus rodillas. Las pupilas de Michel se dilataron aún más bajo el nimbo de la luz de las estrellas y el destello de las hojas, y reconoció a miembros del equipo de la granja: Iwao, Raúl, Ellen, Rya, Gene, Evgenia, todo el equipo excepto Hiroko.

Al cabo de un rato, vacilando, Michel se quitó las zapatillas, se desnudó, puso las ropas sobre las zapatillas, y se sentó en el círculo. No sabía en qué estaba participando, pero no importaba. Algunas de las figuras lo saludaron con un movimiento de cabeza, y Ellen y Evgenia, sentadas una a cada lado, le tocaron los brazos. De repente los niños se pusieron de pie y corrieron juntos por uno de los pasillos, chillando y riéndose. Regresaron apiñados alrededor de Hiroko, quien entonces penetró en el círculo como una forma desnuda recortada en la oscuridad. Seguida por los niños, lentamente recorrió el círculo, vertiendo de sus puños extendidos un poco de tierra en las manos tendidas de cada uno. Michel clavaba los ojos en la piel lustrosa de Hiroko y alzó las palmas con Ellen y Evgenia cuando ella se acercó. Una noche en la playa de Villefranche había pasado junto a un grupo de mujeres africanas que chapoteaban en las olas fosforescentes, agua blanca contra piel negra centelleante...

La tierra que tenía en las manos estaba tibia y olía a moho.

—Este es nuestro cuerpo —dijo Hiroko.

Se encaminó al otro lado del círculo, le dio a cada niño un puñado de tierra y los envió a sentarse con los adultos. Ella se sentó delante de Michel y se puso a cantar en japonés. Evgenia se inclinó y le susurró una traducción o una explicación al oído. Estaban celebrando la areofanía, una ceremonia que habían creado juntos bajo la guía e inspiración de Hiroko. Era una especie de religión del paisaje, una toma de conciencia de Marte como espacio físico impregnado de *kami,* que era la energía espiritual presente en la tierra. El *kami* se manifestaba con más claridad en ciertos objetos extraordinarios del paisaje: columnas de piedra, deyecciones aisladas, riscos escarpados, el interior de cráteres extrañamente lisos, las anchas y circulares cimas de los grandes volcanes. Esas expresiones intensificadas del *kami* de Marte tenían un análogo terrano en los mismos colonos, la fuerza que Hiroko llamaba *viuditas,* esa fuerza interior fructífera que tiene la capacidad de volver verde y que sabe que el mundo salvaje es sagrado. *Kami, viriditas;* era la combinación de esas fuerzas sagradas lo que permitiría que la existencia de los humanos tuviera allí

sentido.

Cuando Michel oyó que Evgenia susurraba la palabra «combinación», todos los términos encajaron de pronto en el rectángulo semántico: *kami* y *viriditas,* Marte y Tierra, odio y amor, ausencia y anhelo. Y entonces el caleidoscopio se activó y todos los rectángulos se plegaron y se le ordenaron en la mente, todos los antinomios se colapsaron hasta formar una única y magnífica rosa, el corazón de la areofanía, *kami* lleno de *viriditas,* los dos enteramente rojos y enteramente verdes en un mismo momento. Tenía la boca entreabierta, le ardía la piel, no era capaz de explicarlo y no quería explicarlo. Sentía la sangre como fuego en las venas.

Hiroko dejó de cantar, se llevó la mano a la boca y empezó a comer la tierra que tenía en la palma. Los otros hicieron lo mismo. Michel alzó la mano: era mucha tierra para comer, pero sacó la lengua y lamió la tierra y sintió un fugaz estremecimiento eléctrico mientras la frotaba contra el paladar, deslizando la materia arenosa atrás y adelante hasta que se hizo barro. Era salada y mohosa, con un leve sabor a huevos podridos y productos químicos. La engulló toda con dificultad y tuvo una ligera arcada. Se tragó lo que le quedaba en la mano. Un murmullo irregular se elevaba del círculo de celebrantes mientras comían, sonidos de vocales, que pasaban de una a otra: aaaay, ooooo, ahhhh, iiiiiii, eeee, uuuuuu. demorándose en cada vocal lo que parecía un minuto, el sonido extendiéndose en dos y hasta tres cuerpos, creando armonías extrañas. Hiroko empezó a recitar por encima de esa canción. Todo el mundo se puso de pie y Michel se incorporó con ellos. Avanzaron juntos hacia el centro del círculo, Evgenia y Ellen agarrando a Michel de los brazos y tirando de él. Entonces todos se apretaron contra Hiroko en una masa de cuerpos apiñados, rodeando a Michel, que sentía el contacto de todas aquellas pieles tibias contra el cuerpo. Éste es nuestro cuerpo. Muchos de ellos se estaban besando, los ojos cerrados. Se movían lentamente, contorsionándose para mantenerse en contacto mientras pasaban a nuevas configuraciones cinéticas. Un tieso vello púbico le hizo cosquillas en el trasero, y notó lo que tenía que haber sido un pene erecto contra la cadera. La tierra le pesaba en el estómago, y se sintió mareado, la sangre como llamas, la piel como un globo tenso que contenía un incendio. Las estrellas colmaban el cielo en cantidades asombrosas, y cada una tenía su propio color: verde, rojo, azul o amarillo; parecían chispas.

Él era un Ave Fénix. Hiroko se apretó contra él, y él se elevó en el centro del fuego, preparado para renacer. Ella le sostuvo el cuerpo nuevo en un abrazo total, lo estrujó; era alta, y parecía toda hecha de músculos. Lo miró a los ojos. Él sintió los pechos de ella contra las costillas, el hueso púbico que le apretaba el muslo. Ella lo besó, la lengua rozándole los dientes; él sintió el sabor de la tierra, y entonces, de pronto, sintió también el cuerpo de ella todo entero y a la vez. Supo que, de allí en adelante, el recuerdo involuntario de ese momento bastaría para provocar una erección, pero entonces estaba demasiado abrumado, completamente en llamas.

Hiroko echó la cabeza hacia atrás y volvió a mirarlo. El aire que Michel respiraba le quemaba los pulmones. En inglés, en un tono neutro pero amable, ella dijo:

—Ésta es tu iniciación a la areofanía, la celebración del cuerpo de Marte. Bienvenido. Nosotros adoramos este mundo. Intentamos tener aquí un lugar para nosotros, un lugar que sea hermoso al estilo marciano, un estilo que no se haya conocido jamás en la Tierra. Hemos construido un refugio oculto en el sur, y partimos hacia allá.

»Te conocemos, te amamos. Sabemos que tu ayuda puede sernos útil. Sabemos que tú puedes necesitar la nuestra. Queremos construir justo lo que tú quieres, justo lo que has echado de menos aquí. Pero todo con formas nuevas. Pues nunca podremos regresar. Hemos de seguir adelante. Tenemos que encontrar nuestro propio camino. Partimos esta noche. Queremos que vengas con nosotros.

Y Michel dijo:

—Iré.

QUINTA PARTE
Entrando en la historia

El laboratorio zumbaba quedamente. Escritorios, mesas y bancos estaban atestados de cosas, las paredes blancas cubiertas de gráficos, carteles y tiras cómicas recortadas, todo vibrando bajo la brillante luz artificial. Igual que cualquier laboratorio en cualquier parte: un poco limpio, un poco desordenado. En el rincón había una ventana oscura que reflejaba el interior; fuera era de noche. El edificio estaba casi vacío.

Pero había dos hombres de pie en batas de laboratorio ante uno de los bancos, observando una pantalla de ordenador. El más bajo de los dos tecleó con el dedo índice en el tablero de debajo, y la imagen cambió. Sacacorchos verdes sobre fondo negro, retorciéndose de tal modo que parecían tridimensionales, como si la pantalla fuera una caja. Una imagen obtenida con un microscopio electrónico; el campo sólo tenía unas pocas micras de ancho.

—Puedes ver que es una especie de reparación plásmida de la secuencia genética —dijo el científico bajo—. Se identifican las rupturas en las cadenas originales. Se sintetizan secuencias de sustitución, y cuando las masas de estas secuencias se introducen en la célula, las roturas se convienen en puntos de fijación, y las sustituciones se unen a los originales.

—¿Las introduces por transformación? ¿Electroporación?

—Transformación. Las células tratadas se inyectan, y las cadenas de reparación llevan a cabo una transferencia conyugal.

—¿In vivo?

—In vivo.

Un silbido bajo.

—¿Así que puedes reparar cualquier cosa pequeña? ¿Un error en la división celular?

—Así es.

Los dos hombres miraron los sacacorchos de la pantalla, ondeando como los brotes nuevos de las parras en la brisa.

—¿Hay pruebas?

—¿Te mostró Vlad esos ratones en la sala de al lado.

—Sí.

—Tienen quince años.

Otro silbido.

Entraron en la habitación contigua, donde estaban los ratones, intercambiando

murmullos bajo el zumbido de la maquinaria. El alto miró con curiosidad el interior de una jaula, donde bolas de piel respiraban debajo de virutas de madera. Cuando volvieron a salir, apagaron todas las luces. El parpadeo de la pantalla del microscopio electrónico iluminaba el primer laboratorio, dándole un tinte verdoso. Los científicos se dirigieron a la ventana, hablando en voz baja. Miraron afuera. El cielo estaba púrpura por la inminencia del amanecer; las estrellas desaparecían. En el horizonte se erguía la enorme mole de un volcán de cima chata. El Monte Olimpo, la montaña más alta del sistema solar.

El científico alto sacudió la cabeza.

—Esto lo cambia todo, ¿sabes?

—Lo sé.

Desde el fondo del pozo el cielo parecía una moneda brillante y rosada. El pozo era redondo, un kilómetro de diámetro, siete kilómetros de profundidad. Pero desde el fondo daba la impresión de ser más estrecho y más profundo. La perspectiva engaña a menudo al ojo humano.

Como ese pájaro, que bajaba volando desde el punto redondo y rosado del cielo y parecía tan grande. Sólo que no era un pájaro.

—Eh —dijo John.

El director del pozo, un japonés de cara redonda llamado Etsu Okakura, lo miró, y John pudo ver a través de los visores una sonrisa nerviosa; tenía un diente descolorido.

Okakura alzó la cabeza.

—¡Cae algo! —exclamó rápidamente; y luego—: ¡Corramos!

Dieron media vuelta y corrieron por el suelo del pozo. John no tardó en descubrir que aunque la mayor parte de las rocas sueltas habían sido retiradas del brillante basalto, no se había hecho nada para nivelar el terreno. Los cráteres y escarpas diminutos se volvieron cada vez más difíciles de sortear a medida que ganaba velocidad; en aquella fuga de primate, los instintos desarrollados en la infancia se reafirmaron y continuó a paso vivo, trastabilló con una sacudida y reanudó la carrera frenéticamente; por último tropezó, perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre las rocas melladas, los brazos por delante para salvar el visor del casco. De poco consuelo le fue ver que también Okakura había caído. Por fortuna, la misma gravedad que los había hecho caer les estaba dando más tiempo para escapar; el objeto descendente aún no había llegado al fondo. Se levantaron y corrieron de nuevo, y una vez más Okakura cayó. John miró atrás y vio un brillante borrón metálico que chocaba contra la roca y luego oyó el sonido del impacto, como un golpe en los tímpanos. Fragmentos plateados salieron disparados en todas direcciones, algunos hacia ellos; dejó de correr y escudriñó el aire en busca de deyecciones que se les vinieran encima. Ni un sonido.

Un gran cilindro hidráulico voló por los aires y se estrelló ruidosamente a la izquierda, y los dos se sobresaltaron. No lo habían visto venir.

Después, la quietud. Permanecieron inmóviles casi un minuto, y luego Boone se sacudió. Estaba sudando; tenían puestos trajes presurizados, pero a 49 grados centígrados el fondo del pozo era el lugar más caliente de Marte, y el aislamiento del traje estaba pensado para el frío. Esbozó un gesto para ayudar a levantarse a Okakura, pero se detuvo. Era probable que el hombre prefiriese ponerse de pie por sí solo antes que deberle *giri* a Boone. Eso si Boone entendía el concepto correctamente.

—Echemos un vistazo —dijo.

Okakura se levantó y regresaron por el denso basalto negro. Hacía ya mucho que el pozo había penetrado en el sólido lecho rocoso, en verdad ya se habían adentrado un veinte por ciento en la litosfera. Hacía un calor sofocante en el fondo, como si los trajes no tuvieran ningún aislamiento. El suministro de aire de Boone era un bienvenido frescor en la cara y los pulmones. Enmarcado por las oscuras paredes del pozo, el cielo rosa brillaba arriba con intensidad, y el sol iluminaba una corta sección cónica de la pared. En pleno verano quizá la luz llegara al fondo… no, estaban al sur del Trópico de Capricornio. Para siempre en sombras allí abajo.

Se acercaron a los restos. Había sido un volquete robot que transportaba roca subiendo por el camino en espiral de la pared del pozo. Las piezas del camión se mezclaban con grandes pedruscos, algunos diseminados hasta a cien metros del

punto de impacto. Más allá de los cien metros, los detritos escaseaban; el cilindro que había pasado volando junto a ellos tenía que haber sido proyectado por algún tipo de presión.

Una pila de magnesio, aluminio y acero, todo terriblemente retorcido. El magnesio y el aluminio se habían fundido en parte.

—¿Cree que ha caído desde arriba? —preguntó Boone. Okakura no respondió. Boone lo observó; el hombre evitaba mirarlo. Quizá tenía miedo—. Tienen que haber pasado unos treinta segundos entre el momento en que lo vi y el impacto —dijo.

A unos tres metros por segundo al cuadrado, eso era tiempo más que suficiente para caer a unos doscientos kilómetros por hora. Realmente no estaba nada mal. En la Tierra habría descendido en menos de la mitad del tiempo. Demonios, si no hubiera levantado los ojos cuando lo hizo, quizá los habría atrapado. Hizo un cálculo rápido. Era probable que se encontrara a mitad del pozo cuando lo vio. Pero quizá entonces ya llevaba un buen rato cayendo.

Boone rodeó el espacio que había entre la pared del pozo y la pila de chatarra. El camión había caído sobre el costado derecho, y el izquierdo estaba deformado pero era reconocible. Okakura trepó por los restos y señaló una zona ennegrecida detrás de la rueda izquierda delantera. John lo siguió, arañó el metal con la garra del índice del guante derecho. La capa negra se desprendió como si fuera hollín. Una explosión de nitrato de amonio. La carrocería del camión se había doblado como si la hubieran golpeado con un martillo.

—Una carga de buen tamaño —observó John.

—Sí —dijo Okakura, y carraspeó. Estaba asustado, no cabía duda. Bueno, el primer hombre en Marte casi había sido asesinado, y también él, por supuesto, aunque, ¿quién sabía qué lo asustaba más?—. Suficiente para sacar el camión del camino.

—Bueno, como ya he dicho, se ha informado de algunos sabotajes. Okakura tenía el ceño fruncido detrás del visor.

—Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—No lo sé. ¿Hay alguien en tu equipo que tenga trastornos psicológicos?

—No.

La cara de Okakura se mostró cuidadosamente inexpresiva. En todo grupo de más de cinco personas siempre había algún trastornado, y la pequeña ciudad industrial de Okakura tenía una población de quinientos.

—Éste es el sexto caso que he visto —dijo John—. Aunque ninguno tan de cerca. —Rió. Volvió a recordar la imagen del punto parecido a un pájaro en el cielo rosa.— Habría sido fácil para cualquiera poner una bomba antes de que bajaran el camión. Y hacerla detonar con un reloj o un altímetro.

—Te refieres a los rojos. —Okakura parecía aliviado.— Hemos oído hablar de ellos. Pero es… —se encogió de hombros— una verdadera locura.

—Sí.

John bajó con cautela de los restos destrozados. Caminaron por el suelo del pozo de vuelta al coche en que habían descendido. Okakura había sintonizado otra banda y hablaba con la gente de arriba.

John se detuvo junto al foso central y miró alrededor. No alcanzaba a precisar el verdadero tamaño del pozo; la luz amortiguada y las líneas verticales le recordaban a una catedral, pero cualquier catedral habría parecido una casa de muñecas en el fondo de aquel gran agujero. La surrealidad de la escala hizo que John parpadease, y llegó a la conclusión de que llevaba mucho tiempo con la cabeza inclinada hacia atrás.

Condujeron subiendo por el camino inscrito en el muro lateral hacia el primer ascensor, dejaron el coche y se metieron en la jaula. Subieron. Siete veces tuvieron que salir y cruzar el camino del muro hasta la puerta del siguiente ascensor. La luz ambiental se fue haciendo cada vez más parecida a la luz diurna común. Alcanzó a ver la doble espiral de los caminos en el muro del otro lado: filigranas en un enorme agujero de tornillo. El fondo del pozo había desaparecido en la oscuridad, ni siquiera era capaz de ver el camión.

En los dos últimos ascensores subieron a través del regolito; primero el megarregolito, que parecía lecho rocoso agrietado, y luego el regolito propiamente dicho: roca, grava y hielo ocultos detrás de un muro de hormigón, una lisa pared curva que se parecía a un dique, y que retrocedía en pendiente, tanto que en realidad el último ascensor era un tren cremallera. Subieron por el costado de ese enorme embudo, el desagüe de la bañera del Gran Hombre, había dicho Okakura cuando bajaban, y por fin salieron a la superficie, al sol.

Boone salió del vagón y miró túnel abajo. El muro de contención del regolito parecía la lisa pared de un cráter, con una carretera de dos carriles que descendía en espiral, pero el cráter no tenía fondo. Era un agujero de transición entre la corteza y el manto. Podía ver abajo parte del pozo, pero la pared estaba en sombras y sólo el camino que descendía en espiral recogía algo de luz, de modo que parecía una especie de escalera colgada de la nada que bajaba a través del espacio vacío hacia el núcleo del planeta.

Tres de los gigantescos volquetes se arrastraban por el último trecho del camino, cargados de enormes piedras negras. Últimamente tardaban cinco horas en hacer el viaje desde el fondo del pozo, dijo Okakura. Había muy poca supervisión, como en la mayor parte del proyecto, tanto en la fabricación como en las obras. Los habitantes de la ciudad sólo tenían que ocuparse de la programación, del despliegue, del mantenimiento y de las averías. Y, ahora, de la seguridad.

La ciudad, llamada Senzeni Na, se desparramaba sobre el fondo del cañón más profundo de Thaumasia Fossae. Muy cerca del agujero estaba el parque industrial; allí es donde se fabricaba la mayoría del equipo de excavación y donde se procesaba la roca extraída en busca de vestigios de metales valiosos. Boone y Okakura entraron en la estación del borde, se quitaron los trajes presurizados, se enfundaron los monos cobrizos y se metieron en uno de los tubos transparentes que conectaban todos los edificios de la ciudad. Hacía frío y el sol relucía en los tubos, y todos llevaban ropas con una capa exterior de lámina de color cobre, el último avance japonés en protección contra la radiactividad. Criaturas de cobre moviéndose por tubos transparentes; a Boone le parecía un hormiguero gigantesco. Arriba, la nube termal se congeló, cobrando entidad, y salió disparada como vapor de una válvula, hasta que unos vientos altos la atraparon y se desvaneció como una larga estela que se desinfla.

Las residencias de la ciudad estaban empotradas en el muro sudeste del cañón. Una gran sección rectangular del risco había sido sustituida por vidrio; detrás había un bulevar alto y abierto y cinco plantas de apartamentos dispuestos en terrazas.

Avanzaron por el bulevar y Okakura lo condujo hasta las oficinas de la ciudad, en la quinta planta. Una pequeña multitud de aspecto preocupado los acompañó charlando con Okakura y entre ellos. Todos atravesaron la oficina y salieron al balcón. John observó con atención mientras Okakura describía en japonés lo que había sucedido. Algunos de entre la concurrencia parecían nerviosos y la mayoría evitaba la mirada de John. ¿Había bastado el casi accidente para incurrir en gm? Era importante asegurarse de que no se sentían puestos en evidencia, o nada que se le pareciese. La vergüenza era un asunto serio para los japoneses y Okakura empezaba a mostrarse desesperadamente desdichado, como si estuviera llegando a la conclusión de que él era el único culpable.

—Miren, lo mismo pudo hacerlo alguien de fuera como alguien de aquí —dijo John resueltamente. Hizo algunas sugerencias para la seguridad futura—. El borde del pozo es una barrera perfecta. Pongan un sistema de alarma, y la estación podría vigilar el sistema y los ascensores. Una pérdida de tiempo, pero inevitable.

Tímidamente Okakura le preguntó si sabía quién podía ser el responsable del sabotaje. John se encogió de hombros:

—No tengo idea, lo siento. Supongo que gente contraria a los agujeros entre la corteza y el manto.

—Pero ya están excavados —dijo uno de ellos.

—Lo sé. Imagino que es algo simbólico. —Sonrió.— Pero si un camión cae encima de alguien, mal símbolo sería.

Asintieron con gravedad. Deseó tener la facilidad de Frank para los idiomas... se habría comunicado mejor con esa gente. Eran difíciles de estudiar, inescrutables y todo eso.

Le preguntaron si quería descansar.

—Estoy bien —dijo—. No nos alcanzó. Tendremos que inspeccionarlo, pero por hoy sigamos con el mismo programa.

De modo que Okakura y algunos hombres y mujeres lo llevaron en un recorrido por la ciudad, y con buen ánimo visitó laboratorios y salas de reunión, salones sociales y comedores. Asintió y estrechó manos y dijo «Hola» hasta que tuvo la certeza de que había conocido a más del cincuenta por ciento de los habitantes de Senzeni Na. La mayoría aún no se había enterado del incidente en el pozo y todos estaban encantados de conocerlo, contentos de estrecharle la mano, de hablar con él, de mostrarle algo, de mirarlo. Le pasaba allá donde fuera, recordándole desagradablemente los años de vitrina que habían transcurrido entre su primer y su segundo viaje.

Pero cumplió con su deber. Una hora de trabajo, luego cuatro horas como El Primer Hombre en Marte: la proporción habitual. Y a medida que la tarde entraba en el anochecer y toda la ciudad se reunía para un banquete en su honor, se fue tranquilizando e interpretó su papel con paciencia. Eso significaba cambiar de estado de ánimo, algo que no era nada fácil esa noche. Al fin, se tomó un descanso y fue al cuarto de baño para tragarse una cápsula fabricada por el equipo de Vlad en Acheron. Era una droga que habían bautizado con el nombre de omegendorfo, una mezcla sintética de todas las endorfinas y opiáceos que habían descubierto en la química natural del cerebro, una droga que Boone nunca había probado.

Regresó al banquete mucho más relajado, con una leve euforia. Después de todo, había escapado a la muerte, ¡gracias a que había corrido como un loco! Unas pocas endorfinas no estaban de más. Se movió con soltura de mesa en mesa, haciendo preguntas a unos y otros, con el aire de fiesta apropiado. A John le gustaba ser capaz de conseguirlo; ayudaba a que la celebridad le resultara tolerable; porque cuando hacía preguntas, la gente saltaba para responderlas, como salmones en la corriente. Era realmente curioso, como si la gente buscara corregir el desequilibrio que advertía en la situación, en la que ellos conocían tanto de él, mientras que él sabía tan poco de ellos. De modo que con el incentivo adecuado, a menudo una única y cuidadosamente evaluada réplica brotaban de ellos los más asombrosos desahogos personales: atestiguando, revelando, confesando.

Pasó la velada aprendiendo cosas de la vida en Senzeni Na.

(«Medios... ¿qué hemos hecho?» Una rápida sonrisa.) Y después lo llevaron a la gran suite de los invitados, las habitaciones pobladas de bambú, la cama aparentemente tallada en un pedestal también de bambú. Cuando estuvo solo conectó la caja codificadora con el teléfono y llamó a Sax Russell.

Russell se encontraba en el nuevo cuartel general de Vlad, un complejo de investigación excavado en una impresionante cresta de las Acheron Fossae, al norte del Monte Olimpo. Se pasaba ahora todo el tiempo allí, estudiando ingeniería genética como si fuera un colegial. Estaba convencido de que la biotecnología era la clave para la terraformación y había decidido participar en el proyecto, a pesar de que no conocía otra cosa que el campo de la física. La biología moderna era notablemente oscura, y muchos físicos la odiaban, pero la gente de Acheron decía que Sax aprendía deprisa, y John lo creía. El mismo Sax había soltado risitas disimuladas ante su propio progreso, pero no cabía duda de que estaba muy metido en el asunto. Hablaba de eso todo el tiempo:

—Es el punto crucial —decía—, necesitamos el agua y el nitrógeno fuera del suelo y el dióxido de carbono fuera del aire, y necesitaremos biomasa para conseguir las dos cosas.

Y se afanaba como un esclavo ante las pantallas y en tos laboratorios.

Escuchó el informe de Boone con la flema habitual. Era la parodia del científico, pensó John. Incluso llevaba una bata de laboratorio. Mirándolo parpadear, recordó una historia que había oído a uno de los ayudantes de Sax ante un risueño público en una fiesta: en un experimento secreto que se había torcido, cien ratas de laboratorio que habían sido inyectadas con un potenciador de la inteligencia se habían vuelto genios. Se rebelaron, escaparon de sus jaulas, capturaron al principal investigador, lo ataron con correas y le retroinyectaron todo lo que ellas sabían, utilizando un método que inventaron en el acto... y ese científico era Saxifrage Russell, de bata blanca, parpadeante, espasmódico, inquisitivo, esclavo del laboratorio. Tenía un cerebro que era la suma de cien ratas hiperinteligentes, «y la pequeña broma es que ellas lo bautizaron con el nombre de una flor como sucede con las ratas de laboratorio, ¿lo entiendes?».

Eso explicaba muchas cosas. John sonrió mientras terminaba su informe y Sax inclinó la cabeza y lo miró con curiosidad.

—¿Crees que ese camión pretendía mataros?

—No lo sé.

—¿Cómo parece estar la gente allí?

—Asustada.

—¿Crees que están involucrados? John se encogió de hombros.

—Lo dudo. Probablemente están preocupados por lo que pueda seguir.

Sax hizo un rápido ademán.

—Un sabotaje de ese tipo no causará el más mínimo impacto en el proyecto —dijo con suavidad.

—Lo sé.

—¿Quién está haciéndolo, John?

—No lo sé.

—¿Crees que podría ser Ann? ¿Se ha convertido en otra profeta, como Hiroko o Arkadi, con seguidores y un programa y cosas por el estilo?

—Tú también tienes seguidores y un programa —le recordó John.

—Pero yo no les digo a mis seguidores que destruyan las cosas e intenten matar gente.

—Algunos piensan que estás destruyendo Marte. Y ciertamente la gente va a morir como resultado de la terraformación.

—¿Qué insinúas?

—Sólo te lo recuerdo. Intento hacerte ver por qué alguien podría hacer estas cosas.

—Así que piensas que se trata de Ann.

—O de Arkadi, o de Hiroko, o de alguien de las nuevas colonias de quien jamás hemos oído hablar. Ahora hay un montón de gente aquí. Un montón de facciones.

—Lo sé. —Sax fue hasta un mostrador y vació la vieja taza de café. Por último dijo:— Me gustaría que intentaras averiguar quién es. Ve adonde tengas que ir. Ve a hablar con Ann. Razona con ella. —Había un tono quejumbroso en su voz.— Yo ya ni siquiera puedo hablarle. —John se lo quedó mirando, sorprendido ante aquella exhibición emocional. Sax tomó ese silencio como renuencia, y prosiguió:— Sé que no se trata exactamente de lo tuyo, pero todo el mundo hablará contigo. Prácticamente eres el único con quien podemos hablar. Sé que estás ocupado con lo del agujero entre el manto y la corteza, pero puedes conseguir que tu equipo haga el trabajo y seguir visitando los agujeros como parte de la investigación. En realidad no hay nadie más que pueda hacerlo. No hay una verdadera policía a la que acudir. Aunque, si siguen ocurriendo cosas raras, la UNOMA nos enviará toda una tropa.

—O las transnacionales. —Boone reflexionó. La visión de aquel camión, cayendo desde el cielo...— De acuerdo. En cualquier caso, iré a hablar con Ann. Después sería bueno que nos reuniéramos y discutiéramos el tema de la seguridad en los proyectos de terraformación. Si conseguimos evitar que pase algo más, eso mantendrá fuera a la UNOMA.

—Gracias, John.

Boone se marchó y salió al balcón de la suite. El bulevar estaba lleno de pinos de Hokkaido, el aire frío cargado de resina. Abajo, figuras cobrizas caminaban entre los troncos de los árboles. Boone consideró la nueva situación. Durante diez años había estado trabajando para Russell, terraformando, abriendo agujeros entre el manto y la corteza y haciendo de experto en relaciones públicas y cosas por el estilo, y disfrutaba del trabajo, pero no estaba a la vanguardia de ninguna de las ciencias implicadas, y por tanto fuera del círculo que tomaba las decisiones. Sabía que mucha gente lo consideraba un mero mascarón de proa, una celebridad para consumo en la Tierra, un jinete espacial tonto que había tenido suerte y vivía de rentas. Eso no molestaba a John; siempre había enanos dando hachazos, tratando de reducir a todo el mundo a un tamaño mínimo. Estaba bien, en especial porque en este caso se equivocaban. Tenía un considerable poder, aunque tal vez sólo él apreciara su verdadero alcance, ya que consistía en una interminable sucesión de reuniones cara a cara, en la influencia que tenía sobre lo que la gente elegía hacer. Después de todo, el poder no era una cuestión de títulos profesionales. El poder era una cuestión de visión, persuasión, libertad de movimiento, fama, influencia. Además, el mascarón de proa va delante, señalando el camino.

No obstante, esa nueva tarea tenía inconvenientes. Podía sentirlo ya. Sería problemática, difícil, quizás arriesgada... un desafío, por encima de todo. Un nuevo desafío; eso le gustaba. Al entrar de nuevo en la suite y meterse en la cama (¡John Boone durmió aquí!) se le ocurrió que ahora no sólo iba a ser el primer hombre en Marte, sino el primer detective. Sonrió ante la ocurrencia y el último efecto del omegendorfo le encendió los nervios.

Ann Clayborne estaba haciendo un estudio en las montañas de la Cuenca de Argyre, lo que significaba que John podía volar en planeador desde Senzeni Na hasta donde ella estaba. Así que, a la mañana siguiente, tomó el globo ascensor de la torre de amarre y subió al dirigible estacionario que flotaba sobre la ciudad, exultante a medida que se elevaba sobre el panorama cada vez más amplio de los grandes cañones Thaumasia. Desde el dirigible descendió hasta la cabina de uno de

los planeadores, sujetos en la parte inferior del casco. Después de asegurarse se soltó y el planeador cayó como una piedra hasta que lo introdujo en la onda termal del agujero entre el manto y la corteza; la onda lanzó la nave de seda hacia arriba, y la metió en un pronunciado remolino ascendente. John gritaba mientras luchaba con el zarandeo;

¡era como montar en una burbuja de jabón sobre una hoguera!

A 5.000 metros el penacho de nube se aplanó y se extendió hacia el este. John salió de la espiral y enfiló hacia el sudeste, jugando con el planeador a medida que avanzaba, aprendiendo a dominarlo. Tendría que cabalgar los vientos con cuidado para llegar hasta Argyre.

Apuntó hacia el manchado resplandor amarillo del sol. El viento lloraba sobre las alas. La tierra debajo era de un desigual naranja oscuro, que cambiaba gradualmente a un naranja claro en el horizonte. Las tierras altas del sur estaban salpicadas de hoyos, y tenían el aspecto salvaje, primordial, lunar de la saturación de cráteres. A John le encantaba volar sobre ellas, y pilotó de manera automática, concentrándose en la tierra de abajo. Le agradaba mucho relajarse y volar, sintiendo el viento cerca, contemplando la tierra y sin pensar en nada. Tenía sesenta y cuatro años en este año 2047 (o «año-M 10», como él solía decir), y había sido el hombre vivo más famoso durante casi treinta de esos años; y ahora era más feliz cuando estaba solo y volaba.

Al cabo de una hora, se puso a pensar en su nueva tarea. Era importante no caer en fantasías de lupas y ceniza de cigarro, o de sabuesos con pistola; había trabajo que hacer, incluso mientras volaba. Llamó a Sax y le preguntó si podía conectar su la a los registros de emigración y viajes planetarios sin que la UNOMA advirtiera la conexión. Después de un rato Sax lo llamó y le dijo que podía conseguirlo, y entonces John transmitió una secuencia de preguntas y continuó volando. Una hora y muchos cráteres más tarde, la luz roja de Pauline parpadeó con rapidez, indicando una transferencia de datos sin procesar. John le pidió a la IA que analizara los datos, y después estudió los resultados en la pantalla. Las pautas de movimiento eran desconcertantes, pero esperaba que cuando las comparase con los incidentes de sabotaje encontraría algo. Desde luego había gente que se movía fuera de los registros, incluyendo la colonia oculta; ¿y quién sabía qué pensaban Hiroko y los otros sobre los proyectos de terraformación? No obstante, valia la pena echar un vistazo.

Los Montes Nereidium aparecieron inesperadamente delante de él sobre el horizonte. Marte nunca había tenido mucho movimiento tectónico, y las cadenas montañosas escaseaban. Las que había eran casi siempre bordes de cráteres, anillos de deyecciones expulsados por impactos tan grandes que los detritos cayeron formando dos o tres cadenas concéntricas, cada una de muchos kilómetros de ancho, y extremadamente escarpadas. Hellas y Argyre, siendo las cuencas más grandes, tenían por tanto las cadenas mayores; y la única cadena montañosa importante aparte de ellas, los Montes Phlegra, en la pendiente de Elysium, era probablemente los restos fragmentarios de una cuenca de impacto inundada más tarde por los volcanes de Elysium o por un antiguo Océano Borealis. La discusión sobre esa cuestión era vehemente, y Ann, la autoridad final de John en tales asuntos, nunca había dicho qué opinaba.

Los Montes Nereidium componían el borde occidental alrededor de Argyre, pero en aquellos momentos Ann y su equipo estaban estudiando el borde oriental, los Montes Charitum. Boone corrigió el curso hacia el sur y a primeras horas de la tarde planeó sobre la ancha y plana llanura de la Cuenca Argyre. Después de la profusión de cráteres de las tierras altas, el suelo de la cuenca parecía liso, una llanura amarillenta limitada por la gran curva de las cordilleras del borde. Desde la posición ventajosa en que estaba podía ver unos noventa grados del arco del contorno, lo suficiente para tener una idea del tamaño del impacto que había

formado Argyre; era una vista asombrosa. Boone había volado por encima de miles de cráteres marcianos, y ya sabía qué tamaños solían tener y, sencillamente, Argyre se salía de la escala. ¡Un cráter bastante grande llamado Galle no era más que una marca de viruela en el borde de Argyre! ¡Aquí tenía que haber impactado un mundo entero! O, como mínimo, un asteroide condenadamente grande.

Dentro de la curva sudeste del borde, en el suelo de la cuenca junto a los pies de las colinas del Charitum, divisó la delgada línea blanca de una pista de aterrizaje. Era fácil avistar construcciones humanas en semejante desolación; la regularidad destacaba como una baliza. Las ondas termales subían con fuerza a gran distancia de las colinas calentadas por el sol, y él descendió y viró para meterse en una, cayendo con un zumbido vibratorio, como una roca, como aquel asteroide, pensó John con una sonrisa, e hizo una cabriola, una última y dramática floritura, posándose con toda la precisión de que fue capaz, consciente de su reputación de gran piloto que, desde luego, tenía que revalidar en cada ocasión. Era parte del trabajo...

Pero resultó que sólo había dos personas en las caravanas junto a la pista, y nadie lo había visto descender. Estaban dentro viendo las noticias de televisión de la Tierra. Alzaron los ojos cuando cruzó la puerta de la antecámara interior y se levantaron de un salto para saludarlo. Ann había subido con un equipo a uno de los cañones de la montaña, le dijeron, seguramente a no más de dos horas en coche. John almorzó con ellas, dos británicas con acento del norte, muy curtidas y encantadoras. Luego subió a un rover y siguió las rodadas que cruzaban una hendidura y llegó al Charitum. Una hora de sinuoso ascenso por un arroyo de lecho llano lo llevó hasta una caravana móvil con tres rovers estacionados fuera. El conjunto tenía el aire de un café en el Mojave.

La caravana estaba desocupada. Las huellas de pisadas se alejaban del campamento en muchas direcciones. Después de pensarlo, trepó a una loma al oeste del campamento y se sentó en la cima. Se tumbó sobre la roca y durmió hasta que el frío le entró en el traje ligero y flexible. Luego se sentó y tomó una cápsula de omegendorfo, y contempló las sombras negras de las colinas que se arrastraban hacia el este. Reflexionó en lo que había ocurrido en Senzeni Na, repasando sus recuerdos de las horas anteriores y posteriores, las expresiones en las caras de la gente, lo que habían dicho. La imagen del camión cayendo le aceleró un poco el pulso.

En una hendidura entre las colinas del oeste asomaron unas figuras cobrizas. Se puso de pie y descendió la loma, y se reunió con ellas en la caravana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Ann por la frecuencia de los primeros cien.

—Quiero hablar.

Ella gruñó y cortó la comunicación.

La caravana habría estado un poco atestada incluso sin él. Se sentaron en el cuarto principal rodilla con rodilla, mientras Simón Frazier calentaba una salsa y hervía agua para los espaguetis en el pequeño rincón de la cocina. La única ventana del remolque daba al este y mientras comían contemplaron la sombra de las montañas que se extendía por el suelo de la gran cuenca. John había traído una botella de medio litro de coñac Utopía, y después de la cena la sacó en medio de murmullos de aprobación. Mientras los areólogos bebían lavó los platos *(«quiero* hacerlo») y preguntó cómo iba el trabajo. Estaban buscando pruebas de antiguos episodios glaciares, que, si se encontraban, apoyarían un modelo de la temprana historia del planeta que incluía océanos en los terrenos bajos.

Menos Ann, pensó John mientras los escuchaba; ¿querría ella encontrar evidencias de un pasado oceánico? Era un modelo que justificaba moralmente el proyecto de terraformación, pues implicaba que sólo estaban restaurando un

antiguo estado de cosas. De modo que era probable que ella no quisiera localizar semejante prueba. ¿Influiría esa renuencia en su trabajo? Bueno, seguro. Si no de forma consciente, sí en su interior. Después de todo, la conciencia sólo era una delgada litosfera sobre un núcleo grande y caliente. Los detectives no debían olvidarlo.

Pero todo el mundo en la caravana parecía coincidir en que no estaban encontrando ninguna evidencia de glaciación, y todos eran buenos areólogos. Había cuencas altas que parecían circos y valles altos con la clásica forma de U de los valles glaciares, y algunas configuraciones con grietas y rocas aborregadas que podrían ser resultado de la erosión glaciar. Todo eso se había visto en fotografías de satélite, además de una o dos zonas brillantes que según algunos podían ser reflejos de un rozamiento glaciar. Pero sobre el terreno nada de eso se sostenía. No habían localizado ningún rozamiento glaciar, ni siquiera en las partes más protegidas del viento de los valles con forma de U; ninguna morrena, lateral o terminal; ninguna señal de algo que hubiera sido arrastrado, o de líneas de transición donde los nanatuks habrían sobresalido incluso por encima de los niveles más altos de los hielos antiguos. Nada. Se trataba de otro caso de lo que ellos llamaban areología del cielo, con una historia que se remontaba a las primeras fotografías de satélite, y aun hasta los telescopios. Los canales habían sido areología del cielo, y muchas otras malas hipótesis se habían formulado de manera parecida, hipótesis que sólo ahora eran puestas a prueba con el rigor de la areología de campo. La mayoría se derrumbaba bajo el peso de los datos de la superficie, eran arrojadas al canal, como decían ellos.

Sin embargo, la teoría glaciar, y el modelo oceánico del que era parte, había persistido más que ninguna otra. Primero, porque prácticamente todos los modelos de la formación del planeta indicaban que tenía que haber habido un montón de agua y que había ido a parar a alguna parte. Y segundo, pensó John, porque había un montón de gente que se sentiría reconfortada si el modelo oceánico fuera verdad; se sentiría menos incómoda respecto de la moralidad de la terraformación. Por lo tanto, los opositores de la terraformación... No, no le sorprendía que el equipo de Ann no estuviera encontrando nada. Sintiendo un poco el coñac e irritado por la animosidad de ella, dijo desde la cocina:

—Pero si hubiera habido glaciares, los más recientes tendrían...

¿digamos mil millones de años? Yo diría que ese tiempo habría eliminado cualquier signo superficial, rozamientos glaciares, morrenas o nanatuks. Sin dejar nada más que los grandes accidentes geográficos, que es lo que hay. ¿Correcto?

Ann había permanecido en silencio, pero entonces dijo:

—Los accidentes geográficos no son exclusivos de la glaciación. Todos son comunes en las cordilleras marcianas; no hay una sola que no se haya formado por rocas que cayeron del cielo. Cualquier tipo de formación que se te ocurra está en alguna parte de la superficie, formas extrañas limitadas únicamente por el ángulo de apoyo.

No había aceptado el coñac, lo que sorprendió a John, y ahora miraba al suelo con expresión de disgusto.

—Pero seguro que no los valles en U —dijo John.

—Sí, también los valles en U.

—El problema es que el modelo oceánico no se falsifica fácilmente —indicó Simón en voz baja—. Puede que nunca encuentres evidencias sólidas, como nos sucede a nosotros, pero eso no lo refuta.

La cocina ya limpia, John le pidió a Ann que salieran a dar un paseo crepuscular. Ella vaciló, poco dispuesta; pero era parte de un ritual, y todo el mundo lo sabía, y con una rápida mueca y una mirada dura, aceptó.

Una vez fuera, él la condujo hasta la misma cima en la que había dormitado. El cielo era un arco color ciruela sobre las negras y estriadas lomas que los rodeaban, y las estrellas aparecían como en un torrente, cientos con cada parpadeo. Se detuvo, ella no lo miró. El irregular horizonte podría haber sido una escena de la Tierra. Ann era un poco más alta que él, una silueta enjuta, angulosa. A John le caía bien, sin importar la posible atracción recíproca que ella pudiera haber sentido; y habían mantenido muy buenas conversaciones en años ya lejanos. La atracción se había disipado cuando él eligió trabajar con Sax. Podría haber hecho cualquier cosa, indicaban las dolidas miradas de ella, y sin embargo se había decidido por la terraformación.

Bueno, era verdad. Puso la mano delante de ella, el dedo índice levantado. Ella tocó unos botones en el teclado de muñeca y de repente una voz susurró en el oído de John.

—¿Qué? —dijo Ann sin mirarlo.

—Es sobre los incidentes de sabotaje —dijo él.

—Eso pensé. Supongo que Russell cree que yo estoy detrás.

—No se trata tanto de...

—¿Cree que soy estúpida? ¿Imagina que pienso que con un poco de vandalismo detendré vuestros juegos de niños?

—Bueno, es algo más que un poco. Ya ha habido seis incidentes, y cualquiera de ellos podría haber matado a alguien.

—¿Desviar espejos de la órbita puede matar a alguien?

—Sí si en ese momento se están cumpliendo allí tareas de mantenimiento.

Ella soltó un *¡bah!* y dijo:

—¿Qué más ha pasado?

—Ayer despeñaron un camión en el agujero entre el manto y la corteza, y casi me aplastó. —Oyó que Ann retenía el aliento.— Es el tercer camión que cae. Y a aquel espejo lo sacaron de órbita con una trabajadora de mantenimiento encima, y ella tuvo que flotar en caída libre hasta llegar a una estación. Le llevó más de una hora conseguirlo, y estuvo a punto de fracasar. Y luego un depósito de explosivos estalló por accidente en el agujero de Elysian, un minuto después de que se hubiera marchado todo el equipo. Y los líquenes de la Colina Subterránea murieron por un virus que obligó a clausurar el laboratorio.

Ann se encogió de hombros.

—¿Qué esperas de los GEM? Podría haber sido un accidente, me sorprende que no suceda más a menudo.

—No fue un accidente.

—Todo eso son naderías. ¿Cree Russell que soy estúpida?

—Sabes que no. Pero se trata de no interferir. En el proyecto se esta invirtiendo un montón de dinero terrano, pero no haría falta mucha mala publicidad para conseguir que lo retiraran.

—Es posible —dijo Ann—. Pero deberías escucharte cuando dices esas cosas. Tú y Arkadi sois los mayores defensores de una especie de nueva sociedad marciana, vosotros más Hiroko, tal vez. Sin embargo, el modo en que Russell, Frank y Phyllis están trayendo capital terrano... nadie podrá oponerse. Los negocios seguirán siendo negocios y vuestras ideas desaparecerán.

—Quiero pensar que todos aquí queremos algo parecido —dijo John—. Queremos hacer un buen trabajo en el lugar adecuado. Sólo ponemos énfasis en

partes diferentes para poder conseguirlo, eso es todo. Si trabajáramos en equipo coordinando nuestros esfuerzos...

—¡No perseguimos lo mismo! —exclamó Ann—. Vosotros queréis cambiar Marte y yo no. Es así de fácil.

—Bueno... —John titubeó ante la amargura de Ann. Avanzaban despacio alrededor de la colina, en una complicada danza que imitaba la conversación, a veces cara a cara, otras espalda con espalda; y siempre la voz de ella sonándole en el oído, y la suya en el de ella. Le gustaba eso de las conversaciones con un traje puesto: esa insidiosa voz en el oído, que podía ser tan persuasiva, acariciadora, hipnótica.— No es tan fácil, ni siquiera así. Quiero decir, deberías ayudar a aquellos de nosotros que están más cerca de tus ideas, y oponerte a los más alejados.

—Ya lo hago.

—Razón por la que vine a preguntarte qué sabes de esos saboteadores. Tiene sentido, ¿verdad?

—No sé nada de ellos. Les deseo suerte.

—¿En persona?

—¿Qué?

—He rastreado tus movimientos de los últimos dos años, y siempre has estado cerca de cada incidente, menos de un mes antes de que ocurrieran. Estuviste en Senzeni Na pocas semanas atrás, de camino hacia aquí, ¿cierto?

La oyó respirar. Estaba enfadada.

—Me usan como una tapadera —musitó, y algo más que él no llegó a entender.

—¿Quiénes?

Ann le dio la espalda.

—Eso tendrías que preguntárselo al Coyote, John.

—¿El Coyote?

Ella emitió una risa breve.

—¿No has oído hablar de él? La gente dice que anda por la superficie sin traje. Aparece de golpe aquí y allá, a veces en los dos extremos del mundo en una sola noche. Conoció al Gran Hombre en persona, allá en los buenos y viejos tiempos. Y es un gran amigo de Hiroko. Y un gran enemigo de la terraformación.

—¿Tú lo has conocido? —ella no contestó.— Mira —prosiguió él después de un momento de respiración compartida—, morirán muchos. Espectadores inocentes.

—Morirán espectadores inocentes cuando el permafrost se derrita y el suelo se colapse. Tampoco tengo nada que ver con eso. Sólo hago mi trabajo. Tratar de catalogar lo que había aquí antes de que viniésemos.

—Sí. Pero eres la roja más famosa de todos, Ann. Esa gente tiene que haber contactado contigo, y me gustaría que los desalentaras. Quizá salvara algunas vidas.

Ella se volvió a mirarlo. El visor de su casco reflejó el horizonte occidental, púrpura arriba, negro abajo, la frontera entre los dos colores mellada y desnuda.

—Se salvarían vidas si dejaran el planeta en paz. Eso es lo que yo quiero. Yo misma *te mataría* si fuera necesario.

Después de eso quedaba poco por decir. Mientras bajaban de vuelta hacia la caravana, probó con otro tema.

—¿Qué crees que ha pasado con Hiroko y los demás?

—Desaparecieron.

John alzó los ojos exasperado.

—¿No te dijo nada?

—No. ¿No te dijo nada a ti?

—No. No creo que hablara con nadie salvo con su grupo. ¿Sabes adonde fueron?

—No.

—¿Tienes alguna idea de por qué se fueron?

—Probablemente querían librarse de nosotros. Hacer algo nuevo. Lo que tú y Arkadi decís que queréis, ellos lo querían de verdad.

John sacudió la cabeza.

—Si lo hacen, será para veinte personas. Mi intención es conseguirlo para todos.

—Quizá son más realistas que tú.

—Quizá. Lo averiguaremos. Hay más que una manera, Ann. Tienes que entenderlo.

Ella no contestó.

Los otros los miraron cuando entraron en la caravana y Ann, tomando por asalto el rincón de la cocina, no fue de ninguna ayuda. John se sentó en el apoyabrazos del único sofá y les preguntó por el trabajo y los niveles de agua subterránea en Argyre y en general en el hemisferio sur. Las grandes cuencas eran bajas, pero habían sido deshidratadas por los mismos impactos que las habían formado, y en general parecía que casi todas las aguas del planeta se habían filtrado hacia el norte. Otra parte del misterio: nadie había explicado jamás por qué los hemisferios norte y sur eran tan distintos, ése era *el* problema de la areología, cuya solución podría ser la clave para explicar todos los otros enigmas del paisaje marciano, igual que la teoría de la placa tectónica había explicado una vez tantos problemas geológicos diferentes. En realidad, algunos querían volver a usar la explicación tectónica, postulando que una vieja corteza se había deslizado sobre sí misma en la mitad oriental, y que en el norte se formó una nueva corteza; luego, cuando el enfriamiento del planeta detuvo los movimientos tectónicos, todo se había congelado. Ann consideraba que eso era ridículo; en su opinión, el hemisferio norte era, sencillamente, la mayor cuenca de impacto, la última gran explosión en tiempos remotos. Un choque similar había arrancado a la Luna de la Tierra, seguramente en la misma época. Los areólogos discutieron el problema durante un rato, y John escuchó, haciendo ocasionalmente alguna pregunta neutral.

Encendieron el televisor para las noticias de la Tierra y vieron un programa corto sobre la minería y las perforaciones petrolíferas que se iniciaban en la Antártida.

—Eso es por nuestra culpa, ¿sabes? —dijo Ann desde la cocina—. Mantuvieron la minería y el petróleo fuera de la Antártida durante casi cien años, desde el primer tratado. Pero cuando aquí comenzó la terraformación, todo se derrumbó. Ahí abajo se están quedando sin petróleo, y el Club del Sur es pobre, y justo al lado hay un continente entero de petróleo, gas y minerales que los países ricos del norte tratan como un parque nacional. Y entonces el Sur vio cómo esos mismos países ricos del norte comenzaron a despedazar Marte por completo, y dijeron: Qué demonios, ¿ustedes pueden destrozar todo un planeta y se supone que nosotros debemos proteger este iceberg próximo y todos esos recursos que necesitamos tan desesperadamente? ¡Olvídenlo! Así que rompieron el Tratado de la Antártida, y ahí

los tienes, perforando sin que nadie se haya opuesto. Y ahora también ha desaparecido de la Tierra el último lugar limpio. —Se acercó a ellos y se sentó frente a la pantalla, con la cara metida en una taza humeante de chocolate.— Si quieres, hay más —le dijo a John con rudeza.

Simón le echó una mirada de simpatía y los otros se quedaron observándolos con ojos muy abiertos. No podían creer que estaban presenciando una pelea entre dos de los primeros cien: ¡eso sí que era una broma! John casi se rió, y cuando se levantó para servirse una taza de chocolate, se inclinó impulsivamente y besó a Ann en la cabeza. Ella se puso rígida y él se encaminó a la cocina.

—Todos queremos cosas distintas de Marte —comentó, olvidando que le había dicho lo contrario a Ann—. Pero aquí estamos, y no somos tantos, y éste es nuestro sitio. Hacemos aquí lo que queremos, como dice Arkadi. Ahora bien, a ti no te gusta lo que quieren Sax o Phyllis, y a ellos no les gusta lo que tú quieres, y a Frank no le gusta lo que los otros quieren, y cada año viene más gente que apoya una postura distinta, aunque no sepan nada. De modo que la cosa podría ponerse fea. En realidad, ya ha empezado a ponerse fea, con esos ataques a la maquinaria. ¿Puedes imaginarte eso sucediendo en la Colina?

—El grupo de Hiroko hizo pedazos la Colina Subterránea durante el tiempo que estuvo allí —dijo Ann—. No es raro que se largaran de ese modo.

—Sí, tal vez. Pero no ponían en peligro otras vidas. —Vio de nuevo la imagen del camión cayendo por el pozo, rápido y vivido. Sorbió el chocolate y se quemó la boca.— ¡Maldición! En cualquier caso, siempre que esto me desanima, trato de recordar que es algo natural. Es inevitable que la gente se pelee, pero ahora nos estamos peleando por cosas marcianas. Quiero decir, la gente no se pelea porque es norteamericana, japonesa, rusa o árabe, o por cuestiones de religión, raza, sexo, o lo que sea. Se pelea porque quiere una u otra realidad marciana. Ahora eso es lo único que importa. De modo que ya hemos recorrido la mitad del camino. —Miró a Ann, que no alzaba la vista del suelo, frunciendo el ceño.— ¿Entiendes lo que quiero decir?

Ella lo miró.

—Es la segunda mitad lo que importa.

—De acuerdo, quizá. Das mucho por sentado, aunque así es la gente. Pero has de reconocer que tu postura nos está afectando, Ann. Demonios, Sax y muchos otros hablaban de hacer cualquier cosa para terraformar con tanta rapidez como fuera posible: hacer que un grupo de asteroides impactara directamente contra el planeta, usar bombas de hidrógeno para reactivar volcanes... ¡cualquier cosa! Ahora todos esos planes se han descartado debido a ti y a tus partidarios. La visión sobre cómo terraformar y hasta donde llegar ya no es la misma. Y creo que con el tiempo alcanzaremos un compromiso que nos proteja de la radiación, una biosfera y tal vez aire que podamos respirar, o por lo menos en el que no caigamos muertos de inmediato... y todavía dejar el planeta bastante parecido a como era antes de que viniésemos. —Ante esto Ann levantó los ojos, exasperada, pero él prosiguió con firmeza:—

¡Nadie está hablando de transformarlo en un planeta tropical, aunque pudieran hacerlo! Siempre será frío, y la protuberancia de Tharsis siempre se elevará en el espacio, así que una parte enorme del planeta jamás se tocará. Y eso en parte se deberá a ti.

—Pero ¿quién puede garantizar que no querrán más?

—Tal vez algunos quieran más. Pero yo, por lo menos, intentaré detenerlos. ¡Lo haré! Puede que no esté de tu lado, pero te comprendo. Y cuando uno vuela por encima de las tierras altas como hice hoy, uno no puede evitar amarlas. Quizá algunos traten de cambiar el planeta, pero mientras tanto el planeta los estará cambiando a ellos. Un sentido del lugar, una estética del paisaje... con el tiempo

todas esas cosas cambian. Sabes que los primeros que vieron el Gran Cañón pensaron que era feo como mil demonios porque no se parecía a los Alpes. Tardaron mucho tiempo en apreciarlo.

—De todas maneras, anegaron casi todo —dijo Ann sobriamente.

—Sí, sí. Pero ¿quién sabe lo que opinarán nuestros hijos? Será algo basado en lo que conozcan, y éste será el único lugar que conocerán. Así que terraformamos el planeta; pero al mismo tiempo el planeta nos areoforma a nosotros.

—Areoformación —musitó Ann, y una sonrisa leve y excepcional le iluminó la cara. John se ruborizó; no la había visto sonreír de esa manera desde hacía años, y quería a Ann, le encantaba verla sonreír—. Me gusta esa palabra —dijo ella entonces. Lo señaló con un dedo—: ¡No dejaré que lo olvides, John Boone! ¡Recordaré lo que has dicho esta noche!

—Yo también —dijo él.

El resto de la velada fue más relajada. Y al día siguiente Simón lo acompañó a la pista de aterrizaje, hasta el rover que conduciría hacia el norte; y Simón, que normalmente lo habría despedido con una sonrisa y un apretón de manos, o aun con un «me alegro de haberte visto», de pronto le dijo:

—De verdad te agradezco lo que dijiste anoche. Creo que la animó. En especial lo que dijiste sobre los niños. Está embarazada, ¿sabes?

—¿Qué? —John sacudió la cabeza.— No me lo dijo. ¿Eres tú el... el padre?

—Sí. —Simón sonrió.

—¿Cuántos años tiene ella ahora, sesenta?

—Sí. Es forzar un poco las cosas, por decirlo de alguna manera, pero ya se ha hecho antes. Tomaron un óvulo congelado hace quince años, lo fertilizaron y se lo implantaron. Veremos como marcha. Dicen que ahora Hiroko está embarazada todo el tiempo, que no para, como una incubadora.

—Cuentan muchas cosas sobre Hiroko, pero sólo son historias.

—Bueno, pero ésta la oímos de alguien que puede saberlo.

—¿El Coyote? —preguntó John con brusquedad. Simón enarcó las cejas.

—Me sorprende que te haya hablado de él.

John gruñó, oscuramente irritado. No había duda de que la fama lo privaba de un montón de chismes.

—Me alegro de que lo hiciera. Bueno, de todas formas... —Extendió la mano derecha y entrelazaron los dedos en el firme apretón que era un saludo ritual desde los primeros años de la astronáutica.— Felicitaciones. Cuida de ella.

Simón se encogió de hombros.

—Ya conoces a Ann. Hace lo que quiere.

Boone condujo hacia el norte desde Argyre durante tres días, disfrutando del paisaje y la soledad y dedicando unas pocas horas cada tarde a rastrear los movimientos de la gente en los registros planetarios, buscando correlaciones con los incidentes de sabotaje. Temprano en la cuarta mañana llegó a los cañones de Marineris, que se encontraban a unos 1.500 kilómetros al norte de Argyre. Se topó con un camino de radiofaros de respuesta que iba en dirección norte-sur y lo siguió hasta una breve pendiente en el borde austral de Melas Chasma; después salió del

rover para mirar alrededor.

Nunca había estado en ese sector de los grandes cañones; antes de que terminaran la Autopista Transversal Marineris les costaba mucho llegar hasta allí. Era impresionante, no cabía duda; el acantilado de Melas tenía una caída de unos 3.000 metros y desde allí se veía todo el norte como desde un planeador. La otra pared del cañón era apenas visible, el borde asomaba sobre el horizonte; y entre los dos precipicios se extendía el vasto espacio de Melas Chasma, el corazón de todo el complejo Marineris. Sólo alcanzaba a ver los desfiladeros en los acantilados distantes que marcaban la entrada a otros cañones: los Chasma al oeste. Candor al norte, Coprates al este.

John caminó por la cima durante más de una hora, poniéndose las lentes binoculares del casco sobre el visor durante largos períodos, mirando todo lo que podía del mayor cañón de Marte, sintiendo la euforia de la tierra roja. Tiró piedras por el precipicio y observó cómo desaparecían, habló y cantó y saltó sobre las puntas de los pies en una desgarbada danza. Luego regresó al rover, se refrescó y condujo a lo largo del borde hasta el comienzo de la carretera del risco.

Allí la Autopista Transversal se convertía en un único carril de hormigón, y zigzagueaba bajando por el espinazo de una enorme rampa rocosa que se extendía desde el reborde sur hasta el fondo. Este accidente extraño, llamado el Espolón de Ginebra, apuntaba al norte desde el acantilado, en línea recta hacia Candor Chasma; se alzaba en un sitio tan adecuado que con la ruta que tenía encima parecía una rampa construida por los ingenieros de caminos.

Sin embargo, era un espolón escarpado, y el camino bajaba dando vueltas todo el trayecto en una pendiente no demasiado abrupta. Allí curvas serpenteaban sobre el espinazo, como un hilo amarillo que se retorcía sobre una manchada alfombra de color naranja.

Boone descendió con cuidado, doblando a la izquierda, luego a la derecha, luego a la izquierda, una y otra vez hasta que tuvo que detenerse a descansar los brazos. Miró atrás y arriba la pared sur era ciertamente escarpada, estriada con fracturas de barrancos profundamente erosionados. Después condujo de nuevo otra media hora, hasta que por fin el camino bajó en línea recta por la cresta del espolón cada vez más llano, que al fin se ensanchó y se fundió con el suelo del cañón. Y allí abajo había un pequeño grupo de vehículos.

Era el equipo suizo, que acababa de finalizar la construcción del camino, y Boone terminó pasando la noche con ellos. El grupo de unas ochenta personas, casi todas jóvenes, la mayoría casadas, hablaba en alemán, italiano, francés, y en honor suyo en un inglés con diversos acentos. En el campamento había niños y gatos, y un invernadero portátil atestado de hierbas y verduras de huerto. Pronto se marcharían de allí como gitanos, en una caravana compuesta casi exclusivamente por excavadoras, y viajarían hasta el extremo oeste del cañón para abrir un camino por Noctis Labyrinthus hacia el flanco este de Tharsis. Después habría otros caminos; quizá uno por encima de la Protuberancia de Tharsis entre el Monte Arsia y el Monte Pavonis, quizá uno al norte hacia el Mirador de Echus. Aún no estaban seguros, y Boone tuvo la impresión de que en realidad no les importaba; pensaban pasarse el resto de la vida viajando y construyendo caminos, de modo que el destino siguiente no importaba mucho. Gitanos errantes para siempre.

Se cercioraron de que todos sus hijos estrecharan la mano de John, y después de cenar él dio una breve conferencia, divagando como siempre sobre la nueva vida en Marte.

—Cuando veo a gente como ustedes aquí afuera, me siento feliz, porque son parte de una nueva vida, de una nueva sociedad; todo está cambiando en el plano técnico y en el plano humano. No estoy muy seguro de cómo tendría que ser esa nueva sociedad, a qué tendría que parecerse. Pero pienso que ustedes y todos los grupos pequeños que hay en la superficie están resolviendo empíricamente esos

problemas. Y verlos a ustedes me ayuda a pensar.

Lo cual era cierto, aunque no estaba acostumbrado a pensar de pie; de modo que se dejó llevar en un vuelo de asociaciones libres, atrapando al paso cualquier pensamiento fugaz. Y los ojos de ellos brillaron a la luz de las lámparas mientras lo escuchaban.

Más tarde, se sentó con algunos de ellos en un círculo alrededor de una única lámpara encendida, y se quedaron despiertos toda la noche, hablando. Los suizos jóvenes le hicieron preguntas sobre el primer viaje y los primeros años en la Colina Subterránea, temas ambos que obviamente tenían una dimensión mítica para ellos, y él les contó algo parecido a la historia verdadera, y los hizo reír; y les preguntó sobre Suiza, cómo funcionaba, qué pensaban de ella, por qué estaban aquí en vez de allí. Una mujer rubia se rió cuando hizo esa pregunta.

—¿Conoce al Boogen? —dijo, y él negó con la cabeza—. Es parte de nuestras Navidades. Verá, Sami Claus va a todas las casas una por una y tiene un ayudante, el Boogen, que lleva una capa y una capucha y carga un gran saco. Sami Claus le pregunta a los padres cómo se han portado los niños ese año y los padres le muestran el libro mayor, ya sabe, el registro. Y si los niños han sido buenos, Sami Claus les da regalos. Pero si los padres dicen que los niños han sido malos, el Boogen los mete en el saco y se los lleva, y jamás se los vuelve a ver.

—¿Qué? —exclamó John.

—Eso es lo que te cuentan. Ésa es Suiza. Y por ese mismo motivo estoy en Marte.

—¿El Boogen la trajo hasta aquí? Se rieron, también la mujer.

—Sí. Yo siempre era mala. —Habló más seriamente.— Pero aquí no tendremos ningún Boogen.

Le preguntaron qué pensaba del debate entre los rojos y los verdes, y él se encogió de hombros y resumió lo que pudo de las posturas de Ann y de Sax.

—No creo que ninguno tenga razón —comentó uno de ellos. Se llamaba Jürgen y era uno de los líderes, un ingeniero que parecía una especie de cruce entre un burgomaestre y un rey gitano, pelo oscuro, rostro anguloso y serio—. Los dos bandos dicen que están favor *de* la naturaleza. Tienen que decirlo. Los rojos afirman que el Marte que ya está aquí es la naturaleza. Pero no es la naturaleza, porque está muerto. Sólo es roca. Los verdes dicen que traerán la naturaleza a Marte con la terraformación. Pero eso tampoco es naturaleza, sólo es cultura. Ya sabe, un jardín. Una obra de arte. De modo que ninguno de los dos tiene lo que quiere. No hay naturaleza en Marte.

—¡Interesante! —exclamó John—. Tendré que contárselo a Ann y ver qué dice. Pero... —Reflexionó en lo que acababa de escuchar.— Entonces, ¿cómo llaman a esto? ¿Cómo llaman a lo que hacen?

Jürgen se encogió de hombros y sonrió.

—No le damos ningún nombre. Simplemente es Marte.

Quizá eso era ser suizo, pensó John. En sus viajes se los había estado encontrando cada vez más, y todos parecían ser así. Haz las cosas y no te preocupes demasiado por la teoría. Haz cualquier cosa que parezca correcta.

Más tarde aún, después de haber bebido algunas botellas mas de vino, les preguntó si habían oído hablar del Coyote. Se rieron y uno dijo:

—Es el que vino antes que usted, ¿verdad?

John se quedó mirándolos y los otros volvieron a reírse.

—Es sólo una historia —explicó uno—. Como los canales, o el Gran Hombre. O

Sami Claus.

Marchando hacia el norte al día siguiente a través de Melas Chasma, John deseó (como había deseado antes) que todo el mundo en el planeta fuera suizo, o por lo menos como los suizos. O más como los suizos en ciertos aspectos, en cualquier caso. El amor a la patria parecía manifestarse en ellos mediante una cierta clase de vida: racional, justa, próspera, científica. Por esa vida trabajarían en cualquier parte, porque para ellos lo que importaba era la vida, no una bandera o un credo o un conjunto de palabras, ni siquiera ese pedazo de tierra rocosa de la que eran propietarios en la Tierra. Ese equipo suizo de construcción de caminos era ya marciano; había traído consigo la vida y había dejado atrás el equipaje.

Suspiró y almorzó mientras el rover pasaba junto a los radiofaros y enfilaba hacia el norte. No era tan simple, por supuesto. Los constructores de caminos eran suizos viajeros, el tipo de suizo que pasa la mayor parte del tiempo fuera de Suiza. Había muchos de ésos; se los escogía porque eran diferentes. Los suizos que se quedaban en casa defendían con pasión su condición de suizos; aún estaban armados hasta los dientes, dispuestos a ser banqueros de cualquiera que les trajera dinero en efectivo, aún no pertenecían a la UN. Aunque esto, dado el poder que tenía hoy la UNOMA, los hacía aún más interesantes para John, le parecían un modelo. Esa capacidad de ser parte del mundo al tiempo que se apartaban de él, de usarlo pero mantenerlo a distancia, de ser pequeños pero eficaces, de estar bien armados pero sin entrar jamás en una guerra... ¿no era eso una manera de definir lo que él deseaba de Marte? Le pareció que ahí había algunas lecciones que aprender, en beneficio de cualquier hipotético estado marciano.

Pasaba una buena parte del día sólo pensando en ese estado hipotético; era una especie de obsesión y le molestaba no pensar más que vaguedades. Pensó detenidamente en Suiza y en estudiar la cuestión paso a paso:

—Pauline, recupera por favor el artículo de enciclopedia sobre el gobierno suizo.

El rover fue pasando radiofaro tras radiofaro mientras leía el artículo en la pantalla. Le decepcionó descubrir que no había nada obviamente específico en el sistema de gobierno suizo. El poder ejecutivo residía en un consejo de siete, elegido por la asamblea. No había un presidente carismático, lo que a una parte de Boone no le hizo mucha gracia. Aparte de elegir al consejo federal, la asamblea no parecía hacer gran cosa; estaba atrapado entre el poder del consejo ejecutivo y el poder del pueblo, que se ejercitaba en referendums e iniciativas directas, una idea que, de todos los sitios posibles, habían sacado de la California del S XIX. Y luego estaba el sistema federal; se suponía que los cantones, en toda su diversidad, eran muy independientes, lo que también debilitaba a la asamblea. Pero el poder cantonal se había estado desgastando durante generaciones, mientras el gobierno federal se reforzaba. ¿Cuál era el resultado?

—Pauline, por favor recupera mi archivo de la constitución. — Añadió unas pocas líneas al archivo que había abierto hacia poco: *Consejo federal, iniciativas directas, asamblea débil, intendencia local, en particular en cuestiones culturales.* En cualquier caso, tendría que volver a pensarlo. Más datos que añadir a todo un hervidero de ideas.

Siguió conduciendo. Recordó la calma de los constructores de caminos, una extraña mezcla de misticismo e ingeniería. La cálida hospitalidad, algo que Boone no solía dar por sentado, no era frecuente. En los asentamientos árabes e israelíes, por ejemplo, lo recibía con mucha frialdad, quizá porque se lo tenía por ateo, quizá porque Frank había estado contando historias. Lo había sorprendido descubrir una caravana árabe cuyos miembros creían que Boone había prohibido la construcción de una mezquita en Fobos, y se limitaron a mirarlo fijamente cuando dijo que nunca había oído hablar de ese proyecto. Tenía le certeza de que era obra de Frank; por Janet y otros se había enterado de que Frank se dedicaba a denigrarlo. Sí, había grupos que lo recibían con frialdad: los árabes, los israelíes, los equipos del

reactor, algunos de los ejecutivos de las transnacionales... grupos con bien definidos y provincianos programas propios, gente que se oponía a una perspectiva más amplia. Por desgracia, eran muchos.

Salió de su ensoñación y miró alrededor, y lo sorprendió descubrir que el centro de Alelas era idéntico a algún lugar de las llanuras del norte. En ese punto el gran cañón tenía 200 kilómetros de ancho, y la curvatura del planeta era tan pronunciada que las paredes norte y sur del cañón, sus tres kilómetros verticales, se perdían por completo bajo los horizontes. Pero a la mañana siguiente el horizonte norte se duplicó y luego se dividió en el sucio del cañón y la gran pared norte, cortada en dos por la quebrada de un cañón que iba de norte *a* sur y conectaba Alelas y Candor. Entró en la ancha abertura y unas paredes gigantescas lo flanquearon a ambos lados, bloques fracturados por infinidad de barrancos y crestas. Al pie de las paredes yacían los restos de antiguos desprendimientos o las agrietadas terrazas de unas playas fósiles.

En ese desfiladero el camino suizo era una línea de radiofaros verdes, que serpenteaba entre mesas y cauces, de modo que daba la impresión de que el Valle de la Muerte había sido recolocado en el fondo de un cañón dos veces más profundo y cinco veces más ancho que el Gran Cañón. El panorama era demasiado asombroso para que John fuera capaz de concentrarse en algo más, y por primera vez en todo el viaje condujo el día entero con Pauline desconectada.

Al norte del desfiladero transversal entró en la enorme depresión de Candor Chasma, y fue como sí se encontrase ante una réplica gigantesca del Desierto Pintado, con grandes estratos de sedimentos por doquier, franjas de sedimentos color púrpura y amarillo, dunas anaranjadas, bloques erráticos rojos, arenas rosadas, barrancos índigos: en verdad un paisaje fantástico, extravagante, engañoso, pues la profusión de colores hacía difícil saber qué eran esas formas, y qué tamaño tenían y a qué distancia se encontraban. Gigantescos altiplanos que parecían bloquear el camino no eran más que estratos que se curvaban en un acantilado lejano; rocas pequeñas junto a los radiofaros eran mesas enormes a medio día de marcha de distancia. Y a la luz del crepúsculo brillaban todos los colores, todo el espectro marciano centelleaba como si el color brotase de las rocas mismas, desde el amarillo pálido hasta el púrpura amoratado. ¡Candor Chasma! Algún día tendría que volver y explorarlo a fondo.

El día después, subió por la pendiente del camino norte de Ophir,

que el equipo suizo había terminado el año anterior. Arriba y arriba y arriba, y luego, sin ver jamás el borde de un cráter, se encontró fuera de los cañones, marchando más allá de los agujeros abovedados de Ganges Caleña, y después por la vieja y conocida llanura. La ruta se alargaba sobre el estrecho horizonte más allá de Chernobil y la Colina Subterránea; luego durante otro día viajó hacia el oeste hasta el Mirador de Echus, el nuevo cuartel general de terraformación de Sax. El viaje le había llevado una semana, y había recorrido 2.500 kilómetros.

Sax Russell había regresado de Acheron. Ahora era una autoridad indiscutible, ya que había sido nombrado por la UNOMA una década atrás jefe científico del esfuerzo de terraformación. Y, por supuesto, esa década de poder lo había afectado. Había pedido ayuda a las transnacionales y a la UN. para construir toda una ciudad para el equipo de terraformación, y había ubicado esta ciudad a unos quinientos kilómetros al oeste de la Colina Subterránea, al borde de los riscos orientales de Echus Chasma. Echus era uno de los cañones más estrechos y profundos del planeta, y la pared oriental era aún más alta que la de Metas sur; la sección que habían elegido para construir la ciudad era un acantilado vertical de basalto de cuatro mil metros de altura.

En la cumbre del acantilado había muy pocas señales de la nueva ciudad; la tierra detrás del borde estaba casi intacta, sólo algún nido de cemento aquí y allá, y

al norte el penacho de humo de una central Rickover. Pero cuando John dejó el vehículo y entró en una casamata y se metió en uno de los grandes ascensores, la extensión de la ciudad empezó a hacerse evidente; los ascensores bajaban cincuenta plantas. Y cuando descendió, salió y encontró otros ascensores, que lo llevarían aun más abajo, hasta el suelo mismo de Echus Chasma. Suponiendo que cada planta tuviera diez metros, eso significaba que en el acantilado había espacio para cuatrocientas. En realidad mucho de ese espacio aún no se había utilizado, y la mayoría de los cuartos se agrupaban en las veinte plantas más altas. Las oficinas de Sax, por ejemplo, estaban cerca de la cima.

La sala de reuniones era una cámara grande y abierta, con una ventana que iba desde el suelo hasta el techo en la pared occidental Cuando John entró en la sala en busca de Sax, aún era media mañana y la ventana era casi transparente; abajo, lejos, muy lejos, se extendía el suelo de la sima, todavía medio en sombras, y allí fuera, bajo la luz del sol, se erguía la pared occidental mucho más baja de Echus, y detrás la gran pendiente de la Protuberancia de Tharsis, que se elevaba más y más alta hacia el sur. A media distancia asomaba la loma de Tharsis Tholus y a la izquierda, por encima del horizonte, se extendía el cono purpúreo y chato del Monte Ascraeus, el más septentrional de los grandes volcanes.

Pero Sax no se encontraba en la sala de reuniones, y sabía que jamás se acercaba a esa ventana. Estaba en la habitación contigua, un laboratorio, más rata de laboratorio que nunca, con los hombros encorvados, las patillas crispadas, mirando el suelo alrededor, hablando con una voz que sonaba como la de una IA. Guió a John por toda una serie de laboratorios, inclinándose para escudriñar las pantallas o los gráficos que iban saliendo, hablando con John por encima del hombro, distraídamente. Los cuartos por los que pasaron estaban atestados de computadoras, impresoras, pantallas, libros, rollos y pilas de papel, discos, especificaciones de masas y códigos, incubadoras, campanas de vapor, largas mesas de laboratorio repletas de aparatos largos, bibliotecas enteras; y en la precaria superficie había macetas con plantas, la mayoría bultos irreconocibles, plantas carnosas con caparazón y cosas parecidas, de modo que a primera vista parecía que un moho virulento había brotado y lo había cubierto todo.

—Tus laboratorios se están volviendo desordenados —le dijo John.

—El planeta es el laboratorio —replicó Sax.

John rió, apartó un cactus surártico de color amarillo brillante, y se sentó. Se decía que Sax ya no dejaba nunca esas cámaras.

—¿Qué estás cociendo hoy?

—Atmósferas.

Desde luego. Un problema difícil. Todo el calor que estaban liberando o aplicándole al planeta había espesado la atmósfera. Pero en cambio todas las estrategias de fijación del CO_2, la estaban diluyendo; y a medida que la composición química iba variando lentamente hacía algo menos venenoso, la atmósfera perdía calor y el proceso se volvía más lento. La reacción negativa respondía a la reacción positiva, por todas partes. Hacer malabarismos con todos esos factores e introducirlos en un programa de extrapolación eficaz era algo que nadie había conseguido hasta entonces, al menos de acuerdo con los criterios de Sax, de manera que había recurrido a la solución de costumbre: intentarlo él mismo.

Recorrió los estrechos pasillos entre el equipo, apartando las sillas.

—Lo que pasa es que hay demasiado dióxido de carbono. En los viejos días los modeladores lo barrían debajo de la alfombra. Me parece que los robots tendrían que alimentar factorías Sabatier en el casquete polar sur. Lo que procesemos no se sublimará, y así podríamos liberar el oxígeno y fabricar ladrillos de carbono. Habrá bloques de carbono de sobra. Pirámides negras que acompañen a las blancas.

—Precioso.

—Mmm.

Las Cray y las dos nuevas Schiller zumbaban detrás de él, proporcionando a su monótona exposición un fondo de bajo. Esas computadoras pasaban todo el tiempo elaborando conjuntos de condiciones, uno tras otro, dijo Sax; pero los resultados, nunca los mismos, rara vez eran promisorios. El aire seguiría siendo frío y venenoso durante mucho tiempo.

Sax bajó por el pasillo, y John lo siguió hacia lo que parecía otro laboratorio, aunque había una cama y una refrigeradora en un rincón. Los libros se amontonaban en desorden y cubiertos de macetas con plantas, extraña vegetación del pleistoceno que parecía tan mortífera como el aire exterior. John se sentó en la única silla vacía. Sax se levantó y se agachó para mirar unas plantas mientras John le hablaba del encuentro con Ann.

—¿Piensas que está involucrada? —preguntó Sax.

—Pienso que quizá sepa quién está detrás. Mencionó a alguien llamado el Coyote.

—Ah, sí. —Sax miró brevemente a John... le miró los pies, para ser precisos.— Nos está desviando a un personaje legendario. ¿Sabes?, se supone que estuvo en el *Ares* con nosotros. Hiroko lo escondió.

John estaba tan sorprendido que tardó en entender lo que había dicho Sax. Y entonces lo recordó. Una noche Maya le había contado que había visto una cara, la cara de un extraño. El viaje a Marte había sido duro para Maya, y él había descartado la historia. Pero ahora... Sax iba de un lado a otro encendiendo luces, escudriñando pantallas, musitando cosas sobre medidas de seguridad. Abrió brevemente la puerta de la refrigeradora y John vislumbró más plantas erizadas; o conservaba allí los experimentos, o bien su comida padecía una virulenta erupción de moho.

—Puedes comprender por qué atacaron sobre todo los agujeros entre la corteza y el manto —dijo John—. Son sin duda el proyecto más accesible.

Sax ladeó la cabeza.

—¿Lo son?

—Piénsalo un rato. Tus pequeños molinos de viento están por todas partes, no hay nada que hacer.

—Hemos sabido que están eliminándolos.

—¿Cuántos... una docena? ¿Y cuántos hay ahí afuera... cien mil? Son chatarra, Sax. Basura. Tu peor idea.

Y en verdad casi fatal para las cubetas de algas que Sax había ocultado en algunos. Todas esas algas habían muerto al parecer... pero de no haber sido así, y si hubieran podido probar que era Sax quien las había diseminado, habría perdido el puesto. Otra indicación más de que la lógica de Sax era pura fachada.

En ese momento fruncía la nariz.

—Añaden un teravatio al año.

—Y destrozar unos pocos no cambiará eso. En cuanto a las otras operaciones físicas, no es posible eliminar las algas negras que han invadido el casquete polar boreal. Los espejos del amanecer y del crepúsculo están en órbita, y no es fácil derribarlos.

—Alguien lo consiguió con Pitágoras.

—Cierto, pero sabemos quién fue y hay un equipo de seguridad que la tiene

vigilada.

—Quizá ella se mantenga apartada un tiempo. Quizá puedan permitirse prescindir de una persona por cada acto de sabotaje, no me sorprendería.

—Sí, pero unos pocos cambios en el control del personal haría imposible que trajeran a bordo herramientas de contrabando.

—Podrían usar las que ya tienen. —Sax sacudió la cabeza.— Los espejos son vulnerables.

—De acuerdo. En cualquier caso, más que algunos proyectos.

—Esos espejos añaden treinta calorías por centímetro cuadrado —

dijo Sax—. Y cada vez más.

Ahora casi todas las naves de carga de la Tierra navegaban con paneles solares, y cuando llegaban al sistema marciano se conectaban al gran grupo de las que habían arribado antes, estacionadas todas en órbita areosincrónica, programadas para que giraran reflejando la luz sobre los terminadores, y añadieran un poco de energía a las horas del amanecer y el atardecer. Toda la operación había sido coordinada por la oficina de Sax.

—Aumentaremos la seguridad en los equipos de mantenimiento —

dijo John.

—Bien. Mayor seguridad en los espejos y en los agujeros entre la corteza y el manto.

—Sí. Pero eso no es todo. Sax arrugó la nariz.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, el problema es que no sólo los proyectos de terraformación son blancos potenciales. Quiero decir que los reactores nucleares proporcionan un montón de energía y están bombeando calor como hornos que son. Si destruyeran uno solo, provocarían lluvias radiactivas de todo tipo, más políticas incluso que físicas. —Las arrugas verticales entre los ojos de Sax le llegaron casi hasta la línea de nacimiento del pelo. John mostró las palmas de las manos.— No es mi culpa. Así son las cosas,

—IA, toma nota —dijo Sax—. Inspeccionar la seguridad de los reactores.

—Nota tomada —dijo una de las Schiller, con una voz que parecía la de Sax.

—Y eso no es lo peor —añadió John. La expresión de Sax se crispó y miró con furia al suelo—. Los laboratorios de bioingeniería. —La boca de Sax se convirtió en una línea delgada.— Se están creando organismos nuevos cada día —continuó John—, y podría aparecer algo que matara todo en el planeta.

Sax parpadeó.

—Esperemos que nadie de ese grupo piense como tú.

—Sólo estoy intentando pensar como ellos.

—IA, toma nota. Seguridad del biolaboratorio.

—Por supuesto, Vlad y Úrsula y su grupo han introducido genes suicidas en todo lo que han creado —dijo John—. Pero sólo para frenar el exceso de éxito o las mutaciones accidentales. Si alguien consiguiera burlarlos y fraguara algo que se alimentara con el exceso de éxito, tendríamos problemas.

—Me doy cuenta.

—Bien. Los laboratorios, los reactores, los agujeros de transición, los espejos. Podría ser peor.

Sax alzó la vista al techo, impaciente.

—Me alegra que pienses así. Hablaré con Helmut. En cualquier caso, tengo que verlo pronto. Parece que van a aprobar el ascensor de Phyllis en la próxima sesión de la UNOMA. Eso recortará los costes de la terraformación.

—Lo hará con el tiempo, pero la inversión inicial tiene que ser enorme.

Sax se encogió de hombros.

—Arrastra un asteroide Amor a órbita, instala una factoría robot,

deja que se ponga a trabajar. No es tan caro como podría pensarse. John también miró al techo.

—Sax, pero ¿quién lo paga?

Sax ladeó la cabeza y parpadeó.

—El sol.

John se levantó: de pronto tenía hambre.

—Entonces el sol es el que manda. Recuérdalo.

Mangalavid emitía seis horas de vídeo aficionado local cada noche, un extraño paquete que John veía siempre que podía. De modo que después de prepararse en la cocina una gran ensalada verde, se encaminó a la sala del ventanal en la planta de los dormitorios y vio el programa mientras cenaba, mirando de vez en cuando la roja puesta de sol sobre Ascraeus. Los primeros diez minutos de la emisión de aquella noche habían sido grabar la ingeniera de una planta de procesamiento de basura en Chasma Borealis. Su voz en off era entusiasta pero cansadora:

«Lo bueno es que podemos contaminar todo lo que queramos con ciertos materiales, oxígeno, ozono, nitrógeno, argón, vapor... lo que implica un margen del que no disponíamos allá en casa. Trituramos lo que nos dan hasta que podemos soltarlo». Allá en casa, se dijo John. Una recién llegada. Después de la ingeniera hubo un intento de combate de karate, hilarante y hermoso al mismo tiempo; y luego veinte minutos de unos rusos representando *Hamlet* enfundados en trajes presurizados en el fondo del agujero de Tyrrhena Patera; la producción le pareció a John delirante hasta que Hamlet ve a Claudio arrodillado, momento en que la cámara se volvió hacia arriba y mostró el agujero como las paredes de una catedral; se elevaban por encima de Claudio hacia un rayo de luz del sol infinitamente distante, como el perdón que jamás recibiría.

John apagó el televisor, tomó el ascensor y bajó hasta el dormitorio. Se metió en cama y se relajó. Karate como ballet. Los recién llegados seguían siendo ingenieros, trabajadores de la construcción, científicos de todas las disciplinas. Pero no parecían tan dedicados a un solo objetivo como los primeros cien, y probablemente eso era bueno. Gente resuelta y amplia de miras, práctica, empírica, racional; uno podía esperar que el proceso de selección en la Tierra dejara de lado a los fanáticos y enviara gente con sensibilidad de suizo viajero, práctica pero abierta a nuevas posibilidades, capaz de nuevas lealtades y creencias. O eso esperaba. Ya sabía que esto era bastante ingenuo. Sólo había que mirar a los primeros cien para darse cuenta de que los científicos podían ser tan fanáticos como cualquiera, quizá todavía más; tal vez habían tenido una educación de miras estrechas. La desaparición del equipo de Hiroko... Ahí afuera, en alguna parte del yermo rocoso, bastardos afortunados... Se quedó dormido.

Trabajó en el Mirador de Echus unos días más y luego recibió una llamada de Helmut Bronski desde Burroughs, que quería hablarle de los recién llegados. John decidió tomar el tren a Burroughs y ver a Helmut.

La noche anterior había visitado a Sax en el laboratorio. Cuando entraba, Sax dijo con su voz monótona:

—Hemos encontrado un asteroide Amor compuesto en un noventa por ciento de hielo: la órbita lo acercará a Marte dentro de tres años. Justo lo que estaba buscando. —El plan era colocar un conductor de masa robotizado en un asteroide de hielo y empujarlo a una órbita de aerofrenado alrededor de Marte, consumiéndolo de ese modo en la atmósfera. Esto satisfaría los protocolos de la UNOMA, que prohibían el tipo de destrucción en masa de un impacto directo, y sin embargo añadiría a la atmósfera grandes cantidades de agua, hidrógeno y oxígeno, exactamente los gases que más necesitaban.— Eso podría elevar la presión atmosférica en unos cincuenta milibares.

—¡Bromeas! —La media anterior a la llegada había sido, decían, de entre siete y diez milibares (la media de la Tierra al nivel del mar es de 1.013), y hasta ahora sólo habían elevado la media a unos cincuenta milibares.— ¿Una bola de hielo va a duplicar la presión atmosférica?

—Eso es lo que indican las simulaciones. Por supuesto, con un nivel inicial tan bajo, duplicarla no es tan impresionante.

—Sin embargo, parece estupendo, Sax. Y será muy difícil sabotearlo. Pero Sax no quería que le recordaran eso. Frunció levemente el ceño y se escurrió fuera.

John se rió de los miedos de Sax y fue hacia la salida. De pronto se detuvo pensativo y miró pasillo arriba y abajo. Vacío. Y no había monitores de vídeo en las oficinas de Sax. Volvió a entrar, riéndose de sus propios pasos furtivos, y observó el caos de papel que había sobre el escritorio de Sax. ¿Por dónde empezar? Podía suponerse que la IA fuera la depositaria de cualquier cosa interesante, pero era probable que sólo respondiese a la voz de Sax y seguro que registraría cualquier otra petición. Abrió sigilosamente un cajón del escritorio. Vacío. Todos los cajones estaban vacíos; casi se rió en voz alta, pero se contuvo. Había una pila de correspondencia en un banco de laboratorio y la examinó. La mayoría eran notas de los biólogos de Acheron. Debajo de la pila había una única hoja sin firma, sin remitente o código de origen. La impresora de Sax la había escupido sin ninguna identificación que John pudiera ver. El mensaje era breve:

1. Utilizamos genes suicidas para controlar la proliferación.

2. Hay tantas fuentes de calor ahora en la superficie que no creemos que nadie pueda distinguir nuestros escapes de gas del resto.

3. Sencillamente acordamos que queríamos librarnos de los demás y trabajar por nuestra cuenta, sin interferencias. Estoy segura de que ahora lo comprendes.

Después de un minuto con la vista clavada en la hoja, John alzó bruscamente la cabeza y miró alrededor. Todavía estaba solo. Observó de nuevo la nota, la dejó donde la había encontrado y en silencio salió de las oficinas de Sax, de vuelta a las habitaciones de los huéspedes.

—Sax —dijo con admiración—, ¡tramposo congreso de ratas!

El tren a Burroughs, treinta vagones estrechos de carga y dos de pasajeros en la parte delantera, circulaba sobre una pista magnética superconductora tan veloz y suavemente que era difícil creer en la realidad del paisaje; después de los interminables y laboriosos viajes de John en rover por la superficie, era casi

aterrador. No podían hacer otra cosa que inundar los centros de placer del viejo cerebro con omegendorfos y relajarse y disfrutarlo, contemplando en el exterior lo que parecía ser una especie de vuelo supersónico sobre las evoluciones del terreno.

La pista corría casi paralela a los diez grados de latitud norte; el plan era que, con el tiempo, circundara el planeta, pero hasta ahora sólo habían terminado el cuadrante entre Echus y Burroughs. Burroughs se había convertido en la ciudad más grande del hemisferio; el asentamiento original lo había construido un consorcio radicado en Norteamérica que utilizó un diseño de la Comunidad Europea ideado en Francia, y estaba enclavado en el extremo superior de Isidis Planitia, que de hecho era una enorme depresión donde las llanuras del norte abrían una muesca profunda en las tierras altas del sur. Las paredes y la cabeza de la depresión contrarrestaban la curvatura del planeta de tal modo que el paisaje alrededor de la ciudad tenía algo de terrario, y mientras el tren surcaba la gran depresión, Boone pudo ver el horizonte, a través de llanuras oscuras salpicadas de mesas, a unos sesenta kilómetros de distancia.

Los edificios de Burroughs eran casi todos moradas en los riscos, abiertos en las paredes de cinco mesas bajas, agrupadas en una elevación en el recodo de un antiguo canal curvo. Grandes secciones de las paredes verticales habían sido cubiertas con rectángulos de cristal, como si hubieran empotrado en las colinas rascacielos postmodernos tumbados de costado. Era una visión sorprendente, y mucho más impresionante que la Colina Subterránea o incluso el Mirador de Echus. No, las mesas de paredes de cristal de Burroughs, elevándose sobre un canal que parecía suplicar agua, con vistas a las lejanas colinas... estos rasgos combinados daban a la nueva ciudad la creciente fama de ser la más hermosa de Marte.

La estación de tren occidental se encontraba en el interior de una de las mesas excavadas, una sala de paredes de cristal de sesenta metros de altura. John entró y se abrió paso entre la multitud, con la cabeza echada hacia atrás como un palurdo en Manhattan. El personal de los trenes iba vestido con monos azules, los equipos de prospección con trajes verdes, los burócratas de la UNOMA con trajes clásicos, los trabajadores de la construcción con monos de faena de colores irisados, como ropa deportiva. El cuartel general de la UNOMA se había establecido en Burroughs tres años atrás, provocando la aparición de muchos nuevos edificios; no era fácil distinguir si en la estación había más burócratas de la UNOMA o trabajadores de la construcción.

En el extremo más alejado de la gran sala, John localizó el morro de un tren subterráneo, y subió a un pequeño convoy que llevaba al cuartel general de la UNOMA. En el vagón estrechó las manos de unos pocos que lo reconocieron y se le acercaron, sintiéndose raro otra vez, como en aquellos años de vitrina. Estaba de nuevo entre extraños. En una ciudad. Aquella noche cenó con Helmut Bronski. Se habían visto otras veces, y John estaba impresionado: un millonario alemán que se había metido en política; alto, rollizo, rubio y de cara rubicunda, acicalado de manera impecable, vestido con un caro traje gris. Era ministro de Finanzas de la CE cuando ocupó el cargo en la UNOMA. En ese momento le contaba a John las últimas noticias, en un inglés británico muy educado, comiendo con rapidez rosbif y patatas entre andanadas de frases, sosteniendo los cubiertos con el concienzudo estilo alemán.

—Vamos a adjudicarle un contrato de prospección en Elysium al consorcio transnacional Armscor. Traerán su propio equipo.

—Pero Helmut —le dijo John—, ¿eso no violará el tratado de Marte? Helmut hizo un amplio ademán con la mano que sostenía el tenedor;

ellos eran hombres de mundo, parecía decir, entendían ese tipo de cosas.

—El tratado está anticuado, resulta obvio para cualquiera que deba tenerlo en cuenta. Pero su revisión está programada para dentro de diez años. Mientras tanto,

tenemos que tratar de anticipar ciertos aspectos de esa revisión. Ése es el motivo por el que ahora otorgamos concesiones. No hay motivo racional para el retraso, y si lo intentáramos habría problemas en la Asamblea General.

—¡Pero a la Asamblea General no le entusiasmará que hayas adjudicado la primera concesión a un sudafricano fabricante de armas! Helmut se encogió de hombros.

—Armscor tiene muy poca relación con sus orígenes. Sólo es un nombre. Cuando Sudáfrica se convirtió en Azania, la compañía trasladó sus oficinas centrales a Australia, y luego a Singapur. Y ahora, por supuesto, se ha convertido en mucho más que una empresa aeroespacial. Es una verdadera transnacional, uno de los nuevos tigres, con bancos propios, que controla los intereses de unas cincuenta de las viejas quinientas fortunas.

—*¿Cincuenta?* —preguntó John.

—Sí. Y Armscor es una de las transnacionales más pequeñas, y por eso la escogimos. No obstante, aún tiene un poder económico mayor que cualquier país, salvo los veinte más grandes. Verás, a medida que las viejas multinacionales se transforman en transnacionales, acumulan mucho poder e influyen en la Asamblea General. Cuando les otorgamos una concesión, unos veinte o treinta países se benefician, y consiguen su oportunidad en Marte. Y para el resto de los países, eso sirve como precedente. Y así se reduce la presión sobre nosotros.

—Hmm, hmm. —John reflexionó.— Dime, ¿quién negoció este acuerdo?

—Bueno, ya sabes, varios de nosotros.

John apretó los labios y apartó la vista. De pronto comprendió que estaba hablando con un nombre que aunque era un funcionario, se consideraba a sí mismo mucho más importante en el planeta que John Boone. Afable, con la cara bien rasurada (¿y quién le cortaba el pelo?), Bronski se reclinó en el asiento y pidió unas copas para la sobremesa. La ayudante, camarera durante la cena, se apresuró a complacerlo.

—Creo que nunca antes me habían servido en Marte —observó John. Helmut mantuvo su mirada con calma, pero el color rubicundo se le había acentuado. John casi sonrió. El comisionado de la UNOMA quería parecer amenazador, representante de poderes tan sofisticados que la pequeña mentalidad de estación meteorológica de John nunca podría comprender. Pero John había descubierto en el pasado que unos pocos minutos en el papel de Primer Hombre en Marte bastaban por lo habitual para aplastar ese tipo de actitud; así que rió y bebió y contó historias y aludió a secretos de los que sólo los primeros cien tenían conocimiento; y le dejó claro a la ayudante-camarera que quien estaba al mando en la mesa era él —comportándose en general de un modo despreocupado, astuto, arrogante—, y cuando hubieron acabado con el sorbete y el brandy, ya el mismo Bronski se mostraba estentóreo y fanfarrón,

evidentemente nervioso y a la defensiva. Funcionarios. John tuvo que reírse.

Pero se preguntaba cuál sería en verdad el objetivo último de aquella reunión, que aún no acababa de entender. Quizá Bronski había querido ver en persona cómo las noticias de la nueva concesión afectarían a uno de los primeros cien... ¿tal vez para calibrar la reacción de los demás? Eso sería estúpido, pues para obtener una buena medida sobre los primeros cien haría falta recoger por lo menos la opinión de ochenta de ellos; pero eso no significaba que no fuera verdad. John estaba acostumbrado a ser tomado como un representante, como un símbolo. De nuevo el mascarón de proa. Definitivamente una pérdida de tiempo.

Se preguntó si podría sacar algo de valor de la velada, y mientras caminaban de regreso a la suite de invitados preguntó:

—¿Has oído hablar del Coyote?

—¿Un animal?

John sonrió y dejó el tema. Ya en su cuarto se echó en la cama, con Mangalavid en el televisor, y reflexionó. Mientras se cepillaba los dientes antes de irse a dormir, miró a los ojos a su imagen en el espejo y frunció el ceño. Agitó el cepillo de dientes imitando el ademán efusivo:

—Bueno, zon negozioz —dijo en una injusta parodia del ligero acento de Helmut—. ¡Ya zabe! ¡Zólo negozioz!

A la mañana siguiente disponía de unas pocas horas antes de la primera reunión, y pasó el tiempo con Pauline, examinando lo que pudo encontrar sobre los movimientos de Helmut Bronski en los últimos seis meses. ¿Podía Pauline introducirse en la valija diplomática de la UNOMA?

¿Había estado Helmut alguna vez en Senzeni Na o en cualquiera de los otros emplazamientos saboteados? Mientras Pauline introducía los algoritmos de búsqueda, John tragó un omegendorfo para quitarse la resaca y pensó en lo que habría detrás de esa súbita idea de inspeccionar los registros de Helmut. En aquellos días la UNOMA era la autoridad última en Marte, por lo menos según la letra de la ley. En la práctica, como la noche anterior había dejado claro, era tan inoperante como la UN ante los ejércitos nacionales y el dinero transnacional. A menos que éstos la obedecieran, era impotente; no intentaba oponerse y probablemente jamás lo intentaría, ya que era para ellos un mero instrumento. Entonces, ¿qué querían los gobiernos nacionales y las juntas directivas transnacionales? Si había suficientes sabotajes, ¿traerían más agentes de seguridad? ¿Incrementarían las medidas de control?

La cuestión era desagradable. Al parecer, hasta ahora y como único resultado de la investigación, la lista de sospechosos se había triplicado. Pauline dijo: «Lo siento, John», y la información apareció en pantalla. Había averiguado que la valija diplomática estaba codificada con una clave inviolable. Por otro lado, los movimientos de Helmut no eran un secreto. Había estado en Pitágoras, la estación del espejo que había sido arrancada de su órbita, diez semanas atrás. Y en Senzeni Na dos semanas antes que John. Y, sin embargo, nadie en Senzeni Na había mencionado su visita.

No hacía mucho, había regresado del complejo minero que estaba levantándose en un lugar llamado Punto Bradbury. Dos días después John fue a visitarlo.

Punto Bradbury se alzaba a unos ochocientos kilómetros al norte de Burroughs, en la prolongación más oriental de Nilosyrtis Mensae. Las mensae eran una serie de largas mesas, como islas de las tierras altas del sur que sobresalían en los llanos del norte. Hacía poco se había descubierto que las mesas-islas de Nilosyrtis eran una rica región metalogénica, con depósitos de cobre, plata, zinc, oro, platino y otros metales. Concentraciones minerales de este tipo habían sido descubiertas también en el llamado Gran Acantilado, donde las tierras altas del sur descendían a las tierras bajas del norte. Algunos areólogos llegaban al extremo de llamar provincia metalogénica a toda la región de acantilados que marcaba el planeta como las costuras de una pelota de béisbol. Ése era otro factor extraño que añadir al gran misterio del norte-sur, factor que en la práctica estaba recibiendo una atención desmedida. Científicos que trabajaban para la UNOMA excavaban y al mismo tiempo llevaban a cabo estudios areológicos, y como John averiguó mientras comprobaba los registros de empleo de las nuevas llegadas, éstos incluían las transnacionales: todos buscaban pistas que ayudaran a localizar más depósitos. Pero aun en la Tierra la geología de la formación mineral no se entendía muy bien; la prospección aún dependía en gran medida del azar, y en Marte era todavía más misteriosa. Los recientes hallazgos en el Gran Acantilado habían sido fortuitos en

su mayor parte, pero ahora el sitio estaba convirtiéndose en un verdadero centro de prospección.

El descubrimiento de Punto Bradbury había acelerado esta cacería. Punto Bradbury parecía tan grande como los más extensos complejos terranos, quizá equivalente al complejo estepario de Azania. La fiebre del oro había invadido Nilosyrtis. Y Helmut Bronski visitó el complejo.

Que resultó ser pequeño y utilitario, un mero principio: una Rickover y algunas refinerías junto a una mesa vaciada y rellenada con un habitat. Las minas estaban diseminadas por las tierras bajas entre las mesas. Boone condujo hasta el habitat, acopló el rover al garaje, y luego atravesó agachado las antecámaras. Dentro lo recibió un comité de bienvenida, que lo llevó a una sala de conferencias con ventanales de pared a pared.

Había, dijeron, unas trescientas personas en Bradbury, todas empleadas de la UNOMA y preparadas por la transnacional Shellalco. Cuando hicieron un breve recorrido por el lugar, John descubrió que eran una mezcla de gentes de Sudáfrica, Australia y Norteamérica, todos contentos de estrecharle la mano; más hombres que mujeres, en unas tres cuartas partes, pálidos y limpios, mas parecidos a técnicos de laboratorio que a los ennegrecidos trolls que John había imaginado cuando oyó la palabra *minero.* La Mayoría trabajaba bajo contratos de dos años, le dijeron, y llevaban la cuenta del tiempo que les quedaba, hasta las semanas e incluso los días. Dirigían las minas básicamente por teleoperación, y se sobresaltaron cuando John pidió bajar a una para echar un vistazo.

—Sólo es un agujero —dijo uno de ellos. Boone se quedó mirándolos con aire inocente, y después de un momento de vacilación, se apresuraron a reunir una escolla.

Les llevó dos horas meterse en los trajes y salir por la antecámara. Condujeron hasta el borde de una mina y luego descendieron por una rampa hasta un pozo oval escalonado de unos dos kilómetros de largo. Una vez allí salieron del vehículo y siguieron a John mientras éste se paseaba entre grandes niveladores robóticos, volquetes y excavadoras. Los visores de los cuatro escoltas eran todo ojos: atentos a una posible máquina descontrolada, supuso John. Los miró, extrañado por la reserva que mostraban; y eso le hizo comprender de pronto que Marte podía ser otra versión de un puesto de trabajo duro, una combinación infernal de Siberia, el interior de Arabia Saudita, el Polo Sur en invierno, y *Novy Mir.*

O bien lo consideraban un hombre peligroso para tenerlo cerca. Pensamiento que lo sobresaltó. Sin duda todo el mundo había oído hablar de la caída del volquete; quizá sólo fuera eso. Pero ¿podría haber algo más? ¿Sabría esta gente algo que él desconocía? Después de pensarlo un rato, se dio cuenta de que él mismo estaba pegando los ojos al cristal. Había estado pensando en la caída del camión como en un accidente, o por lo menos como en algo que sólo podía suceder una vez. Pero sus movimientos eran fáciles de seguir, todo el mundo sabía dónde encontrarlo. Y cada vez que uno salía al exterior sólo estaban separados por un traje, como solían decir. Y en el pozo de una mina había mucha maquinaria pesada...

Pero volvieron a entrar sin incidentes. Y aquella noche celebraron la habitual cena y fiesta en su honor, una fiesta donde hubo mucha bebida y omegendorfos y charla ronca y estridente; un grupo de ingenieros jóvenes y duros había descubierto que John en realidad era un tipo divertido. Una reacción bastante corriente entre los recién llegados, en especial los hombres jóvenes. John charló con ellos y pasó un buen rato, y deslizó sus preguntas en la corriente de la conversación de manera imperceptible, pensó. No habían oído hablar del Coyote, lo cual era interesante, ya que en cambio sabían del Gran Hombre y de la colonia oculta. Al parecer el Coyote no tenía categoría mítica; era una especie de asunto interno, conocido, hasta donde John sabía, sólo por algunos de los primeros cien. No obstante, los mineros habían

recibido una visita reciente e inusual; una caravana árabe, que viajaba bordeando Vastitas Borealis, había pasado por allí. Y, dijeron, los árabes afirmaron haber hablado con algunos de «los colonos perdidos», tal como los llamaron.

—Interesante —comentó John.

Le pareció improbable que Hiroko o alguien de su equipo se dejara ver, pero ¿quién podía saberlo? Valía la pena verificarlo; después de todo, no había mucho que pudiera hacer en Punto Bradbury. Ya empezaba a darse cuenta de que un detective no podía ponerse a trabajar antes de que ocurriera un crimen. De modo que pasó un par de días observando las obras de minería, cada vez más perturbado por la escala de la operación y por lo que eran capaces de arrancar las excavadoras.

—¿Qué van a hacer con todo ese metal? —preguntó, después de examinar otro gran pozo a cielo abierto, a veinticinco kilómetros al oeste del habitat—. Transportarlo a la Tierra costará más de lo que vale, ¿no es así?

El jefe de operaciones, un hombre de pelo negro y cara enjuta,

sonrió.

—Lo guardaremos hasta que valga mucho más. O hasta que construyan ese ascensor.

—¿Creen en eso?

—¡Oh, sí, los materiales están ahí! Hebras de grafito reforzadas con espirales de diamante; hasta podrían construir uno en la Tierra. Aquí será fácil.

John sacudió la cabeza. Aquella tarde condujeron durante una hora de regreso al habitat, pasando junto a pozos nuevos y montículos de escoria, hacia el lejano penacho de humo de las refinerías del otro lado de la mesa. Estaba acostumbrado a ver la tierra desgarrada en trabajos de construcción, pero esto... Era sorprendente lo que podían hacer unos pocos cientos de personas. Por supuesto, se trataba de la misma tecnología que le estaba permitiendo a Sax erigir una ciudad vertical de la altura del Mirador de Echus, la misma tecnología que permitía que las ciudades se construyeran tan rápidamente; pero, no obstante, causar semejantes estragos sólo para arrancar metales, destinados a la insaciable demanda de la Tierra...

Al día siguiente le entregó al jefe de operaciones un régimen de seguridad perversamente severo que debía cumplir a rajatabla durante los dos meses siguientes. Luego marchó hacia el norte y el este tras la caravana árabe, siguiendo las huellas erosionadas por el viento.

Resultó que Frank Chalmers viajaba con esa caravana árabe. Pero él no había visto ni oído de ninguna visita de la gente de Hiroko, y ninguno de los árabes admitiría haber contado esa historia en Punto Bradbury. Una pista falsa, entonces. O bien una que Frank ayudaba a los árabes a eliminar; y, de ser así, ¿cómo iba a averiguarlo John? Aunque los árabes habían llegado hacía poco a Marte, ya eran aliados de Frank; vivía con ellos, hablaba su idioma y, ahora, naturalmente, era el constante mediador entre ellos y John. No tenía ninguna posibilidad de investigar por cuenta propia, salvo lo que pudiera averiguar Pauline en los registros, algo que podía hacer tanto lejos de la caravana como en ella.

No obstante, John viajó con ellos mientras erraban por el gran mar de dunas, dedicados a la areología y a las prospecciones. El mismo Frank iba a quedarse poco tiempo allí, el suficiente para hablar con un amigo egipcio; estaba demasiado ocupado. Trabajaba como Secretario de Estados Unidos y esto lo convertía en un trotamundos como John, y con bastante frecuencia sus caminos se cruzaban. Frank había logrado mantener su puesto como jefe del departamento norteamericano a lo largo de tres administraciones, aun cuando se trataba de un

puesto ministerial: una proeza notable, incluso sin tomar en consideración la distancia que lo separaba de Washington. Y ahora estaba estudiando la introducción de inversiones de las transnacionales radicadas en América, una responsabilidad que lo volvía un maníaco con exceso de trabajo e hinchado de poder, lo que John consideraba la versión empresarial de Sax, siempre en movimiento, siempre gesticulando como si dirigiera la música de sus propios discursos, que con el paso de los años había adquirido el estilo superdirecto de la Cámara de Comercio.

—Tengo que presentar una reclamación sobre el Acantilado antes de que las transnac y los alemanes le echen la zarpa a todo, ¡hay mucho trabajo pendiente! — Esto era una constante muletilla, a menudo dicha mientras señalaba a modo de ilustración el pequeño globo marciano que llevaba consigo en el ordenador portátil.— Mira tus agujeros de transición entre la corteza y el manto, los introduje en la base de datos la semana pasada, uno cerca del Polo Norte, tres en los sesenta grados, latitud norte y sur, cuatro a lo largo del ecuador, cuatro punteando el Polo Sur, todos primorosamente situados al oeste de elevaciones volcánicas para aprovechar las corrientes ascendentes; es hermoso. —Hizo girar el globo marciano y los puntos azules que marcaban los agujeros de transición se desdibujaron durante un momento y se transformaron en líneas.— Es estupendo ver que por fin haces algo útil.

—Por fin.

—Mira, aquí tienes la nueva factoría de habitats en Hellas. Están fabricando tantas unidades para el primer asentamiento que les permitirá albergar a unos tres mil emigrantes por ele ese noventa, y dada la nueva flota de transbordadores que hace el viaje de ida y vuelta, con eso apenas basta. —Vio la expresión de John y se apresuró a añadir:— Al final todo es calor, John, de modo que ayuda a la terraformación con algo más que dinero y trabajo, piénsalo.

—Pero ¿te preguntas alguna vez en qué irá a parar todo esto? —

inquirió John.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, a este diluvio de gente y equipo, mientras las cosas se desmoronan en la Tierra.

—Las cosas de la Tierra seguirán desmoronándose, ya podrías ir haciéndote a la idea.

—Sí, pero aquí, ¿quién va a ser dueño de qué? ¿Quién va a mandar?

—Frank sólo hizo una mueca ante la ingenuidad de John, ante la misma naturaleza de la pregunta. Una sola mirada a esa mueca y John pudo leerlo todo: la mezcla de disgusto e impaciencia y diversión. Una parte de John se sintió complacida por ese entendimiento instantáneo; conocía a su viejo amigo mejor que a cualquiera de su propia familia, de modo que la cetrina cara que lo miraba con el ceño fruncido era como la de un hermano, un gemelo, no tenía memoria de un tiempo en que no lo hubiera conocido. Por otro lado, se sentía irritado con Frank por su condescendencia.— Toda la gente se lo está preguntando, Frank. No sólo soy yo, ni Arkadi. No puedes descartarlo con un encogimiento de hombros y actuar como si fuera una pregunta estúpida, como si no hubiera nada que decidir.

—Decide la UN —dijo Frank con brusquedad—. Ellos son diez mil millones y nosotros diez mil. Es decir, un millón contra uno. Si quieres influir en ese tipo de desigualdades, deberías haberte convertido en un comisionado de la UNOMA, como te aconsejé cuando crearon el puesto. Pero tú no me escuchaste. Te lo quitaste de encima. Habrías podido hacer algo, pero ahora, ¿qué eres? El ayudante de Sax a cargo de la publicidad.

—Y del desarrollo y de la seguridad y de los asuntos terranos y de los agujeros

de transición.

—¡Un avestruz! —exclamó Frank—. ¡Con la cabeza en la tierra! Venga,

vamos a comer algo.

John aceptó y fueron a cenar al rover más grande de los árabes, un plato de cordero en salsa y luego yogur natural sazonado con eneldo,

delicioso y exótico. Pero John aún estaba irritado por el desdén de Frank, que nunca cedía. La vieja rivalidad, afilada como siempre; y ningún papel de Primer Hombre en Marte haría mella en la despectiva arrogancia de Frank.

Así pues, cuando se encontró con Maya Toitovna al día siguiente, viajando al oeste de camino a Acheron, John le dio un abrazo más prolongado que de costumbre, y cuando acabaron de cenar, ya se había asegurado de que ella pasaría la noche en el rover: un momento de particular atención, una cierta risa, una cierta mirada, el roce casi accidental mientras estaban juntos de pie tomando unos helados, hablando con los hombres felices de la caravana, que a todas luces la encontraban fascinante... Todo el viejo código de reconciliación y seducción, establecido a lo largo de los años. Y Frank no podía hacer otra cosa que observar, morosamente, conversando en árabe con sus amigos egipcios.

Y esa noche, mientras hacían el amor en la cama del rover, John se incorporó brevemente y contempló el cuerpo blanco de Maya, y pensó: ¡Ahí tienes poder político, Frank, muchacho! Aquel semblante inexpresivo lo había dicho todo, el intenso deseo por Maya todavía presente, todavía ardiendo. A Frank, igual que a casi todos los hombres de la caravana esa noche, le habría encantado estar en el lugar de John; Frank lo había estado sin duda una o dos veces en el pasado; pero no con John rondando por los alrededores. No, esta noche Frank recordaría de qué estaba hecho el verdadero poder.

Distraído por esas maldades, a John le llevó un rato prestar atención a Maya. Habían pasado casi cinco años desde que durmieran juntos, y en el tiempo intermedio él había tenido otras varias parejas, y sabía que ella había vivido una temporada con un ingeniero en Hellas. Resultaba extraño empezar otra vez, ya que se conocían íntimamente y a la vez se desconocían. El rostro oscilante de ella apagándose y encendiéndose debajo a la débil luz, hermana y luego extraña, hermana y luego extraña... Entonces sucedió algo, algo cambió en él, todos los problemas de fuera, todos esos juegos desaparecieron de repente. Había algo en la cara de ella, en la manera en que estaba allí toda entera, el modo en que se le entregaba cuando hacían el amor. No conocía a nadie más que fuera así.

Y entonces la vieja llama se encendió de nuevo, al principio vacilante, como tampoco había estado allí cuando hicieron el amor por primera vez. Pero luego, después de una hora de charla en voz baja, habían empezado a besarse y rodaron abrazados, y de repente la llama ardió y ellos estaban dentro. Tuvo que reconocer que encendida por Maya, como de costumbre. Ella *hizo* que él prestara atención. Para ella el sexo no era (como a menudo para John) algo así como la extensión de un deporte; para ella era una pasión grandiosa, un estado trascendente, tan intenso que siempre lo sorprendía, lo despertaba, lo elevaba al nivel de ella, le recordaba lo que podía ser el sexo. Y era maravilloso que se lo recordaran otra vez, volver a aprenderlo. El omegendorfo no tenía nada que ver; ¿cómo podía haberlo olvidado, por qué seguía alejándose de ella como si ella no fuera, de algún modo, irremplazable? La estrujó en un abrazo y juntos se contorsionaron, se mordieron, jadearon y gimieron; juntos, como tan a menudo había ocurrido antes. Maya empujándolo hasta el abismo junto con ella. El ritual.

E incluso después, sólo hablando, se sintió mucho más cerca de ella. Había provocado la situación sólo para fastidiar a Frank, cierto; había sido muy desconsiderado. Pero ahora, tumbado junto a ella, pudo sentir como la había

echado de menos en los cinco años previos, qué insípida le había parecido la vida. ¡Cuánto la había extrañado! Nuevos sentimientos... siempre lo sorprendían, pues no dejaba de pensar que era demasiado viejo, que en muchos sentidos ya había dejado de cambiar. Y entonces ocurría algo. Y tan a menudo ese algo (recordando los años pasados) era un encuentro con Maya...

Sin embargo, seguía siendo la misma Maya Toitovna: mercurial, ocupada con sus propios pensamientos y planes, ocupada con ella misma. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo John allí en las dunas, y jamás se le ocurriría preguntarlo. Y lo haría pedazos si él la contrariaba por accidente; pudo verlo en la voluptuosa posición de sus hombros, en el modo en que caminó pesadamente hasta el cuarto de baño. Pero eso ya lo sabía, eran noticias viejas, algo aprendido durante los primeros años en la Colina Subterránea, hacía ya mucho tiempo; y ese mero conocimiento resultaba agradable... ¡hasta la irritabilidad de ella era agradable! Como el desprecio de Frank. Bueno, se estaba haciendo viejo y eran una familia. Casi se echó a reír, estuvo a punto de decir algo para provocarla, pero luego lo pensó mejor. ¡Señor, bastaba con saberlo, no hacía falta otra demostración! Y ese pensamiento lo hizo reír, y ella sonrió al oírlo, y volvió a la cama y le dio un empujón en el pecho.

—¡Veo que te ríes de nuevo de mí! ¿Es por mis nalgas gordas?

—Sabes que tienes unas nalgas perfectas.

Lo empujó otra vez, ofendida por lo que consideraba una obvia mentira, y el forcejeo los trajo de vuelta a la realidad de la piel y la sal, al mundo del sexo. En algún momento durante la prolongada sesión él se descubrió pensando: te amo, Maya, de verdad. Fue un pensamiento desconcertante, peligroso. Algo que no se arriesgaría a decir. Pero sintió que era verdadero.

De modo que un par de días después, cuando ella se marchó a visitar al grupo de Acheron y le pidió que se reuniera allí con ella, él se sintió complacido.

—Quizá dentro de un par de meses.

—No, no —dijo ella con aire serio—. Ven antes, te quiero allí conmigo antes. —Y cuando él aceptó, ella sonrió como una niña que guarda un secreto.— No lo lamentarás.

Y dándole un beso se fue, conduciendo hacia Burroughs para tomar el tren al oeste.

Después de eso, hubo menos posibilidades que nunca de sacar algo de los árabes. Había ofendido a Frank y los árabes lo defendieron cerrando filas, lo cual estaba bien. ¿Colonia oculta?, dijeron. ¿Qué era eso?

Suspiró y se rindió, y decidió marcharse. Mientras aprovisionaba el rover la noche anterior (los árabes se mostraron muy protocolarios en cuanto a llenarle la despensa con suministros), pensó en los sabotajes y lo que había averiguado hasta ahora. De momento Sherlock Holmes no corría peligro, eso era cierto. Peor aún: había ahora toda una sociedad en Marte que básicamente era impenetrable para él. Los musulmanes, ¿qué eran en verdad? Aquella tarde, después de acabar las tareas de aprovisionamiento, leyó la pantalla de Pauline y luego se reunió con sus anfitriones y los observó con atención e hizo preguntas durante toda la noche. .. Sabía que las preguntas eran la llave para entrar en el alma de la gente, algo infinitamente más útil que el ingenio; pero en este caso no pareció servir de mucho. ¿El Coyote? Era una especie de perro salvaje,

¿no?

Frustrado, abandonó la caravana a la mañana siguiente y marchó al oeste por el linde sur del mar de dunas. Sería un largo viaje hasta Acheron para reunirse con Maya, 5.000 kilómetros de duna tras duna; pero prefería conducir antes que bajar a Burroughs y tomar el tren. Necesitaba tiempo para pensar. Y en realidad ahora ya

era un hábito conducir por el planeta, o volar en planeador: alejarse, viajar despacio. Llevaba años viajando, recorriendo el hemisferio norte y haciendo largas excursiones al sur, inspeccionando agujeros de transición o ayudando a Sax o a Helmut o a Frank, o investigando cosas para Arkadi, o cortando cintas en la inauguración de una cosa u otra —una ciudad, un pozo de agua, una estación meteorológica, una mina, un agujero de transición—, y siempre hablando, hablando en discursos públicos o en conversaciones privadas, hablando con extraños, con viejos amigos, con nuevos conocidos, hablando casi tan deprisa como Frank, y todo en un intento por incitar a la gente del planeta a descubrir un modo de olvidar la historia, de construir una sociedad que funcionara. A inventar un sistema científico diseñado para Marte, para sus características, armonioso, justo y racional, y todas esas cosas buenas. la señalar el camino hacia un nuevo Marte!

Y, sin embargo, pasaban los años y parecía cada vez menos probable que Marte llegara a ser tal como él lo había imaginado. Un lugar como Punto Bradbury mostraba qué rápido estaban cambiando las cosas, y gente como los árabes confirmaba esa impresión; la situación se le había escapado de las manos, y más aún, nadie la controlaba. No había ningún plan. Rodó hacia el oeste en piloto automático, subiendo y bajando duna tras duna, sin ver nada, inmerso en el intento de entender qué era exactamente la historia. Y tuvo la impresión, mientras continuaba viajando un día tras otro, de que la historia era como esa vastedad fue siempre estaba detrás del estrecho horizonte, invisible excepto en sus efectos. Era lo que ocurría cuando no estabas mirando: una desconocida infinidad de sucesos descontrolados que lo controlaban todo. Al fin y al cabo, ¡él había estado aquí desde el mismo principio! ¡El había *sido el* principio, la primera persona en pisar este mundo, y luego había retornado, contra todo pronóstico, y había ayudado a levantarlo de la nada! Y no obstante, ahora se alejaba de él. Cuando lo pensaba se resistía a creerlo, y a veces lo dominaba una súbita y furiosa frustración; pensar que todo no sólo estaba acelerándose y escapándosele de las manos, sino que además parecía incomprensible... ¡no era justo, tenía que luchar contra eso!

Y, no obstante, ¿cómo? Algún tipo de planificación social... estaba claro que la necesitaban. Ese trabajo afanoso sin ningún plan, y que violaba el tratado de Marte... bueno, sociedades sin planes, ésa era la historia; pero la historia hasta ahora había sido una pesadilla, un enorme compendio de ejemplos que convenía evitar. No. Necesitaban un plan. Tenían aquí la oportunidad para un nuevo comienzo, necesitaban ahora imaginar el futuro. Helmut el funcionario aceitoso, Frank que aceptaba cínicamente el *status quo* y la ruptura del tratado, como si vivieran en una especie de fiebre del oro... Frank estaba equivocado. ¡Equivocado como de costumbre!

Pero deambular de un lado a otro probablemente también era un error. Había estado trabajando sobre la teoría no articulada de que sí recorría el planeta, si visitaba un asentamiento más, si hablaba con una persona más, entonces, de algún modo él *cedería...* y esa comprensión holística emanaría de él hacia el mundo, extendiéndose por los nuevos colonizadores y cambiando las cosas. Ahora sabía que esa teoría era ingenua; en esos días había mucha gente en Marte, no podía esperar conectarse con ellos, convertirse en el articulador de las esperanzas y deseos de todos. Y no sólo eso; los motivos que habían impulsado a los recién llegados se parecían muy poco a los de los primeros cien, eso no era del todo cierto; todavía llegaban científicos y gente como los gitanos suizos constructores de caminos. Pero no los conocía como a los primeros cien. Realmente, ese pequeño grupo le había enseñado muchas cosas, perspectivas e ideas nuevas: eran su familia, confiaba en ellos. Y quería que lo ayudaran, ahora que los necesitaba más que nunca. Quizá eso explicaba la súbita y nueva intensidad de lo que sentía por Maya. Y quizá era eso lo que hacía que estuviera tan enfadado con Hiroko... quería hablar con ella, ¡necesitaba que lo ayudase! Y ella los había abandonado.

Vlad y Úrsula habían vuelto a instalar su complejo biotecnológico en un saliente de la Acheron Fossae, una estrecha protuberancia que parecía la torreta de un enorme submarino. Habían acribillado la parte superior con excavaciones que se extendían de risco a risco; algunas de las habitaciones medían un kilómetro de ancho, y los muros laterales eran de cristal. Las ventanas de la cara sur miraban al Monte Olimpo, a unos seiscientos kilómetros de distancia; las ventanas que daban al norte dominaban las pálidas arenas tostadas de Arcadia Planitia.

John subió por una ancha cornisa hasta la base de la aleta, y se conectó a la puerta de la antecámara del garaje, advirtiendo entretanto que en el suelo del estrecho cañón al sur del asentamiento había montones de lo que parecía ser azúcar morena fundida.

—Se trata de un nuevo tipo de corteza criptogámica —dijo Vlad cuando John le preguntó qué era aquello—. Una simbiosis de cianobacterias y bacterias de la plataforma de Florida. Las bacterias de la plataforma penetran profundamente en el suelo, y convierten los sulfatos que hay en la roca en sulfures, que luego alimentan a una variante de *Microcoleus.* Los estratos superiores crecen en filamentos, que se unen a la arena y a la arcilla en grandes formaciones dendríticas, de modo que son como pequeños silvanos de los bosques con sistemas bacterianos radiculares. Parece que estos sistemas de raíces siguen descendiendo a través del regolito hasta que llegan al lecho rocoso, fundiendo el permafrost a medida que avanzan.

—¿Y han soltado esa cosa? —preguntó John.

—Sí. Necesitamos algo que reviente el permafrost, ¿no es así?

—¿Hay algo que le impida crecer por todo el planeta?

—Bueno, tiene la habitual batería de genes suicidas para el caso de que comience a desalojar al resto de la biomasa, pero si se queda en su agujero...

—Vaya.

—Creemos que no es tan distinto de las primeras formas de vida en los continentes terranos. Sólo hemos potenciado el ritmo de crecimiento y los sistemas de raíces. Lo gracioso es que me parece que al principio va a enfriar la atmósfera, aunque bajo tierra está calentándolo todo. Porque en realidad aumentará el desgaste químico de las rocas y todas esas reacciones absorben CO_2 del aire, de modo que la presión atmosférica va a bajar.

Maya había aparecido y se había unido a ellos, dándole un fuerte abrazo a John, y en ese momento dijo:

—Pero ¿las reacciones no liberarán oxígeno a la misma velocidad que absorben CO_2, manteniendo así la presión del aire? Vlad se encogió de hombros.

—Tal vez. Ya lo veremos. John rió.

—Sax es un pensador a largo plazo. Probablemente se sentirá muy complacido.

—Oh, sí. Él autorizó el procedimiento. Y cuando llegue la primavera volverá aquí a estudiar.

Cenaron en una sala en lo alto del saliente, justo bajo la cresta. Las claraboyas se abrían a un invernadero que había en la misma cima, y las ventanas ocupaban toda la extensión de las paredes del norte y del sur; bosques de bambú cubrían las paredes del este y el oeste. Todos los residentes de Acheron estaban presentes en la comida, siguiendo las costumbres de la Colina Subterránea. En la mesa de John y Maya se discutieron muchos temas, pero una y otra vez volvían a hablar del trabajo actual, de los problemáticos dispositivos de seguridad que habían puesto en todos los GEM. Los genes suicidas dobles en cada GEM eran una práctica que el grupo de Acheron había adoptado por decisión propia, y ahora iba a ser regulada como una

ley de la UN.

—Eso está muy bien para los GEM legales —dijo Vlad—. Pero si algunos idiotas intentan algo por su cuenta y fracasan, podríamos vernos metidos en problemas muy serios.

Después de la cena, Úrsula les dijo a John y Maya:

—Ya que están aquí, tendrían que hacerse un reconocimiento médico. Ya ha pasado un tiempo desde la última vez.

John, quien odiaba los reconocimientos, y a decir verdad la atención médica de cualquier tipo, puso algunos reparos. Pero Úrsula insistió, y él cedió al fin y visitó la clínica un par de días después. Allí lo sometieron a unas pruebas de diagnóstico que le parecieron aún más exhaustivas que de costumbre, la mayoría ejecutadas por aparatos ópticos y computadoras con voces demasiado relajantes, que le decían que se pusiera de este modo y luego del otro. John hacía lo que le ordenaban sin saber para qué. Medicina moderna. Pero después lo hurgaron y pincharon y la misma Úrsula lo palmeó al estilo tradicional. Y cuando terminaron, yació de espaldas cubierto con una sábana blanca, mientras ella permanecía junto a él, mirando lecturas y tarareando con aire ausente.

—Estás en buen estado —le dijo después de pasar varios minutos estudiando los gráficos—. Tienes los habituales problemas relacionados con la gravedad, pero nada que no pueda tratarse.

—Estupendo —dijo John, sintiéndose aliviado. Eso era lo malo de los exámenes médicos; cualquier noticia era una mala noticia, y uno deseaba la ausencia de noticias. Entonces era como una especie de victoria, y más aún si ocurría con cada nuevo examen; no obstante, era un triunfo negativo. ¡Nada le había pasado, estupendo!

—Entonces, ¿quieres el tratamiento? —preguntó Úrsula, dándole la espalda, la voz indiferente.

—¿El tratamiento?

—Es una especie de terapia gerontológica. Un procedimiento experimental. Algo así como una inoculación, pero con un reforzador del ADN. Repara cadenas rotas y restaura la precisión de la división celular.

John suspiró.

—¿Y qué significa eso?

—Bueno, ya sabes. El envejecimiento ordinario se debe principalmente a errores en la división celular. Después de cierto número de generaciones, desde unos cientos hasta decenas de millares, dependiendo del tipo de células, los errores en la reproducción empiezan a aumentar y todo se debilita. El sistema inmunitario es uno de los primeros en debilitarse, y después otros tejidos, y por último algo sale mal, o una enfermedad supera al sistema inmunitario, y así termina todo.

—¿Estás diciendo que puedes frenar esos errores?

—En cualquier caso retardarlos, y arreglar las cadenas que ya están rotas. En realidad, es una mezcla de las dos cosas. Los errores de división son causados por roturas en las cadenas de ADN, de modo que conviene reforzarlas. Leeremos primero tu genoma y luego construiremos una librería genómica de autorreparación, pequeños segmentos que sustituirán a las cadenas rotas...

—¿Autorreparación? Ella suspiró.

—Todos los norteamericanos piensan que es gracioso. Bueno, introducimos esa librería de autorreparación en las células, donde se une al ADN original y ayuda a evitar que se rompa.

Comenzó a dibujar hélices dobles y cuádruples mientras hablaba, pasando de modo inexorable a la jerga biotecnológica, hasta que John casi dejó de entender. La teoría en apariencia tenía sus orígenes en el proyecto del genoma y en el campo de la corrección de anomalías genéticas, con métodos sacados de la terapia contra el cáncer y la técnica de los GEM. El grupo de Acheron las había combinado junto con muchas otras tecnologías, explicó Úrsula. Y como resultado parecía que podían infectarlo con fragmentos de su propio genoma, una infección que le invadiría todas las células, excepto algunas partes de los dientes, la piel, los huesos y el pelo; y luego tendría unas cadenas de ADN casi perfectas, cadenas reparadas y reforzadas que harían más precisas las divisiones subsiguientes.

—¿Cómo de precisas? —preguntó entonces John tratando de comprender.

—Bueno, como si tuvieras diez años.

—Bromeas.

—No, no. Nosotros mismos nos hemos sometido al tratamiento, allá por el diez de este año, y hasta donde podemos ver, funciona.

—¿Dura para siempre?

—Nada dura para siempre, John.

—Entonces, ¿cuánto?

—No lo sabemos. Nosotros somos el experimento, suponemos que lo averiguaremos sobre la marcha. Parece posible que podamos someternos de nuevo a la terapia cuando la proporción de errores vuelva a aumentar. Si eso tiene éxito, podría significar que aún durarás bastante.

—¿Como cuánto? —insistió.

—Bueno, no lo sabemos. Más de lo que vivimos ahora, eso es casi seguro. Quizá mucho más.

John se quedó mirándola fijamente, con la boca abierta. Ella le sonrió, pero, ¿qué esperaba? Era... era...

Trató de seguir el hilo de sus propios pensamientos, que iban de un lado a otro.

—¿Quiénes están al corriente? —preguntó.

—Bueno, se lo hemos propuesto a todos los primeros cien cuando han venido a examinarse. Y todos aquí en Acheron lo han probado. Pero sólo hemos combinado métodos que todo el mundo conoce, de modo que no pasará mucho tiempo antes de que otros intenten también combinarlos. Así que estamos redactando un informe, pero primero vamos a mandarlo a la Organización Mundial de la Salud. Ya sabes,

exposición a la política.

—Umm —musitó John. Noticias de un medicamento para la longevidad en Marte, allá entre los atestados miles de millones. Dios mío...—. ¿Es caro?

—No demasiado. Lo más caro es la lectura del genoma, y requiere tiempo. Pero no es más que un procedimiento, ya sabes, sólo tiempo de computadora. Es muy posible que se pudiera inocular a todo el mundo en la Tierra. Pero el problema demográfico allí ya es crítico. Tendrán que instaurar un control de población bastante drástico, o de lo contrario se volverán todos malthusianos muy pronto. Pensamos que lo mejor era dejar que las autoridades terranas decidieran.

—Pero seguro que la noticia se filtrará.

—¿Tú crees? Tal vez intenten mantenerla en secreto. Quizá sea un secreto justificado, no lo sé.

—Vaya. Pero aquí... ¿simplemente siguieron adelante y lo *hicieron?*

—Lo hicimos. —Se encogió de hombros.— Entonces, ¿qué dices?

¿Quieres el tratamiento?

—Deja que lo piense.

Salió a dar un paseo por la cresta de la aleta, yendo de un lado a otro entre los bambúes y cultivos del invernadero. Cuando caminaba hacia el oeste tenía que protegerse los ojos del resplandor del sol, incluso a través del filtro de cristal; cuando se volvía hacia el este, podía contemplar las quebradas pendientes de lava que subían hasta el Monte Olimpo. Era difícil pensar. Tenía sesenta y seis años, había nacido en 1982, ¿y qué año era ahora en la Tierra, el 2048? M-11, once largos años marcianos de alta radiación. Y había pasado treinta y cinco meses en el espacio, incluyendo tres viajes entre la Tierra y Marte, que aún eran un récord. Sólo en esos viajes había recibido 195 rem, y tenía la presión arterial baja y una mala relación HDL-LDL, y le dolían los hombros cuando nadaba y muchas veces se sentía cansado. Se estaba haciendo viejo. No le quedaban tantos años, por extraño que le pareciera; y tenía mucha fe en el grupo de Acheron; ahora que lo pensaba, estaban en aquel nido de águilas trabajando y comiendo y jugando al fútbol y nadando y viviendo con sonrisitas de concentración absorta, entonando una especie de canturreo. No como niños de diez años, desde luego; pero sí con un aura de felicidad plena y profunda. De salud y de algo más que salud. Se rió en voz alta y entró en Acheron en busca de Ursula. Cuando ella lo vio se echó a reír.

—No era una elección tan difícil, ¿verdad?

—No. —Rió con ella.— Quiero decir, ¿qué puedo perder?

De modo que aceptó. Tenían su genoma en los registros, aunque llevaría unos días sintetizar la serie de cadenas de reparación, unirla a los plásmidos y clonar unos millones más. Úrsula le dijo que regresara al cabo de tres días.

Cuando volvió a las habitaciones de invitados, Maya ya estaba allí, al parecer tan emocionada como él, yendo nerviosamente de la cómoda al baño y del baño a la ventana, tocando cosas y mirando alrededor como si nunca hubiera visto ese cuarto. Vlad se lo había propuesto después del examen médico, tal como hiciera Úrsula con John.

—¡Plaga de inmortalidad! —exclamó Maya, y rió de forma extraña—.

¿Puedes creerlo?

—Plaga de longevidad —corrigió él—. Y no, no puedo. En realidad no.

Calentaron sopa y comieron, aturdidos. Por eso Vlad le había pedido a Maya que viniera a Acheron, por eso había insistido en que John la visitara cuanto antes. De pie junto a Maya, mientras lavaba los platos, observándole las manos temblorosas, más cerca de ella que nunca; era como si cada uno conociera los pensamientos del otro, como si después de todos esos años, ante ese extraño acontecimiento, no necesitaran palabras, sino sólo la presencia del otro. Esa noche, en la cálida oscuridad de la cama, ella susurro con voz ronca: —Será mejor que esta noche lo hagamos dos veces. *Mientras todavía somos nosotros.*

Tres días después, recibieron el tratamiento. John yacía sobre una camilla en un cuarto pequeño y observaba la aguja intravenosa en el dorso de su mano. Era una inyección de goteo, igual que todas las que había recibido antes. Salvo que en esta ocasión sentía un calor extraño que le subía por el brazo, inundándole el pecho, bajándole a borbotones por las piernas. ¿Era real? ¿Se lo imaginaba? Durante un segundo se sintió muy raro, como invadido por su propio espectro.

Luego sólo se sintió muy caliente.

—¿Es normal que esté tan caliente? —le preguntó a Úrsula con ansiedad.

—Al principio es como una fiebre —repuso ella—. Luego te sometemos a un pequeño shock para introducir los plásmidos en tus células. Después tendrás más escalofríos que fiebre, mientras las cadenas nuevas se unen a las viejas. En realidad, la gente suele sentir mucho frío.

Una hora más tarde, la gran bolsa de goteo se había vaciado. John todavía tenía calor y sentía la vejiga llena. Lo dejaron levantarse e ir al baño, y luego, cuando regresó, lo sujetaron con correas a lo que parecía un cruce de sofá y silla eléctrica. Eso no le molestó; el entrenamiento de astronauta lo había habituado a todos los aparatos. El shock duró unos diez segundos y fue como un hormigueo desagradable en todo el cuerpo. Úrsula y los demás lo separaron del aparato; Úrsula, con los ojos brillantes, le dio un beso en la boca. Le advirtió otra vez que en poco tiempo empezaría a sentir frío, y que eso duraría un par de días. No había problema en tomar saunas o hidromasajes; en realidad se lo recomendaban.

De modo que Maya y él se sentaron juntos en un rincón de la sauna, acurrucados en el penetrante calor, contemplando los cuerpos de los otros visitantes, que entraban blancos y salían rosados. A John le pareció una imagen de lo que les estaba ocurriendo a los dos: entrabas con sesenta y cinco años y salías con diez. No podía creerlo. Aún le costaba mucho pensar, sencillamente estaba en blanco, tenía la mente atontada. También le reforzaban las células cerebrales, ¿es que las suyas se le habían atascado de pronto? Siempre había sido un pensador irregular y lento. Era muy probable que esto no fuera más que la torpeza de siempre, que en ese momento le llamaba la atención porque intentaba con tanto esfuerzo entender lo que ocurría, saber qué significaba. ¿Podía ser cierto? ¿De verdad evitarían la muerte durante algunos años, tal vez algunas décadas?...

Dejaron la sauna para ir a comer y después pasearon un rato por el invernadero de la cumbre, mirando las dunas al norte, la caótica lava al sur. El paisaje del norte le recordaba a Maya la primera época en la Colina, el desorden fortuito de piedras de Lunae sustituido por las ventosas dunas de Arcadia, como si la memoria le hubiera limpiado los recuerdos de aquella época, dándoles una forma más definida, tiñendo los deslucidos ocres y rojos con un intenso amarillo limón. La página del pasado. John miró a Maya con curiosidad. Habían transcurrido M-11 años desde aquellos primeros días en el parque de remolques, y durante la mayoría de esos años habían sido amantes, con varias (benditas) interrupciones y separaciones, desde luego, provocadas por las circunstancias, o más comúnmente por una incapacidad mutua. Pero siempre habían empezado de nuevo cuando se había presentado la ocasión, y el resultado era que ahora se conocían casi tan bien como cualquier pareja casada con una historia menos interrumpida; quizá incluso mejor, pues en cualquier pareja estable no era difícil que hubieran dejado de prestarse atención en un momento dado, mientras que ellos dos, con tantas separaciones y reencuentros, peleas y reconciliaciones, habían tenido que volver a conocerse en incontables ocasiones. John le expresó algo de esa idea y lo hablaron... Fue un placer hablar.

—Hemos *tenido* que seguir estando atentos —dijo Maya con vehemencia, asintiendo con un aire de solemne satisfacción, convencida de que el mérito era suyo.

Sí, habían estado atemos, jamás habían caído en la estúpida rutina del hábito. Sin duda, coincidían los dos, sentados en los baños o paseando por la cumbre, esto compensaba el tiempo en que no habían estado juntos. Sí; no cabía duda de que se conocían *mejor* que cualquier vieja pareja casada.

Y así hablaron, tratando de unir el pasado a este extraño y nuevo futuro, con la

esperanza de que esto no fuera un escollo insalvable. Y ya tarde en la noche siguiente, dos días después de la inoculación, sentados desnudos y solos en la sauna, con la carne todavía fría y la piel rosada por el sudor, John miró el cuerpo de Maya allí junto a él, tan real como una roca, y sintió otra vez el ardor que había sentido en el laboratorio. No había comido mucho desde entonces, y los azulejos pardos y amarillos sobre los que estaban sentados habían empezado a palpitar, como si estuvieran iluminados desde dentro; la luz centelleaba en cada gota de agua, como diminutos fragmentos de relámpago diseminados por doquier, y el cuerpo de Maya estaba tendido sobre esos rutilantes azulejos parpadeando ante él como una vela rosada. Esa intensa «hecceidad», la había llamado Sax en una ocasión, cuando John le había preguntado algo acerca de sus creencias religiosas: creo en la hecceidad, había dicho Sax, en *esto,* en el aquí y el ahora, en la individualidad particular de cada momento.

¿Ésa es la razón por la que deseo saber qué es esto? Y ahora, recordando la extraña palabra y la extraña religión de Sax, John por fin entendió a Sax; porque sentía la presencia del momento como una roca en la mano, y sentía que toda su vida había sido vivida sólo para traerlo a ese momento. Los azulejos y el denso aire caliente palpitaban a su alrededor como si estuviera muriendo y renaciendo, y en realidad ése era el caso si Úrsula y Vlad decían la verdad.

Y ahí a su lado, en el proceso de renacer, se encontraba el cuerpo rosado de Maya Toitovna, el cuerpo de Maya, que conocía mejor que el suyo propio. Y no sólo ahora, sino a través del tiempo; podía recordar vividamente la primera vez que la había visto desnuda, flotando hacia él en la cámara burbuja del *Ares,* rodeada por un nimbo de estrellas y el terciopelo negro del espacio. Y los cambios que había habido en ella le parecían a él perfectamente visibles, la sustitución de la imagen recordada por el cuerpo que tenía al lado era una disolución temporal alucinatoria, la carne y la piel transmutándose, desprendiéndose, arrugándose... envejeciendo. Los dos eran más viejos, más decrépitos, más pesados...

Pero en realidad, lo sorprendente era cuánto había permanecido,

cuánto seguían siendo ellos mismos.

Recordó los versos de un poema, el epitafio de la expedición de Scott cerca de la Estación Ross en la Antártida, todos habían trepado a la colina para ver juntos la gran cruz de madera, y allí vieron unos versos tallados: *mucho ha desaparecido, sin embargo mucho permanece...* algo así. No podía recordarlo... mucho *había* desaparecido; después de todo, había ocurrido hacía tanto tiempo...

Pero habían trabajado duramente, y habían comido bien, y tal vez la gravedad de Marte había sido más amable que la de la Tierra, porque Maya Toitovna aún era ciertamente una mujer fuerte y hermosa; el rostro imperial y el húmedo cabello gris todavía lo atraían. No podía dejar de mirarle los pechos, que si ella movía un codo cambiaban de forma, y sin embargo todas las posturas le resultaban familiares... eran los pechos, los brazos, las costillas, los costados de *él.*

Ella era, para bien o para mal, la criatura a la que estaba mas unido, un animal hermoso y rosado y también un avatar, para él, del sexo y de la vida misma en aquel mundo desnudo y rocoso. Si así eran con sesenta y cinco años, y si el tratamiento simplemente los mantenía en ese punto,

aunque no fuera más que durante unos pocos años, o (aún persistía la conmoción) ¿durante décadas? ¿Durante *décadas?* Bueno, era asombroso. Demasiado para comprenderlo, tenía que olvidarlo o perdería la cabeza. Pero, ¿podía ser? ¿De verdad podía ser? El doliente deseo de todos los verdaderos amantes a lo largo de todas las épocas, tener un poco más de tiempo juntos, ser capaces de alargar la existencia y vivir plenamente...

Parecía que Maya tenía sensaciones similares. Estaba de estupendo humor, lo miró a través de unos ojos entornados, con esa sonrisa de ven-aquí que él tan bien

conocía, una rodilla levantada y encogida bajo el brazo, no haciendo ostentación de su sexo sino en una postura sencillamente cómoda, relajándose como sí él no estuviera allí... Sí, no había nada como Maya de buen humor, nadie podía contagiar ese humor de modo tan certero y seguro. Sintió una oleada de ternura, un goteo de emoción, y apoyó una mano en el hombro de ella y se lo apretó. *Eros,* sólo una especia en un banquete, un *ágape,* y de pronto, como de costumbre, las palabras le brotaron como un torrente y dijo cosas que nunca antes le había dicho.

—¡Casémonos! —dijo, y cuando ella se rió él también lo hizo, y añadió—: No, no, hablo en serio, casémonos.

Podían casarse y crecer de verdad, envejecer juntos de verdad, aprovechar esos años de regalo y convertirlos en una aventura compartida, tener hijos, ver cómo los hijos tenían hijos, ver cómo los nietos tenían hijos, ver como los bisnietos tenían hijos, Dios mío, ¿quién sabía cuánto podía durar? Quizá vieran florecer a toda una nación de descendientes, quizá se convirtieran en patriarca y matriarca, ¡en una especie de Adán y Eva marcianos! Y Maya reía, los ojos brillantes, ventanas de un alma que estaba de muy, muy buen humor, mirándolo y empapándose de él; John pudo sentir el tirón de papel secante de la mirada de ella contemplándolo y riéndose encantada de cada una de las nuevas y absurdas frases que él decía, y comentando: —Algo así, sí, algo así—, y luego abrazándolo con fuerza.

—Oh, John —dijo—. Sabes cómo hacerme feliz. Eres el mejor hombre que he tenido jamás.

Lo besó y él descubrió que a pesar del calor de la sauna iba a ser fácil trasladar el énfasis del *ágape* al *eros;* pero ahora los dos eran uno, indistinguibles, una gran corriente de amor unido.

—Entonces, ¿te casarás conmigo y todo lo demás? —preguntó mientras cerraba la puerta de la sauna.

—Algo así —repuso ella, los ojos centelleantes, la cara encendida y una sonrisa arrebatadora.

Cuando esperas vivir otros doscientos años, no te comportas como si esperaras vivir sólo veinte.

Lo descubrieron casi de inmediato. John pasó el invierno allí en Acheron, en el límite del manto de niebla de CO_2, que todavía descendía sobre el Polo Norte en los inviernos, estudiando areobotánica con Marina Tokareva y el equipo de laboratorio. Seguía las instrucciones de Sax y tenía prisa en marcharse. Sax parecía haber olvidado la investigación sobre la identidad de los saboteadores, lo que hizo que John sospechara. En las horas libres aún intentaba descubrirlos a través de Pauline, y se concentraba en las líneas de investigación en las que había trabajado antes de llegar a Acheron, principalmente los registros de viajes y los expedientes de todos aquellos que habían viajado a las zonas de los sabotajes. Era probable que hubiera mucha gente involucrada, y los registros de viaje tal vez no le revelaran mucho. Pero todo el mundo en Marte había sido enviado por una organización, y examinando las organizaciones que tenían gente en los lugares indicados, esperaba encontrar alguna pista. Era bastante engorroso, y tenía que depender de Pauline no sólo para las estadísticas sino también para los consejos.

El resto del tiempo se dedicó a estudiar una rama de la areobotánica cuyos posibles resultados tardarían décadas en verse. ¿Por qué no? Disponía de tiempo. De modo que observó con interés cómo el equipo de Marina diseñaba un nuevo árbol, mientras estudiaba con ellos y trabajaba en el laboratorio lavando los utensilios de cristal y cosas por el estilo. El árbol fue diseñado como la bóveda de un bosque de múltiples estratos, que crecería en las dunas de Vastitas Borealis.

Partían del genoma de la secoya, pero querían árboles todavía más grandes que las secoyas, quizá de unos doscientos metros de alto, con un tronco de unos cincuenta metros de diámetro en la base. La corteza estaría congelada casi todo el tiempo, y las hojas anchas, que parecerían tener la enfermedad de la hoja del tabaco, serían capaces de absorber la dosis corriente de radiación ultravioleta sin perjuicio para los enveses purpúreos. Al principio John pensaba que la talla de los árboles era excesiva, pero Marina señaló que absorberían grandes cantidades de dióxido de carbono, fijando el carbono y transpirando el oxígeno de vuelta al aire. Además, iban a ser todo un espectáculo, o eso suponían; los vástagos actuales de los prototipos que competían en la prueba sólo alcanzaban los diez metros, y transcurrirían veinte años antes de que los mejores alcanzaran la madurez. Y ahora mismo todos los prototipos seguían muriendo en las tinajas de Marte; las condiciones atmosféricas tendrían que cambiar mucho antes de que pudieran sobrevivir. El laboratorio de Marina se estaba adelantando al juego.

Pero eso mismo les sucedía a todos los demás. Parecía ser una consecuencia del tratamiento y tenía sentido. Experimentos más largos. Investigaciones (gimió John) más largas. Pensamientos más largos.

Sin embargo, en muchos aspectos nada había cambiado. John se sentía casi igual que antes, con la excepción de que ya no hacía falta un omegendorfo para que de vez en cuando se sintiera recorrido por una vibración eléctrica, como si acabase de nadar un par de kilómetros o hubiera esquiado toda una tarde, o como si se hubiera tomado una dosis de omegendorfo. Algo que ahora habría sido como echar agua al mar. Porque las cosas resplandecían. Cuando tomó el camino de la cresta, todo el mundo visible resplandecía: los bulldozers silenciosos, una grúa como una horca; podía quedarse mirando cualquier cosa un largo rato. Maya se marchó a Hellas, y no le importó; la relación entre ellos había vuelto a la vieja dinámica de la montaña rusa, un montón de peleas y rabietas provocadas, pero poco importantes; ellos flotaban en el interior del resplandor, sin alterar lo que él sentía por ella, o el modo en que ella, de vez en cuando, lo miraba. La vería dentro de unos meses y hablaría con ella en la pantalla; mientras tanto, ésta era una separación que no lo entristecía.

Fue un buen invierno. Aprendió mucho sobre areobotánica y bioingeniería, y muchas de aquellas noches, después de cenar, se dedicó a preguntar a la gente de Acheron qué pensaba de una posible sociedad marciana y cómo había que gobernarla. Por lo general, en Acheron eso llevaba directamente a cuestiones de ecología y a torcidas consecuencias económicas; estos temas eran mucho más cruciales que la política, o lo que Marina llamaba «el supuesto aparato de toma de decisiones». Marina y Vlad eran especialmente interesantes en este tema, ya que habían desarrollado un sistema de ecuaciones para lo que llamaban «eco-economía», que a John siempre le sonó como «economía del eco». Le gustaba escuchar como explicaban las ecuaciones, y les hacía un montón de preguntas, y aprendía conceptos como capacidad de carga, coexistencia, adaptación recíproca, mecanismos de legitimidad y eficacia ecológica.

—Ésa es la única medida real de nuestra contribución al sistema — decía Vlad—. Si quemaras nuestros cuerpos en un calorímetro de microbomba, descubrirías que tenemos unas seis o siete kilocalorías por gramo de peso, y obviamente absorbemos un montón de calorías para mantener ese nivel. Nuestro rendimiento es más difícil de medir, pues no se trata de una cuestión de depredadores que se alimentan de nosotros, como en las clásicas ecuaciones de eficacia... es más una cuestión de cuántas calorías creamos con nuestro esfuerzo, o qué transmitimos a las futuras generaciones, algo por el estilo. Y, naturalmente, casi todo eso es muy relativo e incluye muchas especulaciones y opiniones subjetivas. Si no sigues adelante y le asignas valores a una cierta cantidad de cosas que no son físicas, entonces los electricistas, los mecánicos, los constructores de reactores y otros trabajadores de infraestructura siempre serán considerados los

miembros más productivos de la sociedad, mientras que de los artistas y de otros grupos se pensará que es gente que no contribuye.

—A mí me parece correcto —bromeó John, pero Vlad y Marina no le hicieron caso.

—De cualquier manera, eso es parte importante de la economía: gente que, arbitrariamente o por una cuestión de gusto, asigna valores numéricos a cosas que no son numéricas. Y luego pretende que no ha inventado los números, cosa que ha hecho. En ese sentido la economía es como la astrología, pero además sirve para justificar la estructura del poder, y por eso cuenta con un montón de apasionados creyentes entre los poderosos.

—Será mejor que nos concentremos en lo que estamos haciendo aquí —intervino Marina—. La ecuación básica es simple, la eficacia es igual a las calorías que expulsas, divididas por las calorías que absorbes, multiplicadas por cien para entenderlo como porcentaje. De acuerdo con la idea clásica de que le pasas las calorías a tu depredador, el diez por ciento era la inedia, y el veinte por ciento significaba que te iba francamente bien. La mayoría de los depredadores en el extremo superior de las cadenas alimentarias se quedaron en un cinco por ciento.

—Ésa es la razón por la que los tigres tienen territorios de cientos de kilómetros cuadrados —dijo Vlad—. Los señores feudales en realidad no son muy eficientes.

—Así que los tigres no tienen depredadores no porque sean tan fuertes, sino porque el esfuerzo no vale la pena —dijo John.

—¡Exacto!

—El problema es el cálculo de los valores —indicó Marina—. Sólo hemos tenido que asignar valores numéricos calóricos a todas las actividades, y luego continuar desde ahí.

—¿No hablábamos de economía? —preguntó John.

—Pero esto es economía, ¿no lo ves? ¡Ésta es nuestra eco-economía! Todo el mundo tendría que ganarse el pan, por decirlo de algún modo, de acuerdo con su contribución a la ecología humana. Cualquiera puede acrecentar su eficacia ecológica sí reduce las kilocalorías que emplea: éste es el viejo argumento del Sur contra el consumo de energía de las naciones industrializadas del Norte. En esa objeción había una base ecológica real, ya que sin importar cuánto produjeran las naciones industrializadas, en la ecuación más amplia no podían ser tan eficientes como las del Sur.

—Eran depredadores del Sur —dijo John.

—Sí, y también se convertirán en nuestros depredadores si lo permitimos. Y como sucede con todos los depredadores, la eficiencia es baja. Pero aquí, verás... en este teórico estado de independencia del que hablas tanto... —sonrió ante la expresión consternada de John— ...lo haces, tienes que reconocer que en última instancia hablas de eso todo el tiempo, John... bueno, debería haber una ley por la que se retribuyera a la gente de acuerdo con su contribución al sistema.

Dmitri, que en ese momento entraba en el laboratorio, exclamó:

—¡De cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad!

—No, eso no es lo mismo —indicó Vlad—. Lo que significa es:

¡Recibes según lo que pagas!

—Pero eso ya es así —dijo John—. ¿En qué se diferencia de la economía de hoy?

Todos se burlaron a la vez, Marina más insistentemente:

—¡Hay infinidad de trabajos fantasma! ¡Valores irreales asignados a la mayoría

de los trabajos! La clase ejecutiva transnacional no hace nada que no pueda hacer un ordenador, y hay categorías enteras de trabajos parasitarios que no aportan nada al sistema según la valoración ecológica. La publicidad, la especulación, todo el aparato para hacer dinero manipulando dinero... no sólo es un despilfarro sino que además corrompe; los valores significativos del dinero se distorsionan con semejante manipulación. —Sacudió una mano en un ademán de hastío.

—Bueno —dijo Vlad—, sabemos que son poco eficientes: depredadores del sistema que no tienen encima ningún depredador. Por tanto, o están en la cúspide de la cadena o son parasitarios, depende de cómo los definas. La publicidad, los especuladores, algunos tipos de manipulación de la ley, algunas políticas...

—¡Pero todo eso son valoraciones subjetivas! —exclamó John—.

¿Cómo has podido asignar valores calóricos a semejante variedad de actividades?

—Bueno, hemos intentado medir lo que devuelven al sistema en términos de bienestar físico. ¿A qué equivale la actividad en términos de comida, agua, vivienda, ropa o asistencia médica, o educación o tiempo de ocio? Lo hemos discutido, y en general todo el mundo en Acheron ha propuesto un número y hemos calculado la media. Aquí lo tengo, deja que te lo muestre...

Y charlaron de eso toda la tarde ante la pantalla del ordenador, y John hizo preguntas y conectó a Pauline para que registrara las pantallas y grabara la charla; repasaron las ecuaciones y observaron el torrente de gráficos, y pararon para tomar un café y luego llevaron el debate hasta la cima, donde recorrieron el invernadero discutiendo con vehemencia sobre el valor humano en kilocalorías de la mano de obra, la ópera, la programación de simulaciones y cosas por el estilo. Una tarde estaban en la cumbre cuando John alzó la vista de la ecuación que aparecía en la pantalla de muñeca y contempló la larga pendiente que subía hasta el Monte Olimpo.

El cielo se había oscurecido. Se le ocurrió que podría tratarse de otro eclipse doble: Fobos estaba tan próximo en el cielo que bloqueaba una tercera parte del sol cuando pasaba delante de él, y Deimos alrededor de una novena parte, y un par de veces al mes cruzaban al mismo tiempo y proyectaban una sombra, como si hubiera caído una tela sobre los ojos de uno, o como si uno hubiera tenido un mal pensamiento.

Pero esto no era un eclipse; el Monte Olimpo estaba oculto a la vista y el alto horizonte austral se alzaba como una borrosa franja de bronce.

—Miren —les dijo a los otros, señalando—. Una tormenta de polvo. No habían tenido una tormenta global de polvo desde hacía más de diez años. John buscó las fotos del satélite meteorológico en el ordenador de muñeca. La tormenta se había iniciado cerca del agujero entre la corteza y el manto de Thaumasia, Senzeni Na. Se puso en contacto con Sax y lo vio parpadear filosóficamente, apenas sorprendido.

—Los vientos en la periferia de la tormenta llegaban a los seiscientos sesenta kilómetros por hora —dijo Sax—. Un nuevo récord planetario. Da la impresión de que ésta va a ser grande. Creí que los suelos criptogámicos habrían reducido las tormentas, o aun que las habían eliminado. Es evidente que en ese modelo había algo erróneo.

—De acuerdo, Sax, es una pena, pero se arreglará. Ahora tengo que irme porque en este momento cae justo encima de nosotros y quiero observarla.

—Que te diviertas —dijo Sax con semblante inexpresivo antes de que John lo desconectase.

Vlad y Úrsula se estaban burlando del modelo de Sax: los gradientes de temperatura entre el suelo bióticamente descongelado y las restantes áreas congeladas serían más pronunciados que nunca, y los vientos entre las dos

regiones también más fuertes, de modo que cuando al fin encontraran arena suelta, se dispararían. Totalmente obvio.

—Ahora que ha ocurrido —dijo John. Se rió y bajó por el invernadero para observar a solas la aproximación de la tormenta. Los científicos podían ser gente maliciosa.

El muro de polvo descendía por las largas pendientes de lava de la aureola septentrional del Monte Olimpo. Ya había reducido a la mitad el suelo visible desde que John lo descubriera, y ahora se acercaba como una gigantesca ola rompiente, como una encrespada ola de leche chocolateada de 10.000 metros de altura. Una filigrana de bronce subía como una espuma por el muro de polvo y al fin se soltaba, dejando grandes gallardetes curvos en el cielo rosado.

—¡Vaya! —gritó John—. ¡Aquí viene! ¡Aquí viene! —De repente, la cima de la aleta de Acheron pareció elevarse a una gran distancia por encima de los largos y estrechos cañones, y otras crestas más bajas se alzaron como lomos de dragones de la lava agrietada: un sitio insensato para enfrentarse a la embestida de semejante tormenta, demasiado alto, demasiado expuesto. John volvió a reírse y se pegó a las ventanas australes del invernadero, sin dejar de mirar abajo, arriba, adelante o en derredor, gritando:— ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Miren cómo viene!

Y entonces, de pronto, el polvo cayó sobre ellos y los ahogó: oscuridad, un chillido agudo y sibilante. El primer impacto contra la cresta de Acheron provocó una tremenda ráfaga de turbulencia, veloces torbellinos ciclónicos que aparecían y desaparecían, horizontales, verticales, oblicuos, escalando las barrancas escarpadas de la cordillera. El chillido sibilante se vio interrumpido por estampidos a medida que las perturbaciones chocaban con la cresta y se colapsaban. Luego, con extraordinaria rapidez, el viento se asentó en una ola, y el polvo ascendió más allá del rostro de John; la boca del estómago le subió como si el invernadero de repente cayera a una velocidad salvaje. Ciertamente eso es lo que parecía, ya que la cima había originado una feroz corriente ascendente. No obstante, vio al retroceder que el polvo fluía en lo alto para después dirigirse hacia el norte. En ese lado del invernadero tendría una visibilidad de varios kilómetros, antes de que el viento embistiera de nuevo contra el suelo y tapara la vista con continuas explosiones de polvo.

Tenía los ojos secos y sentía la boca pastosa. Los granos de la arena medían menos que una micra... ¿era aquello un ligero visillo, cubriendo ya las hojas de bambú? No. Sólo la extraña luz de la tormenta. Pero, con el tiempo, todo estaría cubierto de polvo. Ningún sistema hermético podría mantenerlo fuera.

Vlad y Úrsula no confiaban por completo en la fortaleza del invernadero y animaron a todos a bajar. Mientras lo hacían, John restableció contacto con Sax. La boca de Sax estaba más fruncida que de costumbre. Perderían mucho aislamiento con esta tormenta, dijo impasible. Las temperaturas ecuatoriales de la superficie habían dado una media de dieciocho grados por encima de los dígitos de la línea de referencia, pero las temperaturas cerca de Thaumasia ya habían descendido seis grados, y seguirían bajando mientras la tormenta durara. Y, añadió con lo que a John le pareció una entereza masoquista, que las termales del agujero entre la corteza y el manto llevarían el polvo más arriba que nunca, y era demasiado probable que la tormenta durara mucho tiempo.

—Anímate, Sax —aconsejó John—. Creo que será más corta que nunca. No seas tan pesimista.

Más adelante, cuando la tormenta entró en su segundo año-M, Sax se reiría recordándole a John esa predicción.

Viajar durante la tormenta quedó oficialmente restringido a los trenes y a unos pocos caminos muy transitados que disponían de una doble línea de radiofaros,

pero cuando se hizo obvio que no iba a remitir aquel verano, John ignoró las restricciones y reanudó su peregrinaje. Se aseguró de que el rover estuviera bien aprovisionado, dispuso que lo siguiera un rover de auxilio e hizo que le instalaran un transmisor de radio de mayor potencia. Pensó que con eso y Pauline al volante bastaría para recorrer la mayor parte del hemisferio norte; los muy complejos sistemas de monitorización internos acoplados a las computadoras de control hacían que las averías de los rovers fueran bastante raras. No se tenía noticia de que se hubieran averiado dos rovers al mismo tiempo alguna vez, y nadie había muerto como resultado de una avería. De modo que se despidió del grupo de Acheron y volvió a partir.

Conducir en la tormenta era como conducir de noche, pero más interesante. El polvo ascendía en ráfagas veloces y dejaba pequeños agujeros de visibilidad que mostraban fugaces y débiles fragmentos color sepia del paisaje en movimiento, todo desplazándose hacia el sur. Luego otra vez la embestida de las blancas tempestades de polvo, azotando con violencia las ventanillas. Durante las peores ráfagas el rover se sacudía con fuerza sobre sus amortiguadores y el polvo entraba por todas partes.

Al cuarto día de viaje se volvió hacia el sur y comenzó a subir por la pendiente noroeste de la Protuberancia de Tharsis. De nuevo estaba en el gran acantilado, aunque aquí no era un risco sino sólo una pendiente imperceptible en la oscuridad de la tormenta; la recorrió durante más de un día, hasta que se encontró a bastante altura a un costado de Tharsis, cinco kilómetros más arriba de lo que había estado en Acheron.

Se detuvo en otra mina cerca del cráter *Pt* (llamado Pete), en el extremo superior de las Tantalus Fossae. Aparentemente la Protuberancia de Tharsis había originado el gran diluvio de lava que cubría Alba Patera, y después había agrietado la placa de esa misma lava; éstos eran los cañones Tantalus. Algunos se habían resquebrajado por una intrusión ígnea rica en platino; los mineros la habían bautizado como los Arrecifes Merensky. Esta vez los mineros eran verdaderos azanianos, pero azanianos que se llamaban a sí mismos afrikáners y que entre ellos hablaban afrikaans; hombres blancos que dieron la bienvenida a John con grandes dosis de Dios, *volk y trek*. Habían bautizado los cañones en que trabajaban Estado Libre de Neuw Orange y Neuw Pretoria.

Y al igual que los mineros de Punto Bradbury, trabajaban para Armscor.

—Si —dijo alegremente el jefe de operaciones, con el acento de un neocelandés. Tenía una cara de grandes mandíbulas, nariz de esquiador, una sonrisa amplia y torcida, y unas maneras vehementes.— Hemos encontrado hierro, cobre, plata, manganeso, aluminio, oro, platino, titanio, cromo, lo que usted quiera. Sulfures, óxidos, silicatos, metales nativos, lo que usted quiera. El Gran Acantilado los tiene todos.

La mina estaba funcionando desde hacía más o menos un año-M; había explotaciones a cielo abierto en el fondo del cañón y un habitat semienterrado en la mesa entre dos de los cañones más grandes. El habitat parecía una cascara de huevo transparente, atestada de árboles verdes y techos de tejas anaranjadas.

John pasó varios días con ellos; estuvo muy amable e hizo preguntas. Más de una vez, con la eco-economía del grupo de Acheron en mente, les preguntó cómo iban a mandar a la Tierra esos valiosos pero pesados productos. ¿El coste del traslado no superaría los beneficios potenciales?

—Por supuesto que sí —contestaron, igual que los hombres de Punto Bradbury—. Para que merezca la pena hará falta el ascensor espacial.

El jefe dijo:

—Con el ascensor espacial estaremos en el mercado terrano. Sin él jamás saldremos de Marte.

—Eso no tiene por qué ser malo —dijo John.

Pero no lo entendieron, y cuando intentó explicarlo pusieron caras inexpresivas y asintieron cortésmente. No querían pensar en política. En eso los afrikáners eran muy buenos. Cuando John se dio cuenta, descubrió que si sacaba el tema de la política conseguía un poco de tiempo para sí mismo; era, le dijo una noche a Maya a través del ordenador de muñeca, como arrojar en la sala una bomba de gas lacrimógeno. Hasta le permitió pasearse solo por el centro de operaciones de minería casi toda una tarde y conectar a Pauline a los registros para que grabara lo que pudiera. Pauline no captó nada insólito en la operación. Pero señaló un intercambio de comunicaciones con la oficina central de Armscor; el grupo local quería una unidad de seguridad de cien personas y Singapur estaba de acuerdo.

John soltó un silbido.

—¿Y qué hay de la UNOMA?—. Se suponía que la seguridad era competencia exclusiva de UNOMA y que autorizaban la seguridad privada como cuestión de rutina; pero ¿tanta gente? ¿Un centenar? John le ordenó a Pauline que examinara los mensajes de la UNOMA sobre el tema, y se fue a cenar con los afrikáners.

De nuevo se declaró que el ascensor espacial era una urgente necesidad.

—Sí no lo tenemos, nos pasarán por alto, irán derecho a los asteroides y no tendrán que preocuparse de ninguna fuente de gravedad,

¿eh?

A pesar de los quinientos microgramos de omegendorfo, John no estaba de buen humor.

—Díganme —preguntó—, ¿trabaja aquí alguna mujer?

Se lo quedaron mirando como besugos. Realmente eran aun peores que los musulmanes.

Se marchó al día siguiente y subió hasta Pavonis, resuelto a estudiar la idea del ascensor espacial.

Subió por la larga pendiente de Tharsis. En ningún momento vio el cono escarpado de color sangre del Monte Ascraeus; se perdía en el polvo junto con todo el resto. El viaje era ahora como vivir en un cuarto pequeño que no paraba de traquetear. Se abrió camino por el flanco oeste de Ascraeus, y luego ascendió hasta la cima de Tharsis, entre Ascraeus y Pavonis. Allí el doble camino de radiofaros se convirtió en una franja real de hormigón bajo las ruedas: hormigón sometido al embate del polvo, hormigón que al final se elevó con brusquedad y lo condujo directamente por la pendiente septentrional del Monte Pavonis. Era tan largo que empezó a parecerle que estaba elevándose en el espacio, lenta y ciegamente.

El cráter de Pavonis, como le recordaron los afrikáners, era asombrosamente ecuatorial; la O redonda de la caldera era como una bola puesta justo sobre la línea del ecuador. Al parecer eso hacía del borde sur de Pavonis el sitio perfecto para un ascensor espacial, ya que estaba sobre el ecuador y veintisiete kilómetros por encima de la base. Phyllis ya había dispuesto la construcción de un habitat preliminar en el borde sur; se había dedicado en cuerpo y alma a trabajar en el ascensor y era una de sus principales promotoras.

El habitat estaba excavado en la pared de la caldera, al estilo del Mirador de Echus, de manera que las ventanas de varias de las plantas daban a la caldera, o darían, cuando el polvo se despejara. Fotografías ampliadas y pegadas en las paredes mostraban que la caldera misma sería con el tiempo una simple depresión circular, con muros de cinco mil metros, ligeramente escalonados en el fondo; en el lejano pasado la caldera se había desplomado muchas veces, pero casi siempre en el mismo sitio. Había sido el más regular de los grandes volcanes; las calderas de

los otros tres eran series de círculos superpuestos a diferentes alturas.

El nuevo habitat, sin nombre todavía, había sido construido por la UNOMA, pero el equipo y el personal los proporcionó la transnacional Praxis. En la actualidad los cuartos terminados estaban atestados de ejecutivos de Praxis, o de ejecutivos de alguna de las otras transnacionales con subcontratos en el proyecto del ascensor, entre ellos representantes de Amex, Oroco, Subarashii y Mitsubishi. Y todos sus esfuerzos los coordinaba Phyllis, que al parecer era ahora la adjunta de Helmut Bronski a cargo de la operación.

Helmut también estaba allí, y después de saludarlos a él y a Phyllis y de presentarlo a algunos de los comisionados, llevó a John a una sala espaciosa con una pared de cristal. Del otro lado del cristal se arremolinaban nubes de polvo naranja oscuro que se precipitaban en el interior de la caldera; parecía que la habitación ascendía a tientas en medio de una luz mortecina y fluctuante.

El único mobiliario de la sala era una esfera de Marte de un metro de diámetro, apoyada a la altura de la cintura sobre un soporte de plástico azul. Sobresalía en la esfera, precisamente en la pequeña protuberancia que representaba al Monte Pavonis, un cable de plata de unos cinco metros de largo. En el extremo del cable se veía un ínfimo punto negro. La esfera rotaba sobre el soporte más o menos a una r/m, y el cable de plata con el punto negro en el extremo rotaba también, siempre sobre Pavonis.

Un grupo de unas ocho personas rodeaba esta exhibición.

—Todo está a escala —dijo Phyllis—. La distancia del satélite areosincrónico es de 20.435 kilómetros desde el centro de masa, y el radio ecuatorial es de 3.386 kilómetros, de modo que la distancia de la superficie hasta el punto areosincrónico es de 17.049 kilómetros; duplíquenla y súmenle el radio, y tendrán 37.484 kilómetros. Dispondremos de una roca de lastre en el otro extremo, de modo que el cable real no tendrá que ser tan largo. El diámetro del cable será de unos diez metros y pesará unos seis mil millones de toneladas. El material habrá sido extraído de un punto de lastre terminal, un asteroide con un peso inicial de unos trece mil millones y medio de toneladas y acabará, cuando el cable esté terminado, con un peso de lastre de unos siete mil millones y medio de toneladas. No se trata de un asteroide muy grande, más o menos de un radio de unos dos kilómetros al principio. Los candidatos son seis asteroides Amor que cruzan la órbita de Marte. El cable será fabricado por unos robots que extraerán y procesarán el carbono de los condritos del asteroide. Luego, en las últimas fases de la construcción, se lo trasladará hasta el punto de anclaje, aquí. —Apuntó al suelo de la sala con un ademán teatral.

—Entonces, el cable mismo estará en órbita areosincrónica, y apenas rozará el extremo de aquí abajo, suspendido entre la atracción gravitatoria del planeta y la fuerza centrífuga de la parte superior del cable, y la roca de lastre terminal.

—¿Y qué pasa con Fobos? —preguntó John.

—Fobos se encuentra en su camino, por supuesto. El cable vibrará para evitarlo: los diseñadores lo llaman una oscilación Clarke. También habrá que esquivar a Deimos, pero como su órbita está más inclinada el problema no será tan frecuente.

—¿Y cuando al fin esté en posición? —preguntó Helmut, la cara brillante.

—Al cable se le unirán unos cientos de ascensores como mínimo, y las cargas se pondrán en órbita utilizando un sistema de contrapeso. Como de costumbre, habrá infinidad de materiales que bajar desde la Tierra, de modo que los requerimientos de energía para las subidas se minimizarán. También será posible emplear la rotación del cable a modo de honda; los objetos liberados desde el asteroide lastre en dirección a la Tierra usarán la energía de la rotación de Marte como impulso y tendrán un despegue de alta velocidad que no implicará

combustible. Es un método limpio, eficaz y extraordinariamente barato, tanto para elevar grandes volúmenes al espacio como para acelerarlos hacia la Tierra. Y después del descubrimiento de metales estratégicos en Marte, cada vez más escasos en la Tierra, todo esto tiene un incalculable valor. Nos da la posibilidad de intercambiar lo que antes no era económicamente viable; será un componente crucial de la economía marciana, la clave de su industria. Y la construcción no será tan cara. Una vez que se coloque en órbita un asteroide carbonoso, con una fábrica de cable robotizada y alimentada por energía nuclear, la instalación construirá cable como una araña que suelta hilo. Habrá poco más que hacer, salvo esperar. La fábrica de cable tal como ha sido diseñada será capaz de producir más de tres mil kilómetros al año... eso significa que necesitamos empezar tan pronto como sea posible, pero una vez que la producción comience, sólo llevará unos diez u once años. Y valdrá la pena esperar.

John clavó los ojos en Phyllis, impresionado como siempre. Era como una conversa fervorosa dando testimonio, una predicadora en el pulpito, confiada y tranquila. El milagro del gancho celestial. Juan y las habichuelas mágicas, la Ascensión a los Cielos; el asunto tenía en verdad un aire de milagro.

—Aunque no tenemos mucho margen de elección —continuó Phyllis—. Esto elimina el problema de nuestro pozo de gravedad como impedimento físico y económico. Es crucial; sin él nos pasarán por alto, seremos como Australia en el siglo diecinueve, estaremos demasiado lejos para desempeñar un papel importante en la economía del mundo. La gente nos dejará de lado y explotará directamente los asteroides, donde abundan los minerales y no hay gravedad. Sin el ascensor no seríamos más que un sitio atrasado y apartado.

Shikata ga nai, pensó John con ironía. Phyllis lo miró fugazmente,

como si él hubiera hablado en *voz* alta.

—No dejaremos que eso ocurra —continuó ella—. Y hay algo mejor: nuestro ascensor servirá como prototipo experimental para uno terrano. Las transnacionales que adquieran experiencia en la construcción de este ascensor estarán en una posición de privilegio cuando pujen por los contratos para el proyecto terrano, que será aún más grande.

Y continuó en esa línea, bosquejando cada aspecto del plan, y después contestó a las preguntas de los ejecutivos con la refinada brillantez de siempre. Consiguió que todos se rieran; estaba en éxtasis, los ojos encendidos. John casi pudo ver las lenguas de fuego que le danzaban sobre la masa de cabello castaño rojizo: a la luz de la tormenta parecía un tocado de joyas. Los ejecutivos y los científicos del proyecto resplandecían bajo la mirada de Phyllis, estaban metidos en algo grande y lo sabían. La Tierra tenía una grave escasez de los metales que abundaban en Marte. Aquí era posible amasar fortunas, fortunas inmensas. Y alguien que fuera dueño de una parte del puente sobre el que pasaría cada gramo de metal, también amasaría una fortuna inmensa, probablemente la más grande de todas. No era de extrañar que Phyllis y el resto mostraran una unción religiosa.

Antes de la cena de aquel día John se plantó en su cuarto de baño, y sin mirarse en el espejo sacó dos pastillas de omegendorfo y se las tragó. Estaba harto de Phyllis. Pero la droga hizo que se sintiera mejor. Al fin y al cabo, ella sólo era otra parte del juego. Cuando se sentó a cenar estaba eufórico. De acuerdo, pensó, tienen su mina de habichuelas mágicas. Pero no estaba claro que fueran capaces de aprovecharla ellos mismos... en realidad, era bastante improbable. De modo que toda esa complacencia de peces gordos resultaba un poco estúpida, a la vez que irritante, y en medio de uno de esos diálogos entusiastas se rió y dijo:

—¿No les parece improbable que ese ascensor pueda funcionar como propiedad privada?

—No es esa nuestra intención —dijo Phyllis con una brillante sonrisa.

—Pero esperan que se les pague por la construcción. Y luego esperan concesiones, y obtener beneficios de la empresa, ¿no es ése el corazón del capitalismo de riesgo?

—Bueno, desde luego —dijo Phyllis, al parecer ofendida porque él hubiera hablado de manera tan explícita—. Todo el mundo en Marte se beneficiará, naturalmente.

—Y ustedes se quedarán con un porcentaje de cada porcentaje. — Predadores en la cima de la cadena. O bien parásitos que medran y decaen.— ¿Sabes lo ricos que se hicieron los constructores del Golden Gate? ¿Nacieron grandes dinastías transnacionales con los beneficios? No. Fue un proyecto público, ¿verdad? Los constructores eran empleados públicos, que recibían un salario normal. ¿Qué te apuestas a que el tratado de Marte estipula un arreglo parecido para la construcción aquí de las infraestructuras? Estoy convencido.

—Pero el tratado se revisará dentro de nueve años —señaló Phyllis,

los ojos centelleantes. John rió.

—¡Así es! Sin embargo, no has visto como yo que todo el planeta apoya un tratado revisado que limite aún más las inversiones y beneficios terranos. Lo que pasa es que no has prestado atención. No olvides que éste es un sistema económico que parte de cero, apoyado en principios sólidos. La capacidad de carga es aquí limitada, y has de tenerlo en cuenta si aspiras a crear una sociedad estable. No puedes limitarte a transportar materias primas desde aquí a la Tierra... la época colonial ya ha terminado, no lo olvides.

Se rió de nuevo ante las miradas iracundas que le echaron todos; era como si les hubieran implantado en las córneas cañones de revólveres.

Y sólo se le ocurrió más tarde, de vuelta en su habitación y al recordar esas miradas, que quizá no había sido una buena idea meterlos de narices en la realidad. El hombre de la Amex había levantado ostensiblemente la muñeca a la altura de la boca para anotar algo. Este John Boone crea problemas, había susurrado sin apartar los ojos de John; quería que John lo viese. Bueno, otro sospechoso, entonces. Pero aquella noche John tardó bastante en dormirse.

Abandonó Pavonis al día siguiente y bajó por Tharsis en dirección este, con la intención de recorrer los siete mil kilómetros que había hasta Hellas y visitar a Maya. La tormenta hizo que el viaje le pareciese extrañamente solitario. Vislumbró las tierras altas australes sólo en fragmentos lóbregos, a través de ondulantes mantos de arena, acompañado por el omnipresente silbido del viento. A Maya le complacía que fuera a visitarla; él no había estado nunca en Hellas y un montón de gente de allí tenía ganas de conocerlo. Habían descubierto un acuífero considerable al norte de Punto Bajo, de manera que el plan era bombear agua hasta la superficie y crear un lago en Punto Bajo, un lago con una superficie congelada que estaría sublimándose continuamente en la atmósfera, pero que ellos mantendrían abastecido. De ese modo enriquecería la atmósfera, y a la vez serviría como depósito de agua y calor para un círculo de granjas abovedadas que bordearían el lago. Maya estaba entusiasmada con esos planes.

John hizo el largo viaje en un estado hipnótico, a medida que los cráteres asomaban borrosamente entre nubes polvorientas. Una noche se detuvo en un asentamiento chino donde apenas sabían una palabra de inglés; la gente vivía en casetas como las del parque de remolques; él y los colonos tuvieron que recurrir a un programa de traducción de la y pasaron buena parte de la velada riendo. Dos días después llegó a un paso alto y paró por un día en una enorme instalación japonesa de extracción de aire. Allí todo el mundo hablaba un excelente inglés, pero se sentían frustrados: la tormenta había parado los extractores. Sonriendo pero afligidos, los técnicos lo escoltaron a través de unos enmarañados sistemas de

filtración que ayudarían a que las bombas continuaran funcionando... y todo para nada.

Viajó hacia el este y tres días después se encontró con un caravasar sufí en la cima de una mesa circular de paredes escarpadas. Esa mesa en particular había sido una vez el suelo de un volcán, pero había quedado tan endurecida por el metamorfismo de contacto que en los eones siguientes resistió la erosión que había barrido la blanda tierra circundante; y ahora se erguía por encima de la planicie como un pedestal grueso y redondo, con flancos agrietados de un kilómetro de altura. John subió por una rampa zigzagueante hasta el caravasar de la cima.

Allí arriba descubrió que la mesa asomaba en medio de una ola vertical permanente de la tormenta de polvo, de modo que la luz solar se filtraba a través de las oscuras nubes más que en ningún otro lugar que hubiera visto, incluso más que en el borde de Pavonis. La visibilidad era escasa, como en los demás sitios, pero todo estaba más brillantemente coloreado, los amaneceres eran purpúreos y violáceos, los días un torrente nebuloso de amarillos y ocres, naranjas y rojizos, atravesados por esporádicos y broncíneos rayos de sol.

Era un paraje extraordinario y los sufíes resultaron ser más hospitalarios que cualquiera de los grupos árabes que había conocido hasta entonces. Le contaron que habían venido con uno de los últimos grupos árabes, como concesión a las facciones religiosas del mundo árabe allá en la Tierra; y como los sufíes eran numerosos entre los científicos islámicos, hubo pocas objeciones a que los enviaran como un grupo independiente. Uno de ellos, un hombre pequeño y negro llamado Dhu el-Nun, le dijo:

—Es maravilloso en esta época de los setenta mil velos que tú, el gran *talib,* hayas seguido tu *tariqat* hasta aquí para visitarnos.

—*¿Talib?* —preguntó John—. *¿Tariqat?*

—Un *talib* es un buscador. Y el *tariqat* del buscador es un sendero,

su propio sendero, ¿sabes?, en el camino a la realidad.

—¡Comprendo! —exclamó John, todavía sorprendido por la cordialidad del recibimiento.

Dhu lo condujo desde el garaje hasta un edificio bajo y negro, de aspecto compacto por la energía concentrada, que se levantaba en el centro de un círculo de rovers; era una cosa redonda y achaparrada, como un modelo de la misma mesa, con ventanas de toscos cristales transparentes. Dhu identificó la roca negra del edificio como estisovita, un silicato de alta densidad creado por el impacto del meteorito, cuando por un momento las presiones fueron de más de un millón de kilogramos por centímetro cuadrado. Las ventanas eran de lechatelierita, una especie de cristal comprimido creado también por el impacto.

Dentro de la construcción un grupo de unos veinte, compuesto de hombres y mujeres por igual, le dio la bienvenida. Las mujeres iban con la cabeza descubierta y se comportaban de la misma manera que los hombres, algo que de nuevo sorprendió a John: parecía que entre los sufíes las cosas no eran como entre los árabes en general. Se sentó y bebió café con ellos, y una vez más empezó a hacer preguntas. Le contaron que eran sufíes cadaritas, panteístas influidos por la antigua filosofía griega y el existencialismo moderno, y por medio de la ciencia y la *ru' yat al-qalb,* la visión del corazón, trataban de hacerse uno con esa realidad última que era Dios.

—Hay cuatro viajes místicos —le dijo Dhu—. El primero comienza con la gnosis y termina con el *fana,* que es dejar atrás todas las cosas fenoménicas. El segundo empieza cuando *alfana* sucede el *baqa,* lo duradero. En este punto tu viaje en lo real, por lo real, hacia lo real, y tú mismo son todos una misma realidad, un *haqq.* Y después pasas al centro del universo del espíritu y te conviertes en uno con todos

los demás que han hecho algo parecido.

—Creo que todavía no he emprendido mi primer viaje —dijo John—. No sé nada.

Se dio cuenta de que esa respuesta los complacía. Puedes empezar, le dijeron, y le sirvieron más café. Siempre puedes empezar. Eran tan estimulantes y amistosos comparados con cualquiera de los otros árabes, que se confió a ellos y les habló del viaje a Pavonis y de los planes para el gran cable del ascensor.

—Ninguna quimera del mundo es totalmente errónea —indicó Dhu. Y cuando John mencionó su último encuentro con árabes, en Vastitas Borealis, y que Frank viajaba con ellos, Dhu dijo crípticamente—: Es el mismo amor al bien lo que induce a los hombres al mal.

Una de las mujeres rió y dijo:

—Chalmer es tu *nafs*.

—¿Qué es eso? —preguntó John.

Todos rieron. Dhu, sacudiendo la cabeza, dijo:

—No es tu *nafs*. El *nafs* es el yo maligno, que según dicen algunos habita en el pecho.

—¿Como un órgano o algo parecido?

—Como una criatura real. Mohammed ibn 'Ulyan, por ejemplo, dijo que algo como un cachorro de zorro le saltó de la garganta, y cuando le dio una patada, se hizo más grande. Ése era su *nafs*.

—Es otro nombre para la Sombra —explicó la mujer.

—Bueno —dijo John—. Quizá entonces él lo sea. O tal vez lo que sucede es que el *nafs* de Frank recibe muchas patadas. Se rieron con él de la ocurrencia.

Avanzada la tarde, la luz del sol atravesó el polvo e iluminó las nubes ondeantes; pareció que el caravasar descansaba en el ventrículo de un corazón enorme, con las ráfagas de viento que decían palpita, palpita, palpita. Los sufíes se llamaron unos a otros cuando miraron por las ventanas de lechateherita, y rápidamente se metieron en los trajes para salir a ese mundo carmesí, al viento, y le pidieron a Boone que los acompañara. Sonrió y se enfundó un traje, y mientras lo hacía se tragó a escondidas una pastilla de omeg.

Una vez fuera, recorrieron el mellado borde de la mesa, mirando las nubes y la planicie en sombras de abajo, y señalándole a John los accidentes geográficos que en ese momento eran visibles. Después se agruparon cerca del caravasar y John los escuchó mientras cantaban, con varias voces que traducían al inglés del árabe y el parsí. «Nada poseas y que nada te posea. Aparta lo que tienes en la mente, ofrece lo que tienes en el corazón. Aquí un mundo y allá un mundo, y nosotros sentados en el umbral.»

Otra voz: «El amor estremeció la cuerda del laúd de mi alma, y me cambió al amor de la cabeza a los pies».

Y comenzaron a bailar. Al observarlos, John de repente comprendió que eran derviches giróvagos: saltaban en el aire al ritmo retumbante de los tambores, transmitidos en la frecuencia común; saltaban y remolineaban en lentos y sobrenaturales giros, extendiendo los brazos, y cuando se posaban en el suelo saltaban y volvían a saltar, vuelta tras vuelta tras vuelta. Derviches giróvagos en la gran tormenta de polvo, sobre una alta mesa circular que en tiempos muy antiguos había sido el suelo de un volcán. Era un espectáculo tan maravilloso a la brillante y palpitante luz de color sangre, que John se levantó y empezó a girar con ellos. Destrozó sus simetrías, en ocasiones llegó a chocar con otros bailarines; pero a nadie pareció importarle. Descubrió que saltar levemente en el viento ayudaba a

conservar el equilibrio.

Una ráfaga fuerte lo derribaría. Rió. Algunos de los bailarines cantaban por la frecuencia común, los habituales aullidos en cuarto de tono, punteados por gritos y roncas respiraciones rítmicas, y la frase *«Ana el-Haqq, ana el-Haqq».* Yo soy Dios, tradujo alguien, Yo soy Dios. Una herejía sufí. El propósito de la danza era hipnotizar... John sabía que había otros cultos musulmanes que empleaban la autoflagelación. Era mejor dar vueltas; bailó, se unió al cántico en la frecuencia común y lo amplió con su propia respiración acelerada, y con gruñidos y balbuceos. Luego, sin pensarlo, comenzó a añadir a la ola de sonido los nombres de Marte, musitados al ritmo del cántico tal como él lo entendía. «Al-Qahira, Ares, Auqakuh, Bahram. Harmakhis, Hrad, Huo Hsing, Kasei. Ma'adim, Maja, Mamers, Mángala. Nirgal, Shalbatanu, Simud y Tiu» Había memorizado la lista años atrás, como una especie de truco; ahora lo sorprendió descubrir el excelente cántico que era, cómo le fluía de la boca y lo ayudaba a estabilizarse. Los otros bailarines se reían de él, pero sin mala intención, parecían complacidos. Se sentía ebrio, todo su cuerpo vibraba. Repitió y repitió la letanía, después pasó a repetir el nombre árabe, una y otra vez: «Al-Qahira, Al-Qahira, Al-Qahira». Y luego, al recordar lo que le había dicho una de las voces traductoras, «Ana el-Haqq, ana Al-Qahira, Ana el-Haqq, ana Al-Qahira». Yo soy Dios, Yo soy Marte, Yo soy Dios... Los otros rápidamente se unieron a él en ese cántico, lo elevaron a una canción salvaje, y en el destello de los visores en rotación vislumbró unas caras sonrientes.

Ciertamente giraban bien; remolineaban y los dedos extendidos cortaban en arabescos las ráfagas de polvo rojo, y ahora lo tocaron con las yemas de los dedos, lo guiaron e incluso introdujeron sus torpes vueltas en la coreografía común. Gritó los nombres del planeta y ellos los repitieron, invocación y respuesta. Entonaron los nombres, en árabe, sánscrito, inca, todos los nombres de Marte, mezclados en una sopa de sílabas, creando una música polifónica que era hermosa y estremecedora, pues los nombres de Marte provenían de tiempos en que las palabras sonaban de un modo extraño y los nombres tenían poder: podía oírlo cuando los cantaba. Voy a vivir mil años, pensó.

Cuando al fin dejó de bailar y se sentó a mirar, comenzó a sentirse mareado. El mundo daba vueltas, y le pareció que su oído medio giraba como una bola de ruleta. La escena palpitó ante él, no podía distinguir si se trataba del polvo que se arremolinaba o de algo interior, pero fuera lo que fuese, los ojos se le desorbitaron ante lo que veía: ¿derviches giróvagos en Marte? Bueno, en el mundo musulmán eran una especie de descarriados con una tendencia ecuménica rara en el islam. Y también científicos. De modo que quizá ellos lo guiaran camino del islam, su *tanqat;* y las ceremonias de derviches tal vez pudieran introducirse en la areofanía, como durante el cántico. Se puso de pie, tambaleándose; y de pronto comprendió que uno no tenía que inventarlo todo a partir de cero, que era cuestión de hacer algo nuevo sintetizando todo lo que había sido bueno hasta entonces. «El amor estremeció la cuerda del amor en mi laúd...»

Estaba demasiado mareado. Los otros se reían de él y lo sostenían. Habló con ellos como siempre, con la esperanza de que lo entendieran.

—Estoy mareado. Creo que voy a vomitar. Pero tienen que decirme por qué no podemos dejar atrás todo el triste bagaje terrano. Por qué no podemos inventar juntos una nueva religión. ¡El culto de Al-Qahira, Mángala, Kasei! —Rieron y lo llevaron a hombros de regreso al refugio.— Hablo en serio —dijo, mientras el mundo daba vueltas—. Quiero que lo hagan, quiero que la danza sea parte de esa religión; ya se sabe quién tendrá que diseñarla. Ya lo están haciendo.

Pero vomitar en un casco era peligroso, y ellos se rieron de él y lo metieron deprisa en el habitat de piedra aplastada. Allí, mientras vomitaba, una mujer le sostuvo la cabeza, y en un musical inglés continental le dijo:

—El Rey pidió a sus sabios una única cosa que lo hiciera feliz cuando estuviera

triste, pero triste cuando estuviera feliz. Los sabios se reunieron y regresaron con un anillo que tenía grabado un mensaje: «Esto También Pasará».

—Directo a los recicladores —dijo Boone. Se tumbó de espaldas y todo le dio vueltas. Era una sensación horrible; el sólo quería estar tendido e inmóvil—. Pero ¿qué andan buscando? ¿Por qué están en Marte? Tienen que decirme qué buscan aquí.

Lo llevaron al cuarto común y sacaron tazas, y una tetera con té aromático. Aún se sentía como si estuviera dando vueltas y las ráfagas de polvo que batían las ventanas cristalinas no lo ayudaban mucho.

Una de las mujeres mayores tomó la tetera y llenó la taza de John. Volvió a dejarla donde estaba e hizo un gesto: «Ahora tú llena la mía». John así lo hizo, vacilante, y luego la tetera recorrió el cuarto. Cada uno llenó la taza de otro.

—Empezamos todas las comidas así —dijo la mujer mayor—. Es una pequeña señal de que estamos juntos. Hemos estudiado las viejas culturas, antes de que vuestro mercado global lo envolviera todo en una red: en aquellas épocas había muchas formas de intercambio. Algunas consistían en regalar cosas. Verás, todos tenemos un regalo que nos fue dado por el universo. Y todos nosotros con cada aliento devolvemos algo a cambio.

—Como la ecuación de la eficacia ecológica —dijo John.

—Tal vez. En cualquier caso, surgieron culturas enteras alrededor del concepto del don, en Malasia, en el noroeste americano, en muchas culturas primitivas. En Arabia dábamos agua o café. Comida y albergue. Y todo lo que te era dado no pretendías retenerlo, sino darlo a tu vez, si era posible con intereses. Trabajabas para dar más de lo que habías recibido. Quizá ésta podría ser la base de una economía reverente.

—¡Es lo mismo que dijeron Vlad y Úrsula!

—Tal vez.

El té ayudó. Después de un rato recobró el equilibrio. Hablaron de otras cosas, de la gran tormenta, del gran zócalo compacto en que vivían. Aquella noche preguntó si habían oído hablar del Coyote, pero le dijeron que no. Conocían historias acerca de una criatura que ellos llamaban «el oculto», el último superviviente de una antigua raza de marcianos, una cosa marchita que vagaba por el planeta y ayudaba a los peregrinos, rovers y asentamientos en peligro. Había sido avistado en el puesto de agua en Chasma Borealis el año anterior, durante un desprendimiento de hielo y el subsiguiente corte de energía.

—¿No se trata del Gran Hombre? —preguntó John.

—No, no. El Gran Hombre es grande. El oculto es como nosotros. Los hermanos del oculto eran súbditos del Gran Hombre.

—Comprendo.

Pero en realidad no comprendía, no del todo. Si el Gran Hombre era el mismo Marte, quizá la historia del oculto había sido inspirada por Hiroko. Imposible saberlo. Necesitaba a un folklorista, o a un especialista en mitos, alguien que pudiera decirle cómo nacían las historias; pero sólo contaba con estos sufíes, sonrientes y extraños, ellos mismos criaturas de fábula. Sus conciudadanos en esta nueva tierra. Tuvo que reírse. Se rieron con él y lo llevaron a la cama,

—Antes de dormir decimos una plegaria del poeta persa Rumi Jalaluddin —le dijo la mujer mayor, y la recitó:

Morí como mineral y me convertí en planta, morí como planta y me levanté como animal. Morí como animal y fui humano.

¿Por qué temer? ¿Cuándo fui menos al morir?

Pero una vez más moriré humano,

para elevarme con los ángeles.

Y cuando sacrifique mi alma de ángel

seré el que ninguna mente ha concebido.

—Duerme bien —dijo ella en la mente adormecida de John—. Éste es el sendero de todos.

A la mañana siguiente subió con el cuerpo tieso al rover, haciendo muecas por sus pobres miembros doloridos y decidido a tomar un poco de omeg tan pronto como se pusiera en marcha. La misma mujer estaba allí para despedirlo; golpeó afectuosamente su visor contra el de ella.

—Bien sea en este mundo o en aquél —dijo la mujer—, al final tu amor te llevará más allá.

El camino de radiofaros lo condujo a través de unos días lóbregos desgarrados por el viento, mientras cruzaba la tierra quebrada al sur de Margaritifer Sinus. John tendría que visitarla en alguna otra ocasión para ver algo más, pues en medio de la tormenta no era otra cosa que chocolate volador, atravesado por momentáneos haces de luz. Cerca del Cráter Bakhuisen se detuvo en un asentamiento nuevo llamado Pozos Turner; ahí habían perforado hasta encontrar un acuífero que tenía tal presión hidrostática en su parte más baja que podrían aprovecharla canalizando la corriente artesiana a través de una serie de turbinas. El agua liberada sería vertida en moldes, congelada y luego transportada en robot a los asentamientos áridos por todo el hemisferio sur. Mary Dunkel trabajaba allí, y le mostró a John los pozos, la central de energía y los depósitos de hielo.

—La perforación exploratoria fue pavorosa como el infierno. Cuando la perforadora tocó la parte líquida del acuífero, fue expulsada del pozo con una explosión y no sabíamos si podríamos controlarla.

—¿Qué habría ocurrido en ese caso?

—En realidad, no lo sé. Hay mucha agua ahí. Si rompiera la roca alrededor del pozo, podríamos haber tenido una gran inundación, como en los canales de Chryse.

—¿Tan grande?

—¿Quién sabe? Es posible.

—Caramba.

—¡Es lo mismo que dije yo! Ahora Ann está tratando de determinar la presión de los acuíferos por los ecos en las pruebas sísmicas. Pero hay gente a la que le gustaría liberar uno o dos acuíferos, ¿comprendes? Dejan mensajes en los tablones de anuncios de la red. No me sorprendería que Sax estuviera entre ellos. Grandes torrentes de agua y hielo, abundante sublimación al aire, ¿por qué no habría de estar contento?

—Pero unos torrentes como aquellos de antaño serían tan destructivos para el paisaje como los choques de los asteroides contra el planeta.

—¡Oh, más destructivos! Esas corrientes cuesta abajo originadas por aquel caos fueron erupciones increíbles. La mejor analogía terrana son las tierras costrosas al este de Washington, ¿has oído hablar de ellas? Hace unos dieciocho mil años había un lago que cubría casi todo Montana, lo llaman el Lago Missoula,

compuesto de agua de la Edad de Hielo derretida y contenida por un dique de hielo. En algún momento ese dique cedió y el lago se vació de manera catastrófica, más o menos dos billones de metros cúbicos de agua, que se escurrieron por la meseta de Columbia y desembocaron en el Pacífico en cuestión de días.

—Caramba.

—Mientras duró desplazó aproximadamente cien veces el caudal del Amazonas y en el lecho de basalto excavó canales de doscientos metros de profundidad.

—¡Doscientos metros!

—Así es, doscientos. ¡Y eso no fue nada comparado con los que excavaron los canales de Chryse! La anastomosis allí cubre regiones enteras...

—¿Doscientos metros de lecho de roca?

—Sí, bueno, no se trata sólo de una erosión normal. En inundaciones tan grandes las presiones fluctúan tanto que provocan la exsolución de los gases disueltos, ¿sabes?, y cuando esas burbujas revientan, las presiones son increíbles. Un martilleo de ese tipo puede romper cualquier cosa.

—Por lo tanto sería peor que el impacto de un asteroide.

—Desde luego. A menos que estrellaras un asteroide realmente grande. Aunque hay gente por ahí que dice que deberíamos hacerlo,

¿no?

—¿La hay?

—Tú sabes que sí. Pero las inundaciones son todavía mejores, si quieres esa clase de cosas. Por ejemplo, si encauzaras un acuífero en el interior de Hellas, obtendrías un mar. Y podrías alimentarlo deprisa, antes de que se sublimara el hielo de la superficie.

—*¿Encauzar* una inundación como ésa? —exclamó John.

—Bueno, no, sería imposible. Pero sí localizaras un acuífero en un buen sitio, no necesitarías encauzarlo. Tendrías que ir a donde trabaja el equipo de prospección de Sax, sólo para ver.

—Pero seguro que la UNOMA lo prohibiría.

—¿Desde cuándo eso le ha importado a Sax? John se rió.

—Oh, ahora sí importa. Le han dado demasiado como para permitirse no tenerlos en cuenta. Lo tienen bien atado con dinero y poder.

—Tal vez.

Esa noche, a las 3:30 de la madrugada, hubo una pequeña explosión en la cabecera de uno de los pozos y las alarmas los arrancaron del sueño y los mandaron tambaleando y medio desnudos por los túneles a enfrentarse a un surtidor que subía disparado y se mezclaba con el polvo volador en una columna de agua blanca y espumosa a la luz irregular de los proyectores. El agua caía de las nubes de polvo como pedazos de hielo, granizo del tamaño de bolas de bowling. Aporreaban el suelo como misiles, y ya les llegaban a la altura de las rodillas.

Dada la charla de la noche anterior, el espectáculo alarmó bastante a John; echó a correr hasta que localizó a Mary. A través del ruido de la erupción y de la omnipresente tormenta, Mary gritó en el oído de John:

—¡Despeja la zona, voy a hacer estallar una carga explosiva junto al pozo, para taponarlo!

Se fue corriendo en su camisón de noche y John reunió a los espectadores y los

hizo regresar por los túneles hasta el habitat de la estación. Mary se les unió en la antecámara, jadeando y resoplando, al tiempo que tecleaba nerviosamente en el ordenador de muñeca: en ese momento se oyó un estruendo sordo que venía del pozo.

—Vamos a ver —dijo, y cruzaron la antecámara y de nuevo corrieron por los túneles hacia la ventana que daba al pozo. Allí, entre un montón de bolas blancas de hielo, yacían los restos de la perforadora, tumbada de costado, inmóvil—. ¡Sí! ¡Taponado! —gritó Mary.

Lo celebraron con poco ánimo. Algunos bajaron a la zona del pozo para ver sí había algo que pudieran hacer.

—¡Buen trabajo! —le dijo John a Mary.

—He leído mucho sobre cierre de pozos desde aquel primer incidente —comentó ella, todavía sin aliento—. Y todo estaba dispuesto. Pero nunca habíamos tenido la oportunidad de probarlo. Así que nunca se sabe.

—¿Hay registros de seguridad en tus antecámaras? —preguntó John.

—Los hay.

—Estupendo.

John fue a comprobarlas. Conectó a Pauline con el sistema de la estación e hizo preguntas y estudió las respuestas a medida que aparecían en la pantalla de muñeca. Nadie había usado las antecámaras después del paréntesis temporal de aquella noche. Llamó al satélite meteorológico que estaba sobre ellos y entró en los sistemas infrarrojos y de radar, de los que Sax le había proporcionado los códigos, y exploró la zona alrededor de Bakhuisen. Ninguna señal de maquinaria próxima, salvo algunos de los viejos molinos de viento. Y los radiofaros mostraron que nadie había transitado por los caminos de la zona desde el día anterior.

John se sentó pesadamente delante de Pauline; se sentía lento y estúpido. No sabía qué hacer, y daba la impresión, por lo que había investigado, de que nadie había salido aquella noche. La explosión podía haberse preparado mucho antes, aunque sería difícil esconder el artefacto, ya que en los pozos se trabajaba todos los días. Se levantó despacio y fue en busca de Mary, y hablaron con el último turno que había trabajado en ese pozo el día anterior. No habían visto señales de manipulación hasta el final del turno, a las ocho de la tarde. Y, después de esa hora, todos habían asistido a la fiesta de John Boone y no habían utilizado las antecámaras. Por lo tanto, no había habido ocasión.

Regresó a la cama y pensó un rato.

—Oh, por cierto, Pauline... comprueba por favor los registros de Sax, y dame una lista de todas las expediciones de prospección del año pasado.

Siguiendo el ciego viaje a Hellas, se encontró con Nadia, que supervisaba la construcción de un nuevo tipo de cúpula sobre el Cráter Rabe. Era la más grande fabricada hasta entonces, y contaba con la ventaja del espesamiento de la atmósfera y del aligeramiento de los materiales de construcción; en esa situación era posible equilibrar la presión con la gravedad, lo que hacía de la cúpula presurizada algo en efecto ingrávido. La estructura se iba a construir con vigas reforzadas de areogel, la última novedad de los alquimistas; el areogel era tan ligero y fuerte que Nadia se embelesaba describiendo sus posibilidades. Decía que las cúpulas mismas de los cráteres eran algo del pasado; sería igual de fácil levantar columnas de arcogel alrededor de la circunferencia de una ciudad, olvidarnos de los habitats de roca y poner a toda la población dentro de lo que en efecto sería una tienda grande y transparente.

Se lo contó a John mientras recorrían el interior de Rabe, que ahora no era más

que una gran obra. Todo el borde del cráter iba a ser agujereado como un panal para introducir cuartos con claraboyas, y el espacio interior abovedado contendría una granja que alimentaría a 30.000 colonos. Excavadoras robot del tamaño de edificios vibraban al salir de la oscuridad polvorienta, invisibles incluso a cincuenta metros. Esos monstruos trabajaban de manera autónoma o por teleoperación, y probablemente los teleoperadores no veían mucho alrededor, de modo que el tránsito de peatones no era por completo seguro. John siguió con nerviosismo a Nadia en el paseo, y recordó lo inquietos que se habían mostrado los mineros en Punto Bradbury... ¡y allí podían ver lo que sucedía! Tuvo que reírse ante la inconsciencia de Nadia. Cuando el suelo temblaba, simplemente se detenían y miraban alrededor, listos para apartarse de un salto de los vehículos amenazadores del tamaño de edificios. Fue toda una visita. Nadia despotricó contra el viento, que inutilizaba mucha maquinaria. La gran tormenta ya duraba cuatro meses, la más larga en años... y no parecía que fuera a remitir. Las temperaturas habían descendido, la gente se alimentaba de comida enlatada y deshidratada y de alguna esporádica verdura cultivada con luz artificial. Y el polvo estaba en todas las cosas. Incluso mientras hablaban John podía sentir la boca pastosa y los ojos resecos. Los dolores de cabeza se habían vuelto muy comunes, al igual que las gargantas irritadas, la bronquitis, el asma y las afecciones de los pulmones en general. Y a esto se sumaban frecuentes casos de congelación. Y también las computadoras se estaban volviendo poco seguras, había muchos casos de averías de *hardware,* neurosis o retrasos en las IA. Estar en pleno día en Rabe era como vivir en el interior de un ladrillo, comentó Nadia, y las puestas de sol parecían hogueras en minas de carbón. Lo detestaba.

John cambió de tema.

—¿Qué piensas de ese ascensor espacial?

—Es grande.

—Hablo del *efecto,* Nadia. Del efecto.

—¿Quién sabe? Nunca se sabe con una cosa así, ¿no?

—Se convertirá en un cuello de botella estratégico, como ese del que hablaba Phyllis cuando discutíamos quién construiría la estación de Fobos. Habrá conseguido crear su propio cuello de botella. Eso significa mucho poder.

—Es lo mismo que dice Arkadi, pero no entiendo por qué no podemos verlo como una fuente de recursos común, como un accidente geográfico natural.

—Eres una optimista.

—Es lo mismo que dice Arkadi. —John se encogió de hombros.— Sólo intento ser razonable.

—Yo también.

—Lo sé. A veces creo que somos los únicos.

—¿Y Arkadi? Ella se rió.

—¡Una auténtica pareja!

—Sí, sí. Como tú y Maya.

—*Touché.*

Nadia sonrió fugazmente.

—Intento que Arkadi reflexione. Es lo único que puedo hacer. Dentro de un mes nos reuniremos en Acheron para recibir el tratamiento. Maya dice que es bueno hacerlo juntos.

—Lo recomiendo —corroboró John con una sonrisa.

—¿Y el tratamiento?

—Es mejor que la alternativa, ¿no?

Ella rió entre dientes. Entonces el suelo retumbó debajo de ellos; se pusieron rígidos y volvieron rápidamente la cabeza de un lado a otro en busca de sombras en la oscuridad. A la derecha apareció una mole negra como una colina en movimiento. Corrieron hacia un lado, tropezando y saltando por encima de los cantos rodados y los escombros, y John se preguntó si se trataría de otro ataque, mientras Nadia soltaba órdenes por la frecuencia común y maldecía a los teleoperadores por no haberlos seguido en el infrarrojo.

—¡Vigilad las pantallas, perezosos bastardos!

El suelo dejó de retumbar. El leviatán negro ya no se movía. Se acercaron con cautela. Se trataba de un volquete de gigantescas proporciones, que maniobraba sobre bandas de rodamiento. Era de fabricación propia, construido en Marte por Utopia Planitia Machines: un robot concebido por robots y grande como un edificio de oficinas.

John se quedó mirándolo, sintiendo el sudor que le bajaba por la frente.

—El planeta está lleno de estos monstruos —le dijo a Nadia, asombrado—. Cortan, arañan, excavan, rellenan, construyen. Muy pronto algunos de ellos se unirán a uno de esos asteroides de dos kilómetros y construirán una central de energía con el mismo asteroide como combustible. Esto los impulsará a una órbita marciana, momento en que otras máquinas bajarán a la superficie y comenzarán a transformar la roca en un cable de unos treinta y siete mil kilómetros de largo. ¡El *tamaño,* Nadia! ¡El tamaño!

—Sí, de acuerdo, es grande.

—Es inimaginable, en serio. Algo que está por completo más allá de las facultades humanas tal como nos enseñaron a entenderlas. La teleoperación a gran escala. Una especie de *waldo* espiritual. ¡Todo lo que puede imaginarse puede hacerse! —Caminaron despacio alrededor del objeto negro y enorme que tenían delante: no era más que una especie de volquete, nada comparado con lo que sería el ascensor espacial; y no obstante, incluso este camión, pensó, era algo asombroso.— El músculo y el cerebro se han extendido a través de una armadura de robótica tan grande y poderosa que es difícil conceptualizarla. Tal vez imposible. Probablemente esto es parte de tu talento, y también del de Sax... ejercitar los músculos que nadie imagina aún que tenemos. Quiero decir, agujeros perforados a través de la litosfera, el terminador iluminado con luz solar reflejada en espejos, todas estas ciudades que cubren mesas y están empotradas en las paredes de los riscos... y ahora un cable extendido más allá de Deimos y Fobos, ¡tan largo que está en órbita y toca tierra al mismo tiempo! ¡Es imposible imaginarlo!

—No es imposible —apuntó Nadia.

—No. Y ahora, por supuesto, nos tropezamos en cualquier parte con la prueba de nuestro poder, ¡casi nos aplasta mientras estaba trabajando! Y ver es creer. No se necesita imaginación para ver el tipo de poder que tenemos. Quizá ésa es la razón por la que las cosas se están volviendo tan extrañas últimamente, todo el mundo hablando de títulos de propiedad y de soberanía, peleándose y arrogándose concesiones. La gente riñe como aquellos antiguos dioses en el Olimpo, porque en la actualidad somos tan poderosos como ellos.

—O más —dijo Nadia.

Continuó el viaje hasta los Montes Hellespontus, la cordillera curva que rodeaba la Cuenca Hellas. Una noche, mientras él dormía, el rover se salió del camino de radiofaros de respuesta. Se despertó, y cuando se abrieron algunos

claros en el polvo, vio que se hallaba en un valle estrecho, entre pequeños acantilados atravesados por estrías de barrancas. Parecía probable que si seguía por el fondo del valle cruzaría de nuevo el camino, de modo que fue campo a través. Luego unas depresiones transversales poco profundas, como canales vacíos, interrumpieron el suelo del valle, y Pauline se vio obligada a parar constantemente para girar y probar otro ramal en el algoritmo de localización de ruta. Las quebradas asomaban una tras otra en la oscuridad. Cuando John se impacientó y probó a llevar él mismo los controles, la situación empeoró. En el país de los ciegos, el piloto automático es rey.

Pero lentamente se fue acercando a la boca del valle; el mapa mostró que el camino de radiofaros descendía a una depresión más ancha. De manera que aquella noche paró, despreocupado, y se sentó delante del televisor a cenar. Mangalavid emitía la inauguración de una eolia construida por un grupo de Noctis Labyrinthus. La eolia resultó ser un edificio pequeño, con aberturas que silbaban, ululaban o chirriaban, dependiendo del ángulo y la fuerza del viento. El día de la inauguración el viento que bajaba por las pendientes de Noctis se vio incrementado por unas fuertes ráfagas katabáticas, y la música fluctuó como en una composición, triste, colérica, disonante, o armónica en súbitos fragmentos; parecía la obra de una mente, quizá de una mente alienígena, pero ciertamente algo más que ciego azar. La eolia casi aleatoria, como dijo un locutor.

Después pasaron las noticias de la Tierra. La existencia de los tratamientos gerontológicos había sido filtrada por un funcionario de Ginebra y dio la vuelta al mundo en un día; en ese momento había un acalorado debate en la Asamblea General. Muchos delegados exigían que el tratamiento se convirtiera en un derecho humano básico, garantizado por la UN; un fondo aseguraría la financiación internacional para que los tratamientos fueran accesibles a todos. Mientras tanto, llegaban otros informes: algunos líderes religiosos se oponían al tratamiento, incluyendo el Papa; había disturbios en todas partes, y ciertos centros médicos habían sido atacados. Los gobiernos parecían confundidos. Todas las caras que aparecían en televisión estaban tensas o furiosas, y exigían que las cosas cambiaran; y toda la desigualdad, el odio y la miseria que se veía en esos rostros hizo que John retrocediera, incapaz de seguir mirando. Se quedó dormido, pero durmió mal.

Soñaba con Frank cuando un ruido lo despertó. Un golpe en el parabrisas. Era noche cerrada. Atontado, activó el cierre de la antecámara; mientras se sentaba se preguntó cómo habría adquirido un acto reflejo semejante. ¿Cuándo lo había incorporado? Se frotó la mandíbula y encendió la frecuencia de banda común.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí afuera?

—Los marcianos.

Era la voz de un hombre: un inglés con acento, pero John fue incapaz de identificarlo.

—Queremos hablar —dijo la voz.

John se levantó y miró por el parabrisas. De noche, en la tormenta, había muy poco que ver. No obstante, creyó distinguir unas formas en la oscuridad de allí fuera.

—Sólo queremos hablar —repitió la voz.

Si hubieran querido matarlo habrían podido abrir a la fuerza el rover mientras él dormía. Además, aún no era capaz de creer que alguien quisiera hacerle daño. ¡No había ningún motivo!

Así que los dejó entrar.

Eran cinco, todos hombres. Llevaban trajes desgastados, sucios, remendados con material que no había sido pensado para los trajes. Los cascos carecían de

identificación, desnudos de toda pintura. Cuando se los quitaron vio que uno de ellos era asiático y joven; parecía tener unos dieciocho años. El muchacho se adelantó y se sentó en el asiento del conductor, y se inclinó sobre el volante para inspeccionar de cerca la distribución de los instrumentos. Otro se quitó el casco; un hombre bajo de piel morena, con un rostro flaco y trenzas largas y tupidas. Se sentó en un banco acolchado frente a la cama de John y esperó a que los otros tres también se quitaran los cascos. Al terminar, se pusieron en cuclillas y observaron con atención a John. Él no los había visto nunca.

—Queremos que reduzca el ritmo de inmigración —dijo el hombre de la cara delgada. Era el mismo que había hablado en el exterior; ahora el acento pareció caribeño. Hablaba en voz baja, casi en un susurro, y a John le resultó muy difícil no imitarlo.

—O que lo detenga —dijo el joven en el asiento del conductor.

—Cállate, Kasei. —El hombre del rostro delgado no apartaba los ojos de la cara de John.— Está viniendo tanta gente... Usted lo sabe. No son marcianos y no les importa lo que pase aquí. Van a abrumarnos, van a abrumarlo a usted. Lo sabe. Usted intenta convertirlos en marcianos, pero vienen demasiado rápido. No hay otro remedio que reducir la afluencia.

—O detenerla.

El hombre puso los ojos en blanco y con una mueca apeló a la comprensión de John. El muchacho es joven, entiéndalo, parecía querer decir.

—No tengo capacidad de decisión... —comenzó John, pero el hombre lo interrumpió.

—Puede apoyarla. Usted es poderoso y está de nuestro lado.

—¿Vienen de parte de Hiroko?

El joven chasqueó la lengua contra el paladar. El hombre del rostro flaco no dijo nada. Cuatro caras miraron a John; la otra observaba fijamente la ventana.

—¿Han estado saboteando los agujeros entre la corteza y el manto?

—preguntó John.

—Queremos que frene la inmigración.

—Yo quiero que frenen el sabotaje. Lo único que consiguen así es que venga más gente. Policía. El hombre lo escrutó.

—¿Que le hace pensar que podemos contactar con los saboteadores?

—Encuéntrenlos. Atáquenlos de noche. El hombre sonrió.

—Ojos que no ven, corazón que no siente.

—No por necesidad.

Tenían que pertenecer al grupo de Hiroko. La navaja de Occam. No podía haber más de un grupo oculto. O tal vez sí. Se sintió mareado y se preguntó si no estarían alterando el aire con drogas en aerosol. Se sentía muy extraño, todo era irreal, onírico; el viento azotaba el rover y hubo un súbito estallido de música cólica, un misterioso y prolongado aullido. Los pensamientos de John eran lentos y pesados, y tuvo deseos de bostezar. Eso es, pensó. Todavía intento despertar de un sueño.

—¿Por qué se ocultan? —oyó que él mismo preguntaba.

—Construimos Marte. Igual que usted. Estamos de su lado.

—Entonces, tendrían que ayudarme. —Trató de pensar.— ¿Qué piensan del ascensor espacial?

—No nos interesa —contestó el joven—. No es eso lo que importa. Lo que

importa es la gente.

—El ascensor traerá a mucha más gente.

—Reduzca la inmigración —dijo el hombre—, y ni siquiera se podrá construir.

Otro largo silencio, acentuado por el espectral comentario del viento.

¿Ni siquiera se podrá construir? ¿Es que creían que lo construiría la gente? Tal vez se referían al dinero.

—Lo investigaré —repuso John. El joven se volvió y lo miró, pero John alzó una mano—. Haré lo que pueda. —Vio la mano ante él, una cosa enorme y rosada.— *Es* todo lo que puedo garantizar. Si les prometiera resultados, mentiría. Sé a qué se refieren. Haré lo que pueda.

—Pensó con dificultad.— Tendrían que trabajar abiertamente,

ayudándonos. Necesitamos más ayuda.

—Cada uno a su manera —dijo el hombre en voz baja—. Ahora nos marcharemos. Estaremos atentos para ver qué hace.

—Dígale a Hiroko que quiero hablar con ella.

Los cinco hombres lo miraron a los ojos, el joven con intensidad y enfado.

El de la cara delgada sonrió fugazmente.

—Si la veo se lo diré.

Uno de los hombres en cuclillas extendió un bulto azul transparente: una esponja de aerogel, apenas visible bajo las luces nocturnas. La mano que la sostenía se cerró en un puño. Sí, una droga. John se abalanzó rápidamente sobre el joven, le arañó el cuello desnudo, y se derrumbó en el suelo, paralizado.

Cuando recuperó el sentido se habían ido. Le dolía la cabeza. Se desplomó sobre la cama y cayó en un sueño inquieto. Soñó con Frank, y John le habló de la visita. «Eres un tonto», dijo Frank. «No lo entiendes.» Cuando despertó de nuevo ya era de mañana, una mañana que se arremolinaba con ocres tostados al otro lado del parabrisas. Durante el último mes los vientos parecían haber amainado, pero era difícil estar seguro. Entre las nubes de polvo aparecían unas sombras fugaces que en seguida se disolvían de nuevo en el caos, breves alucinaciones provocadas por la privación de estímulos sensoriales. Ciertamente la tormenta era una continua privación de estímulos y empezaba a volverse claustrofóbica. Ingirió un poco de omeg, se puso el traje, salió y recorrió la zona, respirando polvo y agachándose para seguir las huellas de los visitantes. Atravesaban el lecho de roca y desaparecían. Una cita complicada, pensó: un rover perdido en la noche, ¿cómo lo habían encontrado?

Pero si lo habían estado siguiendo...

Una vez dentro del vehículo llamó a los satélites. El radar y el infrarrojo no captaban otra cosa que el rover. Hasta los trajes habrían aparecido en el infrarrojo, de manera que quizá tenían un refugio cerca. Era fácil esconderse en aquellas montañas. Recuperó el mapa de Hiroko y trazó un círculo aproximado alrededor del valle, extendiéndolo al norte y al sur. Ya tenía varios círculos en el mapa, pero los equipos de tierra no habían peinado ninguno exhaustivamente, y era probable que nunca lo hicieran, ya que eran casi todos un terreno caótico, tierra devastada del tamaño de Wyoming o Texas.

—Es un mundo grande —musitó.

Vagó por el interior del vehículo, con la vista clavada en el suelo. Entonces recordó lo último de la noche anterior. Se examinó las uñas; sí, ahí tenía pegado un pequeño fragmento de piel. Sacó una bandeja de muestras del pequeño autoclave y con cuidado pasó el material a la bandeja. La identificación del genoma estaba muy

por encima de las capacidades del rover; pero cualquier laboratorio grande sería capaz de identificar al joven desconocido, si su genoma estaba registrado. Y si no, también sería una información útil. Quizá Úrsula y Vlad pudieran identificarlo por el parentesco.

Esa tarde volvió a localizar el camino de radiofaros de respuesta y bajó a la Cuenca de Hellas a última hora del día siguiente. Allí encontró a Sax, que asistía a una conferencia sobre el nuevo lago, aunque daba la impresión de que se estaba convirtiendo en una conferencia sobre iluminación artificial en la agricultura. A la mañana siguiente John lo llevó a dar un paseo por los túneles transparentes que unían los edificios; caminaron por una cambiante oscuridad amarilla; el sol era un brillante color azafrán en las nubes del este.

—Creo que he conocido al Coyote —dijo John.

—¿De verdad? ¿Te dijo dónde está Hiroko?

—No.

Sax se encogió de hombros. Parecía concentrado en una conferencia que tenía que dar esa tarde. Así que John decidió esperar y esa noche asistió a la charla con el resto de los colonos de la estación del lago. Sax le aseguró a la multitud que las microbacterias atmosféricas, de la superficie y del permafrost, crecían a un ritmo que era una importante fracción de los limites teóricos —alrededor de un dos por ciento, para ser precisos—, y que en el plazo de unas pocas décadas tendrían que enfrentar el problema de los cultivos en el exterior. Nadie aplaudió. Lo más importante ahora era resolver los espantosos problemas generados por la Gran Tormenta, que según algunos había comenzado como resultado de un error de cálculo de Sax. La insolación en superficie era aún un veinticinco por ciento de la normal, como uno de los asistentes señaló mordazmente, y la tormenta no daba señales de ceder. Las temperaturas habían descendido y los nervios subían. Ninguno de los recién llegados había disfrutado últimamente más que de unos pocos metros de visibilidad, y los problemas psicológicos, desde el aburrimiento a la catatonia, eran pandémicos.

Sax lo descartó todo con un leve encogimiento de hombros.

—Es la última tormenta global —afirmó—. Entrará en la historia como un fenómeno de la edad heroica. Disfrútenla mientras dure.

El comentario fue poco apreciado. Sin embargo, él no pareció darse cuenta.

Unos días después, Ann y Simón llegaron al asentamiento con su hijo Peter, que ya tenía tres años. Hasta donde sabían, había sido el trigésimo tercer niño nacido en Marte; los colonos establecidos después de los primeros cien habían sido bastante prolíficos. John jugó con el niño en el suelo mientras Ann, Simón y él se enteraban de las últimas noticias e intercambiaban algunas de las mil y una historias de la Gran Tormenta. John imaginaba que Ann estaría disfrutando con la tormenta y el espantoso revés que había infligido al proceso de terraformación, como una especie de respuesta alérgica planetaria, las temperaturas descendiendo de continuo y los temerarios experimentadores luchando con sus insignificantes máquinas atascadas... Pero no la divertía. En realidad, estaba irritada, como de costumbre.

—Un equipo de prospección perforó una chimenea volcánica en Daedalia y dio con una muestra que contenía microorganismos unicelulares muy diferentes de las cianobacterias que tú soltaste en el norte. Y la chimenea estaba bastante encajada en el lecho de roca y muy alejada de cualquier punto de liberación biótico. Enviaron muestras del material a Acheron para que lo analizaran, y Vlad lo estudió y declaró que parecía la cepa mutante de una que ellos habían soltado, quizá inyectada en la

roca por maquinaria de perforación contaminada. —Ann clavó el dedo en el pecho de John:— Probablemente terrana, dijo Vlad.

¡*Probablemente* terrana!

—*¡Pobablemente tedana!* —dijo el pequeño Peter. captando a la perfección la entonación de Ann.

—Bueno, probablemente lo sea —dijo John.

—¡Pero jamás lo sabremos! Terminarán discutiéndolo durante siglos, habrá una revista dedicada sólo a esa cuestión, *pero jamás lo sabremos con certeza.*

—Si es tan parecido como para reconocerlo, probablemente es terrano —dijo John, sonriéndole al niño—. Cualquier cosa que hubiera evolucionado al margen de la vida terrana sería detectada de inmediato.

—Probablemente —repitió Ann—. Pero ¿y si hubiera una fuente común, la teoría de las esporas del espacio, por ejemplo, o deyecciones expulsadas de un planeta a otro con microorganismos enterrados en la roca?

—Eso no es muy factible, ¿verdad?

—No lo sabemos. Y ahora, jamás lo sabremos. A John te costaba compartir esa preocupación.

—Quizá vinieron con las naves Viking —dijo—. Nunca se intentó esterilizar a fondo nuestras exploraciones, así son las cosas. Mientras tanto, tenemos problemas más acuciantes.

Como la tormenta de polvo global más prolongada que se hubiera registrado jamás, o la afluencia de inmigrantes cuyo compromiso con Marte era tan mínimo como sus hábitats, o la próxima revisión del tratado con el que nadie estaba de acuerdo, o un proyecto de terraformación que mucha gente odiaba. O un planeta natal que estaba alcanzando un punto crítico. O un intento (o dos) de hacer daño a un tal John Boone.

—Sí, sí —aceptó Ann—. Lo sé. Pero todo eso es política, de la que nunca nos libraremos. Esto era ciencia, y yo quería una respuesta a esa pregunta. Y ya no puedo tenerla. Nadie puede.

John se encogió de hombros.

—Nunca lo sabremos, Ann. No importa lo que pase. Nunca. Era una de esas preguntas destinadas a quedar sin respuesta. ¿No lo sabías?

—*Pobablemente tedana.*

Pocos días después de esa conversación, un cohete aterrizó en la pequeña plataforma de la estación del lago y un reducido grupo de terranos emergió del polvo, todavía dando saltos alrededor mientras caminaban. Se presentaron como agentes de investigación, enviados con autorización de la UNOMA a investigar el sabotaje y los distintos incidentes. En total eran diez, ocho hombres jóvenes bien formados, salidos directamente de los vídeos, y dos mujeres jóvenes y atractivas. Casi todos pertenecían al FBI norteamericano. El jefe, un hombre alto de cabello castaño llamado Sam Houston, pidió una entrevista con John Boone y John se la concedió cortésmente.

Cuando a la mañana se reunieron después del desayuno —estaban allí seis de los agentes, incluidas las dos mujeres—, respondió a todas las preguntas sin ninguna vacilación, aunque instintivamente les contó sólo lo que creía que ya sabían, añadiendo un poco más para parecer sincero y servicial. Ellos se mostraron educados y deferentes, minuciosos en el interrogatorio, en extremo reticentes sí él a su vez les preguntaba algo. Parecían desconocer los detalles de la situación en Marte y le hicieron preguntas de cosas que habían sucedido durante los primeros años en la Colina Subterránea, o durante la época de la desaparición de Hiroko.

Era obvio que estaban al tanto de los acontecimientos de aquella época y de las diferentes relaciones entre las estrellas de los medios de comunicación que eran los primeros cien; le hicieron un montón de preguntas sobre Maya, Phyllis, Arkadi, Nadia, el grupo de Acheron, Sax... todos eran bien conocidos para estos jóvenes terranos, al menos como figuras de la televisión. Pero parecía que no sabían mucho más, aparte de lo que se había grabado y enviado a la Tierra. John, la mente dispersa, se preguntó si eso sería verdad para todos los terranos. Al fin y al cabo, ¿de qué otras fuentes de información disponían?

Al final de la entrevista, uno de ellos, llamado Chang, le preguntó sí había algo más que quisiera decir. John, que entre otras muchas cosas había omitido la narración de la visita nocturna del Coyote, repuso:

—¡No se me ocurre nada!

Chang asintió, y entonces Sam Houston dijo:

—Apreciaríamos mucho que nos diera acceso a su la sobre estas cuestiones.

—Lo siento —dijo John como disculpándose—. No doy acceso a mi IA.

—¿Es que tiene una clave de destrucción? —preguntó Houston,

sorprendido.

—No. Lo que pasa es que no la doy. Ésos son mis registros privados.

—John clavó la vista en los ojos del hombre: parecía embarazado y los otros lo miraban.

—Si lo prefiere, podemos, hum, obtener un mandato de la UNOMA.

—En realidad, dudo que pueda. Y aunque lo consiguiera, yo no le daría acceso. —John le sonrió, casi se rió. Otra ocasión en que ser el Primer Hombre en Marte le resultaba útil. No había nada que le pudieran hacer sin provocar demasiados problemas. Se puso de pie y examinó al pequeño grupo con toda la sosegada arrogancia que pudo mostrar, que fue mucha.— Háganme saber si hay algo más en que pueda ayudarlos.

Abandonó el cuarto. «Pauline, entra en el centro de comunicaciones y copia todo lo que puedas.» Llamó a Helmut y recordó que también sus propias llamadas estarían intervenidas. Hizo preguntas breves, como si sólo estuviera comprobando credenciales Sí, la UNOMA había enviado a un equipo. Era parte de una fuerza especial creada en los últimos seis meses para solucionar los problemas de Marte.

Así que ahora había policía en Marte, además de un detective. Bueno, no podía esperarse otra cosa. Sin embargo, era irritante. No podría ir de un lado a otro libremente mientras ellos rondaban por ahí vigilándolo, suspicaces, porque no les había dado acceso a Pauline. En cualquier caso, no había gran cosa que hacer en Hellas. No había habido allí ningún sabotaje, y parecía improbable que fuera a cometerse ahora. Maya no se mostró muy comprensiva, no quería que la molestara con sus problemas, ella ya tenía suficiente con los suyos, los aspectos técnicos del proyecto del acuífero.

—Lo más probable es que tú seas el principal sospechoso —le dijo irritada—. Estas cosas siempre te ocurren a ti: un camión en Thaumasia, un pozo en Bakhuisen, y ahora no los dejas entrar en tus archivos. ¿Por qué no?

—Porque no me gustan —repuso John, mirándola con ojos coléricos. La relación con Maya había vuelto a la normalidad. Bueno, en realidad no; seguían con sus hábitos manteniendo un cierto buen humor, como si interpretaran un papel en una obra de teatro, sabiendo que disponían de tiempo para todo, sabiendo ahora qué cosas eran reales, qué había en el fondo de esa relación. De modo que en ese sentido habían mejorado. Sin embargo, en la superficie era el mismo y viejo melodrama. Maya se negaba a entender, y al final John se rindió. Después de la

llamada estuvo pensándolo durante un par de días. Bajó a los laboratorios de la estación e hizo que la muestra de piel que se había sacado de debajo de las uñas fuera puesta en cultivo, y luego clonada y analizada. No había nadie con ese genoma en los registros planetarios, así que envió la información a Acheron y solicitó un análisis y cualquier otra información posible. Úrsula le devolvió los resultados en clave y añadió al final una sola palabra: *Felicitaciones.*

Volvió a leerlo y soltó un juramento en voz alta. Salió a dar un paseo, alternando las carcajadas con las maldiciones.

—¡Maldita seas, Hiroko! ¡Maldita seas en el infierno! ¡Sal de tu agujero y ayúdanos! ¡Ja, ja, ja! ¡Zorra! ¡Estoy harto de toda esa mierda de Perséfone!

Hasta los túneles peatonales le parecían opresivos en ese momento. Fue hasta el garaje, se vistió y salió por la antecámara a dar un paseo, el primero en muchos días. Se encontraba en el brazo septentrional de la ciudad, sobre un liso suelo desértico. Dio vueltas, siempre dentro de la fluctuante columna de aire limpio que generaba la ciudad, observando y pensando. Hellas iba a ser mucho menos impresionante que Burroughs, Acheron o Echus, incluso menos que Senzeni Na. Situada en el punto bajo de la cuenca, no había allí cumbres sobre las que construir y ningún panorama interesante. Aunque continuaba el azote de los remolinos de polvo, y éste no era el momento más idóneo para opinar. La ciudad había sido levantada en un semicírculo, y con el tiempo sería la línea costera del nuevo lago. Quizá tuviera un hermoso aspecto cuando eso sucediera —una zona de puertos—, pero mientras tanto era tan monótono como la Colina Subterránea, con los últimos avances en plantas de energía y mecanismos de servicio, respiraderos, cables, túneles como gigantescas mudas de serpiente... el viejo aspecto de una estación científica, sin consideraciones estéticas. Bueno, no tenía mucha importancia. No podían poner todas las ciudades en una cima montañosa.

Dos personas pasaron junto a él, con los visores de los cascos polarizados. Qué raro, pensó, si ya tenían la oscuridad de la tormenta. De pronto las figuras se abalanzaron sobre él y lo tiraron al suelo. Se levantó de la arena con un salto salvaje al estilo John Cárter, adelantando los puños, pero vio con sorpresa que ellos ya corrían hacia las nubes de polvo batidas por el viento. Se tambaleó y los miró con atención. Desaparecieron detrás de los velos de polvo. La sangre le bullía, y sintió un fuego en los hombros. Alzó la mano y se los tocó; le habían rasgado el traje. Apretó la mano sobre la rotura y echó a correr a toda velocidad. Ya no sentía los hombros. Era incómodo correr con el brazo levantado y la mano detrás del cuello. El suministro de aire parecía estar intacto —no—, tenía un corte en el tubo, a la altura del cuello. Separó la mano del hombro el tiempo suficiente para teclear circulación máxima en el ordenador de muñeca. El frío le bajaba por la espalda como un fantasma de agua helada. Cien grados centígrados bajo cero. Contuvo el aliento y pudo sentir el polvo en los labios, resecándole la boca. Era imposible calcular cuánto CO_2 entraba en el suministro de oxígeno, pero no hacía falta mucho para matarlo.

El garaje apareció entre la oscuridad; había corrido directamente hacía él, y se sintió muy satisfecho consigo mismo hasta que llegó a la puerta de la antecámara y apretó el botón de apertura y nada ocurrió. Era fácil bloquear una antecámara, bastaba con dejar abierta la puerta de dentro. Los pulmones le ardían, necesitaba respirar. Rodeó a la carrera el garaje hacia el tubo de peatones que conectaba con el habitat propiamente dicho; lo alcanzó y miró a través de las capas de plástico. Nadie a la vista. Quitó la mano de la rotura en el hombro, y abrió rápidamente la caja que tenía en el antebrazo izquierdo; sacó el pequeño taladro, lo encendió y lo empotró en el plástico, que cedió sin romperse y se arrolló en torno a la broca giratoria, hasta que el taladro casi le rompió el codo. Hurgó frenéticamente con la herramienta y al fin consiguió que el plástico se desgarrara; entonces tiró hacia abajo, ensanchó el agujero y al fin pudo entrar con la cabeza por delante. Cuando estuvo dentro hasta la cintura se quedó quieto, utilizando el cuerpo como un tosco

tapón. Se desabrochó el casco y se lo arrancó de la cabeza y jadeó en busca de aire como si emergiera de una inmersión prolongada, *fuera* dentro *fuera dentro fuera* dentro. Elimina ese CO_2, de la sangre. Tenía entumecidos los hombros y el cuello. Allá en el garaje sonaba una alarma.

Después de veintidós segundos de pensamientos atropellados, pasó de un tirón las piernas por el agujero y corrió por el tubo en creciente despresurización hacia el habitat, alejándose del garaje. Por fortuna la puerta se abrió respondiendo a la orden. Una vez dentro, saltó al interior de un ascensor y bajó hasta la tercera planta subterránea, donde se alojaba en una de las suites de invitados. Dejó la puerta del ascensor abierta y se asomó. Nadie a la vista. Corrió a su habitación. Una vez dentro, se arrancó el traje y lo escondió junto con el casco en el armario. Hizo una mueca cuando se vio en el espejo, los hombros y omóplatos blanquecinos, un terrible caso de congelación. Tomó un analgésico oral y una dosis triple de omegendorfo, se puso una camisa con cuello, y pantalones y zapatos. Se peinó y se arregló. La cara en el espejo mostraba unos ojos vidriosos y distraídos, casi atontados. Contorsionó con violencia la cara, la abofeteó, la volvió a la expresión normal, y empezó a respirar profundamente. Las drogas estaban haciendo efecto y la imagen en el espejo pareció un poco mejor.

Salió al pasillo y se encaminó al bulevar excavado en la roca, que descendía otras tres plantas más. Caminó junto a la barandilla y miró a la gente de abajo; sintió una curiosa mezcla de júbilo y cólera. Entonces Sam Houston y una de sus colegas se le acercaron.

—Disculpe, señor Boone, ¿tendría la amabilidad de venir con nosotros?

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ha habido otro incidente. Alguien abrió uno de los tubos peatonales.

—¿Que se abrió un tubo peatonal? ¿Llama a eso un *incidente?* Tenemos satélites espejo saliéndose de sus órbitas, camiones que caen en los agujeros entre la corteza y el manto, ¿y usted llama a una tontería como ésa un *incidente?* — Houston lo miró con ojos centelleantes y Boone casi se rió del hombre.— ¿En qué cree que puedo ayudar?

—Sabemos que ha estado trabajando en esto para el doctor Russell. Creímos que le gustaría estar al tanto.

—Oh, comprendo. Bueno, pues entonces vayamos a ver qué pasa.

Y durante casi dos horas lo examinaron todo, mientras los hombros le ardían como fuego. Houston y Chang y los otros investigadores le hablaban en un tono casi confidencial, ansiosos por que él interviniera, pero mirándolo fríamente, como si estuvieran evaluándolo. John les respondió con una ligera sonrisa.

—Me pregunto por qué habrá sucedido ahora —le comentó Houston en un momento.

—Quizá a alguien no le gusta la presencia de ustedes aquí —dijo John.

Sólo cuando toda la charada acabó, tuvo tiempo para pensar por qué no quería que se enteraran del ataque. Sin duda habría atraído a más investigadores y eso no era bueno; y ciertamente se habría convertido en la historia más importante en Marte y en la Tierra, lo que lo habría devuelto a la vitrina más allá. Y ya estaba harto de vitrinas.

Pero había algo más que no lograba precisar. El detective del subconsciente. Resopló con disgusto. Para distraerse del dolor merodeó de comedor en comedor, esperando captar alguna expresión de mal disimulada sorpresa cada vez que entraba en una sala. ¡De vuelta de entre los muertos! ¿Quién de vosotros me asesinó? Y en una o dos ocasiones vio a alguien que se encogía cuando él lo miró a los ojos. Pero en verdad, pensó agriamente, fueron muchos los que parecían

acobardados. Como si evitaran la mirada de un monstruo, o de un hombre condenado. Nunca antes había sentido su fama de esta manera; estaba furioso.

El efecto de los analgésicos había empezado a desvanecerse, y regresó de prisa a su cuarto. La puerta estaba entreabierta. Se precipitó dentro y se encontró con dos investigadores de la UNOMA.

—¿Qué están haciendo? —gritó enfurecido.

—Sólo lo buscábamos —repuso uno de ellos con suavidad. Se miraron—. No nos gustaría que intentaran algo contra usted.

—¿Como un allanamiento de morada? —dijo Boone de pie, apoyado en el marco de la puerta.

—Es parte del trabajo, señor. Lamentamos de veras haberlo molestado.

Arrastraron los pies nerviosamente, atrapados entre las cuatro paredes de la habitación.

—¿Y quién los ha autorizado? —preguntó Boone, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Bueno... —De nuevo volvieron a mirarse.— El señor Houston es nuestro oficial superior...

—Llámenlo y hagan que venga.

Uno de ellos susurró en su ordenador de muñeca. En un tiempo sospechosamente breve Sam Houston apareció en el corredor, y mientras avanzaba a grandes zancadas con el ceño fruncido, John soltó una carcajada.

—¿Qué hacía, esconderse detrás de la esquina?

Houston se plantó justo delante de él, adelantó la cara, y en voz baja dijo:

—Mire, señor Boone, nos encargaron una investigación importante y usted la está obstruyendo. A pesar de lo que parece creer, usted no está por encima de la ley...

Boone se adelantó bruscamente. Houston tuvo que retroceder para evitar que la nariz de Boone chocara contra la suya.

—Usted no es la ley —dijo. Empujó a Houston, obligándolo a retroceder. El agente empezó a enojarse, y John se rió—. ¿Qué va a hacer, oficial? ¿Arrestarme? ¿Amenazarme? ¿Darme un argumento para que lo incluya en mi próximo informe en Eurovid? ¿Le gustaría? ¿Le gustaría que le mostrara al mundo cómo John Boone fue acosado por un dios de hojalata con una chapa de hojalata, un funcionario que vino a Marte pensando que era un sheriff en el Salvaje Oeste? —Recordó haber pensado que cualquiera que hablara de sí mismo en tercera persona era un declarado idiota, y se rió y dijo:— ¡A John Boone no le gustan esas cosas! ¡No le gustan nada!

Los otros dos habían aprovechado la oportunidad para escabullirse, y ahora observaban con atención desde fuera del cuarto. La cara de Houston estaba del color del Monte Ascraeus y enseñaba los dientes.

—Nadie está por encima de la ley —rechinó—. Aquí ha habido actos criminales muy peligrosos, y muchos ocurren cuando usted anda cerca.

—Como el allanamiento de morada.

—Si decidimos que necesitamos inspeccionar sus aposentos, o sus registros, para avanzar en nuestra investigación, entonces eso es lo que vamos a hacer. Estamos autorizados.

—Y yo digo que no lo están —repuso John con arrogancia, y chasqueó los dedos en las narices del hombre.

—Vamos a registrar sus aposentos —dijo Houston, articulando cada palabra cuidadosamente.

—Lárguese —dijo John despectivamente, y se volvió hacia los otros dos y con un ademán los echó. Rió, el labio torcido en una mueca de desdén—: ¡Eso es, largo! ¡Fuera de aquí, incompetentes! ¡Vayan a leer las reglas sobre registros e incautaciones!

Entró en la habitación y cerró la puerta.

Se detuvo. Parecía que se marchaban, pero en cualquier caso tenía que actuar como si no le importase. Soltó una carcajada, fue al cuarto de baño y tomó más analgésicos.

No habían llegado a abrir el armario, *lo* que era una suerte; habría sido difícil explicar el traje desgarrado sin contar la verdad, y eso sí que habría sido engorroso. Era extraño cómo se enredaban las cosas cuando ocultas que alguien ha intentado matarte. Se detuvo a pensarlo. Después de todo, el intento había sido bastante torpe. Había cien maneras más efectivas de matar a alguien que se pasea en la atmósfera marciana protegido sólo por un traje. Y si sólo intentaban asustarlo, o si esperaban que él intentara *ocultar* el ataque, para luego decirle que había mentido y acusarlo de algo...

Sacudió la cabeza, confundido. La navaja de Occam, la navaja de Occam. La herramienta principal del detective. Si alguien te ataca, pretende hacerte daño, eso era una idea básica, un hecho fundamental.

Era importante averiguar quiénes habían sido los agresores. Y luego seguir adelante. Los analgésicos eran potentes y los efectos del omegendorfo se estaban desvaneciendo. Le resultaba difícil pensar. Iba a ser un problema deshacerse del traje; el casco en especial era un objeto grande y abultado. Pero ahora ya estaba metido a fondo en el asunto, y no había una salida airosa. Se rió; sabía que ya se le ocurriría algo.

Quería hablar con Arkadi. Sin embargo, le informaron que Arkadi había concluido con Nadia el tratamiento gerontológico en Acheron y había regresado a Fobos. John todavía no había visitado nunca la pequeña y rápida luna.

—¿Por qué no subes y la ves? —dijo Arkadi por teléfono—. Es mejor hablar en persona, ¿no?

—De acuerdo.

No había estado en el espacio desde el aterrizaje del *Ares* veintitrés años atrás, y las sensaciones familiares de aceleración e ingravidez le provocaron un inesperado acceso de náuseas. Se lo contó a Arkadi mientras se acoplaban con Fobos, y éste dijo: —A mí me sucedía siempre, hasta que empecé a beber vodka justo antes de despegar—. Tenía una larga explicación fisiológica, pero los detalles empezaron a sacar a John de quicio y lo interrumpió. Arkadi soltó una carcajada; el tratamiento gerontológico le había proporcionado la habitual exaltación postoperatoria, sin olvidar que siempre había sido un hombre alegre; tenía el aspecto de alguien que en mil años nunca volvería a estar enfermo.

Stickney resultó ser una pequeña ciudad bulliciosa, la cúpula del cráter cubierta con lo mas nuevo en revestimientos contra la radiación, y el suelo en círculos concéntricos escalonados que descendían hasta una plaza en el fondo. Los círculos se alternaban entre parques y edificios de dos plantas con jardines en los tejados. Había redes en el aire para la gente que perdía el control en los saltos a través de la ciudad, o que despegaba por accidente; la velocidad de salida era de cincuenta kilómetros por hora, de modo que casi era posible escapar a la gravedad.

Justo debajo de los cimientos de la cúpula, John divisó una versión en pequeño del tren exterior de circunvalación; marchaba horizontalmente comparado con los edificios de la ciudad, y a una velocidad que devolvía a los pasajeros a una sensación de gravedad marciana. Paraba cuatro veces al día a recoger gente, pero sí John se refugiaba en el tren, sólo retrasaría su aclimatación en Fobos, de modo que se metió en la habitación para huéspedes que le habían asignado, y esperó como pudo a que le desaparecieran las náuseas. Al parecer ahora era un habitante planetario, un marciano para siempre, de manera que abandonar Marte significaba dolor. Ridículo pero cierto.

Al día siguiente se sentía mejor y Arkadi lo llevó de excursión por Fobos. El interior estaba lleno de túneles, galenas y enormes cámaras abiertas. En muchas de ellas aún se llevaban a cabo trabajos de minería en busca de agua y combustible. La mayoría de los túneles eran tubos funcionales corrientes, pero las habitaciones interiores y algunas de las galerías grandes se habían construido de acuerdo con las teorías socioarquitectónicas de Arkadi, que le mostró a John corredores circulares, áreas mixtas de trabajo y recreo, amplias terrazas, paredes metálicas con grabados, características todas que se habían vuelto comunes durante la fase de construcción en los cráteres, pero de las que Arkadi todavía se sentía orgulloso.

Tres de los pequeños cráteres de superficie en la cara opuesta de Stickney habían sido abovedados con vidrio y albergaban unas villas desde las que se veía el planeta, que pasaba veloz debajo de ellos: panorámicas jamás visibles desde Stickney, ya que el largo eje de Fobos estaba permanentemente orientado hacia Marte, con el gran cráter siempre en el otro lado. Arkadi y John se encontraban en Semenov, mirando a través de la cúpula. Marte llenaba medio cielo, amortajado en nubes de polvo.

—La Gran Tormenta —dijo Arkadi—. Sax tiene que estar volviéndose loco.

—No —dijo John—. Dice que es algo pasajero. Un fallo.

Arkadi silbó entre dientes. Ambos habían recuperado la vieja y relajada camaradería, el sentimiento de que eran iguales, hermanos desde tiempos remotos. Arkadi era el mismo de siempre, alegre, bromista, desbordante de proyectos y opiniones, con una seguridad que complacía inmensamente a John, aun a pesar de que estaba seguro de que muchas de las ideas de Arkadi eran erróneas e incluso peligrosas.

—Pero, es probable que Sax tenga razón —dijo Arkadi—. Si esos tratamientos contra la vejez funcionan, y vivimos más décadas que antes, habrá sin duda una revolución social. La brevedad de la vida era una de las fuerzas primordiales en la estabilidad de las instituciones, aunque parezca extraño. Sin embargo, es mucho más fácil aferrarse a cualquier esquema de supervivencia a corto plazo que arriesgarlo todo en un nuevo plan que podría no funcionar... A nadie importa que ese plan a corto plazo pueda ser muy destructivo para las próximas generaciones. Ya sabes, que se las apañen. Pero, si pudieras estudiarlo, y luego analizarlo durante otros cincuenta años quizá, podrías acabar diciendo:

¿Por qué no hacerlo más racional? ¿Por qué no convertirlo en algo más afín a nuestros deseos? ¿Qué nos detiene?

—Tal vez sea por eso que las cosas se están volviendo tan extrañas allí abajo en la Tierra —dijo John—. Pero, en cierto modo, no creo que esta gente tenga una perspectiva a largo plazo. —Le resumió a Arkadi la historia de los sabotajes, y concluyó sin más:— ¿Sabes quién los lleva a cabo, Arkadi? ¿Estás involucrado?

—¿Qué, yo? No, John, tú me conoces. Esos actos de destrucción son estúpidos. Por lo que parece, son obra de los rojos, y yo no soy un rojo. No sé con seguridad quién los lleva a cabo. Es probable que Ann sí lo sepa, ¿se lo has preguntado?

—Dice que no lo sabe.

Arkadi soltó una risa cloqueante.

—¡Sigues siendo el viejo John Boone! Mira, amigo mío, te diré por qué ocurren estas cosas, y luego podrás trabajar en el asunto de manera sistemática, y entonces tal vez lo comprendas. Ah, aquí viene el tren subterráneo para Stickney.., vamos, quiero mostrarte la cúpula del infinito, es realmente una obra magnífica.

Condujo a John hasta el cochecito del tren y descendieron flotando por un túnel casi hasta el centro de Fobos. El tren se detuvo y ellos salieron y atravesaron la sala estrecha y se impulsaron por un pasillo; John notó que el cuerpo se le había adaptado a la ingravidez, que de nuevo era capaz de flotar sin desorientarse. Arkadi lo guió hasta una amplia galería abierta, que a primera vista parecía ser demasiado grande para estar contenida en Fobos: suelo, pared y techo cubiertos de espejos facetados; unas placas redondas de magnesio pulido estaban dispuestas oblicuamente, de modo que cualquiera que se encontrase en ese espacio de microgravedad se veía reflejado en miles de regresiones infinitas.

Aterrizaron y engancharon los pies en unas anillas y flotaron como plantas en el fondo del mar en una movediza multitud de Arkadis y Johns.

—Verás, John, la base económica de la vida marciana empieza a cambiar —dijo Arkadi—. ¡No, no te atrevas a burlarte! Hasta ahora no hemos vivido en una economía monetaria. Habitar en una de las estaciones científicas es como ganar un premio que te libera de la rueda económica. Nosotros ganamos el premio, lo mismo que otros muchos más, y todos ya llevamos aquí bastantes años, viviendo de esa manera en las estaciones. Sin embargo, ahora la gente llega a Marte en torrentes,

¡miles y miles! Y muchas de esas gentes vienen a trabajar, a ganar algún dinero, y regresar luego a la Tierra. Trabajan para las transnacionales que han obtenido concesiones de la UNOMA. La letra del tratado de Marte se respeta porque supuestamente la UNOMA está a cargo de todo, pero el espíritu del tratado se quiebra a diestra y siniestra, aun por la misma UN.

John asentía.

—Sí, ya me he dado cuenta. Helmut me lo expuso cara a cara.

—Helmut es un gusano. Pero escucha, cuando se proponga la renovación del tratado, cambiarán la letra de la ley. E irán todavía más lejos. Todo empezó con el descubrimiento de metales estratégicos y todo este espacio. Para un montón de países de allí abajo Marte es la salvación, y para las transnacionales un territorio nuevo.

—¿Y crees que tendrán apoyo como para modificar el tratado?

Millones de Arkadis miraron con ojos desorbitados a millones de Johns.

—¡No seas tan ingenuo! ¡Pues claro que tendrán apoyo! Mira, el tratado de Marte está basado en el viejo tratado sobre el espacio. Primer error, porque ese tratado era un convenio realmente muy frágil, y por tanto el de Marte también lo es. Según las cláusulas del propio tratado, los países pueden convertirse en miembros con derecho a voto sólo con tener intereses aquí, razón por la que no paramos de ver nuevas estaciones científicas nacionales: de la Liga Árabe, Nigeria, Indonesia, Azania, Brasil, la India, China y todas las demás. Y unos cuantos de estos nuevos países se convierten en miembros con la intención específica de romper el tratado. Quieren abrir Marte a los gobiernos individuales, fuera del control de la UN. Y las transnacionales enarbolan banderas acomodaticias de países como Singapur y las Seychelles y Moldavia para intentar abrir Marte a los asentamientos privados, controlados por las corporaciones.

—Todavía faltan años para la renovación —dijo John. Un millón de Arkadis pusieron los ojos en blanco.

—Está ocurriendo ahora mismo. No sólo de palabra, sino aquí abajo día a día.

Cuando llegamos por primera vez, y durante los siguientes veinte años, Marte era como la Antártida, pero más puro. Estábamos fuera del mundo, ni siquiera teníamos bienes... algo de ropa, un ordenador, ¡y eso era todo! Tú sabes cómo pienso, John. Este orden se asemeja al modo de vida prehistórico, y por tanto a nosotros nos parece correcto, nuestros cerebros lo reconocen después de tres millones de años de práctica. En resumen, nuestros cerebros se desarrollaron en respuesta a las realidades de aquella vida. Y como resultado, la gente *crece fuertemente ligada* a ese tipo de vida. Eso permite que te concentres en el verdadero trabajo, que es todo lo que necesitas para seguir con vida, o hacer cosas, o satisfacer tu propia curiosidad, o jugar. Eso es la utopía, John, en especial para los primitivos y los científicos, lo que es decir todo el mundo. De modo que una estación científica de investigación en realidad es un modelo de utopía prehistórica, arrancada de la economía monetaria de las transnacionales por primates inteligentes que desean vivir bien.

—Uno pensaría que todo el mundo querría subir a bordo —dijo John.

—Sí, y quizá lo hagan, pero nadie los invita. Y eso quiere decir que no es una utopía auténtica. Nosotros, inteligentes primates científicos, deseábamos tener islas para nosotros solos, en vez de trabajar en beneficio de todo el mundo. Y por eso en realidad las islas son parte del orden transnacional. Las pagan, nunca son realmente gratis, jamás se da el caso de una investigación verdaderamente pura. Porque la gente que paga por las islas de los científicos, con el tiempo querrá rentabilizar la inversión. Y ahora estamos llegando a ese punto. Se nos exige que nuestra isla sea rentable. No llevamos a cabo investigación pura, sino investigación aplicada. Y con el descubrimiento de metales estratégicos, la aplicación se ha hecho evidente. Y así resurge todo lo de antes y volvemos a la propiedad, los precios y los salarios. El sistema de beneficios. La pequeña estación científica se convierte en una mina, con la habitual actitud minera ante la tierra que guarda tesoros. Y a los científicos se les pregunta: ¿Cuánto valor tiene lo que hacen? Se les pide que trabajen a cambio de una paga, y el beneficio del trabajo hay que entregárselo a los propietarios de los negocios para los que de pronto resulta que trabajan.

—Yo no trabajo para nadie —afirmó John.

—Bien, pero trabajas en el proyecto de terraformación, ¿y quién lo paga?

John probó con la respuesta de Sax:

—El sol.

Arkadi volvió a silbar entre dientes.

—¡Te equivocas! No se trata sólo del sol y de unos pocos robots, es tiempo humano, y mucho. Y esos humanos tienen que comer y vivir. Y por tanto, alguien les proporciona lo que necesitan, y también a nosotros; no nos hemos molestado en organizar una vida en la que podamos mantenernos a nosotros mismos.

John frunció el ceño.

—Bueno, al principio necesitábamos ayuda. Enviaron aquí millones de dólares en equipo. Un montón de tiempo útil, como dices tú.

—Sí, es verdad. Pero una vez aquí podríamos habernos esforzado en hacernos autónomos e independientes, para devolverles toda esa inversión y librarnos de ellos. Pero no lo hicimos, y ahora los tiburones prestamistas están aquí. Mira, allá en el principio, si alguien nos hubiera preguntado quién ganaba más dinero, tú o yo, habría sido imposible responder, ¿verdad?

—Correcto.

—Era una pregunta sin ningún sentido. Pero hazla ahora y tendríamos que discutirlo un rato largo. ¿Trabajas de consejero para alguien?

—Para nadie.

—Yo tampoco. Pero Phyllis es consejera de Amex, y de Subarashii y de Armscor. Y Frank es consejero de Honeywell-Messerschmidt, y de la GE y de Boeing y Subarashii. Y la lista continúa. Son más ricos que nosotros. Y en este sistema, más rico significa más poderoso.

Ya nos ocuparemos de eso, pensó John. Pero no lo dijo; no quería que Arkadi volviera a reírse.

—Y sucede *en todo Marte* —continuó Arkadi. Nubes de Arkadis agitaron los brazos alrededor, como un mándala tibetano de demonios pelirrojos—. Y, por supuesto, hay gente que se da cuenta. O yo se lo explico. Y esto es lo que debes comprender, John... hay gente que luchará para que nada cambie. Hay gente a la que le encantaba la sensación de vivir como un científico primitivo, tanto que se negará a abandonarla sin lucha.

—De ahí los sabotajes...

—¡Sí! Quizá algunos los cometen esas gentes. Yo creo que son un contrasentido, pero ellos no están de acuerdo. La mayoría de los sabotajes pretenden mantener Marte tal como era antes de que llegáramos. Yo no soy de ésos. Pero luchare para que Marte no se convierta en un puerto franco de la minería transnacional. Para que no nos convirtamos en esclavos felices de alguna clase ejecutiva encerrada en grandes mansiones fortificadas. —Miró a John y por el rabillo del ojo John vio alrededor una infinidad de confrontaciones.— ¿Tú no sientes lo mismo?

—En realidad, sí. —Sonrió.— Creo que si discrepamos, es principalmente por una cuestión de métodos.

—¿Tú qué propones?

—Bueno... ante todo que el tratado se renueve tal como está y luego que se cumpla.

—El tratado no se renovará —afirmó Arkadi con tono categórico—. Hará falta algo mucho más radical para detener a esa gente, John. Acciones directas... sí, ¡no seas tan incrédulo! Confiscación de bienes, o del sistema de comunicaciones... la implantación de nuestro propio cuerpo legal, respaldado por todo el mundo aquí, en las calles... ¡sí, John, sí! Se llegará a eso, porque hay armas bajo la mesa. Las manifestaciones y la insurrección son lo único que los derrotará, como lo demuestra la historia.

Un millón de Arkadis se arracimaron en torno a John, con una expresión mucho más seria que la de cualquier Arkadi que pudiera recordar... tan seria que las florecientes hileras de la propia cara de John exhibieron una expresión regresiva de preocupación boquiabierta. Cerró la boca.

—Primero me gustaría probarlo a mi manera —dijo.

Lo que hizo que todos los Arkadis se riesen. John le dio un empujón amistoso en el brazo y Arkadi cayó al suelo; en seguida se impulsó hacia él y lo agarró. Lucharon mientras pudieron mantener el contacto y luego salieron despedidos en direcciones opuestas; en los espejos, millones de Johns y Arkadis volaron hacia el infinito.

Más tarde regresaron al tren subterráneo y fueron a cenar a Semenov. Mientras comían contemplaron la superficie de Marte, que giraba lentamente como un gigante gaseoso. De pronto a John le pareció una gran célula anaranjada, un embrión o un huevo. Los cromosomas se movían rápidamente bajo el cascarón. Una nueva criatura que aguardaba nacer, genéticamente manufacturada. Todos intentaban unir ciertos genes (los propios) a unos plásmidos, insertarlos en las espirales del ADN de Marte, y obtener así lo que deseaban de esa nueva bestia quimérica. Sí, y a John le gustaba mucho lo que Arkadi quería introducir. Pero también tenía sus propios proyectos. Al final verían quién conseguía más del

genoma.

Miró a Arkadi, que también tenía la vista alzada hacia el planeta con la misma expresión seria que había mostrado en la sala de los espejos combinados. John descubrió que era una expresión grabada con precisión y fuerza, aunque ahora parecía múltiple y extraña, como vista a través del ojo de una mosca.

John descendió de vuelta a la oscuridad de la Gran Tormenta y allí abajo, en los sombríos días azotados por las ráfagas de viento y barridos por la arena, vio cosas que no había visto antes. Ésa era la ventaja de hablar con Arkadi. Prestaba atención de un modo nuevo; por ejemplo, viajó al sur desde Burroughs hasta el Agujero de Transición Sabishii («Solitario»), y visitó a los japoneses que vivían allí. Eran residentes antiguos, el equivalente japonés de los primeros cien, que habían llegado a Marte sólo siete años más tarde; y a diferencia de los primeros, se habían convertido en una verdadera unidad, y se habían «vuelto nativos» en gran escala. Sabishii había continuado siendo pequeño, incluso después de que excavaran allí el agujero entre la corteza y el manto. Estaba enclavada en una región de piedras grandes e irregulares, cerca del cráter Jarry-Desloges, y mientras bajaba por la última parte del sendero de radiofaros de respuesta, hacía el asentamiento, tuvo visiones fugaces de piedras talladas en forma de caras o figuras de exagerado tamaño, o cubiertas con elaboradas pictografías, o ahuecadas para albergar pequeños altares sintoístas o zen. Clavaba la vista en las nubes de polvo en pos de esas imágenes, pero siempre desaparecían como alucinaciones, vislumbradas y luego perdidas. Al salir a la tortuosa zona de aire despejado, se dio cuenta de que los sabishiianos habían transportado hasta allí las rocas sacadas del gran pozo, y que las distribuían en montículos curvos: un dibujo... desde el espacio parecería... ¿qué, un dragón? Y entonces llegó al garaje y fue recibido por un grupo de ellos, descalzos y con el pelo largo, vestidos con desgastados monos de color tostado o con el suspensorio de los luchadores de sumo: marchitos y sabios japoneses marcianos, que hablaban sobre los centros de *kami* de la región, y de cómo su más profundo sentido del *on* hacía tiempo que había pasado del emperador al planeta. Le mostraron sus laboratorios, donde trabajaban en areobotánica y en materiales textiles a prueba de radiación. También habían llevado a cabo un trabajo exhaustivo sobre emplazamientos de acuíferos y climatología en el cinturón ecuatorial. Al escucharlos, le pareció que tenían que estar en contacto con Hiroko, no tenía sentido que no fuera así. Pero se encogieron de hombros cuando les preguntó por ella. John se puso a trabajar en la atmósfera *de* confianza que tan a menudo era capaz de generar en los viejos residentes, la sensación de que remontaban el largo camino que habían recorrido juntos, de que volvían a su propia época antediluviana. Un par de días de hacer preguntas, de conocer la ciudad, de mostrar que era «un hombre que conocía el *giri*», y lentamente empezaron a confiar en él, a contarle de una manera sosegada pero franca que no les gustaba el súbito crecimiento de Burroughs, ni el agujero que tenían al lado, ni el aumento de población en general, ni las nuevas presiones a que eran sometidos por el gobierno japonés para que reconocieran el Gran Acantilado y «encontraran oro».

—Nos negamos —dijo Nanao Nakayama, un anciano arrugado con blancas y ralas patillas y pendientes color turquesa, y una larga coleta blanca—. No pueden obligarnos.

—¿Y si lo intentan? —preguntó John.

—Fracasarán. —Esa tranquila aceptación sorprendió a John, y le recordó la charla con Arkadi entre los espejos.

De modo que ahora veía más porque prestaba más atención, porque hacía preguntas nuevas. Pero otras eran el resultado de mensajes enviados por Arkadi a amigos y conocidos, para que se presentaran a John y le mostraran algunas cosas. Así, cuando en el camino de Sabishii hasta Senzeni Na se detenía en algún

asentamiento, a menudo lo abordaban pequeños grupos de dos, tres o cinco que se identificaban y decían: Arkadi pensó que podría interesarle ver esto o lo de más allá... Y lo conducían a una granja subterránea con una central de energía independiente, o un escondite de herramientas, o un garaje oculto lleno de rovers, o habitats completos en pequeñas mesas rocosas, vacíos pero listos para ser ocupados. John los seguía con los ojos desorbitados y la boca abierta, haciendo preguntas y sacudiendo la cabeza cuando le respondían. Sí, Arkadi le mostraba cosas; ¡había todo un movimiento allí abajo, un grupo pequeño en cada ciudad!

Finalmente llegó a Senzeni Na. Regresaba porque Pauline había identificado allí a dos trabajadores; el día que el camión le cayó encima no estaban en los puestos de costumbre. Al día siguiente los interrogó, pero le dieron explicaciones bastante creíbles; habían estado fuera escalando. No obstante, después de disculparse por robarles el tiempo, John regresó a su cuarto, y otros tres técnicos del agujero de transición se presentaron como amigos de Arkadi. John los saludó con entusiasmo, contento de sacar algo positivo de aquel viaje; y al final un grupo de ocho lo llevó en un rover hasta un cañón que corría junto al agujero. Bajaron por el polvo cegador a un habitat excavado en una de las paredes del cañón que sobresalía horizontalmente a modo de visera; era invisible para los satélites, ya que el calor se liberaba a través de varios respiraderos pequeños que desde el espacio parecerían los viejos molinos calefactores de Sax.

—Imaginamos que es así como lo ha conseguido el grupo de Hiroko —le dijo una de sus guías. Se llamaba Marian y tenía una nariz larga y ganchuda, y unos ojos demasiado juntos que le daban un aire intenso y grave.

—¿Saben dónde está Hiroko? —preguntó John.

—No, pero creemos que está en el caos.

La respuesta universal. Les hizo preguntas acerca de la morada en el risco. Marian le contó que había sido construida con equipo de Senzeni Na. Por el momento estaba deshabitada, pero preparada para casos de necesidad.

—¿Necesidad de *qué?* —inquirió John mientras recorría los pequeños y oscuros cuartos del lugar. Marian lo miró fijamente.

—La revolución, por supuesto.

—¡La revolución!

John tuvo muy poco que decir en el viaje de vuelta. Marian y sus compañeros se dieron cuenta de que estaba perplejo y eso hizo que también ellos se sintieran incómodos. Quizá estaban llegando a la conclusión de que Arkadi había cometido un error al pedirles que le mostraran el habitat a John.

—Se están preparando un montón de cosas como ésta —dijo Marian a la defensiva. Hiroko les había dado la idea, y Arkadi creía que podían ser de utilidad. Ella y sus compañeros comenzaron a enumerarlos con los dedos: toda una reserva de equipo de extracción de aire y minería, enterrado en un túnel de hielo seco en una de las estaciones procesadoras del casquete polar austral; un pozo de agua que era extraída del gran acuífero de debajo de Kasei Vallis; invernaderos dispersos alrededor de Acheron, que cultivaban plantas útiles en farmacia; un centro de comunicaciones debajo del bulevar de Nadia en la Colina—. Y éstos son sólo aquellos de los que estamos al tanto. Hay una lectura samidzat que aparece en la red con la que no tenemos nada que ver, y Arkadi está seguro de que ahí afuera hay otros grupos que hacen lo mismo. Porque cuando la situación se agrave, todos vamos a necesitar lugares en que escondernos y desde los que luchar.

—Oh, vamos —dijo John—. Métanse en la cabeza que esta trama de la revolución no es más que una fantasía sobre la Revolución Americana, ya saben, la gran frontera, los bravos colonos pioneros explotados por el poder imperial, la revuelta para pasar de colonia a estado soberano...

¡todo una falsa analogía!

—¿Por qué lo dice? —preguntó Marian—. ¿Qué es distinto?

—Bueno, para empezar, no vivimos en una tierra que nos sustente. Y segundo, ¡no tenemos medios para rebelarnos!

—No estoy de acuerdo con ninguno de esos dos puntos. Debería hablarlo con Arkadi.

—Lo intentaré. En cualquier caso, hay maneras mejores que este andar a hurtadillas robando equipo... algo más directo. Sencillamente hemos de decirle a la UNOMA lo que queremos del nuevo tratado de Marte.

Los otros sacudieron la cabeza con aire desdeñoso.

—Podemos hablar todo lo que se nos ocurra —dijo Marian—, pero eso no cambiará lo que van a hacer.

—¿Por qué no? ¿Creen que pueden ignorar a la gente que vive aquí? Quizá ahora dispongan de transbordadores continuos, pero aun así nos separan ochenta millones de kilómetros, y nosotros estamos aquí y ellos no. Tal vez no sea la Norteamérica de 1769, pero disfrutamos de algunas de las mismas ventajas: estamos muy lejos y somos dueños del planeta.

¡Lo importante es no caer en los mismos viejos errores! —Y así arguyó en contra de la revolución, *el* nacionalismo, la religión, la economía... contra todos los modos terranos de pensamiento que pudo recordar, mezclando unas cosas con otras, como hacía siempre.— La revolución ni siquiera ha funcionado en la Tierra, en realidad no. Y aquí todo está anticuado. Tendríamos que inventar un programa nuevo, como dice Arkadi, *incluyendo* los modos de gobernar nuestro propio destino. ¡Todos ustedes, que viven en una fantasía del pasado, nos están conduciendo a la misma represión de la que se quejan! ¡Necesitamos un nuevo estilo marciano, una nueva filosofía, una economía y una religión marcianas!

Le preguntaron cuáles podían ser esas formas marcianas de pensamiento, y él alzó las manos.

—¿Cómo puedo saberlo? Nunca han existido y es difícil comentarlas, imaginarlas. Siempre se topa uno con ese problema cuando se trata de algo nuevo, y créanme, lo sé porque lo he intentado. Pero puedo decirles que tendrían que ser... como los primeros años aquí, cuando trabajábamos juntos en grupo. Cuando en la vida no había otro objetivo que asentarnos y descubrir este lugar, y todos juntos decidíamos qué debíamos hacer. Así es como tendrían que *sentirse.*

—Pero esos días han pasado ya —dijo Marian, y los otros asintieron—. Ésa es otra fantasía del pasado. Sólo palabras. Como si nos diera un curso de filosofía dentro de una mina de oro, con ejércitos que atacan desde ambos lados.

—No, no —dijo John—. ¡Hablo de métodos de resistencia, métodos apropiados para nuestra verdadera situación, y no de fantasías revolucionarias sacadas de los libros de historia!

Y así siguieron, una y otra vez, hasta que estuvieron de regreso en Senzeni Na y se retiraron a los cuartos de los trabajadores en la planta residencial más baja. Allí discutieron con pasión, durante el lapso marciano, y hasta bien entrada la noche, y mientras lo hacían, una cierta exaltación invadió a John, porque veía que empezaban a pensarlo: era evidente que lo escuchaban, y que les importaba lo que él decía y lo que pensaba de ellos. Ese era el mejor beneficio que había obtenido hasta ahora de su vieja vitrina de Primer Hombre; combinado con el sello de aprobación de Arkadi, le permitía influir en ellos. Le tenían confianza, podía hacerlos pensar, podía obligarlos a reevaluar, podía cambiarles las mentes.

Y así en el oscuro y púrpura amanecer de la Gran Tormenta vagaron por los pasillos que llevaban a la cocina y siguieron hablando, y miraron por las ventanas y

bebieron café, y se animaron con la antigua excitación de un auténtico debate. Y cuando por último lo dejaron para dormir poco antes de que se iniciara el día, hasta Marian parecía vacilar, y todos estaban pensativos, medio convencidos de que John tenía razón.

Regresó a su cuarto de invitado sintiéndose cansado pero feliz. A propósito o no, Arkadi lo había convertido en uno de los líderes del movimiento. Quizá algún día llegara a lamentarlo, pero ya no podía volverse atrás. Y tenía la certeza de que así era mejor. Podría ser una especie de puente entre este movimiento subterráneo y el resto de la gente en Marte: operaría en ambos mundos, los reconciliaría, fundiéndolos en una única fuerza que sería así más eficaz. Tal vez en una fuerza con los recursos de la corriente principal y el entusiasmo del movimiento subterráneo. Arkadi consideraba que ésa era una síntesis imposible, pero él no tenía los poderes de John. De modo que él podría, bueno, no *usurpar* el liderazgo de Arkadi, sino sencillamente *cambiarlos a todos.*

La puerta de la habitación estaba abierta. Entró corriendo, alarmado, y allí en las dos sillas del cuarto esperaban sentados Sam Houston y Michael Chang.

—Bien —dijo Houston—. ¿Dónde ha estado?

—Oh vamos —dijo John, de pronto furioso—. ¿Es que me he equivocado de puerta? —Se asomó fuera a mirar.— No, no me he equivocado. Éste es mi alojamiento. —Alzó el brazo y activó la grabadora del ordenador de muñeca.— ¿Qué hacen aquí?

—Queremos saber dónde ha estado —repuso Houston, impasible—. Tenemos autoridad para entrar en todas las habitaciones de aquí y obligarlos a que respondan a nuestras preguntas. Así que haría bien en empezar.

—Vamos —se mofó John—. ¿No se cansa nunca de jugar al policía malo? ¿Es que nunca intercambian papeles?

—Sólo queremos respuestas a nuestras preguntas —dijo Chang con amabilidad.

—Oh, por favor, señor policía bueno —dijo John—. Todos queremos respuestas a nuestras preguntas, ¿no es así?

Houston se puso de pie... estaba a punto de perder los estribos. John se acercó y se plantó a diez centímetros del pecho de Houston.

—Lárguense de mi habitación —dijo—. Lárguense ahora o los echaré, y ya discutiremos luego quién tiene derecho a estar aquí.

Houston se limitó a mirarlo fijamente, y sin previo aviso, John le dio un fuerte empujón en el pecho. El hombre chocó contra la silla y cayó sentado; se incorporó de un salto con la intención de echarse sobre John, pero Chang se interpuso entre ellos y dijo: —Aguarda un segundo, Sam. aguarda un segundo—, mientras John gritaba desgañitándose: —

¡Lárguense de mi habitación!— una y otra vez, chocando contra la espalda de Chang y mirando con ojos centelleantes por encima del hombro la cara roja de Houston. Al verlo casi estalló en una carcajada, había recuperado su buen humor; fue hacia la puerta y rugió: —¡Largo!

¡Largo! ¡Largo!— para que Houston no viera la sonrisa. Chang tiró de su iracundo colega hasta el pasillo y John fue detrás de ellos. Los tres se quedaron allí plantados, Chang interponiéndose cautelosamente entre su camarada y Boone. Era más grande que cualquiera de los dos; miró a John con una expresión preocupada e irritada.

—Y ahora, ¿qué deseaban? —preguntó John inocentemente.

—Queremos saber dónde ha estado —repitió con obstinación Chang—. Tenemos motivos para sospechar que la llamada investigación de los sabotajes ha sido una tapadera muy conveniente para usted.

—Yo sospecho lo mismo de ustedes —dijo John. Chang no le hizo caso.

—Los incidentes suceden justo después de las visitas de usted, así...

—Suceden justo *durante* las visitas de ustedes.

—...se volcaron tolvas de polvo en cada agujero que usted visitó durante la Gran Tormenta. Virus informáticos atacaron el *software* del despacho de Sax Russell en el Mirador de Echus, justo después de que usted se entrevistara con él en 2047. Virus biológicos atacaron a los líquenes resistentes en Acheron justo después de que usted se marchara.

Y así sucesivamente.

John se encogió de hombros.

—¿Y qué? Llevan aquí dos meses, *¿y* no se les ocurre nada mejor?

—Si tenemos razón, nos basta. ¿Dónde estuvo anoche?

—Lo siento —repuso John—. No contesto a las preguntas de gente que irrumpe en mi cuarto sin permiso.

—Tiene que hacerlo —afirmó Chang—. Es la ley.

—¿Qué ley? ¿Qué me va a pasar?

Dio media vuelta y fue hacia la puerta de la habitación, y Chang se movió para bloquearle el paso; John se abalanzó entonces contra Chang, que vaciló pero permaneció en el umbral, inamovible. John giró y se alejó, de vuelta al refectorio.

Esa tarde abandonó Senzeni Na en un rover y tomó el camino de radiofaros de respuesta por el flanco oriental de Tharsis. Era un buen camino y tres días más tarde estaba a 1.300 kilómetros al norte, justo al noroeste de Noctis Labyrinthus, y cuando llegó a una gran intersección de radiofaros, con una nueva estación de combustible, dobló a la derecha y tomó el camino al este de la Colina Subterránea. Cada día, mientras el rover marchaba a ciegas a través del polvo, trabajaba con Pauline.

—Pauline, busca por favor todos los registros planetarios que incluyan el robo de equipo dental —era tan lenta como un humano para procesar una petición incongruente, pero al fin los datos aparecieron.

Luego hizo que repasara los registros de los movimientos de todos los sospechosos en que pudo pensar. Cuando supo dónde habían estado todos, llamó a Helmut Bronski para protestar por las acciones de Houston y Chang.

—Dicen que trabajan con tu autorización, Helmut, así que pensé que sabrías lo que están haciendo.

—Hacen lo que pueden —dijo Helmut—. Me gustaría que dejaras de hostigarlos y cooperaras un poco, John. Podría ser de utilidad. Sé que tú no tienes nada que ocultar; entonces, ¿por qué no cooperas?

—Vamos, Helmut, no piden ayuda. Es pura intimidación. Diles que paren.

—Sólo intentan hacer su trabajo —repuso Helmut con suavidad— No he oído de nada que fuera ilegítimo.

John cortó la conexión. Más tarde llamo a Frank, que estaba en Burroughs.

—¿Qué le pasa a Helmut? ¿Por qué le entrega el planeta a esos policías?

—Idiota —dijo Frank. Mientras hablaba tecleaba como un loco ante una

pantalla de ordenador y apenas parecía consciente de lo que decía—.

¿Es que no prestas atención a lo que está ocurriendo?

—Creía que sí —repuso John.

—¡Estamos hundidos hasta las rodillas en gasolina! ¡Y estos malditos tratamientos contra la vejez son fuego encendido! Pero, para empezar, nunca comprendiste por qué nos mandaron aquí, ¿y por qué ibas a comprenderlo ahora? —Siguió tecleando, mirando con dureza el monitor. John estudió la pequeña imagen de Frank en su muñeca. Por último preguntó:

—Para empezar, ¿por qué nos mandaron aquí, Frank?

—Porque Rusia y nuestros Estados Unidos de América estaban desesperados, ahí tienes el porqué. Decrépitos y anticuados dinosaurios industriales, eso es lo que éramos, a punto de ser devorados por Japón y Europa y todos los pequeños tigres que proliferaban en Asia. Y teníamos toda esa experiencia espacial desperdiciada, y un par de enormes e innecesarias industrias aeroespaciales, de modo que las combinamos y vinimos aquí con la esperanza de que encontraríamos algo que valiera la pena, ¡y dio frutos! Encontramos oro, por decirlo de alguna manera. Lo que representa más gasolina vertida sobre las cosas, porque las fiebres del oro demuestran quién es poderoso y quién no lo es. Y ahora, aunque conseguimos una cabeza de ventaja, hay allá en casa un montón de tigres mejores que nosotros, y todos quieren una parte del pastel. Hay un montón de países sin espacio y sin recursos, diez mil millones de seres humanos que viven pisoteando su propia mierda.

—Creí que me habías dicho que en la Tierra todo estaría siempre haciéndose pedazos.

—Esto no se hace pedazos. Piénsalo... Si ese maldito tratamiento sólo llega a los ricos, entonces los pobres se rebelarán y todo explotará... pero si el tratamiento llega a todo el mundo, entonces las poblaciones crecerán tanto que todo explotará. ¡De cualquiera de las maneras es el fin! ¡Ya hemos llegado al fin! Y, por supuesto, a las transnac eso no les gusta, es fatal para los negocios que el mundo estalle. Así que están asustadas e intentan mantener las cosas en su sitio por la fuerza bruta. Helmut y esos policías son sólo la punta más pequeña del iceberg... un montón de políticos tácticos cree que un estado policial mundial durante unas cuantas décadas es nuestra única oportunidad para estabilizar la población y evitar la catástrofe. Control desde arriba, estúpidos bastardos.

Frank, asqueado, sacudió la cabeza; luego se inclinó hacia el monitor y se quedó mirando la pantalla.

—¿Recibiste el tratamiento, Frank? —preguntó John.

—Por supuesto que sí. Déjame en paz, John, tengo mucho trabajo.

El verano austral fue más cálido que el anterior, que la Gran Tormenta había amortajado, pero aún más frío que cualquiera registrado antes. La tormenta duraba ya casi dos años-M, más de tres años terranos, pero Sax no parecía preocupado. John lo llamó al Mirador de Echus y cuando le mencionó las frías noches que estaba padeciendo, Sax se limitó a decir:

—Es probable que tengamos temperaturas bajas durante el proceso de terraformación. Pero más cálidas *per se* no es lo que buscamos. Venus es cálido. Lo que queremos es que permita la supervivencia. Si podemos respirar, no me importa que el aire sea frío.

Mientras tanto hacía frío, frío por todas partes, en las noches hacía cien grados bajo cero, aun en el ecuador. Cuando John llegó a la Colina, una semana después de dejar Senzeni Na, descubrió que una especie de hielo rosado cubría los caminos,

resbaladizo y casi invisible a la mortecina luz de la tormenta. La gente de la Colina Subterránea pasaba casi todo el día dentro. John ocupó unas semanas ayudando al equipo local de bioingeniería a hacer pruebas de campo con unas nuevas y resistentes algas de nieve. La Colina Subterránea estaba atestada de extraños. La mayoría japoneses o europeos jóvenes, que por suerte aún usaban el inglés para comunicarse entre ellos. John se alojaba en una de las viejas cámaras abovedadas, cerca de la esquina nordeste del cuadrante. El viejo cuadrante era menos popular que el bulevar de Nadia, más pequeño y oscuro, y muchas de sus cámaras se empleaban ahora como almacén. Resultaba extraño caminar por la plaza central y recordar la piscina, el cuarto de Maya, el comedor... todo oscuro ahora, lleno de cajas. Esos años en que los primeros cien eran los únicos cien... Empezaba a ser difícil recordar cómo había sido.

A través de Pauline, siguió el rastro de los movimientos de alguna gente, entre ellas el equipo investigador de la UNOMA. No era una vigilancia muy rigurosa, ya que no siempre se podía seguir el rastro de los investigadores, en especial de Houston y Chang y el equipo de policías, de quienes sospechaba que se movían deliberadamente fuera de la red. Mientras tanto, los registros de llegadas mensuales en los espaciopuertos volvían a probar que Frank había tenido razón: ellos sólo eran la punta del iceberg. Mucha de la gente que llegaba, en particular a Burroughs, trabajaba para la UNOMA sin especificaciones laborales, y luego se desperdigaba por las minas, los agujeros de transición y otros asentamientos, y se ponía a trabajar para los departamentos locales de seguridad. Y, desde luego, los certificados de trabajo que traían de la Tierra eran muy, muy interesantes.

A menudo, al final de una sesión con Pauline, John dejaba el cuadrante y se iba a pasear por el exterior, perturbado y caviloso. Había mucha más visibilidad que antes; las cosas empezaban a aclararse un poco en la superficie, aunque aún era difícil caminar sobre el hielo rosado. Daba la impresión de que la Gran Tormenta empezaba a amainar. La velocidad de los vientos en la superficie sólo duplicaba o triplicaba la media de treinta kilómetros por hora anterior a la tormenta, y el polvo en el aire era a veces poco más que una densa neblina, que convertía las puestas de sol en centelleantes remolinos pastel de color rosa, amarillo, naranja, rojo y púrpura, con ocasionales vetas de verde o turquesa que aparecían y desaparecían, además de hieloiris y nimbos y esporádicos haces brillantes de pura luz amarilla: la naturaleza en su manifestación más ordinaria, espectacular y transitoria. Y contemplando todo ese color y ese movimiento nebuloso, John olvidaba sus preocupaciones y ascendía por la gran pirámide blanca para mirar alrededor, y luego regresaba a reanudar la lucha.

Una noche, después de una de esas asombrosas puestas de sol,

Ascendía de la cima de la gran pirámide hacia la Colina Subterranea, cuando vio dos figuras que salían de un costado y se metían en un tubo transparente conectado con un rover. Había algo rápido y furtivo en los movimientos de las figuras, por lo que se detuvo a mirar más de cerca. No llevaban puestos los cascos, y por las nucas y el tamaño de los cuerpos reconoció a Houston y a Chang. Entraron con una escurridiza ineficacia terrana en el rover y lo pusieron en marcha. John polarizó el visor y echó de nuevo a andar, la cabeza baja, tratando de parecer alguien que regresaba del trabajo; se desvió a un costado para alejarse. El rover se sumergió en una espesa nube de polvo y de pronto desapareció.

Cuando llegó a las puertas de la antecámara, John estaba preocupado y casi aterrado. Esperó un momento, y cuando al fin se movió, no se acercó a la puerta, sino a la consola del intercom en la pared. Bajo los altavoces había diferentes tipos de enchufes y quitó con cuidado uno de los tapones, limpió el polvo incrustado en el borde —esos enchufes ya no se usaban— y conectó el ordenador de muñeca. Introdujo el código para acceder a Pauline y aguardó un momento a que concluyera el proceso de codificación y decodificación.

—¿Sí, John? —preguntó la voz de Pauline desde el altavoz del intercom del casco.

—Activa tu cámara, por favor, Pauline, y toma una panorámica de mí cuarto.

Pauline estaba en la mesa junto a la cama, enchufada al muro. Tenía una pequeña cámara de fibra, que usaba rara vez, y la imagen en el ordenador de muñeca era pequeña; la habitación estaba a oscuras, sólo había una luz nocturna encendida; además, la curva del casco era otra barrera más, de modo que aunque pegara el visor al ordenador no alcanzaba a distinguir las imágenes: móviles formas grises. Ahí estaba la cama, había algo sobre ella.

—Retrocede diez grados —dijo John, que entornó los ojos y trató de enfocar la imagen de dos centímetros cuadrados. La cama. Había un hombre tendido. ¿No era eso? La suela de un zapato, torso, pelo. Resultaba difícil estar seguro. No se movía—. Pauline, ¿oyes algo en el cuarto?

—Los conductos del aire, la electricidad.

—Transmíteme lo que recoges en tu micro al máximo volumen. — Ladeó la cabeza hacia la izquierda en el casco y pegó el oído al altavoz. Un siseo, un resoplido, estática. Había demasiados errores de transmisión en ese tipo de procesos, en especial utilizando esos viejos y corroídos enchufes. Pero ciertamente no oía ninguna respiración.— Pauline, ¿puedes entrar en el sistema de monitorización de la Colina Subterránea, localizar la cámara de la puerta y transmitirme la imagen, por favor?

Unos pocos años atrás, había supervisado la instalación del sistema de seguridad de la Colina Subterránea. Pauline aún guardaba todos los planos y códigos, y no le llevó mucho tiempo sustituir la imagen en la muñeca por la de la suite fuera del cuarto. *Las* luces estaban encendidas,

y en los barridos de la cámara pudo ver la puerta cerrada; eso era todo. Dejó caer la muñeca a un lado y se puso a pensar. Pasaron cinco minutos antes de que volviera a levantarla y comenzara a dar instrucciones al sistema de seguridad de la Colina Subterránea a través de Pauline. Introduciendo los códigos, ordenó que el sistema de cámaras borrara las cintas de vigilancia, y que después utilizara cintas de una hora en vez de las ocho habituales. Luego ordenó a dos de los robots de limpieza que fueran a su cuarto y lo abrieran. Mientras, se quedó de pie, temblando, aguardando a que completaran ese lento recorrido por las bóvedas. Cuando abrieron la puerta los vio a través del pequeño ojo de Pauline; y la imagen fue mucho más nítida. Sí, había un hombre en la cama. John se quedó sin aliento; jadeaba. Teleoperó a los robots con los diminutos mandos del ordenador de muñeca. Fue un procedimiento espasmódico, pero si los robots lo despertaban al levantarlo, tanto mejor.

No lo despertaron. El hombre colgó a ambos lados de los brazos de los robots, que lo alzaron con una delicadeza algorítmica. Un cuerpo fláccido. Estaba muerto.

Aspiró una honda bocanada de aire, luego contuvo el aliento y prosiguió con la teleoperación; hizo que el primer robot depositara el cuerpo en la gran tolva del segundo robot. Fue fácil enviarlos por el pasillo de vuelta a la bóveda de almacenamiento. Se cruzaron con alguna gente mientras rodaban, pero esto era inevitable. El cadáver sólo se veía desde arriba, y con un poco de suerte nadie prestaría tanta atención como para recordar más tarde a los robots.

Cuando los tuvo en la sala de almacenamiento, titubeó. ¿Tendría que llevar el cuerpo a los incineradores en el Cuartel de los Alquimistas? Pero no... ahora que el cadáver ya estaba fuera del cuarto, no tenía por qué deshacerse de él. En realidad, más tarde lo necesitaría. Por primera vez se preguntó quién era. Movió al primer robot para que pegara el extensor óptico a la muñeca derecha del cadáver y leyera con el lector magnético. Le llevó mucho tiempo al ojo dar con el punto correcto en la muñeca. Pero al fin se fijó firmemente. La diminuta placa que todo el mundo tenía

implantada en un hueso de la muñeca contenía información en el código estándar de puntos, y a Pauline sólo le llevó un minuto obtener una identificación. Yashika Mui, auditor de la UNOMA, destinado en la Colina Subterránea, llegado en 2050. Una persona real. Un hombre que podría haber vivido mil años.

John sintió un escalofrío. Se apoyó contra la pulida pared azul de ladrillos de la Colina Subterránea. Pasaría alrededor de una hora antes de que pudiera entrar. Se apartó con impaciencia y caminó por el cuadrante. Por lo general, tardaba unos quince minutos en recorrerlo, pero ahora descubrió que estaba haciéndolo en diez. Después de la segunda vuelta fue hacia el parque de remolques.

Sólo dos de los viejos remolques seguían allí, y al parecer estaban abandonados o sólo se los usaba como almacén. Unas figuras asomaron entre ellos como salidas del polvo de la noche, y durante un segundo tuvo miedo, pero pasaron de largo. Volvió al cuadrante y lo recorrió otra vez; luego salió del sendero y se encaminó al Cuartel de los Alquimistas. Contempló el anticuado complejo de conductos y tuberías y achaparrados edificios blancos, todos cubiertos con negras ecuaciones caligráficas. Pensó en los primeros años que había pasado allí. Y ahora, en lo que parecía un simple abrir y cerrar de ojos, las cosas habían llegado a esto. En la oscuridad de la Gran Tormenta. Civilización, corrupción, crisis. Asesinato en Marte. Rechinó los dientes.

Había pasado una hora, eran las nueve de la noche. Regresó a la antecámara y entró, se quitó el casco, el traje y las botas en el vestuario, se desnudó, se metió en los baños y se duchó, se secó, se puso un mono y se peinó. Respiró hondo y caminó alrededor del lado sur del cuadrante y recorrió las bóvedas hasta llegar a la de su cuarto. Al abrir la puerta no le sorprendió ver aparecer a cuatro investigadores de la UNOMA, aunque intentó mostrarse asombrado cuando le ordenaron que se detuviera.

—¿Qué es esto? —preguntó.

No eran ni Houston ni Chang sino tres hombres con una de las mujeres de aquel primer grupo de Punto Bajo. Los hombres lo rodearon en silencio, abrieron la puerta y dos entraron en la habitación. John se contuvo. Tenía ganas de golpearlos, de gritar, de reírse ante las caras que pusieron al ver que la habitación estaba vacía; simplemente los miró con curiosidad e intentó limitarse a la irritación que habría mostrado si no hubiese sabido lo que pasaba. Esa irritación habría sido considerable, por supuesto, y le resultó ciertamente difícil impedir que toda la furia brotara de él, difícil mantenerla en un nivel inocente; había que tratarlos como si fueran policías excesivamente celosos en vez de atacarlos como a funcionarios asesinos.

En la confusión que sobrevino, John logró echarlos con unas frases hirientes, y cuando les cerró la puerta en la cara se quedo de pie en mitad del cuarto.

—Pauline, transmíteme lo que pasa en el sistema de seguridad, por favor, y grábalo. Muéstrame que cámaras los tienen.

Pauline los rastreó. Sólo les llevó unos minutos llegar hasta la sala de control de seguridad, donde se les unieron Chang y otros. Buscaban las cintas de las cámaras. John se sentó ante la pantalla de Pauline y observó con ellos mientras rebobinaban las cintas y descubrían que sólo tenían una hora de duración, y que los acontecimientos de la tarde habían sido borrados. Eso les daría algo en que pensar. Sonrió con expresión sombría y le dijo a Pauline que saliera del sistema.

Se sentía exhausto. Sólo eran las once, pero los efectos de la adrenalina y la dosis de omegendorfo de la mañana ya se habían desvanecido. Se sentó en la cama, pero entonces recordó lo último que había estado sobre ella y se puso de pie. Al final durmió en el suelo.

Spencer Jackson lo despertó en el lapso marciano con la noticia de que habían encontrado un cadáver en la tolva de un robot. Acudió y se plantó cansadamente

junto a Spencer en la clínica, sin dejar de mirar el cuerpo de Yashika Mui mientras varios de los investigadores lo observaban con suspicacia. Los aparatos de diagnóstico eran tan buenos en una autopsia como cualquier otra cosa, tal vez mejor; las pruebas de las muestras indicaban un coagulante sanguíneo. John ordenó con aire lúgubre una autopsia criminal completa; el cuerpo y las ropas de Mui tenían que ser explorados, y todas las partículas microscópicas cotejadas con su genoma, y todas las partículas ajenas cotejadas con la lista de gente que trabajaba en la Colina Subterránea en aquellos momentos. John miró a los investigadores de la UNOMA cuando dio la orden, pero no se inmutaron. Era probable que hubieran llevado guantes y trajes, o que hubieran teleoperado todo el asunto, como él mismo había hecho. Tuvo que darse vuelta; ¡no podía mostrarles que lo sabía!

Pero, desde luego, ellos sabían que habían puesto el cuerpo en la habitación, y pensaban sin duda que había sido él quien había trasladado el cadáver y había borrado las cintas de la cámara. De modo que ya sabían que él lo sabía, o sospechaban que así era. No obstante, no podían estar seguros; y no había motivo para revelar nada.

Una hora después regresó a su habitación y de nuevo se echó en el suelo. Aunque aún seguía agotado, ya no fue capaz de dormir. Se quedó mirando el techo pensándolo todo otra vez. Pensando otra vez en lo que había descubierto.

Casi al amanecer encontró una solución. Abandonó la idea de dormir y salió a dar otro paseo; necesitaba estar fuera, lejos del mundo humano y toda su corrupción nauseabunda, en medio de la gran ráfaga del viento, tan dramáticamente visible en el polvo levantado por la tormenta.

Pero, cuando salió por la puerta de la antecámara, había estrellas en el cielo. Todas ellas, los millares que ardían desde antaño, sin mostrar el más leve parpadeo o titilación, las más débiles tan densas que el mismo cielo negro parecía ligeramente blanquecino, como si el cielo entero fuera la Vía Láctea.

Cuando se recobró del asombro y de la casi olvidada maravilla de las estrellas, conectó el intercom y transmitió las noticias.

Desató un pandemonio. La gente lo oyó y despertó a sus amigos, y corrió a los vestuarios a buscar un traje antes de que se agotaran las existencias. Y las puertas de las antecámaras empezaron a abrirse y a escupir multitudes.

El cielo al este se tiño de un rojo negruzco, y luego se iluminó rápidamente. Todo el cielo cambió a una tonalidad rosa oscura, y después empezó a brillar. Las estrellas desaparecieron a centenares, hasta que sólo Venus y la Tierra pendieron en el este, sobre una creciente intensidad de luz. El cielo en el este se hizo más y más brillante, hasta que pareció más luminoso de lo que nunca llegaría a ser el día; incluso detrás de los visores los ojos de la gente se empañaron, y algunos gritaron por la frecuencia común ante esa visión. Las figuras correteaban, el intercom parloteaba, el cielo se volvía increíblemente brillante, y más, y más aún, hasta que pareció que estallaría, palpitando con una refulgente luz rosada; la Tierra y Venus eran puntos sofocados por la luz. Y entonces de pronto el sol quebró el horizonte y se derramó en cascadas sobre la llanura como una bomba termonuclear, y la gente rugió y saltó arriba y abajo y corrió entre las largas y negras sombras de las rocas y de los edificios. Todas las paredes que daban al este eran grandes bloques de colores suaves, con asombrosos mosaicos vidriados, y era difícil mirarlos directamente. El aire era tan claro como el cristal y en verdad parecía una sustancia sólida que saturaba las cosas con una penetrante luminosidad.

John se alejó de la multitud, en dirección este, hacia Cherno. Apagó el intercom. El cielo era rosado, más intenso que nunca, con un toque de púrpura en el cénit. Todo el mundo en la Colina Subterránea se estaba volviendo loco. Muchos

no habían visto nunca el sol en Marte, y se sentían sin duda como si hubieran pasado toda la vida en la Gran Tormenta. Ahora ya había terminado, y vagaban bajo el sol borrachos de luz: resbalaban en el hielo rosa a diestra y siniestra, peleaban con bolas de nieve amarilla, ascendían por las escarchadas pirámides. Cuando John los vio, se volvió y él mismo subió los escalones de la última pirámide para echar un vistazo a las hondonadas y peñascos alrededor de la Colina. Estaban cubiertos por una capa de sedimentos y escarcha, aunque por lo demás no habían cambiado. Activó la frecuencia común, pero volvió a apagarla... la gente en el interior aún gritaba pidiendo trajes, y los de fuera no les prestaban ninguna atención. Había pasado una hora desde la salida del sol, gritó alguien, aunque a John le costaba creerlo. Sacudió la cabeza; las voces roncas y el recuerdo del cuerpo en la cama impedían que se sintiera realmente contento por el fin de la tormenta.

Al fin regresó dentro y entregó el traje a un par de mujeres que peleaban por ponérselo. Bajó al centro de comunicaciones y llamó a Sax al Mirador de Echus. Cuando dio con él lo felicitó por haber presagiado el fin de la tormenta.

Sax descartó el comentario con un movimiento brusco de la mano,

como si eso hubiera ocurrido años atrás.

—Han subido el Amor 2051B —anunció.

Se trataba del asteroide de hielo que querían poner en órbita marciana. Impulsado por unos cohetes, entraría en una trayectoria similar a la del Ares, y sin escudo de calor, el aerofrenado lo consumiría. Todo parecía ideal para una MOI con un tiempo de llegada estimado en unos seis meses. Ésas eran las noticias importantes, pareció decir Sax con el parpadeo y la calma de costumbre. La Gran Tormenta era historia.

John tuvo que reírse. Pero entonces pensó en Yashika Mui y se lo contó todo a Sax porque quería que también la celebración de alguien más se estropeara. Sax sólo parpadeó.

—Juegan cada vez más fuerte —dijo por último. Enfadado, John se despidió y cortó.

Vagó de nuevo por las bóvedas, perturbado por una feroz y encontrada mezcla de emociones positivas y negativas. Regresó a la habitación, tomó un omegendorfo y uno de los nuevos pandoros que Spencer le había dado, y salió al patio central del cuadrante y se paseó entre las plantas, todas pequeñas, engendradas en la tormenta, que se estiraban hacia las lámparas del techo. El cielo era aún de color rosado, oscuro y luminoso a la vez. Muchos de los que habían salido primero ya habían vuelto y estaban en el patio entre las hileras de cultivos, festejándolo. Se encontró con unos pocos amigos, algunos conocidos, extraños la mayoría. Regresó a las cámaras a través de salas repletas que a veces lo vitoreaban cuando entraba. Si aullaban «¡Discurso!» el tiempo suficiente, se subía a una silla y decía algo, sintiendo dentro las endorfinas; el recuerdo del hombre asesinado hacía que los efectos fueran impredecibles. En ocasiones se mostró bastante vehemente, y nunca sabía qué iba a decir hasta que lo soltaba. *Vimos a John Boone borracho perdido*, comentarían, el día que acabó la Gran Tormenta. Perfecto, pensó, que digan lo que se les antoje. Además, instalado ya en la leyenda, había dejado de importar lo que hacía.

En una sala había una multitud de egipcios, no sufíes, sino musulmanes ortodoxos— que hablaban todos al mismo tiempo y bebían tazas de café, borrachos de cafeína y de sol; las sonrisas destellaban bajo los bigotes. Por una vez parecían cordiales, hasta complacidos de verlo allí. Eso lo reconfortó, y dejándose llevar por el impulso del día, les dijo:

—Miren, somos parte de un nuevo mundo. Si no vivimos de acuerdo con la realidad marciana nos convertiremos en una especie de esquizofrénicos, con el

cuerpo en un planeta y la mente en otro. Ninguna sociedad así escindida podría funcionar mucho tiempo.

—Bien, bien —dijo uno de ellos con una sonrisa—. Tiene que entender que ya hemos viajado antes. Somos un pueblo viajero. Pero allí donde estemos, el hogar de nuestra mente es siempre la Meca. Podríamos volar al otro extremo del universo y seguiría siendo así.

Nada que contestar a eso; una honestidad tan directa era mucho más decente que todo lo que había ocurrido esa noche. Asintió y dijo:

—Entiendo. Comprendo.

Compara eso con la hipocresía occidental, donde la gente hablaba de beneficios en las oraciones de la mañana, gente incapaz de articular con claridad una sola de sus creencias; gente que pensaba que los valores eran constantes físicas, y que decía: «Así son las cosas», como Frank tan a menudo.

Así que John se quedó y charló un rato con los egipcios, y cuando los dejó se sentía mejor. Fue de regreso hasta su bóveda, escuchando las ruidosas voces que se derramaban al pasillo desde todos los cuartos; ovaciones, vítores, charla feliz de científicos, estas cosas son tan halófitas que no les gustan las soluciones salinas, «contienen demasiada agua», risas.

Tuvo una idea. Spencer Jackson vivía en la cámara de al lado, salía de allí cuando John entraba de prisa, así que se la contó.

—Tendríamos que reunir a toda la gente posible para una gran celebración del fin de la tormenta. Todos los grupos comprometidos con Marte, ya sabes, o todos los que puedan asistir. Cualquiera que desee estar presente.

—¿Dónde?

—Arriba, en el Monte Olimpo —dijo sin pensarlo—. Quizá Sax pueda decirnos la hora en que caerá el asteroide de hielo; podríamos observarlo desde allí.

—¡Buena idea! —exclamó Spencer.

El Monte Olimpo es un volcán con un cono no muy escarpado en la mayoría de las laderas; la cima se alza sobre una anchura todavía mayor; es 25.000 metros más alto que el altiplano circundante, pero tiene ochocientos kilómetros de ancho, de modo que la media de las pendientes es de seis grados. Sin embargo, alrededor de la circunferencia de esa gran masa hay un acantilado circular de unos 7.000 metros de altura, y ese risco espectacular, dos veces el Mirador de Echus, es en muchos puntos casi vertical. Algunas de estas características ya habían tentado a los pocos escaladores del planeta, pero ninguno había conseguido dominarlas, y para la mayoría de los habitantes seguían siendo sólo un impedimento extraordinario en el camino hacia la caldera de la cumbre. Los viajeros de a pie subían al acantilado por una ancha rampa en el lado norte, donde uno de los últimos flujos de lava había rebasado la piedra. Los areólogos contaban historias de cómo tenía que haber sido: un río de roca fundida de cien kilómetros de ancho, demasiado brillante para mirarlo de frente, que descendió desde una altura de 7.000 metros sobre el altiplano encostrado de lava negra, y que se amontonó creciendo más y más y más... Ese vertido de lava había dejado una rampa con sólo un ligero saliente allí donde desbordó por encima del acantilado; era un ascenso fácil, y al fin un paseo cuesta arriba de unos doscientos kilómetros llevaba hasta el borde de la caldera.

El borde de la cima del Monte Olimpo es tan amplio y llano que aunque permite ver el interior de la caldera y los múltiples anillos, oculta todo el resto del planeta. Mirando hacia fuera sólo se divisa el filo exterior del borde, y después el cielo. Pero en el lado sur hay un pequeño cráter de meteorito, sin otro nombre que

denominación en el mapa, THA-Zp. El interior de ese pequeño cráter está algo protegido de la tenue corriente que fluye sobre el Monte Olimpo, y de pie en el arco austral de este reciente y puntiagudo borde, el observador alcanza a ver al fin las pendientes del volcán y luego la vasta y ascendente llanura de Tharsis este, es como observar el planeta desde una plataforma suspendida en el espacio.

Hicieron falta casi nueve meses antes de que el asteroide acudiera a la cita con Marte, y la noticia de la fiesta ideada por John había tenido tiempo de extenderse. Así que vinieron en desperdigadas caravanas rover, en grupos de dos y de cinco y de diez, por la rampa del norte y bordeando la pendiente austral de Zp. Allí levantaron unas grandes tiendas transparentes en forma de medialuna, de suelos rígidos y translúcidos que se alzaban a dos metros de la superficie, sustentados sobre pilotes también transparentes; no había nada mejor en refugios temporales. Todas se montaron con los arcos interiores apuntando a la pendiente este, y al fin, cuando terminaron de instalarlas, eran una escalera de medialunas, como terrazas superpuestas, que dominaban la inmensa extensión de un mundo de bronce. Las caravanas siguieron llegando a diario durante una semana, los dirigibles remontaron como pudieron la larga pendiente, y fueron amarrados en el interior de Zp, que se llenó de tal manera que el pequeño cráter acabó por parecer un gran cuenco repleto de globos de cumpleaños.

El tamaño de la multitud sorprendió a John, ya que había esperado que sólo unos pocos amigos viajaran hasta un lugar tan remoto. Fue otra prueba más de que no entendía a los actuales pobladores del planeta; allí reunidos había casi mil, era asombroso. Aunque a muchos los había visto antes, y a otros los conocía de nombre. De modo que, en cierta manera, se trataba de una reunión de amigos. Era como si un pueblo cuya existencia ignoraba hubiera brotado de pronto a la vida. Y habían venido muchos de los primeros cien, cuarenta en total, incluyendo a Maya y a Sax, Ann y Simón, Nadia y Arkadi, Vlad y Úrsula y el resto del grupo de Acheron, Spencer, Alex y Janet y Mary y Dmitri y Elena y el resto del grupo de Fobos, y Arnie y Sasha y Yeli y muchos más. A algunos no los había visto en veinte años... En verdad, estaban allí todos aquellos a los que se sentía unido, excepto Frank, que había dicho que estaba muy ocupado, y Phyllis, que ni siquiera respondió a la invitación.

Y no sólo eran los primeros cien. Muchos de los otros eran también viejos amigos, o amigos de amigos: mucha gente suiza, y los gitanos constructores de caminos; japoneses de todas partes; la mayoría de los rusos del planeta; la colonia sufí. Y todos estaban diseminados por las tiendas de las terrazas, en grupos que habían venido en caravanas o en dirigibles, y de vez en cuando corrían a las antecámaras a recibir a los recién llegados.

Durante esos días muchos de ellos se entretuvieron fuera de las tiendas recogiendo rocas sueltas de la gran pendiente curva. El impacto del meteorito Zp había desparramado pedazos de lava por todas partes, incluyendo conos astillados de estisovita que parecían fragmentos de cerámica, algunos de color negro, otros de un brillante rojo sangre, o salpicados con diamantes de impacto. Un equipo areológico griego empezó a ponerlos en orden bajo el suelo elevado de la tienda, formando un dibujo; habían traído consigo un pequeño horno, y consiguieron vidriar algunos fragmentos de amarillo o verde o azul, para que los diseños centellearan a la luz.

La idea pronto se contagió a otros, y a los dos días el suelo transparente de las tiendas se levantaba sobre unas baldosas con dibujos de mosaico: mapas de sistemas de circuitos, cuadros de aves y peces, abstracciones fractales, dibujos de Escher, la caligrafía tibetana de *mi Mani Padme Hum,* mapas del planeta y de regiones más pequeñas, ecuaciones, caras, paisajes, y muchas otras cosas.

John pasaba el tiempo yendo de tienda en tienda, hablando con la gente y

disfrutando de la atmósfera de carnaval, una atmósfera que no impedía las discusiones. Había muchas, aunque la mayoría de la gente pasaba el tiempo de fiesta, charlando, bebiendo, haciendo excursiones por la ondulada superficie de los viejos flujos de lava, poniendo suelos de mosaico y bailando con la música de varias orquestas de aficionados. La mejor era una banda de tambores de magnesio; tocaban instrumentos locales y eran miembros de Trinidad Tobago, una notoria bandera transnacional con un vigoroso movimiento local de resistencia, representado allí por los miembros de la banda. También había un grupo de *country western* con un buen músico de *slide guitar,* y una banda irlandesa con instrumentos caseros y un gran número de integrantes que se iban turnando, lo que les permitía tocar más o menos sin interrupción. Esos tres grupos estaban rodeados por multitudes de bailarines, y en verdad que las tiendas que ocupaban parecían haberse convertido en una única masa de danza, ya que el simple hecho de ir de un punto a otro atrapaba la gravedad de Marte, el paisaje de Marte, en la magia y la exuberancia de la música.

Así que era una fiesta estupenda, y John se sintió complacido, con buen ánimo todo el tiempo que permaneció despierto. No necesitó ningún omegendorfo o pandorfo, y cuando Marian y el grupo de Senzeni Na lo llevaron a un rincón y empezaron a repartir pastillas, tuvo que reírse.

—Creo que ahora no —le dijo a los impulsivos jóvenes, agitando débilmente una mano—. En este momento en realidad sería como echar agua al mar, de verdad que sí.

—¿Echar agua al mar?

—Quiere decir que sería como llevar permafrost a Borealis.

—O bombear más CO_2 a la atmósfera.

—O traer lava al Olimpo.

—O poner más sal en el maldito suelo.

—¡O poner óxido férrico en cualquier parte de este maldito planeta!

—Exacto —dijo John, riendo—. Ya estoy completamente rojo.

—No tan rojo como esos tipos —comentó uno de ellos, y señaló abajo en dirección oeste.

Tres dirigibles color arena remontaban la pendiente del volcán. Eran anticuados y pequeños, y no respondían a las llamadas de la radio. Pasaron lentamente sobre el borde de Zp y amarraron entre los dirigibles más grandes y coloridos del cráter. Todos aguardaron a que los observadores de la antecámara identificaran a los viajeros. Cuando las góndolas se abrieron al fin, y unas veinte figuras salieron enfundadas en trajes, hubo un silencio.

—Es Hiroko —dijo de pronto Nadia por la banda común de frecuencia. Los primeros cien se abrieron paso rápidamente hasta la tienda superior, la vista alzada hacia el tubo peatonal que recorría el borde. Y entonces los nuevos visitantes bajaron por el tubo hasta la antecámara de la tienda, la atravesaron y entraron, y sí, era Hiroko... Hiroko, Michel, Evgenia, Iwao, Gene, Ellen, Rya, Raúl, y una multitud de jóvenes.

Chillidos y gritos atravesaron el aire, la gente se abrazaba, algunos llorando, y hubo un buen número de acusaciones coléricas; ni el mismo John pudo evitarlas cuando al fin llegó a abrazar a Hiroko, después de aquellas horas pasadas en el rover. Preocupado por lo que sucedía, cuando tanto había deseado hablar con ella. Ahora la aferró por los hombros y casi la sacudió. Dispuesto a dejar que le salieran de la garganta palabras acaloradas; pero la cara sonriente de Hiroko era tan parecida al recuerdo que tenía de ella, aunque también distinta, más delgada y arrugada; le pareció que la imagen de ella se le desdibujaba. Estaba tan confuso

por esa alucinación, y también por lo que sentía, que sólo dijo:

—¡Oh, tenía tantas ganas de hablar contigo!

—Y yo contigo —dijo ella, aunque él apenas pudo oírla en medio del alboroto.

Nadia hacía de intermediaria entre Maya y Michel, pues Maya no dejaba de gritarle:

—¿Por qué no me lo dijiste? —una y otra vez, hasta que rompió a llorar. Esa escena atrajo la atención de John, y entonces vio la cara de Arkadi por encima del hombro de Hiroko, concentrada en una expresión que decía *Más tarde habrá que responder a muchas preguntas,* y perdió el hilo de lo que estaba pensando. Iban a decirse algunas cosas duras...

¡pero ahora allí estaban! Allí estaban. Abajo en las tiendas el nivel del ruido había subido veinte decibelios. La gente celebraba, estaban juntos otra vez.

Avanzada la tarde, John convocó a los cien primeros, que ahora eran menos de sesenta. Se reunieron en la tienda más alta, y contemplaron las que había abajo y la tierra que se extendía más allá.

Todo parecía tan enorme comparado con la Colina Subterránea y la hermética planicie rocosa de alrededor, y todo parecía tan distinto... el mundo y la civilización eran mucho más vastos y complejos. Y, sin embargo, ahí estaban, todas las caras familiares envejecidas de distintas maneras: el tiempo les había erosionado la piel y les había dado una expresión sagaz, como si buscaran acuíferos detrás de los ojos de los otros. La mayoría alcanzaba ya los setenta. Y en verdad que el mundo era más grande... de muchas y diferentes formas: después de todo, parecía muy posible que ahora, si tenían suerte, se vieran envejecer todavía más. Era una sensación extraña.

Así que se reunieron y contemplaron a la gente en las tiendas de abajo, y miraron más allá la jaspeada alfombra anaranjada del planeta; y las conversaciones fluyeron de un lado a otro en rápidas y caóticas ondas, creando patrones de interferencia, de modo que a veces todos callaban al mismo tiempo y permanecían allí juntos, perplejos o asombrados o sonrientes como delfines. En las tiendas de abajo, la gente alzaba a veces la vista hacia ellos a través de los arcos de plástico, curiosa por lo que pudiera decirse en una reunión tan histórica.

Por último ocuparon sillas dispersas y se repartieron queso, tortas y botellas de vino tinto. John se reclinó en su silla y miró alrededor. Arkadi tenía un brazo sobre los hombros de Maya, el otro sobre los de Nadia, y los tres se reían por algo que Maya había dicho. Sax parpadeaba complacido con su expresión de búho serio, e Hiroko estaba radiante. En los primeros años John jamás le había visto esa expresión, era una pena perturbarla, pero nunca volvería a tener una oportunidad parecida; ya la recuperaría después. De modo que en un momento de silencio con voz clara y fuerte le dijo a Sax:

—Ya puedo decirte quién está detrás de los sabotajes. Sax parpadeó.

—¿Sí?

—Sí. —Miró a Hiroko a los ojos.— Es tu gente, Hiroko.

Hiroko puso la cara seria de siempre, aunque no dejó de sonreír,

pero era otra vez una sonrisa contenida y privada.

—No, no —dijo ella con voz suave, y meneó la cabeza—. Tú sabes que yo no lo haría.

—Supuse que no. Pero lo hace tu gente, a tus espaldas. De hecho, son tus hijos. Con la ayuda del Coyote. —Ella entornó los ojos y echó una rápida mirada a

las tiendas de abajo. Cuando volvió a mirar a John, él prosiguió:— Tú los criaste, ¿verdad? ¿Fertilizaste unos cuantos de tus óvulos y luego los desarrollaste in vitro?

Tras una pausa, ella asintió.

—¡Hiroko! —exclamó Ann—. ¡No tienes ni idea de cómo funciona ese proceso ectógeno!

—Lo sometimos a prueba —dijo Hiroko—. Los chicos han salido muy bien.

Entonces todo el grupo guardó silencio y observó a Hiroko y a John.

—Puede que sí —dijo John—, pero algunos no comparten tus ideas. Actúan por cuenta propia, como cualquier otro chico. Tienen colmillos de piedra, ¿no es cierto?

Hiroko frunció la nariz.

—Son coronas. Es un compuesto, más que piedra de verdad. Una moda tonta.

—Y una especie de insignia. Y hay gente en la superficie que la ha adoptado, personas en contacto con tus chicos, que los ayudan en los sabotajes. En Senzeni Na casi me matan. Mi guía allí tenía también un colmillo de piedra, tardé en recordarlo. Imagino que fue un accidente que estuviéramos abajo cuando cayó el camión. Alguien había advertido que iba a ir de visita: supongo que todo estaba planeado de antemano, y no supieron cómo detenerlo. Es probable que Okakura bajara al pozo pensando que iba a ser aplastado como un insecto por el bien de la causa.

Después de otro silencio, Hiroko preguntó:

—¿Estás seguro?

—Por completo. Me resultó confuso al principio, porque no se trata sólo de ellos… hay más de una cosa en marcha. Pero cuando recordé dónde había visto por primera vez el colmillo de piedra, lo investigué, y averigüé que todo un contenedor de equipo dental había llegado de la Tierra allá por el dos mil cuarenta y cuatro, vacío. Un cargamento entero saqueado. Me hizo pensar que andaba en la pista de algo. Y además, los sabotajes seguían ocurriendo en sitios y momentos en los que nadie que perteneciera a la red hubiera podido cometerlos. Como aquella vez que visité a Mary en el acuífero Margaritifer y volaron el bastidor del pozo. Estaba claro que no lo había hecho nadie de la estación, sencillamente porque no era posible. Sin embargo, es una estación realmente aislada, y no había nadie cerca entonces. Así que tenía que ser alguien de fuera de la red. Y por eso pensé en ti. —Se encogió de hombros, como disculpándose.— De modo que la mitad de los sabotajes no pudo haberlos perpetrado nadie en la red. Y en la otra mitad, por lo general, habían visto en la zona a alguien con un colmillo de piedra. Aunque ahora es una moda bastante extendida, todavía es válido. Supuse que eras tú, y un análisis de mi la demostró que unas tres cuartas partes de los casos habían ocurrido en el hemisferio austral, ahí o bien dentro de un círculo de tres mil kilómetros con el terreno caótico del este de Marineris como centro. Ese círculo abarca un montón de asentamientos, pero incluso admitiéndolo, me pareció que el caos era un lugar lógico para que los saboteadores se escondieran. Y todos hemos supuesto durante años que es ahí adonde fueron cuando dejaron la Colina Subterránea.

La cara inmóvil de Hiroko no reveló nada. Por último dijo:

—Lo investigaré.

—Bien.

—John —intervino Sax—, ¿mencionaste que había algo más en marcha?

John asintió.

—Es que no sólo ha habido sabotajes. Alguien ha intentado matarme varias veces. —Sax parpadeó y pareció que el resto se sobresaltaba.— Al principio creí que

eran los saboteadores —prosiguió John—, que trataban de detener mi investigación. Tenía sentido, y el primer incidente en realidad fue un acto de sabotaje, de modo que era fácil confundirse. Pero ahora tengo la certeza de que en aquella ocasión se trató de un error. Los saboteadores no están interesados en matarme: podrían haberlo hecho y no lo hicieron. Una noche un grupo de ellos me paró, tu hijo Kasei incluido, Hiroko, y el Coyote, o lo que es lo mismo, el polizón que escondías en el *Ares*...

Esta declaración causó un tumulto... al parecer muchos de ellos habían sospechado la existencia de ese polizón; Maya se puso de pie y señaló teatralmente a Hiroko, llorando. John los acalló a gritos y dijo:

—La visita que me hicieron... ¡la visita!... Ésa fue la mejor prueba de mi teoría sobre los sabotajes, porque conseguí arrancar unas células de piel a uno de ellos, y después de leer el ADN pude compararla con algunas otras muestras encontradas en los lugares saboteados, y esa persona había estado allí. De modo que éstos eran los saboteadores, pero parecía evidente que no intentaban matarme. Sin embargo, una noche en Punto Bajo de Hellas me derribaron y me desgarraron el traje.

—Asintió ante las expresiones de sus amigos.— Fue el primer ataque intencionado que sufrí, y tuvo lugar poco después de que subiera hasta Pavonis. Yo quería hablar con Phyllis y una banda de individuos de las transnacs sobre la internacionalización del ascensor y esas cosas.

Arkadi se rió, pero John no le hizo caso y prosiguió:

—Después de eso, unos investigadores de la UNOMA me han estado acosando. Helmut mismo los autorizó a venir, presionado sin duda por esas transnacionales. Llegué a averiguar que la mayoría de los investigadores había trabajado para Armscor o Subarishii en la Tierra, y no para el FBI como me habían dicho. Son las transnacionales más involucradas en el proyecto del ascensor y la exploración minera del Gran Acantilado, y ahora tienen equipos de seguridad en todas partes, además de ese equipo de presuntos investigadores que se pasean por el planeta. Entonces, justo antes de que la gran tormenta terminara, algunos de esos investigadores trataron de implicarme en el asesinato de la Colina. ¡Sí, lo hicieron! No funcionó, y no puedo probar que fueran ellos, pero vi a dos trabajando en la puesta en escena. Y creo que también ellos mataron a ese hombre, sólo para meterme en dificultades. Para quitarme del medio.

—Deberías decírselo a Helmut —indicó Nadia—. Si presentamos un frente unido e insistimos en que los devuelvan a la Tierra, no creo que pueda negarse.

—Nadia, no se cuanto poder real tiene Helmut —dijo John—. Pero valdria la pena intentarlo. Quiero que se vayan de Marte. Y a esos en particular los tengo grabados en el sistema de seguridad de Senzeni Na entrando en la clínica y hurgando en los robots de limpieza. Las pruebas son incontrovertibles.

Los otros no sabían qué pensar del asunto, pero resultó que varios de ellos también habían sido acosados por otros equipos de la UNOMA, Arkadi, Alex, Spencer, Vlad y Úrsula, incluso Sax, y acordaron en seguida que deportar a los agentes era una buena idea.

—*Como mínimo* deportar a esos dos —dijo Maya en un tono vehemente.

Sax se limitó a teclear en su ordenador de muñeca y llamó a Helmut. Le explicó la situación y el furioso grupo intervino de vez en cuando.

—Si tú no actúas, se lo plantearemos a la prensa terrana —declaró Vlad.

Helmut frunció el ceño y, después de una pausa, dijo:

—Lo investigaré. Esos agentes serán devueltos a casa, no lo dudes.

—Compruébales el ADN antes de dejarlos ir —pidió John—. El asesino de ese hombre de la Colina Subterránea es uno de ellos, estoy seguro.

—Lo comprobaremos —repuso Helmut de mala gana.

Sax cortó la comunicación y John volvió a mirar a sus amigos.

—Muy bien —dijo—. Pero hará falta algo más que una llamada a Helmut. Ha llegado el momento de que actuemos juntos otra vez, en todo un abanico de temas, sí querernos que el tratado sobreviva. Eso como mínimo. Será un comienzo. Necesitamos unirnos en un grupo político coherente sin importar los desacuerdos que haya entre nosotros.

—Poco importará lo que hagamos —dijo Sax con suavidad, pero se le echaron encima de inmediato en medio de un incomprensible balbuceo de protestas en pugna.

—¡Sí que importa! —gritó John—. Tenemos tantas posibilidades como cualquiera de influir en lo que pase aquí.

Sax sacudió la cabeza, pero los otros escuchaban a John, y la mayoría parecía de acuerdo con él: Arkadi, Ann, Maya, Vlad, cada uno desde una perspectiva distinta... Se podía hacer, John podía verlo en las caras de todos. Sólo Hiroko parecía oponerse: tenía el rostro en blanco, cerrado, impenetrable. Ella siempre había sido así, recordó John, y de repente se sintió herido e irritado.

Se puso de pie y señaló el exterior con una mano. Se acercaba la puesta de sol y una vasta textura de sombras moteaba la lámina curva del planeta.

—Hiroko, ¿podría hablar contigo en privado? Sólo un momento. Podemos bajar a esa otra tienda. Tengo un par de preguntas, y luego volveremos.

Todos los otros los miraron con curiosidad. Hiroko hizo al fin una reverencia y caminó delante de John hacia el tubo que llevaba a la tienda de debajo.

Se detuvieron en una punta de la medialuna, bajo las miradas de la gente de arriba y la de algún observador casual abajo. La tienda estaba casi desierta; la gente respetaba la intimidad de los primeros cien.

—¿Tienes alguna sugerencia sobre como identificar a los saboteadores? —inquirió Hiroko.

—Podrías empezar con el muchacho llamado Kasei —dijo John—. El que es una mezcla de ti y de mí. —Hiroko apartó los ojos. Furioso, John se inclinó hacia ella.— Imagino que hay un niño de cada hombre de los primeros cien, ¿no?

Hiroko ladeó la cabeza y se encogió de hombros muy levemente.

—Tomamos las muestras que aportó todo el mundo. Las madres son todas las mujeres del grupo, los padres todos los hombres.

—¿Qué te dio derecho a hacer esas cosas? —preguntó John—. Hacer a nuestros hijos sin consultarnos... huir y ocultarte, ¿por qué? ¿Por qué? Hiroko le devolvió la mirada con calma.

—Teníamos una visión de lo que podía ser la vida en Marte. Nos pareció que nunca la alcanzaríamos. Lo que ha sucedido desde entonces nos ha demostrado que teníamos razón. De modo que pensamos en organizar nuestra propia vida...

—Pero ¿es que no ves lo *egoísta* que es eso? ¡*Todos* teníamos una visión, *todos* queríamos que fuera diferente, y hemos trabajado al máximo para eso, y todo este tiempo tú *no* has estado aquí, te fuiste a crear tu mundo de bolsillo para tu pequeño grupo! ¡Nos habría venido bien tu ayuda! ¡Quise hablar contigo tantas veces! Resulta que tenemos un hijo de los dos, una mezcla de ti y de mí, ¡y no me has hablado en veinte años!

—No pretendíamos ser egoístas —dijo Hiroko despacio—. Queríamos intentarlo, demostrar prácticamente cómo podíamos vivir allí. Alguien ha de demostrar qué es

esa vida diferente de la que tanto hablas, John Boone. Alguien ha de vivir esa vida.

—¡Pero si lo haces en secreto nadie podrá verlo! Nunca planeamos mantenernos siempre en secreto. La situación se puso mal, y permanecimos alejados. Pero aquí estamos ahora, después de todo. Y cuando nos necesiten, cuando podamos ayudar, apareceremos otra vez.

—¡Los necesitamos todos los días! —dijo John bruscamente—. Así es como funciona la vida social. Cometiste un error, Hiroko. Porque mientras estabas escondida, las posibilidades de conservar la naturaleza de Marte han disminuido y mucha gente ha trabajado para acelerar ese proceso, entre ellos algunos de los primeros cien. ¿Y qué has hecho tú para detenerlos? —Hiroko no dijo nada y John prosiguió:— Supongo que has estado ayudando un poco a Sax. Vi una de las notas que le enviaste. Pero ésa es otra de las cosas que me molestan... que ayudes a unos y a otros no.

—Todos lo hacemos —dijo Hiroko, pero parecía incómoda.

—¿Se ha sometido tu colonia a los tratamientos gerontológicos?

—Sí.

—¿Con ayuda de Sax?

—Sí.

—¿Y esos niños saben de dónde vienen?

—Sí.

John sacudió la cabeza, más que exasperado.

—¡No puedo creer que lo hicieras!

—No pedimos tu opinión.

—Es evidente que no. Pero ¿no te preocupa haber robado nuestros genes y haber fabricado esos niños sin nuestro consentimiento?

¿Haberlos criado sin que los padres participáramos? Ella se encogió de hombros.

—Si lo deseas puedes tener tus propios hijos. En cuanto a éstos... bueno. ¿Había alguien aquí interesado en tener hijos hace veinte años? No. Jamás se sacó el tema.

—¡Éramos demasiado viejos!

—No lo éramos. Decidimos no pensar en el asunto. Casi toda la ignorancia es por propia elección, ¿sabes?, y por eso la ignorancia revela mucho sobre lo que importa a la gente. Los primeros no querían tener descendencia, y por eso no sabían nada de los nacimientos tardíos. Pero nosotros sí, y aprendimos las técnicas. Y cuando conozcas los resultados, verás que fue una idea acertada. Creo que nos lo agradecerás. ¿Qué has perdido, después de todo? Esos hijos son nuestros. Pero tienen un eslabón genético con vosotros, y a partir de ahora existirán para vosotros, digamos que como un regalo sorpresa. Un regalo muy extraordinario. —La sonrisa de Mona Lisa apareció y desapareció.

—Una vez más el concepto de regalo —John hizo una pausa, y dijo al fin—. Sospecho que hablaremos de esto durante mucho tiempo.

Mientras abajo empezaron a cantar liderados por los sufíes: — Harmakhis, Mángala, Nirgal, Auqakuh; Harmakhis, Mangala Nirgal, Auqakuh—, y vuelta al principio, una y otra vez, añadiendo notas de adorno que eran otros nombres de Marte, animando a las bandas ya presentes a sumar acompañamientos instrumentales, hasta que cada tienda se llenó con esa canción, todos cantándola juntos. Entonces los sufíes comenzaron a girar y pequeños grupos de bailarines

giraron en todas las tiendas.

—¿Al menos te mantendrás en contacto conmigo? —le preguntó con vehemencia John a Hiroko—. ¿Me concederás eso?

—Sí.

Regresaron a la tienda de más arriba y el resto del grupo bajó a la fiesta y se unió a la celebración. John se abrió paso lentamente hacia los sufíes, e intentó girar como le habían enseñado en el campamento de la mesa, y la gente lo aplaudió y lo sostuvo cuando perdía el equilibrio y se abalanzaba contra los espectadores. Después de una caída, un hombre lo ayudó a ponerse de pie. Tenía la cara delgada y las trenzas tiesas del que lo había visitado a medianoche en el rover.

—¡Coyote! —exclamó John.

—El mismo —dijo el hombre, y una onda de electricidad recorrió la espina dorsal de John—. Pero no hay por qué alarmarse.

Le ofreció una petaca a John; después de un cierto titubeo, la aceptó y bebió. La fortuna acompaña a los valientes, se dijo. Por lo que parecía, era tequila.

—¡Eres el Coyote! —gritó por encima de la música de tambores de magnesio. El hombre esbozó una amplia sonrisa y asintió una vez, recuperó la petaca y bebió—. ¿Está Kasei contigo?

—No. No le gusta este meteorito. —Y entonces, tras darle una palmada amistosa en el brazo, el hombre se adentró en la multitud que remolineaba. Miró por encima del hombro y gritó—: ¡Que te diviertas!

John sintió que el tequila le quemaba el estómago. Los sufíes, Hiroko, de nuevo el Coyote, no faltaba nadie. Vio a Maya y corrió hacia ella y le paso un brazo por los hombros, y recorrieron las salas y los túneles, y la gente que encontraban brindaba por ellos. Los suelos casi elásticos de las tiendas se sacudían levemente arriba y abajo.

La cuenta atrás llegó a los dos minutos y muchos subieron a las tiendas de más arriba y se apretaron contra las paredes transparentes que daban al sur. El asteroide de hielo se consumiría probablemente en una única órbita, ya que la trayectoria de inyección era muy pronunciada. Aunque cuatro veces más pequeño que Fobos, se calentaría hasta convertirse en vapor, y luego, a medida que aumentara la temperatura, en moléculas de oxígeno e hidrógeno. Y todo en cuestión de minutos. Nadie podía estar seguro de cómo iba a ser.

Así que se quedaron allí, algunos todavía cantando la canción de los nombres. Cada vez más gente se incorporó a la cuenta atrás, hasta que todos se unieron en los últimos diez, gritando la secuencia invertida de números a pleno pulmón, el grito primario del astronauta. Rugieron —

¡Cero!— y durante tres latidos sin aliento no sucedió nada; luego, una bola blanca que arrastraba un llameante abanico de fuego blanco subió disparada por el horizonte sudoccidental, tan grande como el cometa del Tapiz de Bayeux, y más brillante que todas las lunas y espejos y estrellas juntos. Hielo ardiente que sangraba a través del cielo, blanco sobre negro, moviéndose veloz y bajo, tan bajo que no estaba muy por encima de ellos en el Olimpo, tan bajo que podían ver pedazos blancos que ardían a través de la cola y se desprendían como chispas gigantescas. Entonces, más o menos en mitad del cielo, estalló en pedazos, y los resplandores incandescentes se desplomaron en el este y se diseminaron como perdigones. De pronto todas las estrellas se estremecieron... fue el primer estampido sónico, que golpeó y sacudió las paredes de las tiendas. Le siguió un segundo estampido, y los pedazos luminiscentes rebotaron durante un momento mientras caían del cielo y desaparecían por el horizonte sudoriental. Unas colas de

dragón entraron en Marte, y desaparecieron, y de repente volvió la oscuridad, el común cielo nocturno, como si nada hubiera ocurrido. Salvo que las estrellas titilaban.

Después de tanta expectación, la caída no había durado más de tres o cuatro minutos. Los celebrantes habían callado al principio, pero muchos gritaron a la vista de la desintegración, como durante un espectáculo de fuegos artificiales; y de nuevo ante el impacto de los dos estampidos sónicos. Ahora, en la vieja oscuridad el silencio era total y la gente no se movió. ¿Qué se podía después de algo semejante?

Pero ahí venía Hiroko, que se abría paso a través de las tiendas hacia el grupo de John, Maya, Arkadi y Nadia. Mientras, cantaba en voz baja una canción que se propagaba por las tiendas vecinas: «Al-Qahira, Ares, Auqakuh, Bahram. Harmakhis, Hrad, Huo Hsing, Kasei. Ma'adim, Maja, Maméis, Mángala. Mawrth, Nirgal, Shalbatanu, Simud y Tiu». Atravesó toda la multitud hasta llegar a John, lo miró y le tomó la mano derecha y la levantó, y de pronto gritó:

—¡John Boone! ¡John Boone!

Y entonces todo el mundo se puso a vitorear y a repetir —¡Boone!

¡Boone! ¡Boone!—, y otros gritaron —¡Marte! ¡Marte! ¡Marte! La cara de John brilló como el meteorito: se sentía aturdido, como si un trozo de hielo le hubiera golpeado la cabeza. Sus viejos amigos se reían de él, y Arkadi aulló: —¡Discurso!—, con lo que imaginó era un acento norteamericano.

—¡Discurso! ¡Discurso! ¡Dissscurso!

Otros se le unieron, y al cabo de un rato todos callaron y lo miraron expectantes, riéndose. Hiroko le soltó la mano y él levantó la otra en un ademán desvalido, las dos por encima de la cabeza con las palmas extendidas.

—¿Qué puedo decir, amigos? —gritó—. Esto es la cosa misma, no hay palabras.

Pero la sangre le corría cargada de adrenalina, tequila, orne— gendorfo y felicidad, y sin proponérselo las palabras le brotaron de la boca como tantas veces antes.

—¡Mirad —dijo—, aquí estamos, en Marte! —Risas.— ¡Un gran regalo y el motivo por el que hemos de entregar nuestras vidas y así mantener en marcha el ciclo. Exactamente como en la eco-economía, donde lo que tomas del sistema ha de compensarse con lo que das, compensarse o superarse para crear ese impulso antientrópico que caracteriza toda forma de vida, y en especial este nuevo paso a un nuevo mundo, este lugar que no es ni naturaleza ni cultura, la transformación de un planeta en un mundo y luego en un hogar. Ahora sabemos que todos tienen razones distintas para estar aquí, tan importantes como los motivos de la gente que los envió, y ahora empezamos a comprender los conflictos causados por esas diferencias, hay tormentas preparándose en el horizonte, meteoros de problemas inminentes, y algunos van a traer muerte al pasar por encima como acaba de hacer ese resplandor de hielo! —Vítores.— ¡Puede que la cosa se ponga fea, de modo que debemos recordar que así como la disolución de este meteorito enriquecerá la atmósfera, la espesará y añadirá elixir de oxígeno a esa sopa venenosa de ahí fuera, los conflictos humanos que se avecinan quizá hagan lo mismo, derretir el permafrost en nuestros cimientos sociales, derretir todas esas instituciones congeladas dejándonos con la *necesidad de la creación,* con el imperativo de inventar un nuevo orden social que sea puramente marciano, tan marciano como nuestra Hiroko Ai, nuestra Perséfone retomada del regolito para anunciar el comienzo de esta nueva primavera! —Vítores.— Sé que yo solía decir que teníamos que inventarlo todo a partir de cero, pero en estos últimos años en que he viajado y os he conocido he visto que me equivocaba, no es como si no tuviéramos nada y estuviésemos obligados a sacar del vacío unas formas divinas... podríamos decir

que disponemos de los genes, los memes, como llama Vlad a nuestros genes culturales, de modo que lo que hacemos aquí es un acto de ingeniería genética; tenemos los fragmentos de cultura de ADN todos hechos y rotos y mezclados por la historia, y podemos elegir y cortar y unir todo lo mejor que haya en el estanque genético, juntarlo todo como en la constitución de los suizos, o en la devoción de los sufíes, o como el grupo de Acheron que fabricó los últimos líquenes resistentes, con un poco de aquí y un poco de allá, todo lo que sea apropiado, sin olvidar la regla de la séptima generación, pensando en las siete generaciones anteriores y en las siete generaciones posteriores, y siete veces siete si me lo preguntáis, porque ahora hablamos de nuestras vidas, que se extenderán hasta perderse en el futuro, y aún no sabemos cómo eso va a afectarnos; pero es indudable y cierto que el altruismo y el egoísmo se han colapsado juntos como nunca hasta ahora. Pero nosotros tenemos que pensar en la vida de nuestros hijos y en la de los hijos de nuestros hijos y en las generaciones que vendrán, proporcionarles tantas oportunidades como las que tuvimos nosotros, y con suerte, más suerte, canalizaremos la energía del sol e invertiremos el flujo entrópico en esta pequeña zona del flujo universal. ¡Y sé que ésta no es manera de decirlo, en especial cuando el tratado que ordena nuestras vidas aquí va a ser discutido y quizá renovado dentro de muy poco tiempo. Lo que se avecina no es sólo un tratado, sino más bien una especie de congreso institucional, y aquí hemos de tener en cuenta el genoma de nuestra organización: podemos hacer esto, no podemos hacer aquello, tenemos que hacer esto, tomar o dar. Y hemos vivido bajo una serie de normas establecidas para una tierra vacía, el frágil e idealista tratado de la Antártida, que ha mantenido tanto tiempo a ese frío continente libre de intrusiones, al menos hasta la última década, en que fue hecho pedazos: una señal de lo que también empieza a suceder aquí. La falsificación de ese conjunto de reglas ha empezado por doquier, como un parásito que se alimenta en la periferia de otro organismo, porque MO es el nuevo conjunto de reglas, la antigua codicia parasitaria de los revés y de sus partidarios, este sistema que llamamos orden mundial transnacional es simplemente el retorno del feudalismo, una colección de normas antiecológicas, que *no* devuelve, que sólo enriquece a una élite internacional flotante a la vez que empobrece *todo lo demás,* y por ese motivo, la así llamada élite pudiente en realidad también es pobre, está separada del trabajo humano verdadero —y por tanto del verdadero logro humano, literalmente parasitaria— pero también poderosa como pueden serlo los parásitos que han tomado el mando y arrancan los logros del trabajo humano a sus legítimos herederos que son las siete generaciones, y se alimentan de ellos mientras incrementan los poderes represivos que los mantienen en el poder! —Vítores.

—Así que en este punto es democracia contra capitalismo, amigos, y nosotros, que nos encontramos aquí en esta avanzada fronteriza del mundo humano, quizá estemos mejor preparados que nadie para comprenderlo y librar esta batalla global. Aquí hay tierra vacía, aquí los recursos son raros y escasos, y vamos a ser arrastrados a la batalla y no podemos negarnos, somos uno de los premios en juego y nuestro destino será decidido por lo que acontezca a toda la humanidad. Será mejor pues que nos unamos por el bien común, por Marte y por nosotros y por toda la gente en la tierra y por las siete generaciones. Va a ser difícil, va a llevar años, y cuanto más fuertes seamos más posibilidades tendremos, y por eso estoy tan contento de ver ese ardiente meteorito en el cielo bombeando la matriz de la vida en nuestro mundo, y por eso estoy tan feliz de veros a todos aquí celebrándolo, un congreso representativo de todo lo que amo en este mundo, pero, mirad, me parece que esa banda de tambores está preparada para tocar, ¿no lo creéis? —gritos de confirmación—, de modo que ¿por qué no empezáis y bailamos hasta que amanezca y la mañana nos disperse por los vientos y por los flancos de esta gran montaña, para llevar el don a todas partes?

Vítores exaltados. La banda de tambores de magnesio los elevó con un frenesí de golpes en *staccato,* y la multitud se puso de nuevo en movimiento.

Estuvieron de fiesta toda la noche. John fue de tienda en tienda,

estrechó manos y abrazó a la gente.

—Gracias, gracias, gracias. No lo sé, no recuerdo lo que dije. Pero esto es lo que he querido decir, siempre, esto de aquí —Sus viejos amigos se rieron de él. Sax, que bebía café y parecía muy relajado, le dijo:

—Sincretismo, ¿verdad? Muy interesante, muy bien expuesto... —y exhibió la más leve de las sonrisas. Maya lo besó, Vlad y Úrsula y Nadia lo besaron; Arkadi lo alzó y con un gran rugido lo hizo dar vueltas en el aire, y le plantó un peludo beso en cada mejilla y gritó—: Eh, John,

¿podrías repetirlo, por favor? —riendo entre dientes—. ¡Me asombras, John, siempre me asombras! —e Hiroko, con su sonrisa secreta, junto a Michel e Iwao...

—Creo que esto es a lo que Maslow se refería con el término de experiencia pico —dijo Michel, e Iwao gruñó y le dio un codazo, mientras Hiroko alargaba la mano y tocaba a John con el dedo índice, como si quisiera transmitirle un cierto toque vivificante, un poder, un don.

Al día siguiente ordenaron y empaquetaron los restos de la fiesta y desarmaron las tiendas, pero dejaron las terrazas de losas: un collar de esmalte tabicado adornando la ladera del viejo volcán negro. Se despidieron de las dotaciones de los dirigibles, que descendieron por la pendiente como globos que se escapan de la mano de un niño; los de color arena de la colonia oculta desaparecieron muy pronto.

Mientras se metía en el rover con Maya, John se despidió, y bordearon el Monte Olimpo acompañados por otros rovers en los que iban Arkadi y Nadia, y Ann y Simón y su hijo Peter. En un momento John dijo:

—Tenemos que hablar con Helmut, y conseguir que la UN nos acepte como portavoces de la población local. Y tenemos que presentarle a la UN un borrador del tratado revisado. Alrededor de L_S noventa tengo proyectado asistir a la inauguración de una nueva ciudad-tienda al este de Tharsis. Se supone que Helmut irá, ¿podríamos reunimos entonces?

Sólo unos pocos podrían ir, pero se los nombró delegados del resto, y se aceptó el plan. Después, conectados con todas las caravanas y dirigibles, hablaron del borrador del tratado. Al dia siguiente llegaron a la rampa que bajaba por el acantilado septentrional, y de allí partieron en direcciones diferentes.

—¡Ha sido una fiesta estupenda! —les dijo John por radio—. ¡Os veré en la próxima!

Mientras estaban allí parados, pasaron los sufíes; saludaron con las manos por las ventanillas y se despidieron por radio. John reconoció la voz de la mujer mayor que lo había atendido después de la danza en la tormenta; mientras él saludaba, ella habló por radio:

—Bien sea en este mundo o en aquél, más allá nos llevará tu amistad.

SEXTA PARTE

Armas bajo la mesa

El día que asesinaron a John Boone estábamos arriba, en Elysium este, y era de mañana, y una lluvia de meteoritos cayó sobre nosotros, y había unas treinta estelas en el, y todas eran negras, no sé de qué estaban hechos esos meteoritos, pero ardían con un humo negro en vez de blanco, como el humo que sale de los aviones que caen a tierra. Era un espectáculo tan sorprendente que nos quedamos boquiabiertos y aún no conocíamos las noticias, pero luego echamos cuentas y había sucedido exactamente al mismo tiempo.

Estábamos abajo, en la Ciudad del Lago en Hellas, y el cielo se oscureció y un viento súbito azotó la superficie del lago y se llevó todos los tubos peatonales de la ciudad, y entonces nos enteramos.

Estábamos en Senzeni Na, donde él había trabajado tanto, y era de noche y los rayos empezaron a martillear sobre nosotros, rayos gigantescos que eran disparados justo en el agujero entre la corteza y el manto, nadie podía creerlo, y había tanto ruido que no se oía lo que decíamos. Y había una foto de él en los cuarteles de los trabajadores, en la pared de un vestíbulo, y un rayo golpeó contra la ventana del bulevar y todo el mundo quedó ciego durante un segundo, y cuando nos recuperamos, el marco estaba destrozado y el cristal resquebrajado y humeante. Y entonces nos enteramos de las noticias.

Estábamos en Carr y no podíamos creerlo. Aquellos de los primeros cien que estaban allí lloraban. Arkadi estaba como loco, lloró durante horas y eso fue muy conmovedor porque no era habitual en él, y Nadia trataba de confortarlo Esta bien, está bien *y Arkadi decía* No está bien, no está bien*, y tiraba cosas y luego volvía a caer en los brazos de Nadia; también ella parecía enloquecida. Y entonces él se fue corriendo a su cuarto y regresó con uno de los transmisores de ignición, y cuando le explicó qué era, Nadia se puso furiosa con todos nosotros, y dijo;* ¿Porqué tendrías que hacerlo? *Y Arkadi lloraba y tiritaba* ¿Porqué? ¡Por esto, por lo que acaba de pasarle a John, lo han matado, lo han matado! ¡Quién sabe cuál será el próximo! ¡Nos matarán a todas si pueden! Por favor, Nadia, por favor, sólo por si acaso, sólo por si acaso, por favor, *hasta que por último ella tuvo que guardarlo para que se calmase. Nunca vi nada igual.*

Estábamos en la Colina Subterranea y la energía se cortó, y cuando volvió todas las plantas de la granja se habían congelado. Las luces y el calor se activaron de nuevo y las plantas empezaron a marchitarse. Nos quedamos toda la noche levantados contando historias sobre John. Recordé cómo me había sentido cuando pisó el planeta por primera vez, allá por los años veinte, muchos lo recordábamos. Creo que todos nos enamoramos de él en ese instante, quiero decir cómo no te iba a gustar alguien que era la primera persona en pisar otro planeta y que se daba una vuelta por allí y decía Bueno, aquí estamos*. Era imposible que no te cayera bien.*

Oh no sé. Una vez vi que le daba un puñetazo a un hombre, fue en el tren de Burroughs y él venía en nuestro vagón evidentemente colocado, y había una mujer que tenía alguna deformidad, una cara con una nariz grande y sin barbilla, y *cuando se fue a los servicios un tipo dijo* Dios mío, a esa mujer sí que le ha tocado una sobredosis de la varita de la fealdad*, y Boom ¡bam! lo derriba en el asiento de al lado y dice:* No hay mujeres feas.

Eso es lo que él pensaba.

Eso es *lo que él pensaba, y por eso dormía con una mujer distinta cada noche, y no le importaba el aspecto que tuvieran. Ni la edad; tuvo que apresurarse a dar explicaciones cuando lo encontraron con aquella joven de quince años. Supongo que Toitovna jamás se enteró o le habría arrancado las pelotas, y cientos de mujeres se habrían quedado con las ganas. Le gustaba hacerlo en planeador biplaza; el pilotando y con la mujer encima.*

Caramba, una vez lo vi sacar un planeador de una comente que habría matado a cualquier otro, era un viento caliente que lo habría despedazado si hubiera intentado resistirse; pero él se dejó llevar y el avión descendió mil metros en un segundo, a tres o cuatro veces la velocidad terminal, y justo cuando estaba a punto de aplastarse contra el suelo, viro de lado y subió y lo descendió en un espado de unos veinte metros. Salió con la nariz y los oídos sangrando. Era el mejor piloto de Marte, volaba como un ángel. Demonios, todos los primeros cien habrían muerto si él no hubiera pilotado la, inserción orbital.

Eso hacia que la gente que lo odiara. Y con buenos motivos. Se opuso a que construyeran la mezquita en Fobos. Y podía ser cruel, jamás conocí a un hombre más arrogante.

Estábamos en el Monte Olimpo y el ciclo se oscureció.

Bueno, antes del comienzo, Paul Bunyan vino a Marte, y con él se trajo a Babe, un buey azul. Echó a caminar en busca de madera y cada pisada suya agrietaba la lava y dejaba la fisura de un cañón. Era tan alto que llegaba hasta el cinturón de asteroides mientras caminaba, y se comía esas rocas como si fueran cerezas y al escupir los huesos, pum, *se formaba otro cráter.*

Y entonces tropezó con el Gran Hombre. Era la primera vez que Paul veía a alguien más grande que él y, creedme, el Gran Hombre era mucho mayor... del orden de dos magnitudes, y aún eso no explica ni la mitad de lo grande que era. Pero a Paul Bunyan no le importaba. Cuando el Gran Hombre dijo Veamos qué puedes hacer con tu hacha*, Paul respondió* Ahora mismo*, y con un solo golpe aporreó el planeta con tanta fuerza que todas las grietas de Noctis aparecieron en el acto. Pero entonces el Gran Hombre rascó el mismo punto con un palillo de dientes, y abrió todo el sistema Manneris.* Probemos con los puños*, dijo Paul, y lanzó un gancho de derecha sobre el hemisferio austral y ahí apareció Argyre. Pero el Gran Hombre tocó con el meñique un punto próximo y ahí apareció Hellas.* Prueba escupiendo*, sugirió el Gran Hombre, y Paul escupió y Nirgal Vallis corrió tan largo como el Mississippi. Pero el Gran Hombre escupió y todos los grandes canales de inundación fluyeron de inmediato.* ¡Prueba cagar! *dijo el Gran Hombre, y Paul se acuclilló y expulsó Ceraunius Tholus... pero el Gran Hombre echó hacia atrás sus posaderas y justo al lado apareció el macizo Elysium, humeante.* Haz lo que quieras*, sugirió el Gran Hombre.* Inténtalo conmigo*. Y Paul Bunyan levantó por el pie toda aquella inmensa mole y lo estrelló contra el Polo Norte con tanta violencia que hasta la fecha todo ese hemisferio boreal está aplastado. Pero sin siquiera levantarse, el Gran Hombre tomó a Paul por el tobillo y con el mismo puño atrapó a Babe, el buey azul, y los golpeó contra el planeta y casi los hizo salir por la Protuberancia de Tharsis, la figura de Paul quedo marcada, Ascraeus la nariz, Pavonis el pene y Arsia los pies enormes. Y Babe está a un lado, levantando el Monte Olimpo. El golpe mató a Babe y a Paul Bunyan, y después de eso Paul tuvo que reconocer que lo habían vencido.*

Pero sus propias bacterias se lo comieron, naturalmente, y se arrastraron por

todos lados, hasta el lecho de roca y por debajo del megarregolito, descendieron a todas partes, buscando el calor del manto y devorando los sulfuros y fundiendo el permafrost. Y allá abajo donde fueron, cada una de esas pequeñas bacterias dijo Yo soy Paul Bunyan.

Es cuestión de voluntad, dijo Frank Chalmers mirándose en el espejo. La frase era el único residuo del sueño que estaba teniendo cuando despertó. Se afeitó con golpes rápidos y decididos, sintiéndose tenso, repleto de energía lista para ser descargada; quería ponerse a trabajar. Otro residuo: ¡Quién más lo quiere más lo tiene!

Se duchó y se vistió, y bajó en silencio al comedor. Acababa de amanecer. El sol inundaba Isidis con haces horizontales de un color rojo broncíneo, y los cirros parecían virutas de cobre, altos en el cielo oriental.

Rashid Niazi, el representante sirio en la conferencia, se cruzó con él y lo saludó con una breve inclinación de cabeza. Frank devolvió el saludo y siguió caminando. Por culpa de Selim el-Hayil habían atribuido el asesinato de John Boone al ala Ahad de la Hermandad Musulmana, y Chalmers se había mostrado dispuesto a defenderlos. Selim era un asesino que actuaba en solitario, afirmaba siempre, un loco suicida. Eso subrayaba la culpabilidad de los Ahad y a la vez los obligaba a mostrarse agradecidos. Naturalmente, Niazi, un líder Ahad, se sentía un poco frustrado.

Maya entró en el comedor y Frank la saludó con cordialidad, ocultando automáticamente la incomodidad que sentía siempre en presencia de ella.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Maya, mirándolo.

—Desde luego.

Maya era perspicaz, a su manera; Frank se concentró en el momento. Charlaron. Surgió el tema del tratado y Frank dijo:

—Como me gustaría que John estuviera aquí ahora. Nos sería útil. Lo echo de menos.

Ese tipo de comentarios distraía a Maya al instante. Apoyó la mano sobre la de él; Frank apenas la sintió. Ella sonreía, mirándolo con una expresión cautivadora. A pesar de sí mismo Frank tuvo que apartar los ojos.

La televisión mural pasaba el paquete de noticias transmitido desde la Tierra; tecleó en la consola y activó el sonido. La Tierra estaba en horas bajas. El vídeo mostraba una marcha de protesta en Manhattan, toda la isla atestada con una multitud que los participantes estimaban en unos diez millones y la policía en quinientos mil. Las imágenes del helicóptero eran bastante extraordinarias, pero en esos días había un montón de sitios quizá menos espectaculares pero mucho más peligrosos. En las naciones avanzadas la gente protestaba por los draconianos decretos de reducción de la natalidad, leyes que hacían parecer anarquistas a los chinos, y los jóvenes habían estallado en furia y consternación, sintiendo que un grupo de viejos y antinaturales no- muertos, la historia misma resucitada, les arrebataba la vida de las manos. Eso no era bueno, claro está. Pero en los países en vías de desarrollo los disturbios tenían como causa el «acceso inadecuado» a los tratamientos, y eso era mucho peor. Los gobiernos caían, la gente moría a millares. En realidad, era probable que la intención de esas imágenes de Manhattan fueran la de tranquilizar: ¡Todo sigue en orden!, decían. La gente se comporta de manera civilizada, aunque sea en la resistencia pasiva. Pero Ciudad de México y Sao Paulo y Nueva Delhi y Manila estaban en llamas.

Maya miró la pantalla y leyó en voz alta una de las pancartas de Manhattan: MANDEN A LOS VIEJOS A MARTE.

—Ésa es la esencia de un proyecto de ley que alguien ha presentado ante el Congreso. Uno cumple cien años y fuera, a retiros orbitales, a la Luna o aquí.

—Sobre todo aquí.

—Quizá —dijo él.

—Supongo que eso explica por qué son tan obstinados en el tema de las cuotas de emigración. Frank asintió.

—Nunca las conseguiremos. Allí abajo están sometidos a demasiada presión, y nos consideran una de las válvulas de escape todavía accesibles. ¿Viste ese programa que pasaron en Eurovid sobre el suelo disponible que hay en Marte? — Maya sacudió la cabeza.— Era como un anuncio de fincas. Si los delegados de la UN nos dieran alguna voz en el asunto de la emigración, los crucificarían.

—Entonces, ¿qué hacemos? El se encogió de hombros.

—Insistir en que se conserve el viejo tratado. Actuar como si cada agrabio significara el fin del mundo.

—Así que por eso te ensañaste tanto con los preliminares.

—Desde de luego. Quizá todo eso no importara, pero somos como británicos en Waterloo. Si cedemos en algún punto se colapsara.

Maya se rió. Estaba complacida, admiraba la estrategia de Frank. Y era una buena estrategia, aunque no la que él pensaba, porque no eran como los británicos en Waterloo; se parecían más a los franceses, que lanzaban un asalto final a las trincheras y no podían fracasar. Y por eso había estado muy ocupado cediendo en muchos puntos, con la esperanza de avanzar y mantener lo que de verdad quería. Lo cual ciertamente incluía la continuidad del Departamento Norteamericano-Marciano y el Secretario actual; después de todo, necesitaba una buena base de operaciones.

Así que se encogió de hombros y desestimó la complacencia de Maya. En la televisión mural, las grandes avenidas hervían con multitudes. Apretó los dientes.

—Será mejor que nos reincorporemos.

Arriba los conferenciantes pululaban en unas salas de techos altos separadas por tabiques. La luz del sol entraba en el gran salón central desde las salas orientales y arrojaba un fulgor rojizo sobre la alfombra de lana blanca y las sillas cuadradas de madera de teca y la piedra rosa de la mesa alargada. Grupos de gente charlaban con aire informal junto a las paredes. Maya fue a consultar a Samantha y Spencer. Los tres eran ahora los líderes de la coalición MartePrimero, y habían sido invitados en calidad de tales, como representantes de la población marciana sin derecho a voto: el partido del pueblo, los tribunos, y los únicos que habían sido elegidos, aunque sólo estaban allí por la indulgencia de Helmut, que había incluido a mucha gente. Había permitido que asistiera Ann, como miembro nominal, en representación de los rojos, aunque éstos eran parte de la coalición MartePrimero; Sax asistía como observador del equipo de terraformación, junto con un gran numero de especialistas en minería y desarrollo. Había en verdad un gran numero de observadores; pero los miembros con derecho a voto eran los únicos que se sentaban a la mesa central, en la que ahora Helmut hacia sonar una campanilla. Cincuenta y tres representantes nacionales y dieciocho funcionarios de la UN ocuparon sus asientos, y otros cien pasaron a las salas laterales para seguir la discusión a través de las puertas abiertas o en pequeños televisores. Del otro lado de las ventanas, Burroughs bullía de figuras y vehículos que se movían por las superficies de las mesas y entre las tiendas, y por la red de tubos peatonales de conexión que se extendían por el suelo o se arqueaban en el aire, y por la enorme tienda que albergaba edificios, canales y bulevares de astrocésped. Una pequeña metrópolis.

Helmut llamó al orden a la sesión. La gente se arracimó en torno a los televisores. Frank miró a través de un portal hacia la sala oriental más próxima: habría salas como ésa por todo Marte y toda la Tierra, miles, con millones de observadores. Dos mundos observando.

El tema del día, como durante las dos últimas semanas, era las cuotas de emigración. China y la India harían una proposición conjunta, y el jefe de la oficina hindú se levantó y la leyó en el inglés musical de Bombay. Chalmers sacudió la cabeza. La India y China tenían entre las dos el cuarenta por ciento de la población mundial, pero sólo dos votos de los cincuenta y tres de la conferencia, y la propuesta jamás sería aprobada. El británico de la delegación europea se levantó para señalar este hecho, aunque desde luego, no con tantas palabras. Comenzó el regateo. Continuaría toda la mañana. Marte era un auténtico premio, y las naciones ricas y pobres de la Tierra se peleaban por él como por todo lo demás. Los ricos tenían el dinero pero los pobres tenían la población, y las armas estaban repartidas por igual, sobre todo los nuevos vectores virales, capaces de matar a toda la población de un continente. Sí, las apuestas eran altas y la situación se mantenía en el más frágil de los equilibrios, los pobres abandonaban en manadas el sur y presionaban contra las barreras septentrionales de la ley, el dinero y la fuerza militar bruta. En resumen, tenían los cañones en la cara. Pero había ahora tantas caras que el asalto de la ola humana podía estallar en cualquier momento, al parecer simplemente debido a la presión expansiva de las cifras: atacantes empujados a las barricadas por la presión de los bebés de retaguardia, ansiosos por alcanzar la oportunidad de ser inmortales.

En el descanso de media mañana, sin que se hubiera logrado nada hasta entonces, Frank se levantó de su asiento. Había prestado poca atención al regateo, pero había pensado, y el cuaderno de notas de su ordenador de muñeca estaba marcado con un esquema tosco. Dinero, gente, tierra, armas. Viejas ecuaciones, viejos trueques. Pero no era originalidad lo que buscaba, sino algo que funcionase.

Nada se decidiría sobre aquella larga mesa, eso era evidente. Alguien tenía que cortar el nudo. Se levantó y fue en busca de la delegación hindú-china, un grupo de unos diez que conferenciaba en un cuarto adyacente sin cámaras ni monitores. Tras el habitual intercambio de amabilidades invito a los dos líderes, Hannavada y Sung a dar un paseo por el puente de observación. Después de intercambiar una rápida mirada y de mantener breves consultas en mandarín e hindú con sus ayudantes, los dos aceptaron.

Así que los tres delegados salieron de las salas y bajaron por los corredores hasta el puente, un tubo peatonal rígido que nacía en un muro rocoso y se arqueaba sobre el valle penetrando en el costado de otra mesa todavía más alta. La altura le daba la magnificencia etérea de un puente colgante, y había bastante gente recorriendo sus cuatro kilómetros o simplemente parada en el centro, disfrutando de la vista sobre Burroughs.

—Miren —dijo Chalmers a sus dos colegas—, el coste de la emigración es tan grande que los problemas demográficos no se resolverán trasladando gente aquí. Ustedes lo saben. Y en sus propios países disponen de tierras mucho más accesibles. Por tanto lo que desean de Marte no es tierra, sino recursos, o dinero. Marte es un medio para obtener recursos allá en casa. Van con retraso respecto al norte a causa de los recursos que les expoliaron en los años coloniales, y esperan recibir algún tipo de retribución.

—Me temo que, en un sentido muy real, el período colonial no terminó nunca — dijo Hanavada cortésmente. Chalmers asintió.

—Eso es lo que significa el capitalismo transnacional: ahora todos somos colonias. Y están presionándonos para que aceptemos cambiar el tratado; la mayoría de los beneficios de la minería local pasarán a manos de las transnacionales. Las naciones desarrolladas se dan perfecta cuenta.

—Lo sabemos —afirmó Hanavada, asintiendo.

—Bien. Y ahora ustedes piden la emigración proporcional, que es tan lógica como el reparto de beneficios de acuerdo con la inversión. Pero ninguna de esas propuestas defiende los intereses de ustedes. La emigración para ustedes sería

como una gota de agua en el mar, pero no así el dinero. Por otro lado, las naciones desarrolladas tienen también problemas demográficos, de modo que la posibilidad de una cuota mayor de emigración sería bien recibida. Y ellas pueden prescindir del dinero, que en cualquier caso iría a parar a las transnacionales, que lo convertiría en capital libre de todo control nacional. Entonces, ¿por qué no ceden una parte mayor las naciones desarrolladas? En realidad no les tocaría un centavo.

Sung asintió con rapidez, con expresión solemne. Quizá habían previsto esta respuesta, y de algún modo la habían estimulado, y ahora aguardaban a que él interpretase su propio papel. Pero por cierto, así era más fácil.

—¿Cree que esos gobiernos aceptarían un trato semejante? —inquirió Sung.

—Sí —repuso Chalmers—. No serían verdaderos gobiernos si no se enfrentan a las transnacionales. Compartir beneficios se parece en cierta manera a aquellos viejos movimientos de nacionalización, sólo que esta vez todos los países se beneficiarían. Internacionalización, si lo prefieren.

—Recortaría la inversión de todas las corporaciones —apunto Hanavada.

—Lo que complacería a los Rojos —dijo Chalmers—. En verdad complacería a todo el grupo de MartePrimero.

—¿Y al gobierno de usted? —preguntó Hanavada.

—Puedo garantizarlo. —En realidad, la administración sería un problema. Pero Frank se ocuparía de ellos cuando llegara la ocasión, últimamente no eran más que un puñado de chicos de la Cámara de Comercio, arrogantes pero estúpidos. Les diría que era eso o un Marte del Tercer Mundo, un Marte chino, un Marte hindú-chino, con gente bajita de piel marrón y vacas campeando a sus anchas por los tubos peatonales. Lo aceptarían. En realidad se esconderían encogidos y gritarían pidiendo socorro: Abu Chalmers, por favor, sálvenos de la horda amarilla. Observó que el hindú y el chino se miraban, en una consulta por completo transparente.— Demonios —añadió—, es justo lo que ustedes querían, ¿no?

—Tal vez tendríamos que hacer números —dijo Hanavad.

Tardaron casi todo el mes siguiente en llevar adelante el compromiso. Hizo falta todo un corolario de compromisos menores para que lo aceptaran las delegaciones con derecho a voto. Los delegados nacionales tenían que conseguir una tajada para mostrar a los de casa. Y también hubo que convencer a Washington; al final, Frank se saltó a los chicos y fue directamente al presidente, que era poco mayor que ellos,

aunque podía ver un negocio cuando se lo ponían en las narices. Así que Frank estuvo ocupado con reuniones de casi dieciséis horas, como solía hacer antes, algo tan familiar para él como la salida del sol. Apaciguar a los representantes de las transnacs, como Andy Jahns, fue la peor parte, casi imposible, ya que el reparto era hecho a su costa y lo sabían. Aplicaron toda la presión que pudieron en los gobiernos del norte y en sus banderas de conveniencia, y eso era evidente según vio en la aterrada irritabilidad del presidente y en la fuga de Singapur y Sofía de las negociaciones. Pero Frank convenció al presidente, a pesar de todo el espacio que había entre ellos, a pesar de la profunda barrera psicológica de la diferencia horaria. Y utilizó los mismos argumentos con todos los demás gobiernos del norte. Si cedían a las transnacionales, decía, entonces ellas eran el verdadero gobierno. ¡Ésta es la oportunidad de hacer valer los intereses de ustedes por encima de esas acumulaciones de capital flotante a punto de alcanzar el poder! ¡De algún modo hay que mantenerlas a raya!

Y ocurrió lo mismo con la UN, con cada uno de los funcionarios allí presente.

—¿Quién desean que sea el verdadero gobierno del mundo?

¿Ustedes o ellos?

No obstante, fue una pelea muy reñida. Las presiones que las transnacs podían ejercer eran terribles, impresionantes. Subarashii y Armscor y Shellalco por separado eran más grandes que todos los países y comunidades de Estados menos los diez más poderosos, y en realidad ellas invertían los fondos. Dinero es igual a poder; el poder hace la ley; y la ley hace a los gobiernos. De modo que los gobiernos nacionales tratando de contener a las transnacs eran como los liliputienses intentando atar a Gulliver. Necesitaban una gran red de diminutos cabos, asegurados con estacas en cada milímetro de la circunferencia. Y cuando el gigante tiraba para liberarse y empezar a pisotear los alrededores, tenían que correr de un lado a otro, arrojando nuevos cabos sobre el monstruo, martilleando nuevas estacas para sujetarlo. Correr de un lado a otro para concertar citas de un cuarto de hora, durante dieciséis horas al día. El Holandés Loco haciendo malabarismos.

Andy Jahns, uno de los más antiguos contactos en las corporaciones de Frank, lo llevó a cenar una noche. Andy estaba furioso con Chalmers, naturalmente, pero no lo demostró, ya que el propósito de la velada era ofrecer un soborno apenas disimulado, o con amenazas apenas veladas. En otras palabras, que todo seguía igual. Le ofreció a Chalmers un puesto como jefe de una fundación que preparaba el consorcio de transporte Tierra-Marte, las viejas industrias aeroespaciales, y el viejo Pentágono detrás ganando sustanciosas comisiones. Esta nueva fundación ayudaría al consorcio a planear la acción política necesaria, y aconsejaría a la UN en asuntos relacionados con el planeta rojo. Se haría cargo en cuanto dejara el puesto de Secretario de Marte, para evitar cualquier apariencia de conflicto de intereses.

—Suena estupendo —dijo Chalmers—. Realmente me interesa mucho. —Y durante la cena convenció a Jahns de que era sincero. No sólo en lo de aceptar el puesto en la fundación, sino en lo de ponerse a trabajar de inmediato para el consorcio. Fue un trabajo difícil, pero era un experto en esas cosas; pudo ver cómo, a medida que transcurría la velada, la suspicacia de Jahns se evaporaba lentamente. La debilidad de los hombres de negocios era creer que el dinero es el fin del juego; trabajaban catorce horas al día para poder comprarse coches con interiores de piel, consideraban que era un pasatiempo sensato jugar en los casinos: en resumen, eran idiotas. Pero idiotas útiles.— Haré todo lo que pueda — prometió enérgicamente, y describió algunas estrategias que podría iniciar en el acto. Hablar con los chinos acerca de la tierra que necesitaban, llevar de nuevo al Congreso la idea de una retribución justa a la inversión. Desde luego. Haz promesas aquí y ahorrarás presiones... y mientras tanto el trabajo podría continuar. No había mayor placer que traicionar a un traidor.

Así que regresó a la mesa de conferencias. El paseo en el puente, decían algunos (otros lo llamaban el Cambio de Chalmers), los había sacado de un callejón sin salida. 6 de febrero de 2057, L_s=144, M-16: una fecha memorable en la historia de la diplomacia. Ahora era cuestión de dar a todo el mundo una parte y ajustar los números. Mientras se fraguaba el proceso, Chalmers habló con todos los primeros cien allí presentes, tranquilizándolos y averiguando lo que pensaban. Sax estaba irritado, pues si las transnacs recortaban las inversiones, la terraformación se detendría. Para él todos los negocios eran calor. Y también Ann estaba irritada, porque el nuevo tratado permitiría tanto la emigración como las inversiones, y ella y los Rojos habían esperado un tratado que convirtiera a Marte en una especie de parque mundial. Esa clase de desconexión con la realidad lo ponía frenético.

—Te acabo de ahorrar cincuenta millones de inmigrantes chinos —le gritó—, y te quejas porque no he conseguido enviarlos a todos de vuelta a casa, porque no hice un milagro y convertí esta roca en un altar, justo al lado de un mundo que empieza a parecerse a Calcuta en un mal día. Ann, Ann, Ann. ¿Qué habrías hecho *tú?* ¿Qué habrías hecho sino caminar a grandes pasos, lanzando miradas furibundas ante cualquier jodida cosa que se dijera, y convenciendo a todo mundo de que eres de Marte? Señor. Ve a jugar con tus rocas y deja la política a gente

capaz de pensar.

—Recuerdo los que es pensar, Frank —dijo Ann. De alguna manera había conseguido que ella sonriese por un segundo. Pero antes de marcharse Ann le echó la vieja mirada salvaje.

Maya estaba contenta. Podía sentir cómo lo miraba cuando él hablaba en las reuniones. Millones de personas observándolo y él sólo sentía esa mirada. Ella admiraba lo que él había hecho en el paseo por el puente, y él sólo le contaba lo que a ella le gustaba oír sobre los acuerdos entre bastidores. Comenzó a reunirse con él todas las noches a la hora del cóctel; se le acercaba cuando la primera marea de críticos y suplicantes había bajado, se quedaba de pie junto a él durante la segunda y la tercera oleada, mirando y distendiéndolo todo con risas, y lo liberaba de vez en cuando recordándole que era hora de comer. Entonces iban a las terrazas restaurante bajo las estrellas, comían, luego bebían café y contemplaban las tejas anaranjadas y los jardines de los techos. La brisa nocturna soplaba como si estuvieran al aire libre. La gente de MartePrimero se había comprometido con el plan, de modo que contaba con la mayoría de los colonos, y también con la oficina norteamericana, dos grupos más poderosos en todo el proceso, exceptuando el liderazgo transnacional, que él no manejaba. De modo que la firma del acuerdo sólo era cuestión de tiempo. Como a veces le decía ya avanzada la noche, cuando ya había caído bajo el hechizo de Maya. Cuando ella lo había calmado.

—Entre nosotros lo conseguiremos —decía, mientras alzaba la vista a las estrellas brillantes, incapaz de enfrentar la mirada de Maya.

Y, una noche, ella pasó la velada con él durante el cóctel. Junto con los demás vieron los informes de las noticias terranas del dia, y advirtió otra vez qué distorsionadas y achatadas parecían todas, como partes de una incomprensible comedia de enredo. Y después se marcharon juntos, y comieron, y luego bajaron a pie por los anchos y herbosos bulevares hasta que llegaron a la habitación de Frank en la parte baja de la ciudad. Y ella lo invito a dentro. Sin explicaciones ni comentarios, como si lo hiciera siempre. Simplemente ocurrió, estaba ocurriendo. Ella entro y cayo después en sus brazos. Se echaron en la cama y lo besó. El impacto fue tal que Frank se sintió completamente fuera de su cuerpo, la carne de goma. Eso empezaba a preocuparle cuando la absoluta presencia animal de ella irrumpió de pronto, el cuerpo le habló al cuerpo y en ese momento pudo sentirla otra vez... las sensaciones retornaron a él tumultuosamente y respondió a ellas con una intensidad animal. Había pasado mucho tiempo.

Después, Maya se envolvió en una sábana y fue a buscar un vaso de agua.

—Me gusta cómo manejas a esa gente —dijo, mirándolo por encima del hombro.

Bebió del vaso y volvió a mirarlo: una mirada plena y franca, penetrante, como una luz errática que brillaba y lo atravesaba. De repente Frank no sólo se sintió desnudo, sino también expuesto. Se subió la sábana por encima de la cadera y pensó que se había delatado. Sin duda ella vería, vería cómo el aire se le convertía en agua helada en los pulmones, cómo se le hacía un nudo en el estómago, cómo se le paralizaban los pies. Parpadeó, le devolvió la sonrisa. Sabía que era una sonrisa descolorida y torva, pero sentir la cara como una máscara rígida sobre la carne verdadera de algún modo lo reconfortó. Nadie era capaz de interpretar con precisión las expresiones faciales, todo eso era mentira, un engaño, como la lectura de las manos o la astrología. Así que estaba a salvo.

Pero después de esa noche, Maya empezó a pasar mucho tiempo con el, tanto en público como en privado. Estaba junto a él en las recepciones que se celebraban todas las noches en una u otra de las oficinas nacionales; se sentaba junto a él en muchas de las cenas de grupo; después navegaba con él en un vehemente mar de conversación, mientras miraban las malas noticias de la Tierra o se sentaban en el grupo cerrado de los primeros cien. Y por la noche iba al cuarto de él, o algo aún

más perturbador, lo llevaba al cuarto de ella.

Y todo sin ningún signo de lo que quería de él. Frank concluyó que ella pensaba que no tenía por qué mencionarlo. Que estar con él era suficiente, que él sabría lo que ella quería, y que haría cualquier cosa por conseguirlo sin que ella tuviera que decir una palabra. Que ella tendría lo que quería. Desde luego, era imposible que estuviera haciéndolo todo sin ningún motivo. Esa era la naturaleza del poder; cuando uno lo tiene, ya nadie vuelve a ser simplemente un amigo, simplemente un amante. Inevitablemente, todos querían cosas que uno podía dar... aunque no fuera más que el prestigio de la amistad con el poderoso. Ése era un prestigio que Maya no necesitaba, pero ella sabía lo que quería. Y, después de todo, ¿acaso él no lo estaba haciendo? ¿Exasperando una parte de los suyos para forjar un tratado que sólo complacería a unos cuantos locales? Sí, ella estaba consiguiendo lo que quería y todo sin una palabra, o sin una palabra directa. Nada mas que con alabanzas y afecto.

De modo que mientras hablaba en las interminables reuniones con los dirigentes, exponiendo con cuidado el texto de cada cláusula del nuevo tratado, interpretando el papel de James Madison en aquel extraño simulacro de asamblea constitucional, Spencer, Samantha y Maya vagaban a su alrededor y lo ayudaban. Después del trabajo del dia, acudía a la recepción de la noche, y Maya lo acompañaba y charlaba con los demás, una especie de consorte. ¡Demonios, una consorte! Y de noche ella lo cubría de besos, hasta que era imposible imaginar que ella no lo amaba.

Lo cual era intolerable. Que fuera tan fácil engañar a la gente que mejor te conocía... que ella fuera tan estúpida... Qué oculto está el verdadero yo, bajo la máscara cotidiana. En realidad todos ellos eran actores *Todo el tiempo,* interpretando sus papeles de vídeo, y no había posibilidad de contacto con el verdadero yo de los demás, ya no; con el correr de los largos años, los papeles se habían endurecido hasta convertirse en caparazones, y el yo interior se les había atronado, o se había alejado y se había perdido. Y ahora todos ellos estaban huecos.

O quizá sólo fuera él. ¡Porque ella parecía tan real! La risa de ella, el pelo blanco, la pasión, Dios mío; la piel sudorosa de ella y las costillas que se movían bajo los dedos de él como las tablas de una cerca, costillas que se contraían con los paroxismos del orgasmo. Un yo verdadero, ¿no tenía que ser así? ¿No? Le costaba creer que fuera de otro modo. Un yo verdadero.

Una mañana despertó de un sueño con John. Estaban en la estación espacial, en la época en que eran jóvenes. Salvo que en el sueño eran viejos, y John no había muerto pero sí había muerto; hablaba como un fantasma, consciente de que había muerto y de que Frank lo había matado, aunque también consciente de todo lo que había ocurrido desde entonces, pero no estaba enojado ni reprochaba a nadie. Sólo era algo que había ocurrido, como cuando le asignaron para el primer desembarco, o aquella relación con Maya en el *Ares.* Habían sucedido muchas cosas entre ellos, pero eran amigos, todavía hermanos. Podían hablar, se entendían. Sintiéndose horrorizado había gemido en sueños, se había encogido en la cama, y se despertó. Hacía calor, tenía la piel sudorosa. Maya se sentó, la cabellera enmarañada, los pechos entre los brazos.

—¿Qué pasa? —decía—. ¿Qué pasa?

—Nada —dijo él, y se levantó y marchó pesadamente al baño. Pero ella fue detrás y lo tocó.

—Frank, ¿qué pasa?

—¡Nada! —gritó, e involuntariamente se apartó de ella—. ¿No puedes dejarme en paz?

—Por supuesto —dijo ella, lastimada. Un arrebato de ira—. Por supuesto que

puedo. —Y salió del baño.

—¡Por supuesto que puedes! —le gritó él, de pronto furioso porque ella era estúpida, por conocerlo tan poco y mostrarse tan vulnerable, cuando al fin y al cabo todo era una actuación—. ¡Ahora que has conseguido lo que querías!

—¿Qué significa eso? —preguntó ella, y reapareció al instante en la puerta del baño, con una sábana alrededor del cuerpo.

—Lo sabes muy bien —repuso él con amargura—. Has conseguido lo que querías del tratado, ¿no? Y sin mí jamás habrías podido.

Ella se quedó allí plantada, con las manos en las caderas, mirándolo. Tenía la sábana suelta alrededor de las caderas y se parecía a la figura francesa de la Libertad, muy hermosa y muy peligrosa, la boca una delgada línea. Sacudió la cabeza con disgusto y salió.

—No tienes ni la más remota idea, ¿verdad? —dijo. Él la siguió.

—¿Qué quieres decir?

Ella apartó la sábana y empezó a vestirse con movimientos bruscos,

lanzándole mientras tanto una andanada de frases secas.

—No sabes nada de lo que piensan los demás. Ni siquiera sabes lo que piensas tú. ¿Qué quieres *tú* del tratado, tú, Frank Chalmers? No lo sabes. Es sólo lo que yo quiero, lo que Sax quiere, lo que Helmut quiere. Lo que quieren todos. Tú no tienes ninguna opinión. Lo que sea más fácil de manejar. Lo que al final te permita estar al mando. ¡Y en cuanto a *sentimientos*! —Estaba vestida, de pie ante la puerta. Se detuvo para mirarlo con ojos centelleantes y duros. Él se había quedado allí de pie, demasiado aturdido para moverse, y ahora estaba desnudo delante de ella, expuesto otra vez.— Tú no tienes sentimientos, ¿verdad? Lo he intentado, créeme, pero tú... —Se estremeció, al parecer porque no encontraba palabras bastante crueles.

Vacío, quiso decir él, vacío. Una actuación. Y sin embargo... Ella se marchó.

Cuando firmaron el nuevo tratado, Maya no estaba a su lado, ni siquiera estaba en Burroughs. Lo que en realidad fue como una liberación. No obstante, no pudo evitar sentir cierto vacío dentro; y ciertamente el resto de los primeros cien (como mínimo) sabia que algo había ocurrido entre los dos (de nuevo), y eso lo ayudaba, o así se lo dijo a sí mismo.

Firmaron en la misma sala de conferencias en que la que habían reunido y Helmut hizo los honores con una gran sonrisa, mientras los delegados se acercaban por turno, en esmoquin o en traje de noche, para decir unas palabras ante las cámaras y luego poner la mano sobre «el documento», un gesto que sólo Frank parecía ver como algo extrañamente arcaico, como si firmaran un petroglifo. Ridículo. Cuando le llegó el turno dijo algo acerca de un impacto en equilibrio, que era exactamente lo que había pasado; había conseguido que los intereses rivales colisionaran en ángulos ya convenidos, preparando un accidente de tránsito en el que todos los vehículos colisionarían unos con otros hasta formar una única masa solidificada. El resultado no era muy distinto de la primera versión del tratado, tanto en lo tocante a la emigración como a la inversión, las dos principales amenazas para el *status quo* (si había tal cosa en el planeta), bloqueadas en su mayor parte, y además (esto era lo inteligente) *bloqueándose entre sí.* Era un buen trabajo y lo firmó con una floritura, «Por los Estados Unidos de América», anunció con énfasis, mirando a todo el mundo con ojos brillantes. Eso quedaría bien en el vídeo.

De modo que, durante el desfile posterior, se retiró con la fría satisfacción del trabajo bien hecho. Los suelos de vidrio de las tiendas y los tubos peatonales

estaban atestados con miles de espectadores; el desfile serpenteó alrededor, bajó hasta la gran tienda a un lado del canal, subió por los desvíos que llevaban a las mesas, y volvió a bajar cruzando todos los puentes del canal entre vítores hasta Princess Park, donde habría una gran fiesta al aire libre. Los meteorólogos habían previsto tiempo fresco y despejado, con vientos descendentes. Las cometas se batían en duelo en los techos de las tiendas como si fueran aves de rapiña, de colores brillantes en el rosa oscuro del cielo crepuscular.

La fiesta en el parque inquietó a Frank. Había demasiada gente que lo observaba, demasiada gente que quería acercarse y hablar con el. Eso era la fama: se hablaba a grupos. Así que dio la vuelta y fue de nuevo hasta la tienda junto al canal.

Dos filas de pilares blancos recorrían el borde del canal, cada pilar era una columna de Bareiss, semicircular en la cima y en la base, pero con una desviación de 180 grados entre los dos hemisferios. Esa sencilla maniobra les daba un aspecto muy diferente según desde dónde las mirasen: las dos hileras parecían extrañamente deterioradas, como si ya estuviesen en ruinas, aunque la superficie de sal recubierta de diamante era pulida y blanca. Sobresalían de la hierba como blancos terrones de azúcar y brillaban como si estuvieran húmedas.

Frank avanzó entre las hileras tocando los pilares. Por encima de ellas, a cada lado, las pendientes del valle se elevaban abruptamente hasta los acantilados de las mesas. Un verdor compacto refulgía detrás de esos riscos de cristal, y parecía como si la ciudad estuviera bordeada por enormes terrarios. Una granja de hormigas realmente elegante. La parte recubierta estaba moteada de árboles y techos de tejas y cortada por bulevares anchos y herbosos. La parte descubierta era una planicie roja y rocosa. Muchos edificios estaban aún en construcción; había andamios y grúas por doquier que se elevaban hacia los tejados, una especie de extraña y colorida estatuaria esquelética. Helmut le había comentado que las laderas cubiertas de tiendas le recordaban a Suiza, lo que no lo sorprendió, ya que la mayor parte de la edificación era suiza.

«Levantan un andamio sólo para cambiar unas macetas en una ventana.»

Sax Russell estaba allí, al pie de uno de esos edificios con andamios, observándolo críticamente. Frank subió por un tubo hasta él y lo saludó.

—Los soportes de esos andamios son excesivos —indicó Sax—. La mitad bastaría.

—A los suizos les gusta. —Sax asintió. Miraron el edificio.— ¿Y bien?

¿Qué piensas?

—¿Del tratado? Habrá menos apoyo al proyecto de terraformación. La gente está más inclinada a invertir que a dar.

Frank frunció el entrecejo.

—No toda la inversión es buena para la terraformación, Sax, no lo olvides. Mucho de ese dinero se gasta en otras cosas.

—Pero, verás, la terraformación es una manera de reducir los gastos generales. Siempre habrá un cierto porcentaje de inversión. Quiero pues que el total sea lo más alto posible.

—Los beneficios reales sólo pueden calcularse si se conocen los costes reales —dijo Frank—. *Todos* los costes reales. La economía terrana nunca se preocupó por eso, pero tú eres un científico. Tienes que evaluar no sólo los deterioros ecológicos de un aumento demográfico, sino también los posibles beneficios para la terraformacion. Mejor es aumentar la inversión dedicada a la terraformación, que un compromiso y tomar un porcentaje de un total que de todas maneras trabaja contra ella.

Sax hizo una mueca.

—Es precioso oírte hablar contra los compromisos después de los cuatro meses pasados. De todas maneras sigo pensando que es mejor un aumento que un porcentaje del total. Los costes ambientales son insignificantes. Bien manejados pueden convertirse en beneficios. Una economía puede medirse en terawatios o kilocalorías como solía decir John. Y eso es energía. Y aquí podemos usar cualquier clase de energía, incluso la de un montón de cuerpos. Los cuerpos son sólo más trabajo, muy versátil, muy energéticos.

—Costes reales, Sax. Todo. Sigues intentando jugar con la economía, pero la economía no se parece a la física, sino a la política. Piensa en lo que ocurrirá cuando millones de emigrantes desplazados lleguen aquí,

con todos sus virus, biológicos y psíquicos. Tal vez se unan a Arkadi o a Ann, ¿se te ha ocurrido pensarlo? ¡Epidemias que podrían aplastar todo tu sistema! Caramba, ¿es que el grupo de Acheron no ha intentado enseñarte biología? ¡Piénsalo, Sax! No se trata de mecánica. Es ecología. Y es una ecología frágil y dirigida, que *debe* ser dirigida.

—Quizá —dijo Sax. Reconoció la frase: era uno de los tópicos de John. Durante un minuto perdió el hilo de lo que decía Sax—...además, este tratado no traerá tantos cambios. Las transnacionales que quieran invertir encontrarán como hacerlo. Adoptarán una nueva bandera de conveniencia y parecerá que cierto país reclama sus derechos aquí, exactamente según las cuotas del tratado. Pero detrás habrá dinero de una transnacional. Ocurrirán muchas cosas de ese estilo, Frank. Sabes de política, ¿no? ¿Y también de economía?

—Quizá —dijo Frank con brusquedad, irritado. Y se alejó.

Mas tarde visitó un barrio alto del valle, aún en construcción. Se dio la vuelta y miro hacia el valle. Estaba bien situado, eso era incuestionable. Desde allí los dos lados del valle eran mucho mas visibles, desde cualquier punto se tenia una gran visión. De pronto el ordenador de muñeca emitió un *Bip*; contestó y vio el rostro de Ann.

—¿Qué quieres ahora? Imagino que tú también piensas que te he vendido. Que he dejado que las hordas invadan tu campo de juegos. Ella sonrió.

—No. Hiciste lo mejor que se podía hacer, vista la situación. Eso es lo que quería decirte.

La pantalla se apagó.

—Fantástico —dijo Frank en voz alta—. Toda la gente de dos mundos está contra mí, *menos* Ann Clayborne. —Rió con amargura y siguió caminando.

De vuelta al canal y a las filas de pilares de Bareiss. Las esposas de Lot. Había grupos de celebrantes diseminados por el césped a ambos lados del canal, y las sombras eran largas a la última luz de la tarde. Por alguna razón, la visión le pareció ominosa y dio media vuelta, no sabiendo adonde ir. Todo parecía acabado, resuelto, y por último inútil. Siempre lo mismo.

Había un grupo de terranos bajo un espléndido edificio de oficinas en la tienda Niederdorf. Andy Jahns se encontraba entre ellos.

Si Ann estaba satisfecha, Andy estaría furioso. Frank se acercó a comprobarlo.

Andy lo vio y torció la cara un momento.

—Frank Chalmers —dijo—. ¿Qué te trae hasta aquí?

El tono parecía amable, pero la mirada era fría. Sí, estaba furioso.

—Sólo estoy dando una vuelta, Andy. para que la sangre circule. ¿Y tú?

Jahns titubeó un instante y dijo:

—Buscamos espacio para oficinas. —Observó la reacción de Frank, y una sonrisa, insinuada primero y franca después, le bailó en la cara. En seguida prosiguió:— Éstos son amigos míos de Etiopía, de Addis Abeba. Estamos pensando en trasladar aquí nuestra oficina central el año próximo. —La sonrisa se hizo más amplia, sin duda como respuesta a la expresión de Frank, que sintió que la cara se le endurecía.—Y tenemos mucho que discutir.

Al-Qahira es el nombre de Marte en árabe, y en malasio y en indonesio. Las dos últimas lenguas lo recibieron de la primera; mirad un globo terráqueo, y observad hasta dónde se extiende la religión de los árabes. La mitad del mundo, desde el oeste de África hasta el oeste del Pacífico. Y casi todo en un siglo. Sí, hubo un imperio árabe; y como todos los imperios, después de morir entró en una especie de letargo.

A los árabes que viven fuera de Arabia se los llama Mahjaris, y a los que vinieron a Marte, los Qahiran Mahjaris. Cuando llegaron, un buen número de ellos empezó a recorrer Vastitas Borealis («La Badia Septentrional») y el Gran Acantilado. Esos nómadas eran principalmente árabes beduinos, y viajaban en caravanas, en una recreación deliberada de una vida desaparecida en la Tierra. Gente que había vivido siempre en ciudades fue a Marte para ambular en rovers y vivir en tiendas. Las excusas para esos incesantes viajes incluían la búsqueda de metales, la areología y el comercio, pero parecía obvio que lo importante era el viaje, la vida misma.

Frank Chalmers se unió a la caravana de Zeyk Tuqan un mes después de que se firmara el tratado, en el otoño septentrional del año M-

16 (julio de 2057). Durante largo tiempo viajó con esa caravana por las quebradas pendientes del Gran Acantilado. Trabajo el árabe y les ayudó en la minería e hizo observaciones meteorológicas. La caravana la componían auténticos beduinos de Awlad 'Ali, la costa occidental de Egipto. Habían vivido al norte de la zona que el gobierno egipcio bautizara como el Proyecto del Valle Nuevo, después de que una búsqueda de petróleo tropezara con un acuífero de agua igual al caudal del Nilo durante mil años. Incluso antes de que se descubriera el tratamiento gerontológico, el problema de población egipcio era grave; con un noventa y seis por ciento de tierra desierta, y noventa y nueve por ciento de población concentrada en el Valle del Nilo, era inevitable que las hordas redistribuidas por el Proyecto del Valle Nuevo molestaran a los beduinos, de cultura muy distinta. Los beduinos ni siquiera se llamaban a sí mismos egipcios, y despreciaban a los egipcios del Nilo como seres débiles y licenciosos; pero eso no impidió que los egipcios pasaran en tropel desde el norte por el Proyecto del Valle Nuevo hasta Awlad 'Ali. Los beduinos de otros países apoyaron sin reservas esos puestos avanzados de la cultura árabe, y cuando la comunidad lanzó su programa marciano, compró una parte de la flota de transbordadores TierraMarte y pidió a Egipto que diera preferencia a los beduinos. el gobierno egipcio se mostró más que contento, pues se desembarazaba de una problemática minoría. De modo que allí estaban, beduinos en Marte, vagando por el desierto septentrional que cubría el mundo rojo.

Las observaciones meteorológicas despertaron el interés de Frank por la climatología. El clima del acantilado era a menudo violento, con vientos katabáticos descendentes que chocaban con los alisios de Syrtis y se convertían en altos y veloces tornados rojizos o en fuertes embestidas de granizo arenoso. En aquel verano la atmósfera era de unos 130 milibares, en una mezcla aproximada de ochenta por ciento de dióxido de carbono y *diez* por ciento de oxígeno; el resto era principalmente nitrógeno de las nuevas plantas de transformación de nitritos. Aún

no sabían si conseguirían mezclar el CO_2 con oxígeno y otros gases, pero Sax parecía satisfecho. Por cierto, en un día ventoso era evidente que el aire estaba espesándose; tenía una cierta consistencia, arrojaba arena pesada y oscurecía las tardes. Durante los vendavales más violentos, las ráfagas podían derribarlo a uno con bastante facilidad. Frank cronometró una ráfaga katabática de una velocidad horaria de 600 kilómetros; por fortuna era parte de una ventisca general, tan fuerte que cuando ocurrió todo el mundo estaba refugiado en los rovers.

La caravana era una explotación minera móvil. Había metales en cualquier lugar de Marte, pero los prospectores árabes descubrieron sobre todo unas extensas capas de sulfuros disueltos en los acantilados y las llanuras de alrededor. La minadas y depósitos tenían concentraciones y cantidades que justificaban la utilización de técnicas mineras convencionales, aunque los árabes habían buscado nuevos métodos de extracción y procesamiento; habían creado toda una colección de equipo móvil modificando rovers y vehículos de construcción. Las máquinas así obtenidas eran grandes y segmentadas; parecían insectos monstruosos salidos de la pesadilla de un mecánico de camiones. Esas criaturas vagaban por el Gran Acantilado en caravanas, buscando depósitos de cobre estratiforme, sobre todo con altas concentraciones de tetraedrita y calcosita, de las que obtenían plata como subproducto del cobre. Cuando localizaban una, se detenían para lo que ellos llamaban la cosecha.

Mientras, los rovers prospectores recorrían el acantilado en expediciones de una semana o diez días, siguiendo los antiguos cauces y fallas. Cuando Frank llegó, Zeyk, que lo había recibido, le dijo que hiciera el trabajo que prefiriera, de modo que Frank se encargó de uno de los rovers prospectores y partió con él en expediciones solitarias. Pasaría una semana fuera, con el programa de búsqueda automática activado,

estudiando el sismógrafo, las muestras y los instrumentos meteorológicos, haciendo alguna perforación esporádica, observando los cielos.

Tanto en un mundo como en el otro, los asentamientos beduinos parecían destartalados desde fuera. Sólo cuando uno entraba en una de las casas se descubría lo que abrigaban dentro: los patios, los jardines, las escalinatas, los espejos, los arabescos, las fuentes, los pájaros.

El Gran Acantilado era un país extraño, cortado por sistemas de cañones en dirección norte-sur, desfigurado por antiguos cráteres, inundado por ríos de lava, fracturado en montes, karsts, mesas y crestas; y todo sobre una pendiente abrupta. Desde cualquier roca o prominencia uno podía ver muy lejos hacia el norte. En esos días de viajero solitario Frank dejó que el programa de búsqueda decidiera por su cuenta y se sentó a observar el paisaje silencioso, desolado, inmenso, desgarrado por un pasado violento. Los días transcurrían y las sombras cambiaban. Los vientos subían en remolinos por las mañanas y bajaban en remolinos al caer la tarde. Las nubes colmaban el cielo, desde bajas bolas de niebla que rebotaban sobre las rocas hasta unos altos tentáculos de cirros, con algunos cumulonímbos esporádicos que se extendían sobre todo el paisaje, masas sólidas de nube a 20.000 metros de altura.

De vez en cuando encendía el televisor y veía el canal árabe de noticias. A veces, en el silencio de las mañanas, discutía con el televisor. Había una parte de él que se sentía ultrajada por la estupidez de los medios y por los acontecimientos que difundían. La estupidez de la especie humana como espectáculo. Excepto que la vasta mayoría de la humanidad jamás aparecía en vídeo, ni una vez en la vida, ni siquiera en las escenas de masas, cuando una cámara barría la multitud. Pero allá en la Tierra, el pasado terrano persistía aún en enormes regiones donde la vida pueblerina continuaba siendo difícil. Quizá eso era sabiduría, mantenida fielmente

por viejas esposas y chamanes. Quizá. Pero costaba creerlo, pues lo estropeaban todo cuando se agrupaban en ciudades. «Se puede decir que la prolongación de la vida humana ha de ser, por naturaleza, una gran bendición.» Esas cosas lo hacían reír,

«¿Es que nunca has oído hablar de los efectos secundarios, imbécil?»

Una noche vio un programa sobre la fertilización del Océano Antártico con polvo de hierro. El polvo actuaría como suplemento dietético para el fitoplancton, que disminuía de una manera alarmante y sin ninguna razón. Unos aviones esparcían el hierro y parecía que estaban combatiendo un incendio submarino. El proyecto costaba diez mil millones de dólares al año y no se interrumpiría nunca, aunque calculó que un siglo de fertilización reduciría la concentración global de dióxido de carbono entre un diez y un quince por ciento. Dado el recalentamiento planetario y la consiguiente amenaza para las ciudades costeras, por no mencionar la muerte de casi todos los arrecifes de coral, se había considerado que el proyecto era aceptable.

—A Ann le va a encantar —musitó—. Ahora están terraformando la Tierra.

Sabía bien que nadie lo observaba, nadie lo escuchaba, el público diminuto que imaginaba dentro de su cabeza no era real; nadie, amigo o enemigo, mira las películas de nuestras vidas. Podía hacer lo que quisiera... y al cuerno con la normalidad. Al parecer, era lo que siempre había deseado, lo que había buscado instintivamente. Podía salir y patear piedras en la ladera de un karst toda una tarde; o llorar; o escribir aforismos en la arena; *o* a las lunas, que declinaban en el cielo austral. Podía hablar consigo mismo en las comidas, podía hablar con el televisor, podía hablar con sus padres o sus amigos perdidos, con el presidente, o con John, o Maya. Podía dictar largas e incoherentes entradas a su ordenador: fragmentos de historia sociobiológica, una novela pornográfica —podía darse—, una historia de la cultura árabe. Hizo todo eso y regresó a las caravanas, se sentía mejor: más hueco, más verdaderamente vacío. «Vive —decían los japoneses— como si estuvieras muerto.»

Pero los japoneses eran extranjeros. Y viviendo con los árabes comprendió hasta qué punto también ellos eran extranjeros. Oh, eran parte de la humanidad del siglo XXI, por supuesto; eran científicos y técnicos sofisticados, encerrados como todos en un capullo tecnológico, ocupados en hacer y ver las películas de sus propias vidas. Y, sin embargo, rezaban todos los días entre tres y seis veces, inclinados hacia la Tierra cuando subía o bajaba en el cielo como lucero del alba o de la tarde. Y se sentían realmente contentos viviendo en las tecnocaravanas porque para ellos eran un símbolo claro del acercamiento del mundo moderno a sus propias viejas creencias. «El trabajo del hombre es actualizar la voluntad de Dios en la historia», decía Zeyk. «Podemos cambiar el mundo para ayudar a actualizar el modelo divino. Ése es nuestro sendero: el islam dice que el desierto no será siempre desierto, que la montaña no será siempre montaña. Hay que transformar el mundo a imagen y semejanza del modelo divino, y eso es lo que constituye la historia en el islam. Al-Qahira es para nosotros un desafío, como el viejo mundo, pero de una forma más pura.»

Le explicaba esas cosas a Frank sentados en el diminuto vestíbulo del rover. Esos rovers familiares se habían convertido en reservas privadas, en espacios a los que Frank rara vez era invitado, y entonces sólo por Zeyk. Cada vez que lo visitaba, volvía a sorprenderse: desde el exterior el rover parecía anodino, grande, las ventanas oscurecidas, estacionado junto a unos tubos peatonales. Pero cuando uno cruzaba agachado una puerta, entraba en un espacio lleno de luz de sol, que se derramaba a través de claraboyas, iluminaba sillones y elaboradas alfombras, cuencos de frutas, una ventana del paisaje marciano enmarcado como una foto, canapés bajos, tazas de plata, consolas de ordenador empotradas en madera de

teca y caoba, agua que corría en estanques y fuentes. Un mundo fresco y húmedo, verde y blanco, íntimo y pequeño. Al mirar alrededor, Frank tenía la poderosa impresión de que esas habitaciones habían existido durante siglos, de que serían reconocidas al instante como lo que eran por la gente que había vivido en el Distrito Vacío en el siglo X o en Asia en el XII.

A menudo las invitaciones de Zeyk llegaban por la tarde cuando un grupo de hombres se reunía en el rover a tomar café y a charlar. Frank se acuclillaba cerca de Zeyk y sorbía el café negro y escuchaba a los que hablaban en árabe. Era un idioma hermoso, musical y profundamente metafórico, de manera que toda la terminología técnica moderna resonaba con imágenes del desierto; las raíces de las palabras nuevas, aun los términos abstractos, tenían orígenes físicos concretos. El árabe, como el griego, había sido una lengua científica desde la antigüedad, y esto se transparentaba en las muchas e inesperadas afinidades con el inglés y la naturaleza orgánica y compacta del propio vocabulario.

Las conversaciones se atropellaban aquí y allá, pero eran guiadas por Zeyk y los otros mayores, a quienes los jóvenes trataban con una deferencia que asombraba a Frank. Muchas veces la charla se convertía en una conferencia sobre las costumbres beduinas, lo que permitía a Frank asentir y preguntar y comentar o criticar.

—Cuando en la sociedad hay una fuerte veta conservadora —decía Zeyk—, que se opone a la progresista, aumenta el riesgo de una guerra civil. Como en el conflicto en Colombia que llamaron *La Violencia,* por ejemplo. Una guerra civil que significó el completo colapso del Estado, un caos que nadie pudo entender y mucho menos controlar.

—O como en Beirut —dijo Frank con un tono inocente.

—No, no. —Zeyk sonrió.— Lo de Beirut fue mucho más complejo. No fue sólo una guerra civil: hubo también conflictos exteriores que lo complicaron todo. No se trató de un grupo de conservadores sociales o religiosos que se oponían a la cultura mayoritaria, como en Colombia o en la guerra civil española.

—Has hablado como un verdadero progresista.

—Todos los Qahiran Mahjaris somos progresistas por definición, o no estaríamos aquí. El islam ha evitado las guerras civiles manteniéndose como un todo unido. Tenemos una cultura coherente, de modo que los árabes de aquí son aún gente piadosa. Eso lo entienden hasta los elementos más conservadores allá en la Tierra. Jamás tendremos una guerra civil, porque nos une la fe. —John no dijo nada, pero era obvio que pensaba en la herejía de las «guerras civiles» islámicas. Zeyk miro su expresión, pero la ignoro y continuo:— Todos avanzamos juntos por la historia, en una caravana abierta. Podrías decir que estamos en Al- Qahira en un rover de exploración. Y tú ya sabes lo agradable que puede ser.

—¿Pero... —Frank titubeó; su desconocimiento del árabe sólo le permitía un pequeño margen antes de que los otros se ofendieran.—

...hay de verdad una idea de progreso social en el islam?

—¡Oh por supuesto! —respondieron varios, asintiendo.

—¿No lo crees así? —inquirió Zeyk.

—Bueno —Frank no acabó la frase. Aún no había ni una sola democracia árabe. Era una cultura jerárquica que daba un gran valor al honor y la libertad, y para los muchos que estaban abajo, el honor y la libertad sólo se alcanzaban por medio de la sumisión. Lo cual reforzaba el sistema y lo mantenía estático. Pero *¿qué* podía decir?

—La destrucción de Beirut fue un desastre para la cultura árabe progresista —dijo otro hombre—. Era la ciudad a la que iban los intelectuales, los artistas y los

radicales perseguidos por sus propios gobiernos. Todos los gobiernos nacionales odiaban el ideal panárabe, pero hablamos la misma lengua en muchos países, y el idioma es un poderoso unificador de culturas. Somos una unidad, a pesar de las fronteras políticas. Beirut sostuvo siempre esa posición, y cuando los israelitas la destruyeron, todo se hizo más difícil. La destrucción tenía el propósito de dividirnos, y lo consiguió. De modo que hemos empezado de nuevo.

Y eso era según ellos el progreso social.

El depósito de cobre estratiforme que habían estado recogiendo se agotó al fin, y llegó el momento de otro *ráhla,* el traslado del *hejra* al emplazamiento siguiente. Viajaron durante dos días, y llegaron a otro depósito estratiforme que Frank había encontrado. Frank salió entonces en otro viaje de prospección.

Durante días permaneció en el asiento del conductor, viendo pasar el paisaje. Estaban en una región de *thulleya* o pequeñas llanuras, crestas paralelas que corrían cuesta abajo. No volvió a encender el visor; había mucho en qué pensar. «Los árabes no creen en el pecado original» escribió en el ordenador. «Creen que el hombre es inocente y que la muerte es natural. Que no necesitamos un salvador. No hay cielo ni infierno, sólo la recompensa o el castigo, que se disfrutan o padecen en esta misma vida y la manera en que la vivimos. En ese sentido, se trata de una corrección humanista al judaísmo y al cristianismo. Aunque en otro sentido siempre se han negado a sentirse responsables. Siempre es la voluntad de Alá. No entiendo esa contradicción, pero ahora están aquí. Y los Mahjaris siempre han sido una parte íntima de la cultura árabe, a menudo su vanguardia; la poesía árabe fue recuperada en el siglo XX por poetas que vivían en Nueva York o en Latinoamérica. Quizá aquí ocurra lo mismo. Sorprende descubrir hasta qué punto esa visión de la historia se parece a lo que creía Boone; creo que ninguno de los dos se había dado cuenta. Muy poca gente se molesta en averiguar qué piensan de verdad los otros. Siempre dispuesta a aceptar lo que les cuenten sobre alguien que esté lo suficientemente lejos.»

Se topó con un yacimiento de cobre pórfido, muy denso, y además con altas concentraciones de plata. Un buen filón. El cobre y la plata escaseaban en la Tierra, pero la plata se utilizaba en grandes cantidades en numerosas industrias, y las vetas se estaban agotando. Y allí había más, justo en la superficie, en buenas concentraciones; por supuesto, no tanto como en la Montaña de Plata, en el macizo Elysium, pero a los árabes no les importaría. Lo cosecharían, y volverían a partir.

Continuó viajando. Pasaban los días, las sombras cambiaban. El viento corría pendiente abajo, pendiente arriba, pendiente abajo, pendiente arriba. Las nubes se agrupaban y estallaban tormentas, y a veces el cielo estaba salpicado de hieloiris y nimbos y remolinos de granizo que centelleaba como mica a la rosada luz del sol. Algunas veces veía uno de los transbordadores en aerofrenado, como un llameante meteorito surcando lentamente el cielo. Una mañana despejada la masa imponente del Monte Elysium se alzó sobre el horizonte como un Himalaya oscuro; una capa de inversión atmosférica había curvado mil kilómetros de horizonte. Desconectó el ordenador, como había hecho con la televisión. Nada más que él y el mundo. Los vientos alzaban la arena y la arrojaban en nubes contra el rover. *Khála,* la tierra vacía.

Pero entonces los sueños comenzaron a atormentarlo, sueños que eran recuerdos, intensos, densos y precisos, como si reviviera el pasado mientras dormía. Una noche soñó con la ocasión en que supo que encabezaría la mitad norteamericana de la primera colonia en Marte. Había conducido desde Washington hasta el Valle Shenandoan sintiéndose muy extraño. Caminó largo tiempo por el gran bosque oriental. Llegó a las cuevas de piedra caliza Luary, ahora atracción turística, y se le ocurrió entrar. Estalactitas y estalagmitas estaban iluminadas con

luces de colores. Algunas tenían colgados unos martillos, un organista podría tocarlas como xilófonos de piedra. Tuvo que meterse en un rincón y taparse la boca con la manga para que no lo oyeran reír.

Luego se detuvo en un mirador panorámico, se adentró en el bosque y se sentó entre las raíces de un árbol. Nadie cerca, una cálida noche de otoño, la tierra oscura y cubierta de vegetación. Las cigarras emitiendo zumbidos de alienígenas, los grillos soltando unos últimos *cric-cric* lastimeros, sintiendo ya la helada que los mataría. Todo era tan *extraño...*

¿cómo podría dejar atrás ese mundo? Ahí sentado en la tierra había deseado ser una criatura mágica, deslizarse por una grieta y volver a emerger como algo distinto, algo mejor, algo poderoso, noble, duradero... algo como un árbol. Pero no sucedió nada, por supuesto; se tendió sobre la tierra, ya separado de ella. Ya un marciano.

Y despertó y se sintió perturbado el resto del día.

Y luego, peor aún, soñó con John. Soñó con la noche que estuvo en Washington y vio a John en la televisión cuando pisaba Marte por primera vez seguido de cerca por tres compañeros. Frank dejó la celebración oficial en la NASA y deambuló por las calles, una calurosa noche de Washington, D.C., verano de 2020. Había planeado que John hiciera el primer descenso, se lo había concedido como cuando se sacrifica una dama en el ajedrez, porque las radiaciones quemarían a la primera tripulación, y ya de vuelta y según el reglamento, tendría que permanecer en tierra para siempre. Y entonces no habría obstáculos para los colonos que se quedarían en Marte. Ése era el verdadero juego, el que Frank pensaba liderar.

No obstante, aquella noche histórica estaba de un humor de perros. Volvió a su apartamento, cerca de Dupont Circle. Había perdido la identificación del FBI. Se deslizo en un bar oscuro y se sentó a ver la televisión por encima la cabeza de los camareros, bebiendo bourbon como su padre; *Tierra Marciana* manaba del televisor y enrojecía toda la sala oscura. John se emborrachaba y escuchaba el necio discurso, se sentia aún más malhumorado. Era difícil concentrarse. El bar era ruidoso,

la multitud no prestaba atención; no es que no hubieran visto el descenso, pero allí sólo era otro espectáculo, como el partido de los Bullets al que cambiaba de vez en cuando un camarero. Luego *blip,* de nuevo a la escena en Chryse Planitia. El hombre que tenía al lado maldijo la interrupción.

—El baloncesto será un juego espectacular en Marte —dijo Frank con el acento de Florida que hacía tiempo había eliminado.

—Tendrán que subir la canasta o se romperán la cabeza.

—Sí, pero piense en los saltos. De seis metros y medio, fácilmente.

—Sí, hasta ustedes los blancos saltarán alto ahí arriba, o eso dicen. Pero será mejor que dejen el baloncesto en paz, o tendrán los mismos problemas que aquí.

Frank rió. Pero afuera hacía calor, una bochornosa noche de verano en Washington; caminó de vuelta a casa con el ánimo cada vez más decaído, más sombrío con cada paso que daba; y al encontrarse con uno de los mendigos de Dupont, sacó un billete de diez dólares y se lo tiró, y cuando el vagabundo quiso recogerlo, Frank le dio un empujón y gritó «¡Que te jodan! ¡Consíguete un trabajo!». Pero entonces empezó a salir gente del tren subterráneo y él apretó el paso, aturdido y furioso. Los mendigos se cobijaban en los umbrales. Había gente en Marte y había mendigos en las calles de Washington, y cada día los abogados pasaban junto a ellos, charlando de justicia y libertad, las tapaderas de la codicia.

—¡Todo será *distinto* en Marte!—, se dijo Frank con ferocidad, y de repente deseó estar allí de inmediato, sin los cautelosos años de espera, de campaña...

«¡Consíguete un jodido *trabajo*!», le gritó a otro hombre sin hogar. Luego siguió hasta su edificio de apartamentos, y había agentes de seguridad detrás de la recepción, hombres y mujeres que se pasaban la vida allí sentados sin nada que hacer. Cuando subió, le temblaban tanto las manos que le costó abrir la puerta, y cuando consiguió entrar, se quedó paralizado, horrorizado ante la visión de aquel insípido mobiliario de ejecutivo, un decorado teatral diseñado para impresionar a las infrecuentes visitas, en realidad sólo los de la NASA o el FBI. Nada era suyo. *Nada era suyo.* Nada salvo un plan.

Y entonces despertó, solo, en un rover en el Gran Acantilado.

Al fin regresó de aquella horrible expedición de pesadillas. De nuevo en la caravana, no tenía ganas de hablar. Zeyk lo invitó con café y tomó una pastilla de un complejo opiáceo para tranquilizarse. Sentado en el rover de Zeyk junto con los otros, aguardó a que le pasaran una pequeña taza de café con clavo. Unsi Al-Khal que se sentaba a su izquierda, hablaba de la visión de la historia y como había comenzado en el Jahili o período preislámico. Al-Khal jamás se había mostrado amistoso, y cuando Frank intento alcanzarle la taza para que bebiera primero, Al-Khal insistió cortésmente en que el honor era de Frank y que él no se lo usurparía. El típico insulto por exceso de educación, la jerarquía otra vez: uno no podía favorecer a alguien que ocupara un lugar menor en el sistema, los favores sólo iban hacia abajo. Los machos alfa, la ley del más fuerte;

podrían haber estado en la sabana (o en Washington), no hacían más que repetir las tácticas de dominio propias de los primates.

Frank apretó los dientes, y cuando Al-Khal de nuevo comenzó a pontificar, dijo:

—¿Qué hay de las mujeres?

Parecieron desconcertados y Al-Khal se encogió de hombros.

—En el islam los hombres y las mujeres tienen papeles distintos igual que en Occidente. Es una cuestión biológica.

Frank sacudió la cabeza y sintió el sensual zumbido de las pastillas, el peso negro del pasado. La presión de un acuífero de náusea aumentó dentro de él, y algo cedió entonces, y de pronto no le importó nada y se sintió asqueado por fingir lo contrario. Asqueado por la falsedad que encontraba en todas partes, por el pegajoso aceite que permitía que la sociedad continuara funcionando.

—Sí —dijo—, pero se trata de esclavitud, ¿no? —Los hombres de alrededor se pusieron rígidos, escandalizados por la palabra.— ¿No es así? —insistió, sintiendo que no podía dejar de hablar—. Las esposas y las hijas de ustedes no tienen poder, y eso es esclavitud. Pueden mantenerlas bien, y quizá sean esclavas con poderes peculiares e íntimos, pero el eje principal es la relación amo-esclava. Una relación retorcida, forzada, y que estallará en cualquier momento.

Zeyk fruncía la nariz.

—Ésa no es la experiencia que vivimos, puedo asegurártelo. Tendrías que escuchar nuestra poesía.

—Pero ¿podrían asegurármelo las mujeres?

—Sí —repuso Zeyk—, sin ninguna duda.

—Tal vez. Pero, mira, las mujeres con más éxito entre ustedes, se muestran siempre deferentes y humildes, respetan escrupulosamente el sistema. Son las que ayudan a los maridos y a los hijos.

—El uso de la palabra *esclavas...* —empezó Al-Khal despacio, y se detuvo—. Es ofensivo, porque supone un juicio. El juicio de una cultura que en realidad usted desconoce.

—Cierto. Sólo digo lo que parece desde fuera, y que sólo puede interesar a un musulmán progresista. ¿Es éste el modelo divino que tanto quieren actualizar en la historia? Las leyes están para ser leídas y para ser observadas, y a mí me parecen una forma de esclavitud. Y,

¿saben?, nosotros libramos guerras para acabar con la esclavitud. Y excluimos a Sudáfrica de la comunidad de naciones por dictar leyes para que los negros nunca pudieran vivir tan bien como los blancos. Pero ustedes hacen lo mismo todo el tiempo. Si cualquier hombre en el mundo fuera tratado como tratan ustedes a las mujeres, la UN condenaría al culpable al ostracismo. Pero como se trata de mujeres, los hombres en el poder apartan la vista. Dicen que es una cuestión cultural, una cuestión religiosa, algo en lo que no hay que interferir. O no se lo llama esclavitud porque sólo es una exageración de cómo se trata a las mujeres en el resto del mundo.

—O quizá ni siquiera una exageración —sugirió Zeyk—. Sólo una variación.

—No, es una exageración. Las mujeres occidentales deciden buena parte de lo que hacen, tienen vida propia. No sucede lo mismo con ustedes. Ningún ser humano se resigna a ser propiedad de alguien, detesta eso, se rebela, y busca venganza. Así somos los humanos. Y en este caso se trata de las madres, las esposas, las hermanas, las hijas de ustedes. —Los hombres lo miraban ahora con ojos furiosos, más escandalizados que ofendidos; pero Frank no apartó la vista de su taza de café y continuó implacable.— Tienen que liberar a las mujeres.

—¿Y cómo sugieres que lo hagamos? —preguntó Zeyk, que lo miraba con curiosidad.

—¡Cambien las leyes! Edúquenlas en las mismas escuelas a las que van los varones. Denles los derechos que tiene cualquier musulmán de cualquier tipo en cualquier parte. Recuerden que las leyes de ustedes tienen muchas cosas que no están en el Corán, que se añadieron después de Mahoma.

—Por hombres santos —dijo encolerizado Al-Khal.

—Ciertamente. Pero nosotros cambiamos nuestras creencias a la luz de la vida cotidiana. Eso es cierto para todas las culturas. Y siempre podemos escoger nuevos caminos. Tienen que liberar a las mujeres.

—No me gusta que nadie me sermonee, excepto un *muallah*. — dijo Al-Khal con la boca apretada bajo los bigotes—. Que los inocentes prediquen lo que está bien alegremente.

Zeyk sonrió.

—Eso es lo que solía decir Selim el-Hayil —dijo. Se hizo un silencio profundo y pesado.

Frank parpadeó. Muchos de los hombres sonreían ahora y miraban a Zeyk con reconocimiento. Y en un relámpago se le ocurrió que todos sabían lo que había sucedido en Nicosia. ¡Por supuesto! Selim había muerto aquella noche justo unas horas del asesinato, envenenado por una extraña mezcla de microbios; pero, de todas formas, ellos lo sabían.

Y sin embargo, lo habían aceptado, lo habían admitido en sus casas, en los recintos privados donde vivían. Habían intentado enseñarle lo que creían saber.

—Quizá tendríamos que hacerlas libres como las mujeres rusas —dijo Zeyk riéndose e interrumpiendo las reflexiones de Frank—. Desquiciadas por el exceso de trabajo, ¿no es lo que se rumorea? Les dicen que son iguales, pero ¿lo son de verdad?

Yussuf Hawi, un joven alegre, exhibió una mirada maliciosa y cloqueó:

—¡Son zorras, os lo aseguro! ¡Aunque ni más ni menos que cualquier otra

mujer! ¿No es cierto que en el hogar el poder lo tiene el más fuerte? En mi rover yo soy el esclavo, os lo aseguro. ¡Todos los días al abrazar a Aziza abrazo a una serpiente!

Los hombres estallaron en carcajadas. Zeyk recogió las tazas y sirvió otra ronda de café. Los hombres remendaron la conversación como pudieron; taparon el grosero ataque de Frank, bien porque lo atribuían a la ignorancia, o bien porque reconocían y apoyaban el padrinazgo de Zeyk. Pero sólo la mitad volvió a mirar a Frank.

Frank calló, profundamente enfadado consigo mismo. Siempre era un error revelar lo que uno pensaba, a menos que encajase a la perfección con tu objetivo político; y eso jamás sucedía. No mentir sin duda era quitar todo contenido real a las declaraciones: una ley básica de la diplomacia. En estos últimos días lo había olvidado.

Perturbado, partió una vez más en un viaje de prospección. Los sueños se hicieron menos frecuentes. Cuando regresó, no tomo ninguna droga. Guardó silencio en los círculos de café, o hablo acerca de minerales y de agua subterránea, o de la comodidad de los nuevos rovers prospección. Los hombres lo observaron con cautela, y decidieron incluirlo en la conversación por la amistad de Zeyk, que nunca decayó... excepto en aquel único momento, cuando le recordara a Frank de manera muy efectiva una verdad fundamental.

Una noche Zeyk lo invitó a una cena privada con él y su esposa Nazik. Ésta lucía un vestido largo y blanco cortado al tradicional estilo beduino, con una faja azul y la cabeza descubierta, el espeso pelo negro recogido en la nuca y luego suelto por la espalda. Frank había leído lo suficiente como para saber que todo estaba allí patas arriba; entre los beduinos de Awlad 'Ali, las mujeres llevaban vestidos negros y fajas rojas, que indicaban impureza, sexualidad e inferioridad moral, y mantenían las cabezas cubiertas, utilizando el velo según un complejo código jerárquico. Todo en deferencia al poder masculino, de modo que las ropas de Nazik habrían sido tremendamente escandalosas para su madre y sus abuelas, aunque se presentara así ante un extranjero para quien todo eso no tenía importancia. Pero si sabía tanto como para entenderlo, entonces se trataba de una señal.

Y en cierto momento, cuando todos reían, Nazik se levantó al pedirle Zeyk que trajera el postre y, con una sonrisa, le dijo:

—Sí amo.

Zeyk frunció el ceño y le dijo:

—Ve, esclava —y levantó una mano, y ella le enseñó los dientes. Se rieron del rubor que invadió la cara de Frank. Se burlaban de él y violaban a la vez el tabal marital beduino que prohibía cualquier muestra de afecto ante testigos. Nazik se le acercó y le apoyó la punta de un dedo en el hombro, lo que lo conmocionó todavía más.

—Sólo bromeamos contigo, ya lo sabes —dijo—. Las mujeres oímos la declaración que hiciste ante los hombres, y te queremos por eso. Podrías tener a muchas de nosotras, como un sultán otomano. Porque hay cierta verdad en lo que dijiste, demasiada verdad. —Asintió con gesto serio y señaló a Zeyk, que dejó de sonreír y también asintió. Nazik continuó:— Pero ¿no ves cuánto depende de la gente que hace la ley? Los hombres de esta caravana son buenos e inteligentes. Y las mujeres somos incluso más inteligentes y los dominamos por completo. —Zeyk alzó las cejas y Nazik se rió.— No, en serio, sólo hemos tomado lo que nos pertenece. De verdad.

—Pero ¿entonces dónde están? —preguntó Frank—. Quiero decir,

¿dónde están las mujeres de la caravana durante el día? *¿Qué* hacen?

—Trabajamos. Mira y nos verás.

—¿Haciendo todo tipo de trabajo?

—Oh, sí. Quizá no donde puedas vernos todos los días. Aun hay hábitos, costumbres. Somos solitarios, independientes, nosotros tenemos nuestro propio mundo... tal vez no sea bueno, pero tendemos a agruparnos, los hombres y las mujeres. Tenemos nuestras tradiciones,

¿sabes?, y éstas perduran. Hay muchas cosas que están cambiando aquí, y cambiando rápidamente. De modo que ésta es una nueva etapa en el modo de vivir islámico. Somos... —Buscó la palabra.

—La utopía —sugirió Zeyk—. La utopía musulmana. Ella sacudió la mano con aire de duda.

—Historia —dijo—. Del *hadj* a la utopía. Zeyk rió complacido.

—Pero el *hadj* es la meta —indico—. Eso es lo que siempre nos han enseñado los *mullah.* De modo que ya hemos llegado, ¿no es cierto?

Zeyk y Nazik se sonrieron, una comunicación privada con un intercambio de información de alta densidad, una sonrisa que compartieron con Frank durante un momento. Y la conversación cambió de rumbo.

En términos prácticos, Al-Qahira era el sueño panárabe hecho realidad, ya que todas las naciones árabes habían aportado dinero y gente a los Mahjaris. La mezcla de nacionalidades árabes en Marte era completa, pero en las caravanas individuales seguían separadas. No obstante, se mezclaban entre ellos; y no parecía importar que vinieran de las naciones ricas o pobres en petróleo. Allí, entre los extranjeros, todos eran primos. Sirios e iraquíes, de los emiratos del Golfo y palestinos, libios y beduinos, egipcios y sauditas. Allí en Marte todos eran primos.

Frank empezó a sentirse mejor. Volvía a dormir bien, renovado diariamente por esa pequeña falla en el ritmo circadiano, esa desconexión en el reloj del cuerpo. En verdad toda la vida en la caravana tenía una duración muy extraña, como si las horas se hubieran dilatado. Tenía tiempo de sobra, no había por qué darse prisa.

Y las estaciones transcurrieron. El sol se ponía casi en el mismo sitio cada noche, desplazándose cada vez más lentamente. Ya vivian por completo de acuerdo con el calendario marciano, y pronto celebrarían el año nuevo. L_S=0, el comienzo de la primavera septentrional del año 17. Estación tras estación, todas de seis meses, y en las que no cabía la vieja sensación de mortalidad, como si fueran a vivir eternamente, en una interminable ronda de trabajos y días, en el continuo ciclo de la oración de la tan lejana Meca, en el incesante peregrinar por el mundo. En el eterno frío. Una mañana despertaron y descubrieron que esa noche había nevado, que todo el paisaje era de un blanco puro y que los cristales eran de agua. La caravana entera enloqueció ése día, todos afuera,

hombres y mujeres, enfundados en trajes, atolondrados, pateando nieve, haciendo bolas que se deshacían entre los dedos, levantando muñecos de nieve que se derrumbaban. La nieve estaba demasiado fría.

Zeyk se reía mucho de esos esfuerzos.

—Qué albedo —dijo—. Resulta sorprendente cuánto de lo que hace Sax se vuelve contra él. La reacción, naturalmente, tiende hacia la homeostasis, ¿no crees? Me pregunto si Sax no tendría que haber enfriado las cosas mucho más para que toda la atmósfera se congelara en la superficie. ¿Qué espesor tendría... un centímetro? Luego pondríamos nuestros recolectores en fila de polo a polo, y los haríamos marchar por el mundo como lineas de latitud, procesando el dióxido de carbono y conviniéndolo en aire bueno y en fertilizante. Ja, ¿te lo imaginas?

Frank sacudió la cabeza.

—Probablemente Sax lo pensó y lo rechazó por alguna razón que desconocemos.

—Sin duda.

La nieve se sublimó al fin, la tierra roja regresó, y ellos se pusieron otra vez en viaje. De vez en cuando pasaban junto a reactores nucleares que se erguían como castillos en la cima de un acantilado: no eran sólo Rickovers; había también gigantescos reproductores Westinghouse, con penachos de escarcha como masas de cúmulos. En Mangalavid examinaron varios programas sobre un prototipo de reactor de fusión en Chasma Borealis.

Cañón tras cañón. Conocían la zona aun mejor que Ann; a ella le interesaba todo Marte, y no sólo una región como a ellos. La examinaban como sí siguiesen el curso de una historia, a través de la roca roja hasta una mancha de sulfuros negros, o hasta el delicado cinabrio de los depósitos de mercurio. No eran tanto estudiantes del suelo como amantes; querían algo de él. Ann, por su parte, sólo pedía respuestas. Había tantas clases de deseo...

Pasaron los días y las estaciones. Cuando se encontraban con otras caravanas árabes, la fiesta duraba hasta bien entrada la noche, con música, baile, café, narguiles y charla, en tiendas que cubrían un octágono del parque de rovers. La música nunca era grabada: la tocaban en flautas y guitarras eléctricas, y todos cantaban en cuartos de tono y lamentos tan extraños a los oídos de Frank que durante mucho tiempo no fue capaz de decidir si los cantantes eran buenos o no. Las comidas duraban horas y después hablaban hasta el amanecer, e insistían en ir a contemplar el resplandor de alto horno de la salida del sol.

Cuando se encontraban con otras naciones eran por supuesto más reservados. Una vez pasaron por delante de una nueva estación minera de la Amex, encaramada sobre una de las grandes y raras vetas de roca málica rica en platinoides, en Tantalus Fossae, cerca de Alba Patera. La mina misma estaba abajo, en el fondo estrecho del cañón, pero funcionaba asistida por robots y el personal vivía arriba, en una gran tienda, al borde del acantilado. Los árabes acamparon en un círculo próximo, hicieron una breve y reservada visita al interior de la mina, y se retiraron a sus rovers-insectos a pasar la noche. Los norteamericanos no consiguieron averiguar nada sobre ellos.

Pero aquella noche Frank regresó a la tienda de la Amex. La gente del equipo venía de Florida, y sus voces eran como redes que él recogía repletas de recuerdos; pasó por alto todas estas pequeñas explosiones mentales e hizo una pregunta tras otra, concentrándose en las caras negras, latinas y de hombres blancos del sur que le contestaban. Vio que el grupo imitaba una forma de comunidad anterior, tal como hacían los árabes: la de los viejos equipos de perforación petrolífera, que soportaban duras condiciones y largas jornadas de trabajo a cambio de suculentos salarios, que ahorraban para la vuelta a la civilización. Valía la pena, aunque Marte fuera decepcionante, y lo era.

—Quiero decir, incluso en el hielo podías salir al exterior, pero aquí...

joder.

No les importaba quién era Frank, y mientras permaneció sentado entre ellos escuchando, se contaron historias que lo asombraron a pesar de que le parecieron muy familiares.

—Éramos veintidós, estábamos de prospección y teníamos un pequeño habitat móvil sin cuartos, y una noche organizamos una juerga y nos quitamos toda la

ropa, y las mujeres formaron un círculo en el suelo con sus cabezas en el centro, y los hombres marchamos alrededor, y había siempre doce hombres, de modo que dos de ellos estaban fuera, lo que aceleraba la rotación; completamos todo el círculo en el lapso marciano. Funcionó bastante bien. En cuanto unas pocas parejas entraron en calor la cosa fue como un remolino que nos absorbió a todos. *Tremendo.*

Y luego, tras las carcajadas y los gritos de incredulidad:

—Estábamos matando y congelando unos cerdos en Acidalia, y el sistema humanitario de matarlos es como dispararles una flecha gigante a la cabeza, así que dijimos por qué no los matábamos y los congelábamos al mismo tiempo, a ver qué pasaba. Así que pusimos unos cuantos obstáculos y apostamos a ver cuál llegaba más lejos, y abrimos la puerta de la antecámara y los cerdos salieron disparados, y *bam,* todos se desplomaron en los primeros cincuenta metros, excepto una cerdita que casi corrió doscientos metros, y se congelo. Con ese cerdo gané mil dólares.

Frank sonrió ante el trueno de aullidos. Estaba de vuelta en Norteamérica. Les preguntó que otra cosa habían hecho en Marte. Algunos habían construido reactores nucleares en la cima del Monte Pavonis, donde se posaría el ascensor espacial. Otros habían trabajado en la conducción de agua que atravesaba la Protuberancia de Tharsis desde Noctis a Pavonis. La transnacional hermana dedicada al ascensor, Praxis, tenía un montón de intereses en el extremo bajo, como lo llamaban.

—Trabajé en un Westinghouse sobre el acuífero Compton bajo Noctis; parece que contiene tanta agua como el Mediterráneo. Y toda la función del reactor sería la de alimentar a un grupo de humidificadores. Unos jodidos doscientos megavatios de *humidificadores.* ¡Igualito al que yo tenía de niño en mi dormitorio, sólo que ése consumía cincuenta vatios! Gigantescos monstruos Rockwell con vaporizadores de moléculas y motores de turbina de reacción que disparan la niebla al exterior por chimeneas de mil metros. ¡Increíble! Todos los días se añaden al aire un millón de litros de H y O.

Otros habían estado construyendo una nueva ciudad-tienda en el canal de Echus, debajo del Mirador:

—Allí han perforado un acuífero y hay fuentes por toda la ciudad, con estatuas en las fuentes, cascadas, canales, estanques, piscinas, lo que se te ocurra, parece una pequeña Venecia. Y una tasa de retención térmica importante.

La conversación pasó al gimnasio, bien equipado con aparatos diseñados para mantener a los usuarios en buena forma. Casi todo el mundo cumplía un riguroso programa de ejercicios, tres horas al día como mínimo.

—Si lo dejas, ya no sales de aquí, ¿verdad? Entonces, ¿para qué te sirve esa cuenta de ahorros?

—Con tiempo será una moneda de curso legal —dijo otro—. Donde va la gente, siempre va el dólar.

—Lo has entendido al revés, cara de culo.

—Nosotros somos la prueba.

—Pensaba que el tratado prohibía el dinero terrano aquí en Marte —

dijo Frank.

—El tratado es una jodida broma —dijo un hombre en el banco.

—Está tan muerto como Bessy el Cerdo de Larga Distancia.

Miraron a Frank, todos en la veintena o en la treintena, una generación con la que nunca había hablado mucho; no sabía como habían crecido, qué los había

formado, en qué creían. Los acentos y caras tan familiares podían resultar engañosos, de hecho probablemente lo eran.

—¿Eso piensan? —preguntó.

Algunos parecían tener alguna conciencia de que el tratado era en parte obra de Frank, además de todas las otras asociaciones históricas. Pero el hombre a punto de terminar los ejercicios no lo sabía.

—Estamos aquí en un negocio que el tratado dice que es ilegal. Y eso sucede por todas partes. Brasil, Georgia, los Estados del Golfo, todos los países que votaron contra el tratado dejan entrar a las transnacs. ¡Una competición entre las banderas de conveniencia para saber si son convenientes! Y la UNOMA está tumbada de espaldas con las piernas abiertas, pidiendo más, más. La gente aterriza a miles, casi todos empleados por las transnacs, con visados oficiales y contratos de cinco años que incluyen tiempo de rehabilitación para mantenerte en forma y cosas de ese tipo,

—¿Miles? —inquirió Frank.

—¡Oh, sí! ¡Decenas de miles!

Cayó en la cuenta de que no había visto la tele durante... durante mucho tiempo.

Un hombre habló mientras subía todas las pesas negras de una vez.

—Va a estallar muy pronto... a un montón de gente no le gustan, no sólo a los antiguos residentes como usted... también a un montón de nuevos... desaparecen en manadas... explotaciones, a veces ciudades enteras... llegué a una mina en Syrte completamente vacía... todo lo que servía se había desvanecido, se lo habían llevado... incluso cosas como puertas de antecámaras... tanques de oxígeno... lavabos... cosas que requerían horas para sacarlas.

—¿Por qué lo hicieron?

—¡Se están volviendo nativos! —dijo uno que hacía pectorales—

¡Conquistados por su camarada Arkadi Bogdanov! —Tumbado de espaldas, miró a Frank a los ojos; era un hombre negro, alto, de hombros anchos y nariz aguileña. Continuó:— Llegan aquí y la compañía intenta presentar una buena fachada, gimnasios y comida sana y tiempo libre y todo eso, pero al fin son ellos los que te dicen lo que puedes hacer y lo que no. Todo está programado cuándo te despiertas, cuándo comes, cuándo cagas, es como si la Armada se hubiera hecho cargo del Club Med, ¿entiende usted? Y entonces ahí aparece el hermano Arkadi, que nos dice: *¡Eh muchachos, ustedes norteamericanos tienen que ser libres!*

¡Marte es la nueva frontera, y es bueno que sepan que algunos vivimos así, no somos software robótico, somos hombres libres, y marcamos nuestras propias reglas en nuestro propio mundo! ¡Y todo es al revés! — La habitación estalló en carcajadas, todos estaban escuchando.— ¡Ése es el truco! La gente llega aquí y se siente como *software* programado, comprueba que no puede mantenerse en forma sin pasarse todo el tiempo aquí enganchada al tubo de oxígeno, y aun así yo sospecho que es imposible, apuesto a que nos mintieron. De modo que, en realidad, la paga no significa nada, todos somos *software* y quizá nos quedemos atrapados aquí para siempre. ¡Esclavos! ¡Jodidos esclavos! Y créame, eso empieza a cabrear a muchos. Están dispuestos a devolver el golpe, se lo aseguro. Y ésas son las personas que desaparecen. Serán muchos antes de que todo acabe.

Frank le devolvió la mirada.

—¿Por qué no ha desaparecido usted?

El hombre soltó una risa breve y comenzó a levantar de nuevo las pesas.

—Seguridad —dijo otro desde el aparato Nautilus. El de las pesas no estaba de

acuerdo:

—La seguridad es floja... pero has de tener... algún sitio adonde ir. En cuanto aparezca Arkadi... ¡Me voy!

—Una vez —dijo el de los pectorales— vi un vídeo de él en que decía que la gente de color está mejor preparada para Marte que los blancos, porque nos va mejor con los ultravioletas.

—¡Sí! ¡Sí! —Todos se rieron del comentario, divertidos y escépticos a la vez.

—Eso son tonterías, pero, qué demonios —dijo el de los pectorales—,

¿por qué no? ¿Por qué no? Llámalo nuestro mundo. Llámalo Nova África. Esta vez no habrá amo que nos lo quite.

Se rió de nuevo, como si todo no fuera más que una idea graciosa. O una verdad hilarante, una verdad tan deliciosa que sólo prococara risas.

Mas tarde aquella noche, Frank regresó a los rovers, y con los beduinos, pero ya no fue como antes. Había sido obligado a retroceder en el tiempo, y ahora los largos días en el vehículo prospector lo dejaban exhausto. Vio la televisión; hizo algunas llamadas . Nunca había dimitido como Secretario, y en su ausencia la oficina estaba a cargo del secretario adjunto Slusinski y el personal, y él había cumplido lo suficiente por teléfono como para que ellos le cubrieran las espaldas explicando a Washington que estaba trabajando, luego que investigaba, después que se había tomado unas vacaciones, y que por ser uno de los primeros cien necesitaba ir de un lado a otro. Esto no habría podido prolongarse mucho más, pero cuando Frank llamó a Washington, el presidente se mostró complacido; cuando conectó con Burroughs, a Slusinski, que parecía extenuado, y a toda la oficina, les alegró que planease volver, algo que lo sorprendió bastante. Cuando se marchó, asqueado por el tratado y deprimido por Maya, había sido, o así lo creyó, una inutilidad como jefe. Pero durante esos dos años nadie había protestado, y ahora parecían felices. La gente era extraña. El aura de los primeros cien, sin duda. Como si eso importase.

Así que Frank volvió de un último viaje de prospección y esa noche se sentó en el rover de Zeyk, donde tomó café y los miró mientras hablaban: a Zeyk, Al-Khan, Yussuf y a todos los demás, y mientras entraban y salían, a Aziza y Nazik. La gente que lo había aceptado; gente que en cierto sentido lo comprendía. De acuerdo con el código beduino, él había hecho lo que era necesario. Se relajó en la corriente del árabe, ahora y siempre inmerso de ambigüedad: lirio, río, bosque, alondra, jazmín, palabras que podían aludir a un brazo de *waldo,* a una tubería, a componentes de un robot; o quizá sólo a un lirio, un río, un bosque, una alondra, un jazmín. Una lengua hermosa. La lengua de la gente que lo había aceptado, que lo había dejado pasar. Pero tendría que marcharse.

Se había dispuesto que si uno pasaba medio año en la Colina Subterránea se le asignaba un cuarto propio permanente. Por todo el planeta las ciudades adoptaban sistemas similares, pues la gente viajaba tanto que nadie se sentía en casa en ningún sitio, y el nuevo arreglo parecía compensar ese efecto. Ciertamente los primeros cien, que habían sido los marcianos más nómadas de Marte, habían empezado a pasar más tiempo en la Colina Subterránea que en años anteriores, y esto casi siempre era un placer para la mayoría. En cualquier momento habría allí veinte o treinta, y otros llegaban y se quedaban un tiempo entre trabajo y trabajo, y en el constante ir y venir tenían oportunidad de discutir una y otra vez cómo estaban las cosas: los recién llegados informaban sobre lo que habían visto, y el resto debatía lo que significaba.

Sin embargo, Frank nunca había pasado seis meses en la Colina, y no tenía derecho a un cuarto. En 2050 había trasladado las oficinas principales del departamento a Burroughs, y antes de unirse a los árabes en 2057 la única habitación que había tenido era una de las oficinas.

Ahora estaban en 2059 y había vuelto y se alojaba en una habitación un piso más abajo. Dejó caer la maleta mirando el cuarto y maldijo en voz alta. Tener que estar en Burroughs... ¡como si la presencia física significara algo esos días! Era un anacronismo absurdo, pero así pensaba la gente. Otro vestigio de la sabana. Todavía vivían como monos, aunque fueran dioses. Pero sus poderes estaban dispersos alrededor, entre las altas hierbas.

Entró Slusinski. Aunque su acento era neoyorquino autentico, Frank siempre lo había llamado Jeeves. Se parecía mucho al actor de la serie de la BBC.

—Somos como enanos en un *waldo* —le dijo Frank enfadado—.Una de esas excavadoras *waldo,* grandes de verdad. Estamos metidos en una y se supone que tenemos que mover una montaña, y en vez de usar la capacidad del *waldo,* nos asomamos por una ventana y cavamos con cucharillas de té. Y nos felicitamos del modo en que aprovechamos la altura.

—Ya veo. —repuso Jeeves con cautela,

Frank no podía hacer nada. Estaba de vuelta en Burroughs, y como siempre corriendo, cuatro reuniones por hora, conferencias en que le informaban de lo que ya sabía, que para la UNOMA el Tratado era ahora papel higiénico. Aprobaban sistemas de contabilidad que garantizaban que la minería jamás repartiría beneficios entre los miembros de la Asamblea General, aun después de que funcionara el ascensor. Clasificaban como «personal necesario» a miles de emigrantes. Ignoraban a los diversos grupos marcianos, ignoraban a MartePrimero. Casi todo se hacía en nombre del ascensor, que proporcionaba una interminable sarta de excusas, 35.000 kilómetros de excusas, 120 mil millones de dólares de excusas. Aunque, comparado con los presupuestos militares del siglo anterior, en realidad no era tan caro. Además, casi todos los fondos del ascensor se habían destinado al principio a localizar el asteroide y ponerlo en órbita antes de instalar la fábrica del cable. Ahora, la fábrica se comía el asteroide y escupía el cable, y eso era todo; sólo tenían que aguardar a que fuera suficientemente largo y darle un golpecito para ponerlo en posición. ¡Una ganga, una verdadera ganga!

Y también una gran excusa para romper el tratado siempre que pareciera oportuno.

—¡Maldita sea! —gritó Frank al cabo de la primera semana, después de la enésima reunión—. ¿Por qué la UNOMA se ha vendido de esta manera? —Jeeves y el resto de su equipo la tomaron como una pregunta retórica y no contestaron. Sin duda había estado demasiado tiempo fuera; ahora le tenían miedo. Tuvo que responder él mismo:— Imagino que por codicia, todos estarán cobrando de alguna manera.

Esa noche, mientras cenaba en un pequeño café, se encontró con Janet Blyleven, Úrsula Kohl y Vlad Taneev. Mientras comían, escucharon las noticias terrestres en el televisor de la barra. Canadá y Noruega se adherían al plan para reducir el crecimiento demográfico. Nadie decía control de población, desde luego, se trataba de una frase prohibida en política, pero eso era en verdad, y de nuevo se convertía en una tragedia para el pueblo: si un país ignoraba las resolución de la UN, los países vecinos ponían el grito en el ciclo temiendo verse aplastados. Otro miedo de mono, pero ahí estaba. Mientras tanto, en Australia, Nueva Zelanda, Escandinavia, Azania, los lados Unidos, Canadá y Suiza la inmigración se había declarado ilegal; la India crecía un ocho por ciento al año. La hambruna resolvería el problema, lo mismo que en un montón de países. Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis eran muy útiles para controlar la población. Hasta entonces... interrumpieron el programa para pasar el anuncio de una popular grasa dietética,

que era indigerible y atravesaba intacta las tripas. «¡Come lo que te apetezca!»

Janet apagó el televisor.

—Cambiemos de tema.

Se quedaron sentados alrededor de la mesa mirando los platos. Vlad y Úrsula habían venido de Acheron porque en Elysium había un brote de tuberculosis.

—El *cordón sanitaire* se ha venido abajo —dijo Úrsula—, Algunos de los virus emigrantes sin duda mutarán, o se combinarán con los que hemos diseñado.

De nuevo la Tierra. Era imposible evitarla.

—¡Y allí también todo se desmorona! —exclamó Janet.

—Se veía venir desde hace años —dijo Frank con aspereza, la lengua suelta por la presencia de viejos amigos—. Incluso antes del tratamiento, la esperanza de vida en los países ricos era casi el doble que en los países pobres. Pero en los viejos tiempos los pobres eran tan pobres que la esperanza de vida no significaba nada para ellos, sólo preocupados por el día a día. Ahora todas las casuchas tienen un televisor y pueden ver lo que ocurre... que sólo ellos tienen sida. Ya no se trata de una diferencia de categoría, quiero decir, ¡ellos mueren jóvenes y los ricos viven para siempre! Entonces, ¿por qué no rebelarse? No tienen nada que perder.

—Y todo por ganar —dijo Vlad—. Podrían vivir como nosotros.

Se reunieron en torno a unas tazas de café. El mobiliario de pino mostraba una pátina oscura; manchas, arañazos, polvo incrustado... Podría haber sido una de aquellas noches lejanas, cuando eran los únicos en el planeta, unos cuantos que se quedaban despiertos,

hablando. Pero Frank parpadeó y miró alrededor, y vio en sus amigos el cansancio, las canas, los rostros de tortuga de los viejos. Él tiempo había pasado, estaban diseminados por todo el planeta, corriendo como él o escondiéndose como Hiroko, o muertos como John. De repente la ausencia de John le pareció enorme y abismal, un cráter en cuyo borde ellos se acurrucaban, tratando de calentarse las manos. Frank se estremeció con aire sombrío.

Después Úrsula y Vlad se fueron a la cama. Frank miró a Janet, con esa sensación de parálisis que lo invadía a veces al cabo de un largo día, como si nunca más pudiera volver a moverse.

—¿Por dónde anda Maya? —preguntó, para retener a Janet. Ella y Maya habían sido buenas amigas en los años de Hellas.

—Oh, está aquí en Burroughs —dijo Janet—. ¿No lo sabías?

—No.

—Ocupa las antiguas habitaciones de Samantha. Quizá te evite.

—¿Qué?

—Está bastante enfadada contigo.

—¿Enfadada conmigo?

—Sí. —Lo miró a través de la oscuridad, que zumbaba levemente.— Tendrías que saberlo.

Mientras aún consideraba hasta qué punto podía ser franco con ella,

exclamó:

—¡No! ¿Por qué habría de estar enfadada?

—Oh, Frank —dijo Janet. Se inclinó hacía adelante en la silla—. ¡Deja de actuar como si tuvieras un palo en el culo! ¡Estábamos allí, sabemos lo que ocurrió! —Y como vio que él retrocedía, se reclinó de nuevo y dijo con calma:— Debes saber

que Maya te ama. Siempre te ha amado.

—¿A mí? —preguntó con voz débil—. Era a John a quien amaba.

—Sí, claro. Pero John era fácil. Él la correspondía y todo era maravilloso. Demasiado fácil para Maya. Le gustan las cosas difíciles. Y tú eres difícil.

Él sacudió la cabeza.

—No lo creo. Janet se rió.

—Sé que tengo razón, ella me lo contó todo. Ha estado enfadada contigo desde la conferencia, y siempre habla cuando está enfadada.

—Pero ¿por qué?

—¡Porque la rechazaste! La rechazaste, después de perseguirla durante años, y ella se había acostumbrado a eso, le encantaba. El modo en que tú insistías... era romántico. Y le gustaba lo poderoso que eras. Y ahora que Jonh está muerto y ella podía decirte que sí; tú prácticamente le pones las maletas en la mano. Esta furiosa. Y a ella la furia le dura mucho tiempo.

—Pero esto... —Frank se esforzó por recuperar la compostura.— no encaja con lo que yo creo que sucedió.

Janet se levantó para marcharse, y al pasar junto a él le palmeó la cabeza.

—Entonces quizá deberías hablar con Maya. —y se marchó.

Frank se quedó allí sentado largo roto, aturdido, examinando *el* brillante brazo de la silla. No podía pensar. Al fin se fue a la cama.

Durmió mal, y al cabo de una larga noche tuvo otro sueño con John. Estaban en las largas y ventosas cámaras curvas de la estación espacial, girando en la gravedad marciana, durante su larga estancia en 2010, seis semanas juntos allí arriba, jóvenes y fuertes, John diciendo: *¡Me siento como Superman, esta gravedad es fantástica, me siento como Superman!* Daba rápidas vueltas, en el gran anillo del corredor de la estación. *Todo va a cambiar en Marte, Frank. ¡Todo!*

No. Cada paso era como el último salto de un triple. *Bum, bum.*

¡Sí! La cosa consistía en aprender a correr deprisa.

Unos puntos nubosos se extendían sobre la costa occidental de Madagascar como un perfecto patrón de interferencia. Abajo, el sol bronceaba el océano.

Todo parece tan hermoso desde aquí arriba...

Acércate más y empiezas a ver demasiado, murmuró Frank. O no lo bastante.

Hacía frío, discutieron por la temperatura. John era de Minnesota y de niño dormía con la ventana abierta. De modo que Frank se pasó horas temblando, con un cubrecama sobre los hombros, los pies como bloques de hielo. Jugaron al ajedrez y ganó Frank. John rió. Qué estúpido, dijo.

¿A qué te refieres?

Los juegos no significan nada.

¿Estás seguro? A veces la vida me parece un juego.

John sacudió la cabeza. En los juegos hay reglas, pero en la vida las reglas cambian de continuo. Podrías mover tu alfil para dar jaque mate, y tu rival podría agacharse y susurrar algo al oído de tu alfil, que de repente empieza a jugar contra ti y se mueve como una torre. Y tú estás jodido.

Frank asintió. Él le había enseñado esas cosas a John.

Una confusión de comidas, ajedrez, charla, la Tierra rotando. Parecía que no

habían tenido otra vida. Las voces de Houston eran como IA, con preocupaciones absurdas. El planeta mismo era muy hermoso, con intrincados dibujos de tierra y nubes.

No quiero bajar nunca. Quiero decir, esto es casi mejor que Marte,

¿no crees? No.

Acurrucado, tembloroso, escuchando a John que le hablaba de fantasmas. Chicas, deportes, sueños del espacio. Frank respondía con historias de Washington, lecciones de Maquiavelo, hasta que ocurrió que John era ya bastante extraordinario. La amistad no era mas que otra forma de la diplomacia. Después, tras una vaga mancha borrosa... hablaba, se paraba, temblaba, hablaba de su padre, se emborrachaba en los bares de Jacksonville y volvía a casa, a Priscilla de pelo blanco, de cara de revista de modas. Ya no significaba nada para él, un matrimonio para el curriculum. Y no fue culpa de él. Después de todo, ella lo abandonó. Lo traicionó.

Eso suena mal. No es de extrañar que pienses que la gente está tan jodida.

Frank saludó al lucero grande y azul. Saludando por casualidad el Cuerno de África. Piensa en lo que ha sucedido ahí abajo.

Eso es historia, Frank. Nosotros podemos hacerlo mejor.

¿Podemos? ¿De verdad? Espera y verás.

Despertó, el estómago encogido, la piel sudorosa. Se levantó y tomó una ducha... ya no podía recordar más que un único fragmento del sueño: John, que decía «Espera y verás». Pero tenía una piedra en el estómago.

Después de desayunar golpeteó el tenedor contra la mesa, pensando. Todo ese día anduvo distraído, vagando como en un sueño y preguntándose a veces qué diferencia había entre la vigilia y el sueño.

¿No era esta vida como un sueño, todo en exceso iluminado, extraño,

símbolo de otra cosa?

Esa noche salió en busca de Maya, sintiéndose impaciente y vulnerable. Lo había decidido la noche anterior, cuando Janet le dijo que ella le amaba. Doblo una esquina hacia los comedores y ahí estaba ella, la cabeza echada hacia atrás en medio de una sonora risotada, vívidamente Maya, el cabello tan blanco como antes, sus ojos fijos en su acompañante; en un nombre de pelo oscuro, quizá en los cincuenta, que le sonreía. Maya le apoyó la mano en el antebrazo, un gesto característico. No significaba que fuera su amante sino alguien a quien estaba seduciendo; podían haberse conocido hacía unos minutos, aunque la expresión de la cara de él indicaba que la conocía mejor.

Se volvió y vio a Frank; parpadeó sorprendida. Volvió a mirar al hombre y siguió hablando, en ruso, la mano todavía en el brazo de él. Frank titubeó y casi dio media vuelta y se marchó. Se maldijo en silencio... ¿No estaba comportándose como un niño? Pasó junto a ellos y dijo hola, no oyó si le contestaron. Durante toda la cena ella permaneció pegada al hombre, sin mirar a Frank, sin acercársele. El hombre parecía sorprendido por las atenciones de ella, sorprendido pero complacido. Era evidente que se irían juntos, que pasarían la noche juntos. Esa presciencia siempre hacía agradable a la gente. La muy zorra usaba a las personas de esa manera sin el menor escrúpulo. Amor... cuanto más lo pensaba más se enfurecía. Ella nunca había amado a nadie. Y sin embargo... esa expresión al verlo; durante una décima de segundo, ¿no se había sentido complacida? Y luego, ¿no había querido que él se enfadara con ella? ¿No era eso signo de sentimientos heridos, el deseo de devolver el daño? ¿No revelaba una cierta *pasión* por él, increíblemente infantil?

Bueno, al infierno con ella. Regresó a su cuarto, hizo la maleta, tomó el tren subterráneo hasta la estación, y subió en un convoy nocturno que ascendía por Tharsis hasta el Monte Pavonis.

En unos pocos meses, cuando el ascensor estuviera en órbita, el Monte Pavonis se convertiría en el centro de Marte y sustituiría a Burroughs, como Burroughs había sustituido a la Colina Subterránea. Las señales de la inminente preeminencia de la zona ya se veían por todas partes. Había dos nuevas carreteras y cuatro gruesas tuberías que trepaban por la empinada vertiente oriental del volcán paralelas a la pista del tren, redes de cables, una hilera de torres de microondas e innumerables pistas de desembarco, hangares y sitios de descarga. Y luego, en la última y más escarpada curva del cono, había un vasto conjunto de tiendas y edificios industriales, que subía apiñándose cada vez más, y entre ellos los inmensos campos de paneles que absorbían la luz del sol, y receptores de la energía microtransmitida desde los paneles solares en órbita. Cada tienda a lo largo del camino era una pequeña ciudad, atestada de bloques de viviendas, y cada bloque atestado de gente, con ropa secándose en las ventanas. Las tiendas más próximas a la pista tenían muy pocos árboles y parecían barrios de oficinas; Frank captó visiones fugaces de tenderetes de comida, de locales de videos, de gimnasios, de tiendas de ropa, lavanderías. La basura se apilaba en las calles.

Llegó a la estación levantada en una tienda espaciosa. Desde el borde alcanzaba a verse toda la gran caldera, un agujero inmenso y casi circular, salvo por una gigantesca depresión que rompía el borde del nordeste. Esa depresión se abría como un gran abismo a través de la caldera: la huella de una enorme explosión volcánica. Por lo demás, el risco era una formación regular y el suelo de la caldera redondo y llano. Sesenta kilómetros de ancho y una profundidad de cinco. Como si fuera el comienzo de un agujero entre la corteza y el manto que acabaría con todos los demás. Las pocas señales de presencia humana en el suelo de la caldera eran como formas de hormigas, casi invisibles desde el borde.

El ecuador pasaba por el centro justo del borde austral, donde instalarían el extremo inferior del ascensor. El sitio era obvio; un enorme bloque de hormigón, tostado y blanco, a unos pocos kilómetros al oeste de la gran ciudad-tienda. A lo largo del borde en dirección oeste, más allá del bloque, había una hilera de fábricas, excavadoras y conos de materiales para alimentar a las máquinas, todo brillando con precisión fotográfica en el claro aire sin polvo, tenue y alto, bajo un cielo de color ciruela. Cerca del cénit brillaban algunas estrellas, aún visibles de día.

A la mañana siguiente, los técnicos del departamento local lo llevaron hasta la base del ascensor. Al parecer, ese mediodía iban a capturar el cabo guía del cable. No fue nada espectacular, aunque sí extraño. En el extremo del cabo había un pequeño cohete guía y los propulsores orientales del cohete funcionaban de continuo, mientras que los del norte y los del sur proporcionaban impulsos esporádicos. Controlado desde una torre de lanzamiento, el cohete descendió lentamente, como cualquier otro vehículo, con la diferencia de que llevaba amarrado un cabo de plata, un cabo recto y fino que se elevaba y que sólo era visible durante unos cuantos miles de metros. Al mirarlo Frank sintió como si estuviera de pie en el fondo del mar y observara un sedal de pesca, arrojado desde la rojiza superficie del agua... un sedal de pesca de llamativo cebo, destinado a atraer las presas. El aire le quemó en la garganta y tuvo que bajar la mirada y respirar hondo. Muy extraño.

Recorrieron el complejo de la base. La torre de lanzamiento que había capturado el cabo guía se alzaba dentro de un agujero en el bloque de hormigón, un cráter con un anillo grueso como reborde. Las paredes del cráter estaban

atravesadas por columnas curvas de plata; las bobinas magnéticas de esas columnas fijarían el extremo del cable en un anillo amortiguador. El cable flotaría a bastante distancia del suelo de hormigón de la cámara, suspendido allí por la atracción de la mitad exterior; una órbita en exquisito equilibrio, un objeto que se extendía desde un pequeño satélite y bajaba hasta ese cuarto en Marte, 37.000 kilómetros en total. Y con sólo diez metros de diámetro.

Una vez que aseguraran el cabo guía, el cable mismo podría ser guiado con bastante facilidad, aunque no rápidamente, ya que debía bajar hasta su órbita final en una aproximación asintótica.

—Va a ser como la paradoja de Zenón —dijo Slusinski.

De modo que muchos días después de esa visita, el extremo del cable apareció al fin en el cielo y quedó allí suspendido. Durante las semanas siguientes descendió cada vez más despacio, siempre en el cielo. Un espectáculo realmente curioso; a Frank le daba una ligera sensación de vértigo, y cada vez que lo veía era como si estuviese otra vez de pie en el fondo del mar. Alzaba la vista y descubría un sedal de pesca, una hebra negra que bajaba desde la rojiza superficie.

Durante ese tiempo Frank instaló las oficinas del Departamento de Marte, y la ciudad fue bautizada con el nombre de Sheffield. El personal de Burroughs protestó por el traslado, pero él no les hizo caso. Se reunió con equipos norteamericanos y directores de proyecto, que trabajaban en diversos aspectos del ascensor de Sheffield, o en las ciudades de Pavonis. Los norteamericanos sólo eran una pequeña fracción de la mano de obra disponible; el proyecto era de tal envergadura que Chalmers estuvo muy ocupado. Y los norteamericanos parecían dominar la superconducción y el *software* que el ascensor requería, un golpe maestro de miles de millones de dólares y que muchos atribuían a Frank, aunque los verdaderos responsables eran las computadoras, además de Slusinski y Phyllis.

Muchos de los norteamericanos vivían en las afueras, al este de Sheffield, en una ciudad-tienda llamada Texas, y compartían el espacio con gentes de otras naciones a quienes gustaba la idea de Texas o que habían ido a parar allí por casualidad. Frank los organizo como pudo, de modo que cuando el cable descendiera ya estarían organizados y trabajarían siguiendo una estrategia. Estaban contentos de estar allí.

Sabían que eran menos poderosos que la coaliccion del Asía Oriental, que construía las cabinas del ascensor, y que la CEE, que había construido el cable. Y menos poderosos que Praxis, Amex, Armscor y Subarashii.

Al fin llegó el día en que el cable iba a descender. Una multitud gigantesca se reunió en Sheffield para verlo; el bulevar de la estación de tren estaba abarrotado; la gente se asomaba a mirar el complejo de la base, popularmente conocido como el enchufe.

A medida que pasaban las horas, el extremo de la columna negra fue descendiendo, moviéndose cada vez más despacio. Ahí colgaba, no mucho más grande que el cabo guía que lo hacía bajar, en verdad más pequeño que el extremo de un cohete *Energía*. Se erguía perfectamente vertical, como un rascacielos. Un rascacielos alto y muy delgado, que flotaba en el aire. El tronco negro de un árbol, más alto que el cielo.

—Tendríamos que estar justo debajo, en el suelo del enchufe —dijo alguien—. Habrá espacio para estar de pie, ¿no?

—El campo magnético podría perturbarte un poco —repuso Slusinski, sin quitar la vista del cielo.

Mientras el cable se acercaba, vieron unas protuberancias y unos hilos plateados que lo cubrían como filigranas. El espacio de debajo se hizo más pequeño. Luego el extremo desapareció en el complejo de la base y el rugido de la multitud del bulevar se elevó. La gente miró con atención los televisores; las cámaras dentro del enchufe mostraron cómo el cable se detenía diez metros por encima del suelo de hormigón. Entonces las grúas lo sujetaron y el cable quedó anclado en un anillo unos metros más arriba. Todo sucedió lentamente, como sí estuviesen soñando, y pareció como si a la redonda sala del enchufe le hubieran puesto de pronto un tejado que le quedaba pequeño.

Por el sistema de altavoces la voz de una mujer dijo: «Ascensos asegurado». Sonaron unos breves vítores. La gente se apartó de los televisores y volvió a mirar por las paredes de la tienda. Ahora el objeto parecía mucho menos extraño que cuando pendía del cielo, ahora no era más que la *reductio ad ahurdum* de la arquitectura marciana, una aguja negra muy esbelta y muy alta. Un tallo de habichuelas. Curioso, pero no tan perturbador. La multitud se fragmentó en miles de conversaciones y se dispersó poco a poco.

Y no mucho tiempo después, los ascensores entraron en funcionamiento. Durante todos esos años, los robots se habían movido por el cable como arañas, construyendo líneas eléctricas, cabos de seguridad, generadores, pistas de superconducción, estaciones de mantenimiento, estaciones defensivas, cohetes de ajuste de posición, depósitos de combustible y refugios de emergencia que marcaban el cable cada pocos kilómetros. Ese trabajo había avanzado al mismo ritmo que la construcción del cable, de modo que poco después las cabinas subían y bajaban, subían y bajaban, cuatrocientas en cada dirección, como parásitos en una trenza de pelo. Y unos meses más tarde, uno podía tomar un ascensor para subir a una órbita. Y podía tomar otro ascensor para bajar de la órbita a la superficie.

Y ellos bajaron, transportados desde la Tierra por la flota de transbordadores continuos, esas grandes naves espaciales que retumbaban alrededor del sistema Tierra-Venus-Marte. Los tres planetas y la Luna actuaban como trampolines que frenaban y aceleraban los transbordadores de Marte y de la Tierra. Cada una de las trece naves operativas tenía capacidad para mil pasajeros, e iban llenas en cada viaje. De modo que había un flujo constante de gente que atracaba en Clarke y descendía en las cabinas del ascensor y desembarcaba en el enchufe. Y luego entraban a borbotones en los bulevares de Sheffield, frenéticos, vacilantes y con ojos desorbitados mientras los empujaban hacia la estación y los embarcaban en trenes de cercanías. Muchos de esos trenes descargaban en las ciudades de Pavonis; equipos robot construían las tiendas a medida que la gente iba llegando. Dos nuevas tuberías garantizaban el suministro de agua; la bombeaban desde el Acuífero Compton, bajo Noctis Labyrinthus. Así se instalaron los emigrantes.

Abajo, en el enchufe, las cabinas subían cargadas con metales refinados, platino, oro, uranio y plata, y aceleraban lentamente hasta alcanzar una velocidad máxima de 300 kilómetros por hora. Cinco días después llegaban al extremo del cable, desaceleraban, y entraban en las antecámaras de Clarke. El asteroide lastre era ahora un bloque de condrito carbónico, con tantos edificios exteriores y cámaras y túneles que más se parecía a una nave espacial o a una ciudad que a la tercera luna de Marte. Era un sitio ajetreado, había una constante procesión de naves que entraban y salían, y tripulaciones en tránsito perpetuo. Los controladores organizaban todo este trafico con ayuda de las más poderosas computadoras y robots.

Y desde luego, la cobertura de los medios de información de toda la nueva imaginería fue total e inmediata, y en conjunto, a pesar de que habían estado esperando diez años, parecía que al llegar al suelo el ascensor había cobrado vida

de pronto, como Atenea.

Pero había problemas. Frank descubrió que su equipo pasaba cada vez más tiempo ocupado con hombres y mujeres recién llegados a Sheffield. Nerviosos, exaltados y furiosos, protestaban contra las condiciones de vida, el hacinamiento, la ineficacia de la policía o la mala comida. Un hombre corpulento de cara rubicunda que llevaba una gorra de béisbol apuntó con un dedo y dijo:

—¡Las empresas privadas de seguridad vienen de las tiendas de más arriba a ofrecernos protección, pero son sólo mafias! ¡Ni siquiera puedo decirles mi nombre o podrían averiguar que vine a verlos! ¡Quiero decir, creo en el mercado negro como el que más, pero esto es una locura!

Frank dio vueltas por la oficina muy agitado. Esas alegaciones eran obviamente ciertas, pero difíciles de verificar sin un equipo propio de seguridad; en suma, sin una gran fuerza de policía. Cuando el hombre se fue, interrogó a todos los miembros del equipo, pero no le contaron nada nuevo, lo que hizo que se enfureciera todavía más.

—¡Se les paga para que averigüen estas cosas! ¡Y se pasan el día aquí sentados viendo las noticias terranas! —Canceló las citas del día, treinta y siete en total.— ¡Cretinos perezosos e incompetentes! —dijo en voz alta cuando salió por la puerta. Se encaminó a la estación y tomó un tren suburbano que recorría las ciudades-tienda. Quería verlo todo con sus propios ojos.

El tren local se detenía a cada kilómetro del descenso, en pequeñas antecámaras de acero inoxidable: las estaciones de las ciudades-tienda. Bajo en una; los letreros de la antecámara la identificaron como El Paso. Entró en el corredor de la antecámara.

Al menos las vistas eran extraordinarias, eso no se podía negar. Por la vertiente oriental del cráter bajaban las tuberías y la pista del tren, y a los lados se alzaban las tiendas, una tras otra, como ampollas. El material transparente de las más viejas, cerca de la cumbre, ya empezaba a teñirse de púrpura. Los zumbidos de los ventiladores de la planta de física se confundían con los de un generador de hidrazina. La gente conversaba en español e inglés. Frank llamó a la oficina e hizo que lo conectaran con el apartamento de un hombre de El Paso que había ido a quejarse. Quedaron en verse en un café al lado de la estación; fue a pie y se sentó en una mesa de fuera. Las mesas estaban ocupadas por hombres y mujeres que comían y charlaban como en todas partes. Pequeños coches eléctricos zumbaban por las calles estrechas, la mayoría atestadas de cajas. Los edificios cercanos a la estación eran de tres pisos y parecían prefabricados, hormigón armado pintado de blanco y azul. Había una fila de tinajas con árboles pequeños que bajaba desde la estación por la avenida principal. La gente estaba sentada en el astrocésped o se paseaba sin rumbo fijo de comercio en comercio, o corría presurosa a la estación con mochilas a la espalda. Todos parecían un poco desorientados o inseguros; algunos aún no habían aprendido a caminar correctamente.

El hombre apareció acompañado por una multitud de vecinos, todos rondando los veinte, demasiado jóvenes para estar en Marte, o eso solía decirse. Quizá el tratamiento pudiera arreglar los daños de la radiación, permitirles que se reprodujeran bien, ¿quién podía saberlo? Animales de laboratorio, eso eran. Lo que siempre habían sido.

Era extraño estar entre ellos como una especie de patriarca, ser tratado con una mezcla de reverencia y condescendencia, como un abuelo. Les pidió que lo llevaran a dar un paseo y le mostraran la ciudad. Lo guiaron por calles estrechas lejos de la estación y de los edificios más altos, entre largas hileras de construcciones prefabricadas, que habían sido concebidas como refugios temporales, puestos de investigación, o estaciones de agua. La pendiente del volcán

había sido nivelada de prisa, y muchas de las cabañas estaban inclinadas en dos o tres grados; había que tener cuidado en las cocinas, le dijeron, y asegurarse de que las camas estuvieran bien colocadas.

Frank les preguntó a qué se dedicaban. La mayoría dijo que eran estibadores en Sheffield; descargaban las cabinas del ascensor y cargaban el material en los trenes. Se suponía que eso lo hacían los robots, pero era sorprendente comprobar cuánto dependía aún del músculo humano. Operadores de equipo, programadores robot, reparadores de maquinaria, enanos *waldo,* trabajadores de la construcción. La mayoría había subido rara vez a la superficie; algunos nunca. En la Tierra habían tenido trabajos similares, o habían sido mano de obra desocupada, y ahora casi todos esperaban regresar algún dia, pero antes tenían que prepararse en los gimnasios, que estaban repletos, eran caros y consumían muchas horas. Tenían acentos del sur que Frank no había escuchado desde la infancia; era como oír voces de un siglo anterior, como escuchar a los isabelinos. ¿Hablaba todavía la gente de esa manera? No en la televisión.

Frank se volvió a mirar una cocina.

—¿Qué comen? —preguntó.

Pescado, verdura, arroz, tofu. Todo venía empaquetado en los cargamentos. No tenían queja, les gustaba. Norteamericanos, los paladares más estragados de la historia. ¡Que alguien me dé una hamburguesa con queso! No, lo que les molestaba era el confinamiento, la falta de intimidad, la teleoperacion, vivir apiñado... Y los problemas resultantes: «Me lo robaron todo el día después de mi llegada». «A mí también.» «A mí también.» Hurto, asalto, extorsión. Los delincuentes venían de otras ciudades-tienda, le dijeron. Rusos, dijeron. Gente blanca que hablaba de un modo raro. Algunos negros también, pero no tantos como en casa. La semana anterior habían violado a una mujer.

—¡Están bromeando! —exclamó Frank.

—¿Qué quiere decir con eso de que *estamos bromeando?* —dijo una mujer, disgustada.

Finalmente lo llevaron de vuelta a la estación. Se detuvo en la puerta y no supo qué decirles. Se había reunido toda una multitud, ya fuera porque la gente lo había reconocido o porque había sido llamada o arrastrada al grupo.

—Veré lo que puedo hacer —musitó, y se escabulló por el corredor de la antecámara.

Con la mente distraída miró las tiendas mientras regresaba en tren. Había una equipada con hoteles-nicho, al estilo de Tokio, mucho más atestada que la de El Paso, pero ¿le importaba a alguien? Algunas gentes estaban acostumbradas a que las tratasen como bolas de rodamientos. Muchas en verdad. ¡Pero se suponía que en Marte era distinto!

Al fin de vuelta en Sheffield camino por el bulevar del borde: miró la línea vertical del ascensor, no haciendo caso al gentío, y obligando a algunos a apartarse de un salto para dejarlo pasar. Se paro y observó a la multitud; en aquel momento había a la vista unas quinientas personas, todas concentradas en sus propias vidas. ¿Cuándo habían llegado a esto? Habían sido un puesto científico, un puñado de investigadores diseminados por un mundo con mucha superficie sólida como en la Tierra: toda Eurasia, África, América, Australia y la Antártida para ellos. Pero ahora bajo las tiendas y cúpulas que ocupaban, no más que un uno por ciento de la superficie de Marte, ya había un millón de personas y todavía más en camino. Y no había policía, pero sí crímenes... Crímenes sin policía. Un millón de habitantes y ninguna ley, salvo la ley de las corporaciones. El mínimo aceptable. Minimiza los gastos, maximiza los beneficios. Que todo se deslice con suavidad sobre los rodamientos.

La semana siguiente la gente de unas tiendas de la pendiente sur se declaró en huelga. Chalmers se enteró de camino a la oficina. Las tiendas en huelga, le dijo Slusinski, eran casi todas norteamericanas, y la gente tenía miedo.

—Han cerrado las estaciones y no dejan bajar de los trenes. No hay modo de controlarlos a menos que asaltemos las antecámaras de emergencia…

—Cállese.

Pasó por alto las objeciones de Slusinski, bajó por la pista sur a las tiendas en huelga, y ordenó a unos empleados de la oficina que se reunieran con él.

En la estación había un equipo de seguridad de Sheffield, pero les dijo que subieran al tren y se marcharan, y tras una consulta con los administradores de Sheffield, todos le obedecieron. En el corredor de la antecámara se identificó y dijo que quería entrar solo. Lo dejaron pasar.

Salió a la plaza principal y se encontró en un círculo de rostros hostiles.

—Apaguen los monitores —sugirió—. Hablemos en privado.

Apagaron los monitores. Era lo mismo que en El Paso, diferentes acentos pero las mismas quejas. Sabía de antemano lo que iban a decirle y observó con gesto sombrío cómo esto los impresionaba. Eran terriblemente jóvenes.

—Miren, las cosas andan mal —dijo después de que ellos hablaran durante una hora—. Pero si mantienen la huelga, será peor. Enviarán fuerzas de seguridad, y no será como vivir con bandas y policías entre ustedes, sino como estar en la cárcel. Ya me han dicho lo que piensan y ahora tienen que saber cuándo ceder y negociar. Formen un comité y redacten una lista de quejas y exigencias. Recojan documentos y testimonios sobre los crímenes y hagan que las víctimas los firmen. Eso me ayudará. Hace falta que la UNOMA se ocupe aquí y en la Tierra, porque se esta violando el tratado. —Se detuvo para dominarse, para relajar la mandíbula.— Mientras tanto, ¡vuelvan a trabajar! Hará que el tiempo pase mejor que si se quedan aquí sentados y fortalecerá la posición de ustedes. Si no, es posible que les corten los suministros. Será mejor que se comporten como negociadores racionales.

Así terminó la huelga. Cuando regresó a la estación incluso le dedicaron una desigual salva de aplausos.

Subió al tren cegado de furia, se negó a atender a las preguntas de su equipo, y atacó brutalmente al jefe de seguridad, un cretino arrogante.

—¡Si todos ustedes, bastardos corruptos, tuvieran algo de honestidad esto no habría sucedido! ¡No son más que un fraude! ¿Por qué atacan a estas gentes? ¡Por qué tienen que pagar la protección que necesitan, dónde *están* ustedes entonces!

—No es de nuestra jurisdicción —dijo el hombre, con los labios lívidos.

—Oh, vamos, ¿qué *es* de su jurisdicción? ¡No tienen otra jurisdicción que sus propios bolsillos! —Continuó vapuleándolos hasta que los de seguridad se levantaron y dejaron el vagón, tan enfurecidos como él, pero demasiado disciplinados o asustados para replicarle.

En las oficinas de Sheffield fue de cuarto en cuarto, gritando a todo el mundo y haciendo llamadas. A Sax, Vlad, Janet. Les contó lo que sucedía y al final todos le sugirieron lo mismo. Tuvo que reconocer que era una buena idea. Tomaría el ascensor e iría a hablar con Phyllis.

—Encárguense de reservarme un lugar —dijo.

La cabina del ascensor era como las antiguas casas de Amsterdam, estrecha y alta, con una habitación iluminada en la parte superior, en este caso una cámara

abovedada de paredes transparentes que a Frank le recordaba la cúpula burbuja del Ares. El segundo día de viaje se unió *a* los otros pasajeros (sólo veinte en esta ocasión, no había mucha gente que hiciera este recorrido) y montaron en el pequeño ascensor de la cabina y subieron las treinta plantas que los separaban de ese ático transparente para ver el paso de Fobos. El perímetro exterior de la cámara sobresalía y permitía ver allá abajo la línea curva del horizonte. A Frank le pareció más blanca y espesa que nunca. La atmósfera era ahora de unos 150 milibares. Impresionante por cierto, aunque estuviera compuesta de gases tóxicos.

Mientras aguardaban a que apareciera la pequeña luna, Frank observó el planeta. La flecha del cable apuntaba directamente al suelo; era como si estuvieran subiendo en un cohete esbelto y alto, un cohete extraño y estilizado que se extendía varios kilómetros por encima y por debajo de ellos. Y abajo, la superficie redonda y anaranjada de Marte parecía tan vacía como cuando llegaron por primera vez hacía muchos años, intacta a pesar de tantas intromisiones humanas. Sólo había que alejarse un poco.

Entonces uno de los pilotos del ascensor señaló Fobos, una mancha opaca y blanca al oeste. En diez minutos fue una patata grande y gris que pasó sobre ellos antes de que tuvieran tiempo de volver la cabeza. Fobos ya no estaba. Los observadores en el ático gritaron y aullaron. Frank apenas había podido captar una fugaz visión de la cúpula de Stickney, que centelleaba como una gema en la piedra. Había una pista que recorría el centro como unas protuberancias brillantes y plateadas; eso fue todo lo que pudo recordar de la borrosa imagen. Estaba a unos 50 kilometros cuando pasó, informó el piloto, a 7.000 kilómetros por hora, en realidad no era una velocidad sorprendente; otros meteoros impactaban contra el planeta a 50.000 kilómetros por hora.

Frank bajó al comedor mientras trataba de no olvidar la fugaz imagen de Fobos: la gente de la mesa de al lado hablaba de empujarlo a una órbita entrelazada con la de Deimos. Ahora estaba fuera del circuito, una nueva Azores, una inconveniencia para el cable. Y Phyllis siempre había dicho que el ascensor había evitado que Marte tuviera un destino parecido. Los mineros habrían preferido los asteroides ricos en metales, que no tenían problemas gravitatorios, y además estaban las lunas de Júpiter, Saturno, los planetas exteriores...

Pero ahora ya no corríamos ese peligro.

En el quinto dia se aproximaron a Clarke y redujeron la velocidad. Había sido un asteroide de unos dos kilómetros de ancho, un pedazo de piedra carbónica al que habían dado forma cúbica. La superficie que miraba a Marte había sido nivelada y cubierta de hormigón, acero o vidrio. El cable penetraba justo en el centro de esa estructura; había agujeros a ambos lados que permitían el paso de las cabinas.

Se deslizaron por uno de esos agujeros hasta un espacio que parecía la estación de un tren subterráneo vertical, y se internaron en los túneles de Clarke. Uno de los ayudantes de Phyllis vino a recibirlo y lo condujo en un pequeño coche por un laberinto de túneles rocosos. Llegaron a las oficinas de Phyllis, que estaban en el lado que daba al planeta, con paredes cubiertas de espejos y bambú verde. Aunque la gravedad era mínima, la gente se mantenía erguida y todos calzaban zapatos de velero. Una práctica bastante conservadora, pero previsible en un lugar tan mentalmente orientado hacia la Tierra. Frank imitó a los demás y se cambio los zapatos por unas zapatillas de velero.

Phyllis estaba hablando con un par hombres.

—No es solo un dispositivo barato y limpio para librarnos del pozo gravitatorio, sino también un sistema de propulsión para viajar por todo el sistema solar. Es una elegante obra de ingeniería, ¿no lo creen así?

—¡Sí! —replicaron.

Aparentaban unos cincuenta años. Después de las presentaciones de rigor —los hombres eran de la Amex—, Phyllis y Frank se quedaron solos en la habitación.

—Esta brillante obra de ingeniería está inundando Marte de emigrantes —dijo Frank—. Párala o te estallará en la cara y te quedarás sin trabajo.

—Oh, Frank —dijo ella, riéndose.

Ciertamente había envejecido bien: pelo plateado, rostro terso, algunas atractivas arrugas, y figura elegante. Llevaba un mono rojizo y montones de joyas de oro que le daban un brillo metálico. Miró a Frank a través de unas gafas con montura de oro, una afectación que la distanciaba, como si mirase unas imágenes planas de vídeo en la cara interna de los cristales.

—No puedes traer a tantos en tan poco tiempo —insistió él—. No tenemos la infraestructura necesaria, ni física ni culturalmente. Lo que está proliferando es el peor tipo de asentamientos ilegales; son como campos de refugiados o de trabajos forzosos. Y eso mismo dirán los informes. Ya sabes que allá en la Tierra siempre buscan analogías terranas. Eso te perjudicará.

Ella clavó la vista en un punto situado más o menos a un metro delante de él.

—La mayoría de la gente no lo ve de esa manera —proclamó, como si la habitación estuviera llena de oyentes—. Es sólo un paso adelante en el pleno aprovechamiento de Marte por el hombre. Está aquí para nosotros y vamos a usarlo. La Tierra está atestada y la tasa de mortalidad sigue descendiendo. La ciencia *y* la *fe* continuarán creando nuevas oportunidades, como siempre. Estos primeros pioneros quizá padezcan algunas privaciones, pero no será por mucho tiempo. Nosotros al principio vivíamos peor.

Perplejo, Frank la miró con ojos furiosos. Pero ella no se amilanó.

—¡No me estás escuchando! —dijo Frank en un tono de menosprecio. Se dominó y observó el planeta a través del techo transparente. Rotaban con él y tenían en todo momento a Tharsis ante ellos, y desde aquella distancia se parecía a una de las viejas fotografías, la bola anaranjada con todas las marcas familiares en el hemisferio más famoso: los grandes volcanes, Noctis, los cañones, el caos, todo inmaculado—. ¿Cuándo fue la última vez que bajaste? —le preguntó.

—En ele ese sesenta. Bajo con regularidad. —Ella sonrió.

—¿Dónde te alojas?

—En los dormitorios de la UNOMA. —donde trabajaba incansablemente para romper el tratado.

Pero ese era el trabajo que la UNOMA le había asignado. Directora del ascensor y a cargo de los intereses mineros. Cuando abandono la UN, podía hacer cualquier cosa. Era la reina del embarcadero del que dependía una buena parte de la economía marciana. Tendría a su disposición todo el capital de las transnacionales.

Y eso se notaba, desde luego, en el modo en que se movían las zapatillas de velero por el brillante cuarto de cristal satinado, en como respondía con una sonrisa a todos sus comentarios mordaces. Bueno, siempre había sido un poco estúpida. Frank apretó los dientes. Al parecer, había llegado la hora de recurrir a los buenos y viejos EUA a modo de almádena, sí todavía tenían algo de peso.

—La mayoría de las transnacionales controlan gigantescos holdings en Estados Unidos —dijo—. Si el gobierno norteamericano congelara esos bienes porque violan el tratado, eso frenaría a muchas transnacs, y quizá arruinaría a algunas.

—No podrías conseguirlo —dijo Phyllis—. Dejaría al gobierno en bancarrota.

—Eso es como amenazar a un muerto con el patíbulo. Un par de ceros más en

la cifra acrecentaría el grado de irrealidad hasta extremos inimaginables. Tus ejecutivos de las transnacs llevan bien las cuentas, pero a nadie le interesa ese dinero. Yo podría convencer a Washington en diez minutos, y luego verías cómo te estalla en la cara. Salga como salga, este juego se acabará. —Agitó furiosamente una mano.— Y luego algún otro ocupará estas habitaciones, y... —una intuición súbita— ...estarás de vuelta en la Colina Subterránea.

Eso llamó la atención de Phyllis, sin duda. El desenvuelto desprecio se convirtió en un repentino nerviosismo.

—No hay individuo que pueda convencer a Washington de nada. Ahí abajo se mueven en arenas movedizas. Tú dirás tu última palabra, y yo la mía, y veremos quién puede más.

Cruzo la habitación, abrió la puerta, y recibió con un sonoro saludo a un grupo de funcionarios de la UN.

Una pérdida de tiempo. No le sorprendía; a diferencia de los que le habían aconsejado que la viese, él no creía que pudiera mostrarse racional. Como sucedía con muchos fundamentalistas, los negocios eran para ella parte de la religión, los dos dogmas se reforzaban mutuamente, pues pertenecían al mismo sistema. El raciocinio no tenía nada que ver. Y si bien era posible que ella creyera aún en el poder de Norteamérica, era obvio también que no creía en la capacidad de Frank. Bien. Le demostraría que se equivocaba.

En el viaje de vuelta cable abajo, dedicó media hora a arreglar una serie de entrevistas en vídeo, durante quince horas al día. Los mensajes a Washington lo arrastraron rápidamente a complejas conversaciones con la gente de los departamentos de Estado y de Comercio, y con los jefes de gabinete que realmente contaban. Pronto lo recibiría el nuevo presidente. Mientras tanto, hubo mensaje tras mensaje, de ida y de vuelta, saltando de una conversación a otra, contestando al primero que conectara con él. Fue complicado, agotador. El caso allá en la Tierra tenía que construirse como un castillo de naipes; algunos de esos naipes estaban marcados.

Cerca del final, ahora que veía todo lo que quedaba del cable hasta el enchufe de Sheffield, se sintió de pronto muy extraño... como si una ola le recorriera el cuerpo. La sensación se desvaneció, y se dijo que la cabina en deceleración había pasado sin duda por una *g*. Lo asaltó una imagen: corría por un muelle, sobre planchas de madera húmedas e irregulares salpicadas de escamas plateadas; el aire olía a sal y pescado. Una g. Era curioso cómo el cuerpo recordaba.

Una vez en Sheffield, se dedicó de nuevo a grabar mensajes y analizar respuestas, a enfrentarse con viejos camaradas y fuerzas emergentes, en una red de discusiones que avanzaban a diferentes velocidades. Hubo un momento, bien entrado el otoño septentrional, en que estuvo enredado en cerca de cincuenta conferencias simultáneas; era como esa gente que juega al ajedrez a ciegas con toda una sala de oponentes. Sin embargo, después de tres semanas, la situación empezó a cambiar, sobre todo porque el presidente Incaviglia estaba muy interesado en aprovechar cualquier ventaja sobre Amex, Mitsubishi y Armscor. Se mostró más que dispuesto a filtrar a los medios de comunicación la intención de investigar posibles violaciones del tratado.

Lo hizo, y las acciones de los sectores implicados cayeron brutalmente. Y dos días después, el consorcio del ascensor anunció que el entusiasmo por las oportunidades que ofrecía Marte había sido tan grande que la demanda había superado a la oferta. Subirían los precios, por supuesto, como de costumbre, pero tendrían que frenar la emigración hasta que se hubieran mas ciudades y constructores robóticos de ciudades.

La semana siguiente, toda una ciudad-tienda de la vertiente sur paró en huelga. Frank se enteró por las noticias televisivas, mientras cenaba en un bar.

Sonrió ferozmente.

—Ya hemos visto quien lucha mejor en arenas movedizas, zorra —

dijo, masticando.

Terminó de comer y salió a dar un paseo por el bulevar del borde. Sabía que sólo se trataba de una batalla. Y que la guerra sería larga y cruenta. No obstante, se sentía satisfecho.

Entonces, en pleno invierno septentrional, los ocupantes de la tienda norteamericana más antigua de la vertiente este se amotinaron, expulsaron a la policía de la UNOMA, y se encerraron dentro. Los rusos de la ciudad de al lado hicieron lo mismo.

Frank habló brevemente con Slusinski. Al parecer, la constructora de caminos de la Armscor había contratado a ambos grupos y las dos tiendas habían sido asaltadas en plena noche por rufianes asiáticos que habían desgarrado las paredes, matando a tres hombres en cada una y acuchillando a otros muchos. Tanto los norteamericanos como los rusos afirmaban que los atacantes eran yakuza que habían tenido un arrebato de exaltación racial; aunque para Frank esto se parecía más a una operación de la fuerza de seguridad de Subarashii, un pequeño ejército compuesto en su mayor parte por coreanos. En cualquier caso, los equipos de policía de la UNOMA llegaron a escena y se encontraron con que los atacantes habían desaparecido y las tiendas estaban alborotadas. Sellaron las dos tiendas y luego no permitieron salir a los de dentro. Los habitantes llegaron a la conclusión de que eran prisioneros; encolerizados por esa injusticia, se habían precipitado a las antecámaras y habían destruido la pista que atravesaba las estaciones, con un balance de varios muertos en cada bando. La Policía de la UNOMA había enviado refuerzos, y los trabajadores de las dos tiendas estaban más atrapados que nunca.

Encolerizado y asqueado, Frank volvió a bajar para ocuparse del asunto. No sólo tuvo que pasar por alto las habituales objeciones de su propio equipo, sino la prohibición del nuevo comisionado (a Helmut lo habían llamado de regreso a la Tierra). Una vez en la estación también tuvo que enfrentarse al jefe de policía de la UNOMA, tarea nada sencilla. Nunca hasta entonces se había apoyado tanto en el carisma de los primeros cien, y eso lo sacaba de quicio. Al final se abrió paso entre los policías, un viejo loco pasando por encima de toda moderación civilizada. Nadie se atrevió a detenerlo, no en esta ocasión.

En los monitores, la multitud del interior de la tienda parecía ciertamente peligrosa. Frank aporreó la puerta del vestíbulo de la antecámara; al fin lo dejaron entrar, y fue recibido por una multitud de jóvenes enfadados. Atravesó la puerta de la antecámara y respiró aire caliente y fétido. Todos gritaban, y durante un momento nada pudo hacer, pero los que tenía delante lo reconocieron y callaron, sorprendidos. Se oyeron algunos aplausos.

—¡De acuerdo! ¡Aquí estoy! —gritó Frank—. ¿Quién habla por ustedes? —No había ningún portavoz. Maldijo entre dientes.— Pero ¿ustedes son idiotas, o qué? Será mejor que aprendan a entender el sistema o siempre caerán en alguna trampa.

Muchos lo increparon, pero la mayoría quería oír lo que tenía que decir. Chalmers gritó:

—¡De acuerdo, hablaré con todos! ¡Siéntense para que yo pueda ver quién habla!

No quisieron sentarse, pero se quedaron de pie quietos, rodeándolo, allí en el manchado astrocésped de la plaza principal. Chalmers trepó a una caja volcada en el astrocésped. La tarde estaba muy avanzada, y en la pendiente del este unas largas sombras caían sobre las tiendas de abajo. Preguntó qué había ocurrido, y varias voces le contaron el ataque a medianoche, la escaramuza en la estación.

—Los provocaron —interrumpió Frank—. Querían que hicieran algo estúpido y ustedes lo hicieron: un truco bien conocido. Han conseguido que ustedes mataran a un hombre que no tenía nada que ver con el ataque. Y ahora ustedes son los asesinos que la policía ha atrapado. ¡Se han comportado como idiotas!

La multitud murmuró y lo insultó, pero algunos parecieron desconcertados.

—¡Esos que llaman policías también estaban allí! —dijo uno en voz alta.

—Quizá —repuso Chalmers—, pero los que atacaron eran tropas de las corporaciones, no unos alborotados japoneses. ¡Tendrían que haberse dado cuenta! El resultado es que ellos mandan ahora, y les aseguro que la policía de la UNOMA no podría sentirse mejor; están ahí fuera, por lo menos unos cuantos. ¡Pero los ejércitos nacionales empiezan a ponerse del lado de ustedes! ¡Tienen que aprender a cooperar con ellos, tienen que aprender a descubrir los posibles aliados, y obrar en consecuencia! No sé por qué no hay gente capaz de hacerlo en este planeta. Es como si el viaje desde la Tierra hubiera debilitado el cerebro o algo parecido.

Algunos soltaron una risa sobresaltada. Frank les preguntó por condiciones de vida en las tiendas. Tenían las mismas complicaciones que los otros, y de nuevo pudo anticiparlas y comentarlas, habló del viaje a Clarke.

—Conseguí una moratoria sobre la emigración, y eso significa más que tiempo para construir nuevas ciudades. Significa el comienzo de una nueva etapa en la relación entre los Estados Unidos de América y la UN. En Washington se han enterado al fin de que la UN trabaja para las transnacionales, y ahora ellos quieren reforzar el tratado, pues los intereses de Washington corren peligro. El tratado es ahora parte de la batalla, de la batalla entre la gente y las transnacionales. ¡Ustedes están en esa batalla y han sido atacados, y son ustedes quienes deben descubrir a quién hay que devolver el golpe y cómo contactar con gente amiga! —Todos escucharon con aire sombrío, lo que era normal, y Frank añadió:— Con el tiempo ganaremos, y ustedes lo saben. Somos más numerosos.

Ya estaba bien de mostrar la zanahoria. Respecto al palo, siempre era fácil con gente sin recursos.

—Miren, si los gobiernos nacionales no encuentran una solución rápida, si hay más desórdenes y todo empieza a salirse de cauce, dirán: al infierno... que las transnacs resuelvan ellas mismas sus problemas, serán más eficientes. Y ya saben lo que eso significa.

—¡Estamos hartos! —gritó un hombre.

—Claro que sí, —Frank levantó un dedo índice.— Pero ¿tienen un plan para acabar con todo esto, o no?

Tardaron un rato en llegar a un acuerdo: desarme, cooperación, organización, solicitud de ayuda y de justicia al gobierno norteamericano. En realidad, ceder en todo. Claro que llevó un rato. Y de paso tuvo que prometer que atendería todas las quejas, repararía rodos los agravios, solucionaría todas las injusticias. Era ridículo, obsceno; pero apretó los labios y lo hizo. Les aconsejó sobre las relaciones con los medios de comunicación y sobre las técnicas de arbitraje, les explicó cómo organizar células y comités, como elegir un líder. ¡Eran tan ignorantes! Hombres y mujeres minuciosamente educados para ser apolíticos, para detestar la política, lo que los convertía en muñecos en manos de los gobiernos, como siempre, se marchó entre vítores.

Maya lo esperaba fuera, en la estación. Extenuado, sólo pudo mirarla fijamente con incredulidad. Había estado viéndolo todo por los monitores, le dijo. Frank sacudió la cabeza, los idiotas de dentro ni siquiera se habían molestado en desconectar las cámaras; quizá ni sabían que había cámaras. Así que el mundo lo había visto todo. Y Maya exhibía una clara mirada de admiración, como si

apaciguar a los trabajadores con mentiras y sofismas fuera el colmo del heroísmo. Al menos así era para ella. De hecho, iba a emplear las mismas técnicas en la tienda rusa, pues allí no había habido ningún progreso y habían pedido que los visitara. ¡La presidenta de MartePrimero! Por lo visto, los rusos eran aún más estúpidos que los norteamericanos.

Le pidió que la acompañase, y él estaba demasiado agotado como para meterse en un análisis costes/beneficios de lo que había hecho. Con una mueca aceptó. Era más fácil seguirla.

Tomaron el tren hasta la siguiente estación, se abrieron paso entre los policías y entraron. La tienda rusa estaba tan atestada como un panel de circuitos.

—Va a resultarte más difícil que a mí —dijo Frank mirando alrededor.

—Los rusos están acostumbrados —dijo ella—. Estas tiendas no son muy distintas de los apartamentos de Moscú.

—Sí, sí. —Rusia se había convertido en una especie de gigantesca Corea que practicaba un idéntico y modernizado capitalismo brutal, perfectamente Taylorizado y con un barniz de democracia y bienes de consumo que disfrazaba las actividades del gobierno.— Es sorprendente qué poco se necesita para engañar a la gente que se muere de hambre.

—Frank, por favor.

—Sólo recuérdalo y verás como sale bien.

—¿Vas a ayudar o no? —preguntó ella.

—Sí, sí.

La plaza central olía a queso de soja, a sopa de remolacha y a fuegos eléctricos, y la multitud parecía mucho más indisciplinada y vocinglera que en la tienda norteamericana; todos eran líderes desafiantes, dispuestos a soltar un discurso. Había muchas más mujeres que en la tienda norteamericana. Después de sacar un tren de la pista estaban galvanizados, listos para la acción. Maya se subió a una silla y tuvo que emplear un megáfono de mano, la multitud se arremolinó alrededor, mientras la gente metida en múltiples y chillonas discusiones la ignoro, como si fuera una pianista en un bar.

El ruso de Frank estaba herrumbroso y no pudo entender casi nada de lo que gritaba la muchedumbre; prestó atención a las replicas de Maya. Les explicaba la moratoria de inmigración, el cuello de botella en la producción de robots y el suministro de agua de la ciudad, la necesidad de disciplina, la promesa de una vida mejor si acataban un cierto orden. A Frank le pareció una clásica arenga de *babushka,* y curiosamente tuvo el efecto de apaciguarlos, muchos rusos tenían una fuerte veta reaccionaria últimamente; recordaban lo que de verdad eran los disturbios sociales, y los temían con razón. Había mucho que prometer y todo parecía verosímil: un mundo grande, poca gente, montones de recursos materiales, algunos buenos robots, programas de ordenador, plantillas genéticas...

En un momento realmente difícil de la discusión, él le dijo en inglés:

—Recuerda el palo.

—¿Qué? —dijo ella.

—El palo. Amenázalos. Zanahoria y palo.

Ella asintió. De nuevo a través del megáfono: el aire venenoso, el frío mortal. Estaban vivos sólo gracias a las tiendas, el suministro de electricidad y agua. Eran vulnerables en cosas en las que jamás se habían parado a pensar, en cosas inexistentes allá en la Tierra.

Era rápida, siempre lo había sido. De vuelta a las promesas. Una y otra vez,

palo y zanahoria, un tirón de las riendas, unos mordiscos a la zanahoria.

Después, en el tren que subía hasta Sheffield, Maya parloteó con nervioso alivio, el rostro acalorado, los ojos brillantes, la mano aferrada al brazo de Frank. Echó atrás la cabeza, bruscamente, y rió. Esa inteligencia nerviosa, esa cautivadora presencia física... Frank sintió que empezaba a entrar en calor gracias a Maya, era como meterse en una sauna después de un helado día en el exterior.

—No se que habría hecho sin ti —decía ella hablando con rapidez—, de verdad, eres tan bueno en estas situaciones, tan claro, firme e incisivo... Te creen porque no intentas halagarlos o disfrazar la verdad.

—Es lo que mejor funciona —dijo él, mirando por la ventana las tiendas que quedaban atrás—. Sobre todo cuando lo que intentas es halagarlos y mentirles.

—Oh, Frank.

—Es verdad. Tú también lo haces muy bien.

Fue un ejemplo práctico del tropo en discusión, pero ella no lo entendió. Había un nombre para eso en retórica: no podía recordarlo.

¿Metonimia? ¿Sinécdoque? Pero Maya se rió y le apretó el hombro y se apoyó en él. Como si la pelea en Burroughs, por no mencionar todo lo anterior, nunca hubiera ocurrido. Y cuando él bajó del tren, ella lo siguió. Llegaron a las habitaciones de Frank y ella se desnudó y se duchó y volvió a vestirse sin dejar de hablar sobre las últimas incidencias y sobre la situación en general, como si lo hicieran todos los días: ¡salir a cenar, sopa, trucha, ensalada, una botella de vino, todas las noches! Reclinarse en las sillas bebiendo café y brandy. Políticos al final de un día de política. Los líderes.

Al fin se tranquilizó y se acurrucó en la silla, satisfecha sólo con mirarlo. Y por una vez no lo puso nervioso, como si un campo de fuerza lo protegiera. Quizá por la expresión de los ojos de Maya. A veces parecía como si de verdad pudieras saber si le gustabas a alguien.

Pasó allí la noche. Y después dividió su tiempo entre la oficina de MartePrimero y las habitaciones de él, sin que nunca discutieran lo que ella hacía. Y cuando llegaba el momento de irse a la cama, se desnudaba y se acostaba junto a él, y luego sobre él, cálida y serena. Era como entrar en una sauna. Estaba muy sosegada esos días. Como si fuera una mujer diferente, era asombroso. Como si no fuera Maya; pero ahí estaba, susurrando Frank, Frank.

Pero nunca hablaban de otra cosa que de la situación, las noticias del día; y de eso había mucho que hablar. Los desórdenes en Pavonis se habían apaciguado, pero ahora se extendían por todo el resto del planeta y la situación empeoraba: sabotajes, huelgas, insurrecciones, peleas, escaramuzas, asesinatos. Y las noticias de la Tierra habían perturbado aun a aquellos aficionados al humor más negro y se habían convertido en puro horror. En comparación, Marte era la imagen del orden, un pequeño remolino local apartado del vórtice de un enorme torbellino que a Frank le parecía una espiral de muerte. Por doquier, como cabezas de cerillas, estallaban pequeñas guerras. La India y Pakistán habían empleado armas nucleares en Cachemira. África se moría de hambre y el Norte discutía sobre quién ayudaba primero.

Un día les llegó la noticia de que la ciudad del agujero de transición de Hephaestus, al oeste de Elysium, habitada por americanos y rusos,

había sido completamente abandonada. El contacto por radio se había cortado y cuando la gente bajó la encontró vacía. Toda Elysium estaba alborotada, y Frank y Maya decidieron ir a ver si podían hacer algo. Tomaron el tren que bajaba de Tharsis, de vuelta al aire que se espesaba y a través de las rocosas planicies ahora moteadas de montículos de nieve que nunca se derretía; una nieve de un sucio rosa granulado que se acumulada en la pendiente norte de dunas y rocas, o una sombra

de color. Y luego atravesaron las centelleantes y cuarteadas llanuras negras de Isidis, donde el permafrost se derretía en los días más calurosos de verano, para volver a congelarse crepitando en una superficie negra y brillante. Una tundra en formación, o incluso un pantano. Pasando a velocidad vertiginosa ante las ventanillas del tren había matas de hierba negra, quizá flores árticas. O quizá sólo basura.

Burroughs estaba silenciosa e inquieta, los anchos y herbosos bulevares vacíos; el color verde tan intenso, como un fenómeno de la luz. Mientras esperaban el tren a Elysium, Frank entró en el depósito de la estación y reclamó lo que había dejado en el cuarto de Burroughs. El encargado regresó con una caja grande que contenía un equipo de cocina, una lámpara, ropa, un atril. No recordaba nada de eso. Se guardó el atril en el bolsillo y tiró el resto a una tolva de basura. Cuántos años desperdiciados... no era capaz de recordar ni un solo día. La negociación del tratado había sido puro teatro, como si alguien hubiera echado abajo el entramado del telón de fondo dejando al descubierto la verdadera historia, que sucedía entre bastidores: dos hombres intercambiando un apretón de manos y un gesto de inteligencia.

La oficina rusa de Burroughs quería que Maya se quedara y se ocupara de algunos asuntos, de modo que Frank tomó el tren a Elysium y de allí salió para Hephaestus en una caravana de rovers. No hizo caso de la gente que iba con él y parecía cohibida, y repasó el viejo atril. Contenía sobre todo una colección corriente de libros, ampliada con algunas colecciones político-filosóficas. Cien mil volúmenes; los atriles modernos eran cien veces mejores, aunque se trataba de una mejora inútil, pues ya no quedaba tiempo ni siquiera para leer un libro. Al parecer, en aquellos días se sentía atraído por Nietzsche. Al menos la mitad de los pasajes marcados eran de él, y al echarles una ojeada Frank no pudo descubrir el motivo, todo eran bobadas pomposas. Y entonces leyó algo que lo estremeció: «El individuo es, en su futuro y su pasado una pieza del destino, una ley más, una necesidad más para todo lo que es y todo lo que será. Decirle "cámbiate a ti mismo" significa exigir que todo cambie, incluso el pasado...».

En Hephaestus estaba instalándose un nuevo equipo para el agujero entre la corteza y el manto, en su mayor parte antiguos residentes, técnicos e ingenieros, pero más preparados que los recién llegados de Pavonis. Frank les preguntó por los que habían desaparecido, y una mañana en el desayuno, junto a una ventana que daba al denso y blanco penacho termal del agujero, se le acercó una mujer norteamericana que le recordó a Úrsula.

—Esta gente ha visto los vídeos toda la vida —le dijo—. Son estudiantes de Marte, lo consideran una suerte de grial, no piensan en otra cosa. Trabajan años, ahorran, y luego venden todo lo que tienen para comprar un billete, porque tienen una idea de cómo será. Y llegan aquí y van a parar a la cárcel, y si tienen suerte vuelven a la vieja rutina de los trabajos burocráticos, como si sus sueños siguieran estando en la televisión. Y desaparecen. Porque buscan algo que se parezca a lo que los impulsó a venir.

—¡Pero no saben cómo viven los desaparecidos! —replicó Chalmers—.

¡Ni siquiera si sobreviven!

La mujer sacudió la cabeza.

—Los rumores vuelan. La gente regresa. De vez en cuando aparecen vídeos. —El grupo de alrededor asintió.— Y podemos ver lo que vendrá de la Tierra después de nosotros. Mejor perderse en el interior mientras sea posible.

Frank sacudió la cabeza, sorprendido. Era lo mismo que había dicho el tipo de las pesas en el campamento de minería, pero en boca de esta sosegada mujer de mediana edad resultaba más perturbador.

Esa noche, incapaz de dormir, llamó a Arkadi, y consiguió hablar con él media hora después. De todos los lugares posibles, estaba en el Monte Olimpo, en el

observatorio.

—¿Qué es lo que *tú* quieres? —preguntó Frank—. ¿Que imaginas que sucederá si todo el mundo se escabulle hacia las tierras altas? Arkadi sonrió.

—Pues que llevaremos una vida humana, Frank. Trabajaremos para cubrir nuestras necesidades, y quizá terraformemos un poco más. Cantaremos y bailaremos y pasearemos al sol, y trabajaremos como locos por curiosidad y por la comida.

—¡Es *imposible*! —exclamó Frank—. Somos parte del mundo, no podemos escapar.

—¿Ah no? El mundo de que hablas sólo es la estrella vespertina. Este mundo rojo es ahora el único real para nosotros.

Frank desistió, exasperado. Nunca había podido razonar con el, nunca. Con John había sido diferente; pero, claro, él y John habían sido amigos.

Regresó en tren a Elysium. El macizo se elevaba por encima del horizonte como una enorme silla de montar abandonada en el desierto; las abruptas pendientes de los dos volcanes ya tenían un color blanco rosado, cubiertas de una nieve que pronto se convertiría en glaciares. Siempre había considerado las ciudades de Elysium como un contrapunto de Tharsis: más antiguas y más pequeñas, y más sensatas. Pero ahora la gente desaparecía allí a cientos; era un punto de partida hacia la nación desconocida, oculta allí afuera, en el yermo sembrado de cráteres.

En Elysium le pidieron que diera una charla a un grupo de norteamericanos recién llegados. Un discurso formal, pero antes hubo una reunión informal en la que Frank fue de un lado a otro haciendo preguntas, como de costumbre.

—Por supuesto que nos largaremos si podemos —dijo con osadía un hombre.

Otros intervinieron.

—Nos dijeron que no viniéramos si queríamos estar mucho tiempo fuera. Dijeron que no era así en Marte.

—¿A quién creen que engañan?

—Nosotros pudimos ver el vídeo, igual que ellos.

—Demonios, todos hablan del movimiento clandestino de Marte y dicen que son comunistas o nudistas o rosacruces...

—Utopías o caravanas o cavernarios primitivos...

—Amazonas o lamas o vaqueros...

—Lo que pasa es que todo el mundo proyecta aquí sus fantasías porque allí la cosa está muy mal, ¿comprende?

—Quizá haya un mundo alternativo coordinado...

—Esa es otra fantasía, la fantasía totalizadora...

—Los verdaderos señores del planeta, ¿por qué no? Escondidos, tal vez encabezados por su amiga Hiroko, quizá en contacto con su amigo Arkadi, quizá no. ¿Quién sabe? Nadie lo sabe con seguridad, ni siquiera en la Tierra.

—No son más que cuentos. Pero por ahora es la mejor historia, que millones de personas en la Tierra la comparten y la siguen. Algunos quieren venir, pero sólo lo conseguimos unos pocos. Un buen porcentaje de los elegidos mienten hasta las orejas durante todo el proceso de selección.

—Sí, sí —dijo Frank sobriamente—. Todos lo hicimos. —Recordó el viejo chiste de Michel; como de cualquier manera todos se volverían locos...

—¡Ahí lo tiene! ¿Qué esperaba?

—No lo sé. —Meneó tristemente la cabeza.— Pero *todo* es una fantasía, ¿lo entienden? La necesidad de permanecer ocultos perjudica a cualquier comunidad hasta el punto de destruirla. Si se paran a pensarlo, verán que son sólo patrañas.

—Entonces, ¿adonde van todos los desaparecidos?

Frank se encogió de hombros, incómodo, y ellos sonrieron.

Una hora después aún estaba pensándolo. Todo el mundo había salido a un anfiteatro al aire libre, construido con bloques de sal en el estilo griego clásico. Todos lo miraban, atentos, preguntándose qué les diría uno de los primeros cien; él era una reliquia del pasado, un personaje histórico; había estado en Marte diez años antes de que la mayoría de ellos hubiera nacido, y los recuerdos que tenía de la Tierra eran de la época de sus abuelos, del otro lado de un vasto y oscuro abismo de años.

Los griegos clásicos ciertamente habían encontrado el tamaño y las proporciones adecuadas para un solo orador; apenas tuvo que alzar la voz y todos lo oyeron. Les dijo algunas de las cosas habituales, el discurso corriente, cortado y censurado, ya que los recientes sucesos lo habían hecho trizas. No sonó muy coherente, ni siquiera para él.

—Miren —dijo, corrigiéndose a medida que hablaba, improvisando, buscando entre las caras de la multitud—, cuando vinimos aquí llegamos a un lugar diferente, a un nuevo mundo, y eso nos convierte por necesidad en seres distintos. Ninguna de las viejas directrices de la Tierra importa hoy. Crearemos una nueva sociedad marciana, es parte inevitable de la naturaleza de las cosas. Surgirá de las decisiones comunes, de nuestra acción colectiva. Y se trata de decisiones que estamos tomando en nuestros días, en estos años, ahora, en este mismo instante. Pero sí se escapan a las llanuras y se unen a las colonias escondidas, ¡se aislarán! Seguirán siendo lo que eran cuando vinieron, no se transformarán en humanos marcianos. Y privarán a los demás de los conocimientos y la energía que ustedes han traído. Lo sé por propia experiencia, créanme. —El dolor lo atravesó y lo sorprendió.— Como saben, algunos de los primeros cien fueron los primeros en desaparecer, posiblemente bajo el liderazgo de Hiroko Ai. Todavía no entiendo por qué lo hicieron, de verdad que no. Pero me es imposible expresar cuánto hemos echado en falta el genio de Hiroko. ¡No hay quien la supere en el diseño de sistemas! —Sacudió la cabeza intentando ordenar lo que decía.— La primera vez que vi este cañón estaba con ella. Fue una de las primeras exploraciones en este área y tenía a Hiroko a mi lado, y miramos el suelo plano y desnudo, y ella me dijo: «Es como el suelo de una habitación». —Miró al público, tratando de evocar el rostro de Hiroko Sí... no... Era extraño cómo uno podía recordar una hasta que intentaba enfocarla mentalmente, momento en que se alejaba de uno.— La he echado de menos. Vengo aquí y no puedo creer que sea el mismo sitio, y... me cuesta creer que de verdad la conocí. —Calló un momento, intentando concentrarse en las caras que lo miraban.— ¿Lo entienden?

—¡No! —vociferó alguien.

Un destello de su vieja ira hirvió a través de unos confusos pensamientos.

—¡Digo que tenemos que construir un nuevo Marte! ¡Digo que somos seres completamente nuevos, que aquí nada es lo mismo! ¡Nada es lo mismo!

Tuvo que rendirse y sentarse. Hablaron otros oradores y las voces monótonas flotaron sobre él, sentado allí, aturdido, mirando un parque de sicómoros en el extremo abierto del anfiteatro. Detrás se alzaban unos edificios, con árboles que crecían en terrazas y techos. Una visión verde y blanca.

No conseguía que entendieran. Nadie podría. Sólo el tiempo, y el mismo Marte. Y mientras tanto actuarían contra sus propios intereses. Siempre ocurría lo mismo, pero ¿cómo era posible, cómo? ¿Por qué la gente era tan estúpida?

Dejó el anfiteatro y paseó por el parque y la ciudad.

—¿Cómo puede la gente actuar tan abiertamente contra sus propios intereses? —le preguntó a Slusinski por el ordenador de muñeca—. ¡Es una insensatez! Los marxistas eran materialistas, ¿cómo lo explicaban?

—Ideología, señor.

—Pero si el mundo material y nuestro modo de manipularlo determinan todo lo demás, ¿cómo cabe ahí la ideología?

—Algunos la definían como una relación imaginaria con una situación real. Reconocían que la imaginación era una fuerza poderosa.

—¡Pero entonces no eran materialistas! —Soltó un juramento.— No me extraña que el marxismo esté muerto.

—Bueno, señor, en realidad hay un montón de gente en Marte que se autodetermina marxista.

—¡Mierda! Bien podrían llamarse zoroástricos, o jansenistas, o hegelianos.

—Los marxistas son hegelianos, señor.

—Cállese —rugió Frank, y cortó la comunicación.

Seres imaginarios en un paisaje real. No le sorprendía haber olvidado la zanahoria y el palo, y que estuviera extraviándose entre esos conceptos de una nueva vida y de la diferencia radical y toda esa basura. Trataba de ser otro John Boone. ¡Sí, era verdad! Lo que intentaba hacer era lo mismo que había hecho John. Pero él era muy bueno; Frank lo había visto utilizar su magia una y otra vez en los viejos días, cambiarlo todo sólo por el modo de hablar. Mientras que para Frank las palabras eran como tener piedras en la boca. Incluso ahora, cuando lo necesitaban, cuando era lo único que los salvaría.

Maya fue a recibirlo a la estación de Burroughs y lo abrazó. Frank soportó tiesamente el abrazo, sin soltar las bolsas de viaje. En el exterior de la tienda unos cúmulos bajos de color chocolate se movían en un cielo malva. No fue capaz de mirarla a los ojos.

—Estuviste maravilloso —dijo ella—. Todo el mundo lo comenta.

—Durante una hora.

Después los emigrantes seguirían desapareciendo. Era un mundo de acción, y las palabras no tenían más influencia que el sonido de una cascada sobre el flujo de la corriente.

Se encaminó a buen paso hacia las oficinas en la mesa. Maya lo acompañó y no dejó de hablar mientras él se registraba en una de las habitaciones de paredes amarillas en el cuarto piso. Muebles de bambú, sábanas floreadas y un sofá con cojines. Maya rebosaba de planes, alegre, orgullosa de él. ¡Estaba orgullosa de él! Frank apretó los dientes con fuerza. Le dolían los músculos de la cara y también la cabeza. El bruxismo, un dolor que le atravesaba las sienes y los cartílagos de la mandíbula.

Finalmente se incorporó y fue hacia la puerta.

—Tengo que salir a caminar —dijo. Al marcharse vio la cara de ella de reojo: sorpresa herida. Como siempre.

Bajó con paso vivo por el césped y recorrió la larga hilera de columnas de Bareiss, un desorden de bolos inmovilizados en el aire. Ya al otro lado del canal se sentó a una mesa redonda en el extremo de una terraza, y estuvo una hora allí ante un café griego.

De pronto Maya se le plantó delante.

—¿Qué significa esto? —preguntó. Con un ademán señaló el ceño fruncido de él—. ¿Qué está mal ahora?

—Nada está mal —dijo—. ¿A qué te refieres?

Los labios de Maya se torcieron en una mueca e hicieron que la mirada centelleante pareciera despectiva y la cara más arrugada. Casi tenía ochenta años. Eran demasiado viejos para esto. Tras un largo silencio se sentó frente a él.

—Mira —dijo despacio—. No me importa lo que haya ocurrido en el pasado. —Dejó de hablar, y él se arriesgó a mirarla; ella había bajado los ojos, como si estuviera escrutándose a sí misma.— Me refiero a *lo* que pasó en el *Ares* o después en la Colina Subterránea. A todo.

El corazón le palpitaba como a un niño que intenta escapar. Sentía frío en los pulmones. Ella seguía hablando, pero no la oyó. ¿Lo sabía?

¿Sabía lo que él había hecho en Nicosia? Era imposible, de otro modo no hubiera estado allí (¿o sí?); pero de cualquier modo ella no podía ignorarlo.

—¿Lo entiendes? —preguntó Maya.

No la había oído. No dejó de mirar la taza de café, y de pronto ella la derribó de un golpe con el dorso de la mano. La taza cayó bajo una mesa cercana y se rompió. Un semicírculo de cerámica blanca giró en el suelo.

—He preguntado *si lo entiendes.*

Paralizado, él continuó mirando la mesa vacía. Círculos superpuestos de manchas marrones de café. Maya se inclinó hacia adelante y ocultó la cara entre las manos. Estaba encogida sobre el estómago, conteniendo el aliento.

Por último levantó la cabeza.

—No —dijo con una voz tan baja que al principio él creyó que hablaba consigo misma—. No hace falta que contestes. Crees que a mi me importa y por eso haces todo esto. Como si aquello fuera a importarme más que el presente. —Alzó la vista y lo miró.— Fue hace treinta años — dijo—. Han pasado más de treinta y cinco desde que nos conocimos. Y treinta desde que todo aquello sucedió. Ya no soy esa Maya Katarina Toitovna. No la conozco, no sé lo que pensó o sintió ella, o por qué. Era un mundo distinto, otra vida. Ahora ya no me importa. No siento nada al recordarlo, estoy aquí y ésta soy yo. —Se dio un golpecito entre los pechos con el pulgar.— Y, ya ves, te quiero.

Ella dejó que el silencio creciera, sus últimas palabras se alejaron como ondas en un lago. Él no podía dejar de mirarla; se obligó a apartar los ojos y los clavó con ira en las débiles estrellas crepusculares. Cuando ella dijo te quiero. Orión brillaba muy alta en el cielo austral.

—Eso es lo único que cuenta para mí —dijo ella.

Ella no lo sabía; pero él sí. Sin embargo, todo el mundo, de algún modo, tiene que asumir su propio pasado. Rondaban casi los ochenta y estaban sanos y fuertes. Había gente de ciento diez sana, vigorosa.

¿Quién sabía cuánto iban a durar? Tendrían que asumir mucho pasado. Y a medida que transcurriera el tiempo y los años de la juventud fueran quedando atrás, en el pasado remoto, todas aquellas arrebatadas pasiones que tanto lo habían herido... ¿podrían llegar a ser sólo cicatrices? ¿No eran heridas profundas, un millar de amputaciones?

Pero no era nada físico. Amputaciones, castraciones, vacío; todo estaba en la imaginación. Una relación imaginaria con una situación real...

—El cerebro es un animal extraño —musitó.

Ella alzó la cabeza y lo miró con curiosidad. De repente él tuvo miedo; ellos *eran* sus propios pasados, o de lo contrario no eran nada, y cualquier cosa que sintieran o pensaran o dijeran hoy, no era más que un eco del pasado; y cuando decían lo que decían, ¿cómo podían saber qué sentían, pensaban, expresaban realmente? No lo sabían, en realidad no lo sabían. Por ese motivo las relaciones eran siempre misteriosas, y nunca se podía saber si lo que aparecía en la superficie era cierto o no.

¿Esa Maya del nivel más profundo sabía o no sabía, olvidaba o recordaba, juraba venganza o perdonaba? No había modo de saberlo, jamás podría estar seguro. Era imposible.

Y, sin embargo, ahí estaba ella, sentada, hundida en la desdicha, como si él pudiera destrozarla como a una simple taza de café, moviendo un dedo. Si ni siquiera fingía que la creía, ¿entonces qué? ¿Qué? ¿Cómo podía destrozarla de esa manera? Lo odiaría... por obligarla a recordar el pasado, por obligarla a que le importara. Y sin embargo... hay que seguir adelante, actuar.

Alzó la mano, tan asustado que sintió como si teleoperara el movimiento. Era un enano metido en un *waldo,* un *waldo* rígido, sensible, desconocido: ¡arriba, rápido! A la izquierda, alto: retrocede, alto; quieto. Baja lentamente, lentamente, hasta el dorso de la mano de ella. Tómala, con mucho cuidado. La mano de Maya estaba muy fría; la suya también.

Ella lo miró con tristeza.

—Volvamos... —Tuvo que aclararse la garganta.— Volvamos a nuestras habitaciones.

Se sintió físicamente torpe durante semanas, como si se hubiera retirado a algún otro espacio y tuviera que dirigir su cuerpo de lejos. Teleoperación. Llegó a conocer tan bien sus propios músculos que a veces era capaz de volar serpenteando, pero la mayor parte del tiempo se movía espasmódicamente, como el Monstruo de Frankenstein Burroughs estaba inundada de malas noticias; la vida en la ciudad parecía bastante normal, pero las pantallas de vídeo transmitían escenas de un mundo en el que Frank apenas podía creer. Disturbios en Hellas; el cráter abovedado de Nueva Houston se declaraba república independiente; y esa misma semana Slusinski le mandó la cinta de una sesión de orientación para unos norteamericanos en la que los cinco dormitorios habían votado viajar a Hellas sin permiso. Chalmers se puso en contacto con el nuevo comisionado de la UNOMA y consiguió que enviaran un destacamento del cuerpo de seguridad de la UN; diez hombres arrestaron a quinientos, bastó desconectar la computadora de la planta y ordenar a los desvalidos ocupantes que subieran a una serie de vagones de tren antes de que la tienda se quedara sin aire. Se los había despachado a Koroliov, que ahora era a todos los efectos una ciudad prisión. Esto se sabía desde hacía algún tiempo; nadie recordaba exactamente desde cuándo, pues la estructura de un sistema de prisiones estaba allí desde hacía años, diseminada por todo el planeta.

Chalmers entrevistó a algunos de los prisioneros a través de los monitores; dos o tres por vez.

—Ya ven lo fácil que ha sido detenerlos —les dijo—. Así será siempre. Los sistemas de soporte vital son tan frágiles que no hay defensa posible. Incluso en la Tierra la avanzada tecnología militar hace que un estado policial sea fácil de mantener, pero aquí es mucho más fácil.

—Ustedes nos atraparon porque estábamos desprevenidos —dijo un hombre de unos sesenta años—. Pero una vez que seamos libres, me gustaría ver qué pasa. En ese momento los sistemas de soporte vital de ustedes serán tan vulnerables como lo fueron los nuestros, pero los suyos son más visibles.

—¡No sean estúpidos! En última instancia todos los soportes vitales de aquí están conectados con la Tierra. Pero ellos disponen de un vasto poder militar, y nosotros no. Usted y sus amigos intentan vivir una rebelión de fantasía, una especie de 1776 de ciencia ficción, habitantes de la frontera que se libran del yugo de los tiranos, ¡pero las cosas no son así! Todas las analogías son erróneas, engañosamente erróneas porque enmascaran la realidad, la verdadera naturaleza de nuestra dependencia.

¡Les impiden ver que todo es una fantasía!

—Yo diría que muchos y buenos torics defendieron ese mismo argumento en las colonias —dijo el hombre con una sonrisa—. En realidad, la analogía es en muchos aspectos válida. Aquí no sólo somos engranajes; somos individuos independientes, la mayoría gente común, pero también hay grandes personajes... tendremos a nuestros Washingtons, Jeffersons y Paines, se lo aseguro. También a los Andrew Jacksons y Forrest Mosebys, hombres brutales dispuestos a todo para conseguir lo que quieren.

—¡Es ridículo! —gritó Frank—. ¡Es una analogía falsa!

—Bueno, en cualquier caso es más metáfora que analogía. Hay diferencias, pero responderemos adecuadamente. No blandiremos mosquetes contra paredes de roca para soltar disparos fortuitos.

—¿Blandirán láseres de minería contra paredes de cráteres?

¿Considera que eso es diferente?

El hombre sacudió la mano, como si la cámara de la sala fuera un mosquito.

—Supongo que la verdadera incógnita es: ¿tendremos a un Lincoln?

—Lincoln está muerto —espetó Frank—. Y la analogía histórica es el último refugio de quienes no entienden el presente —corto la conexión.

La razón era inútil. También la ira y el sarcasmo, por no mencionar la ironía. Sólo podía enfrentarlos en el dominio de lo imaginario. De modo que participó en mítines e hizo todo lo que pudo, los arengó sobre lo que era Marte, cómo se había desarrollado, el estupendo futuro que podía tener como sociedad colectiva, específica y orgánicamente marciana.

«¡Incinerando la escoria de todos esos odios terranos, todos esos hábitos muertos que nos impiden vivir de verdad, que nos apartan de la creación, que es la única belleza real del mundo, maldita sea!»

Inútil. Intentó organizar encuentros con algunos de los desaparecidos, y en una ocasión habló con un grupo por teléfono y les pidió que si era posible le comunicaran a Hiroko que necesitaba hablarle con urgencia. Pero nadie parecía saber dónde estaba.

Sin embargo, un día Hiroko le envió un mensaje, impreso y enviado por fax desde Fobos. Le decía que le convenía hablar con Arkadi. Pero éste había desaparecido en Hellas y ya no atendía a las llamadas.

—Es como jugar al maldito escondite —le dijo un día a Maya con amargura—. ¿Jugaban a eso en Rusia? Recuerdo haber jugado una vez con chicos mayores; el sol se ponía y estaba muy oscuro porque venía una tormenta desde el mar, y ahí estaba yo, vagando por las calles desiertas, sabiendo que nunca encontraría a nadie.

—Olvídate de los desaparecidos —le aconsejó ella—. Concéntrate en los que puedes ver. Además, los desaparecidos estarán vigilándote. No importa que no los veas o que no contesten.

Sacudió la cabeza.

Pocos días después hubo una nueva avalancha de emigrantes. Llamó a gritos a Slusinski y le ordenó que pidiera explicaciones a Washington.

—Al parecer, señor, el consorcio del ascensor ha sido adquirido en una absorción hostil por Subarashii. De modo que los activos se encuentran ahora en Trinidad Tobago, y las preocupaciones norteamericanas ya no les interesan. Dicen que el aumento de infraestructuras permite ahora una emigración moderada.

—¡Malditos sean! —exclamó Frank—. ¡No saben lo que van a provocar! — Caminó en círculos, apresando los dientes. Las palabras brotaron quedamente de él, en un monólogo solitario.— Lo ven pero no lo entienden. Es como decía John, hay partes de la realidad marciana que no han atravesado el vacío, no sólo la sensación de gravedad, sino la de levantarse en un dormitorio, y luego ir al baño, y luego cruzar el pasillo hacia el comedor. Y por eso no entienden nada, arrogantes, ignorantes y estúpidos hijos de puta...

Maya y él tomaron el tren de regreso a Monte Pavonis. Sentado junto a la ventana Frank observó el paisaje rojo que se elevaba y descendía; se contraía en la llanura cinco kilómetros, y después, mientras subían, se extendía hasta cuarenta kilómetros, o cien. Tharsis, una protuberancia tan inmensa en el planeta... Como algo que se abría paso desde dentro. Como la situación actual. Sí, estaban atrapados en la Protuberancia de Tharsis de la historia marciana, y los grandes volcanes pronto entrarían en erupción.

Y allí tenían uno, el Monte Pavonis, una inmensa e increíble montaña, como si el mundo fuera un grabado de Hokusai. A Frank le costaba mucho hablar. Evitó mirar la televisión en el extremo del coche... en cualquier caso, las noticias recorrían el tren casi al instante, en fragmentos de conversaciones captadas al azar o en las expresiones de la gente. No hacía falta mirar el vídeo para enterarse de las noticias. El tren atravesó un bosque de pinos de Acheron, cosas diminutas con cortezas como hierro negro y cilíndricos forros de agujas, pero las agujas estaban amarillas y se caían. Había oído algún comentario: problemas con la tierra, demasiada sal o muy poco nitrógeno, no estaban seguros. Figuras con cascos se erguían en una escalera alrededor de un pino y tomaban muestras de agujas enfermas.

—Ése soy yo —le dijo a Maya en voz baja, ya que ella dormitaba—. Juego con las agujas cuando son las raíces las que están enfermas.

En las oficinas de Sheffield arregló una entrevista con los nuevos administradores del ascensor, a la vez que comenzaba otra ronda de reuniones con Washington. Resultó que Phyllis seguía al mando del ascensor, pues había ayudado a Subarashii en la absorción hostil.

Luego oyeron que Arkadi estaba en Nicosia, justo en la pendiente que descendía desde Pavonis, y que él y sus seguidores la habían declarado ciudad libre, como Nueva Houston. Nicosia se había convertido en un importante punto de partida para los desaparecidos. La gente se deslizaba fuera y nunca se sabía adonde había ido; había ocurrido cientos de veces. Era evidente que tenían algún tipo de sistema, de contacto y transmisión, algo como una red subterránea que ningún agente infiltrado había sido capaz de descubrir, o por lo menos ninguno había escapado con la información.

—Vayamos allí y hablemos con él —le propuso Frank a Maya cuando se enteró—. Me gustaría hablarle cara a cara.

—No servirá —dijo Maya en un tono lúgubre. Pero se suponía que Nadia también estaba allí, así que lo acompañó.

Durante el descenso por la pendiente de Tharsis permanecieron en silencio, mirando pasar la roca congelada. En Nicosia el tren entró en la estación como si los rebeldes ni siquiera se hubieran planteado la cuestión de cerrarles el paso. Pero Arkadi y Nadia no estaban entre la pequeña multitud que los recibió; en vez de ellos

se presentó Alexander Zhalin. En las oficinas del director de la ciudad llamaron a Arkadi a través de un enlace de vídeo; a juzgar por la luz del sol en *la* pantalla, ya se encontraba bastantes kilómetros al este. Y Nadia, le dijeron, ni siquiera había estado en Nicosia.

Arkadi tenía el mismo aspecto de siempre, efusivo y relajado.

—Esto es una locura —le dijo Frank, furioso por no haberlo recibido persona—. No pueden creer que tendrán éxito.

—Sí que podemos —repuso Arkadi—. Y lo creemos. —La exuberante barba roja y blanca era un evidente símbolo revolucionario, como si fuera el joven Fidel a punto de entrar en La Habana.— Desde luego, sería más fácil con tu ayuda, Frank. ¡Piénsalo! —Entonces antes de que Frank pudiera replicar, alguien fuera de la pantalla atrajo la atención de Arkadi. Una conversación en voz baja en ruso, y luego su cara apareció de nuevo.— Lo siento, Frank —dijo—. Estoy ocupado. Me pondré en contacto contigo tan pronto como pueda.

—¡No cortes! —gritó Frank, pero la conexión se había cortado—.

¡Maldito seas!

Nadia apareció en la línea. Se encontraba en Burroughs, pero había asistido a la conversación, si así se la podía llamar, a través de un enlace. A diferencia de Arkadi, parecía tensa, brusca, descontenta.

—¡No puedes apoyarlo! —exclamó Frank.

—No —dijo Nadia sobriamente—. No nos hablamos. Sin embargo mantenemos este contacto telefónico. Así supe dónde estabas, pero ya no lo utilizamos. No tiene sentido.

—¿No puedes convencerlo? —preguntó Maya.

—No.

Frank se dio cuenta de que Maya no le creía, y eso casi lo hizo reír.

¿Que no podía convencer a un hombre, que no podía manipularlo? ¿Qué pasaba con Nadia?

Esa noche se quedaron en un dormitorio cerca de la estación. Después de cenar, Maya regresó a la oficina del director de la ciudad para hablar con Alexander, Dmitri y Elena. A Frank no le interesaba, era una pérdida de tiempo. Inquieto, recorrió el perímetro de la vieja ciudad, por callejones que llevaban al muro de la tienda, mientras recordaba aquella noche ya tan lejana. En verdad sólo hacía nueve años, aunque pesaban como cien. Estos días Nicosia parecía pequeña. El parque en el vértice occidental aún se asomaba a un vasto panorama, pero una sombra negra invadía todas las cosas.

En la arboleda de sicómoros, ahora maduros, pasó junto a un hombre bajo que avanzaba deprisa en dirección contraria. El hombre se detuvo y miró con atención a Frank, que estaba bajo una turnia.

—¡Chalmers! —exclamó.

Frank se volvió. El hombre tenía una cara delgada, largas trenzas enredadas, piel oscura. Nadie que conociera. Pero al verlo, sintió un escalofrío.

—¿Sí? —dijo bruscamente. El hombre lo estudiaba.

—No me conoce, ¿verdad? —dijo.

—No. ¿Quién es usted? —La sonrisa del hombre era asimétrica, como si tuviera la cara partida a la altura de la mandíbula. Bajo la luz de la farola parecía deformada, la cara de un loco.— ¿Quién es usted? — repitió.

El hombre levantó un dedo.

—La última vez que nos vimos, usted estaba a punto de destrozar la ciudad. Esta noche me toca a mí. ¡Ja! —Se alejó riéndose, cada agudo ¡Jah! más alto que el anterior.

De vuelta en la oficina del director, Maya le aferró el brazo.

—Estaba muy preocupada, ¡no tendrías que andar solo por la ciudad!

—Cállate.

Se acercó a un teléfono y llamó a la planta física. Todo era normal. Llamó a la policía de la UNOMA y dijo que montaran una guardia en la planta y en la estación de tren. Estaba repitiendo la orden a alguien de más arriba, y parecía probable que tuviera que llegar hasta el nuevo comisionado, cuando la pantalla se quedó en blanco. El suelo tembló bajo sus pies y todas las alarmas de la ciudad se dispararon al mismo tiempo. Un adrenal concierto de *rima,*

Hubo una fuerte sacudida. Todas las puertas se cerraron con un siseo; el edificio se sellaba, lo que significaba que las presiones en el exterior habían bajado mucho. Maya y él corrieron a la ventana y miraron. La tienda que cubría Nicosia había caído, en algunos lugares se extendía sobre los techos más altos como una mortaja de sarán, en otros ondeaba al viento. La gente que estaba en la calle aporreaba puertas, corría, se desplomaba, se acurrucaba sobre sí misma como los cuerpos en Pompeya.

Al parecer el edificio estaba bien sellado. Por debajo del ruido Frank pudo oír o sentir el zumbido de un generador. Las pantallas de vídeo estaban en blanco, y era difícil creer que el espectáculo del otro lado de la ventana fuera real. Maya tenía la cara roja.

—¡La tienda se ha venido abajo!

—Lo sé.

—Pero ¿qué ha sucedido?

Él no contestó. Ella se afanó con las pantallas de vídeo.

—¿Has probado ya con la radio?

—No.

—¿Y? —gritó, exasperada por el silencio de Frank—. ¿Sabes lo que ocurre?

—Es la revolución —dijo el.

SÉPTIMA PARTE

Senzeni Na

En el decimocuarto día de la revolución, Arkadi Bogdanov soñó que él y su padre estaban sentados en una caseta de madera, ante un pequeño fuego al borde de un claro... una especie de fogata de campamento, salvo que los largos y bajos edificios con tejados de latón de Ugoli estaban a cien metros detrás de la caseta. Tenían las manos desnudas extendidas hacia el radiante calor, y su padre le contaba otra vez la historia de su encuentro con el leopardo de las nieves. Hacía viento y las llamas se agitaban. Entonces, detrás, sonó una alarma de incendios.

Era el despertador de Arkadi, puesto para las 4 de la mañana. Se levantó y se lavó con una esponja y agua caliente. Una imagen del sueño volvió a él. No había dormido mucho desde el comienzo de la revuelta, apenas unas pocas horas conseguidas aquí o allá, y el despertador lo había arrancado de varios sueños profundos, de los que normalmente uno olvida. Casi todos eran episodios de infancia que nunca recordaba. Eso hizo que se preguntase cuánto contenía la memoria, y si su capacidad de almacenamiento no era mucho más poderosa que su mecanismo de recuperación. ¿Podía uno ser capaz de recordar cada segundo de su vida, pero sólo en sueños que siempre se perdían al despertar? ¿Sería eso necesario, de algún modo? Y, si tal era caso; iqué pasaría si la gente empezaba a vivir doscientos o trescientos años?

Apareció Janet Blyleven con expresión preocupada.

—Han volado Némesis. Roald ha analizado el video y cree que lo atacaron con unas cuantas bombas de hidrógeno.

Fueron al edificio contiguo, a las grandes oficinas de la ciudad de Carr, donde Arkadi había pasado las dos semanas anteriores. Alex y Roald estaban dentro mirando la televisión.

—Pantalla, repite cinta uno —dijo Roald.

Una imagen parpadeó y se definió: espacio negro, la espesa red estelar, y en medio de la pantalla, un oscuro asteroide, visible sólo como una zona sin estrellas. Durante unos momentos la imagen se mantuvo, y luego una luz blanca apareció en un lado del asteroide. La expansión y dispersión fueron inmediatas.

—Un trabajo rápido —comentó Arkadi.

—Hay otro enfoque desde una cámara más distante.

La cámara mostró un asteroide oblongo y las cabinas plateadas de un impulsor de masa. Entonces hubo un resplandor blanco, y cuando el cielo negro volvió, el asteroide había desaparecido; una luz trémula de estrellas a la derecha de la pantalla indicaba el paso de los fragmentos. Luego nada más. Ninguna llameante nube blanca, ningún rugido en la banda sonora; sólo la metálica voz de un reportero diciendo que el apocalipsis anunciado por los sediciosos marcianos ya no era una amenaza y ridiculizando el concilio de defensa estratégica. Aunque al parecer los misiles habían salido de la base lunar de la Amex, lanzados por un cañón de raíles.

—Nunca me gustó la idea —dijo Arkadi—. Era otra vez la destrucción mutua asegurada.

—Pero si hay una destrucción mutua asegurada —dijo Roald—, y un bando pierde la capacidad...

—Pero nosotros no la hemos perdido. Y ellos valoran que tienen tanto como nosotros. Volvemos por tanto a la defensa suiza. Destruir lo que ellos deseaban y escapar a las colinas para resistir eternamente.

—Seremos más débiles —dijo Roald sin rodeos. Había votado con la mayoría a favor de enviar el Némesis hacia la Tierra.

Arkadi asintió. No se podía negar que se había eliminado un término de la ecuación. Pero no quedaba claro si el equilibrio de poderes había cambiado. Némesis no había sido idea suya: lo había propuesto Mijail Yangel, y el grupo de los asteroides lo había llevado a cabo por cuenta propia. Ahora muchos de ellos estaban muertos, aniquilados por la gran explosión o por otras mas pequeñas del cinturón de asteroides. El Némesis había dado la impresión de que los rebeldes aprobarían la destrucción total de la Tierra. Una mala idea, tal como señalara Arkadi.

Pero así era la vida en una revolución. Nadie controlaba nada, y no importaba lo que dijera la gente. Y por lo general era mejor así, en especial aquí en Marte. La primera semana la lucha había sido intensa, la UNOMA y las transnacionales habían reorganizado sus fuerzas el año anterior. Muchas de las grandes ciudades fueron tomadas, y quizá habría pasado lo mismo en todas partes si no hubiera habido otros grupos rebeldes que ellos desconocían. Más de sesenta ciudades y estaciones se habían metido en la red y se habían declarado independientes, habían salido de los laboratorios y de las colinas y habían tomado el mando. Y ahora, con la Tierra del otro lado del Sol y con el transbordador mas próximo destruido, eran las fuerzas de seguridad las que estaban sitiadas, sin importar el tamaño.

Recibió una llamada de la planta física. Tenían algunos problemas con las computadoras y querían que Arkadi fuera a verlas.

Dejó las oficinas de la ciudad y atravesó a pie Menlo Park en dirección a la planta. Acababa de amanecer y la mayor parte del Cráter Carr estaba aún en sombras. A esa hora sólo la pared oeste y los altos edificios de hormigón de la planta física recibían la luz del sol, las fachadas todas de color amarillo a la cruda luz de la mañana, las pistas que subían por la pared del cráter como cintas de oro. En las calles oscuras la ciudad empezaba a despertar. Se les habían unido muchos rebeldes de otras ciudades o de las tierras altas, que dormían sobre el césped del parque. La gente se incorporaba, con los sacos de dormir todavía cubriéndoles las piernas, los ojos hinchados, el pelo revuelto. Las temperaturas nocturnas se mantenían elevadas, pero seguía haciendo frío al amanecer, y aquellos que habían salido de sus sacos se acuclillaban alrededor de los hornillos, se soplaban las manos y daban vueltas con cafeteras y samovares, mientras miraban al oeste para ver cuánto había avanzado la línea del Sol. Cuando vieron a Arkadi lo saludaron, y más de una vez habló con gentes que le comentaban las noticias o querían darle algún consejo. Arkadi los atendió a todos. Una vez más sentía esa diferencia, la impresión de que todos estaban juntos en un nuevo espacio, todos enfrentados a los mismos problemas, todos iguales, todos (al ver la bobina de un hornillo, que brillaba bajo una cafetera)

incandescentes con la corriente eléctrica de la libertad.

Caminó sintiéndose más ligero y habló para el diario de su ordenador de muñeca mientras avanzaba. «El parque me recuerda lo que Orwell dijo sobre Barcelona en manos de los anarquistas: es la euforia de un nuevo contrato social, de un retorno a ese sueño de justicia con el que todos nacimos...»

El ordenador de muñeca emitió un pitido y la cara de Phyllis apareció en la diminuía pantalla.

—¿Qué quieres? —preguntó, irritado.

—Némesis ha desaparecido. Queremos que se rindan antes de que haya mas daños. Ahora es sencillo, Arkadi. Rendición o muerte.

Arkadi casi se rió. Phyllis era como la bruja mala de la película de Oz,

que de pronto aparecía en la bola de cristal.

—¡No es asunto de risa! —exclamó ella. De repente Arkadi comprendió que estaba asustada.

—Sabes que no tuvimos nada que ver con Némesis —le dijo—. Es absurdo.

—¡Cómo puedes ser tan necio! —gritó ella.

—No es necedad. Escucha, dile esto a tus amos... si tratan de someter a las ciudades libres, lo destruiremos todo en Marte. —Ésa era la defensa suiza.

—¿Crees que importa? —Ella tenía los labios lívidos; la imagen diminuta era como una máscara primitiva de furia y miedo.

—Importa. Mira, Phyllis, yo sólo soy el casquete polar de la situación, hay una poderosa lente subterránea que no puedes ver. Es realmente vasta y tienen medios para devolver el ataque.

Pareció que ella dejaba caer el brazo, porque la imagen de la pequeña pantalla osciló frenéticamente y de pronto mostró un suelo.

—Siempre fuiste un imbécil —dijo la voz incorpórea—. Incluso en el Ares.

La conexión se cortó.

Arkadi volvió a su paseo, pero el bullicio de la ciudad ya no era tan estimulante. Si Phyllis tenía miedo...

En la planta física estaban trabajando en un programa de detección de averías. Un par de horas antes, los niveles de oxígeno de la ciudad habían comenzado a subir sin que se encendieran las luces de alarma. Un técnico lo había descubierto por casualidad.

Media hora de trabajo y la localizaron. Habían sustituido un programa. Volvieron a colocarlo, pero Tati Anokhin no se sentía tranquilo.

—Mira, tiene que haber sido un sabotaje, e incluso admitiéndolo, hay demasiado oxígeno, aun con esa avería. Ahí afuera ya casi anda por el cuarenta por ciento.

—No me sorprende entonces que todo el mundo esté de buen humor esta mañana.

—Yo no lo estoy. Además, eso del humor es un mito.

—¿Estás seguro? Repasa una vez más la programación e investiga las identificaciones codificadas, y averigua si hay alguna otra sustitución encubierta.

Arkadi volvió a las oficinas. Estaba a mitad de camino cuando arriba, sobre su cabeza, oyó un chasquido sonoro. Alzó la vista y vio un pequeño agujero en la cúpula. De repente hubo en el aire un destello iridiscente, como si estuvieran dentro de una gran pompa de jabón. Un intenso resplandor y un estridente estallido, y Arkadi cayó al suelo. Mientras luchaba por ponerse de pie vio que todo se incendiaba

simultáneamente; la gente ardía como antorchas; y justo ante él su brazo estalló en llamas.

No era difícil destruir las ciudades marcianas. No más que romper una ventana o pinchar un globo.

Nadia Cherneshevski lo descubrió mientras estaba escondida en las oficinas de la ciudad de Lasswitz, una tienda que habían pinchado una noche, poco después de la puesta de sol. Todos los supervivientes se apiñaban ahora en las oficinas de la ciudad o en la planta física. Durante tres días permanecieron casi todo el tiempo en el exterior intentando reparar la tienda y viendo la televisión para averiguar qué pasaba. Pero los paquetes de noticias terranas sólo se ocupaban de sus propias guerras, que parecían haberse fundido en una. Sólo muy de tarde en tarde hacían un breve comentario sobre las ciudades marcianas destruidas. En uno dijeron que muchos cráteres abovedados estaban siendo atacados desde el otro lado del horizonte con lluvias de misiles; primero bombeaban en él oxígeno o combustibles gaseosos, a lo que seguía un deflagrador que desencadenaba distintas explosiones: desde fuegos antipersonal y estallidos que arrancaban las cúpulas, hasta deflagraciones violentas que reexcavaban el cráter. Los fuegos antipersonal de oxígeno parecían ser los más comunes: dejaban gran parte de la infraestructura intacta.

Todavía era más fácil con las ciudades-tienda. Casi todas habían sido pinchadas por láseres con base en Fobos; las plantas físicas habían sido blanco de misiles teledirigidos; otras fueron invadidas por tropas que ocuparon los espaciopuertos, los rovers blindados atravesaron las paredes, y en unos pocos casos paracaidistas con mochilas propulsoras descendieron del cielo.

Nadia, con el estómago encogido, observó la oscilación de las imágenes de vídeo, que delataba el miedo de los camarógrafos.

—¿Qué hacen... probar métodos? —gritó.

—Lo dudo —repuso Yeli Zudov—. Es probable que haya grupos distintos con métodos distintos. Algunos parece que intentan causar el menor daño posible, otros que quisieran matarnos a todos. Mas sitio para la emigración.

Nadia apartó la vista, asqueada. Se levantó y fue a la cocina, encorvada, con un nudo en el estómago, desesperada por hacer algo. En la cocina habían puesto en marcha un generador y estaban calentando en el microondas unas cenas congeladas. Ayudó a repartirlas a una gente que esperaba sentada en el corredor. Caras sin lavar, salpicadas con escarcha negra helada: algunos hablaban animadamente, otros estaban sentados como estatuas o dormían apoyados unos contra otros. Muchos eran residentes de Lasswitz, pero otros venían de tiendas o de escondrijos que habían sido destruidos desde el espacio o atacados por tropas de superficie.

—No tiene sentido —le decía una mujer árabe a un hombrecito arrugado—. Mis padres pertenecían a la Medialuna Roja en Bagdad cuando los norteamericanos la bombardearon... mientras ellos dominen el cielo, no podremos hacer nada, ¡nada! Tenemos que rendirnos.

¡Rendirnos tan pronto como sea posible!

—¿Pero a quién? —preguntó con cansancio el hombrecito—. ¿Y por quién? ¿Y cómo?

—A cualquiera, en nombre de todos, ¡y por radio, desde luego! —La mujer miró con ojos coléricos a Nadia, que se encogió de hombros.

El ordenador de muñeca de Nadia se encendió de repente y la cara de Sasha Yefremov balbuceó con una vocecita metálica. Habían volado la estación de agua al norte de la ciudad y el pozo se derramaba ahora en una erupción cartesiana de

agua y hielo.

—Voy en seguida —dijo Nadia, conmocionada.

La estación de agua estaba conectaba al extremo inferior del acuífero de Lasswitz, que era uno de los más grandes. Si una parte importante del acuífero salía a la superficie, la estación de la ciudad y todo el cañón desaparecerían en una inundación catastrófica… y peor aún, Burroughs estaba sólo doscientos kilómetros más abajo en la pendiente de Syrtis e Isidis, y era muy probable que la inundación llegara hasta allí. ¡Burroughs! No podrían evacuar a tanta gente, menos ahora que Burroughs se había convertido en un refugio para quienes escapaban de la guerra; simplemente, no había otro lugar adonde ir.

—¡Ríndanse! —insistió la mujer desde el corredor—. ¡Ríndanse todos!

—Creo que ya no serviría de nada —dijo Nadia, y corrió hacia la antecámara del edificio.

En parte se sentía aliviada por tener en qué ocuparse, dejar de vivir acurrucada en un edificio delante del televisor, y *hacer algo.* Sólo seis años antes, Nadia había diseñado y supervisado la construcción de Lasswitz, y sabía lo que convenía hacer. La ciudad era una tienda clase Nicosia, con la granja y la planta física en estructuras separadas y la estación de agua bastante lejos al norte. Todas las estructuras se alzaban sobre una gran grieta que corría de este a oeste: el Cañón Arena, de paredes casi verticales y de medio kilómetro de altura. La estación de agua estaba a sólo unos doscientos metros de la pared norte del cañón,

que adelantaba en la cima un enorme saliente. Mientras Nadia conducía con Sasha y Yeli, rápidamente trazó un plan:

—Creo que podemos derribar el risco, y si lo conseguimos, el desprendimiento bastaría para parar la filtración.

—¿No arrastrará la inundación la roca desprendida? —preguntó Sasha.

—Lo hará si brota todo el acuífero. Pero sí lo cubrimos cuando todavía es sólo un pozo destapado, el agua se congelará en el desprendimiento, y con suerte se alzará como un dique. En este caso la presión hidrostática es apenas un poco más alta que la litostática, de modo que la presión artesiana no parece excesiva. Si no fuera así, ya estaríamos muertos.

Frenó el rover. A través del parabrisas podían ver los restos de la estación de agua bajo una fina nube de escarcha. Un rover se acercó traqueteando, y Nadia encendió y apagó los faros y pasó la radio a la frecuencia común. Era el personal de la estación, Angela y Sam, furiosos por las incidencias de la última hora. Cuando se reunieron con ellos y los pusieron al corriente, Nadia les explicó lo que había pensado.

—Podría funcionar —dijo Angela—. Ninguna otra cosa la detendría ahora. Sale con mucha fuerza.

—Hay que darse prisa —indicó Sam—. Se comerá toda la roca en un momento.

—Si no lo tapamos —dijo Angela con un cierto entusiasmo mórbido—

, será como cuando el Atlántico rompió por primera vez a través del estrecho de Gibraltar y anegó la cuenca del Mediterráneo. Fue una cascada que duró diez mil años.

—Nunca lo había oído —dijo Nadia—. Vayamos todos. Hay que poner en marcha los robots…

Mientras se encaminaban a la estación, Nadia había ordenado a los robots de construcción que dejaran el hangar y fueran hasta el fondo del muro norte, próximo

a la estación de agua; cuando los rovers llegaron, algunos de los robots más rápidos ya estaban allí, y el resto avanzaba por el suelo del cañón. Había un pequeño talud al pie del risco que se alzaba sobre ellos como una gigantesca ola congelada, centelleante a la luz del mediodía. Nadia conecto con las excavadoras y bulldozers y programó las instrucciones para que abrieran senderos a través del talud; las perforadoras de túneles penetrarían así hasta el interior del risco.

—Miren —dijo Nadia, y señaló un mapa areológico del cañón que había recuperado en la pantalla del rover—, hay una gran falla ahí, detrás de la placa saliente, que tuerce hacia adelante el borde del muro... ¿ven ese escalón un poco más bajo en la cima? Si hacemos estallar los explosivos en la base de la falla, seguramente eso hará que el saliente se desplome, ¿no?

—No lo sé —repuso Yeli—. Pero vale la pena intentarlo.

Llegaron los robots más lentos; traían los explosivos que habían sobrado de la excavación de los cimientos de la ciudad. Nadia se puso a trabajar en la programación de los vehículos para que abrieran un túnel hasta el fondo del risco, y durante casi una hora estuvo perdida para el mundo. Al fin dijo:

—Regresemos a la ciudad y evacuemos a todos. No sé cuánto del risco va a venirse abajo y no queremos sepultar a nadie. Disponemos de cuatro horas.

—¡Nadia!

—Cuatro horas. —Tecleó la última orden y puso en marcha el rover. Angela y Sam los siguieron con un grito de alegría.

—No parece que los apene mucho marcharse —dijo Yeli.

—¡Demonios, era un aburrimiento! —exclamó Angela.

—Eso ya nunca será un problema.

La evacuación fue difícil. Muchos no querían marcharse. Por último todos estuvieron apretujados en uno u otro rover y en camino hacia Burroughs por la carretera de radiofaros. Lasswitz estaba vacía. Durante una hora Nadia intentó ponerse en contacto con Phyllis por teléfono satélite, pero unas interferencias que parecían intencionadas inutilizaban los canales. Nadia dejó un mensaje en el satélite: «Somos los no combatientes de Syrtis Mayor, tratando de evitar que el acuífero de Lasswitz inunde Burroughs. ¡Asi que déjennos en paz!». Una especie de rendición.

Angela y Sam se unieron a Nadia, Sasha y Yeli, y el rover subió las curvas del empinado camino del risco hacia el borde del Cañón Arena. Enfrente se alzaba la imponente pared Norte; abajo a la izquierda se extendía la ciudad, que parecía casi normal; pero al mirar hacia la derecha, era evidente que algo malo ocurría. Un geiser blanco atravesaba el centro de la estación de agua, subía en un chorro espeso y caía en una lluvia de bloques de hielo rojiblanco. Esa extraña masa se desplazaba mientras la miraban, dejando brevemente al descubierto el agua oscura que humeaba y fluía y se convertía en vapor escarchado, brumas blancas que brotaban de las grietas negras y se precipitaban cañón abajo impulsadas por el viento. La roca y la arena menuda de la superficie marciana estaban tan deshidratadas que cuando el agua las salpicaba parecían explotar en violentas reacciones químicas, y cuando corría por terreno seco, grandes nubes de polvo salían disparadas al aire y se unían a las espirales ascendentes de vapor de escarcha.

—Sax estará contento —dijo Nadia con tono sombrío.

A la hora señalada, cuatro columnas de humo brotaron bruscamente de la base de la pared norte. Durante varios segundos no hubo nada más, y los observadores contuvieron el aliento. Luego la fachada del risco se sacudió y la placa del saliente comenzó a deslizarse hacia abajo, lenta y majestuosa. Espesas nubes de humo

brotaron desde la base del risco, seguidas por cortinas de deyecciones, que se alzaban como el agua de debajo de un témpano que se quiebra en dos. Un bramido grave sacudió el rover y Nadia lo hizo retroceder alejándose del borde sur. Justo antes de que una enorme nube de polvo les ocultara el espectáculo, vieron cómo el extremo del desprendimiento caía abalanzándose sobre la estación de agua.

Angela y Sam aplaudieron.

—¿Cómo sabremos que ha funcionado? —preguntó Sasha.

—Lo veremos muy pronto —dijo Nadia—. Con suerte, el agua de abajo ya se habrá helado. No más corrientes, no más movimiento.

Sasha asintió. Se quedaron sentados mirando el antiguo cañón, esperando. Los pensamientos que se le ocurrían a Nadia eran desoladores. Necesitaba más actividad como la de las últimas horas; bastaba una pausa momentánea para que toda la desdicha de la situación volviera a aplastarla: las ciudades destruidas, los muertos por doquier, la desaparición de Arkadi. Y al parecer sin que nadie estuviera al mando. Sin ningún plan. Las tropas policiales destruían las ciudades para detener la rebelión y los rebeldes destruían las ciudades para mantenerla viva. Acabarían destruyéndolo todo.

Y sin ningún motivo aparente el viento se llevó los jirones de polvo. Todos rieron; la estación de agua había desaparecido, cubierta por las rocas negras que se habían desprendido de la pared norte, como un glaciar bajando por el centro del cañón. Y el vapor de escarcha era escaso. No obstante…

—Volvamos a Lasswitz y miremos los monitores del acuífero —dijo Nadia.

Bajaron de nuevo por el camino de la pared del cañón y entraron en el garaje de Lasswitz. Caminaron por las calles vacías enfundados en trajes y cascos. El centro de estudio del acuífero estaba junto a las oficinas de la ciudad.

Una vez dentro, examinaron las lecturas de los sensores. Los pocos que funcionaban revelaban que la presión hidrostática del acuífero era más elevada que nunca, y estaba aumentando. Como para enfatizar el punto, un pequeño temblor sacudió el suelo. Ninguno de ellos había sentido nada parecido en Marte.

—¡Mierda! —exclamó Yeli—. ¡Seguro que ya está a punto de estallar!

—Tenemos que perforar un pozo de drenaje —dijo Nadia—. Una especie de válvula de presión.

—Pero ¿y si estalla como el otro? —preguntó Sasha.

—Si drenamos en el extremo superior del acuífero, o en la mitad, la presión tendría que ser suficiente. Como en la antigua estación de agua, que sin duda alguien voló, pues si no aún funcionaría. —Sacudió la cabeza con amargura.— Hay que arriesgarse. Si funciona, perfecto. Si no, quizá provoquemos una inundación. Aunque me parece que la habrá de cualquier modo.

Condujo al pequeño grupo por la calle principal hasta el almacén de robots del garaje y se sentó en el centro de mando y empezó una vez más a programar. Era una operación de perforación corriente, con máxima deflexión de salida. El agua saldría a la superficie por la presión artesiana hasta un sistema de tubos, y el equipo de robots la alejaría de la región del Cañón Arena. Estudiaron los mapas topográficos y unas simulaciones de inundación en varios cañones que corrían paralelos al Arena, hacia el sur. Descubrieron que la depresión era enorme; todo en Syrtis drenaba hacia Burroughs, en esa zona la tierra era un gran cuenca. Tendrían que canalizar el agua hacia el norte a lo largo de trescientos kilómetros para llevarla a la cuenca más próxima.

—Mirad —dijo Yeli—, liberada en la Nili Fossae, correrá directamente hacia el norte hasta Utopia Planitia y se congelará en las dunas septentrionales.

—A Sax *tiene que encantarle* esta revolución —repitió Nadia—. Está consiguiendo cosas que *nunca* habrían aprobado.

—Pero ha arruinado muchos de sus propios proyectos —señaló Yeli.

—Apuesto a que aún obtiene un beneficio neto, en la terminología de Sax. Toda esta agua en la superficie...

—Habría que preguntárselo.

—Si volvemos a verlo alguna vez. Yeli guardó silencio. Luego preguntó:

—¿De verdad es tanta agua?

—No se trata sólo de Lasswitz —dijo Sam—. Hace poco vi unas noticias... han roto el acuífero Lowell, una gran erupción, como las que abrieron los canales. Arrancará miles de millones de kilos de regolito pendiente abajo, y no sé cuánta agua es eso. Parece inconcebible.

—Pero *¿por qué?* —dijo Nadia.

—Imagino que es la mejor arma de que disponen.

—¡Arma! ¡No pueden apuntar ni detenerla!

—No. Pero tampoco nadie más puede. Piénsalo... todas las ciudades que había pendiente abajo desde Lowell han desaparecido: Franklin, Drexler, Osaka, Galileo, supongo que incluso Silverton. Y todas eran ciudades de las transnacionales. Me parece que muchas de las ciudades mineras de los canales tampoco sobrevivirán mucho tiempo.

—De modo que los dos bandos atacan la infraestructura —dijo Nadia con voz apagada.

—Así es.

Tenía que trabajar, no había otra elección. Los ocupó a todos de nuevo con la programación de los robots, y pasaron el resto de aquel día y del siguiente llevando los equipos al emplazamiento de la perforación y verificando que todo funcionaba bien. Era una perforación en línea recta; sólo había que garantizar que las presiones en el acuífero no provocaran una explosión. Y la tubería para trasladar el agua al norte era aún más sencilla, una operación automatizada desde hacía años; pero redoblaron la inspección de todo el equipo para estar seguros. Subía por la plataforma de la carretera del cañón y desde allí seguía en dirección norte, no había necesidad de incluir bombas; la presión artesiana regularía el flujo, y cuando la presión bajara y frenara el agua fuera del cañón, lo más probable era que el extremo inferior ya hubiera reventado. De modo que cuando las fresas móviles de magnesio empezaron triturando roca, sacando polvo y fabricando tramos de tubería, y cuando las carretillas elevadoras y las cargadoras frontales empezaron a llevarse esos segmentos de tubería al montador, y cuando ese gran edificio móvil empezó a ingerir esos segmentos y a escupir tubería detrás de él mientras subía despacio por el camino y cuando otro mastodonte móvil fue repasando la tubería acabada y envolviéndola con un aislamiento aerorreticulado hecho con retales de la refinería, y cuando el primer segmento de la tubería estuvo caliente y en marcha... entonces declararon que el sistema era operativo y esperaron que siguiera siéndolo trescientos kilómetros más allá. La tubería avanzaría más o menos a un kilómetro por hora, durante días de veinticuatro horas y media; de manera que, si todo iba bien, tardaría unos doce días en llegar hasta Nili Fossae. A ese ritmo la tubería estaría acabada casi en seguida de que perforaran el pozo. Y si el dique resistía todo ese tiempo, entonces tendrían al fin una válvula de seguridad.

De modo que Burroughs estaba a salvo, o tan a salvo como podían. Era hora de marcharse. Pero ¿adonde? Nadia se sentó pesadamente ante una cena calentada en el microondas, vio un programa de noticias terranas y escuchó a sus compañeros. Qué horrible era la revolución en la Tierra: extremistas, comunistas, vándalos,

saboteadores, rojos, terroristas. Jamás las palabras *rebelde* o *revolucionario,* palabras que la mitad de la Tierra (como mínimo) quizá aprobara. No, eran grupos aislados de terroristas locos y destructivos. Y no mejoró en nada el estado de ánimo de Nadia pensar que había cierta verdad en la descripción; se sintió aún más furiosa.

—¡Tendríamos que unirnos a quien podamos y ayudar en la lucha! —

exclamó Angela.

—Yo ya no lucho más —dijo Nadia con obstinación—. Es estúpido. No lo haré. Repararé las cosas allí donde pueda, pero no lucharé.

Recibieron un mensaje por radio. La cúpula del Cráter Fournier, a unos 860 kilómetros de distancia, estaba agrietada. La población atrapada en edificios sellados se quedaba sin aire.

—Tengo que ir. —dijo Nadia—. Allí hay un gran almacén central de robots de construcción. Podrían reparar la cúpula y ser programados para otras reparaciones en Isidis.

—¿Cómo llegarás? —preguntó Sam. Nadia pensó y respiró hondo.

—Supongo que con ultraligeros. Hay algunos de esos nuevos 16D arriba en la pista del borde sur. Seguro que será la ruta más rápida, y quizá hasta la más segura, ¿quién sabe? —Miró a Yeli y Sasha.— ¿Volarán conmigo?

—Sí —dijo Yeli. Sasha asintió.

—Nosotros también iremos —dijo Angela—. Además, con dos aviones será más seguro.

Los dos aparatos habían sido construidos en los talleres aeronáuticos de Spencer en Elysium. Los 16D eran alas deltas de cuatro plazas con turbojets, en su mayor parte de areogel y plástico, demasiado ligeros y difíciles de pilotar. Pero Yeli era un piloto experto y Angela dijo que ella también, de modo que a la mañana siguiente, tras pasar la noche en el pequeño aeropuerto vacío, subieron a los aparatos, rodaron hacia la pista de tierra y despegaron directamente hacia el sol. Les llevó mucho tiempo elevarse a mil metros.

El planeta abajo parecía normal; un poco más blanco en las vertientes norteñas, como envejecido por una infección de parásitos. Pero luego sobrevolaron el Cañón Arena y vieron un glaciar sucio, un río de bloques de hielo. El glaciar se ensanchaba con frecuencia allí donde la corriente se había estancado. A veces los bloques de hielo eran de un blanco puro, aunque más a menudo tenían manchas de tonalidades marcianas, todos revueltos en un destrozado mosaico de ladrillos, azufre, canela, carbón, crema y sangre congelados... que se desparramaban por el lecho del cañón hasta el horizonte, a unos setenta y cinco kilómetros de distancia.

Nadia le preguntó a Yeli si podían volar hacia el norte e inspeccionar la tierra por donde los robots instalarían la tubería. Después recibieron un débil mensaje de radio en la frecuencia de los primeros cien: venía de Ann Clayborne y Simón Frazier. Estaban atrapados en el Cráter Peridier, que había perdido la cúpula. Era uno de los cráteres del norte, de manera que ya iban en el curso correcto.

La región que atravesaron aquella mañana parecía adecuada para el equipo robótico. El terreno era llano, sembrado de deyecciones, pero sin acantilados que pudieran detenerlos. Más adelante en esa misma región comenzaban las Nili Fossae, al principio gradualmente, apenas cuatro depresiones muy poco profundas que bajaban y se curvaban hacia el nordeste como huellas de dedos. Sin embargo, cien kilómetros más al norte ya eran abismos paralelos de quinientos metros de profundidad, separados por la tierra oscura de los cráteres: una especie de configuración lunar que a Nadia le recordaba el desorden de una obra en

construcción. Más al norte tuvieron una sorpresa: donde el cañón más oriental desembocaba en Utopía, había otro acuífero reventado. En el extremo superior sólo era una depresión nueva, una gran cuenca de tierra fracturada, como una lámina de cristal hecha trizas; más abajo brotaban charcos de agua negra y blanca que se helaban y desgarraban nuevos bloques, arrastrados por corrientes humeantes antes de explotar. Esa terrible herida tenía por lo menos treinta kilómetros de ancho y se extendía hacia el norte, más allá del horizonte.

Nadia le pidió a Yeli que volara más cerca.

—Quiero evitar el vapor —dijo Yeli, observando también el paisaje helado.

La mayor parte de la nube de escarcha se desplazaba hacia el este y caía sobre el paisaje, pero el viento era intermitente, y a veces el tenue velo blanco se elevaba en línea recta y oscurecía la franja de hielo blanco y agua oscura. La corriente era tan grande como uno de los inmensos glaciares antárticos. Dividía en dos el paisaje rojo.

—Eso es un montón de agua —dijo Angela.

Nadia pasó a la frecuencia de los primeros cien y llamó a Ann en Peridier.

—Ann, ¿sabes algo? —Describió lo que sobrevolaban.— Y continúa fluyendo, el hielo se mueve y podemos ver manchas de agua al descubierto, parece negra o a veces roja, ya sabes.

—¿Cómo suena?

—Como un zumbido de ventilador, y hay crujidos y explosiones, sí. Aunque nosotros también hacemos bastante ruido. Hay una enorme cantidad de agua.

—Bueno —dijo Ann—, no es un acuífero muy grande comparado con otros.

—¿Cómo lo hacen? ¿De verdad pueden reventarlos?

—Algunos —repuso Ann—. Los que tienen una presión hidrostática superior a la litostática empujan contra la roca, y la capa de permafrost actúa como una especie de dique, un dique de hielo. Si cavaras un pozo y lo volaras, o si lo fundieras... explotaría.

—¿Pero cómo?

—Con la fusión del reactor. Angela soltó un silbido.

—¡Pero la radiación! —exclamó Nadia.

—Desde luego. ¿Le has echado una ojeada a tu contador últimamente? Tres o cuatro de los cuadrantes tienen que haber estallado.

—¡Oh, no! —grito Angela.

—Y eso sólo hasta el momento —dijo Ann en el tono distante y apagado que empleaba cuando estaba furiosa. Explicó brevemente que en una inundación tan grande las fluctuaciones de presión eran extremas; el lecho de roca era aplastado y barrido corriente abajo en una avalancha de gases, piedras y polvo—. ¿Vendrán a Peridier? —inquirió cuando las preguntas se agotaron.

—Estamos virando al este —le contestó Yeli—. Quería mirar un momento el Cráter Fv.

—Buena idea.

La asombrosa turbulencia de la inundación quedó atrás, y de nuevo volaron por encima de piedras y arena. Al rato Peridier asomó en el horizonte, una pared de cráter baja y muy erosionada. La cúpula había desaparecido y a los lados colgaban jirones de tela que ondeaban como estandartes desgarrados. La pista que corría al sur reflejaba el sol como un hilo de plata. Volaron por encima del arco del cráter, y con unos prismáticos Nadia escrutó los oscuros edificios y soltó en voz baja una

retahila de maldiciones en eslavo. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Por qué? No había manera de saberlo. Volaron hasta la pista de aterrizaje en la pared más alejada. Los hangares estaban abandonados y sólo guardaban unos coches pequeños. Se pusieron los trajes, y fueron en los coches hasta la ciudad.

Todos los sobrevivientes de Peridier estaban escondidos en la planta física. Nadia y Yeli atravesaron la antecámara y abrazaron a Ann y a Simón y luego fueron presentados a los demás. Había unos cuarenta; vivían de los suministros de emergencia y trabajaban día y noche equilibrando el intercambio gaseoso en los edificios sellados.

—¿Qué pasó? —les preguntó Angela.

Ellos contaron la historia en una especie de coro griego, rompiéndose con frecuencia: una única explosión había destrozado la cúpula como si fuera un globo, y la descompresión instantánea había hecho volar casi todos los edificios. Por fortuna la planta física estaba reforzada y había resistido la diferencia de presión. Aquellos que estaban dentro sobrevivieron. Sólo ellos.

—¿Dónde está Peter? —preguntó Yeli, sobresaltado y temeroso.

—En Clarke —respondió Simón—. Nos llamó justo después de que comenzara todo. Intentaba conseguir una plaza en los ascensores descendentes, pero están en manos de los policías... creo que hay muchos en órbita. Bajará cuando pueda. Además, ahora es más seguro ahí arriba: no tengo mucha prisa por verlo.

Nadia pensó en Arkadi. Pero no había nada que pudiera hacer, y rápidamente se entregó a la tarea de reconstruir Peridier. Primero preguntó a los sobrevivientes qué planes tenían, y cuando éstos se encogieron de hombros, les sugirió que empezaran por levantar una tienda mucho más pequeña que la cúpula. Había material de sobra en los almacenes del aeropuerto. También había allí un montón de viejos robots polvorientos; podrían iniciar la reconstrucción sin necesidad de trabajos preliminares. Los sobrevivientes estaban entusiasmados: desconocían el contenido de los almacenes. Nadia sacudió la cabeza.

—Todo está en los registros —le dijo después a Yeli—, sólo tenían que preguntar. Pero no pensaban. Sólo veían la televisión, miraban y esperaban.

—Bueno, tiene que haber sido terrible ver cómo estallaba toda la cúpula, Nadia. Lo que más les preocupaba era la seguridad del habitat.

—Supongo que sí.

Pero entre los sobrevivientes había pocos ingenieros. Casi todos eran areólogos o mineros del acantilado. La construcción básica era cosa de robots, o eso parecían pensar. No obstante, pronto se pusieron en marcha. Nadia trabajó entre dieciocho y veinte horas diarias durante unos pocos días; completó los fundamentos del muro, y las grúas instalaron los tejados. Después casi todo era cuestión de supervisión. Intranquila, preguntó a sus compañeros de Lasswitz si la acompañarían de nuevo en los aviones. Aceptaron, y una semana después despegaron de nuevo. Ann y Simon habían subido al avión de Sam y Angela.

Mientras volaban hacia Burroughs, bajando por la pendiente del Isidis, los altavoces emitieron de pronto un mensaje codificado, Nadia hurgó en la mochila hasta que encontró un paquete que le había dado Arkadi: incluía una serie de ficheros. Encontró el que deseaba, lo conectó a la IA del avión, y pasaron el mensaje por el descodificador de Arkadi. Tras unos segundos, la IA tradució el mensaje con voz monótona:

«La UNOMA se ha apoderado de Burroughs y detiene a todos los que llegan».

Hubo silencio en los dos aviones, que planeaban en el cielo vacio y rosa. Debajo, la planicie de Isidis se inclinaba hacia la izquierda.

—De todos modos, vayamos —dijo Ann—. Les diremos que paren los ataques.

—No —dijo Nadia—. Quiero trabajar. Y si nos encierran... Además ¿por qué crees que escucharán nuestras historias? —Ann no respondió.—

¿Podemos llegar a Elysium? —le preguntó Nadia a Yeli.

—Sí.

Se desviaron al este y no tuvieron en cuenta las preguntas del controlador aéreo de Burroughs.

—No nos perseguirán —dijo Yeli con convicción—. El satélite radar muestra que hay un montón de aviones en la zona, demasiados para perseguirlos a todos. Además, sería una pérdida de tiempo, porque sospecho que la mayoría son sólo señuelos. Alguien ha lanzado al aire todo un grupo de aviones teledirigidos. La confusión nos favorece.

—Alguien ha dedicado a esto muchos esfuerzos —musitó Nadia mientras observaba la imagen del radar. Cinco o seis objetos brillaban en el cuadrante sur—. ¿Fuiste tú, Arkadi? ¿Tanto me ocultaste? —Pensó en el radiotransmisor de Arkadi, que acababa de encontrar en la mochila.— O quizá no estaba oculto. Quizá yo no quería verlo.

Volaron a Elysium y descendieron cerca de Fosa Sur, el más grande de los cañones techados. El techo aún seguía allí, pero, averiguaron después, sólo porque habían despresurizado la ciudad antes de que la perforasen. De modo que los habitantes estaban atrapados en unos cuantos edificios intactos y trataban de mantener viva la granja. Había habido una explosión en la planta física y varias más en la misma ciudad. De manera que tenían mucho trabajo pendiente, pero casi todo podría recuperarse y la población era mas emprendedora que el grupo de Peridier. Así que Nadia se zambulló de nuevo en el trabajo, decidida a estar ocupada en cada momento de vigilia. No soportaba permanecer ociosa; trabajaba, con las viejas melodías de jazz sonándole en la cabeza —nada apropiado, no había jazz o blues apropiados para la ocasión—, todo era incongruente, *On the Sunny Side of the Street, Pennies from Heaven, A Kiss to Build a Dream On...*

Y en esos agitados días en Elysium comenzó a darse cuenta del poder de los robots. Nunca había intentado utilizar todo ese poder en los trabajos de construcción; sencillamente, no era necesario. Pero ahora había cientos de trabajos en marcha, de modo que llevó el sistema al límite, como dirían los programadores, y vio cuánto podía conseguir, incluso mientras calculaba cómo conseguir todavía más. Siempre había considerado la teleoperación un procedimiento básicamente local, pero no era así. Podía operar un bulldozer en el otro hemisferio mediante satélites repetidores. No dejó de trabajar ni un solo segundo mientras estuvo despierta; trabajaba mientras comía, leía informes y programas en el baño, y nunca dormía salvo cuando caía extenuada. En ese estado atemporal les decía a los que trabajaban con ella lo que tenían que hacer, sin tomar en consideración lo que decían; su concentración monomaníaca y la autoridad con que dominaba la situación hacían que la gente la obedeciera.

No obstante, al final todo recaía en Nadia, y ella sola, durante largas horas de insomnio, forzaba el sistema al máximo, siempre hasta el límite. Elysium había construido una flota enorme de robots, de modo que fue posible atacar simultáneamente los problemas más acuciantes. La mayoría se encontraba entre los cañones de la pendiente occidental de Elysium. Todos los cañones techados habían sido destrozados en mayor o menor medida pero, por lo general, las plantas físicas estaban intactas, y había un gran número de sobrevivientes en edificios que funcionaban con generadores de emergencia, como en Fosa Sur. Cuando Fosa Sur estuvo cubierta, caliente y con aire, Nadia mandó equipos a la pendiente occidental en busca de los sobrevivientes, que fueron traídos a Fosa Sur, y una vez allí

enviados de nuevo al exterior a cumplir alguna tarea. Los equipos techadores recorrieron los cañones y los anteriores ocupantes trabajaron debajo preparando la presurización. En ese punto Nadia se dedicó a resolver otros problemas: programó a los fabricantes de herramientas y distribuyó instaladores robot de tendido eléctrico a lo largo de las tuberías rotas de Chasma Borealis.

—¿Quién *ha hecho* todo esto? —dijo asqueada al ver una noche en el televisor la imagen de unas tuberías de agua destrozadas.

La pregunta le brotó con violencia; en realidad no quería saberlo. No quería pensar en el cuadro general, en nada salvo en la tubería rota en las dunas. Pero Yeli la tomó al pie de la letra y respondió:

—Es difícil saberlo. Ahora los programas terranos hablan siempre de la Tierra, muy de vez en cuando pasan un ocasional fragmento de aquí, y cuando lo hacen no saben cómo interpretarlo. Al parecer, los transbordadores en ruta traen tropas de la UN supuestamente para restaurar el orden. Pero la mayoría de las noticias son de la Tierra... la guerra en Oriente Medio, en el Mar Negro, en África, la que se te antoje. Muchos países del Club del Sur están bombardeando naciones de banderas de conveniencia y el Grupo de los Siete ha declarado que las defenderá. Y hay un agente biológico suelto en Canadá y Escandinavia...

—Y quizá también aquí —interrumpió Sasha—. ¿No vieron ese fragmento sobre Acheron? Algo sucedió. No hay ventanas en el habitat, y la tierra de debajo del saliente está cubierta con esa vegetación extraña, y nadie quiere acercarse a averiguarlo...

Nadia dejó la conversación y se concentró en el problema de la tubería. Cuando regresó al tiempo real, descubrió que todos los robots con que contaba estaban ocupados en la reconstrucción de las ciudades y las fábricas escupían febrilmente bulldozers y excavadoras, volquetes, retroexcavadoras, cargadoras frontales y apisonadoras, ensambladoras, excavadoras de cimientos, soldadoras, fabricantes de hormigón y de plástico, techadoras, de todo. Y ya no había trabajo suficiente para ella. Y por eso les dijo a los otros que quería irse, y Ann y Simón y Yeli y Sasha decidieron acompañarla; Angela y Sam se habían encontrado con amigos en Fosa Sur y pensaban quedarse.

Los cinco subieron a sus dos aviones y despegaron otra vez. Así sucedería en cualquier sitio, afirmó Yeli: cuando algunos de los primeros cien se reencontraban, ya no volvían a separarse.

Los aviones pusieron rumbo al sur, hacia Hellas. Al sobrevolar el Agujero Tyrrhena, cerca de Hadriaca Patera, descendieron brevemente; la ciudad del agujero de transición estaba perforada y necesitaba ayuda. No había robots a mano, pero Nadia había descubierto que podía comenzar una operación con algo tan reducido como un programa, una computadora y un extractor de aire.

Esa generación espontánea de maquinaria era otro aspecto del poder de los robots. La producción era más lenta, desde luego. Si embargo en un mes esos tres componentes unidos habían sacado de la varias bestias obedientes: primero las fábricas, luego las plantas de montaje, después los mismos robots de construcción, vehículos articulados tan grandes como la manzana de una ciudad, que hacían el trabajo sin que Nadia interviniera. Su nuevo poder era desconcertante.

Y, sin embargo, todo eso no era nada comparado con la capacidad de destrucción que exhibían los humanos. Los cinco viajeros volaron de ruina en ruina, cada vez más aturdidos ante aquel paisaje de destrucción y muerte. Sabían, sin embargo, que ellos mismos corrían peligro. Tras volar sobre varios aviones estrellados en el corredor de Hellas-Elysium, decidieron viajar de noche. En muchos aspectos el peligro era mayor, pero Yeli se sentía más cómodo en los vuelos furtivos. Los 16D eran casi invisibles para el radar y sólo dejarían un rastro leve en los

detectores de infrarrojos más poderosos. Todos se mostraron partidarios de correr el riesgo de esa mínima exposición. A Nadia no le importaba en absoluto, le habría dado lo mismo seguir volando de día. Vivía todo lo que podía en el momento, pero no dejaba de pensar, una y otra vez, en todo lo que había sido destruido. La emoción la abrumaba, y ella sólo deseaba una cosa: trabajar.

Y Ann, una parte de Nadia se dio cuenta, estaba peor, preocupada por Peter. Y también por toda esa destrucción... para ella no se trataba de las infraestructuras, sino de la misma tierra, las inundaciones, la pérdida de masa, la nieve, la radiación. Y no tenía ningún trabajo que la distrajese, aparte del estudio de los daños. Y por eso no hacía nada, o trataba de ayudar a Nadia cuando podía, moviéndose como un autómata. Un día tras otro se dedicaban a reparar estructuras destrozadas, un puente, una tubería, un pozo, una planta eléctrica, una pista, una ciudad. Vivían en lo que Yeli llamaba un Mundo Waldo y comandaban los robots como si fueran amos de esclavos o magos, o dioses; y las máquinas trabajaban y trataban de invertir la película del tiempo y hacer que las cosas rotas se recompusieran de inmediato. Con las prisas podían permitirse de vez en cuando algunas chapucerías, pero era asombroso la rapidez con que empezaban a reconstruir y volvían a marcharse.

—En el principio fue el Verbo —dijo Simón con cansancio una noche,

mientras tecleaba en el ordenador de muñeca. Los aparatos despegaron.

Una grúa cruzó por delante del sol poniente.

Se mantuvieron sobre el horizonte y teleoperaron los programas de extinción y enterramiento de tres reactores destrozados. A veces Yeli cambiaba de canal y miraba un rato las noticias.

Nadia volvió a su trabajo. Tantas cosas destruidas, tanta gente muerta, hombres y mujeres que podrían haber vivido mil años... y, desde luego, ninguna noticia de Arkadi. Ya habían pasado veinte días. La gente decía que quizá se había visto obligado a desaparecer para evitar que lo atacaran desde alguna órbita. Pero ella ya no lo creía, salvo en momentos de extremo deseo y dolor, cuando las dos emociones irrumpían a través del trabajo obsesivo en una mezcla nueva, una nueva sensación que odiaba y temía: el deseo provocaba dolor, el dolor provocaba deseo... un deseo feroz y ardiente de que las cosas no fueran como eran. Pero si trabajaba sin descanso, no quedaba tiempo para el dolor. Nada de tiempo para pensar o sentir.

Volaron por encima del puente sobre Harmakhis Vallis, en la frontera oriental de Hellas. El puente se había derrumbado. En todos los puentes importantes los robots de reparación se guardaban en unas casetas a ambos extremos, y se los podía adaptar para la reconstrucción, aunque no serían rápidos. Los viajeros los pusieron en funcionamiento, y esa noche después de acabar el último de los programas, se sentaron ante unos espaguetis preparados en el microondas de uno de los aviones y Yeli activó el canal terrano de televisión. Probó con distintos canales, pero todos mostraban lo mismo. Densa y zumbante estática.

—¿También han volado la Tierra? —dijo Ann.

—No, no —repuso Yeli—. Alguien está interfiriendo. Estos días el sol está entre nosotros y el planeta, y bastarían unos satélites repetidores para interrumpir el contacto.

Miraron sobriamente la chisporroteante pantalla. En los últimos tiempos los satélites de comunicación areosincrónicos hacían fallado en todas partes, apagados o saboteados, no podían saberlo. Ahora, sin noticias terranas, estaban realmente a oscuras. Los horizontes estrechos y la ausencia de ionosfera limitaban el alcance de la radio de superficie... no mucho más útil que los comunicadores de los trajes. Yeli

probó varias secuencias, intentando atravesar la interferencia. Las señales devueltas eran irreparables. Se rindió con un gruñido y apretó la tecla de un programa de búsqueda. La radio osciló arriba y abajo por los herzios, recogiendo estática y deteniéndose en alguna débil señal ocasional: chasquidos codificados, fragmentos irrecuperables de música. Voces fantasmales que balbuceaban en lenguas irreconocibles, como si Yeli hubiera tenido éxito allí donde el SETI había fracasado, y finalmente, cuando ya era inútil, hubiera recibido mensajes de las estrellas. Seguramente sólo eran mensajes entre los mineros de los asteroides. En cualquier caso, incomprensible, inútil. Estaban solos en la superficie de Marte, cinco personas en dos pequeños aviones.

Era una sensación nueva y muy extraña. Lejos de desaparecer, se agravó en los días siguientes, cuando comprendieron que esa estática blanca interferiría todas las televisiones y todas las radios. Era para ellos una experiencia única, tanto en Marte como en el tiempo que habían vivido en la Tierra. Y pronto averiguaron que perder la red de información electrónica era como perder uno de los sentidos; Nadia no dejaba de mirar el ordenador de muñeca, en el que Arkadi podría haber aparecido en cualquier momento, en el que podría haber aparecido cualquiera de los primeros cien, para declararlos a salvo; luego apartaba la mirada del pequeño cuadrado en blanco y miraba la tierra que la rodeaba, de repente mucho más grande y salvaje y vacía de lo que nunca antes había sido. Era aterrador. Nada más que melladas colinas rojizas, incluso cuando volaban al amanecer en busca de una de las pequeñas pistas marcadas en el mapa. Cuando al fin las encontraban, parecían minúsculos lápices de color tostado. ¡Un mundo tan grande! Y estaban solos en él. Ni siquiera la navegación podía considerarse segura. No podían confiar en las computadoras; recurrían a los radiofaros y puntos de posición visuales, mientras escrutaban el suelo a la luz crepuscular del amanecer. Una vez les llevó casi una mañana encontrar la pista más próxima a Dao Vallis. Desde entonces, Yeli comenzó a seguir el curso de las pistas, y durante la noche volaban bajo y sin perder de vista la serpenteante franja plateada a la luz de las estrellas. Mientras, comprobaban las señales de los radiofaros estudiando los mapas.

Y así consiguieron descender a las tierras bajas de la Cuenca de Hellas, siguiendo la pista del Lago de Punto Bajo. Entonces, a la luz roja horizontal y entre las largas sombras del amanecer, un fragmentado mar de hielo apareció sobre el horizonte. Llenaba toda la parte occidental de Hellas. ¡Un mar!

La pista penetraba en el hielo. La helada línea costera era una masa irregular de capas de hielo, negras, rojas, blancas, incluso de un intenso verde jade... todas apiñadas, como si una ola gigante hubiera aplastado la colección de mariposas del Gran Hombre. Diseminándola sobre una playa desnuda. Por detrás, el mar congelado se extendía más allá del horizonte.

Después de un silencio de varios segundos, Ann dijo:

—Tiene que haber reventado el acuífero de Hellespontus. Era inmenso, y quizá ha llegado a Punto Bajo.

—¡Entonces el agujero de Hellas está todo inundado! —exclamó Yeli.

—Así es. Y el agua del fondo se calentará, y evitará así que la superficie del lago se congele. Es difícil saberlo. El aire es frío, pero la turbulencia quizá deje algún sitio despejado. Si no, seguro que justo bajo la superficie se encuentra en estado líquido. Habrá fuertes corrientes de convección. Pero la superficie...

—Muy pronto lo averiguaremos —dijo Yeli—. Vamos a sobrevolarlo.

—Tendríamos que bajar —observó Nadia.

—Bueno, cuando podamos. Además, las cosas parecen empezar a calmarse.

—Eso es sólo porque estamos sin noticias.

—Hmm.

Finalmente tuvieron que atravesar todo el lago y descender en la otra orilla. Hacía una mañana espectral mientras volaban sobre la quebrada superficie que recordaba el océano glacial ártico, excepto que aquí las corrientes de hielo humeaban al congelarse y exhibían todos los colores del espectro, con un obvio predominio de los rojos, de modo que los esporádicos azules, verdes y amarillos parecieran más intensos, puntos focales de un enorme y caótico mosaico.

Y allí en el centro parecía, incluso volando a aquella altura, que el hielo aún se extendía hasta el horizonte en todas direcciones. Una nube de vapor se elevaba miles de metros en el aire. Esquivaron la nube y vieron unos témpanos que flotaban apiñados en unas aguas humeantes y negras. Los témpanos giraban, chocaban, volcaban y levantaban gruesos muros de agua rojiza y las ondas se expandían en círculos concéntricos que sacudían arriba y abajo los témpanos de alrededor.

Hubo silencio en los dos aviones mientras observaban ese espectáculo tan poco marciano. Por último, después de muchas circunnavegaciones de la columna de vapor, volaron sobre el vértice hacia el oeste.

—A Sax tiene que *encantarle* esta revolución —dijo Nadia, como ya lo hiciera antes, rompiendo el silencio—. ¿Piensas que podría ser uno de ellos?

—Lo dudo —repuso Ann—. No se arriesgaría a perder sus inversiones terranas. Ni admitiría que postergaran el proyecto. Pero estoy convencida de que piensa sobre todo en la terraformación. No en quién muere o qué se destruye, o quién es el responsable. Sólo cómo afecta al proyecto de terraformación.

—Un experimento interesante —dijo Nadia.

—Pero difícil de duplicar —añadió Ann. Las dos se rieron.

Hablando del diablo... descendieron al oeste del nuevo mar (que ahora cubría la Ciudad del Lago) y descansaron todo el día, y la noche siguiente. Mientras seguían la pista noroeste hacia Marineris, encontraron un radiofaro que emitía un SOS en código Morse. Volaron en círculos hasta el amanecer y aterrizaron en la misma pista, justo detrás de un rover averiado. Y allí estaba Sax, enfundado en un traje, manipulando el radiofaro y enviando un SOS manual.

Sax subió al avión y se quitó el casco lentamente, parpadeando y con los labios apretados, como de costumbre. Parecía fatigado, pero como el gato que se comió al canario, Ann le comentó después a Nadia. Habló poco. Llevaba tres días varado en la pista, incapaz de moverse; la pista estaba cerrada y el rover no tenía combustible de emergencia. La Ciudad del Lago había desaparecido.

—Iba para Cairo —dijo— a encontrarme con Frank y Maya, porque creen que ayudaría que los primeros cien se reunieran en una especie de comité para negociar con la policía de la UNOMA y conseguir que se detengan. —Había alcanzado ya las colinas al pie de Hellespontus, cuando la nube termal del agujero entre la corteza y el manto de Punto Bajo se volvió amarilla de repente y se elevó en el cielo en una columna de 20.000 metros.— Parecía el hongo de una explosión nuclear, pero con un sombrero más pequeño —apuntó—. El índice de temperatura no es tan elevado en Marte como en la Tierra.

Después había dado media vuelta y había ido al borde de la cuenca a observar la inundación. El agua que bajaba desde el norte era negra, aunque se volvía blanca y se helaba en grandes segmentos casi al instante, excepto en Ciudad del Lago, donde había borboteado.

—...como agua al fuego. La termodinámica allí fue durante un tiempo bastante compleja, pero el agua enfrió deprisa el agujero de transición y...

—Cállate, Sax —dijo Ann. Enarcó las cejas y se puso a trabajar en el receptor de radio del avión.

Emprendieron vuelo, ahora seis de ellos, Sasha y Yeli, Ann y Simon, Nadia y Sax: seis de los primeros cien, reunidos como por magnetismo. Había mucho de que hablar esa noche, e intercambiaron historias, información, rumores, especulaciones. Pero Sax añadió muy poco al cuadro general. Había estado tan aislado como ellos.

A la mañana siguiente, al amanecer, aterrizaron en la pista de Bakhuisen y fueron recibidos por una docena de hombres armados con pistolas paralizantes. Esa pequeña muchedumbre mantuvo los cañones bajos, pero escoltó a los seis con muy poca ceremonia al hangar que había en el muro.

Allí había más gente y la multitud siguió creciendo. Al final eran alrededor de cincuenta, treinta de ellos mujeres. Fueron muy corteses, y cuando descubrieron la identidad de los viajeros, incluso amistosos.

—Tenemos que saber con quién tratamos —dijo una mujer grande con un fuerte acento de Yorkshire.

—¿Y quiénes son ustedes? —preguntó Nadia con descaro.

—Somos de Koroliov Primero —contestó—. Escapamos.

Llevaron a los viajeros al comedor y les ofrecieron un copioso desayuno. Cuando estuvieron sentados, cada uno tomó una jarra de magnesio y sirvió zumo de manzana a quien se sentaba enfrente, hasta que todo el mundo estuvo servido. Después, mientras comían, los dos grupos intercambiaron historias. La gente de Bakhuisen había escapado de Koroliov Primero el día en que estalló la revolución, y habían ido hacia el sur hasta allí, y planeaban llegar a la región polar austral.

—Hay allí un gran asentamiento rebelde —dijo la mujer de Yorkshire (que resultó ser finlandesa)—. Tienen esas estupendas terrazas escalonadas, como cuevas de costados abiertos, de un par kilómetros de largo y muy anchas. Un buen refugio: fuera del alcance de los satélites, pero con luz y aire. Viven un poco al estilo Cromañón, son habitantes de los acantilados. Es realmente hermoso. —Al parecer, esas largas cavernas eran muy famosas en Koroliov, y muchos de los prisioneros habían acordado encontrarse allí alguna vez, si había un alzamiento.

—Entonces, ¿están con Arkadi? —preguntó Nadia.

—¿Quién?

Eran seguidores del biólogo Schnelling, que parecía haber sido una especie de místico rojo, encerrado con ellos en Koroliov donde había muerto pocos años antes. Había dado conferencias en toda la red de Tharsis, y tras su encarcelamiento muchos de los prisioneros de Koroliov se convirtieron en alumnos suyos. Según parece, promulgaba una especie de comunalismo marciano basado en principios de la bioquímica local. El grupo de Bakhuisen no acababa de entenderlo, pero ahora habían escapado y esperaban comunicarse con otras fuerzas rebeldes. Habían contactado con un satélite camuflado, de microcomunicaciones, y habían conseguido colarse brevemente en un satélite de las fuerzas de seguridad de Fobos. De modo que tenían algunas noticias. Les contaron que las fuerzas policiales de las transnacionales y de la UNOMA que acababan de llegar en el último transbordador estaban utilizando Fobos como estación de vigilancia y ataque. Esas mismas fuerzas controlaban el ascensor, el Monte Pavonis y casi todo Tharsis; el observatorio del Monte Olimpo se había rebelado, pero fue destruido desde órbita; y las fuerzas de seguridad de las transnacionales habían ocupado la mayor parte del gran acantilado, de modo que el planeta había quedado dividido en dos. La guerra en la Tierra parecía seguir, aunque tenían la impresión de que era más encarnizada en África, España y la frontera entre Estados Unidos y México.

Era inútil intentar ir a Pavonis, pensaban. «Los encerrarán y los matarán», resumió Sonia. Pero cuando los seis viajeros insistieron, les indicaron cómo llegar a

un refugio en una noche de vuelo; era la estación climatológica de Margaritifer del Sur. La gente de Bakhuisen decía que estaba ocupada por bogdanovistas.

Nadia sintió que se le encogía el corazón, no pudo evitarlo. Pero Arkadi tenía muchos amigos y seguidores, y ninguno de ellos parecía saber dónde estaba. No obstante, ese día ya no pudo dormir, el estómago de nuevo cerrado como un puño. Le alegró irse. Los rebeldes de Bakhuisen cargaron los aviones con tanta hidrazina, gases y comida deshidratada que tardaron un rato en despegar.

Los vuelos nocturnos parecían ahora un extraño ritual, un nuevo y agotador peregrinaje. Los dos aviones eran tan ligeros que los vientos del oeste los sacudían con fuerza, y a veces los hacían saltar hasta diez metros arriba o abajo, de modo que era imposible dormir mucho incluso cuando uno pilotaba: una subida o caída mas y uno ya estaba despierto otra vez, en la pequeña y oscura cabina mirando por la ventanilla el cielo negro y las estrellas arriba, o la negrura insondable del mundo de abajo. Apenas hablaban. Los pilotos se encorvaban y trataban de no perder de vista al avión. Los ultraligeros zumbaban, el viento aullaba sobre las alas largas y flexibles. La temperatura externa alcanzaba los sesenta grados bajo cero; el aire era venenoso con una presión de 150

milibares, y no había ningún refugio en el oscuro planeta en muchos kilómetros a la redonda. Nadia pilotaba un rato y luego se iba a la parte de atrás, tambaleándose, e intentaba dormir. A menudo el *clic* de un radiofaro en la radio la devolvía al tiempo en que ella y Arkadi habían arrostrado la tormenta en el *Punta de Flecha.* Lo veía, entonces, recorriendo a grandes trancos el desgarrado interior del dirigible, con su barba roja y desnudo, riéndose y arrancando paneles de las paredes para arrojarlos por la borda, envuelto en nimbos de polvo. Entonces el 16D se sacudía y la despertaba. No podía hacer otra cosa entonces que ayudar a Yeli a mantenerse cerca del otro avión, siempre a un kilómetro a la derecha si todo iba bien. De vez en cuando hablaban por radio, pero microtransmitían las llamadas y reducían al mínimo los controles horarios y las consultas, si uno de los aparatos se retrasaba. En la quietud de la noche, a veces parecía que no hubieran hecho otra cosa en la vida: era difícil recordar cómo había sido todo antes de la revolución. ¿Y cuánto tiempo había pasado... veinticuatro días? Tres semanas, aunque parecían cinco años.

Y entonces el cielo comenzaba a sangrar detrás de ellos, los altos cirros se teñían de púrpura, rojo, carmesí, lavanda, y luego rápidamente se convertían en virutas metálicas en un cielo rosado; y el increíble manantial del sol se derramaba por encima de un acantilado o algún borde rocoso mientras escrutaban el paisaje horadado y en sombras en busca de la señal de algún aeropuerto. Despues de esa noche eterna parecía imposible que hubieran navegado con éxito hasta algún sitio, pero ahí abajo estaba la pista centelleante, en la que podían descender en caso de emergencia. Como todos los radiofaros estaban señalados en el mapa, la navegación era más segura de lo que parecía. Cada amanecer avistaban una nueva franja brillante entre las últimas sombras. Descendían planeando, golpeaban el suelo, y rodaban por la pista hasta cualquier estación visible; paraban los motores y se desplomaban en los asientos, acomodándose a la ausencia de vibraciones, a la quietud de un nuevo día.

Esa mañana descendieron junto a la estación de Margaritifer y una docena de hombres y mujeres entusiasmados salió a encontrarlos, abrazándolos y besándolos una y otra vez. Los seis permanecieron juntos, más alarmados por esta bienvenida que por el cauteloso recibimiento del día anterior. Al fin les pasaron unos lectores láser por las muñecas para identificarlos, y esto los tranquilizó; pero cuando la IA confirmó que de verdad eran seis de los primeros cien, hubo vítores y risas; y cuando los seis fueron conducidos por una antecámara hasta una sala de

descanso, varios de los anfitriones se acercaron de inmediato a unos pequeños tanques y aspiraron bocanadas de oxígeno nitroso y aerosol de pandorfinas, y rieron tontamente.

Uno de ellos, un esbelto norteamericano de cara fresca, se presentó.

—Soy Steve, me formé con Arkadi en el 12 y trabajé con él en Clarke. Casi todos los que estamos aquí trabajamos con él en Clarke. Estábamos en Schiaparelli cuando estalló la revolución.

—¿Saben dónde está Arkadi? —preguntó Nadia.

—Lo último que supimos era que estaba en Carr, pero se ha salido de la red, lo que no es extraño.

Un norteamericano alto y flaco se acercó a Nadia arrastrando los pies, le apoyó la mano en el hombro y exclamó:

—¡No siempre estamos así! —Y se rió.

—¡No! —convino Steve—. ¡Pero hoy es fiesta! ¿Se han enterado?

Una mujer que se reía con expresión estúpida levantó la cara de la mesa y gritó:

—¡El Día de la Independencia! ¡El catorce del decimocuarto año!

—Miren, miren eso —dijo Steve, y señaló el televisor.

Una imagen vaciló en la pantalla y de pronto todo el grupo se puso a gritar y a vitorear. Se habían introducido en un canal codificado de Clarke, explicó Steve, y aunque no podían decodificarlo, lo habían utilizado como radiofaro para mover el telescopio óptico. La imagen del telescopio había sido transferida al televisor de la sala, y ahí estaba, el cielo negro y las estrellas bloqueadas en el centro por algo que todos reconocían, el cuadriculado asteroide metálico del que pendía el cable.

—¡Miren ahora! —les gritaron a los desconcertados viajeros—.

¡Miren!

Aullaron de nuevo y unos cuantos iniciaron una desigual cuenta atrás desde cien. Algunos inhalaban helio además de oxido nitroso, y se plantaron bajo la gran pantalla y cantaron en ingles: *We're off to see the wizard, the wonderful wizard of Oz! Because, because, because, because, because of the wonderful things, she does! We're off to see the wizard, the wonderful wizard of Oz! We're... off to see the wizard!...*

Nadia empezó a temblar. La ruidosa cuenta atrás se hizo mas y más estridente, hasta que aullaron:

—¡Cero!

Un vacío apareció entre el asteroide y el cable. Clarke desapareció de la pantalla. El cable, una telaraña entre las estrellas, cayó fuera del campo visual casi a la misma velocidad.

La sala se llenó de vítores frenéticos, al menos durante un momento. Pero se interrumpieron, como por una sacudida, cuando la atención de algunos de los celebrantes fue atraída por Ann, que se había levantado de un salto, los dos puños apretados contra la boca.

—¡Seguro que ya ha bajado! —le gritó Simón a Ann por encima del alboroto—. ¡Seguro que ya ha bajado! ¡Han pasado semanas desde que nos llamó!

Poco a poco se hizo la calma. Nadia se encontró junto a Ann, frente a Sasha y Simón. No sabía qué decir. Ann estaba rígida y miraba con ojos desorbitados.

—¿Cómo rompieron el cable? —preguntó Sax.

—Bueno, el cable es casi irrompible —repuso Steve.

—*¿Rompieron el cable?* —gritó Yeli.

—Bueno, no, lo que hicimos fue separarlo de Clarke. Pero el efecto es el mismo. El cable está cayendo. —El grupo volvió a aplaudir, con algo menos de entusiasmo. Steve explicó a los viajeros por encima del ruido:— El cable mismo era bastante impenetrable con su estructura de grafito y una malla de doble hélice de diamante, y además disponen de estaciones inteligentes de defensa cada cien kilómetros y de un severo dispositivo de seguridad en las cabinas. De modo que Arkadi nos sugirió que nos concentráramos en Clarke. Verán, el cable atraviesa la roca directamente hasta las factorías del interior, y el verdadero extremo estaba unido al asteroide tanto física como magnéticamente. Pero aterrizamos con un grupo de nuestros robots en un envío de material desde órbita, y excavamos y pusimos bombas termales fuera del revestimiento del cable y alrededor del generador. Y hoy las activamos todas a la vez y la roca se fundió en cuanto se interrumpieron. Ahora estará cayendo hacia el sol. De modo que localizarlo será una tarea bastante difícil. ¡Al menos eso esperamos!

—¿Y el cable? —preguntó Sasha.

Volvió a alzarse el clamor de los vítores y fue Sax quien le respondió en cuanto hubo un momento de tranquilidad.

—Está cayendo —dijo.

Tecleó deprisa en una consola, y Steve le gritó:

—Tenemos los cálculos del descenso si quiere. Son bastante complejos, un montón de ecuaciones diferenciales.

—Lo sé —dijo Sax.

—No me lo puedo creer —dijo Simón. Aún tenía las manos en el brazo de Ann y miraba alrededor con expresión sombría—. ¡El impacto va a matar a un montón de gente!

—Puede que no —contestó uno de ellos—. Y sí mata a algunos, serán casi todos policías de la UN, que han usado el ascensor para bajar y matar a gente aquí abajo.

—Seguramente hace una o dos semanas que bajó —le repitió enfáticamente Simón a Ann, que estaba lívida.

—Quizá —dijo ella.

Algunos lo oyeron y se quedaron más tranquilos. Otros no quisieron oírlo y continuaron celebrándolo.

—No lo sabíamos —le dijo Steve a Ann y a Simón. Había dejado de sonreír y fruncía el ceño, preocupado—. Si lo hubiéramos sabido, imagino que habríamos intentado hablarle. Pero no lo sabíamos. Lo siento. Con un poco de suerte… —Tragó saliva.— Con un poco de suerte ya no estaría allí.

Ann volvió a la mesa y se sentó. Simón revoloteaba junto a ella. Ninguno de los dos parecía haber oído nada de lo que había dicho Steve.

El intercambio de radio se incrementó, como si los que controlaban los satélites de comunicación que aún estaban en órbita se hubieran enterado de lo del cable. Algunos de los rebeldes celebrantes se dedicaron a monitorizar y grabar las transmisiones; otros continuaron de fiesta.

Sax seguía absorto en las ecuaciones de la pantalla.

—Va hacia el este —anunció.

—Así es —corroboró Steve—. Al principio se arqueará mucho, ya que la parte

inferior tira de él, y luego seguirá el resto.

—¿A qué velocidad?

—Es bastante difícil de calcular, pero estimamos que serán cuatro horas para la primera vuelta, y luego una hora para la segunda.

—¡La segunda! —exclamó Sax.

—Bueno, ya sabes, el cable tiene treinta y siete mil kilómetros de largo y la circunferencia en el ecuador es de veintiún mil. De modo qué dará la vuelta casi dos veces.

—Será mejor que la gente que esté en el ecuador se aleje deprisa —

dijo Sax.

—No exactamente en el ecuador —dijo Steve—. La oscilación de Fobos lo desviará bastante. Es difícil saber cuánto. Depende del punto de oscilación en que estaba el cable cuando empezó a caer.

—¿Norte o sur?

—Lo sabremos en las próximas dos horas.

Los seis viajeros miraron en la pantalla un cielo estrellado. No había modo de observar la caída del cable; sería invisible para ellos hasta el fin. O visible sólo como una línea de fuego.

—Ahí va el puente de Phyllis —dijo Nadia.

—Ahí va Phyllis —dijo Sax.

El grupo de Margaritifer restableció el contacto con el satélite de transmisiones que habían localizado, y descubrió que podía entrar también en algunos satélites de seguridad. Así llegaron a reconstruir la caída del cable. Desde Nicosia, un equipo de la UNOMA informó que el cable había caído al norte de la ciudad, desplomándose verticalmente mientras se desplazaba por la superficie, a través del planeta en rotación. Una voz procedente de Sheffield, alarmada y envuelta en estática, les pidió que lo confirmaran. El cable ya había caído a lo largo de media ciudad y de un campamento del este, por la pendiente del Monte Pavonis y sobre Tharsis, y había allanado una zona de diez kilómetros de ancho con un estampido sónico; podría haber sido peor, pero el aire era muy tenue a esa altura. Ahora los sobrevivientes de Sheffield querían saber si tenían que mudarse al sur para escapar de la siguiente vuelta o intentar rodear la caldera hacia el norte.

No hubo respuesta. Pero otros evadidos de Koroliov, en el borde sur de Melas Chasma en Marineris, informaron que el cable caía ahora con tanta fuerza que se destrozaba al golpear el suelo. Media hora después llamó un equipo de perforación en Aureum; habían salido después de los estampidos sónicos y encontraron un montón de escombros y una brecha incandescente que se extendía de horizonte a horizonte.

Durante una hora no hubo nuevas noticias, sólo preguntas,

especulaciones y rumores. Luego uno de los que escuchaban la radio del casco se echó hacia atrás y enseñó los pulgares levantados, y conectó el intercom y una voz excitada gritó a través de la estática:

—¡Está explotando! ¡Cayó en unos cuatro segundos, ardía de un extremo a otro, y cuando golpeó el suelo todo se sacudió! Pensamos que cayó a unos dieciocho kilómetros al norte, y a veinticinco al sur del ecuador. Espero que puedan calcular el resto. ¡Ardía de cabo a rabo!

¡Como si fuera una línea blanca partiendo el cielo! Jamás he visto nada

parecido. Aún veo manchas luminosas de un verde brillante. Era como si una estrella fugaz se hubiera desplegado... Aguarden, Jorge está en el intercom, ahí fuera y dice que sólo tiene unos tres metros de altura. El terreno aquí es regolito blando, de modo que el cable está en una zanja que él mismo ha abierto. Dice que es tan honda en algunos sitios que podrían enterrarlo y conseguir una superficie lisa. Dice que serán como fiordos, porque en otros lugares se levanta cinco o seis metros. ¡Creo que seguirá así durante cientos de kilómetros! ¡Como la Gran Muralla China!

Entonces se recibió una llamada del Cráter Escalante, que estaba justo sobre el ecuador. Lo habían evacuado apenas se enteraron de la ruptura del cable, pero habían huido al sur, evitando que los aplastara. Informaron que ahora estallaba con el impacto y enviaba al cielo cortinas de deyecciones derretidas, fuegos artificiales de lava que describían arcos envueltos en una luz crepuscular, y que cuando volvían a caer a la superficie ya eran opacos y negros.

Durante todo ese tiempo Sax no se movió de la pantalla, y ahora, mientras tecleaba y leía, musitaba con los labios fruncidos. En la segunda vuelta la velocidad de caída sería de 21.000 kilómetros por hora, dijo, casi seis kilómetros por segundo; un peligro de muerte para cualquiera que no se encontrase en un lugar elevado y a muchos kilómetros de distancia. Le parecería la caída de un meteorito y cruzaría de horizonte a horizonte en menos de un segundo. Lo seguirían unos estampidos sónicos.

—Salgamos a echar un vistazo —sugirió Steve mirando con aire culpable a Ann y a Simón.

Un grupo numeroso, de hombres y mujeres, salió detrás de Steve. Los viajeros se contentaron con una imagen de vídeo transmitida por una cámara exterior, que alternaron con tomas recogidas por los satélites. Los fragmentos filmados desde la cara en sombras eran espectaculares; mostraban una centelleante línea que caía como el filo de una guadaña blanca y amenazaba cortar en dos el planeta.

Aun así era difícil concentrarse en lo que veían, entenderlo, y mucho menos sentir algo. Cuando llegaron ya estaban exhaustos, ahora todavía más, y sin embargo no podían dormir; continuaron recibiendo tomas de vídeo, algunas desde cámaras robot que volaban en aviones teledirigidos en el hemisferio iluminado, y mostraban una franja ennegrecida y humeante de desolación: el regolito se alzaba en dos largos diques paralelos de deyecciones bordeando un canal lleno de oscuridad, negro y tachonado con una mezcla de material brechado que se hacía más exótico a medida que el impacto era más violento, hasta que al final una cámara teledirigida envió una toma de horizonte a horizonte de una zanja de lo que según Sax tenían que ser diamantes negros en bruto.

El impacto en la última media hora de la caída fue tan fuerte que aplastó todo lo que estaba cerca al norte y al sur; la gente decía que nadie que hubiera visto el golpe del cable había sobrevivido, y la mayoría de las cámaras teledirigidas también habían sido aplastadas. No hubo testigos para los últimos miles de kilómetros de la caída.

Unas imágenes tardías llegaron desde el lado oeste de Tharsis. En la segunda pasada el cable trepó cuesta arriba. Fue breve pero estremecedor: un fulgor blanco en el cielo y una explosión que subía por el lado oeste del volcán. Otra toma, desde un robot en Sheffield oeste, mostró el cable explotando en camino hacia el sur; luego hubo un terremoto o el golpe de una onda de choque sónica, y todo el distrito del borde de Sheffield se desprendió en una única masa y cayó lentamente al suelo de la caldera cinco kilómetros más abajo.

Más tarde vieron muchas tomas de vídeo de la catástrofe, pero solo eran repeticiones o tomas tardías o imágenes de las secuelas, entonces los satélites comenzaron a desconectarse.

Habían transcurrido cinco horas desde que comenzara la caída, y los seis viajeros se hundieron en sus asientos, mirando o sin mirar la televisión, demasiado extenuados para sentir nada, demasiado cansados para pensar.

—Bueno —dijo Sax—, ahora tenemos un ecuador como yo creía que era el de la Tierra a los cuatro años. Una gran línea negra que atraviesa todo el planeta.

Ann le dedicó a Sax una mirada amarga y dura. Nadia temió que se levantase y abofeteara a Sax. Pero nadie se movió, imágenes de la televisión parpadearon y los altavoces sisearon y crepitaron.

En la segunda noche del viaje a Shalbatana Vallis, vieron la nueva línea del ecuador, por lo menos la más austral. En la oscuridad era una franja ancha, recta y negra que los conducía al oeste. Mientras la sobrevolaban, Nadia miró sobriamente hacia abajo. No había sido un proyecto suyo, pero significaba trabajo, un trabajo destruido. Un puente derribado.

Y esa línea negra también era una tumba. En la superficie no había muerto mucha gente, excepto en el lado este de Pavonis, pero sí casi todos los que estaban en el ascensor, y eso significaba miles. Muchos de ellos seguramente sobrevivieron hasta que la parte del cable donde estaban entró en la atmósfera y se incineró.

Mientras volaban sobre los destrozos, Sax interceptó un nuevo vídeo de la caída. Alguien ya había montado en orden cronológico todas las imágenes que se habían transmitido en directo o en las horas posteriores. Las últimas tomas eran de la sección final del cable, explotando contra el planeta. La zona de impacto final no era más que un borrón blanco en movimiento, como un defecto en la cinta; no había vídeo capaz de registrar semejante luminiscencia. Pero, a medida que el montaje avanzaba, las imágenes se habían ralentizado y procesado de muchos modos, y una de ellas era el fragmento final, una toma en cámara ultralenta que mostraba detalles imposibles de detectar en vivo. Y así pudieron ver que a medida que la línea cruzaba el cielo, el grafito ardiente se desprendía dejando una doble hélice de diamante incandescente que flotaba majestuosa en el cielo crepuscular.

Todo una lápida, desde luego, la gente en ella ya muerta, evaporada; pero era difícil pensar en ellos mientras veían esa imagen extraña y hermosa, la visión de una especie de fantasía de ADN, el ADN de un macromundo de luz pura, que surcaba nuestro universo para fertilizar un planeta yermo...

Nadia apartó los ojos y ocupó el asiento del copiloto. Durante toda la noche miró por la ventanilla, incapaz de dormir, incapaz de quitarse de la cabeza la diamantina imagen descendente. Aquélla fue la noche más larga de todo el viaje. Le pareció que pasaba toda una eternidad antes del amanecer.

Poco después de la salida del sol aterrizaron en la pista aérea de un oleoducto por encima de Shalbatana, y se quedaron con un grupo de refugiados que trabajaban en el oleoducto y que ahora estaban atrapados allí. El grupo no defendía ninguna postura política y sólo quería sobrevivir hasta que las cosas volvieran a la normalidad. A Nadia esta actitud le pareció razonable sólo en parte, e intentó que salieran a reparar las tuberías; pero no le pareció que estuvieran muy convencidos.

Esa noche partieron otra vez, y al amanecer aterrizaron en la pista aérea abandonada del Cráter Carr. Antes de las ocho, Nadia, Sax, Ann, Simón, Sasha y Yeli estaban en el exterior con los trajes puestos y subiendo al borde del cráter.

La cúpula había desaparecido. Abajo había habido un incendio. Todos los edificios estaban intactos pero chamuscados, y casi todas las ventanas rotas o fundidas. Las paredes de plástico se habían doblado o deformado; las de hormigón estaban negras. Había manchas y pilas de hollín por doquier. A veces parecían las sombras de Hiroshima. Sí, eran cadáveres. Las siluetas de gente tratando de

arrastrarse por las aceras.

—El aire de la ciudad fue hiperoxigenado —aventuró Sax.

En semejante atmósfera, la piel y la carne humanas eran combustibles e inflamables. Eso fue lo que les sucedió a los astronautas de las primeras misiones Apolo, atrapados en una cápsula con una atmósfera de oxígeno puro. Cuando se declaró el incendió, ardieron como parafina.

Y lo mismo había sucedido aquí. Mirando los montones de hollín, se veía que todo el mundo había ardido y corrido de acá para allá como antorchas vivientes.

Los seis viejos amigos se adentraron en la sombra de la pared oriental. Bajo un cielo circular rosa oscuro, se detuvieron ante el primer grupo de cadáveres ennegrecidos y se alejaron deprisa. Abrieron puertas y derribaron otras atascadas, y escucharon pegados a las paredes con un estetoscopio que había traído Sax. Ningún sonido salvo los latidos de sus propios corazones, altos y rápidos en el fondo de las gargantas resecas. Nadia caminaba dando traspiés, la respiración entrecortada y áspera. Se obligó a mirar los cadáveres, tratando de medir las negras pilas de carbono. Como en Hiroshima o en Pompeya. La gente ahora era más alta. Aunque aún ardía hasta los huesos; y los huesos eran palos delgados y ennegrecidos.

Cuando llegó a un montón de tamaño apropiado, se quedó mirándolo un momento. Al fin se acercó, localizó el brazo derecho y rascó con el guante de cuatro dedos el dorso de la muñeca calcinada; buscaba el código de puntos. Lo encontró y lo limpió. Pasó el láser por encima como una dependienta de supermercado leyendo los precios. Emily Hargrove.

Siguió adelante e hizo lo mismo con otra pila parecida. Thabo Moeti. Era mejor que comprobar la dentadura leyendo radiografías dentales.

Estaba mareada y aturdida cuando encontró un montón de hollín cerca de las oficinas de la ciudad; la mano derecha estaba extendida. Limpió la etiqueta y leyó. Arkadi Nikeliovich Bogdanov.

Volaron hacia el oeste once días más, escondiéndose durante las horas diurnas. De noche seguían los radiofaros o las indicaciones del último grupo que habían encontrado. Aunque a menudo esta gente sabía que había otros grupos en distintos lugares, no eran parte de ningún movimiento de resistencia, ni estaban coordinados entre ellos. Algunos esperaban llegar al casquete polar austral, como los prisioneros de Koroliov, otros jamás habían oído hablar de ese refugio; algunos eran bogdanovistas, otros revolucionarios que seguían a distintos líderes, o miembros de comunas religiosas o experimentos utópicos, o grupos nacionalistas que trataban de contactar con los gobiernos terranos; y algunos eran sólo supervivientes, huérfanos de la violencia. Los seis viajeros se detuvieron en Koroliov, pero al ver los cuerpos desnudos y congelados de los guardias fuera de las antecámaras, no intentaron entrar; algunos de los guardias estaban de pie, como estatuas.

Después de Koroliov no encontraron a nadie. Las radios y los televisores dejaron de funcionar a medida que se abatían los satélites, las pistas estaban vacías, y la Tierra se encontraba del otro lado del sol. El paisaje parecía tan yermo como antes de que llegaran, excepto por los diseminados fragmentos escarchados. Volaban en el cielo rosa como si estuvieran solos en ese mundo.

A Nadia le zumbaban los oídos: los ventiladores del avión, sin duda, aunque funcionaban bien. Los otros la encomendaban algún trabajo, y la dejaban caminar sola un rato antes de volver a despegar. Todos estaban aturdidos por lo que habían encontrado en Koroliov, y no intentaban animarla, lo que para ella era un alivio. Ann y Simón aún estaban preocupados por Peter. Yeli y Sax estaban preocupados

por las provisiones, que no dejaban de menguar; las despensas del avión estaban casi vacías.

Pero Arkadi estaba muerto y ya nada importaba. A Nadia la revolución le parecía más que nunca completamente inútil, un espasmo de cólera sin objeto, una mutilación definitiva. ¡Todo un mundo destruido! Pidió a los demás que enviaran un mensaje de radio anunciando que Arkadi había muerto. Sasha estuvo de acuerdo y ayudó a convencer a los demás.

—Ayudará a que las cosas se tranquilicen más pronto —afirmó Sasha.

Sax sacudió la cabeza.

—Las insurrecciones no tienen líderes —dijo—. Además, es bastante probable que nadie lo oiga.

Pero un par de días después quedó claro que algunos lo habían oído. Recibieron una microcomunicación de respuesta de Alex Zhalin.

—Mira, Sax, esto no es la revolución americana, ni la francesa ni la rusa ni la inglesa. ¡Es todas las revoluciones a la vez y en todas partes! Todo un mundo se está rebelando, un mundo con una superficie igual a la de la Tierra, y sólo unos pocos miles intentan oponerse... y la mayoría está todavía en el espacio; parece que desde allí lo dominaran todo, pero son muy vulnerables. Si consiguen someter a una fuerza en Syrtis, hay otra en Hellespontus. Imagínate fuerzas con base en el espacio tratando de detener una revolución en Camboya, pero también en Alaska, Japón, España, Madagascar. ¿Como lo haces? No puedes. Si Arkadi Nikeliovich hubiera vivido para verlo, él habría...

La microcomunicación se interrumpió bruscamente. Quizá fuera una mala señal, quizá no. Pero ni siquiera Alex había podido evitar una nota de desaliento cuando habló de Arkadi. Era imposible: Arkadi había sido mucho más que un líder político... había sido el hermano de todos, una fuerza natural, la voz de la conciencia. El sentido innato de lo que era justo. El mejor de los amigos.

Nadia se movía pesadamente, ayudando en la navegación durante los vuelos nocturnos, durmiendo todo lo posible durante el día. Perdió peso y encaneció. Hablaba con torpeza, como si algo le apretara la garganta y las entrañas se le hubieran petrificado. Era una piedra, no podía llorar, pero continuó trabajando. Nadie tenía comida de sobra, y a ellos también se les acababa. Redujeron las raciones a la mitad.

Y el trigésimo segundo día de su partida de Lasswitz, tras unos 10.000 kilómetros, llegaron a Cairo, encaramada en el valle austral de Noctis Labyrinthus, justo al sur del extremo austral del cable caído.

Cairo estaba bajo el control *de facto* de la UNOMA, o al menos eso pensaba la gente. Como el resto de las ciudades-tienda vivía amenazada por los láseres de las naves policiales de la UNOMA, que habían entrado en órbita en algún momento del mes anterior. Además, la mayoría de los habitantes de Cairo al principio de la guerra eran árabes y suizos, y por lo menos allí parecía que ellos sólo ambicionaban mantenerse a salvo.

No obstante, los seis viajeros no eran los únicos refugiados. Una oleada acababa de bajar de Tharsis desde la devastación de Sheffield y del resto de Pavonis; otros subían desde Marineris tras atravesar él laberinto de Noctis. La población se había cuadruplicado, las multitudes vivían y dormían en las calles y en los parques, la planta física se veía desbordada, y los gases y la comida pronto se agotarían.

De todo esto les informó una operadora del aeropuerto, que se obstinaba en seguir trabajando aunque ya no había transbordadores. Después de guiarlos hasta

un extremo de la pista donde se agrupaba una flota de aeroplanos, les dijo que se pusieran los trajes y que caminaran el kilómetro que los separaba del muro de la ciudad. Nadia se sintió nerviosa al abandonar el 16D, y más aún cuando cruzó la antecámara y vio que la mayoría de la gente llevaba puestos los trajes y los cascos, preparada para una posible despresurización.

Se encaminaron a las oficinas de la ciudad y allí encontraron a Frank y a Maya, y también a Mary Dunkel y a Spencer Jackson. Frank estaba ocupado ante una pantalla, al parecer hablando con alguien en órbita, y desechó con un ademán los abrazos de los viajeros, aunque poco después los saludó agitando una mano. Según parecía, estaba conectado a un sistema de comunicaciones, o quizá a más de uno, pues no dejó de hablar durante las siguientes seis horas, y sólo se detuvo para beber agua o hacer otra llamada, sin volverse nunca hacia sus viejos compañeros. Parecía poseído por una furia permanente, la mandíbula tensa y luego relajada y luego tensa otra vez. En verdad estaba en su elemento: daba explicaciones y conferencias, halagaba y amenazaba, hacía preguntas y después comentaba con impaciencia las respuestas. En otras otras llevaba los negocios y las transacciones al viejo estilo, pero con un filo airado, amargado, incluso asustado, como si hubiera caminado más allá del borde de un abismo y negociara ahora la vuelta a tierra firme.

Cuando por fin cortó, se reclinó en la silla y suspiró. Luego se levantó tiesamente, se acercó a saludarlos, y apoyó un instante una mano en el hombro de Nadia. Aparte de eso, estuvo muy brusco y no mostró ningún interés por averiguar como habían conseguido llegar a Cairo. Sólo quería saber a quiénes habían visto, cómo les iba a esos grupos desperdigados y qué intenciones tenían. Una o dos veces volvió a la pantalla y se puso en contacto inmediato con esos grupos, una capacidad que asombró a los viajeros; habían dado por hecho que todo el mundo estaba tan aislado como ellos.

—Enlaces de la UNOMA —explicó Frank, pasándose una mano por la cetrina mandíbula—. Mantienen abiertos para mí algunos canales.

—¿Por qué? —preguntó Sax.

—Porque intento detener lo que pasa. Estoy tratando de conseguir un alto el fuego, luego una amnistía general y después la reconstrucción con la colaboración de todos.

—¿Bajo la dirección de quién?

—De la UNOMA, por supuesto. Y de las oficinas nacionales.

—Pero la UNOMA sólo acepta el alto el fuego —aventuró Sax—.

Mientras que los rebeldes sólo aceptan la amnistía, ¿verdad? Frank asintió.

—Y a ninguno le gusta la reconstrucción con la colaboración de todos. Pero la situación se ha deteriorado demasiado. Otros cuatro acuíferos más han estallado desde que cayó el cable. Todos son ecuatoriales y algunos opinan que es cuestión de causa y efecto. —Ann asintió y Frank pareció complacido.— Tengo la certeza de que los reventaron. Volaron uno en la boca de Chasma Borealis y el caudal está inundando las dunas.

—El peso del casquete polar puede haber aumentado la presión hidrostática —dijo Ann.

—¿Sabes algo del grupo de Acheron? —preguntó Sax a Frank.

—No. Han desaparecido. Temo que hayan corrido la suerte de Arkadi. —Miró a Nadia y frunció los labios en una mueca de tristeza.— Tengo que volver al trabajo.

—Pero ¿qué pasa en la Tierra? —preguntó Ann—. ¿Qué dice la UN?

—«Marte no es una nación, sino una fuente de recursos para el mundo» —citó

Frank con ironía—. Dicen que no se puede permitir que la pequeña fracción que vive aquí controle los recursos que necesitan en la Tierra.

—Seguramente tienen razón —se oyó decir Nadia. La voz le salió ronca, como un graznido. Como si llevara días sin hablar. Frank se encogió de hombros.

—Por eso han dado carta blanca a las transnacionales —indicó Sax—

. Me parece que aquí hay más agentes de las transnacs que policía de la UN.

—Así es. La UN tardó bastante en desplegar sus fuerzas de paz.

—No les importa que otros hagan el trabajo sucio.

—Desde luego que no.

—¿Y qué pasa con la Tierra? —volvió a preguntar Ann.

—Parece que el Grupo de los Siete empieza a controlar la situación —

dijo Frank. Sacudió la cabeza—. Desde aquí es muy difícil saberlo.

Volvió a la pantalla para hacer más llamadas. Los otros fueron a comer, a lavarse, a dormir, a ponerse al día sobre amigos y conocidos, sobre los primeros cien, sobre las noticias de la Tierra. Las banderas de conveniencia habían sido destruidas por los ataques de los desposeídos del sur, pero al parecer las transnacionales habían buscado refugio en el Grupo de los Siete y habían sido acogidas y defendidas con un enorme despliegue militar. El duodécimo intento de cese de las hostilidades se había respetado durante varios días.

Así que disponían de cierto tiempo para intentar recuperarse. Pero cuando pasaron por la sala de comunicaciones, Frank seguía ahí, cada vez más sumido en una furia negra y amarga, abriéndose camino entre lo que parecía una interminable pesadilla de diplomacia microtransmitida, hablando continuamente en un tono urgente, desdeñoso, mordaz. Ya había sobrepasado la fase de engatusar a los demás para que hicieran algo, ahora sólo era un puro ejercicio de voluntad: trataba de mover el mundo sin una palanca, o con la más débil de las palancas, siendo su principal punto de apoyo sus viejos contactos norteamericanos y su relación personal con muchos de los líderes rebeldes, y ambos apoyos estaban casi agotados por los acontecimientos y los apagones de televisión. Y tenían cada vez menos importancia en Marte a medida que las fuerzas de la UNOMA y de las transnacionales capturaban una ciudad tras otra. A Nadia le parecía que Frank intentaba manejar el proceso con la fuerza bruta de la cólera. Se dio cuenta de que no soportaba estar cerca de él; las cosas ya iban bastante mal sin esa bilis negra.

Sax le ayudó a conseguir una conexión con Vega para contactar luego con la Tierra. Eso representaba horas entre transmisión y recepción, pero después de dos largos días, envió cinco mensajes codificados, al Secretario de Estado Wu, y mientras esperaba de noche las respuestas, la gente de Vega se entretuvo con cintas de noticias de la Tierra que ellos no habían visto. Todos esos informes, cuando aludían a la situación marciana, retrataban la insurrección como un trastorno menor provocado por elementos criminales, principalmente los prisioneros escapados de Koroliov, dedicados ahora a una destrucción irracional de la propiedad y que habían matado a muchos civiles inocentes. En esos informes se pasaban con insistencia las imágenes de los guardias congelados y desnudos en el exterior de Koroliov, además de telefotografías de satélite de los acuíferos reventados. Los programas más excépticos mencionaban que esas y otras escenas de Marte las proporcionaba la UNOMA, y algunas cadenas de China y Holanda incluso cuestionaban la veracidad de los comunicados. De todos modos, tampoco daban una explicación alternativa de los sucesos y los medios terranos difundían casi todos la versión transnacional. Cuando Nadia se lo dijo, Frank resopló.

—Pues claro —replicó despectivamente—. Las noticias terranas *son* transnacionales. —Desconectó el sonido.

Detrás de él, Nadia y Yeli se adelantaron instintivamente en el sofá de bambú, como si eso pudiera ayudarlos a oír mejor la toma silenciosa. Las dos semanas que habían pasado aislados del exterior habían parecido un año, y ahora miraban ansiosos la pantalla y se empapaban de noticias. Yeli se levantó para activar de nuevo el sonido, pero vio que Frank estaba dormido en la silla, con el mentón apoyado en el pecho. Cuando llegó un mensaje del Departamento de Estado, Frank despertó con una sacudida, subió el volumen, miró fijamente las diminutas caras en la pantalla, y replicó con aspereza. Luego cerró los ojos y se durmió otra vez.

Al final de la segunda noche del enlace con Vega, había conseguido que el Secretario Wu prometiera presionar a la UN en Nueva York para que restaurara las comunicaciones y detuviera la acción policial hasta que pudieran evaluar la situación. Wu también trataría de conseguir que las fuerzas transnacionales regresaran a la Tierra, aunque eso, apuntó Frank, sería imposible.

El sol había salido hacía un par de horas cuando Frank envió un último agradecimiento a Vega y cortó la conexión. Yeli dormía en el suelo. Nadia se levantó rígidamente y fue a dar un paseo por el parque, aprovechando la luz. Tuvo que pasar por encima de los que dormían en la hierba, en grupos de tres o cuatro, acunados en busca de calor. Los suizos habían montado grandes cocinas y había hileras de retretes junto al muro de la ciudad. Pronto se dio cuenta de que las lágrimas le corrían por la cara. Volvió andando. Era agradable caminar a la luz del día.

Más tarde, regresó a las oficinas de la ciudad. Frank estaba de pie junto a Maya, que dormía en un sillón. La miraba con una expresión vacía; luego alzó la cabeza y observó con ojos cansados a Nadia.

—Está profundamente dormida.

—Todo el mundo está agotado.

—Hmm. ¿Cómo fue en Hellas?

—Inundada.

Frank sacudió la cabeza.

—A Sax tiene que encantarle.

—Eso digo yo todo el tiempo. Aunque creo que la situación se le ha escapado de las manos,

—Ah, sí. —Frank cerró los ojos y pareció quedarse dormido uno o dos segundos.— Siento lo de Arkadi.

—Sí.

Otro silencio.

—Parece una niña.

—Un poco. —En realidad, Nadia nunca había visto a Maya tan envejecida. Todos se acercaban ya a los ochenta años y no podían mantener el ritmo, con tratamiento o sin él. Mentalmente, eran todos viejos.

—La gente de Vega me dijo que Phyllis y el resto de los de Clarke intentarán alcanzarlos en un cohete de emergencia.

—¿No están fuera del plano de la eclíptica?

—Ahora sí, pero tratarán de bajar hasta Júpiter y utilizarlo como sistema de frenado e impulso.

—Eso les llevará un año o dos, ¿no?

—Alrededor de un año. Con un poco de suerte pasarán de largo o caerán en Júpiter. O se quedarán sin comida.

—Parece que no estás en buenos términos con Phyllis.

—Esa zorra. Es responsable de gran parte de lo que ha pasado.

¡Cómo me gustaría haberle visto la cara cuando Clarke se soltó! —Frank rió roncamente.

Maya despertó. La ayudaron a levantarse y salieron al parque en busca de comida. Se metieron en una fila de gente enfundada en trajes, que tosía y se frotaba las manos, y exhalaba penachos de escarcha como blancas bolas de algodón. Muy pocos hablaban. Frank contempló la escena con disgusto, y cuando recibieron sus bandejas de *roshti* y *tabouli,* él se puso en seguida a comer y habló en árabe por el ordenador de muñeca.

—Dicen que Alex, Evgenia y Samantha vienen por Noetis con unos beduinos amigos míos —informó cuando cortó.

Eran buenas noticias. Sabían que Alex y Evgenia habían estado en el Mirador Aureum, un bastión rebelde que había destruido unas naves orbitales antes de que un fuego de misiles lo incinerara desde Fobos. Y nadie había tenido noticias de Samantha en todo el mes de la guerra.

De modo que esa tarde, aquellos de los primeros cien que estaban en la ciudad fueron a la puerta norte a recibirlos. La puerta se abría a una larga rampa natural que se adentraba en uno de los cañones más australes de Noctis. Caía la noche cuando apareció una caravana de rovers que avanzaba lentamente seguida por una nube de polvo.

Pasó casi una hora hasta que los vehículos rodaron por el último tramo de la rampa. No estaban a más de tres kilómetros de la puerta cuando de pronto grandes chorros de llamas y deyecciones estallaron entre ellos. Algunos de los rovers fueron empotrados contra el muro del risco y otros cayeron al vacío. Los demás se detuvieron, destrozados y en llamas.

Entonces una explosión golpeó la puerta norte y todos fueron lanzados contra la pared. Gritos y aullidos por la frecuencia común. Nada más; volvieron a levantarse. El material de la tienda aún resistía, aunque la antecámara de la puerta parecía atascada.

Abajo en el camino, unas espirales de humo se elevaron en el aire y se desplazaron hacia el este, deshaciéndose en jirones, y volvieron luego a Noctis arrastradas por el viento crepuscular. Nadia envió un rover robot a comprobar si había supervivientes. Los intercomunicadores crepitaban con estática, nada más que estática, y lo agradeció; ¿qué podía esperar?

¿Gritos? Frank maldecía por el intercomunicador, pasando del árabe al inglés. Intentaba en vano averiguar qué había ocurrido. Pero Alexander, Evgenia, Samantha... Nadia miraba horrorizada las pequeñas imágenes de la muñeca, mientras movía las cámaras robot. Rovers destrozados. Algunos cuerpos. Nada se movía. Un vehículo todavía humeaba.

—¿Dónde está Sasha? —gritó la voz de Yeli—. ¿Dónde diablos está Sasha?

—Estaba en la antecámara —le respondió alguien—. Iba a salir a saludarlos.

Había que abrir la puerta interior de la antecámara, Nadia empezó tecleando al principio todos los códigos, luego intentándolo con herramientas, y por último colocando una descarga de explosivos. Retrocedieron y la cerradura voló como una saeta de ballesta, y entonces se acercaron, empujaron y la puerta se abrió. Nadia entró a la carrera y cayó de rodillas junto a Sasha, acurrucada en la posición de emergencia; pero estaba muerta, los ojos vidriosos, el rostro carmesí.

Sintiendo que tenía que moverse o se convertiría en piedra allí mismo, Nadia se levantó y corrió de vuelta a los coches. Saltó dentro de uno y se alejó; no tenía ningún plan y pareció que el coche elegía el camino. Las voces de sus amigos

crepitaron en el ordenador de muñeca: sonaban como grillos en una jaula, Maya murmurando ferozmente en ruso, llorando; sólo ella era bastante fuerte para seguir sintiendo.

—¡Fue Fobos otra vez! —gritó la vocecita de Maya—. ¡Se han vuelto psicóticos ahí arriba!

Los otros seguían en estado de shock, sus voces sonaban como las de las IA.

—No son psicóticos —dijo Frank—. Es razonable. Ven que se avecina una solución política y cuelan todos los tantos posibles.

—¡Bastardos asesinos! —gritó Maya—. Fascistas del KGB...

El coche se detuvo ante las oficinas. Nadia corrió al interior, al cuarto donde había dejado sus cosas, a esas alturas nada más que una vieja mochila azul. Hurgó en ella, sin saber todavía lo que buscaba hasta que dio con una bolsa y la sacó. El transmisor de Arkadi. Por supuesto. Corrió de vuelta al coche y condujo hasta la puerta sur. Sax y Frank seguían hablando, Sax con el tono de voz de siempre, aunque decía:

—Todos aquellos de nosotros cuyo paradero se conoce están aquí o han sido asesinados. Creo que van detrás de los primeros cien.

—¿Quieres decir que nos escogen? —preguntó Frank.

—Vi unas noticias terranas que decían que éramos los cabecillas. Y veintiuno de nosotros han muerto desde que comenzó la revolución. Otros cuarenta han desaparecido.

El coche llegó a la puerta sur. Nadia apagó el intercom, salió del vehículo, fue a la antecámara, se puso unas botas, un casco y un par de guantes. Activó el aire y lo verificó; luego dio un manotazo al botón de apertura y aguardó a que la antecámara se despresurizara y se abriera. Como había hecho Sasha. Habían compartido toda una vida juntas sólo en ese último mes.

Salió a la superficie, al resplandor y al azote de un día ventoso y nublado, y sintió el primer mordisco de diamante del frío. Avanzó a través de remolinos de arena menuda y roja. La mujer hueca que pisaba sangre. En el exterior de la segunda puerta estaban los cuerpos de sus amigos y de muchos otros, las caras purpúreas e hinchadas, como después de un accidente de construcción. Nadia había sido testigo de muchos accidentes, había visto la muerte a menudo, y cada vez había sido terrible... ¡y sin embargo aquí esos espantosos accidentes eran deliberados! Eso era la guerra: matar gente por cualquier medio. Gente que podría haber vivido mil años. Pensó en Arkadi y en los mil años y siseó entre dientes. Se habían peleado tanto en los últimos tiempos..., casi siempre por motivos políticos. *Tus planes son un anacronismo total*, decía Nadia. *No entiendes el mundo. ¡Ja!*, reía el, ofendido. *Este mundo sí que lo entiendo*. Con una expresión más lóbrega que nunca. Y recordó cuando él le dio el transmisor, cómo lloraba por John, loco de dolor y de ira. Sólo por si acaso, había dicho ante las negativas de ella. Sólo por si acaso.

Y ahora había sucedido. No podía creerlo. Sacó la caja del bolsillo de la pierna. Fobos subía a toda velocidad por el horizonte occidental, como una patata gris. El sol acababa de ponerse y el resplandor rojizo era tan intenso que parecía como si estuviera envuelto en su propia sangre, como si fuera una criatura tan pequeña como una célula, mientras alrededor los vientos barrían un plasma polvoriento. Había cohetes aterrizando al norte de la ciudad. Los espejos del crepúsculo brillaban en el cielo como un cúmulo de estrellas vespertinas. Un cielo alborotado. Pronto descenderían naves de la UN.

Fobos cruzaba el ciclo cada cuatro horas y cuarto; no tuvo que esperar mucho. Había subido como una media luna, y ahora, casi llena, a medio camino del cénit, corría a través del cielo coagulado. Pudo distinguir un débil punto de luz dentro del

disco gris: las bóvedas de los dos pequeños cráteres Semenov y Leveikin. Alzó el transmisor y tecleó el código de ignición: MÁNGALA. Era tan simple como utilizar un telecomando cualquiera.

Una luz brillante llameó en el borde del pequeño disco gris. Las dos débiles luces se apagaron. La luz brillante resplandeció todavía más.

¿Percibirían la deceleración? Probablemente no, pero ya estaba ocurriendo.

Había empezado la caída de Fobos.

De vuelta en Cairo descubrió que las noticias se habían extendido. El brillante resplandor había llamado la atención de todos, y después, por costumbre, se habían agrupado ante las pantallas apagadas de los televisores y habían discutido lo que había pasado. Nadia dejó atrás un grupo tras otro, y oyó a la gente que decía: —¡Han atacado Fobos! ¡Han atacado Fobos!—. Y alguien rió: —¡Lo han acercado al límite de Roche!

Nadia pensó que se había extraviado en la medina, pero de pronto se encontró delante de las oficinas de la ciudad. Maya estaba fuera.

—¡Eh, Nadia! —gritó—. ¿Viste lo de Fobos?

—Sí.

—¡Roger dice que cuando estuvieron allí arriba en el año Uno pusieron dentro un sistema de explosivos y cohetes! ¿Te habló alguna vez Arkadi?

—Sí.

Entraron en las oficinas, Maya pensando en voz alta:

—Si consiguen frenarlo, bajará. Me pregunto dónde. Aquí estamos demasiado cerca del ecuador.

—Seguramente estallará y caerá sobre un montón de lugares.

—Es cierto. Me pregunto qué pensará Sax del asunto.

Encontraron a Sax y a Frank juntos delante de una pantalla, Yeli, Ann y Simón delante de otra. Un telescopio satélite de la UNOMA rastreaba a Fobos, y Sax medía la velocidad de la luna a través del paisaje marciano. En la imagen de la pantalla, la cúpula de Stickney brillaba como un huevo de Fabergé, pero unos fogonazos blancos de deyecciones y gases veteaban el borde frontal.

—Miren lo equilibrada que es la propulsión —dijo Sax a nadie en particular—. Una propulsión demasiado brusca y se habría despedazado. Y una desequilibrada lo habría hecho rotar fuera de control.

—Veo señales de impulsos laterales de estabilización —anunció su IA.

—Toberas de posición —dijo Sax—. Convirtieron Fobos en un gran cohete.

—Lo hicieron el primer año —dijo Nadia. No estaba segura de por qué hablaba, aún le parecía que estaba viéndose desde fuera—. Gran parte del grupo de Fobos procedía de los sistemas de cohetería y dirección. Procesaron las vetas de hielo, las transformaron en oxigeno y deuterio, y los almacenaron en columnas dentro del condrito. Los motores y el complejo de control los enterraron en el centro.

—Así que es un gran cohete. —Sax asentía mientras tecleaba—. Período de Fobos, 27.547 segundos. Avanza... a unos 2.146 kilómetros por segundo, y para caer necesita desacelerar a... a 1561 kilómetros por segundo. Por lo tanto, 585 kilómetros por segundo más despacio. Para una masa como la de Fobos... caramba. Es un montón de combustible.

—¿A cuánto ha descendido ya? —preguntó Frank. Tenía una expresión

sombría, las mandíbulas apretadas... Furioso, notó Nadia, por no ser capaz de prever qué pasaría ahora.

—Más o menos uno punto siete. Y esos grandes propulsores todavía arden. Caerá. Pero no en una sola pieza. El descenso la destruirá, estoy seguro.

—¿El límite de Roche?

—No, por la presión del aerofrenado, y todos esos depósitos de combustible vacíos...

—¿Qué ha pasado con la gente que había allí? —preguntó Nadia con aire ausente.

—Alguien dijo que parecía como si toda la población se hubiera tirado en paracaídas. No quedó nadie para frenarlo.

—Bien —dijo Nadia, dejándose caer en el sillón.

—Entonces, ¿cuándo caerá? —preguntó Frank. Sax parpadeó.

—Imposible saberlo. Depende de cuándo se desintegre y cómo. Pero creo que muy pronto. En el plazo de un día. Y entonces habrá una franja a lo largo del ecuador, probablemente muy extensa, que estará en apuros. Habrá toda una lluvia de meteoritos.

—Eso limpiará parte del cable —dijo Simón débilmente.

Estaba sentado junto a Ann y la miraba con preocupación. Ella observaba la pantalla de Simón con aire inexpresivo. Todavía no habían tenido noticias de Peter. ¿Era eso mejor o peor que un montón de hollín, que un nombre en código de puntos apareciendo en un ordenador de muñeca? Mejor, decidió Nadia. Pero también muy duro.

—Miren —dijo Sax—. Se está desintegrando.

La cámara telescópica del satélite mostró la cúpula sobre Stickney que estallaba en grandes fragmentos, y las líneas de cráteres que se abrían y vomitaban polvo. Luego el pequeño mundo que parecía una patata floreció y se desintegró en pedazos irregulares. Media docena de los grandes se alejaron despacio, el mayor por delante. Un fragmento se desvió a un costado, al parecer impulsado todavía por uno de los cohetes del interior de la luna. El resto de las rocas se diseminó, cada una cayendo a diferente velocidad.

—Bueno, me parece que estamos en la línea de fuego —dijo Sax alzando la cabeza y mirando—. Los fragmentos más grandes pronto entrarán en la atmósfera superior y entonces todo sucederá muy deprisa.

—¿Puedes determinar donde?

—No, hay demasiadas incógnitas. A lo largo del ecuador, eso es todo. Quizá estamos bastante al sur como para que no nos alcance directamente, pero habrá efectos de dispersión.

—La gente en el ecuador tendría que desplazarse hacia el norte o hacia el sur —dijo Maya.

—Es probable que ya lo sepan. En cualquier caso, la caída del cable ya habrá despejado la zona.

Frank recorría inquieto la sala. Al fin, no pudo contenerse, regresó al monitor y envió una secuencia de breves y mordaces mensajes. Uno obtuvo respuesta y Frank bufó:

—Disponemos de un período de gracia. La policía de la UN no bajará hasta que haya caído toda esa mierda. Después, se lanzarán como halcones sobre nosotros. Aseguran que la orden que inició las explosiones en Fobos partió de aquí, y están

cansados de que una ciudad neutral esté al servicio de la insurrección.

—De modo que esperarán al fin de la caída —dijo Sax.

Entró en la red de la UNOMA y consiguió una imagen de radar compuesta de fragmentos. Después de eso había poco que hacer. Se sentaron; se levantaron y dieron vueltas; miraron las pantallas; comieron pizza fría; dormitaron. Nadia esperaba encorvada sobre el vientre.

Cerca de la medianoche y en el lapso marciano, algo en las pantallas atrajo la atención de Sax: tecleando furiosamente en los canales de Frank, consiguió conectar con el observatorio del Monte Olimpo. Allí faltaba poco para el amanecer y una de las cámaras del observatorio transmitió una imagen del horizonte sur: la curvatura negra del planeta bloqueaba las estrellas. Unos meteoritos centellearon mientras caían oblicuamente en el cielo occidental, veloces y brillantes como rayos recios, o titánicas balas rastreadoras. Se dispersaban en el este y estallaban justo antes impacto, dejando manchas fosforescentes en cada punto de colisión, como minúsculas explosiones nucleares. En menos de diez segundos el ataque había terminado. Una línea de refulgentes burbujas amarillas punteaban el campo oscuro.

Nadia cerró los ojos y vio unos remolinos de manchas luminosas. Volvió a abrirlos y miró la pantalla. Amanecía. El sol iluminó unas nubes de humo que se elevaban en el cielo sobre Tharsis oeste como hongos de color rosa pálido, de tallos largos y grises. Lentamente el sol subió sobre esa vegetación turbulenta y la cubrió con un barniz broncíneo. Luego, la línea de nubes amarillas y rosadas derivó por un cielo de índigo pastel, parecía una pesadilla de Maxfield Parrish, demasiado extraña y hermosa. Nadia pensó en el último instante del ascensor, en esa doble hélice de diamantes. ¿Cómo es que la destrucción podía ser tan hermosa? ¿No era acaso una combinación fortuita de elementos, la prueba definitiva de que la belleza carecía de dimensión moral?

—Ahí hay suficiente materia como para desencadenar otra tormenta planetaria —observó Sax—. Aunque la radiación de calor será considerable.

—Cállate, Sax —dijo Maya.

—Nos ha llegado el turno, ¿verdad? —preguntó Frank. Sax asintió.

Abandonaron las oficinas de la ciudad y salieron al parque. Todos miraban al nordeste en silencio, como si participaran en algún ritual religioso. No parecía que estuvieran esperando un bombardeo. El cielo matinal era de color rosa, polvoriento y mortecino.

Entonces, un cometa atravesó el horizonte, irradiando una luz dolorosa. Hubo un jadeo colectivo, y algunos gritaron. La refulgente línea blanca se curvó sobre ellos y en seguida, en un instante, pasó como una exhalación y desapareció en el horizonte oriental. Un momento después el suelo tembló ligeramente. Al este, una nube subió a la cúpula rosa del cielo, a unos 20.000 metros de altura.

Entonces otro resplandor blanco cruzó el cielo arrastrando colas de cometas en llamas. Luego otro, y otro, un cúmulo fulgurante que cayó por el horizonte oriental en el inmenso Marineris. Al fin, la lluvia cesó, y durante un momento los testigos de Cairo miraron sin ver, tambaleantes, cegados por imágenes fantasmas en la retina.

—Ahora le toca a la UN. —dijo Frank—. En el mejor de los casos.

—¿Crees que deberíamos...? —Maya se interrumpió.— ¿Crees que estaremos...?

—¿A salvo? —dijo Frank mordazmente. —Quizá tendríamos que despegar otra vez.

—¿A la luz del día?

—¡Bueno, tal vez sea mejor que quedarnos aquí! ¡No sé vosotros,

pero yo no quiero que me pongan contra un paredón y me ejecuten!

—Si son de la UNOMA no harán eso —dijo Sax.

—No puedes estar seguro —dijo Maya—. Todo el mundo en la Tierra cree que somos los cabecillas.

—¡No hay cabecillas! —exclamó Frank.

—Pero ellos quieren que los haya —dijo Nadia. Callaron.

—Quizá alguien haya decidido que sin nosotros todo será más fácil —

concluyó Sax.

Llegaron más noticias de impactos en el otro hemisferio y Sax se sentó ante las pantallas. Ann permaneció de pie junto a él, mirando por encima del hombro izquierdo de Sax. Los choques de ese calibre habían sido frecuentes en otro tiempo, y ella quería ver uno en vivo, aunque fuera obra de los humanos.

Mientras ellos miraban. Maya no dejaba de insistir en que tenían que marcharse, esconderse, lo que fuera. Frank salió a ver qué ocurría en el espaciopuerto. Nadia lo acompañó hasta las oficinas, temiendo que Maya tuviera razón, pero poco dispuesta a seguir escuchando. Se despidió de Frank y se quedó delante del edificio mirando el cielo. Había llegado la tarde y los vientos del oeste comenzaban a barrer la pendiente de Tharsis. Parecía como si hubiera humo en el cielo, como si algo ardiera del otro lado de los riscos. La luz en el interior de Cairo disminuyó a medida que las nubes de polvo oscurecían el sol, y la polarización de la tienda desencadenó breves arcoiris y parelios, como si la materia constitutiva del mundo se deshiciera en partes caleidoscópicas. Nadia se estremeció. Una nube más densa cubrió el sol, como un eclipse. Salió de la sombra y entró en las oficinas.

—Es muy probable que se inicie otra tempestad —decía Sax.

—Espero que así sea —dijo Maya. Caminaba de un lado a otro, como si fuera una pantera enjaulada—. Nos ayudaría a escapar.

—¿Escapar adonde? —preguntó Sax.

—Los aviones están listos —dijo Maya, nerviosa—. Podríamos regresar a los montes Hellespontus, a los hábitats que hay allí.

—Nos verían.

Frank apareció en la pantalla de Sax. Miraba el ordenador de muñeca y la imagen vacilaba.

—Estoy con el alcalde en la puerta oeste. Hay un puñado de rovers fuera. Hemos bloqueado todas las puertas pues se niegan a identificarse. Al parecer han rodeado la ciudad e intentan acercarse a la planta física desde el exterior. De modo que será mejor que todos se pongan los trajes y se preparen para una retirada.

—¡Ya dije que teníamos que irnos! —gritó Maya.

—No hubiéramos podido —dijo Sax—. De todos modos, la confusión nos favorecerá. Si todo el mundo intenta marcharse al mismo tiempo, tal vez se sientan desbordados. Y ahora escuchen, si algo pasa, nos encontraremos en la puerta este, ¿de acuerdo? Ustedes vayan primero. Frank —se volvió a la pantalla—, tú también deberías ir allí cuanto antes. Yo intentaré algo con los robots de la planta física. Quiero que mantengan a esa gente fuera, al menos hasta que oscurezca.

Eran las tres de la tarde, aunque el cielo estaba cada vez más oscuro, poblado de altas nubes de polvo que se desplazaban rápidamente. Las fuerzas del exterior se identificaron como policía de la UNOMA y exigieron que las dejaran entrar. Frank y

el alcalde de Cairo les pidieron la autorización de la UN en Ginebra y prohibieron que trajeran cualquier tipo de arma. Las fuerzas en el exterior no contestaron.

A las 16:30 las alarmas sonaron en toda la ciudad. Habían perforado la tienda; un viento súbito barrió las calles y las alarmas de despresurización se activaron en todos los edificios. La electricidad se cortó y la ciudad se llenó de figuras en trajes y cascos que corrían, todas precipitándose hacia las puertas, derribadas por ráfagas de viento. Las ventanas estallaban, el aire estaba lleno de jirones de plástico transparente. Nadia, Maya, Ann, Simón y Yeli abandonaron el edificio de la ciudad y se abrieron paso hacia la puerta. La gente se apretaba alrededor; la antecámara estaba abierta, y algunos pasaban estrujándose; cualquiera que cayera al suelo corría peligro de muerte, y si llegaban a bloquear la antecámara, podía ser mortal para todos. Sin embargo, todo sucedía en silencio, salvo alguna palabra transmitida por los intercoms de los cascos. Los primeros cien habían sintonizado la vieja frecuencia, y por encima de la estática y de los ruidos exteriores surgió la voz de Frank.

—Estoy en la puerta este. Apártense de la multitud para que pueda encontrarlos. —Hablaba en un tono grave, profesional.— Hay que darse prisa. Algo ocurre fuera de la antecámara.

Se apartaron del gentío y vieron a Frank junto al muro, agitando una mano por encima de la cabeza.

—Adelante —les dijo en los oídos la figura lejana—. No nos comportemos como un rebaño de ovejas. Ahora que la tienda está rota, podemos salir por donde queramos. Vayamos directamente a los aviones.

—Te lo dije —empezó a decir Maya, pero *Frank* la interrumpió:

—Cállate, Maya, no podíamos irnos hasta que sucediera algo así,

¿recuerdas?

El sol casi se había puesto y la luz entraba por una abertura entre Pavonis y la nube de polvo, iluminando las nubes desde abajo con violentos colores marcianos. Y entonces, unas figuras enfundadas en uniformes de camuflaje empezaron a entrar a través de los desgarrones de la tienda. Fuera había un grupo de autobuses del espaciopuerto descargando más tropas.

Sax apareció por un callejón.

—¡No llegaremos a los aviones!

De la oscuridad surgió una figura con traje y casco.

—Vamos —dijo en la frecuencia de los primeros cien—. Síganme. Miraron al desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó Frank.

—¡Síganme!

El extraño era un hombre pequeño, y detrás del visor del casco, entrevieron una sonrisa radiante y feroz. Una cara delgada y morena. El hombre se metió en un callejón que conducía a la medina y Maya fue la primera en seguirlo. Había gente corriendo por todas partes; los que no llevaban casco estaban tendidos en el suelo, muertos o moribundos. A través de los cascos oían sirenas, muy débiles y atenuadas, y bajo los pies sentían vibraciones sónicas, estampidos sísmicos de algún tipo. En medio de esta agitada actividad sus propias voces decían: «¿Adonde?», «Sax,

¿estás ahí?», «Se ha metido por esa calle», una conversación extrañamente íntima, en aquel caos de oscuridad. Nadia casi pisó el cuerpo de un gato muerto, tendido en el astrocésped como si estuviera dormido.

El hombre al que seguían canturreaba una melodía: un bajo y absorto *bum, bum, ba-dum-dum, dum...* tal vez el tema de Pedro de *Pedro y el Lobo.* Conocía bien las calles de Cairo, pues se internaba en el denso laberinto de la medina sin un instante de vacilación. En menos de diez minutos llegaron al muro de la ciudad.

Todos miraron allí a través de la tienda deformada; fuera, en la oscuridad, unas figuras anónimas se alejaban solas o en grupos de dos o tres, en una especie de dispersión browniana, hacia el borde sur de Noctis.

—¿Dónde está Yeli? —exclamó Maya de repente. Nadie lo sabía.

Entonces Frank señaló:

—¡Miren!

Bajando por el camino del este, unos rovers salían de Noctis Labyrinthus. Eran coches rápidos de carrocería desconocida, y asomaban en la oscuridad con los faros apagados.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Sax, volviéndose hacia el guía;

pero el hombre había vuelto a desvanecerse en alguno de los callejones.

—¿Es ésta todavía la frecuencia de los primeros cien? —inquirió una voz nueva.

—¡Sí! —contestó Frank—. ¿Quién habla?

—¿No es Michel? —gritó Maya.

—Buen oído, Maya. Sí, soy Michel. Hemos venido a sacarlos de aquí. Parece que están eliminando a cualquiera de los primeros cien que tengan a mano. Hemos pensado que quizá quisieran unirse a nosotros.

—Creo que todos estamos dispuestos —le dijo Frank—. Pero, ¿cómo?

—Bueno, ésa es la parte complicada. ¿Apareció un guía y los condujo al muro?

—¡Sí!

—Bien. Era el Coyote, es bueno en ese tipo de cosas. Ahora hay que esperar. Crearemos algunas distracciones en otras partes y luego iremos a vuestra sección del muro.

En cuestión de minutos, aunque pareció una hora, las explosiones sacudieron la ciudad. Vieron fogonazos de luz al norte, sobre el espaciopuerto. Michel habló otra vez.

—Que la luz del casco de alguien apunte hacia el este durante un segundo.

Sax pegó la cara a la pared de la tienda y encendió la luz del casco, que iluminó brevemente un humeante cono de aire. La visibilidad se había reducido a cien metros o quizá menos. Pero la voz de Michel dijo:

—Contacto. Ahora corten la tienda y salgan al exterior. Casi hemos llegado. Partiremos en cuanto estén en las antecámaras de nuestros rovers, así que prepárense. ¿Cuántos son?

—Seis —dijo Frank tras una pausa.

—Estupendo. Tenemos dos vehículos; será suficiente. Tres en cada uno, ¿de acuerdo? Prepárense, tenemos prisa.

Sax y Ann cortaron el material de la tienda con los cuchillos pequeños que llevaban en los kits de muñeca; parecían gatos furiosos arañando cortinas, pero pronto pudieron arrastrarse a través de los agujeros, y todos treparon por encima del muro y se dejaron caer sobre la capa de regolito. Detrás de ellos la planta física estalló en una sucesión de fogonazos estroboscópicos que revelaban unas siluetas perdidas en la bruma.

De repente, los extraños rovers salieron de la negrura del polvo y frenaron ante

ellos. Las puertas exteriores de las antecámaras se abrieron rápidamente. Sax, Ann y Simón entraron en uno de los rovers, y Nadia, Maya y Frank en el otro, y todos rodaron de cabeza cuando los vehículos aceleraron bruscamente.

—¡Ay! —gritó Maya.

—¿Todos a bordo? —preguntó Michel. Dijeron sus nombres—. Estupendo. ¡Me alegro de que estén aquí! —exclamó—. Es cada vez más difícil. Acabo de enterarme de que Dmitri y Elena han muerto. Los mataron en el Mirador de Echus.

En el silencio que siguió pudieron oír el ruido de los neumáticos que trituraban la grava del camino.

—Estos rovers son realmente rápidos —comentó Sax.

—Sí. Y tienen buenos amortiguadores. Aunque me temo que no han sido fabricados para este tipo de situación. Tendremos que abandonarlos una vez que entremos en Noctis; son demasiado visibles.

—¿Tienen coches invisibles? —preguntó Frank.

—En cierta manera.

Tras media hora de dar tumbos en la antecámara, pasaron a los habitáculos de los rovers. Y ahí en uno estaba Michel Duval, el pelo blanco, arrugado: un anciano, que miraba a Maya, Nadia y Frank con lágrimas en los ojos. Los abrazó uno por uno, con una risa extraña y ahogada.

—¿Nos llevas con Hiroko? —inquirió Maya.

—Sí, lo intentaremos. Pero hay un largo camino y las condiciones no son buenas. Aun así, creo que lo conseguiremos. ¡Oh, estoy tan contento de haberlos encontrado! Ha sido horrible buscar y buscar y encontrar sólo cadáveres.

—Lo sabemos —dijo Maya—. Encontramos a Arkadi, y a Sasha la mataron hoy, y a Alex, Edvard y Samantha, y creo que también a Yeli, hoy mismo...

—Haremos lo que sea para que no vuelva a ocurrir.

Los monitores mostraron el interior del otro rover. Ann, Simon y Sax eran recibidos por un joven desconocido. Michel se volvió hacia el parabrisas y silbó entre dientes. Estaban en la cabecera de uno de los muchos cañones que descendían hacia Noctis y se perdían en abismos. El camino descendente había sido allí una rampa artificial. Pero ahora la rampa había desaparecido, destrozada por una explosión.

—Tendremos que caminar —dijo Michel al cabo de un momento—. De todas maneras, los vehículos no nos servirían en terreno llano. Son sólo cinco kilómetros. Preparen al máximo los trajes.

Se pusieron los cascos y cruzaron de nuevo las antecámaras.

Cuando todos estuvieron fuera, se quedaron mirándose: los seis refugiados, Michel y el conductor más joven. Los ocho emprendieron la marcha a pie, en la oscuridad, y sólo usaron los focos de los cascos durante el complicado descenso por la sección destrozada de la rampa. De nuevo en el camino, apagaron las luces y bajaron a largas zancadas. No había estrellas en el cielo nocturno, y el viento silbaba cañón abajo, a veces en ráfagas tan fuertes que parecía que los empujaban por la espalda. Ciertamente, se estaba iniciando otra tormenta de polvo; Sax murmuró algo sobre tormentas globales o ecuatoriales, pero era imposible predecirlo.

—Esperemos que sea global —dijo Michel—. Esa cobertura nos vendría muy bien.

—Dudo que lo sea —dijo Sax.

—¿Adonde vamos? —preguntó Nadia.

—Bueno, hay una estación de emergencia en Aureum Chaos.

De modo que tendrían que recorrer toda la extensión del Valle Marineris... ¡5.000 kilómetros!

—¿Cómo lo haremos? —exclamó Maya.

—Tenemos vehículos para los cañones —repuso escuetamente Michel—. Ya lo verán.

El camino era una cuesta empinada. Había tanto polvo y estaba tan oscuro que tuvieron que encender las luces de los cascos. Los oscilantes conos de luz amarilla apenas alcanzaban la superficie del camino, y Nadia pensó que parecían una hilera de peces abisales, los focos luminosos brillando en un gran lecho oceánico. O mineros en un túnel de humo. Una parte de ella comenzó a disfrutar de la situación: fue una sacudida íntima, física, pero no obstante, el primer sentimiento positivo que recordaba desde que encontrara a Arkadi.

Aún era plena noche cuando llegaron al fondo del cañón; una amplia U, como todos los cañones de Noctis Labyrinthus. Michel se acercó a una roca, apretó a un lado con una mano, y una escotilla se alzó en el costado de la roca.

—Entren —dijo.

Había dentro dos vehículos: rovers grandes recubiertos con una delgada capa de basalto.

—¿Qué hay de los rastros térmicos? —preguntó Sax mientras gateaba para entrar en uno de los rovers.

—Todo el calor va a parar a unas bobinas. De modo que no queda ninguna señal.

—Buena idea.

El conductor joven los ayudó a entrar en los rovers.

—Larguémonos de aquí —dijo con brusquedad, casi empujándolos a través de las puertas de las antecámaras. La luz le iluminó el rostro, enmarcado por el casco: asiático, de unos veinticinco años quizá. Ayudó a los refugiados sin mirarlos a los ojos, al parecer malhumorado, altivo, quizá asustado, y de pronto les dijo—: La próxima vez que hagan una revolución, será mejor que prueben otras vías.

OCTAVA PARTE

Shikata ga nai

Cuando los ocupantes de la cabina del ascensor Amigo de Bangkok *se enteraron de que el cable de Clarke había sido arrancado y que estaba cayendo, se precipitaron a los vestuarios y se pusieron deprisa los trajes de emergencia, y milagrosamente no hubo pánico general. Esa sensatez asombraba a Peter Clayborne. La sangre le martilleaba en el cuerpo con grandes descargas de adrenalina; no estaba seguro de poder hablar. Un hombre del grupo de delante les dijo con voz serena que se acercaban al punto areosincrónico, y todos fueron pasando a la antecámara y allí se apretujaron como los trajes en los armarios de suministros, luego la cerraron y despresurizaron. La puerta exterior se abrió deslizándose, y ahí estaba, un gran rectángulo de espacio negro, estrellado, mortal. Lanzarse a él sin un cable de sujeción era un suicidio, se dijo Peter. Pero los que estaban delante saltaron y el resto los siguió, desparramándose como las esporas de una semilla.*

La cabina y el ascensor se empequeñecieron y desaparecieron rápidamente hada el este. La nube de trajes comenzó a dispersarse. Muchos apuntaban con los pies hacia el planeta, que yacía debajo como una sucia pelota de baloncesto. El grupo que hacía los cálculos aún estaba allí, en la frecuencia común, y discutía la situación como si se tratara de un problema de ajedrez. Estaban cerca de la órbita areosincrónica, pero con una velocidad descendente de varios cientos de kilómetros por hora; si quemaban la mitad del combustible casi la contrarrestarían, dejándolos en una órbita mucho más estable. En otras palabras, corrían el riesgo de morir por asfixia y no tanto por el calor de la reentrada en la atmósfera. Pero por eso habían saltado al espacio. Quizá en ese período de gracia aparecieran equipos de rescate, nunca se sabía. Era evidente que la gran mayoría estaba decidida a intentarlo.

El joven quitó los controles de seguridad en la consola de muñeca y activó los cohetes apretando los botones con los pulgares. El mundo se alejó entre sus botas. Algunos intentaban permanecer juntos, pero pensó que era un desperdicio de combustible, y dejó que flotaran a la deriva por encima de él hasta que sólo fueron unas estrellas. No estaba tan asustado como en el vestuario, pero sí furioso y triste: no quería morir. Sintió un espasmo de dolor por el futuro perdido y gritó en voz alta, y lloró. Después de un rato las manifestaciones físicas desaparecieron, aunque seguía sintiéndose desdichado. Miró tristemente las estrellas, sacudido por esporádicas ráfagas de temor y desesperación, menos frecuentes a medida que transcurrían los minutos y luego las horas. Intentó ralentizar su metabolismo, pero el intento tuvo el efecto contrario. Se tomó el pulso en la consola de muñeca: 108 pulsaciones por minuto. Hizo una mueca y trató de identificar las constelaciones. El tiempo pasó arrastrándose.

Despertó; se sorprendió cuando se dio cuenta de que había estado durmiendo, y en seguida volvió a dormirse. Luego de un tiempo, despertó otra vez. Los refugiados

de la cabina habían desaparecido, aunque algunas estrellas parecían moverse contra el telón de fondo. No había rastro del ascensor, ni en el espacio ni en la superficie del planeta.

La muerte sería como el espacio, sólo que sin el pensamiento ni las estrellas. En algunos aspectos era una espera tediosa; lo impacientaba y pensó en desactivar el sistema de calefacción y acabar de una vez. Saber hacerlo lo ayudó a esperar, y decidió que lo apagaría cuando el suministro de aire estuviera agotándose. La idea le aceleró las pulsaciones a ciento treinta e intentó concentrarse en Marte. Hogar, dulce hogar. Todavía estaba casi en órbita areosincrónica. Tharsis seguía allí abajo, aunque ahora él se encontraba un poco más al oeste, sobre Marineris.

Transcurrieron las horas, y volvió a quedarse dormido. Cuando despertó, vio una pequeña nave espacial plateada suspendida, como un ovni delante de él; lanzó un grito de sorpresa y empezó a girar. Trató febrilmente de estabilizarse, y cuando lo consiguió la nave ya estaba allí. En la ventana de una portilla lateral vio a una mujer que le hablaba y se señalaba el oído. Activó la frecuencia común, pero ella no transmitía en esa banda. Se acercó a la nave y asustó a la mujer cuando chocó contra ella. Frenó y retrocedió. La mujer gesticulaba como invitándole a que entrase en la nave. Él asintió con un vigoroso gesto de cabeza y otra vez empezó a girar. Mientras rotaba vio que de la ventana se abría la puerta de una escotilla, en la parte superior de la nave. Se estabilizó y fue hacia la escotilla, preguntándose si cuando la alcanzara sería real. Tocó la puerta abierta, parpadeó, y unas pequeñas esferas de lágrimas flotaron en el visor del casco mientras se apretaba contra el fondo de la escotilla. Le quedaba una hora de oxigeno.

Cuando el compartimiento se cerró y fue presurizado, abrió el sello y se quitó el casco. El aire era tenue, rico en oxígeno, y fresco. La puerta de la antecámara se abrió de pronto y él entró.

Unas mujeres se reían. Eran dos y parecían de buen humor.

—¿Qué pensabas hacer... aterrizar en eso? —preguntó una.

—Estaba en el cable —dijo él, y se le quebró la voz—. Tuvimos que saltar. ¿Han cogido a algún sobreviviente?

—Sólo a ti. ¿Te llevamos abajo?

Peter no supo qué responder. Las mujeres se rieron.

—¡Vaya sorpresa encontrar a alguien aquí! ¿Con cuántas ges te sientes cómodo?

—No sé... ¿tres?

Volvieron a reírse.

—Bueno, ¿cuántas soportas tu?

—Bastantes más —dijo la mujer que lo había visto por la ventanilla.

—Bastantes más —se mofó Peter—. ¿Cuál es el límite entonces para un ser humano?

—Lo averiguaremos —dijo la otra mujer, y se rió.

La pequeña nave comenzó a acelerar hacia Marte. El joven se tendió exhausto en un sillón de gravedad detrás de las dos mujeres, masticando cheddar y bebiendo agua. Ellas habían estado en una de las estructuras de espejos, y habían hurtado ese vehículo de descenso después de convertir la estación en un montón de moléculas. Habían complicado el descenso al desplazarse a una órbita polar austral; iban o aterrizar cerca del casquete.

Peter escuchó esa información en silencio. De pronto la nave empezó a sacudirse y las ventanillas se pusieron blancas, y poco después amarillas y después de un anaranjado brillante. Las fuerzas de gravedad lo empotraron contra la silla; los ojos

se le nublaron y le dolía la garganta.

—Peso pluma —dijo una de las mujeres, y *Peter no supo si hablaba de él o de la nave.*

Entonces las fuerzas g desaparecieron y la ventana se despejó. Peter miró y vio que caían de proa hacia el planeta y que solo estaban a unos pocos miles de metros de la superficie. No podía creerlo. Las mujeres mantuvieron la inclinación de la nave hasta que pareció que iban a ensartar la arena, y entonces la enderezaron en el último minuto, y Peter fue empujado otra vez contra la silla.

—Con suavidad —dijo una de las mujeres, y entonces se posaron con un golpe sordo, y se deslizaron sobre terreno estratificado.

De nuevo la gravedad. Peter salió del vehículo detrás de las dos mujeres y bajó por un tubo peatonal al interior de un rover grande; estaba atontado y al borde de las lágrimas. Había dos hombres en el rover, que saludaron a gritos y abrazaron a las mujeres.

—¿Quién es ése? —preguntaron.

—Oh, lo recogimos allí afuera, saltó del ascensor. Todavía está un poco mareado. ¡Eh! —le dijo a Peter con una sonrisa—. Estamos abajo, todo va bien.

Hay errores irreparables.

Ann Clayborne estaba en la parte de atrás del rover de Michel, echada sobre tres asientos, sintiendo cómo las ruedas subían y bajaban por las rocas. El primer error había sido venir a Marte, y luego enamorarse del lugar. Enamorarse de un lugar que el resto del mundo quería destruir.

El planeta había sido cambiado para siempre. La sala principal del rover recibía la luz de unas ventanas bajas que mostraban un camino irregular de grava, salpicado de rocas: la autopista Noctis. Michel no se molestaba en evitar las piedras más pequeñas; marchaban a unos sesenta k/h, y cuando pasaron sobre un pedrusco grande todos saltaron en los asientos.

—Lo siento —dijo Michel—. Tenemos que salir del Candelabro tan pronto como sea posible.

—¿El Candelabro?

—Noctis Labyrinthus. —Ann sabía que ése era el nombre original que le habían dado los geólogos terranos al examinar las fotos del Mariner. Pero no dijo nada. No tenía ganas de hablar. Michel prosiguió, la voz baja y afable, tranquilizadora:— Hay varios puntos por los que sería imposible que pasaran los rovers. Acantilados transversales que van de muro a muro, campos de rocas gigantescas, esa clase de cosas. Una vez que entremos en Marineris estaremos bien, allí las rutas son innumerables.

—¿Estos vehículos están equipados para recorrer todo el cañón? —

preguntó Sax.

—No. Pero tenemos escondites por todas partes.

Al parecer los grandes cañones habían sido las principales vías de transporte para la colonia oculta. La Autopista del Cañón había cortado muchas de esas vías.

Ann escuchaba a Michel con tanta atención como los demás; siempre había sentido curiosidad por la colonia oculta. La utilización de los cañones había sido una maniobra ingeniosa. Los nuevos rovers se confundían con los millones de rocas que yacían en los taludes detríticos. Los techos de los coches eran en realidad rocas, vaciadas desde abajo. Un grueso aislamiento impedía que el techo del vehículo se calentase, de modo que no dejaban rastros infrarrojos, «sobre todo porque aún hay un montón de los molinos de viento de Sax diseminados por aquí y confunden las lecturas». El vehículo también estaba aislado por debajo, de manera que tampoco dejaba rastros de calor en el suelo. El calor del motor de hidrazina se empleaba para calentar los habitáculos, y cualquier exceso era conservado en un acumulador de bobinas. Las bobinas sobrecargadas iban a parar a unos agujeros excavados bajo el coche y se las cubría con regolito mezclado con oxígeno líquido. Cuando el suelo de encima de la bobina se calentaba, el rover ya estaba muy lejos. Nunca dejaban rastros de calor, nunca empleaban la radio y sólo viajaban de noche. Durante el día se quedaban quietos entre otras rocas, «y aunque compararan las fotos y vieran que éramos nuevos allí, seríamos sólo una roca más entre las mil que habrían caído del acantilado esa noche. En realidad la pérdida de masa se ha acelerado desde que la terraformación comenzó; el suelo se congela y descongela todos los días. Tanto por las mañanas como por las noches, hay desprendimientos cada pocos minutos».

—Así que no hay manera de que nos vean —comentó Sax,

sorprendido.

—Así es. No hay señal visual, ni térmica, ni electrónica.

—Un rover de camuflaje —dijo Frank por el intercomunicador desde el otro vehículo, y rió roncamente.

—Así es. El verdadero peligro aquí abajo son los desprendimientos de roca, los mismos que nos ocultan. —Se encendió una luz roja en el tablero de mandos y Michel se rió.— Vamos tan bien que tendremos que detenernos y enterrar una bobina.

—¿No tardaremos demasiado en excavar un agujero? —preguntó Sax.

—Ya hay uno excavado. Otros cuatro kilómetros. Creo que lo conseguiremos.

—Lo tienen todo bien organizado aquí.

—Bueno, vivimos escondidos desde hace catorce años, quiero decir catorce años marcianos. La ingeniería de eliminación termal es muy importante para nosotros.

—Pero ¿cómo se las arreglan en los habitats permanentes, si es que tienen alguno?

—Canalizamos el calor hasta el regolito profundo y derretimos hielo. O lo canalizamos hasta unas chimeneas que parecen molinos calefactores. Entre otras técnicas.

—Fueron una idea equivocada —dijo Sax. En el otro coche Frank se rió. Sólo has tardado treinta años en darte cuenta, habría dicho Ann si hubiera hablado.

—¡No, fueron una idea excelente! —exclamó Michel—. Ya habrán añadido millones de kilocalorías a la atmósfera.

—Más o menos lo que un agujero de transición añade en una hora —

indicó Sax con modestia.

Michel y él se pusieron a hablar de los proyectos de terraformación. Ann dejó que las voces se perdieran en una especie de glosolalia: era muy fácil hacerlo, estos días para ella las conversaciones siempre estaban en el límite de lo absurdo, tenía que esforzarse para entender. Se relajó y se alejó mentalmente, y sintió que Marte se movía y rebotaba debajo de ella. Se detuvieron un momento para enterrar una bobina de calor. Cuando reemprendieron la marcha, el camino era más llano. Ya habían alcanzado el corazón del laberinto, y en un rover normal habría estado mirando por las claraboyas las compactas y escarpadas paredes de los cañones. Valles de falla, ensanchados por los desprendimientos; una vez había habido hielo en esos valles, pero probablemente ya había migrado al acuífero Compton, en el fondo de Noctis.

Ann pensó en Peter y se estremeció; estaba asustada. Simón la observaba con disimulo, visiblemente preocupado, y de repente ella odió aquella lealtad de perro, aquel amor de perro. No quería que nadie la amara así, era una carga insoportable, una auténtica imposición.

Se detuvieron al amanecer y guardaron los dos rovers-roca en una zona de piedras altas. Pasaron todo el día juntos en uno de los vehículos, comiendo sin prisa pequeñas raciones de comida rehidratada o preparada en el microondas, intentando captar transmisiones de televisión o radio. No encontraron nada de interés, sólo algunos estallidos ocasionales en diversos idiomas y códigos; la incoherente basura del éter. Las violentas crepitaciones de estática parecían indicar impulsos electromagnéticos. Pero los componentes electrónicos del rover estaban protegidos, dijo Michel, sentado en una silla, con aire meditabundo. Una nueva calma para Michel Duval, pensó Ann. Como si estuviera acostumbrado a vivir escondido. Su compañero, el joven que conducía el otro rover, se llamaba Kasei. Cuando hablaba, el tono era siempre de severa desaprobación. Bueno, la merecían. Por la tarde Michel les mostró a Sax y Frank un mapa topográfico que pasó a las pantallas de los dos coches. La ruta que atravesaba Noctis continuaba hacia el sudoeste, a lo largo de uno de los cañones grandes del laberinto. Al principio zigzagueaba hacia el este, descendía en pendiente hasta que llegaba a la gran zona

entre Noctis y las cabeceras de Ius y de Tithonium Chasmas. Michel llamaba a esa región Compton Break. Era un terreno caótico, y no se sentiría tranquilo hasta que descendieran a Ius Chasma. Porque fuera de ese camino furtivo, dijo, la zona era intransitable. «Y si deducen que salimos de Cairo por aquí, es posible que bombardeen la ruta.» La noche anterior habían recorrido cerca de quinientos kilómetros, casi toda la extensión de Noctis; otra buena noche y bajarían a Ius y ya no dependerían de una única ruta.

Era un día oscuro. El viento arrastraba nubes de arena parda. Otra tormenta de polvo, no cabía duda. Las temperaturas caían. Sax frunció la nariz cuando una voz en la radio afirmó que estaba levantándose una tormenta planetaria. Sin embargo, Michel estaba contento. Significaba que también podrían viajar de día, lo que reduciría a la mitad la duración del viaje.

De modo que junto con Kasei comenzó a conducir sin parar, en turnos de tres horas, seguidos de media hora de descanso. Otro día y dejaron atrás Compton Break y entraron al fin en las paredes estrechas de Ius Chasma.

Ius era el más estrecho de los cañones del sistema Marineris sólo tenía veinticinco kilómetros de ancho cuando salía de Compton Break, y separaba Sinai Planum de Tithania Catena. Las redes laterales tenían tres kilómetros de alto: una gigantesca hendidura larga y angosta, visible sólo a veces entre nubes de polvo en movimiento. A lo largo de todo aquel lóbrego día continuaron por una ruta llana aunque salpicada de rocas. En el rover todos estaban en silencio, y mantuvieron bajo el volumen de la radio; la estática era irritante. En las vistas que proporcionaban las cámaras sólo se veía el polvo que los dejaba atrás, y tenían la impresión de que apenas se movían. Otras veces parecía como si marcharan de costado. Conducir era agotador; Simón y Sax relevaron a Michel y a Kasei. Ann seguía sin hablar. Sax condujo con un ojo en la pantalla de su IA, que le proporcionaba lecturas atmosféricas. Desde el otro lado del coche, Ann pudo ver que la IA indicaba que el impacto de Fobos estaba espesando la atmósfera, un incremento de cincuenta milibares, extraordinario. Y los cráteres recientes todavía emitían gases. Sax comentó ese cambio con una mueca de satisfacción, ajeno a la muerte y la destrucción que la acompañaban. Advirtió la mirada colérica de Ann y dijo: —Supongo que es como en la antigüedad—. Estuvo a punto de añadir algo más, pero Simón lo hizo callar con una mirada de reojo.

En el otro vehículo, Maya y Frank pasaban las horas ante la radio y haciendo preguntas a Michel sobre la colonia oculta, o discutiendo con Sax los nuevos cambios físicos, o especulando sobre la guerra. Discutiendo interminablemente, intentando encontrarle algún sentido, entender qué había pasado. Hablando, hablando, hablando. El Día del Juicio Final, cuando vivos y muertos caminaran juntos, Maya y Frank seguirían hablando, tratando de entender.

En la tercera noche, bajaron por el extremo inferior de Ius y llegaron a una larga aleta *lemniscata* que dividía el cañón. Siguieron la autopista de Marineris por la bifurcación sur. En la hora que precede al alba vieron algunas nubes en lo alto, y luego la claridad fue mucho más viva que en los días anteriores. Eso bastó para que buscaran donde esconderse. Se detuvieron junto a un montón de rocas apiladas contra la pared sur y se reunieron en el coche de vanguardia para pasar el día.

Desde allí alcanzaban a ver la ancha extensión de Melas Chasma, el cañón más grande. La roca de Ius era áspera y oscura comparada con el suelo de Melas, liso y rojo. A Ann le parecía imposible que las rocas de los dos cañones procedieran de las antiguas placas tectónicas, que en un tiempo se habían desplazado juntas y ahora estaban yuxtapuestas para siempre.

No se movieron en todo aquel largo día, tensos, extenuados, las caras tiznadas por la ubicua arena roja de la tormenta. A veces había nubes, a veces neblina, a veces súbitos claros.

A media tarde, sin previa advertencia, el rover se sacudió. Sobresaltados,

corrieron a mirar los monitores. La cámara trasera del rover enfocaba Ius, y Sax señaló la pantalla.

—Escarcha —dijo—. Me pregunto si...

La cámara mostró el vapor de escarcha espesa que bajaba por el cañón hacia ellos. La autopista corría allí afortunadamente por el terreno elevado de la bifurcación sur de Ius; con un bramido que sacudió al rover, el suelo del cañón desapareció de pronto, cubierto por un muro bajo de aguas negras y espumas blanquecinas. Era una fuerza irresistible de pedazos de hielo, rocas, espuma, barro y agua, una masa rugiente que se precipitaba por el centro del cañón.

Debajo de la autopista, el suelo del cañón tenía unos quince kilómetros de ancho. La inundación cubrió todo ese espacio en unos pocos minutos, y empezó a subir por un largo talud que nacía de la pared del acantilado frente a ellos. La superficie de la crecida se aquietó al tropezar con ese dique, y mientras miraban se congeló y solidificó: un grumoso y descolorido caos de hielo, extrañamente inmóvil. Entonces pudieron oírse gritando por encima de los estampidos y explosiones y del omnipresente fragor, pero no había nada que decir. Mudos de asombro, sólo pudieron mirar por las ventanillas bajas o por las pantallas. El vapor de escarcha que se elevaba de la corriente se convirtió en una niebla ligera. Pero no más de quince minutos después, el extremo inferior del lago de hielo estalló y se desgarró en una oleada de agua negra y humeante que hizo pedazos el dique del talud, con el rugido explosivo de una avalancha de rocas. La inundación avanzó de nuevo cañón abajo hasta perderse de vista en la gran pendiente que descendía de Ius a Melas Chasma.

Ahora había un río que corría por el Valle Marineris, un torrente ancho, humeante y cuajado de hielo. Ann había visto vídeos de las inundaciones del norte, pero era la primera vez que observaba una directamente. El mismo paisaje hablaba ahora en una especie de glosolalia. El bramido rudimentario destrozaba el aire y le sacudía el estómago como desgarrando la materia misma del mundo. Y también era un caos visual, un torrente de torbellinos y corrientes que subían y bajaban, oscuros y claros, desconcertantes y vertiginosos. Ann no alcanzaba a entender lo que decían sus compañeros. No soportaba mirar a Sax, aunque al menos lo comprendía. Él intentaba escondérselo, pero era evidente que estaba excitado. El hieratismo de Sax enmascaraba una naturaleza apasionada; ella siempre lo había sabido. Ahora se lo veía muy sonrojado, como si tuviera fiebre, y esquivaba los ojos de Ann, sabía que a ella no podía mentirle. Ella lo despreciaba por esta actitud siempre esquiva, y porque se pasaba las horas delante de los monitores... en realidad no había mirado ni una sola vez por las ventanillas para ver la inundación con sus propios ojos. Las cámaras ofrecían una vista mejor,

dijo con suavidad cuando Michel lo instó a echar un vistazo. Y después de observar sólo durante media hora la primera embestida de la inundación en los televisores, había vuelto a la pantalla de su IA. El agua se precipitaba por Ius, se congelaba, reventaba y volvía a correr cañón abajo; sin duda para desembocar en Melas. Que hubiera allí suficiente agua como para que llegara a Coprates, y luego bajara a Capri y Eos, y luego a Aureum Chaos... parecía improbable a primera vista, pero el acuífero Compton era grande, uno de los más grandes jamás encontrados. Era muy posible que Marineris hubiera nacido de surgimientos tempranos del mismo acuífero, y la Protuberancia de Tharsis nunca había dejado de emitir nubes de gases... Se descubrió tendida en el suelo del rover, observando la inundación y tratando de comprenderla. Sólo como una manera de concentrarse mejor en lo que veía, de rescatarlo de todo aquel sinsentido, intentó calcular mentalmente el caudal de la inundación. Estaba fascinada: aquello había sucedido en Marte mucho antes, miles de millones de años atrás, y sin duda de la misma manera. Había señales de inundaciones catastróficas todo alrededor: playas

escalonadas en terrazas, islas lemniscatas, lechos de canales, tierras costrosas... Y los antiguos acuíferos reventados habían vuelto a llenarse con el agua que ascendía de Tharsis, y el calor y las emisiones de gas vinieron después. Tenía que haber sido muy lento... pero en dos mil millones de años...

Se obligó a mirar. El torrente corría a unos doscientos metros por debajo de ellos. La pared norte de Ius se alzaba a unos quince kilómetros, y la inundación se detenía allí. La profundidad del torrente era quizá de unos diez metros, a juzgar por las rocas gigantescas que rodaban corriente abajo y hacían añicos el hielo dejando una estela de agujeros negros y humeantes. En las zonas descubiertas el agua parecía avanzar a unos treinta kilómetros por hora. Por tanto (mientras ella introducía números en el ordenador de muñeca) el caudal desplazaba unos cuatro millones y medio de metros cúbicos por hora. Eso venía a ser como unos cien Amazonas, pero con un caudal inestable, que se helaba y estallaba en una perpetua cadena de diques de hielo que se levantaban y caían, lagos enteros humeantes que saltaban por encima de canales o pendientes, que arrancaban la tierra hasta alcanzar el lecho rocoso y luego lo desgarraban... Tendida en el suelo del rover, Ann podía sentir en los pómulos esa embestida, que hacía vibrar el terreno con un agitado latido. Semejantes temblores no se habían sentido en Marte en millones de años, lo que explicaba algo que ella había visto pero no había comprendido nunca. La Pared norte de Ius se movía. La roca de los acantilados se desprendía y caía en el cañón, sacudiendo el suelo y desencadenando nuevas avalanchas y levantando olas gigantescas que volvían a caer en la corriente. El agua se derramaba de nuevo corriente arriba sobre el hielo, la roca estallaba en explosiones de hidratación, el espeso vapor de escarcha se vertía en el aire saturado de polvo, ocultando partes de la pared norte.

Y sin duda, la pared sur estaría desplomándose también, y si caía sobre ellos, todos morirían. Era bastante posible... muy posible. Por lo que veía, tenían un cincuenta por ciento de posibilidades. Aunque quizá allí era peor; la inundación socavaba la pared norte, mientras que el camino elevado protegía el muro sur. De modo que los acantilados del sur tenían que ser un poco más estables...

En ese momento, algo atrajo su atención corriente abajo. Allí la pared sur empezaba a derrumbarse. Grandes láminas de roca se desprendían y caían. La base del acantilado estalló en una nube de polvo que creció sobre el talud, y las secciones superiores se deslizaron dentro de esa nube y desaparecieron. Tras un segundo, la masa entera reapareció flotando horizontalmente a través de la nube: una visión extraña. El ruido era dolorosamente alto, aun dentro del vehículo. Una prolongada y lenta avalancha cayó en la corriente, las rocas aplastando el hielo y bloqueando el agua. Un dique repentino retuvo el torrente cañón abajo, y las riberas comenzaron a subir. Ann vio cómo la lámina de hielo de la orilla se quebraba y se convertía en bloques que se empujaban unos a otros en un mar de aguas oscuras y siseantes que subían a toda velocidad hacia el rover. Los devoraría muy pronto si el dique no cedía. Ann escrutó las rocas oscuras caídas allá adelante; sólo una franja era visible todavía por encima de la inundación. Pero el aguanieve que tenía debajo seguía subiendo. Era una especie de carrera. La bañera del Gran Hombre estaba vaciándose mientras él echaba dentro cubos de agua. La velocidad de la subida del lago hizo que Ann volviera a considerar la velocidad de la corriente. Se sintió paralizada, desconectada, extrañamente serena: le era indiferente si el dique se rompía o no antes de que la inundación los alcanzase. Y en medio del sobrecogedor bramido no sintió ninguna necesidad de comunicar lo que pensaba a los demás; era imposible. Se le ocurrió que en cierto modo estaba animando a la inundación a seguir. Les estaría bien empleado.

Entonces el dique de la avalancha desapareció bajo la masa descolorida, todo rodó corriente abajo en un derrumbe majestuoso, y mientras ella miraba, el efímero lago empezó a bajar. Los bloques de hielo de la superficie se entrechocaron chirriando y retumbando, hundiéndose y emergiendo con un ruido ensordecedor.

Ann se tapó los oídos con las manos. El vehículo botaba abajo y arriba. Pudo ver más avalanchas en los acantilados distantes, sin duda socavados por la súbita oleada; los temblores desencadenaban nuevos derrumbes, hasta que pareció que llenarían todo el cañón. Era difícil creer que en medio de todos aquellos ruidos y vibraciones, los pequeños vehículos sobrevivieran. Los viajeros se aferraban a los brazos de los asientos o permanecían echados en el suelo como Ann, aislados por el bramido, sintiendo en las venas una pavorosa mezcla de hielo y adrenalina; hasta Ann, a quien no le importaba, respiraba con dificultad, el cuerpo encogido y tenso.

Cuando al fin pudieron hablar, le preguntaron a Ann qué había pasado. Ella siguió mirando tristemente por la ventana y no contestó. Al parecer iban a sobrevivir, al menos por el momento. La superficie de la corriente era ahora el terreno más caótico que había visto jamás; el hielo pulverizado se extendía en una llanura de afilados fragmentos. La superficie del lago había subido casi cien metros, y había dejado al retirarse un terreno empapado que pasó de un negro herrumbroso a un blanco grisáceo en menos de veinte segundos. Tiempo de congelación en Marte.

Durante todas esas horas, Sax no se había apartado de los monitores. Se evaporaría muchísima agua, o más bien se congelaría y sublimaría, musitó para nadie en particular. Era un agua salina altamente carbonatada, pero terminaría por ser un polvo de nieve que caería en alguna otra parte. Quizá la atmósfera se hidratase, y nevaría varias veces, o incluso con regularidad, en ciclos de precipitación y sublimación. Así pues, el agua de la crecida se distribuiría uniformemente por todo el planeta, excepto en los terrenos más elevados. El albedo subiría de forma drástica. Tendrían que bajarlo, tal vez potenciando las algas de nieve que había creado el grupo de Acheron. (Pero ya no existía Acheron, le indicó Ann mentalmente.) El hielo negro se derretiría durante el día, y se congelaría por la noche. Sublimación y precipitación. Y así conseguirían un paisaje acuático: los arroyos se encontrarían, unirían sus caudales, bajarían por las pendientes, se congelarían y dilatarían en las grietas de las rocas, se sublimarían y se precipitarían en forma de nieve y se derretirían y volverían a fluir. Sería un mundo glacial o pantanoso casi todo el tiempo, pero, aun así, un paisaje acuático.

Y todas y cada una de las características del Marte primitivo se derretirían. Marte rojo había muerto.

Ann yacía en el suelo, junto a la ventana. Las lágrimas se le derramaron como uniéndose a la inundación: por encima del dique de la nariz, corriente abajo, hasta que le mojó la mejilla y la oreja y todo el lado derecho de la cara.

—Esto hará más complicado que bajemos hasta el fondo del cañón —dijo Michel con una sonrisa fugaz, y Frank rió en el otro coche.

En verdad, parecía imposible que pudieran avanzar más de cinco kilómetros. Justo delante de ellos la avalancha había enterrado la autopista. Las rocas se amontonaban unas sobre otras en paredes inestables, debilitadas desde abajo por la inundación, bombardeadas desde arriba por los continuos desprendimientos.

Durante largo rato discutieron cómo intentar salir de allí. tenían que hablar casi a gritos para oírse por encima del incesante fragor de la inundación. Nadia consideraba que subir por la pendiente era suicidarse, pero Michel y Kasei estaban casi seguros de que encontrarían un camino. Después de un exhaustivo reconocimiento a pie que ocupó todo un día, lograron convencer a Nadia, y los demás se mostraron bien dispuestos. Y así al día siguiente, a cubierto de ojos indiscretos por la tormenta de polvo y el vapor de la inundación, se dividieron entre los dos vehículos y empezaron a conducir despacio sobre el derrumbe.

Era una masa irregular de grava y arena, salpicada de numerosas rocas

grandes. Sin embargo, la zona sobre la que se alzaba el camino estaba relativamente nivelada. Se trataba pues de abrirse paso sobre una superficie que parecía de cemento mal mezclado, esquivando grandes piedras y salvando esporádicos agujeros. Michel condujo el coche de vanguardia con temeridad, con una obstinación rayana en la inconsciencia.

—Medidas desesperadas —declaró jubilosamente—. En una situación normal esto sería una locura.

—Es una locura ahora —dijo Nadia con acidez.

—Bueno, ¿qué nos queda? No podemos retroceder y no podemos abandonar. Éstos son tiempos que ponen a prueba el espíritu del hombre.

—No obstante, a las mujeres les va bien.

—Era una cita. Sabes a lo que me refiero. Sencillamente no tenemos posibilidad de volver atrás. La cabecera de Ius estará anegada de pared a pared. Imagino que es eso lo que en cierto modo me alegra. ¿Acaso podemos elegir? El pasado ya no existe, todo lo que importa es el ahora. El presente y el futuro. Y el futuro es este campo de piedras, y aquí estamos. Y se sabe que uno nunca recurre a todas sus fuerzas hasta que sabe de verdad que no hay marcha atrás, que sólo cabe ir adelante.

Y siguieron adelante. Pero el optimismo de Michel se redujo abruptamente cuando el segundo vehículo cayó en un agujero disimulado entre las rocas. Con ciertas dificultades consiguieron abrir la antecámara delantera y sacar a Kasei, Maya, Frank y Nadia. No obstante, no tenían ninguna posibilidad de liberar el coche sin gatos ni palancas. De modo que recogieron todos los suministros y los trasladaron al otro vehículo, que quedó completamente atestado. Y prosiguieron la marcha, ocho personas y sus provisiones, todos ahora en un único coche.

Sin embargo, cuando dejaron atrás la avalancha, todo fue más fácil. Siguieron la autopista del cañón hasta Melas Chasma y allí descubrieron que el camino corría pegado a la pared sur, y como Melas era un cañón tan ancho, la inundación había tenido espacio para extenderse y en algunas zonas se había desviado al norte. Aún sonaba como si unos extractores de aire funcionaran a plena potencia justo fuera de la antecámara, pero la carretera corría por encima y al sur de la inundación, que soltaba velos de vapor de escarcha, llenando el abismo y bloqueando cualquier escenario más al norte.

Avanzaron sin dificultad durante un par de noches, hasta que llegaron al Espolón de Ginebra, que sobresalía de la gigantesca pared sur, casi al borde de la corriente. Allí el camino doblaba hacia lo que ahora era el curso de la inundación, y tuvieron que buscar una ruta más elevada. Los sinuosos rodeos a través de las rocas en las pendientes más bajas del Espolón fueron muy difíciles para el rover. En una ocasión casi quedaron suspendidos en un saliente de roca, y Maya le gritó a Michel y lo acusó de temerario. Se hizo cargo de la conducción mientras Michel, Kasei y Nadia se ponían los trajes y salían al exterior. Sacaron al rover del saliente y luego fueron delante a reconocer la ruta.

Frank y Simón ayudaron a Maya a esquivar obstáculos mientras conducía. Sax seguía pasando todo el tiempo mirando la pantalla. De vez en cuando Frank encendía el televisor y buscaba señales, intentando reconstruir noticias a partir de las voces confusas que la radio captaba. En el mismo lomo del Espolón de Ginebra, cuando cruzaban la estrecha franja de hormigón de la Autopista Transcañón, alcanzaron a oír algunas transmisiones, lo que indicaba que después de todo no iba a ser una tormenta de polvo planetaria. Y en verdad, a veces los días sólo eran brumosos en vez de estar cuajados de polvo. Sax dijo que eso probaba el éxito relativo de las estrategias de fijación del polvo adoptadas después de la Gran Tormenta. No hubo comentarios. Frank señaló que la neblina en el aire parecía ayudar a hacer más claras las débiles señales de radio. Resonancia estocástica, dijo

Sax. El fenómeno no era razonable, y Frank le pidió a Sax que le diera una explicación. Sax habló un rato, y al fin Frank soltó la risa hueca de siempre.

—Quizá la emigración no fue más que resonancia estocástica, que amplificaba la débil señal de la revolución.

—No se pueden establecer analogías entre el mundo físico y el mundo social.

—Cállate, Sax. Vuelve a tu realidad virtual.

Frank seguía enfadado; destilaba amargura así como la inundación destilaba vapor de escarcha. Dos o tres veces al día, asaltaba a Michel con preguntas sobre la colonia oculta. Ann se alegró de no estar en la piel de Hiroko cuando Frank se encontrara con ella. Michel contestaba con tranquilidad, sin hacer caso del sarcasmo y la furia que brillaba en la mirada de Frank. Los intentos de Maya por sosegarlo sólo servían para ponerlo mas furioso, pero ella insistía. Ann estaba sorprendida por la perseverancia de Maya, por lo insensible que parecía a los ásperos rechazos de Frank. Era una faceta que no le conocía; por lo general Maya era la persona más volátil del mundo. Pero no ahora.

Al fin rodearon el Espolón de Ginebra y volvieron a estar bajo la pared sur. Las avalanchas interrumpían a menudo el camino al este, pero siempre tenían espacio para desviarse a la izquierda y dar un rodeo.

Llegaron al extremo oriental de Melas. Ahí el abismo más grande se estrechaba y descendía varios cientos de metros hasta los dos cañones paralelos de Coprates, separados por una larga y estrecha meseta. Una escarpada pared cerraba Coprates Sur doscientos cincuenta kilómetros más allá. Coprates Norte empalmaba con unos cañones más bajos en el este lejano. No había otro camino. Era el accidente más largo del sistema Marineris. Michel lo llamaba el Canal de la Mancha; se estrechaba también a medida que avanzaba hacia el este, hasta que alrededor de la longitud sesenta se elevaba y se convertía en un gigantesco desfiladero: acantilados cortados a pico de cuatro kilómetros de altura, que se miraban a través de una grieta de veinticinco kilómetros de ancho. Michel llamaba a ese desfiladero la Puerta de Dover; al parecer las paredes de esos riscos eran blancas, o lo habían sido.

Bajaron por Coprates Norte y los acantilados se cerraron sobre ellos cada día más. La inundación ocupaba todo el ancho del cañón, y la corriente era tan rápida que el hielo de la superficie se quebraba en pequeños témpanos que se desprendían de las olas y se estrellaban de nuevo en la cascada: unos furiosos rápidos de aguas espumosas, el caudal de cien Amazonas coronados de témpanos. Las rojas embestidas de las aguas, como enormes latidos de sangre herrumbrosa, arrancaban y arrastraban el suelo del cañón, como si el planeta se desangrara hasta morir.

Cuando llegaron a la Puerta de Dover vieron sorprendidos que el suelo del cañón estaba casi todo cubierto. El reborde bajo la pared sur del desfiladero no tenía más de dos kilómetros de anchura, y era más estrecho cada vez. Parecía que se derrumbaría en cualquier momento. Maya gritó que era demasiado peligroso continuar y propuso que retrocedieran. Si daban la vuelta y conducían hasta el callejón sin salida de Coprates Sur y conseguían subir a la meseta, entonces podrían dejar atrás las simas de Coprates y seguir hasta Aureum.

Michel insistió en que siguieran adelante y atravesaran la Puerta por el reborde.

—¡Si nos damos prisa lo conseguiremos! ¡Hay que intentarlo! —Y cuando Maya siguió protestando, añadió con contundencia:— ¡La cabecera de Coprates Sur es tan escarpada como estos riscos! ¡El coche no podría subir por ahí! ¡Y no tenemos provisiones para un viaje tan largo! ¡No podemos retroceder!

La única respuesta fue el atronador bramido de la inundación. Permanecieron sentados en el coche, ensimismados, aislados por el fragor como por muchos

kilómetros de distancia. Ann deseó que el reborde se desmoronara debajo de ellos, o que les cayera encima una parte de la pared sur y acabara con la indecisión de todos y con aquel ruido terrible y enloquecedor.

Siguieron adelante. Frank, Maya, Simón y Nadia estaban detrás de Michel y Kasei, mirando mientras conducían. Sax se quedo ante la pantalla, estirándose como un gato y observando con ojos de miope las minúsculas imágenes de la inundación. La superficie se calmó un instante, y se congeló, y el estrépito se convirtió en un bramido sordo.

—Es como el Gran Cañón en la escala de un super Himalaya —dijo Sax, al parecer entre dientes, aunque Ann podía oírlo—. El desfiladero Kala Gandaki tiene unos tres kilómetros de profundidad, ¿no es así? Y entre Dhaulagiri y Annapurna sólo hay una separación de cuarenta o cincuenta kilómetros. Llena ese espacio con un caudal como... —No consiguió recordar ninguna inundación comparable.— Me pregunto qué estaría haciendo toda esa agua tan arriba en la Protuberancia Tharsis.

Unos estampidos como de disparos anunciaron otra oleada. La superficie blanca se quebró y se alejó corriente abajo. El ruido los envolvió de nuevo y ahogó todo lo que pensaban o decían, como si el universo vibrara. Un bajo afinándose...

—Se purifica de gases —dijo Ann—. Se purifica de gases. —Tenía la boca rígida, y sintió en el rostro que no hablaba desde hacía tiempo.—

Tharsis descansa sobre una corriente de magma. La roca sola no podría sostenerse; la protuberancia se habría hundido sin una corriente ascendente del manto.

—Creí que no había manto.

Ella apenas oyó a Sax a través del ruido.

—No, no. —No le importó si Sax la oía o no.— Se ha hecho más lento. Pero las corrientes siguen ahí. Y desde la última gran inundación han vuelto a llenar los acuíferos altos de Tharsis y han mantenido los de Compton en estado líquido. Con el tiempo, las presiones hidrostáticas fueron extremas. Pero con una actividad volcánica menor, y menos impactos de meteoritos, no llegó a estallar. Quizá estuvo lleno mil millones de años.

—¿Crees que Fobos lo hizo estallar?

—Tal vez. Me parece más probable una especie de fusión de reactor.

—¿Sabías que Compton era tan grande? —preguntó Sax.

—Sí.

—Yo no tenía ni idea.

—No.

Ann lo miró. ¿La había oído?

Sí, la había oído. Ocultación de datos... Sax estaba conmocionado, era evidente. No imaginaba ninguna razón que justificara la ocultación de datos. Quizá por eso no se entendían. Sistemas de valores basados en suposiciones muy distintas. Disciplinas científicas independientes.

Sax se aclaró la garganta.

—¿Sabías que era líquido?

—Lo imaginaba. Pero ahora lo sabemos.

La cara de Sax se crispó y puso en pantalla la imagen de la cámara izquierda. Agua negra burbujeante, escombros grises, hielo destrozado, rocas grandes que giraban como dados; olas verticales congeladas que se colapsaban y desaparecían

en nubes de vapor de escarcha...

—¡Yo no lo habría hecho así! —exclamó Sax. Ann lo miró, él no apartó la vista de la pantalla.

—Lo sé —dijo ella. Y entonces volvió a estar cansada de hablar, cansada de la inutilidad de las palabras. Nunca había sido diferente: susurros contra el gran bramido del mundo, a medias oídos y menos aun comprendidos.

Cruzaron rápidamente la Puerta de Dover, siguiendo la Rampa de Calais, como Michel llamaba al reborde. Había piedras por doquier y la inundación ya estaba devorando la orilla del reborde. Los fragmentos de las paredes caían delante, detrás y sobre ellos. Era muy posible que cayera una roca mayor y los aplastara como a cucarachas. La perspectiva los preocupaba a todos, y eso le convenía a Ann. Hasta Simón la dejaba en paz, entregado al esfuerzo de navegación o en salidas de reconocimiento con Nadia, Frank o Kasei, contento, pensó Ann, de tener una excusa para alejarse de ella. ¿Y por qué no?

Traqueteaban a un par de kilómetros por hora. Viajaron durante la noche y el día siguientes, aunque había menos neblina y era posible que los vieran desde los satélites. No tenían ninguna otra elección.

Y al fin cruzaron la Puerta de Dover, y Coprates volvió a abrirse delante de ellos. La inundación se desvió algunos kilómetros hacia el norte.

Al anochecer detuvieron el vehículo. Llevaban conduciendo casi cuarenta horas. Se pusieron de pie y se estiraron, movieron los pies, y luego volvieron a sentarse y comieron juntos. Maya, Simón, Michel y Kasei estaban de buen humor, contentos de haber atravesado la Puerta; Sax era el mismo de siempre; Nadia y Frank parecían un poco menos sombríos. La superficie de la inundación estaba congelada de momento, y podían hacerse oír sin desgañitarse. Y así cenaron, concentrados en las pequeñas raciones de comida, hablando sin orden ni concierto.

Durante esa tranquila comida, Ann observó a todos con curiosidad, asombrada de pronto por el espectáculo de la adaptabilidad humana. Allí estaban, cenando y hablando por encima del estruendo sordo que llegaba del norte, como si estuvieran haciendo vida social; podría haber sido cualquier lugar en cualquier época, las caras cansadas animadas por el éxito colectivo, o por el mero placer de comer juntos... mientras fuera de la habitación el mundo destrozado rugía y las avalanchas amenazaban aniquilarlos en cualquier momento. Se le ocurrió que el placer y la estabilidad de los comedores siempre tenían ese telón de fondo, el escenario catastrófico del caos universal; esos momentos de calma eran tan frágiles y fugaces como pompas de jabón, destinados a estallar casi en cuanto se formaban. Grupos de amigos, habitaciones, calles, años, nada duraría. La ilusión de la estabilidad nacía de un esfuerzo concertado por ignorar el caos. Y así comieron, y hablaron, y disfrutaron de la compañía de los otros; así había sido en las cavernas, en la sabana, en las vecindades y en las trincheras en las ciudades, encogidos bajo el bombardeo.

Y por esa razón, en ese momento de la tormenta, Ann Clayborne hizo un esfuerzo. Se levantó y se dirigió a la mesa. Recogió el plato de Sax, y luego el de Nadia y el de Simón. Llevó los platos a la pequeña pila de magnesio, y mientras los fregaba sintió que la garganta se le distendía; habló entonces y la voz le salió como un graznido, pero con esa pequeña hebra había ayudado a tejer la ilusión humana.

—¡Una noche tormentosa! —le dijo Michel secando los platos junto a ella, sonriendo—. ¡Una noche en verdad tormentosa!

A la mañana siguiente despertó antes que los demás, y observó los rostros de sus compañeros dormidos: sucios, hinchados, con las negras mordeduras de la

escarcha, las bocas abiertas en un sueño de completa extenuación. Parecían muertos. Y ella no había intentado ayudarlos. Había sido una carga para el grupo; cada vez que entraban al coche habían tenido que pasar por encima de la loca que yacía en el suelo, y se negaba a hablar, y lloraba día y noche. ¡Justo lo que necesitaban!

Avergonzada, se levantó y trabajó en silencio ordenando el cuarto y la zona del conductor. Y ese día estuvo seis horas al volante. Terminó exhausta; pero llegaron sanos y salvos al otro lado de la Puerta de Dover.

Sin embargo, los problemas no habían terminado. Coprates se había abierto un poco, sí, y la pared sur resistía. Pero en esta zona había una cresta larga, una isla ahora, que bajaba por el centro del cañón y lo dividía en dos; y por desgracia el canal del sur era más bajo que el del norte, de modo que el grueso de la inundación fluía por él, y los obligaba a aplastarse contra los riscos. Por suerte la terraza del reborde tenía aquí unos cinco kilómetros de ancho, aunque con el torrente tan cerca a la izquierda, y con los careados riscos a la derecha, nunca se sentían fuera de peligro.

Un día Maya dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿No podríamos esperar a que la inundación arranque la isla y se la lleve?

Tras una incómoda pausa, Kasei dijo:

—Tiene cientos de kilómetros de largo.

—Bueno... ¿no podríamos esperar a que esta inundación pare? Quiero decir, ¿cuánto puede *seguir* como hasta ahora?

—Varios meses —repuso Ann.

—¿Y no podemos esperar ese tiempo?

—Se nos acaba la comida —explicó Michel.

—Tenemos que continuar —dijo Frank con aspereza—. No seas tonta.

Maya le echó una mirada de fuego y le dio la espalda. De repente el rover pareció demasiado pequeño, como si hubieran metido dentro un grupo de tigres y leones. Simón y Kasei, agobiados por la tensión, se pusieron los trajes y salieron a reconocer el terreno.

Más allá de lo que llamaron Isla Cresta, Coprates se abría como un embudo, con profundas depresiones entre las paredes del cañón. La depresión norte era Capri Chasma, y la del sur, Eos Chasma, continuaba los cañones de Coprates. No tenían otra alternativa que atravesar Eos, pero Michel dijo que de todos modos era el camino que tendrían que haber tomado. Ahí el acantilado sur bajaba un poco al fin, cortado por hondas ensenadas y destrozado por un par de cráteres de meteoritos de buen tamaño. Capri Chasma doblaba hacia el nordeste y se perdía de vista; entre las dos depresiones había una mesa baja y triangular que dividía la inundación en dos. Por desgracia, el grueso del agua desembocaba en Eos, ligeramente más bajo, de modo que aun fuera de los estrechos cañones de Coprates, todavía tenían que apretarse contra la pared del risco y avanzaban despacio, con provisiones de comida y carburantes cada vez más escasas.

Estaban cansados, muy cansados. Hacía veintitrés días que habían escapado de Cairo, ahora 2.500 kilómetros cañón arriba; y en todo ese tiempo habían dormido por turnos y habían conducido casi sin interrupción, envueltos en el fragor de un mundo que se hacía pedazos.

Eran demasiado viejos para eso, como había dicho Maya en más de una ocasión, y tenían los nervios desquiciados; decían tonterías, cometían pequeños errores, dormitaban en cualquier momento.

El reborde por el que iban, entre el risco y la inundación, se convirtió de pronto en un inmenso campo de rocas, deyecciones de cráteres próximos o detritos arrastrados por las aguas. A Ann le pareció como si las ensenadas estriadas que había en el risco sur fueran trabajos de *sapa* que abrirían cañones tributarios de desagüe; pero no tuvo tiempo de mirar con mucha atención. Parecía a menudo que las rocas iban a bloquear el camino por completo, que después de todos estos días y kilómetros, después de franquear casi totalmente Marineris en medio del cataclismo más violento, iban a quedarse allí retenidos por los últimos derrumbes en la desembocadura de los cañones.

Entonces buscaron un camino y lo encontraron, y al rato no pudieron seguir, y así una vez y otra, día tras día. Redujeron las raciones a la mitad. Ann estaba a menudo al volante, pues parecía menos cansada que los otros. Era una buena conductora, casi tanto como Michel, y ahora siempre quería ayudar, hacer algo, y cuando no conducía, salía a reconocer el camino. Fuera seguía el ruido aturdidor y el suelo que temblaba bajo los pies. Era imposible acostumbrarse, aunque ella trató de pasarlo por alto. La luz del sol atravesaba la niebla y la bruma en amplias manchas mortecinas, y en el crepúsculo y alrededor del sol opaco aparecían hieloiris y parelios, y anillos de luz. A menudo el cielo entero parecía en llamas, una escena del apocalipsis visto por Turner.

Muy pronto también Ann estuvo extenuada. Ahora comprendía a sus compañeros. Michel había sido incapaz de localizar los últimos tres depósitos de suministros; estaban enterrados o anegados, poco importaba. La mitad de las raciones representaban 1.200 calorías diarias, mucho menos de lo que consumían. Falta de comida, falta de sueño; y para Ann al menos, la misma y vieja depresión, implacable como la muerte, que crecía en ella como una negra masa de barro, vapor, hielo.

El camino se hizo más difícil. Un día sólo avanzaron un kilómetro. Al día siguiente pareció que no se movían. Una hilera de grandes rocas eran una especie de línea Maginot marciana. Un plano fractal perfecto, señaló Sax, de 2.7 dimensiones. Nadie se molestó en contestarle.

Kasei descendió y descubrió un paso posible justo en el borde del torrente. Por el momento, toda la inundación estaba congelada, como durante los últimos dos días. Se extendía hasta el horizonte, una superficie revuelta como la del Océano Glacial Ártico, sólo que mucho más sucia, un gran revoltijo de bloques negros, blancos y rojos. Sin embargo, junto a la orilla el hielo era llano, y en muchos sitios transparente. Miraron y comprobaron que era una capa congelada de unos dos metros de profundidad. De modo que bajaron a la orilla y marcharon junto a ella, y cuando encontraban un grupo de rocas, Ann giraba a la izquierda y viajaban sobre la dura capa de hielo. Nadia y Maya se burlaron del temor que esa ruta provocaba en los otros.

—En Siberia conducíamos todo el invierno por los ríos —dijo Nadia—

. Eran los caminos mejores.

De modo que durante todo un día Ann marchó por el borde mellado de la inundación y a veces sobre la superficie, y avanzaron ciento sesenta kilómetros, el mejor día en dos semanas.

Cerca del atardecer empezó a nevar. El viento del oeste venía de Coprates y traía unas grandes y arenosas masas de nieve que pasaban velozmente sobre ellos. Llegaron a una avalancha reciente que caía justo sobre el hielo. Las inmensas rocas dispersas le daban el aire de una vecindad abandonada. La luz era gris oscura. A través de ese laberinto necesitaban un guía que fuera delante a pie, y Frank se presentó como voluntario. A esas alturas era el único de ellos al que le quedaba todavía algo de fuerza, más incluso que al joven Kasei; Frank aún hervía con el calor de su cólera, una fuente de combustible que nunca se agotaría.

Caminaba despacio delante del coche, examinaba las rutas posibles y regresaba sacudiendo la cabeza, o indicándole a Ann que continuara. Unos delgados velos de vapor de escarcha se elevaban alrededor hacia la nieve que caía, y se alejaban en ráfagas impulsadas por el poderoso viento de la noche, adentrándose en la oscuridad. Contemplando este sombrío espectáculo, Ann dejó de ver la línea del hielo; el rover subió por una roca redonda y la rueda izquierda trasera quedó en el aire. Ann aceleró para pasar por encima de la roca, pero las ruedas delanteras se hundieron en arena y nieve. Había atascado el rover.

Ya había sucedido otras veces, pero se irritó consigo misma, le había distraído el irrelevante espectáculo del cielo.

—¿Qué diablos haces? —gritó Frank por el intercomunicador. Ann se sobresaltó; nunca se acostumbraría a la cáustica vehemencia de Frank—.

¡Muévete!

—Lo he encallado en una roca —dijo ella.

—¡Maldita seas! ¿Por qué no miras por dónde andas? ¡Ya, para las ruedas, páralas! Pondré unas telas metálicas bajo las ruedas de delante. Cuando salgas de esa roca sube rápido por la pendiente, ¿entendido?

¡Viene otra oleada!

—¡Frank! —gritó Maya—. ¡Entra!

—¡En cuanto coloque las jodidas bandas debajo! ¡Prepárate para acelerar!

Las bandas eran tiras de red metálica que se colocaban debajo del vehículo y luego se estiraban para que las ruedas tuvieran algo que morder. Era un antiguo método del desierto, y Frank corrió alrededor del rover maldiciendo en voz baja y escupiendo órdenes. Ann obedecía con los dientes apretados y el estómago hecho un nudo.

—¡De acuerdo, en marcha! —gritó Frank—. ¡En marcha!

—¡Primero sube al rover! —gritó Ann.

—¡No hay tiempo, vete, ya casi lo tenemos encima! ¡Me agarraré a un lado, vete, maldita sea, vete!

Entonces Ann aceleró, y sintió cómo las ruedas mordían las tiras metálicas y el vehículo pasaba por encima de la roca, hasta que las ruedas traseras volvieron a tocar el suelo. Pero de pronto el bramido de la inundación se duplicó y redobló, y unas ráfagas de pedazos de hielo volaron estrepitosamente alrededor del coche, y luego el hielo desapareció en una humareda oscura y borboteante. Ann pisó a fondo el acelerador y aferró el volante, que se sacudía frenéticamente. Mezclado con el choque de la oleada oyó la voz de Frank gritando: —¡Vete, idiota, vete!—, y en ese momento algo los golpeó y el vehículo giró, incontrolado. Ann sintió un fuerte dolor en el oído izquierdo. No soltó el volante y mantuvo el pie sobre el acelerador. Las ruedas resbalaron y el rover quedó cubierto por el agua y se sacudió violentamente. —¡Vete!— Siguió acelerando y giró cuesta arriba, sin dejar de saltar en el asiento; todas las ventanas y las pantallas de televisión mostraban un agua tumultuosa. Entonces la inundación quedó atrás y las ventanas se despejaron. Los faros del vehículo iluminaron un terreno rocoso, nieve que caía, y delante una zona llana y desnuda. Ann siguió pisando a fondo a pesar de las sacudidas. La inundación rugía aún detrás de ellos. Cuando alcanzó la elevación tuvo que apartar la pierna y el pie del acelerador con ayuda de las manos. El coche se detuvo. Estaban por encima de la inundación, sobre el estrecho reborde de una terraza. Parecía que la oleada remitía. Pero Frank Chalmers había desaparecido.

Maya insistió en volver y buscarlo, pero hubiera sido en vano. En el crepúsculo

los faros alcanzaban cincuenta metros, y la intersección de los dos conos amarillos en el mundo gris oscuro que quedaba más allá sólo vieron la superficie irregular de la inundación, un mar torrencial de restos y desechos sin el más mínimo rastro de una forma regular; de hecho, parecía un mundo en el que tales formas eran imposibles. Nadie hubiera podido sobrevivir a esa hecatombe. Frank había desaparecido, ya derribado del coche por una sacudida o arrastrado en el breve y casi fatal encuentro con la ola y el barro.

Las últimas maldiciones de Frank parecían salir aún a borbotones de la estática del intercomunicador, por encima del rugido de las aguas:

«¡Vete, idiota, vete!». Había sido culpa de ella, todo culpa de ella... Maya lloraba, ahogada en sollozos, doblada sobre el vientre.

—¡No! —gritó—. ¡Frank, Frank! ¡Tenemos que buscarlo!

Entonces el llanto la ahogó. Sax fue a buscar algo al botiquín, se acercó y se agachó junto a ella.

—Óyeme, Maya, ¿quieres un tranquilizante?

Y ella golpeó la mano de Sax y desparramó las pastillas por el suelo.

—¡No! —aulló—, ¡son *mis* sentimientos, son *mis* hombres, crees que soy una cobarde, crees que me gustaría ser un zombi como *tú!*

Se derrumbó otra vez en sollozos. Sax se quedó allí de pie, con una expresión dolida en la cara; Ann se sintió conmovida.

—Por favor —dijo—. Por favor, por favor.

Abandonó el asiento y apretó brevemente el brazo de Sax. Se agachó para ayudar a Nadia y a Simón a levantar a Maya. Ya estaba más tranquila, y aferraba con una mano la muñeca de Nadia. Nadia la miraba con la expresión distante de un médico, replegada a su propia manera,

murmurando en ruso.

—Maya, lo siento —dijo Ann. Tenía un nudo en la garganta, le dolía hablar—. Fue culpa mía. Lo siento. Maya sacudió la cabeza.

—Fue un accidente.

Ann no se atrevió a decir en voz alta que se había distraído. Las palabras se le atragantaron, y otro acceso de sollozos sacudió a Maya, y la oportunidad de hablar se perdió.

Michel y Kasei ocuparon los asientos de los conductores y de nuevo avanzaron por el reborde rocoso.

No muy lejos hacia el este, la pared del cañón sur se hundió al fin en la llanura circundante, y pudieron dejar atrás la inundación, que seguía por Eos Chasma hacia el norte hasta Capri Chasma. Michel encontró el sendero de la colonia oculta, pero volvió a perderlo; las señales del camino estaban a menudo enterradas en la nieve. Pasó todo un día intentando localizar un escondite que creía próximo. Al fin, en vez de perder más tiempo, decidieron marchar a máxima velocidad, hacia el nordeste, hacia el refugio que según Michel se encontraba en un terreno quebrado justo al sur de Aureum Chaos.

—Ya no es nuestra colonia principal —explicó a los otros—. Estuvimos ahí al principio, después de abandonar la Colina Subterránea. Pero Hiroko quería marcharse al sur, y allá fuimos al cabo de unos pocos años. Ella dijo que no le gustaba ese refugio porque Aureum es una depresión, y algún día tal vez sería un lago. Me pareció una tontería, pero veo ahora que tenía razón. Puede que incluso Aureum sea la cuenca definitiva para toda esta agua, no lo sé. Pero el refugio está

en un terreno elevado, por encima de la inundación. Quizá no haya nadie, pero habrá provisiones. Y en una tormenta cualquier puerto es bueno, ¿no?

Nadie tuvo ánimo para contestarle.

En el segundo día de dura marcha la inundación desapareció hacia el norte. El suelo, cubierto ahora por un metro de nieve sucia, dejó de temblar. El mundo parecía muerto, extrañamente silencioso e inmóvil, amortajado de blanco. Cuando no nevaba el cielo seguía brumoso, pero no era imposible que los localizaran, y dejaron de viajar de día. Avanzaron de noche con las luces apagadas, a través de un paisaje nevado que brillaba débilmente bajo las estrellas.

Durante esas noches Ann condujo el rover. Nunca habló de su momento de distracción. Y nunca más volvió a repetirlo; vigilaba con una concentración desesperada, ajena a todo menos a lo que los conos de luz iluminaban ante ella. A menudo conducía toda la noche, porque olvidaba despertar al conductor del turno siguiente o porque decidía continuar. Frank Chalmers había muerto por culpa de ella; deseó desesperadamente poder volver atrás y cambiar las cosas, pero no había remedio. Hay errores irreparables. El paisaje blanco estaba desfigurado por una infinidad de rocas, todas coronadas de nieve: un mosaico en el que a duras penas se distinguía algo por la noche: a veces daba la impresión de que avanzaban laboriosamente bajo tierra, otras parecía que flotaban a cinco metros por encima de un mundo blanco, o que conducían un coche fúnebre sobre el cuerpo de los fallecidos. Las viudas Nadia y Maya en la parte de atrás. Y ahora sabía que también Peter estaba muerto.

Dos veces oyó a Frank llamándola por el intercomunicador, una vez le pedía que volviera y lo ayudase; la otra le gritaba: «¡Vete, idiota, vete!».

Maya lo sobrellevaba bien. Era fuerte a pesar de su voluble estado de ánimo. Nadia, que para Ann era la mujer fuerte del grupo, estaba callada casi todo el tiempo. Sax miraba la pantalla y trabajaba. Michel intentó conversar varias veces, y finalmente se rindió cuando vio que nadie le hacía caso. Simón, como de costumbre, miraba con ansiedad a Ann, con una grave preocupación; ella no lo soportaba y evitaba mirarlo. El pobre Kasei tenía que sentirse como si estuviera encerrado en una institución para ancianos locos, la idea era casi divertida, si no fuera porque de algún modo parecía desanimado, ella no sabía por qué, quizá por la pérdida, quizá por la creciente certeza de que no sobrevivirían; tal vez sólo fuera hambre, no había manera de saberlo.

La nieve llenaba las noches con una pulsación blanca. Después de un tiempo se derretiría, abriría nuevos cauces, y se llevaría a Marte para siempre. Marte había desaparecido. Michel se sentaba junto a Ann durante el segundo turno de la noche buscando señales de la ruta perdida.

—¿Nos hemos extraviado? —le preguntó Maya una vez, justo antes del alba.

—No, en absoluto. Es sólo que... estamos dejando huellas en la nieve. No sé cuánto van a durar, o si son muy visibles, pero sí... Bueno, por si acaso duran, quiero que abandonemos el coche y hagamos a pie la última parte del camino. Y antes quiero estar seguro de dónde estamos. Hay piedras y dólmenes que nos ayudarían, pero primero tenemos que verlos. Se recortarán en el horizonte; son piedras o columnas un poco más altas.

—Será más fácil localizarlas de día —dijo Simón.

—Cierto. Echaremos un vistazo mañana, y con eso bastará... estaremos en la zona apropiada. Fueron pensadas para ayudar a gente perdida como nosotros. Estaremos bien.

Con la excepción de que sus amigos habían muerto. Su único hijo había muerto. Y su mundo había desaparecido para siempre, tumbada al amanecer junto a las ventanas, Ann intentó imaginarse la vida en el refugio escondido. Bajo tierra

durante años y años. No podría hacerlo.

¡Vete, idiota, vete! ¡Maldita seas!

Al alba Kasei soltó un ronco grito de triunfo: en el horizonte septentrional había un trío de piedras erguidas. Un dintel que unía dos columnas, como si un único fragmento de Stonehenge hubiera volado hasta allí. El hogar estaba cerca, dijo Kasei.

Pero primero esperarían a que pasara el día. Michel era cada vez más cauto para evitar la vigilancia de los satélites y quería proseguir de noche. Se acomodaron para dormir un poco.

Ann no pudo dormir. Se sentía fortalecida por una nueva determinación. Cuando los demás cayeron rendidos, Michel roncando felizmente, dormidos todos por primera vez en casi cincuenta horas, se metió en el traje y entró sigilosamente en la antecámara. Miró atrás y los observó: un grupo hambriento y andrajoso. La mano tullida de Nadia asomaba a un lado. Hizo algunos ruidos inevitables al salir de la antecámara, pero todos estaban acostumbrados a dormir en medio de los zumbidos y clics del sistema de soporte vital. Salió sin despertar a nadie.

El frío básico del planeta. Tembló, y se dirigió al oeste, caminando sobre las huellas del rover para que no pudieran seguirla. El sol atravesaba la bruma. La nieve caía de nuevo, teñida de rosa por los rayos del sol. Caminó trabajosamente hasta llegar a una empinada ladera libre de nieve. Hacía mucho frío, y la nieve caía en copos diminutos, probablemente porque los cristales se habían acumulado sobre granos de arena. En la cima de la pequeña colina había una roca baja y ancha. Se sentó al abrigo del viento. Apagó la unidad de calefacción del traje, y cubrió la luz de alarma del ordenador con un poco de nieve.

El frío se agudizó rápidamente. El cielo ahora era de un gris opaco, teñido débilmente de rosa. Los copos se le posaban sobre el visor del casco.

Había dejado de temblar y empezaba a sentir un frío agradable, cuando una bota le pateó con fuerza el casco y sintió que la obligaban a ponerse de rodillas; le zumbaba la cabeza. Una figura enfundada en un traje golpeó violentamente su visor contra el de ella. Luego unas manos como tenazas la agarraron por los hombros y la devolvieron al suelo.

—¡Eh! —gritó Ann con voz débil.

La aferraron por los hombros, la levantaron a la fuerza, le retorcieron hacia atrás el brazo izquierdo, y la obligaron a avanzar. Sintió que la estructura de diamante del traje le calentaba de nuevo la piel. Cada pocos pasos recibía un golpe en el casco.

La figura la llevó directamente al rover, lo que la sorprendió. La empujó a la antecámara y gateó detrás de Ann, cerró y presurizó la cámara y le arrancó el casco y luego se quitó el suyo, y ella vio sorprendida que era Simón, la cara roja; le gritaba, golpeándola todavía, el rostro empapado en lágrimas... Simón, el hombre tranquilo, que ahora le gritaba: —¿Por qué? ¿Por qué? ¡Maldita seas, *siempre* haces lo mismo, siempre eres tú, tú, tú, aislada en tu mundo, eres tan *egoísta*...!—. La voz se elevó hasta convertirse en un gritó de dolor... Simón que jamás decía nada, que nunca alzaba la voz, ahora la golpeaba y le gritaba a la cara, escupiendo literalmente, jadeando; y de repente Ann se sintió furiosa.

¿Por qué no antes, por qué no cuando ella lo había necesitado? ¿Por qué había hecho falta esto para que él despertase? Lo golpeó en medio del pecho con fuerza y él se tambaleó.

—¡Déjame en paz! —le gritó—. ¡Déjame en paz! —Y entonces la angustia la recorrió con un temblor, el gélido estremecimiento de la muerte marciana.— *¿Por qué no me dejaste en paz?*

Simón recuperó el equilibrio, se abalanzó hacia ella y la agarró por los hombros, y la sacudió. Ella nunca había advertido que él tuviera manos tan fuertes.

—*Porque* —gritó Simón, e hizo una pausa para humedecerse los labios y recuperar el aliento— …porque… —Y los ojos se le desorbitaron y el rostro se le ensombreció aún más, como si mil frases se le hubieran atragantado a la vez, y entonces el manso Simón rugió, y la sacudió, y gritó:— *¡Porque no! ¡Porque no! ¡Porque no!*

Nevaba. Aunque era temprano por la mañana, apenas había luz. El viento barría a través del caos y arrastraba la cellisca sobre la tierra quebrada. Rocas tan grandes como manzanas de ciudad yacían amontonadas unas junto a otras, y el paisaje se fragmentaba en un millón de pequeños riscos, hondonadas, mesas, picos, crestas… también había unas extrañas barras, torres y piedras que sólo el *kami* mantenía en equilibrio. Todas las piedras oblicuas o verticales en ese terreno caótico eran todavía oscuras, mientras que las zonas más llanas ya habían sido cubiertas de blanco por la nieve. Las olas y los velos de nieve pasaban veloces y borraban todas las formas.

Entonces dejó de nevar. El viento amainó. Los negros verticales y los blancos horizontales daban al mundo un aspecto desconocido. En el día encapotado no había sombras, y el paisaje brillaba como si la luz se derramara a través de la nieve hasta las nubes bajas y crepusculares. Todo era aguzado y nítido, como cristal tallado.

En el horizonte asomaron unas figuras en movimiento. Aparecieron una a una, hasta que hubo siete en una fila irregular. Avanzaban despacio, los hombros encorvados, los cascos inclinados hacia adelante. Se movían como si fueran sin rumbo. Las dos de vanguardia alzaban la cabeza de vez en cuando, pero no se detenían ni hacían señas indicando el camino.

Las nubes occidentales centellearon como el nácar; única señal en ese día opaco de que el sol empezaba a bajar. Las figuras subieron por una larga loma que emergía del destrozado paisaje.

Tardaron bastante en trepar a la loma. Al fin llegaron a un montículo pedregoso al borde de la cima. Una gran roca de se alzaba allí en el aire sobre seis delgadas columnas de piedra.

Las siete figuras se aproximaron a este megalito. Se detuvieron y lo contemplaron un rato bajo las oscuras y moradas nubes. Luego avanzaron entre las columnas y se colocaron bajo la gran piedra, que se levantaba muy por encima de ellos como un enorme techo. El suelo circular era de piedra tallada y pulida.

Una de las figuras caminó hasta la columna más alejada y la tocó con un dedo. Los otros observaron el caos nevado e inmóvil. Una puerta trampa se deslizó en el suelo y descubrió una abertura. Las figuras se acercaron y una a una bajaron al interior de la loma.

Cuando desaparecieron, los seis delgados pilares comenzaron a hundirse, y el gran dolmen que sostenían en alto descendió sobre ellos. Al fin las columnas desaparecieron y la gran roca descansó sobre la loma como una vasta superficie de piedra. Detrás de las nubes el sol se había puesto, y la luz se desvaneció en la tierra vacía.

Fue Maya quien los obligó a seguir, Maya quien los empujó hacia el sur. El refugio bajo el dolmen sólo era una serie de pequeñas cavernas con alimentos y reservas de gases, aunque por lo demás vacías. Tras unos pocos días que dedicaron

a dormir y comer, Maya empezó a quejarse. No era manera de vivir, dijo, sólo una especie de muerte en vida; ¿dónde estaban todos los demás? ¿Dónde estaba Hiroko? Michel y Kasei volvieron a explicarle que la colonia oculta estaba en el sur, que hacia tiempo que se habían mudado allí. Muy bien, dijo Maya, entonces también nosotros iremos al sur. Había otros rovers-roca en el garaje del refugio, viajarían de noche, dijo, y fuera de los cartones estarían a salvo. Además, el refugio ya no era autónomo; las provisiones se agotarían, y tarde o temprano tendrían que irse. Mejor hacerlo bajo la cobertura de la tormenta de polvo. Mejor irse ya.

Así que puso a todos en movimiento. Cargaron dos coches y de nuevo partieron hacia el sur a través de las grandes y onduladas planicies de Margaritifer Sinus. Libres de las restricciones de Marineris, avanzaron cientos de kilómetros cada noche y durmieron de día, y en un viaje casi silencioso de varias jornadas pasaron entre Argyre y Hellas, a través de la interminable zona de cráteres de las tierras altas del sur. Empezó a parecer que nunca habían hecho otra cosa que conducir esos pequeños vehículos, que el viaje duraría para siempre.

Pero una noche entraron en el terreno estratificado de la región Polar, y cerca del amanecer el horizonte brilló, y luego fue una estrecha franja blanca que se ensanchó y convirtió en un acantilado blanco. El casquete polar sur, evidentemente. Michel y Kasei ocuparon los dos asientos del conductor y conferenciaron en voz baja. Avanzaron hasta que alcanzaron el acantilado blanco y continuaron sobre la costra de arena congelada bajo la mole de hielo. El acantilado era un enorme saliente, como una ola detenida en el momento de romper contra la playa. Había un túnel excavado en el hielo de la base, y de él salió una figura que guió los rovers hacia el interior.

El túnel los condujo a través del hielo al menos por un kilómetro; parecía bajo de techo y bastante ancho como para dos o tres rovers. El hielo estratificado de alrededor era de un blanco inmaculado. Pasaron por dos antecámaras, y en la tercera Michel y Kasei detuvieron los rovers, abrieron las antecámaras y salieron. Maya, Nadia, Sax, Simon y Ann bajaron detrás. Cruzaron la puerta de una antecámara y marcharon en silencio hasta que llegaron a la salida del túnel y todos se detuvieron, paralizados.

Arriba había una enorme cúpula de centelleante hielo blanco; era como si estuvieran debajo de un gigantesco ateneo invertido: la cúpula tenía varios kilómetros de diámetro y por lo menos un kilómetro de altura, quizá más; se dilataba bruscamente en la periferia y luego se curvaba en el centro. La luz era difusa como en un día nublado, y parecía venir de la misma cúpula, blanca y refulgente.

El suelo era de arena rojiza ligeramente apisonada, herbosa en las hondonadas, con bosques de pinos y bambúes. A la derecha había algunas lomas, y en esas pequeñas colinas había un pueblito, con casas de una y dos plantas pintadas de blanco y azul, entremezcladas con grandes árboles que albergaban cuartos de bambú y escaleras.

Michel y Kasei avanzaban hacia ese pueblo, y la mujer que había guiado los coches a la antecámara del túnel corría delante, gritando: —

¡Han llegado! ¡Han llegado!—. Bajo el extremo lejano de la cúpula había un lago cubierto por una tenue capa de vapor, surcado por olas que rompían en la orilla cercana. Del otro lado se alzaba la masa azul de un Rickover que se reflejaba sobre el agua blanca. Ráfagas de frío y viento húmedo les mordisqueaban las orejas.

Michel regresó y puso en movimiento a sus amigos, estaban de pie como estatuas.

—Vamos, hace frío fuera —comentó con una sonrisa—. Una capa de hielo recubre la cúpula, y hay que mantener el aire por debajo todo el tiempo.

La gente salía de las casas gritando. Junto al pequeño lago apareció un hombre joven que corría hacia ellos, avanzando por las dunas a grandes saltos, como una gacela. A pesar de los años que llevaban en Marte, para los primeros cien una carrera

voladora todavía tenía un aire de ensueño; pasó un rato antes de que Simón aferrara el brazo de Ann y gritara:

—¡Es Peter! ¡Es Peter!

—Peter —dijo ella .Y entonces se encontraron entre un montón de gente, muchos jóvenes desconocidos, pero por doquier había rostros familiares que se abrían paso hasta el centro: Hiroko, Iwao, Raúl, Rya, Gene, Peter que se arrojo a los brazos de Ann y Simon, y también estaban Vlad, Úrsula, Marina y varios más del grupo de Acheron, todos arracimados alrededor, alargando las manos para tocarlos.

—¿Qué lugar es éste? —gritó Maya.

—Es nuestra casa —le dijo Hiroko—. Aquí es donde todo vuelve a empezar.

Agradecimientos

A Lou Aronica, Gregory Benford, Adam Bridge, Michael H. Carr, Roben Craddock, Bruce Faust, Bill Fisher, Hal Handley, Jennifer Hershey, Cecilia Holland, Fredric Jameson, Jane Johnson, Steve McDow, Beth Meacham, Tom Meyer, Lisa Nowell, James Edvard Oberg, Ralph Vicinanza y John B. West.

Y muy especialmente a Charles Sheffield.